

# Viaje por el país de los recuerdos

TORIBIO ETXEBARRIA IBARBIA



EIBAR 2018







# Viaje por el país de los recuerdos

México, 1968 - Eibar, 2018

TORIBIO ETXEBARRIA IBARBIA

*Ego Ibarra batzordea* – Comisión Ego Ibarra, 43  
Eibar, 2018

## Viaje por el país de los recuerdos

© de los textos / *testuena*, Toribio Etxebarria Ibarbia.

© de la presente edición, Ayuntamiento de Eibar / *Edizio honena, Eibarko Udala*.

Autor / *Egilea*:

Toribio Etxebarria Ibarbia

Autor del prólogo / *Hitzaurrearen egilea*:

Luis Castells Artetxe

Coordinadora editorial / *Edizio-koordinatzailea*:

Secretaria de la comisión Ego Ibarra / *Ego Ibarra batzordeko idazkaria*

Revisión de estilo, corrección, aparato crítico, notas de contexto e índice toponomástico /

*Estilo-zuzenketa, aparatu kritikoa, testuinguru-oharrak eta aurkibide toponomastikoa*:

Iñigo Artamendi Ortiz de Zárate

Compilación / *Konpilatzaileak*:

Ane López de Gámiz Villagarécía

Miren Narbaiza Martiartu

Traducciones / *Itzulpenak*:

*Udal Itzulpen-zerbitzua* / Servicio de Traducción Municipal

Fotografía de portada / *Azaleko argazkia*:

*Toribio Etxebarria Ibarbia eta Claudia Arrizabalaga senar-emazteak, 1953ko abuztua, Venezuelan.*

*Argazkia utzi duena: Maite Ferrán Echevarría (Eibarko Udal Artxiboa).*

Toribio Etxebarria Ibarbia y su esposa Claudia Arrizabalaga, agosto de 1953, en Venezuela.

Foto cedida por Maite Ferrán Echevarría (Archivo Municipal de Eibar).

Dibujos / *Marrazkiak*:

Julen Zabaleta

Diseño y maquetación de introducción / *Diseinua eta liburu-sarreraren maketazioa*:

[www.soniauribe.com](http://www.soniauribe.com)

Maquetación del texto del autor / *Egileak egindako testuaren maketazioa*:

Iñigo Artamendi Ortiz de Zárate

ISBN: 978-84-89696-59-4

DL/LG: SS-1262-2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación y los documentos gráficos contenidos en la misma, no pueden ser reproducidos, ni en todo ni en parte, ni registrados en, o transmitidos por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso escrito previo de la Editorial y, en su caso, el del autor, y de los propietarios de los derechos de los diferentes documentos que aparecen en la misma.

*Eskubide guztiak gordeta daude. Liburu hau eta bertako argazki bat bera ere ezin da inon berragertu, ez zatika ez osorik. Liburu hau ezin da inon erregistratu eta bertan agertzen diren argazkiak zein idatziak ezin dira inongo informazioa batzeko sisteman jaso; inongo modulan eta inongo formatan. Hori egin nahi duenak, derrigorrezkoa du argitaletzearen baimen idatzia aurrez eskatzea, baita egilearena eta bertan azaltzen diren gainerako agiri guztien jabetza-eskubidea dutenena ere.*

# Viaje por el país de los recuerdos

EIBARKO UDALA - AYUNTAMIENTO DE EIBAR  
EGO IBARRA BATZORDEA - COMISIÓN EGO IBARRA  
EIBAR, 2018

*Viaje por el país de los recuerdos* liburuaren edozein pasarte irakurtzeak duela mende bateko Eibarrera garamatza, ia ohartu gabe. Langileen borroka, sozialismoa, kooperatibismoa, herriaren izaera liberal, tolerante eta solidarioa. Eibar txiki bat, baina sozialki aurrerakoa; probintzien arteko herri bat, baina nortasun bereziko; orografia zailekoa, baina ekintzailea eta inkonformista. Herri bat, finean, non beharra eta artea gauza bera diren.

Orain dela 50 urte, Toribio Etxebarriak maite zuen Eibar baten idazki kostunbrista bat oparitu zigun urrinetik. Ni jaio nintzen urtean, gure memoria kolektiboaren zati bat liburu honetan geratu zen gordeta; liburu irakurterraza eta onarpen handikoa, hainbat bider agortu da-eta.

Toribio Etxebarren bizipenak eta Luis Castells katedratikoaren —Toribioren lana gehien aztertu duen ikerlarietako bat— atariko liburu berean batzeak txiki sentiarazten nau, baina aldi berean zoriontsu, edizio honetan parte hartu ahal izateagatik. Nire eskerrik zintzoena Castells irakasleari.

*Viaje por el país de los recuerdos* beti izan da nire oheburuko liburuetakoa bat; beti egon da nire bulegoaren mahaian, eta etorkizunean egingo ditudan bidaietan ere beti lagunduko dit.

Toribio Etxebarriaz eta Eibarko herriaz beti egongo gara harro.

MIGUEL DE LOS TOYOS  
Eibarko alkatea



La lectura de cualquier párrafo de *Viaje por el país de los recuerdos*, casi sin darte cuenta, te traslada al Eibar de hace un siglo. La lucha obrera, el socialismo, el cooperativismo, su talante liberal, tolerante y solidario. Un Eibar pequeño, pero socialmente avanzado; un Eibar entre provincias, pero con identidad propia; un Eibar de orografía complicada, pero emprendedor e inconformista. El Eibar donde el trabajo es arte.

Hace 50 años, Toribio Echevarría nos quiso regalar este escrito costumbrista del Eibar que amaba desde la distancia. El año que yo nací, quedó parte de nuestra memoria colectiva conservada en este libro de fácil lectura y mayor aceptación, pues varias veces se ha agotado.

Unir en un mismo libro las vivencias de Toribio Echevarría con una introducción del catedrático Luis Castells, gran conocedor de su figura, me hace sentir pequeño, pero a la vez, feliz de participar en esta edición. Mi agradecimiento al profesor Castells.

*Viaje por el país de los recuerdos* siempre ha sido uno de mis libros de cabecera. Siempre ha estado en la mesa de mi despacho y siempre me acompañará en los viajes que pueda emprender en el futuro.

Siempre orgulloso de Toribio Echevarría, orgulloso siempre de Eibar.

MIGUEL DE LOS TOYOS  
Alcalde de Eibar



# El viaje sentimental de un humanista eibarrés



Londres, 25 de Mayo  
Sr. D. Santiago Arizmendi  
Eibar.

Querido amigo:  
Recibi tu carta de 14 de Abril, fecha memoria que los del exilio no dejan de celebrar en don-  
de se hallen. Asi aqui en Londres, he estado en una  
comida que los republicanos españoles han tenido en  
el restaurant Mayorca, presididos por José Antonio  
Balbontin, nombre que seguramente te suena, por el  
ruido que metia como diputado comunista en las Cons-  
tituyentes. Clasificado entre los jabalies de aque-  
llas famosas Cortes, me lo imaginaba como un jaco-  
bino peludo y con barbas, y me encontré con será-  
fico personaje que podria figurar en las floreci-  
llas de San Francisco de Asis. Habló en nombre de  
la Izquierda republicana (que lejanos os deben sonar  
estos apellidos políticos) de modo que ya no debe  
tener contactos con Moscú.

El día 6 de Mayo habla el Dr. Marañón en  
un centro hispanófilo y me propongo irle, pues si  
su medicina ocupa alto rango, como historiador tam-  
bien pica alto. Algunos universitarios de los sa-  
lidos de España, me decian en The Partisan, un cen-  
tro de izquierda socialista en Soho, que sobre Ma-  
rañón pesaba el haber estado siempre a dos agües,  
pues pudiendo haberse mantenido en el exterior con  
desahogo gracias a su prestigio profesional, prefiri-  
ó sacrificar algo de su dignidad para poder seguir  
siendo el primero en España. Pero yo le he leído  
que, aunque su biografía de Antonio Perez, el Se-  
cretario de Felipe Segundo, no encontraba en el  
exterior el material necesario para otros trabajos  
que le proponia su pasión por los estudios hispano-  
cos. Lamento los sonidos que de vez en cuando  
cuentas y supongo que no tienen mas importancia

Londres,  
Sr. D. Santiago  
Eibar.

Querido amigo:  
Tenia cerrada la carta esperada  
ponerla al correo, cuando me llega la tuya  
de 29 de Mayo, que la he leído con sumo  
terés, encantado de tu prosa, de la que co-  
jo, los malos ratos que algunas veces de-  
es llevarte tropezando con la imbecilidad  
humana, pues lo común, en todas partes, es  
lo que contaba Emilio Zola, de que cada dos  
pasos uno da con tres imbéciles.

Aunque no necesites de mi con-  
sejo, bástete a tí el haber cumplido con tu  
deber y seguir cumpliendo mejor que muchos  
lo demás sea lo que Dios quiera, lo que  
dioses tengan decretado en las alturas,  
comunista es viejo para nosotros, quien  
que aspirar a una sociedad sin clases  
que el trabajador tenga derecho al y  
to integro de su trabajo; pero ser  
columnista al servicio de una potencia  
que ha inaugurado una nueva  
va es cosa distin...

Abrazos a la familia,  
saluda a los amigos

*Beltrán*

China, en camino de  
600 millones de habitantes y  
ortodoxia de stalinista, es la  
do a mi juicio el colapso de  
la cima, presionando sobre de  
este siente molesta la sombra  
las coloso. China de la Rusia  
presentada en las Naciones  
está aparentemente en Europa  
dos Unidos. Pero a por  
que se empena Naciones  
Naciones

## Luis Castells Arteche

### *Historiador*

Debo empezar por una confesión: es la tercera vez que he leído *Viaje por el país de los recuerdos* y en cada ocasión he aprendido nuevas cosas, me he fijado en aspectos que antes me habían pasado desapercibidos o no les había prestado la debida atención. En ello, indudablemente, influyen las nuevas miradas e interrogantes que se proyectan en cada lectura, pero también la propia riqueza de este libro, los matices que contiene, lo mucho que se puede aprender de él. Es un texto cuya primera redacción concluyó en 1949, en Caracas, donde Toribio residía como exiliado tras el triunfo de los facciosos en la guerra civil, aunque fue pulido a lo largo de los años siguientes. El libro es, como el acertado título subraya, un recorrido por sus recuerdos, un *viaje sentimental* de su trayectoria desde su infancia hasta la guerra civil. Como él mismo señala en su correspondencia, el libro fue una vía para *tratar de mitigar la nostalgia producida por vivir lejos de su lugar de nacimiento*<sup>1</sup>, circunstancia que no resta verosimilitud a lo aquí contado, aunque sea inevitable que se cuele algún desliz ya señalado en una edición anterior por otro eibarrés ilustre, por Juan San Martín<sup>2</sup>.

Son dos los focos del libro: por un lado, el propio Toribio Echevarría, sus vivencias, sus ideas, su militancia socialista; por otro, la ciudad de Eibar, obligado escenario del libro, pues es en esta villa donde transcurren buena parte de los hechos y reflexiones que aquí se narran. Y es que la vida de Echevarría se desarrolló en gran medida en la villa armera y solo al final del recorrido vital que aquí se cuenta, durante el primer bienio republicano y la guerra civil, salió nuestro personaje de Eibar. Es, por tanto, también un friso de la ciudad, bien que desde la mirada de un socialista, por lo que se hace hincapié en ciertos personajes y situaciones, dotándole de una perspectiva que no hace sino enriquecer el texto.

Para encajar las vivencias de Toribio Echevarría, e incluso algunas de las características de su ideario socialista, conviene proporcionar alguna pincelada de lo que era aquella sociedad eibarresa que durante esos primeros años del s. XX vivió un período apasionante, con una extraordinaria vitalidad económica y unos cambios políticos profundos, que hicieron del socialismo una de las señas de identidad de la villa, e incluso un referente del socialismo vasco y español. Así, a lo largo de los últimos años del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX,

---

<sup>1</sup>. Carta de Toribio Echevarría a Santiago Arizmendiarieta, 1 de mayo de 1952, Fondo Santiago Arizmendiarieta, 0901.05. Archivo Municipal de Eibar (en adelante AME).

<sup>2</sup>. Suele ser común adecuar la memoria del pasado a los intereses del presente y más si estos vienen condicionados por la nostalgia del forzado alejamiento, como es el caso. Aunque ello también puede ocurrir en este libro, creo que los “recuerdos” de Toribio Echevarría recogidos en él son muy fiables o al menos eso considero de la confrontación de lo que expone con la documentación del tiempo al que se refiere.

Eibar experimentó un fuerte crecimiento económico centrado en torno a una industria tradicional en el área, como era la armera, pero que supo adaptarse a una economía industrial, más competitiva y con nuevas reglas económicas. Ello supuso que la población de Eibar creciera de manera constante, aunque no desmesurada, como lo refleja el siguiente cuadro

POBLACIÓN EIBAR (índice 100 en 1877)

1860	1877	1887	1900	1910	1920	1930
3.815-92	4.133-100	5.103-123	6.853-159	10.121-245	11.888-288	12.874-311

Fue un crecimiento poblacional persistente, que tuvo su pico entre los años 1900-1920, que es cuando porcentualmente más aumentó el número de sus habitantes al coincidir con la época dorada de su industria armera: el sector pasó de una producción media de 160.000 armas entre los años 1891-1896, a fabricar 451.000 armas en 1905, con unas cifras crecientes que alcanzarían su máximo con ocasión de la Primera Guerra Mundial, cuando se confeccionaron 741.000 unidades, principalmente pistolas. Luego, tras la finalización de la guerra, comenzaría un lento pero continuado declive. Fue, pues, una etapa de prosperidad para Eibar, de intenso desarrollo económico, de generación de riqueza que repercutió, aunque de manera desigual, en su población. Políticamente también se produjeron importantes mutaciones y el dominio que ejercían las fuerzas dinásticas, con los Orbea al frente (los “betarras”, en la denominación de Echevarría), fue dejando paso a un creciente peso de los republicanos (los “goitarras), si bien para ello hubo que esperar a los primeros años del siglo XX, cuando se erigieron como la opción mayoritaria en el Ayuntamiento, contando para ello con el apoyo de los socialistas. La presencia de estos fue más tardía y hubo que esperar a 1903-4 para que obtuvieran su primer concejal en la persona de Barrutia, ganando una creciente cuota electoral que les llevó a obtener la mayoría municipal ya en 1920.

Ahora bien, lo que sobre todo condicionó al socialismo eibarrés fue el modelo que adoptó este proceso industrial, intenso, sí, pero sin cortar totalmente los lazos con el pasado, con la industria artesanal que le había caracterizado, o sin hacerlo de manera abrupta. Se produjo de este modo una paulatina adaptación a los nuevos sistemas de producción, sobre todo en la rama de las pistolas, pero partiendo de la persistencia que mantuvieron las formas de organización tradicionales, con multitud de pequeños talleres, así como con la fórmula de la modalidad del trabajo a domicilio, que jalonaban la intensa actividad armera de Eibar. Hubo, ciertamente, empresas que concentraban un buen número de trabajadores, como es el caso de las fabricantes de pistolas Orbea y Cía, con 360 operarios en 1915, o Gárate, Anítua y Cía y otras pocas. Pero, en general, lo que le daba a Eibar su impronta, su condición de “ciudad colmena”, era esa diseminación del trabajo industrial, repartido por distintos puntos de la villa.

Este es el marco al que se refiere Toribio Echevarría en el *Viaje por el país de los recuerdos*, un libro en el que hace gala de una formidable memoria. Sus páginas nos permiten seguir su trayectoria personal y laboral, su asistencia a la escuela, o cómo a la temprana edad de once años comenzó a ayudar a su padre en el oficio de grabador de armería, labor que simultaneaba con la asistencia a la Academia de Dibujo. Muerto aquel, tres años más tarde, encontró trabajo en una casa de artesanos dedicada a montar escopetas de caza, al tiempo que completaba su aprendizaje como grabador. También de niño asistió, como era obligado en aquella sociedad, a la catequesis, lo que debió ayudar a que se forjase en él un profundo sentimiento religioso que, con sus variaciones, persistió a lo largo de su vida, si bien entendido de una

manera libre, lejos de la rigidez y dogmatismo del que profesaba su madre Isabel. Cuando tenía dieciséis años empezó a acudir a la biblioteca del socialista Centro Obrero, que tuvo un importante impacto en Toribio, pero sobre este punto nos detendremos más adelante. Desde muy pronto Toribio destacó por su avidez intelectual, su desmedido afán por absorber nuevos conocimientos y su constancia en la lectura, que hizo que adquiriera una justificada fama de persona formada e instruida, lo que era más notable en las filas socialistas dada su base social obrera, sin posibilidades de costearse una educación superior. En una atinada biografía de Toribio Echevarría que se encuentra en la página web de la comisión Ego Ibarra, Asier Sarasua señala cómo el ambiente familiar bilingüe en el que se crio nuestro personaje (su madre no sabía euskera), le permitió acceder a la lectura de textos en castellano y le permitió abrir sus horizontes intelectuales<sup>3</sup>. Dado este bagaje intelectual no es extraño así que, hacia 1912, y aprovechando la mayoría republicano-socialista en el Ayuntamiento, fuese reclamado para una vacante como escribiente en la Secretaría municipal, con un modesto sueldo inicial (1.250 pesetas anuales) y a media jornada, iniciando una labor en la Corporación como oficial de Secretaría que continuó con el tiempo.

Otro hito importante en la vida profesional de Toribio Echevarría se produjo en 1920, cuando el Sindicato Metalúrgico, promovido por los socialistas, decidió fundar una fábrica de armas en régimen de cooperativa como una vía para dar salida a los trabajadores que mantenían una enconada huelga en la industria armera. Para este arriesgado e innovador proyecto –Alfa– se requirió a Toribio como gerente, en la idea de que era la persona más cualificada para dirigir semejante compleja e incierta labor, iniciándose una experiencia pionera en España, en donde el modelo cooperativista industrial escaseaba y marcando un precedente muy tenido en cuenta para posteriores experiencias. Los comienzos fueron difíciles, pues, a los problemas de cualquier nueva experiencia se sumó el déficit del capital inicial pues si esperaban conseguir 300.000 pesetas con las que empezar la empresa, la suma reunida no pasó de las 125.000. A pesar de ello, Alfa se consolidó y al cabo de diez años movía un capital del orden de los tres millones de pesetas<sup>4</sup>, aunque el propio Echevarría señala una cantidad sensiblemente mayor en vísperas de la guerra civil<sup>5</sup>, si bien ello no evitaba que tuvieran “apuros de tesorería<sup>6</sup>. Los papeles que se conservan en el archivo personal de Toribio en el archivo municipal del Ayuntamiento de Eibar dan buena cuenta de sus conocimientos y de las interesantes propuestas que formuló para hacer frente a la crisis de la industria armera eibarresa que devino en la década de los años veinte. Precisamente los administradores de Alfa, con Toribio al frente, fueron de los primeros que supieron ver el alcance de esta crisis y promovieron la reconversión de la fábrica para dedicarla a la producción de máquinas de coser, en cuyo sector se erigió en una empresa puntera en España, consolidando de este modo el modelo cooperativista como una alternativa a la propiedad capitalista. El papel de Toribio en Alfa no se limitó a la de un ejecutivo, sino que fue, en palabras de Santiago Arizmendiarieta, “fundador, gerente y alma”.

---

<sup>3</sup>. Véase la biografía en <https://egoibarra.eus/es/publicaciones/libros-de-eibar/viaje-por-el-pais-de-los-recuerdos>.

<sup>4</sup>. “La sociedad cooperativa Alfa al personal en el 10º aniversario de su fundación”. Fondo Toribio Echevarría, carpeta 48/87-1, AME.

<sup>5</sup>. Habla de una capitalización de cinco a seis millones antes de 1936. (*La experiencia socialista en Eibar*, texto mecanografiado, 1959, Fondo Toribio Echevarría, carpeta 17/87. AME.)

<sup>6</sup>. Véase la interesante carta que sobre el tema de Alfa y las vicisitudes económicas escribe a Eusebio Gorrochategui el 7 de junio de 1960. Fondo Santiago Arizmendiarieta, 091.79. AME.

A pesar de su falta de petulancia, de su humildad personal y discretísimo carácter, las dotes y el buen sentido que atesoraba Echevarría no pasaban inadvertidas, de modo que cuando llegó la República, Prieto, que ocupaba el cargo de ministro de Hacienda en el primer ejecutivo republicano, le nombró delegado del gobierno en una empresa estratégica como era el monopolio de petróleo, Campsa, cargo que mantuvo durante ese primer bienio. Ya declarada la guerra, fue designado para ejercer la dirección de esta compañía, teniendo a gala Echevarría que, durante el tiempo del conflicto, no faltaron a los republicanos ni “gasolina ni los aceites”. Perdida la contienda, Toribio y su familia iniciaron la larga singladura del exilio, asentándose en Venezuela, con alguna estancia también en Inglaterra. Durante todo este tiempo no perdió el contacto ni con el País Vasco ni con Eibar, manteniéndose al tanto a través de una copiosa correspondencia con personas del País, entre los que se contaban varios intelectuales, que le enviaban una abundante información. Con el tiempo cumplió uno de sus anhelados propósitos como era volver a su querida Eibar, cosa que hizo en 1964, aunque solo fuera en una breve estancia<sup>7</sup>.

No obstante, y como decíamos, aun cuando al final de este *Viaje* Toribio fuera reclamado para puestos de alta responsabilidad, nunca perdió su condición de eibarrés, de persona enraizada en su localidad de origen, de lo que siempre hizo gala. De hecho, en Eibar se impregnó de unos valores y concepciones políticas que fueron los que mantuvo a lo largo de su vida. Tenía un profundo conocimiento de su villa lo que le permite en estos “recuerdos” hacer un retrato diverso y completo de sus rasgos esenciales. Por el libro discurren muchos personajes, principalmente socialistas, pero también otros que destacaban por alguna singularidad. También encontramos referencias a las condiciones sociales de Eibar; a las coyunturas económicas y a su impacto en la industria armera; a la vida cotidiana, al ocio y al divertimento; en fin, a un mosaico de aspectos que abundan en la señalada riqueza del texto. Entre los diversos aspectos que refiere Toribio y que se podrían destacar, me limitaré a dos. Uno de ellos es conocido como “San Lunes”, esto es, no trabajar ese día de la semana o hacerlo livianamente para así aligerarse de los “excesos” del día anterior, que era el día festivo y, por tanto, el más propicio a las expansiones. También en ese día cualquier acontecimiento lúdico invitaba a abandonar masivamente los talleres. No es así extraño, escribe Toribio, que cuando se construyó un frontón cubierto en Eibar, la empresa le pusiera el nombre de Astelena en la idea de que ese sería el día en el que se obtendrían mayor asistencia y beneficios. Lo llamativo es que esta práctica del “San Lunes” estaba muy extendida entre los trabajadores de diferentes países y ha sido objeto de estudio por distintas historiografías nacionales.

El otro elemento tiene un cariz distinto y hace referencia al conocido hecho de que fuera Eibar la primera ciudad que proclamó en 1931 la República. Según narra Echevarría, fueron madrugadores pues tal hecho ocurrió a las seis de la mañana, según confirma el bando de la proclamación, cuando amanecía. Mas a este inicial entusiasmo en Eibar por semejante acontecimiento siguieron horas de zozobra, de incertidumbre ante la circunstancia de que,

---

<sup>7</sup>. Sobre los avatares en este período, que queda fuera del *Viaje por el país de los recuerdos* y de nuestro comentario, véase la biografía referida de Asier Sarasua. Sobre su deseo de retornar a Eibar, en una carta de 1951 dirigida a Arizmendiarieta le comenta que espera ir el verano siguiente, pero en la misma carta lo desecha debido a *todos los obstáculos que se encuentran durante este proceso* los exiliados. Fondo Santiago Arizmendiarieta, 0901.0. AME. En otras cartas reiterará este deseo.

frente a lo señalado por el teniente de alcalde Juan de los Toyos<sup>8</sup>, ninguna otra ciudad la había proclamado, ni tampoco ocurrió durante las horas siguientes. Los eibarreses estuvieron así en estado de “angustia” durante un buen tiempo, hasta que, por fin, ya por la tarde, Barcelona, Madrid y otras más se incorporaron a la proclamación y el movimiento republicano se consolidó para alborozo, y tranquilidad también, de los republicanos eibarreses.

Como decíamos al principio, el otro foco del libro es el propio Toribio Echevarría y lo que se trasluce a partir de lo que escribe. Hay un primer rasgo llamativo como es su afán por ampliar sus conocimientos, su constante estímulo por la lectura, su curiosidad intelectual. En este punto, la biblioteca del Centro Obrero fue un lugar constante de visita desde los dieciséis años, y, ante la ausencia de otros lugares públicos de lectura, su referencia para saciar la voluntad de ensanchar sus horizontes intelectuales. Una muestra de esta dedicación y afán de aprendizaje es lo que apunta Echevarría en el *Viaje*, de que para los dieciocho años ya había leído buena parte de la biblioteca. El Centro fue también la vía para introducirse en el socialismo y en su cultura pues cuando empezó a acudir a este local no estaba afiliado y fue a través de este conducto como se incorporó a las filas socialistas, en concreto a sus Juventudes. La biblioteca del Centro Obrero, constituida a través de donaciones, disponía además de literatura marxista, de un amplio abanico temático que Toribio fue devorando con entusiasmo. Ello le permitió disponer de una amplia formación, que siguió cultivando y que, con el tiempo, le permitió escribir sobre materias tan diversas como la religión, la filosofía o la filología vasca (el 24 de septiembre de 1965 fue nombrado miembro no numerario de Euskaltzaindia, pudiendo ser considerado un buen vascólogo). También cuenta con obra literaria en euskera, escrita en todos los casos ya en el exilio. De esta manera, Toribio fue un ejemplo de persona hecha a sí misma, formada a base de esfuerzo personal y que, sin ser un buen orador, que no lo fue, destacó por su empeño intelectual, por su vasta formación<sup>9</sup>. Un ejemplo de obrero “consciente” de aquel tiempo, que suplió la falta de medios económicos y estudios universitarios con la voluntad de adquirir una formación con la que enfrentarse a los retos del momento, en la idea de que la cultura era un instrumento de emancipación y liberación obrera.

Tal como vemos, Toribio Echevarría destacó por muchas facetas, pero quizá una de las más peculiares, y que así se manifiesta en este libro, es el significado que le dota a su vida, mezcla de principios religiosos y socialistas, con un mensaje de plena actualidad. Dentro de una concepción radicalmente humanista, en la que consideraba que el ser humano debía ser el referente central en tanto que es un valor absoluto, Toribio se inclina por primar los principios éticos y morales en el comportamiento de las gentes. En esta dirección, e interpretando y tomando la figura de Dios, consideraba la vida como un servicio a los demás, como una entrega y un ejemplo que debía servir como referencia a los otros; había de tener, pues, un carácter ejemplar. Aplicar estos criterios a la política suponía, según su visión, moverse por principios, por una conducta moral y generosa en pos de unas ideas que no fueran desvirtuadas por intereses partidistas o coyunturales. Su reciedumbre moral le llevó a dejar claro

---

<sup>8</sup>. *Pidió la palabra el señor De los Toyos, y dijo que, en efecto, se había proclamado la República en España.* En *Acta de la proclamación de la República en Eibar*.

<sup>9</sup>. Dice de sí mismo: *Nunca pude hilvanar un discurso, ni me valió el preparar cuartillas, no sabiendo leerlas con propiedad.* Entrevista que Martín de Ugalde hizo a Toribio Echevarría el 23-10-1967. Fondo Toribio Echevarría, carpeta 31/87-14. AME.



durante su mandato en Campsa que no admitía influencias externas, “porque él no estaba allí al servicio de partido alguno, sino al de la República”<sup>10</sup>. El partido debía subordinarse al ideal que se buscaba y no a la inversa. Había una matriz religiosa en su pensamiento que lo funde con el socialismo, de cuya unión sale esa prevalencia que concede a los valores éticos y morales, así como la idea de desarrollar una vida que fuera un modelo para los demás.

Desde muy temprano, Echevarría mostró su desapego hacia interpretaciones unívocas en clave materialista, reivindicando, en cambio, la existencia de lo trascendente, del mundo como un misterio del que se nos escapan las reglas más profundas. Reclamaba una suerte de idealismo y de metafísica como instrumentos explicativos, que se sustancian en una forma de “emoción religiosa”, sentimiento que no choca con el ideal socialista, sino que, por el contrario, sirve para que la misma pueda canalizarse adecuadamente<sup>11</sup>. Esta imbricación de lo trascendente y místico con el socialismo, le llevaba a Toribio Echevarría a explicar las bondades de la llegada del marxismo con una terminología y un imaginario religiosos: *Esta nueva fe, que no dejaba de obrar milagros (cuántos conversos no fueron curados del uso del alcohol y otras tareas de espíritu) tenía su formulación evangélica en el Manifiesto Comunista de Marx y Engels. Este documento histórico en tantos conceptos, vino precedido por los Profetas...*<sup>12</sup>. Como ya viera en su momento ese gran historiador que fue Manuel Pérez Ledesma, el uso de este lenguaje sacralizado no era ajeno a la originaria literatura socialista, con una evidente funcionalidad pues le otorgaba una respetabilidad necesaria para abrirse a más capas sociales, algo que, además, en Echevarría encajaba a la perfección debido a su propia formación religiosa<sup>13</sup>.

Con ser originales estos conceptos en su partido, donde el legado de Toribio ha sido más fructífero y mantiene su interés es en el discurso político, en el tipo de socialismo que representa, desempeñando en este punto un considerable influjo en la configuración del socialismo eibarrés, si bien dentro de un juego de mutuas interacciones: Eibar mediatizó el pensamiento de Echevarría y este a su vez influyó en la vida política y social que se desarrolló en la villa.

La implantación del socialismo en Eibar comenzó en 1897 tras la huelga en la fábrica de los Hermanos Quintana, cuando estos trataron de introducir en su empresa los sistemas de producción en masa, lo que suponía romper con las formas de organización tradicionales en la localidad. De esta huelga, los trabajadores eibarreses sacaron la lección de la necesidad de organizarse, cosa que hicieron constituyendo ese mismo año el Gremio Armero Vascongado, que se definía como sociedad de socorros mutuos. Inicialmente, lo integraban trabajadores de distintas ideologías, si bien los más conservadores lo abandonaron al poco al manifestar el Gremio su simpatía por el socialismo. Esta organización estaba formada por obreros de diferentes especialidades armeras, aunque en 1902 modificó su modelo, agrupándose los trabajadores según los distintos oficios. El proceso del societarismo en Eibar fue rápido y logró un temprano éxito. Los 300 socios con que contaba el Gremio en 1897 pasaron a 820 en las distintas sociedades de oficio en 1902, y aunque las cifras de afiliación al Partido Socialista

<sup>10</sup>. Lo refiere Santiago Arizmendarrieta, en *Mis Memorias. La guerra civil española: 20 meses prisionero*, Eibar, Comisión Ego Ibarra, Ayuntamiento de Eibar, 2016, p. 81.

<sup>11</sup>. “Más sobre la emoción religiosa. Trabajo leído en la velada de la Casa del Pueblo de Eibar, 1927.” Fondo Toribio Echevarría, carpeta 50/89. Posteriormente, en sus obras escritas en el exilio, abundó sobre estos criterios.

<sup>12</sup>. Toribio Echevarría, *La experiencia socialista en Eibar*, 1959. Fondo Toribio Echevarría, carpeta 17, 18/87. AME.

<sup>13</sup>. Manuel Pérez Ledesma, *El obrero consciente*, Madrid, Alianza Universidad, 1987, p. 50.

eran modestas -91 y 125 a las Juventudes Socialistas en 1905- el porcentaje de sindicación resultaba muy elevado -en torno al 30-40% del total de los trabajadores-, sobre todo si lo comparamos con las cifras que se daban en Guipúzcoa o en otras áreas obreras. En este punto Eibar era una excepción en el panorama societario vasco y español.

Paralela a esta labor de afiliación que le llevaría al sociólogo y estudioso francés Jacques Valdour a escribir a la altura de 1912-1913 que “casi todos” los obreros de la villa eran socialistas, estos desarrollaron una intensísima labor de socialización, creando una densa red de relaciones, de manera que su presencia se manifestaba en áreas no estrictamente partidistas. Fundaron, así, cooperativas de consumo (víveres, tejidos, herramientas); fomentaron una sociedad de socorros mutuos para atender a los afiliados en caso de enfermedad, llegando a constituir, a instancia de otro ilustre socialista, el doctor Madinabeitia, un Jardín de Convalecientes donde se repusieran los enfermos; asimismo, en momentos de crisis, como las de 1914 y 1920, propiciaron que el Ayuntamiento organizara cocinas populares con las que proporcionar alimentación gratuita a la población; tampoco se desdeñó la regencia de las tabernas como instrumento de comunicación, aunque ello pudiera no ser del agrado de Toribio, que mostraba sus escrúpulos morales por lo que entendía podía interpretarse como un fomento de la bebida; por último, se dotó al Centro Obrero de un carácter abierto y albergó una intensa actividad con el fin de que la población acudiera y lo tomara como un referente social.

El Centro organizó un buen número de conferencias y por su local pasaron algunos como Unamuno, Ramiro de Maeztu, Bartolomé Cossío o el que fuera premio Nobel de la Paz, Léon Jouhaux. Ya hemos indicado que Toribio dio sus primeros pasos en el socialismo atraído por la biblioteca del Centro. En esa misma idea de convertir al socialismo en un (el) referente social encaja la construcción de la nueva Casa del Pueblo, inaugurada parcialmente en 1916 y en la que nuestro personaje tuvo un importante papel. Era un “grande” y vistoso inmueble, ubicado en el centro del pueblo, al lado del Ayuntamiento, significando así simbólicamente la centralidad a que aspiraba el partido socialista en Eibar. El socialismo se fue convirtiendo así, paulatinamente, además de en una opción política, en una cultura, en una manera de entender lo eibarrés que excedía a un pensamiento de un grupo o clase, en una forma de pensar y sentir que se consideraba formaba parte de la idiosincrasia de la villa.

Reflejar esta idea, promoverla, fue, sin duda, uno de los logros del pensamiento político de Toribio Echevarría, que dotó al discurso socialistas eibarrés de un carácter abierto, ciudadano más que de clase, a la par que supo conectarlo con las características que reunía el trabajador armero eibarrés. A lo largo del *Viaje por el país de los recuerdos* salen muchos socialistas eibarreses, y otros que, sin serlo, pasaron temporadas en Eibar y tuvieron una considerable influencia, caso del fundador de las Juventudes Socialistas de España, Tomás Meabe, o del oñatiarra y médico José de Madinabeitia, al que Toribio atribuye un buen número de iniciativas, entre otras, la construcción de la Casa del Pueblo. Más, sin duda, el político socialista con el que mejor sintonizó Toribio fue Indalecio Prieto, con el que guarda tantas semejanzas. En el libro Toribio explica que, con anterioridad a ser llamado por este para Campsa, apenas había hablado con él y su presencia en Eibar había sido ocasional, pero a la par señala que el periódico en el que Prieto tuvo un considerable peso, *El Liberal*, publicado en Bilbao a partir de 1901, “influyó más que nadie en la formación socialista” de la localidad. Con este referente se entiende mejor la línea y el sesgo del socialismo de Echevarría y, por ende, del socialismo eibarrés, pues, sin renunciar a sus señas de identidad como opción de clase, mezcló este mensaje con una

declaración más amplia, reivindicando asimismo el componente liberal y democrático del socialismo, llegando a decir en este libro que prologamos que “el liberalismo es el socialismo integral”. No hacía Toribio sino fundir el mensaje socialista en una sensibilidad eibarresa muy asentada, como era la cultura liberal-republicana, de largo recorrido en la villa, y del éxito de esta suma nos da una idea la continuada implantación del socialismo en Eibar, que llegó a ser considerado como el mejor baluarte de esos valores liberal-republicanos.

También en sintonía con la línea prietista, Echevarría defendía un socialismo moderado, o lo que él denominaba “constructivo”, de carácter reformista, democrático, gradualista y ajeno a tentaciones revolucionarias no fundamentadas. De ahí su rechazo a la línea más radical del socialismo español durante la República (a los largocaballeristas), a los que llamaba los “radicales”, situándose con Prieto en la línea “centrista”; o sus reticencias con la Revolución del 34, en la que, sin embargo, participó por disciplina de partido y por la que fue encarcelado. Ya en el exilio, ese centrismo se acentuó y las críticas al radicalismo largocaballerista mutaron en una acerada denuncia del comunismo y de la Cuba de Castro, con un posicionamiento profundamente anticomunista. Ello no es óbice para que durante la República, posiblemente influido por la coyuntura de polarización del momento, pueda localizarse algún texto impregnado de ortodoxia revolucionaria<sup>14</sup>; si bien lo que le caracterizó en esa etapa, en sintonía una vez más con Prieto, era la defensa de una política templada y posibilista, que permitiese la colaboración con las fuerzas republicanas para consolidar la democracia y la República. No en vano, esa cuestión de la relación entre socialismo y democracia muy controvertida entre la izquierda de aquel tiempo, era para Echevarría nítida y no ofrecía dudas, y así por 1919 señalaba: *El socialismo no es una superación de la democracia, sino la democracia misma universalizada, esto es, la democracia política elevada como a una nueva potencia a democracia social*<sup>15</sup>.

El pensamiento de Echevarría encaja en la línea más tradicional del marxismo en el sentido de considerar que será a través de la propia evolución de la sociedad y de las reformas que se introduzcan en la redistribución de la riqueza lo que hará factible que exista una sociedad más justa. Pero volviendo a Eibar, esa idea de Toribio de un socialismo “constructivo” no se ceñía solo a la decidida apuesta por el uso de los cauces legales tanto para dirimir las diferencias laborales como para encauzar las inquietudes sociales, sino que se proyectaba también a que su discurso se dirigiera a toda la sociedad y no solo a la clase obrera. Toribio vio claro que si los socialistas querían hacer viable su proyecto debían tener, como él decía, “un punto de vista más amplio que el de clase”, diluyendo este sentimiento en el concepto de pueblo, de ciudadanía, asumiendo una responsabilidad social, de manera que los socialistas miraran por los intereses generales. Era, también en este punto, un prietista que rechazaba considerar que la sociedad estuviera dividida en dos bandos en confrontación, burguesía y proletariado. Ello, por ejemplo, se manifestó en la comprensión que se postulaba de la industria armera, considerada como un bien patrimonial del pueblo, una industria de la que todos debían cuidar pues de ella dependía la evolución de Eibar. Como Echevarría escribió, “el prestigio de la industria (era un) bien común”. Ello no impidió que se produjeran enconados conflictos laborales, como el ocurrido en 1920, que enfrentó a lo largo de varios meses a la patronal con los trabajadores y el sindicato socialista. No fue, sin embargo, la pauta en esos años.

<sup>14</sup>. Véase “La revolución socialista y la pequeña propiedad”, *Leviatán*, 1934, nº 5, pp. 57–64.

<sup>15</sup>. Toribio Echevarría, “En Memoria de Amúategui”, s.a. Fondo Toribio Echevarría, carpeta 41/87. AME.

En la definición sintética que Toribio hacía del socialismo eibarrés, al término “constructivo” le añadía otros dos: “cooperativista” y “gremialista”, significando así los tres pilares que entendía que le caracterizaban. En lo que hace referencia a lo de cooperativista, ya hemos mencionado las cooperativas de consumo que los socialistas crearon desde sus inicios, pero no se limitaron a las de este tipo y también promovieron cooperativas de producción. La primera de ellas fue en 1897, con ocasión de la huelga de los Quintana ya citada, cuando fundaron un “taller colectivo”, los “talleres del Gremio”, que no llegó a cuajar. En los años 1919–20 se produjeron nuevas experiencias que desembocaron en la gran empresa cooperativa ya mencionada, Alfa. Para Echevarría la cooperativa suponía un sistema de producción alternativo, modélico en la medida que es la aplicación “a la vida de la empresa de la fórmula democrática”<sup>16</sup>. Era un ejemplo, pues, de “democracia industrial”, en la cual la empresa está en manos de la *comunidad de trabajo representada de inmediato por todos los miembros activos de la producción, desde el director al obrero...*<sup>17</sup>. De hecho, para Echevarría la cooperativa es la materialización de la revolución social, pues con ella se sustituía al capitalista por el trabajador, de manera que con la cooperativa Alfa estaban creando “un mundo nuevo, el mundo nuevo justamente que vamos buscando nosotros los socialistas”<sup>18</sup>. Había, pues, una voluntad para que, a través del sistema cooperativista, los propios trabajadores fueran dueños de su trabajo, controlaran la producción, se autogestionaran; una visión que formaba parte de la cultura obrera de Eibar, apareciendo en este punto el tercer pilar que citaba Echevarría: el gremialismo.

En efecto, el socialismo eibarrés estaba estrechamente vinculado con la tradición artesanal y manufacturera de la villa que, como hemos apuntado, se mantuvo viva y logró sobrevivir en el nuevo capitalismo industrial merced a la persistencia del trabajo descentralizado, de los pequeños talleres y del trabajo a domicilio, que continuaron siendo piezas sustanciales con la nueva estructura industrial. Al igual que bajo el sistema artesanal, el trabajador continuaba siendo una pieza importante en este engranaje debido a su cualificación, a su conocimiento transmitido del oficio, lo que le hacía ser parte imprescindible en la fabricación del arma, si bien tuvo que hacer frente a unas nuevas reglas económicas determinadas por el libre mercado. En este punto, estos trabajadores pretendieron seguir ejerciendo un control en la fabricación del arma, tratando de proyectar las que habían sido las normas corporativas del gremio, originándose un choque inevitable con los capitalistas de la localidad, que propugnaban la libertad de trabajo y de producción, sin más matices que los que establecía el mercado. Toribio Echevarría describe cómo ante el avance del maquinismo, de la proletarianización, de la división del trabajo y del destajo, *los oficios, instintivamente, empezaron en busca de su antigua conciencia gremial, y hubo una especie de reconstrucción de las viejas ordenanzas, sobre todo en el ramo de la escopeta...*<sup>19</sup>, que es donde el trabajo especializado se mantuvo más fuerte. No en vano, y como ya hemos dicho, la primera organización que creó el socialismo empleaba el término Gremio en su denominación (Gremio Armero Vascongado), y en torno a esos años los mismos socialistas

---

<sup>16</sup>. Escrito ya citado del Consejo de Administración de Alfa en 1930 que, sin duda, se debe a la pluma de Toribio Echevarría.

<sup>17</sup>. *La experiencia socialista en Eibar*. p. 51.

<sup>18</sup>. “La lección de los problemas vividos”. Es un texto mecanografiado sin autor y sin fecha. Por la concordancia con datos aportados en otros textos por Toribio, no nos cabe duda de que es el autor. En cuanto a la fecha muy posiblemente sea de los años 1930–31. Fondo Toribio Echevarría, carpeta 49/87. AME.

<sup>19</sup>. *Ibid.*, p. 77. En el *Viaje por el país de los recuerdos* trata también con detalle esta cuestión.

eibarreses destacaban cómo los tiempos habían cambiado “gracias al movimiento corporativo” que ellos encabezaban. El Gremio pronto desapareció para ir dejando paso a agrupaciones por oficios, lo que era otro modo de perpetuar la división gremial. Paralelamente, los socialistas continuaron enlazando con las tradiciones artesanales (o gremiales), impulsando en la industria armera con el comienzo del siglo XX un sistema reglamentista y de control del trabajo que recordaba a ciertas ordenanzas gremiales. A este respecto, la introducción del socialismo entre los obreros eibarreses se produjo utilizando un imaginario, unas evocaciones propias de la cultura corporativa de los oficios artesanales, de los sentimientos de solidaridad ahí germinados, hecho, por otra parte, bastante común en los inicios del movimiento obrero en Europa en los que se rastrea también el peso originario de la cultura artesanal.

Como estamos viendo, el socialismo eibarrés tenía muchos rasgos peculiares, algo que queda subrayado a lo largo del libro. Su punto más cercano de conexión era el socialismo bilbaíno y de las minas, del que, sin embargo, diferían en tantas cosas. Toribio remarca el carácter euskaldún de los socialistas eibarreses, el empleo común de esta lengua entre los trabajadores, si bien en su versión de “Eibar’ko euskera internazionala” que decía el propio Echevarría, o sea, el menos purista de los dialectos vascos<sup>20</sup>, así como de las dificultades que tenían con el castellano y las chanzas que por esta razón les dirigían sus oponentes. Aquellos socialistas eibarreses eran conscientes de su especificidad y singularidad, de su localismo si se quiere, y, de hecho, Toribio juega en el libro con estereotipos, elogiando la modestia del euskaldún y, por el contrario, distanciándose de la pretendida brillantez del *erdeldún* (castellano hablante) que, tras su ampulosidad, podía pecar de superficialidad. Ahora bien, ello no era óbice para que profesaran —como el socialismo del tiempo— un profundo sentimiento internacionalista, no solo porque consideraban que sus problemas, aun siendo locales, tenían una dimensión nacional e internacional indudable, sino porque pensaban que formaban parte de una clase que excedía los límites de lo local.

Resulta ilustrativo leer los esfuerzos de Toribio por aprender el esperanto, del que dio clases y con el que se comunicaba con gentes de diferentes países, y de lo que nos da buena prueba su correspondencia con Arizmendiarieta en esta lengua<sup>21</sup>; o también cómo los socialistas eibarreses protagonizaban una protesta anual contra el zarismo ruso como una forma de expresar su internacionalismo y su voluntad de conectarse con los oprimidos de otros países. Bien es verdad que, en la coyuntura de 1917-1918, acabada la Gran Guerra y con una oleada de demandas autonomistas en España, Toribio Echevarría, muy influido por los llamados “14 puntos” del presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, publicó un folleto, “La liga de las naciones y el problema vasco” (1918), en el que propugnaba una nueva organización del Estado a través de una fórmula federal por medio de la cual quedase reconocida la “personalidad del País Vasco” y fuesen actualizados sus fueros<sup>22</sup>. Propuesta innovadora en el socialismo español que no tuvo recorrido, pero que Toribio

<sup>20</sup>. En una carta Toribio Echevarría definía el euskera de Eibar como ‘*gure eibartar eolikoa*’ [nuestro eibarrés eólico]. Carta de Toribio Echevarría a Santiago Arizmendiarieta, 25-4-1954, Fondo Santiago Arizmendiarieta, 0901.07. AME.

<sup>21</sup>. En una carta de 1951 de Echevarría a Arizmendiarieta le dice que hacía 30 años que no escribía en esperanto y que, por ello, para redactar esta carta, había tenido que apoyarse en un diccionario que localizó en la Biblioteca Nacional de Caracas. Carta de Toribio Echevarría a Santiago Arizmendiarieta, 16-5-1951. Fondo Santiago Arizmendiarieta, 0901.01. AME.

<sup>22</sup>. Puede consultarse el texto en Antonio Rivera, “Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923”, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 231 y ss.

formuló ajeno a cualquier veleidad nacionalista, pues no en vano en el mismo texto rechazaba con firmeza el separatismo, reflejaba los “vínculos comunes que nos unen con el resto de España” o se sumaba a lo expuesto por el Ayuntamiento de Eibar de que, en una hipotética distribución competencial, el Estado central debería atribuirse “la Enseñanza general de la cultura hispánica”.

Para el socialismo eibarrés de los primeros años del siglo XX la cuestión central no era el status que debiera tener el País Vasco, sino profundizar en la autonomía municipal, entendiendo que los ayuntamientos eran las instituciones más “vivas” en la medida en que eran las más próximas a los ciudadanos, más sensibles a sus preocupaciones y desde las que se podía acometer mejor una labor social<sup>23</sup>. Ello, en cualquier caso, fue compatible con una creciente asunción de la necesidad de conceder una autonomía política al País Vasco, idea ya comentada en el folleto de “La liga de las naciones ...” y que reiterará con posterioridad<sup>24</sup>.

Con el tiempo dejaría aún más claros sus postulados y lo sostenido por los socialistas eibarreses, lejos, desde luego, de cualquier lectura filo-nacionalista. Ciertamente que, entre sus exposiciones, puede localizarse alguna referencia en la que se refleja una visión romántica e idealizada del pasado del País, algo común en la literatura de la época, también de la socialista, muy mediatizada por la visión anterior fuerista y luego por la nacionalista<sup>25</sup>. No obstante, lo habitual era señalar lo ajeno que se sentían él y los socialistas eibarreses del primer tercio del siglo XX de la “cuestión regional”, y que, si había que buscar identidades, esas eran la española y la internacional, compatibles también con la vasca. Así, haciendo referencia al socialismo eibarrés de ese período, decía Toribio:

*Sin embargo, aunque parezca paradoja, en el proceso socialista de Eibar, a pesar de su intenso localismo y no obstante haberse desenvuelto mayormente en vascuence, (en el Eibar'ko euskera internacionala) apenas registramos ninguna preocupación de carácter regionalista, en una época que cobraba fuerza el nacionalismo vasco en todo su derredor. Lo cual no significa que no cultiváramos la tradición y lo folklórico<sup>26</sup>.*

No fue la única ocasión en que se manifestó con esa rotundidad<sup>27</sup>. Y es que Echevarría dejaba patente que desde pequeño se “ha sentido sumido en España”<sup>28</sup> y que los socialistas no quieren renunciar “al legado de España”, ni participan de “un hecho diferencial basado en una historia, en una etnografía, en una lingüística”<sup>29</sup>. En esta dirección, y frente a esa visión que con el tiempo se ha hecho canónica en el nacionalismo del “conflicto” derivado de

<sup>23</sup>. Sobre este punto véase los distintos apartados que le dedica en *El viaje por el país de los recuerdos*.

<sup>24</sup>. En la entrevista que le hace Martín de Ugalde responde a la pregunta sobre cuál es la solución para Euskadi: “...una amplia autonomía, sobre todo en el campo cultural y administrativo”.

<sup>25</sup>. Véase *Breves apuntes sobre Historia Vasca*. Son cuatro folios mecanografiados en los que entre otras cosas se habla de la Juntas Generales como modelo de democracia, de la unión voluntaria a la Corona de Castilla. Fondo Toribio Echevarría, carpeta 25,31/87. AME.

<sup>26</sup>. *La experiencia socialista en Eibar*, p. 121.

<sup>27</sup>. Años después reiterará esa misma idea de que los socialistas eibarreses no sentían el problema (de las nacionalidades). Y no lo sentían porque el *Fuerismo* que reaparecía de vez en cuando a efectos electorales, no emocionaba a nadie.... No obstante, también señala que, en tiempos de la República, cambiaron tanto el nacionalismo como el socialismo. Entrevista que Martín de Ugalde hizo a Toribio Echevarría el 23-10-1967. Fondo Toribio Echevarría, carpeta 31/87-14. AME).

<sup>28</sup>. *Ibid.*

<sup>29</sup>. *La experiencia socialista en Eibar*, p. 122.

una supuesta opresión secular de Euskadi por parte de España, Toribio Echevarría señalaba que no había habido tal, que el País Vasco no fue “atropellado” por Castilla y que, por el contrario, fue el “capitalismo vizcaíno” el que ejerció una función “imperialista” al fijar las directrices económicas españolas<sup>30</sup>. Es más, un indicador de las claves culturales en las que se movían aquellos primeros socialistas nos la proporciona Echevarría cuando refiriéndose a la biblioteca del Centro Obrero, con una copiosa bibliografía sobre variados temas, señala que apenas había nada respecto al País Vasco, “y los frequentadores de ella, euskaldunes todos en el sentido de usuarios del euskera, no nos inquietábamos del problema del vascuence y lo que aspirábamos de inmediato era a aprender francés o inglés”<sup>31</sup>. Los socialistas eibarreses sentían o experimentaban lo vasco como algo natural, no impostado, sin carga emocional; por el contrario, su internacionalismo les llevaba a mirar hacia afuera, a tratar de aprehender lo externo, a buscar un lenguaje universal en el que todos pudieran entenderse. Ello les llevó a estudiar y utilizar el esperanto, como fue el caso de Echevarría y Santiago Arizmendiarieta.

La postura de Echevarría se mantuvo, con sus lógicos matices, coherente a lo largo de los años, y en este sentido es revelador el hecho de que, en 1946, renunciase a formar parte del Gobierno Vasco en el exilio en representación de los socialistas guipuzcoanos pues, decía, *no me tienta el papel desorbitado que temo prosiga representando el Gobierno Vasco, con bastante daño para la gran familia que debe ser España*. En la misma carta deslizaba a su vez un ácido comentario sobre los nacionalistas al señalar que “hay una exacerbación separatista que está en razón directa de su deficiente comportamiento en la guerra”<sup>32</sup>.

Mas, volviendo al *Viaje por el país de los recuerdos* y lo que el libro refleja, encontramos otros elementos que subrayan ese carácter innovador de Toribio y del socialismo eibarrés, y que pueden llegar a sorprender a los adanistas que creen que todo empieza con ellos. Se menciona así que uno de los temas candentes que más se discutían en el Centro Obrero era el feminismo, habiendo personas que eran admiradoras de Mrs. Pankhurst, la célebre líder del movimiento sufragista británico, lo que a su vez expresa su interés por los debates a escala internacional; o, en otra dirección, la especial sensibilidad de Toribio por la naturaleza y el lamento por su degradación.

Fue, pues, Toribio Echevarría un personaje singular e importante. Como señalara Juan San Martín en su obituario, fue “creador de empresas y renovador de ideas sociales”. Toribio era partidario de un socialismo democrático y moderado, pensamiento que compaginaba con un profundo sentido religioso y ético de la vida. Mantuvo a lo largo de su existencia ese compromiso con el socialismo, a la par que su interés intelectual por estar al tanto de las corrientes de la izquierda internacional. En este sentido, llama la atención que durante su estancia en Londres, en 1959, fuese un asiduo del local de la izquierda socialista “The Partisan”, un “coffee-house” concebido como lugar de socialización e impulsado por reputados

---

<sup>30</sup>. Decía: *...se dieron a forjar historias de opresiones, como si el País Vasco hubiese sido en la historia otra Irlanda atropellada por Castilla, cuando Castilla era la pobre que se resignaba a pagar los aranceles que se habían levantado para la salud de las industrias de Barcelona y Bilbao*. Entrevista que Martín de Ugalde hizo a Toribio Echevarría el 23-10-1967. Fondo Toribio Echevarría, carpeta 31/87-14. AME.

<sup>31</sup>. Ibid.

<sup>32</sup>. Carta a Eulogio Urréjola, 13-7-1946. Fondo Toribio Echevarría, carpeta 26/87. AME.

y heterodoxos intelectuales del marxismo británico, con el historiador Ralph Samuel al frente<sup>33</sup>.

Como hemos visto, su labor no se ciñó al terreno político o de las ideas o a su vertiente de vascólogo, sino que su sentido práctico y de la realidad, así como la necesidad de resolver los problemas sociales de su clase, le llevaron a ser un exitoso pionero de la experiencia cooperativista con Alfa, marcando una senda que siguió después el movimiento cooperativo de Mondragón. Era una persona volcada con Eibar y con el País Vasco, era eibarrés y vasco, pero desde una concepción “universalista” y amplia de las cosas, subrayando los elementos de afinidad y de encuentro con los otros. Ser de “una parte”, no le impedía sentirse de “todas partes”. La última nota de actualidad sobre Toribio Echevarría ha sido su aparición como un personaje central en una novela de Jon Juaristi, compartiendo protagonismo con otros célebres personajes<sup>34</sup>.

En suma, Toribio Echevarría fue una figura respetada y no solo entre los suyos, la familia socialista, que le dedicó, a través de Santiago Arizmendiarieta, las más cálidas frases, considerándole un maestro y un referente<sup>35</sup>. Carlos Santamaría, uno de los intelectuales vascos de más prestigio en la época, decía con ocasión del fallecimiento de Echevarría “sentir veneración hacia él” a pesar de que nunca lo trató en persona, considerándose como un “amigo espiritual” con el que mantenía una suerte de “afinidad electiva”<sup>36</sup>. Asimismo, otro ilustre guipuzcoano, Jose María de Arizmendiarieta, fundador y promotor del movimiento cooperativo de Mondragón, le dedicó en su necrológica palabras de cariño y elogio, destacando que era un “hombre que ha luchado buscando el bien y la verdad: practicando el bien y sirviendo a la verdad”<sup>37</sup>. Son testimonios que reflejan la hondura de un personaje que supo aunar acción e intelecto, que no tuvo impedimento en mantener un pensamiento muy personal, sin sujeciones políticas, y que hizo de la condición de humanista uno de los ejes de su ideario.

<sup>33</sup>. También conocido como “The Partisan Coffee House”. Participaban, entre otros, Eric Hobsbawm o el sociólogo Stuart Hall. La referencia de su asistencia en Carta de Toribio Echevarría a Santiago Arizmendiarieta, 2-4-1959. Fondo Santiago Arizmendiarieta, 0901.52. AME.

<sup>34</sup>. Jon Juaristi, *Los árboles portátiles*, Madrid, Taurus, 2016.

<sup>35</sup>. Santiago Arizmendiarieta, *Mis memorias: la guerra civil española: 20 meses prisionero*. Eibar, 2016, p. 41. La referencia está extraída del estudio introductorio de Antxon Narbaiza. Hay copia digitalizada del libro.

<sup>36</sup>. Carlos Santamaría, “Un viejo luchador”, *El Diario Vasco*, 28 de abril de 1968.

<sup>37</sup>. *Trabajo y Unión*, abril 1968. No aparece firmado, pero era un boletín de cuya redacción se encargaba Arizmendiarieta.



# Eibarko humanista baten bidaia sentimental

Querido amigo:

Te escribo la presente para anunciarte que este mes salgo de regreso para Venezuela, donde ya estare a primeros de Julio, en la misma dirección de antes, que pongo abajo.

Quizas mi hija Felicitas pase por España con su familia, porque como tiene arrendada su casa-quinta de Caracas hasta el mes de Octubre, he de hacer tiempo hasta que venza el contrato.

Alfa ha publicado un voluminoso libro que es un alarde editorial por el lujo con que esta presentado, con muchas ilustraciones en colores y fotografías de lo antiguo y lo actual. Una de ellas del personal de la fabrica en Vista-Alegre, en la que se te reconoce perfectamente. Yo no he recibido el libro, pero una Arrieta, prima de los Kakatzza que vino aquí de niña cuando la guerra y esta casada con un italiano, lo ha recibido y me lo ha prestado para ver.

En uno de los trabajos, en que se hace historia de la empresa, pasan como sobre ascuas por todos nuestros años, como veras por la adjunta copia. Eso, para ellos, naturalmente, no tiene importancia y se explica que ahorren tinta en ese particular. Pero si tiene importancia la verdad, que parece esta alterada para presentar un contraste entre las ruinas que heredaron de nosotros y la actual opulencia de la empresa.

Yo no recuerdo de ninguna hipoteca al m...

# Luis Castells Arteche

## *Historiagilea*

Itzulpena: Udal Itzulpen-zerbitzua

Aitormen batekin hasi beharra daukat: hirugarren aldia da *Viaje por el País de los Recuerdos* irakurri dudana eta aldi bakoitzean gauza berriak ikasi ditut; aurrekoetan oharkabean igarotako kontuei edo arretarik jarri gabeko alderdiei erreparatu diet. Hainbat izan dira horretan eragin duten faktoreak: dudarik gabe, irakurraldi bakoitzean proiektatzen diren begirada eta galdera berriak, baina baita liburuaren beraren aberastasuna ere, bere baitan biltzen dituen ñabardurak, eta harengandik ikas daitekeen guztia. Liburuaren lehen idatzaldia 1949an amaitu zen Caracasen —han erbesteratua bizi baitzen Toribio, fakziosoek gerra zibila irabazi ondoren—, nahiz eta hurrengo urteetan izan zen orraztua. Liburua, izenburuak ondo adierazten duen bezala, oroipenetatik zehar egindako bidaia bat da; bere ibilbidearen *bidaiia sentimental bat*, ume-sasoitik hasi eta gerra zibilera arte. Toribiok berak garai hartako gutunetan adierazten duenez, *liburua sendabide bat izan zen jaioterritik*<sup>1</sup> *urrun bizi izateagatik sentitzen zuen herrimina leuntzen saiatzeko*; horrek ez dio sinesgarritasunik kentzen hemen kontatutakoari nahiz eta ezinbestez irristaldiren bat edo beste egin, aurreko edizio batean beste eibartar entzutetsu batek, Juan San Martinek<sup>2</sup>, adierazi zuen bezala.

Bi dira liburuaren fokuak: batetik, Toribio Etxebarria bera, haren bizipenak, ideiak eta militantzia sozialista; bestetik, Eibar herria, liburuaren ezinbesteko eszenatokia, hor gertatzen baitira lan honetan kontatzen diren gertaera eta burutazio asko eta asko. Izan ere, Etxebarriaren bizitza neurri handi batean armagin herrian igaro zen eta hemen kontatzen den bizialdi-zati honen azken partean bakarrik —lehen biurteko errepublikarrean eta gerra zibilean— irten zen gure protagonista Eibartik. Herriaren frisoa ere bada, beraz, sozialista baten begirada batetik egina; horregatik, pertsonaia eta egoera batzuetan jartzen da arreta, eta ematen zaien ikuspegiak testua aberastu baino ez du egiten.

Toribio Etxebarriaren bizipenak ulertzeko, are bere pentsamendu sozialistaren ezaugarri batzuk ere, komeni da zertzeladaren bat ematea Eibarko gizarteari buruz, zeinak XX. mendeko lehen urte haietan aldi zirrargarri bat bizi izan zuen, bizitasun ekonomiko handikoa eta aldaketa politiko sakonekoa; aldaketa horiek guztiek eragin zuten sozialismoa eibartarren identitate-ezaugarrietako bat izatea, bai eta euskal sozialismoaren eta sozialismo

---

<sup>1</sup>. Toribio Etxebarriaren gutuna Santiago Arizmendiarrietari, 1952ko maiatzaren 1ean, Santiago Arizmendiarrietara Funtsa, 0901.05. Eibarko Udal Artxiboa (aurrerantzean, EUA).

<sup>2</sup>. Ohikoa izaten da iraganeko memoria orainaldiko interesetara egokitzea, eta are gehiago horiek derrigorrezko urruntzeagatik baldintzatuta badaude, kasu honetan bezala. Hori liburuan gerta badaiteke ere, uste dut Toribioren “oroitzapenak” oso fidagarriak direla edo gutxienez hori uste dut berak azaltzen duena garai hartako dokumentazioarekin alderatu ondoren.

espainiarraren erreferente ere. Eibarrek, XIX. mendearen azken urteetan eta XX. mendearen lehen hirurtekoan zehar, hazkunde ekonomiko izugarria izan zuen; industria tradizional baten inguruan antolatuta egonik, armagintzan alegia, jakin zuen industria-ekonomia lehiakorrago batera eta ekonomia-arau berri batzuetara egokitzen. Horrek eragin zuen Eibarko biztanleriak modu iraunkorrean baina ez neurrigabeen haztea, honako kuadro honek islatzen duen moduan:

EIBARKO BIZTANLERIA (100 indizea 1877an)

1860	1877	1887	1900	1910	1920	1930
3.815-92	4.133-100	5.103-123	6.853-159	10.121-245	11.888-288	12.874-311

Hazkunde hura etenik gabea izan zen eta 1900-1920 urteetan jo zuen goia, orduantxe igo baitzen gehien biztanle-kopurua, armagintzaren urrezko aroak bultzatuta: 1891-1896 urteetan batez beste 160.000 arma ekoiztetik 451.000 arma fabrikatzera igaro zen sektorea 1905ean, eta zifrek igotzen jarraitu zuten Lehen Mundu Gerran kopuru altuena iritsi arte, 741.000 unitate egin baitziren, pistolak nagusiki. Gero, gerra amaitzean, gainbehera motel baina jarraitua etorri zen. Garai hura, bada, aurrerapen-sasoia izan zen Eibarrentzat, garapen ekonomiko sendo baten aldia, eta aberastasuna ekarri zien biztanleei, guztiei modu berean eragin ez arren. Politikoki ere aldaketa handiak gertatu ziren eta indar dinastikoez zuten aginteak —Orbeatarrak buru zirela (“betarrak” Etxebarriaren hitzetan)— errepublikarren pisu gero eta handiagoari egin zion lekua —(“goitarrak”)—; horretarako, dena den, XX. mendeko lehen urteak arte itxaron behar izan zen, sozialisten babesarekin, orduan bilakatu baitziren errepublikarrak aukera bozkatuena Udalean. Sozialisten presentzia geroago etorri zen eta 1903-4 urteetan lortu zuten lehenengo zinegotzia, Barrutia, hain zuzen; gero eta bozka-kuota handiagoak irabazten joan ziren, eta, hala, 1920an gehiengo osoa lortu zuten.

Dena den, sozialismo eibartarra bereziki baldintzatu zuena zera izan zen, industria-prozesu horrek hartu zuen eredia: intentsoa, bai, baina iraganarekin, artisau-industria ereduarekin, zituen loturak erabat hautsi gabe, edo modu bortitzean hautsi gabe, behintzat. Industria, hala, produkzio-sistema berrietara egokitzen joan zen apurka-apurka, batez ere pistolen sektorean, baina betiere antolatzeko modu tradizionalei eutsiz, tailer txiki ugari zeuden-eta, bai eta etxean lan egiten zuten beharginak ere, Eibarko arma-produkzioan jarduten zutenak. Izan ziren tartean langile-kopuru handiak zituzten enpresak, hala nola Orbea y Cía pistola-fabrikatzaileen kasua —1915ean 360 behargin zituen— edo Gárate, Anitúa y Cía eta beste gutxi batzuk; baina, oro har, Eibarri bere marka propioa, “erlauntza-hiri” ezaugarria ematen ziona, lan industrialaren banaketa berezia zen, herriko bazter guztietan jarduten zuten-eta lanean.

Hauxe da, beraz, Toribio Etxebarriak *Viaje por el país de los recuerdos* honetan gogoan duen testuingurua, non memoria izugarri ona duela erakusten duen. Bere orrialdeek aukera ematen digute Toribioren ibilbide pertsonal eta profesionalari jarraitzeko, eskolako bizipenen berri izateko, edo nola 11 urte baino ez zituela aitari laguntzen hasi zen armagintzako grabatzaile-ofizioan, Dibujo Akademiako klaseak jasotzen zituen bitartean. Aita hil eta hiru urtera lanean hasi zen ehiza-eskopetak muntatzera dedikatzen zen artisau-etxe batean, eta, aldi berean, grabatzaile-ikasketak egin zituen. Umetan, halaber, gizarte hartan ezinbestekoa zenez, katekesira joan zen; horrek lagunduko zuen sentimendu erlijioso sakon bat errotzen bere baitan, bere bizitza osoan zehar, aldaketak gorabehera, irmo iraun zuena, baina betiere modu libre batean ulertuta, haren

ama Isabelek zuen zurruntasunetik eta dogmatismotik urrun. 16 urte zituela, Centro Obrero sozialistaren liburutegira joaten hasi zen; inpaktu handia eragin zuen horrek Toribiorengan, baina puntu horri aurrerago oratuko diogu. Toribio berehala nabarmendu zen jakinmin izugarri batengatik; neurrigabeko gogoia zuen ezagutza berriak jasotzeko, eta irakurzaletasun ikaragarria, pertsona ikasi eta heziketa handikoaren fama justifikatua eman ziona eta sozialisten lerroetan meritu handiagoa zuena, haien gizarte-oinarria goi mailako heziketa bat ordaintzeko aukerarik ez zuten beharginez osatua baitzegoen. Egoibarra batzordearen webgunean dagoen Toribio Etxebarriaren biografia egoki eta zehatz batean, Asier Sarasuak azaltzen du gure protagonista hazi zen familia-giro elebidunak (amak ez zekien euskaraz) aukera eman ziola testuak gaztelaniaz irakurtzeko eta bere esparru<sup>3</sup> intelektuala zabaltzeko. Ezaguera oparo horiek direla-eta, ez da harritzekoa, 1912. urte inguruan, eta Udaleko gehiengo errepublikar-sozialistaz baliatuta, Udal Idazkaritzan idazlari gisa zegoen bakante bat betetzeko eskatzea, hasieran soldata xume batekin (1.259 pezeta urtean) eta lanaldi-erdiz; hala, Udalean idazkari-ofizial lanpostuan hasitako lanak jarraipena izango zuen urte luzez.

1920an beste mugarririk garrantzitsu bat gertatu zen Toribio Etxebarriaren lan-ibilbidean, orduantxe erabaki baitzuen Sindikatu Metalurgikoak, sozialistek bultzatua, kooperatiba-araubideko arma-fabrika bat sortzea, irteera bat emateko armagintzan greba gogor bat egiten ari ziren beharginei. Proiektu arriskutsu eta berritzaile horretarako —Alfa—, Toribiori eskatu zitzaion gerente-karguan jardutea, eginkizun konplexu eta zalantzarikoa hari ekiteko pertsona kualifikatuena zela iritzita; hala eman zitzaion hasiera Espainian —non industria-eredu kooperatibista urria zen— aitzindari izan zen esperientzia bati, geroagoko esperientziatarako oso kontuan hartu zen aurrekari bat ezarrita. Hasierak oso zailak izan ziren; esperientzia berri ororen arazoei hasierako kapitalaren defizita gehitu zitzaion: enpresa martxan jartzeko 300.000 pezeta batzea espero bazuten ere, jasotako kopurua 125.000 pezeta ingurukoa izan zen. Guztiarekin ere, Alfa sendotu egin zen, halako moduz non hamar urteren buruan mugitzen zuen kapitala hiru milioi pezeta<sup>4</sup> ingurukoa baitzen; Etxebarriak berak hori baino askoz ere kopuru altuagoa aipatzen du gerra zibilaren<sup>5</sup> aurretik, nahiz eta horrek ez kendu “diruzaintza arazoak”<sup>6</sup> izatea. Eibarko Udal Artxiboan Toribioren artxibo pertsonalean gordetzen diren paperek haren ezagutzen berri ematen dute, eta, halaber, hogeiko hamarkadan Eibarko armagintzaren krisiari aurre egiteko egin zituen proposamen interesgarriak erakusten dituzte. Hain zuzen, Alfako administratzaileak, Toribio buru zela, lehenak izan ziren zetorren krisiaren tamainari neurria hartu eta fabrika birmoldatzea bultzatu zutenak josteko makinaren produktoria bideratzeko: sektore horretan puntako enpresa bat sortu zuten, era horretan, eredu kooperatibista jabetza kapitalistaren alternatiba gisa finkatuz. Alfa Toribiok jokatu zuen papera ez zen mugatu exekutibo baten eginkizunera, baizik eta, Santiago Arizmendiarrizaren hitzetan, “fundatzaile, gerente eta arima” izan zen.

3. Ikus haren biografia helbide honetan: <https://egoibarra.eus/eu/argitalpenak/eibarko-argitalpenak/viaje-por-el-pais-de-los-recuerdos>.

4. “La sociedad cooperativa Alfa al personal en el 10º aniversario de su fundación”. Fondo Toribio Etxebarria, carpeta 48/87, AME.

5. 1936 baino lehen, bost edo sei milioiko kapitalizazio bati buruz hitz egiten du. (*La experiencia socialista en Eibar*, texto mecanografiado, 1959, Fondo Toribio Etxebarria, 17/87 karpeta, EUA).

6. Ikus Alfako gaiaren eta gorabehera ekonomikoaren gainean Eusebio Gorrochateguiri idazten dion gutun interesgarria, 1960eko ekainaren 7an. Santiago Arizmendiarrizaren Funtsa, 091.79. EUA.

Handiusterik batere gabea, umila eta diskretua izan arren, haren dohainak eta zentzuna ez ziren oharkabeen ingaro; halatan, Errepublika iritsi zenean, Prietok, lehen gobernu errepublikarrean Ogasun ministro-kargua betetzen zuenak, gobernuaren ordezkari izendatu zuen enpresa estrategiko batean, petrolioaren monopolioa zuen Campsan hain zuzen, eta karguan jarraitu zuen lehen biurteko horretan. Behin gerran sartuta, bera izendatu zuten konpainia horren zuzendaritza bere gain hartzeko; Etxebarriak harrotasunez esaten zuen gatazkak iraun zuen denbora guztian ez zitzaizela errepublikarrei “ez gasolarik ez oliorik” falta izan. Gerra galdu eta gero, Toribiok eta bere familiak erbestearen bide luzeari ekin zioten, eta Venezuelan jarri ziren bizitzen, tarteka Ingalaterran egonaldia eginez. Denbora horretan guztian, ez zuen harremanik galdu ez Euskal Herriarekin ez Eibarrekin; hango berri izan zuen Euskal Herriko hainbat pertsonarekin —intelektual batzuk tartean— trukatu zituen gutun bidez, informazio ugari ematen ziotenak. Denborarekin, lortu zuen hainbeste desiratzen zuen asmoa betetzea, alegia, bere Eibar kuttunera itzultzea, eta halaxe egin zuen 1964an, nahiz eta bisita<sup>7</sup> labur bat izan.

Edozein modutan ere, eta aipatu dugun bezala, *Viaje* honen amaieran Toribio erantzukizun handiko postuetan aritu bazen ere, ez zuen sekula eibartar-izatea galdu, bere jaioterrian sustraitutako pertsona baten izaera; eta beti egon zen harro horretaz. Eibarren, izan ere, balio eta ideia politiko jakin batzuk jaso zituen eta horiexei eutsi zien bizitza osoan zehar. Bere herriaren ezagutza sakona zuen eta horrek aukera emango dio oroitzapen hauetan haren ezaugarri funtsezkoen erretratu askotariko eta zabala egiteko. Liburutik zehar pertsonaia ugari pasatzen dira, sozialistak nagusiki, baina baita berezitasunen batengatik edo besterengatik nabarmentzen ziren beste batzuk ere. Bestelako erreferentzia ugari ere deskribatzen dira liburuan: Eibarko baldintza sozialak; egitura ekonomikoak eta armagintzan duten eragina; eguneroko bizimodua, aisialdia eta dibertitzeko moduak; hitz batean, alderdi askotariko mosaiko bat, testuari aberastasun harrigarria ematen diona. Toribiok aipatzen dituen eta nabarmendu daitezkeen alderdi horien guztien artean, bi konturi bakarrik helduko diet. Haietako bat “San Lunes” izenarekin ezagutzen dena da, hau da, asteko egun horretan lanik ez egitea edo ahalik eta gutxien egitea, hala, aurreko eguneko “gehiegikerien” ondorioak arintzeko, aurreko jai-eguna aukerakoa izaten zen-eta halakoetarako. Egundorretan, halaber, gertakari ludikoren bat zegoenean tailerrak masiboki husten ziren. Ez da harritzekoa, bada, —dio Toribiok— Eibarren frontoi estali bat eraiki zenean enpresak Astelena izena jartzea, egundorretan ikusle eta etekin gehien lortuko zelakoan. Deigarriena da “San Lunes” deritzon praktika hori hainbat herrialdetako langileen artean oso zabalduta zegoela eta historiografia nazional zenbaiten ikergai izan dela.

Beste elementuak izaera desberdina du eta 1931n Eibar Errepublika aldarrikatu zuen lehen herria izatearen datu ezagunari egiten dio erreferentzia. Etxebarriak azaltzen duenez, oso goiztiarrak izan ziren, proklamazioa goizeko seietan, egunsentiarekin batera, gertatu baitzen, aldarrikapenaren bandoak berresten duen bezala. Baina halako gertakariak eibartarrei eragin zien pozaren ondoren beldurrez betetako orduak etorri ziren, zalantza

<sup>7</sup>. Aldi honetako gorabeheren inguruan, *Viaje por el país de los recuerdos*-etik eta gure komentariotik aparte geratzen dena, ikus aipatutako Asier Sarasuaren biografia. Eibarrera itzultzeko desioari buruz, 1951ean Arizmendiari zuzendutako eskutitz batean, esaten dio hurrengo udan joatea espero duela, baina gutun berean baztertu egiten du prozesu horretan exiliatuek topatzen dituzten oztopo guztiak direla-eta. Santiago Arzimidiarriaren Funtsa, 0901.0. EUA. Beste eskutitz batzuetan desio hori berretsiko du.

josiak, zeren Juan de los Toyos<sup>8</sup> alkateordeak adierazitakoaren kontrara, beste ezein herrik ez baitzuen aldarrikatu, ezta ondorengo orduetan ere. Eibartarrak, bada, “estu eta larri” ibili ziren denbora luzez, harik eta arratsaldean, azkenean, Bartzelonak, Madrilek eta beste batzuek proklamazioarekin bat egin eta errepublikar mugimendua finkatu zen arte, eibartar errepublikarren poz eta lasaitasunerako.

Hasieran esaten genuen bezala, liburuaren beste fokua Toribio Etxebarria bera da eta idazten duen horretatik islatzen dena. Atentzioa ematen duen lehen ezaugarria da bere ezagutzak zabaltzeko duen grina, irakurtzeko duen etengabeko gogoia, jakinmin aseezina. Puntu horri dagokionez, Centro Obreroren liburutegia bisita-leku ohikoa izan zen 16 urtetik aurrera, eta beste irakurketa-leku publikorik ezean, huraxe izan zen jakinmin intelektuala asetzeko erreferentzia. Dedikazio eta ikasteko grin horren adibide dugu Etxebarriak *Viaje*-an ematen duen datua, alegia, hamazortzi urte betetzerako liburutegiaren zati handi bat irakurria zuela. Zentroa ere sozialismoan eta haren kulturen murgiltzeko bidea izan zen —lokal horretara joaten hasi zenean ez baitzegoen afiliatuta—, eta haren bidez sartu zen sozialisten mugimenduan, eta zehatzago haren Gazterian. Gainera, Centro Obreroren liburutegiak —dohaintzen bidez eratua— literatura marxistez gain hainbat edukiz hornitutako liburuak zituen, Toribiok gogo biziz irentsi zituenak. Horrek aukera eman zion formazio zabal bat izateko, landuz eta sakonduz joan zena, eta denborarekin aukera eman ziona era askotariko arloen gainean idazteko, hala nola erlijioa, filosofia edo euskal filologia (Euskaltzaindiako urgazle izendatu zuten Donostian, 1966eko irailaren 24an, eta euskalari ontzat jo daiteke). Euskaraz idatzitako literatura-lanak ere baditu, denak atzerrian idatziak. Toribio, beraz, bere kasa hezitako pertsona baten eredu garbia dugu, ahalegin pertsonalaren puruz egina, eta hizlari ona ez bazen ere, dohain intelektualengatik gailendu zen, zeukan formazio<sup>9</sup> zabalagatik. Garai hartako behargin “kontziente” baten eredu da, zeinak bitarteko ekonomikoen eta unibertsitate-ikasketen faltan borondate irmoa izan zuen garaiko erronkei hobeto aurre egiteko prestakuntza eskuratzearen, kultura langileen emantzipazioaren eta askapenaren tresna bat zelako ideian.

Ikusten dugunez, Toribio Etxebarria hainbat alderditan nabarmendu zen, baina agian berezietako bat, eta hala ikusten da liburu honetan, zera da: bere bizitzari ematen dion zentzua, alegia, printzipio erlijiosoen eta sozialisten nahasketa bat, gaurkotasan handiko mezua duena. Errotikako ikuspuntu humanista baten barruan, non uste baitzuen pertsona, gizakia, balio absolutua den heinean erdiguneko erreferente izan behar dela, Toribiok joera du jendearen jokaeretan printzipio etiko eta moralak lehenesteko. Zentzu horretan, eta Jainkoaren figura interpretatuz eta hura aintzat hartuz, bizitza besteen zerbitzura zegoela uste zuen, besteei emana bizi behar zela; eredu horrek, beraz, besteentzako erreferentzia izan behar zuen. Haren ikuspegian, irizpide horiek politikara aplikatzeak zera esan nahi zuen: printzipioen arabera mugitu behar zela, hau da, jokaera moral eta eskuzabal baten arabera mugitu behar zela, interes alderdikoiek edo egiturazkoek desitxuratuko ez zituzten ideia batzuen alde. Zuzentasun moral horrek eraman zuen garbi lagatzera —Campsan agintea

<sup>8</sup>. *De los Toyos jaunak eskatu zuen hitza, eta esan zuen, halaxe zela, Errepublika aldarrikatu zela Espainian*. Eibarren Errepublika aldarrikatu zeneko aktatik hartua.

<sup>9</sup>. Zera dio bere buruaz: *Sekula ez nintzen gai izan diskurtso bat egituratzeko, ezta orrietan apunteak hartzeko ere, ezin nituen-eta ganoraz irakurri*. “Martin de Ugaldek Toribio Etxebarriari egin zion elkarrizketa 1967ko urriaren 23an”. Toribio Etxebarria Funtsa, 31/87-14. karpeta. EUA.

izan zuen garaian— ez zuela kanpoko eraginik onartzen, “bera ez zegoelako han inolako partiduaren zerbitzura, Errepublikaren<sup>10</sup> zerbitzura baizik”. Alderdiak, bilatzen zen idealaren mende egon beharra zeukan, eta ez alderantziz. Bazen haren pentsamenduan sozialismoarekin bat egiten duen oinarri erlijioso bat, eta bateratze horretatik dator balio etiko eta moralei ematen dien lehenetsuna, bai eta bizitza besteentzako eredu izateko asmoa ere.

Hasiera-hasieratik, Etxebarria hotz azaldu zen interpretazio materialista hutsen aurrean eta transzendentziaren existentzia aldarrikatu zuen: bizitza misterio bat zela uste zuen, zeinaren sakoneko arauak ihes egiten baitigute. Azalpen-tresna gisa, idealismo eta metafisika halako bat aldarrikatzen du, “emozio erlijioso” antzeko batean mamitzen dena. Sentimendu horrek ez du talka egiten ideal sozialistarekin; aitzitik, sentimendu horrek balio du emozio erlijiosoa behar bezala<sup>11</sup> bideratzeko. Transzendentzia eta mistika sozialismoarekin bilbatzeak eramaten du Toribio marxismoaren iritsieraren onurak terminologia eta iruditeria erlijioso batekin azaltzera: *Fede berri honek —mirariak erruz eragiten zituena (zenbat konbertso ez oten ziren sendatu alkoholaren erabileratik eta espirituaren beste zeregin batzuetatik)— Marx eta Engelsen Manifestu Komunistan zuen formulazio ebanjelikoa. Dokumentu hori, historikoa hainbat kontzeptutan, Profetek iragarria izan zen...*<sup>12</sup>. Manuel Pérez Ledesma historialari handia zenak bere garaian ikusi zuen bezala, hizkuntza sakralizatu horren erabilera ez zen arrotza jatorrizko literatura sozialistaren barruan; funtzio garbia zuen, beharrezkoa baitzen errespetagarritasuna izatea gizarte-geruza gehiagotara iristeko, eta horretan Etxebarria oso ondo kokatzen zen haren formazio erlijiosoa<sup>13</sup> zela-eta.

Kontzeptu hauek guztiak originalak izanik ere, Toribioren legatu emankorrena eta interesgarriena bere diskurtso politikoa da, ordezkatzen duen sozialismo mota; arlo horretan eragin nahiko handia izan zuen Eibarko sozialismoaren eraketan, betiere elkarreragineko joko baten barruan: Eibarrek Etxebarriaren pentsamenduan eragin zuen eta hark aldi berean herrian egin zen politikan.

Eibarren 1897an hasi zen sozialismoa zabaltzen Hermanos Quintana herriko fabrikari egin zen grebaren ondoren; enpresan masan egindako ekoizpen-sistemak sartu nahi zituzten eta horrek herriko antolaketa modu tradizionalak haustea zekarren. Greba hartatik, behargin eibartarrek beren burua antolatzeko premiaren ikasgaia atera zuten, eta halaxe egin zuten urte hartan bertan *Gremio Armero Vascongado* eratuz; elkar laguntzarako sozietate edo elkarte gisa definitzen zen. Hasieran ideologia ezberdineko langileek osatzen zuten, baina kontserbadoreenek berehala utzi zuten, Gremioak sozialismoaren aldeko jarrera adierazi ondoren. Sozietate hura armagintza-espezialitate ezberdinetako beharginek osatzen zuten; 1902an, baina, eredia aldatu eta langileak ofizioen arabera elkartzen hasi ziren. Eibarko sozietarismo-prozesua azkarra izan zen eta hasieratik izan zuen arrakasta. 1897an Gremioak zituen 300 sozioak ofizio-sozietate ezberdinetako 820 izatera igaro ziren 1902an; eta, nahiz eta Partidu Sozialistan afiliatuta zeudenen kopurua oso handia ez izan (1905ean 91, eta 125 Gazteria Sozialistan), sindikatuta zegoen portzentajea oso altua zen —langile guztien % 30-

<sup>10</sup>. Santiago Arizmendiarietak aipatzen du *Mis Memorias. La guerra civil española: 20 meses prisionero* liburuan, Eibar, Ego Ibarra batzordea, Eibarko Udala, 2016, 81. or.

<sup>11</sup>. “Más sobre la emoción religiosa. Trabajo leído en la velada de la Casa del Pueblo de Eibar, 1927”. Toribio Etxebarria Funtza, 50/89. Geroago, exilioan idatzitako obretan, sakondu egin zuen gai horien inguruan.

<sup>12</sup>. Toribio Etxebarria, *La experiencia socialista en Eibar*, 1959. Toribio Etxebarria Funtza, 17. karpeta, 18/87. EUA.

<sup>13</sup>. Manuel Pérez Ledesma, *El obrero consciente*, Madril, Alianza Universidad, 1987, 50. or.

40 inguru—, batez ere Gipuzkoan edo beste langile-eremu batzuetan zeudenekin alderatuta. Horretan Eibar salbuespena zen Euskal Herriko eta Espainiako sozietateen egoeran.

Afiliazio-lan horrekin batera —horretan oinarrituta, Jacques Valdour soziologo eta ikerle frantsesak 1912-1913 urteetan herriko behargin “ia gehienak” sozialistak zirela idatzi zuen—, sozialistek sozializazio-lan gogor bati ekin zioten harreman-sare zabal bat sortuz, halako moduz non partiduarenak ez ziren esparruetan ere islatzen baitzen haien presentzia. Hala, kontsumo-kooperatibak (janariak, ehunak, erremintak) sortu zituzten; elkarri laguntzeko sozietate bat eratu zuten gaixorik zeuden afiliatuak artatzeko, eta, Madinabetiak, beste sozialista ezagun batek, bultzatuta, gaixoentzako leku bat eraiki zuten *Jardin de Convalecientes* izenekoa; krisi-sasoietan (1914 eta 1920) lan egin zuten, Udalak sukalde popularrak martxan jartzeko herritarrek doan jan ahal zezaten; ez zuten begi txarrez ikusi tabernen eginkizuna komunikazio-tresna gisa, nahiz eta hori ez izan seguruenik Toribioren gustukoa, eskrupulu moralak erakusten baitzuten edatera bultzatzea zela interpretatu zitekeela iritzita; Centro Obreroari izaera irekia eman zitzaion eta aktibitate handia izan zuen, herritarrek bertara joan eta erreferente soziltzat har zezaten.

Hitzaldi asko antolatu zituen Zentroak eta handik pasatu ziren hizlari on askoak, hala nola Unamuno, Ramiro de Maeztu, Bartolomé Cossío edo León Jouhaus Bakearen Nobel sariduna. Lehenago ere aipatu dugu Toribiok sozialismoan eman zituen aurreneko urratsak Zentroaren liburutegiak erakarrira eman zituela. Sozialismoa gizarte-erreferentzia (erreferentzia bakarra) bilatzeko ideia horretan txertatzen da Herriaren Etxea eraikitzeo asmoa, 1916an partzialki inauguratu zena. Toribiok zeresan eta zerikusi handia izan zuen eraikin “handi” eta ikusgarri hartan, herriaren erdi-erdian kokatua zegoena, udaletxearen alboan, horrela, era sinbolikoan, alderdi sozialistak Eibarren lortu nahi zuen zentralitate hura irudikatuz. Hala, apurka-apurka, sozialismoa, aukera politiko bat izateaz gain, kultura-adierazpide bihurtzen joan zen; talde edo klase baten pentsakeratik harago, eibartar-izatea ulertzeko era bat; herriko idiosinkrasiaren partetzat hartzen zen pentsatzeko eta sentitzeko modu bat.

Idea hori islatzea, sustatzea; zalantzarik gabe horixe izan zen Toribio Etxebarriaren pentsakera politikoaren lorpenetako bat, diskurtso sozialista eibartarrari izaera irekia eman ziona, hiritar izaera klase-izaeratik harantzago; eta, aldi berean, jakin izan zuen mezu sozialista lotzen Eibarko behargin armaginak biltzen zituen ezaugarriekin. *Viaje por el país de los recuerdos* liburu honetan zehar Eibarko sozialista asko azaltzen dira; beste batzuk, oster, bertakoak ez izan arren, herrian denbora asko eman eta eragin handia izan zutenak dira; hemen dauzkagu, esate baterako, Tomás Meabe Espainiako Juventudes Socialistas-eko sortzailea eta Jose de Madinabeitia mediku oiñatiarra, Toribiok hainbat ekimen egozten dizkion gizona, besteak beste, Herriaren Etxea eraikitzeo asmoa. Baina, dudarik gabe, politikari sozialistetatik Indalecio Prietorekin moldatu zen ondoen Toribio; antzekotasun handia dago gizon bien artean. Liburuan, Toribiok azaltzen du Prietok Campsarako deitu zionean, aurretik ia inoiz ez zutela berbarik egin elkarrekin, eta hura noizean behin baino ez zela etorri Eibarrera; baina aldi berean dio, Bilbon, 1901az geroztik kaleratutako *El Liberal* egunkariak —zeinean Prietok erantzukizun handia zuen— “beste ezerk eta inork baino eragin handiagoa izan zuela Eibarko formazio sozialistan”. Erreferente horrekin hobeto ulertzen dira Etxebarriaren sozialismoaren ildoak eta joera, eta, hortaz, baita Eibarko sozialismoaren ere; izan ere, klase-aukera gisa zuen nortasunaren ezaugarriei uko egiteke, mezu hori deklarazio zabalago batekin elkartu baitzuen, sozialismoaren osagai liberala eta demokratikoa ere aldakarrikatuta, atarikoak egin diogun liburu honetan “liberalismoa da



osoko sozialismoa” esateraino. Toribiok hauxe baino ez zuen egin: mezu sozialista Eibarren oso sustraitua eta ibilbide luzekoa zen kultura liberal-errepublikazaleko sentsibilitatean txertatu; eta fusio horren arrakastaren ideia bat ematen digu Eibarren sozialismoak izan zuen ezarpen etengabeak, balio liberal-errepublikar horien gotorlekurik onentzat hartu zena.

Prietismoaren ildoarekin bat eginez, Etxebarriak sozialismo moderatuaren alde egiten zuen, edo berak “eraikitzaile” deitzen zuenaren alde: izaera erreformistako sozialismoa, demokratikoa, mailaz mailakoa eta oinarritu gabeko tentazio iraultzaileekin inongo zerikusirik ez zuena. Hortik zetorkion Errepublika sasoiko sozialismo espainiarraren ildo erradikalenarekiko arbuioa (*largocaballeristak*, “erradikalak” bere hitzetan), berak, aldiz, Prietorekin bat egiten zuen “zentrismoa”ren ildoan; edo 34ko Iraultzarekiko zuen errezeloa, gero hartan parte hartu bazuen ere. Exilioan zela, indartu egin zitzaion zentrismoaren aldeko joera hori, eta erradikalitasun *largocaballeristari* egiten zizkion kritikak komunismoari eta Castroren Cubari egindako salaketa latz eta gordin bilakatu zituen, eta komunismoaren zeharo kontrako jarrera azaldu zuen. Bada, jarrera hori ez da oztopo Errepublika garaian hark idatzitako testuren bat edo beste ortodoxia<sup>14</sup> iraultzailez josita aurkitzeko, ziur asko, polarizazioak hartaratuta. Hala ere, sasoi hartan, berriro ere Prietorekin bat hartuta, politika moderatuaren eta posibilitaren alde nabarmendu zen, demokrazia eta Errepublika finkatzeko indar errepublikanoekin elkarlanerako aukera egon zedin. Denbora hartan, ezkerren artean eztabaida-iturri izaten zen sozialismoaren eta demokrazioaren arteko loturak ez zion duda izpirik sortzen Etxebarriari, eta hala zioen 1919 aldera: *Sozialismoa ez da demokrazia hobetzea, demokrazia bera unibertsal bihurtzea baizik; hau da, demokrazia politikoa demokrazia sozialera goratzea, indar berri bat balitz bezala.*<sup>15</sup>

Etxebarriaren pentsakera marxismoaren ildorik tradizionalenean txertatzen da; uste du gizartearen beraren bilakaerak eta aberastasunaren birbanaketan sar daitezkeen erreformek egingo dutela egingarri gizarte justuago bat. Eibarrera bueltatuz, lan-kontuak ebatzeko nahiz kezka sozialak bideratzeko orduan, Toribioren sozialismo “eraikitzaile”aren ideia hori ez zen bakarrik mugatzen lege-bideak erabiltzearen aldeko apustu irmo horretara; haren diskurtsoa gizarte osoari zuzendutakoa zen, ez bakarrik langile-klaseari. Toribiok garbi ikusi zuen kontua: beren proiektua bideragarria egin nahi bazuten, ikuspegiak ere “klase-ikuspegia baino zabalagoa” behar izan, eta sentimendu hori herri edo hiritartasun kontzeptu zabalago baten baitan kokatu behar zen, gizarte-erantzukizuna norbere gain hartuta, sozialistek interes orokorrak zain zitzaten. Horretan ere prietista zen: ez zuen onartzen gizartea bando bitan zatituta egon zitekeenik, burgesia eta proletariotza, biak muturka. Hori, esate baterako, herrian armagintzak zuen estimuan adierazten zen, herriaren ondare-ondasuntzat eta denek zaindu beharreko industrietzat hartzen baitzen, haren mende zegoen-eta Eibarren bilakaera. Etxebarriak idatzi zuen bezala “industriaren izen ona denen ondasun zen”. Horrek ez zuen ekidin 1920an gertatutakoa bezalako lan-gatazka istilutsuak izatea, ugazabak alde batean eta biharginak eta sindikatu sozialista bestean hainbat hilabetez aurrez aurre ipini zituena. Hala ere, urte haietan ez zen izan hori joera.

Toribiok Eibarko sozialismoaz egiten zuen definizio sintetikoan “eraikitzaile” terminoari beste bi hauek gehitzen zizkion: “kooperatibista” eta “gremialista”; sozialismoaren ezaugarritzat

<sup>14</sup>. Ikusi “La revolución socialista y la pequeña propiedad”, *Leviatán*, 1934, 5. zk., 57-64 orr.

<sup>15</sup>. Toribio Etxebarria, “En memoria de Amuátegui”, Toribio Etxebarria Funtsa, 41/87 karpeta. EUA.

hartzten zituen hiru zutabeak adieraziz. Kooperatibismoari dagokionez, lehenxeago ere aipatu ditugu sozialistek hasieratik sortu zituzten kontsumo-kooperatibak; baina ez ziren mota horietakoetara bakarrik mugatu, eta ekoizpen-kooperatibak ere sustatu zituzten. Aurrenekoa 1897an izan zen, Quintanatarren grebaren kariaz; orduantxe fundatu zuten “tailer kolektibo” bat, “Gremioaren tailerrak”, baina kooperatiba ez zen mamitzera heldu. 1919-20 urteetan antzeko ahalegin batzuk egin ziren, eta ahalegin haiei esker sortu zen lehen aipatutako Alfa kooperatiba-enpresa. Etxebarriarentzat kooperatiba beste era bateko produkzio-sistema bat zen; eredugarria, “enpresaren bizitzari formula demokratikoa”<sup>16</sup> aplikatzen zaion heinean. Hura zen, bada, “industria-demokraziaren” eredu, *produkzioaren kide aktibo guztiek, zuzendaritik obreroraino, berehala ordezkatzeko duten lan-komunitatearen*<sup>17</sup> eskuetan baitago enpresa. Egiantan, Etxebarriarentzat iraultza soziala hezurramitzen du kooperatibak, kapitalistaren ordez behargina jartzen duelako; halako moldez non Alfa kooperatibarekin *mundu berri bat, hain zuzen ere, gu sozialistok bilatzen ari garen mundu berria*<sup>18</sup> ari ziren sortzen. Bazegoen halako nahi bat, langileak, kooperatiba-sistemaren bitartez beren lanaren jabe izan zitezen, produkzioa kontrola zezaten, azken finean, beren burua kudea zezaten; Eibarko behargin-kulturaren parte zen ikuspegi hori, eta hortxe aurkitzen da Etxeberriak aipatzen duen hirugarren zutabe hura: gremialismoa.

Hala da: Eibarko sozialismoa zeharo lotuta zegoen herriaren artisau- eta manufaktura-tradizioarekin; eta, goraxeago esan dugun moduan, tradizio horrek kapitalismo industrial berrian bizirik mantentzea eta bizirautea lortu zuen, lan deszentralizatuaren iraunkortasunari esker, tailer txikiei esker eta etxean egiten zen beharrari esker, industria-egitura berri hartan funtsezkoak izaten jarraitu baitzuten. Artisau-sistemaren mende zegoenean bezala, beharginak, zuen kualifikazioagatik eta transmititutako ofizioaren ezagutzatik, pieza garrantzitsua izaten jarraitzen zuen oraingo engranaje honetan ere; horregatik zen ezinbestekoa armen fabrikazioan, merkatu askeak finkatutako arau ekonomiko berri batzuei aurre egin behar izan bazien ere. Honetaz ari garela, esan behar da behargin horiek armaren fabrikazioan kontrol bat edukitzen jarraitu nahi izan zutelako, gremiokideen arau izan zirenak islatu nahian; eta horrek talka saihetsezina sortu zuen herriko kapitalistekin, lan- eta produkzio-askatasuna aldakarrizten zuten-eta, besterik gabe, merkatuak ezartzen zituen xehetasunei jarraikiz. Ikusita makinismoaren aurrerakada, proletarizazioa, lan-banaketa eta destajua ugaltzen ari zirela, Toribio Etxebarriak deskribatzen du nola *hasi ziren ofizioak, instintiboki, antzinako beren gremio-kontzientziaren bila, eta ordenantza zaharren halako berrezartze moduko bat egon zen, batik bat eskopetagitzaaren alorrean*<sup>19</sup>, lan espezializatua hortxe mantendu baitzen gehien. Zer baitengatik zerabilen “gremio” hitza bere izenean (*Gremio Armero Vascongado*) sozialismoak sortu zuen lehenengo erakundeak, eta urte haien inguruan, Eibarko sozialistek eurek ere nabarmentzen zuten gauzak aldatu egin zirela gidatzen zuten “kooperatiba-mugimenduari esker”. Gremioa laster desagertu zen ofizioka banatutako

<sup>16</sup>. Alfako Administrazio Kontseiluaren idatzia, 1930ekoa eta lehen aipatua; zalantzarik gabe Toribio Etxebarriaren eskuetatik ateratako idatzia.

<sup>17</sup>. *La experiencia socialista en Eibar*, 51. orr.

<sup>18</sup>. “La lección de los problemas vividos”. Idazmakinez idatzitako testua, egiletzarik eta datarik gabe. Toribiok bere testu batzuetan emandako datuekin bat datorrenez, gure iritziz, bera da egilea, ez bairrik gabe. Datoren bat eman behar izanez gero, ziur aski, 1930-31 ingurukoa izango da. Toribio Etxebarria Funtsa, 49/87 karpeta. EUA.

<sup>19</sup>. *Ibid.*, 77. orr. *El viaje por el país de los recuerdos* liburu honetan ere, zehaztasunez damaigu gai hori.

agrupazioei bide emanez; gremio-banaketa betikotzeko beste modu bat, alegia. Aldi berean, sozialistek artisau- edo gremio-tradizioekin uztartuz jarraitu zuten, XX. mendearen hasieran, armagintzan, gremioen ordenantza batzuk gogora ekartzen zituen arautegi-sistema eta lan-kontrola sustatuz. Hartara, sozialismoa iruditeria bat erabiliz sartu zen Eibarko beharginen artean, artisau-ofizioen kidetasun-kulturari berezkoak zitzaizkion oroitzapenak erabiliz eta han ernatutako elkartasun-sentipenak gogora ekarriz; gertaera hori, bestalde, nahiko ohikoa zen Europako behargin-mugimenduaren hasierako urratsetan, zeinetan artisau-kulturaren jatorrizko pisuaren urratsak antzematen diren.

Ikusten ari garen bezala, Eibarko sozialismoak ezaugarri berezi asko zituen, eta hori liburuan zehar azpimarratuta geratzen da. Lotura-punturik gertuena Bilboko sozialismoa eta meategietakoa zuen; hala ere, ez ziren bat etortzen gauza askotan. Toribiok nabarmentzen du euskaldunak zirela Eibarko sozialistak; beharginen artean, normalean, hizkuntza hori erabiltzen zela; baina, hori bai, Etxebarriak berak dioten moduan, “Eibarko euskera internazionala” zerabilten, hau da, garbizaletasun gutxienekoa euskalkien<sup>20</sup> artean; azpimarratzen du baita nolako zailtasunak izaten zituzten gaztelerarekin, eta beren aurkariek arrazoi horregatik egiten zizkieten txantxak. Sasoi hartako sozialista eibartarrak jabetzen ziren beren berezitasun eta berariazkotasun hartaz, edo, nahi bada, beren txokokeriaz; hala da: Toribiok estereotipoekin jokatzeko du liburuan, euskaldunaren apaltasuna laudatzen du, eta, aldiz, erdaldun distiratsuarengandik urruntzen da, haren berba-jarioaren ostean azalderia egon zitekeelakoan. Baina hori ez zen oztopo sentimendu internazionalista sakon bat izateko, sasoi hartako sozialismoak zuen bezala; ez bakarrik beren arazoak —herri mailakoak izan arren— nazio dimentsio ezberrik gabekoak zirela uste zutelako, mugaz haragoko klase baten parte zirela pentsatzen zutelako baizik.

Argigarria da Toribiok esperantoa ikasteko nolako ahalegina egin zuen irakurtzea; esperanto-klaseak ere eman zituen, eta hizkuntza horretan komunikatzen zen hainbat herrialdetako jendearekin; hor dugu Arizmendiarrarekin esperantoz<sup>21</sup> izandako gutuneria; edo Eibarko sozialistek urtero Errusiako tsarraren kontra antolatzen zuten protestaldia, euren internazionalismoa eta beste herrialde batzuetako zapalduekin elkartasuna erakusteko grina nolabait adieraztearren. Hala ere, 1917-1918ko hartan, Lehen Mundu Gerra amaitu berri eta Espainian autonomia-eskaeren olatua zegoela, Wilson presidente estatubatuarren 14 puntuek eraginda, Toribio Etxebarriak liburuxka bat kaleratu zuen *La Liga de las naciones y el problema vasco* (1918) zeritzona, non estatuaren antolaketa berri bat aldeztu zuen, formula federalaren bidez, “Euskal Herriaren nortasuna” aitortua gera zedin eta euskal foruak<sup>22</sup> egunera zitezten. Aurrerabiderik izan ez zuen proposamen berritzailea Espainiako sozialismoaren barruan, eta Toribiok nazionalismorekiko batere apetarik izateke egin zuena; testu hartan gogor arbuiatzen zuen separatismoa eta baita islatu ere “Espainiako gainerako guztiarekin

<sup>20</sup>. Toribio Etxebarriak, gutun batean, Eibarko euskara ‘gure eibartar eolikoa’ bezala definitzen zuen. Toribio Etxebarriak Santiago Arizmendiarrari egindako gutuna, 1954ko apirilaren 24koa. Santiago Arizmendiarrari-ta Funtsa, 0901.07. EUA.

<sup>21</sup>. Etxebarriak, 1951ean, Arizmendiarrari bidalitako gutun batean esaten zion 30 urte inguru zirela esperantoz idazten ez zuela, eta horregatik, gutuna idazteko, Caracaseko Biblioteka Nazonalean bilatu zuen hiztegi batez baliatu behar izan izan zuela. Toribio Etxebarriak Santiago Arizmendiarrari egindako gutuna, 1951-5-16koa. Santiago Arizmendiarrari-ta Funtsa, 0901.01. EUA.

<sup>22</sup>. Testu hori hemen kontsultatu daiteke: Antonio Rivera, “Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923”, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, 231. orrialdea eta hurrengoak.

elkartzen gaituzten lokarriak”; eta bat egiten zuen Eibarko Udalak adierazitakoarekin, hau da, eskumen-banaketa hipotetiko batean estatu zentralak bere gain hartu beharko zukeela “kultura hispaniarraren irakaskuntza orokorra”.

XX. mendearen hasierako urte haietako sozialismo eibartarrentzat gako nagusia ez zen Euskal Herriak zer estatus eduki beharko zukeen, udal-autonomia sendotzea baizik; Udalak, herritarrengandik hurbilen zeuden erakundeak izanda, erakunderik “bizienak” zirela ulertuta, sentiberagoak ziren herritarren kezka ulertzeko, eta lan sozial bati<sup>23</sup> hobeto oratu zieziaieketen. Edozein kasutan ere, hori guztia bateragarria zen Euskal Herriari autonomia politikoa emateko nagusitzen zihoan premiaren onarpenarekin; asmo hori *La Liga...* liburuxkan azaldu eta gerora berretsi egingo du<sup>24</sup>.

Denborak aurrera egin ahala Toribiok oraindik garbiago azalduko zituen bere postulatuak eta Eibarko sozialisten iritziak, baina, nola ez, urrun zegoen irakurketa filo-nazionalista batetik. Egia da haren azalpen batzuetan topa daitekeela Herriaren iraganari buruzko halako ikuspegi erromantiko eta idealizatu bat; oso ohikoa, bestalde, sasoi hartako literaturan; baita literatura sozialistan ere, aurreko ikuspegi fueristak, eta, gero, ikuspegi nazionalistak oso baldintzatua<sup>25</sup>. Halaber, ohikoena izaten zen seinalatzea bera eta XX. mendeko lehen hereneko sozialista eibartarrak urrun baino urrunago sentitzen zirela “eskualde-kontu” hartatik; eta, identitateak bilatu beharra bazuten, identitate horiek espainiarra eta internazionala zirela, biak ere bateragarriak euskal identitatearekin. Eibarko sasoi hartako sozialismoa aipatzean, hauxe zioen Toribiok:

*Ostera, paradoxa dirudien arren, Eibarko prozesu sozialistan, bere lokalismoa gorabehera eta, batez ere, euskaraz moldatu arren (Eibar’ko euskera internazionallean) ez genuen izan inongo kezka erregionalistarik, orduko hartan inguru osoan euskal nazionalismoa indarberritzen ari bazen ere. Horrek ez du esan nahi tradizioa eta folklore-kontuak lantzen ez genituenik.*<sup>26</sup>

Ez zen hura izan horrelako irmotasunez aritu zen aldi bakarra<sup>27</sup>. Izan ere, Etxebarriak garbi uzten baitzuen umetatik sentitu zela “Espainia barruan murgildua”<sup>28</sup>, eta sozialistek ez diotela uko egin nahi “Espainiaren legatuari”; ez dutela parte hartzen “historia, etnografia edo hizkuntza batean oinarritutako gertakari bereizgarri batean.”<sup>29</sup> Ildo horretatik, Espainiak Euskadi betidanik zapaldu izan duelako uste horretatik eratorrita, nazionalismoan kanonikotzat hartu den “gatazka”ren ikuspegi horren kontra, Toribio Etxebarriak zioen ez zela zapalkuntzarik izan; Gaztelak ez zuela Euskal Herria “azpian hartu”, kontrara baizik: “kapitalismo bizkaitarra” izan

<sup>23</sup>. Gai honi dagokionez, ikusi liburu honetan bertan dedikatzen dizkion atalak.

<sup>24</sup>. Martin Ugaldek egindako elkarrizketan Euskadirentzat zein den konponbidea galdetzen dionean, hauxe erantzuten du: “Autonomia handia, gehienbat kulturaren eta administrazioaren alorrean”.

<sup>25</sup>. Ikusi “Breves apuntes sobre Historia Vasca”. Lau orri dira, idazmakinez egindakoak, eta, beste gauza batzuen artean, Batzar Nagusiez hitz egiten da, demokrazia-eredutzat hartuta, Gaztelako koroarekin borondatez bat egiten zela eta abar. Toribio Etxebarria Funtza, 25,31/87 karpeta. EUA.

<sup>26</sup>. *La experiencia socialista en Eibar*, 121. orr.

<sup>27</sup>. Handik urte batzuetara ideia berbera berretsiko du, hau da, Eibarko sozialistek ez zutela arazoa (nazionalitate-na) sentitzen. Eta ez zuten sentitzen, noizbehinka, hauteskunde-ondorioetarako soilik berragertzen zen fuerismoak ez zuelako inor hunkitzen... Halaber, esaten du Errepublikan sasoi aldatu egin zirela bai nazionalismoa, bai sozialismoa. Martin Ugaldek Toribio Etxebarriari egin zion elkarrizketa 1967ko urriaren 10ean. Toribio Etxebarria Funtza, 31/87-14 karpeta. EUA.

<sup>28</sup>. Ibid.

<sup>29</sup>. *La experiencia socialista en Eibar*, 122. orr.

zela funtzio “inperialista” bat hartu zuena Espainiako norabide ekonomikoak finkatu zituenean<sup>30</sup>. Are gehiago: Etxeberriak berak ematen dizkigu lehenengo sozialista haiek zerabiltzaten kultur-giltzarriak, Zentro Obreiroaren liburutegiaren bibliografia aberatsari buruz ari dela Euskal Herriari buruz ia ez zegoela ezer esaten duenean; eta *bertara sarritan joaten ginenok, denok euskaldunak, hau da, euskaraz jarduten genuenok, ez ginen kezkatzen euskararen arazoaz, eta gura genuen aurreneko gauza zen frantsesa edo ingelesa ikastea*.<sup>31</sup> Eibarko sozialistek gauza naturaltzat hartzen zuten euskaltasuna, emozio-kargarik gabe, ez itxurakeriaz; ostera, haien internazionalismoak kanpora begiratzera zeramatzan, kanpotiko zera atzeman nahi izatera, denak elkar ulertzeko moduko hizkuntza unibertuala bilatzera. Horrek bultzatu zituen esperantoa ikasi eta erabiltzera: Etxeberria eta Santiago Arizmendiarieta ditugu horren erakusgarri.

Ñabardurak ñabardura, Etxeberriaren jarrera koherentea izan zen urteetan zehar; eta, alde horretatik begiratuta, esanguratsua da 1946an Gipuzkoako sozialistak ordezkatzeko Eusko Jaurlaritzan sartzeko eskaerari eman zion ezetza, hauxe zioen-eta: *Ez nau tentatzen Eusko Jaurlaritzak betetzen jarraituko duen gehiegizko paperak, nahiko kaltegarria Espainia izan behar den familia handi horrentzat*. Gutun berean, nazionalisten inguruko aipu garratz bat tartekatzen du “gehiegikeria separatista bat dago, gerran izan zuten portaera eskas harekin zuzenean lotutakoa.”<sup>32</sup>

Baina, berriro ere *Viaje por el país de los recuerdos* honetara bueltatuta, liburu honek islatzen duenari so eginez, Toribioren eta sozialismo eibartarraren izaera berritzailea azpimarratzen duten elementu gehiago topatuko ditugu, gauza guztiak berekin hasten direla uste duten adanistak harritzeraino. Aipatzen du Zentro Obreiroan gori-gorian zegoen gaietako bat, gehien eztabaidatzen zena, feminismoa zela, eta bazeudela Pankhurst andrea, Britainia Handiko mugimendu sufragistaren buru ospetsuenetakoa, miresten zutenak, horrek adierazten digu nolakoa zen haren interesa nazioarte mailako eztabaidekiko; edo, beste norabide bat hartuta, hemen dugu Toribiok naturarekiko zuen sentsibilitate berezia eta naturaren hondamenak ematen zion mina.

Hortaz, pertsona berezia eta garrantzitsua izan zen Toribio Etxebarria. Juan San Martinek haren heriotzean zioen bezala, “enpresa-sortzaile eta ideia sozialen berritzaile” izan zen. Toribio sozialismo demokratikoaren eta moderatuaren aldekoa zen; eta, pentsakera horrekin batera, bizitzaren zentzu etiko eta erlijioso sakon askoa zuen. Bizitza osoan zehar eutsi zion sozialismoarekiko konpromisoari, eta, aldi berean, interes intelektuala zuen nazioarteko ezkerrean zeuden korronteen berri izateko. Deigarria da jakitea Londresen egon zenean, 1959an, sarritan joaten zela “The Partisan”<sup>33</sup> ezkerreko sozialisten lokalera, sozializazio-lekutzat hartutako “coffee-house” bat, eta marxismo britainiarraren intelektual ospetsu eta heterodoxoek bultzatutako topalekua, R. Samuel historiagilea buru zutela.

<sup>30</sup>. Martin Ugaldek egindako elkarrizketan (1967-10-23), hauxe zioen: ...opresio-kontuak asmatu zituzten, *Euskal Herria, historian*, *Gaztelak zapal dutako beste Irlanda bat izan balitz bezala, Bartzelonako eta Bilboko industriren osasunerako ezarri ziren arielak ordaintzera etsitako txiroa Gaztela zenean*. Toribio Etxebarria Funtsa, 31/87-14 karpeta. EUA

<sup>31</sup>. Ibid.

<sup>32</sup>. Gutuna Eulogio Urréjolari, 1946-7-13. Toribio Etxebarria Funtsa, 26/87. EUA.

<sup>33</sup>. “The Partisan Coffee House” bezala ere ezagutua. Besteak beste, Eric Hobsbawm edo Stuart Hall soziologoak hartzen zuten parte. Hara joaten zela dioen erreferentzia Toribio Etxebarriak Santiago Arizmendiarieta 1959ko apirilaren 4an egindako gutunean dugu. Santiago Arizmendiarieta Funtsa, 0901.52. EUA.

Orain arte ikusi dugun moduan, haren lana ez zen mugatu politikagintzara, pentsakerara edo euskalaritzara; haren zentzu praktikoak eta errealitateaz zuen ikuspegiak eta bere behargin-klesearen arazo sozialak konpontzeko beharrak eraman zuten esperientzia kooperatiboaren aitzindari arrakastatsu izatera Alfarekin, Arrasateko mugimendu kooperatiboak jarraitu zuen bidezidorra seinalatuz. Eibarri eta Euskal Herriari osorik emandako pertsona zen; eibartarra eta euskalduna, baina gauzen ikuspegi “unibertsalista” eta zabal batetik, besteekiko hurbiltasun- eta kidesun-elementuak azpimarratuz. “Alde batekoa” izateak ez zion eragozten “leku guztietakoa” zela sentitzea. Toribio Etxebarriari buruzko azken berria Jon Juaristiren nobela batean<sup>34</sup> pertsonaia zentralizat agertzea izan da, protagonismoa beste pertsonaia ospetsu batzuekin partekatuz.

Laburbilduz, Toribio Etxebarria figura miretsia izan zen, eta ez bakarrik sozialisten artean; Santiago Arizmendiarrietak eskaini zizkion barbarik gozoenak beretarren artean, maisutzat eta ipartzat hartuta<sup>35</sup>. Karlos Santamariak, sasoi hartako euskal pentsalaririk entzutetsuenak, Etxebarriaren heriotzean zioen eibartarra “gurtu egiten zuela”, sekula elkar ezagutu ez arren; eta “lagun espiritualtzat” zeukan, zeinarekiko holako “hautazko kidesun”<sup>36</sup> moduko bat sentitzen zuen. Jose Maria Arizmendiarieta ospetsuak ere, Arrasateko mugimendu kooperatibistaren fundatzaileak eta bultatzaileak, laudoriozko eta maitasunezko hitzak eskaini zizkion hil ondorengo oharrean, “ongiaren eta egiaren bila borrokatu den gizona izan da; ongia eginez eta egia zerbitzatuz”<sup>37</sup>. Lekukotasun horiek ekintza eta adimena batzen jakin izan zuen sakonera handiko pertsona bat islatzen dute, lotura politikorik gabe oso pentsakera pertsonalari eusteko eragozpenik izan ez zuena, eta bere pentsakeraren ardatzetako bat humanista izate horretan oinarritu zuena.

---

<sup>34</sup>. Jon Juaristi, *Los árboles portátiles*, Madrid, Taurus, 2016.

<sup>35</sup>. Santiago Arizmendiarrita, *Mis memorias. La guerra civil española, 20 meses prisionero*. Eibar, 2016, 41. orr. Erreferentzia Antxon Narbaizaren sarrerako azterlanetik atera da. Liburuaren kopia digitalizatua dago.

<sup>36</sup>. Carlos Santamaría, “Un viejo luchador”, *El Diario Vasco*, 1968ko apirilak 28.

<sup>37</sup>. *Trabajo y Unión*, 1968ko apirila. Ez dago sinatua, baina buletin hori idazteko ardura Arizmendiarrietak berak hartzen zuen.

# Edizio-oharra

Caracas, 27 de Abril 1961  
Sr. D. Santiago Arismendi.  
Eibar.

... que te mand...  
... nobles inqu...  
... quierro singu...  
... llamamiento cooper...  
... no sólo por...  
... personal, porque la he otro desinterés de tra...  
... en la confusión del momento de fijarme en propio in...  
... va de alguna luz a los amigos, si una actitud...  
... bien espero  
Después de una grata corta vacación en M...  
... que es lo más bello de Venezuela, con su Sierra...  
... da que se levanta hasta cinco mil metros, he p...  
... confesarte, amigo Santi, que el fracaso de Cuba...  
... radores me ha delido mucho, porque mis simpatías...  
... pueden estar del lado de un entregado a los comu...  
... tas que es Fidel Castro, porque el pueblo cuba...  
... sea de paso, no son precisamente los del pueblo cub...  
... no, sino los intereses de Rusia, como Potencia mil...  
... fría. Y no puedo prestarle mis simpatías, por mucho...  
... que, comunista vergonzante internacional de la guerr...  
... ra atenuar sus frustraciones que usan apellidarse socia...  
... dejar a salvo mediante esta evasiva el fulgor misti...  
... co del mito comunista. Porque evasiva el socialismo sin liberta...  
... des, no pudiendo manifestarse el hombre como piensa...  
... teniendo que estar al dictado en la Universidad...  
... el Sindicato, en el trabajo, en la familia, para un...  
... el seno de la familia; para un...  
... ticular de los que aceptar...  
... más odiosa en la...  
... una política...

2014an, Santiago Arizmendiarrrietaren legatuari esker, Ego Ibarra batzordera honako dokumentu hauek jasotzen zituen funtsa iritsi zen: Santiagoren beraren memoriak, non gure azken gerra zibilaren ostean preso gisa bizi izandakoak hizpide dituen —jada argitaratuak—; Toribio Etxebarriarekin izandako eskutitz-truke oparoa —azterketa zehatz eta sakon bat egitea mereziko lukeena—; eta *Viaje por el país de los recuerdos*-en 1959ko eskuizkribu bat. Funts hari, 2016an, Yraolagoitia-Iraola familiak egindako dohaintzaren bidez, testu beraren 1949 urteko beste eskuizkribu bat gehitu zitzaion.

Akaso eskuizkribua ez da hitzik egokiena. Kalko-paper fineko lau liburuki dira, ofizio tamainakoak, orrialde batean mekanografiatuak eta koadernatuak —artisau erara ia—, ehun urdineko azalarekin. Idazmakina idazteak dauzkan zailtasunak ezagutu dituenak baino ezin du ulertu liburuki horietako 1.000 orriak betetzeko hartutako lan zorrotz eta zehatz hura; esku-lan hutsa, batere zirriborrorik, akatsik edo zuzenketarik gabea, ez baita halakorik ageri liburukiotan.

Bagenekien, liburuan bertan aipatuta, *Viaje*-ak... lagunen eta ezagunen artean ekin ziola bere historia bereziari Eibarren, isilka, eskutik eskura pasatuta, sasoi hartako zuri-beltzezko Espainian ezkutuan sartzen ziren ale mekanografiatu gisa. Liburua ezagutzen duen edonork badaki, edozein orrialdetan alirizira zabaldua, garai hartako zentsurak hamaika arrazoi aurkituko zituela debekatzeko. Izatez, jatorrizko eskuizkribu horiek klandestinitatera, itzaletara eta ahanzturara kondenatuta zeuden.

Toribiok, zeinarentzat idazkuntzak balio terapeutikoa zuen, 1949an idatzi zuen *Viaje por el país de los recuerdos* izango zenaren lehen bertsioa, XX. gizaldiko ekaitzek haren bizitza Venezuelako kostaldera jaurti eta normaltasun-itxura nolabaitekoan berriro hastera zihoala ematen zuenean. 1949ko *Viaje*-a estilo zuzenago batean idatzita dago, ez da hain erretorikoa. Bertan hainbat gauza bukatu izanaren mingostasuna somatzen da, baina badago itxaropena ere, Bigarren Mundu Gerrako potentzia garaileek, halako batean, Europa totalitarioaren azken anakronismo hari amaiera eman eta etxera itzuli ahal izango duelakoan.

Izkribua, aipatutako formatu horretan eskuz esku ibili ondoren, atzera ere kaxoira itzuli zen berak beste zeregin batzuetan ziharduen bitartean, harik eta 1956an, jaioterrian piztu zuen interesak animatuta —lagunen eskutitzen bidez, Santiagoren bitartez, kasu—, berriz ere ekin zion arte.

Beste garai batzuk dira. 7 urte igaro dira lehenengo apunte haiek idatzi zituenetik, 17 urte gerra amaitu zenetik, eta Francok, lagun amerikarrarekin itunak dagoeneko sinatuta, komunismoaren aurkako borrokari ateratzen dio etekina eta boterean finkatzen



da aurreikusi ezin daitekeen iraungitze-epe barik. 1949ko *Viaje*-a errefuxiatu batena da; 1956koa exiliatu batena.

Halaxe da: 1956ko izkribuaren hasieran, *Viaje por el país de los recuerdos* izenburuari “exiliatu batek idatzia” gehitzen dio. Beste liburu erabat ezberdina da eta, hala ere, berbera. Ezagutzen dugun forma hartuz doa. Ez hainbeste edukian edo obraren plan orokorrean aldaketak sartzen direlako. Egitura ez da aldatzen, ezta epigrafeen kokapena eta edukia ere, salbu eta adieraziko diren aldaera batzuk. Egileak, baina, titulu labur bat sartzen du —batzuetan ironikoa, beste batzuetan dramatikoa, zenbaitetan deskribatzaile hutsa— *Viaje*-a osatzen duten idatz-ohar bakoitzerako. Horixe da, agian, berritasun estilistikorik nabarmenena.

Bestea luzera da, 1949ko 500 orriak 761 dira 1956an. Irudi, hausnarketa eta pertsonaia gehienak hor daude jada 1949an. 1956an, ostera, oroimena sekula itzuliko ez den herri horretan murgildu ahala, luzatu egiten dira epigrafeak; pasadizoek xehetasun gehiago irabazten dute, batzuk kendu eta beste batzuk gehitu egiten dira; gogoetak luzeagoak dira, baita tartekiak, etenak eta aposizioak ere; hizkuntza konplexuago bihurtzen da, eta ez beti onerako.

Eibartarrek estimu handian dituzte *Viaje por el país de los recuerdos* honen unibertsoa osatzen duten memoria politikoak, oroitzapen pertsonalak, anekdotak, ohar naturalistak, gogoeta metafisikoak, ohitura-koadroak eta aholku mikologikoak. Horren lekuko, Eibarko Udalak 1990ean eta 2004an egindako berrargitalpen guztiak agortuta egotea. Edizio berri bati ekitera doanari errespetu handia ematen dio eginkizun honek.

Edizio lan honetan, 1968ko lehen argitalpen mexikarra hartu dugu oinarri. Izan ere, horixe izan da orain arte kaleratu diren faksimile-edizio bien jatorria eta, garrantzitsuago dena: badakigu haren edukia egileak berak onartu zuela. Jatorrizko izkribuen arteko aldean, ñabarduren, hutsuneen eta gehitu diren oharren aurkikuntzak sortzen duen zirrarak ez digu ahantzarazi behar 1968an agertu zen *Viaje* hura dela egileak jendaurrean plazaratu nahi izan zuen *Viaje*-a. Nolanahi ere, oin-oharretan jaso ditugu bertsio ezberdinen artean egindako aldaketak. Baita bertsio batetik bestera urrundutako puntuen erregistroa gorde ere.

Edizio berri honi ekitean, bi helburu izan ditugu gogoan. Batetik, *Viaje*-aren bilakaera aztertzea literatura-lan eta egilearen pentsamenduaren isla gisa. Gure abiapuntuko ideia zen liburuaren lehen argitalpena —1968ko Mexikokoa— 1956ko bertsioa zela, eta ez zuela beste inolako aldaketarik testu bat inprentara eramatean ezinbestez egin beharreko zuzenketak baizik. 1956ko jatorrizkoarekin alderatzeak, ordea, aukera eman digu eduki-aldaketak identifikatzeko; alde horiek adierazten dute bitarteko eskuizkribu bat gutxienez egon dela. *Viaje*-a, bada, etengabe moldatzen eta osatzen zihoan lan bat izan zen, hura argitaratzean amaitu zena, egilea hil zen urte berean, hain zuzen.

Oharrek baliatu ditugu, halaber, egileak —arrazoiren batengatik edo bestearengatik— aurreko jatorrizkoetan ezabatu nahi izan zuena eta guk intereskotzat edo baliagarritzat jo duguna jasotzeko.

Bigarren helburua irakurketa arintzeko estilo-zuzenketa bat egitea zen. Esaterako, halako paragrafoak:

“*Cuando luego la presencia de los socialistas en la arena política se formalizó mejor, la lucha y los mismos republicanos se constituyeron en partido y dejó de haber bandos de “goitarras” y “betarras”, bajó mucho su papel, y un día, viejo y solitario, murió de muerte*

*repentina en su taller de Elgeta-calle, con el mandil puesto y los útiles de trabajo en la mano, circunstancia que le absolvió de muchas insidias de sus enemigos”.*

Edo hauxe:

*“La dictadura, la dictablanda que se dijo después, porque aunque hubiera algunos perseguidos que se dedicaban a editar unas Hojas Libres en París, en realidad no practicaban el terror, no impidió el funcionamiento de la Casa del Pueblo, cuyo café seguía poblado de animadas tertulias, en las que ni siquiera había necesidad de poner sordina para hablar de lo que se quisiese”.*

Biak 1968ko lehen ediziotik hitzez hitz hartuak, txundituta eta nahasita lagatzen dute irakurlea. Aipatutako funtsen jatorrizkoak eskura izateak, alabaina, pilaketa sintaktiko eta gramatikal horien misterioa argitzen lagundu digu hainbat kasutan. Horretan bereziki lagungarria izan da 1949koa, hizkuntza askoz ere argiagokoa, eta adierazteko modua benetakoagoa eta zuzenagoa. Hona aipatutako azken paragrafo horren 1949ko baliokidea:

*“La Dictadura o “Dictablanda” que decía el maestro Unamuno, porque aunque había algunos perseguidos que se dedicaban a editar “Hojas Libres”, en París, en verdad no practicaba el terror...”*

Akats gramatikal eta sintaktikoen, dena den, ez diote inolaz ere baliorik kentzen liburuari. Azpimarratu behar da hau ez dela bakarrik memoria-liburu bat, buruz, memoriaren laguntzaz egindako obra ere badelako. Etxebarria hau idazten hasi zenean, jada hiru aldiz galdua zuen bere liburutegia —eta bere etxea—. Gogorarazi beharra dago ordurako idazlea ez zela gizon gazte bat, eta ez da ahaztu behar, azkenik, Internet izan aurretik, askoz ere zailagoa eta motelagoa zela datu puntual txikiak egiaztatzea.

Irristaldi horiek oin-oharren bidez zuzentzea erabaki dugu, zentzua hobeto ulertzen laguntzearen; baita pertsonaia eta gertaera oso ezagunak ez diren kasuetan ere. Horretaz baliatu gara baita liburuan zehar agertzen diren pertsonaien azalpen biografiko labur batzuk sartzeko; batez ere hain ezagun edo famatu ez direnenak eta idazlearen mundu intelektualaren parte direnak. Beste ohar batzuetan testuinguruari buruzko datuak eman ditugu, deskribatutako garaiaren berri ez duten irakurleek egilearen ildo jarraitu ahal dezaten uneoro.

Testu osoko ortotipografiaren eta estiloaren berrikuspen bat egin da, eta, bereziki, puntuazioari jarri zaio arreta, gaztelaniaren gaur egungo ortografiara (RAE) egokituz. Ezabatu egin dira, orobat, 1968ko testuan zeuden erredundantziak, betiere informazioa galtzea ez bazekarren, eta uste dugu arindu egin dugula irakurketa.

Azkenik, errespetatu egin dugu testuan zehar ageri diren euskarazko esapide ugariaren grafia. Lehenik, egileak izkribu ezberdinetan ematen dien tratamendu tipografikoaren azterketak konbentzitu gaituelako gehienak mailegutzat erabiltzen dituela, alegia, halaxe zirela garai hartako Eibarren egiten zen gaztelanian. Egileak beste hizkuntza bateko hitz bat sartzen duenean —eta hainbat dira liburuan azaltzen direnak—, kurtsibaz markatzen du, erderakada edo mailegu zuzenari dagokion legez. Euskarazko esapide gehienak, ordea, kakots artean datoz, hala egiten baita berba batek testuinguru jakin batean esanahi berezi bat duela adierazi nahi denean, kasu honetan, Eibarko testuinguruan. Horren beste adibide bat da esapide horien pluralak gaztelaniaren desinentziak erabiliz osatzea.

Guztiarekin ere, oso interesgarria da ikustea egileak mailegu horiei eta euskaratik hartutako esapideei ematen dien euskal grafiaren eboluzioa, nola erreproduzitzen dituen euskarazko ahozko esamoldeak eta pasarteak. Liburu hau euskararen ortografia normalizatzeko erabakia

hartu aurretik atera zen, eta egileak darabilena ere aldatuz doa 1949an, 56an eta 68an. Hortaz, *Viaje por el país de los recuerdos* liburua interesgarria da disziplina ezberdinetan interesatutako pertsonentzat, eta filologoen probetxu handia atera diezaioke.

Euskarazko hitzen ugaritasuna ikusita, orobat, erabaki dugu oharretan haien bertsio edo itzulpen bat sartzea, zenbait irakurlek agian ez dute-eta hizkuntza hori ezagutuko. Eibarreraren esapide berezietarako, definizioak zuzenean hartu ditugu egileak berak idatzi zuen *Lexicón* liburutik; gainerako kasuetan, berriz, *Orotariko Euskal Hiztegia* jo dugu.

Bestalde, obra honetan egileak atsegin hartzen zuenez oharrak, esaerak eta lokuzioak latinez, frantsesez eta ingelesez sartzeko, gauza bera egin dugu hizkuntza horiekin ere; irakurleak esamolde edo hitz horietako asko itzulita aurkituko dituzte oin-oharretan, betiere erabilerak ez baditu dagoeneko ezagun eta arrunt bihurtu.

Amaitu aurretik, ohar bat leku-izen edo toponimoen gainean. Orduko Eibarko baserrien, eta, batez ere, kale eta bazterren izenen kasuan —desagertuak edo erabat aldatuak, hainbatetan ez ezagutzeraino—, egileak emandako grafia errespetatzea erabaki da, euskaratik hartutako gainerako hitzei aplikatu zaien printzipio bera erabilita. 1968ko edizioan egileak emandako grafia errespetatu da, eta oharretan jaso dira jatorrizko ezberdinetan zehar antzeman diren aldaketak.

Salbuespena liburuan agertzen diren udalerrien izena da, egileak gaztelaniaren ortografian idazten baitu, *Nomenclatorretik* jaso. Bere horretan lagatzea erabaki dugu, azalpen handirik behar ez duela iritzita, batzuei ortografia arrotza egin badakieke ere, aipatzen diren guztien gaztelaniazko izena oso ezaguna da-eta.

Egileak bere buruari baimentzen dion arau horren salbuespen bakarra obraren beste protagonistetako bat den —nagusiena bera ez bada— herriaren izena da: Eibar. Gaztelaniaz, Eibar, “r”-z amaitutako hitz lau bat da, eta tildez idatzi beharko litzateke: Éibar. Egileak, antzinako ohiturari jarraituz, ez dio jartzen, eta guk ere hala egin dugu edizio honetan.



Los reorganizadores de la empresa para el pasado de quince o dieciséis años de enormes sacrificios, al valor nominal de las acciones, sin tener cuenta capitalizaciones ni el goodwill, con el crédito alcanzado por la cooperativa, su experiencia, sus patentes y su mercado, al socaire de desgraciadas circunstancias en que los interesados no pudieron hablar.

El periodista de que me hablas y algunas de cuyas críticas me has mandado, tiene la virtud de respirar el olor del mundo, y en eso consiste la diferencia. El otro decía yo a uno de aquí, que una palabra que cuando estas andanzas juveniles era exclusiva del léxico socialista y solo se dejaba oír en sus mítines: la justicia social, hoy aparece cincuenta veces en cualquiera de los periódicos, y está tanto en los labios del Pape como Kennedy. Y es que nuestros esfuerzos de entonces, que los escépticos parecía como arar en el amar, han contribuido a traer al primer plano de las preocupaciones del mundo, ese problema de justicia.

Tendentes a esa finalidad y apuntándose tantos puntos de competencia; puntos que se miden en el grado que logra extender al cuerpo social todo el bienestar material y moral de que son capaces las técnicas del mundo. Rusia y los Estados Unidos. Y, al mismo tiempo, a los demás pueblos en desarrollo, y como drama inmediato a la vista de nuestros ojos, Cuba y Venezuela, los representantes de dos caminos.

El mucho apuro que se dan los comunistas venezolanos a las órdenes de Moscú y bajo las directrices de La Habana, para tratar de cerrar la posibilidad de que Venezuela pueda completar su desarrollo democrático con realizaciones susceptibles de ser comparadas como en un laboratorio, con los labros que se

que de fiebre con... Continuar la Historia de... sus Condes y sus Marquesses de... que el hambre y las calamidades... sus Generales llenos de... guerra contra unas tribus... sin otro armamento que los... Generales victoriosos contra el... que no se resignó a la traición que... en la calle sin más recursos que los de... Veinte años de autoridad absoluta sobre... sin posible oposición, sin prensa contraria... me escándalo, sin preocupación del orden público... esta a la paz de los cementerios, con la... en el circo, para que pasado todo... a la hora de tener que incorporarse a Europa... de la Historia, haya venido que confesarse... atrás de otros países que han pasado por... que las de otras destrucciones mayores y más... que sine un ensayo, en el que los pobres españoles... Presidido vilis... sus defensas puercoespinezas, cuando Hitler... sobre media Europa y en el colmo de su gloria... venir a Hendaya para ambos entrevistarse; entre... de la que el Fuehrer salió diciendo que prefiri... sacarse una muela a tener que volver a verse con... cochino... en todo, su fuerza mayor ha sido siempre la soldad... en el crimen. Habían manchado sus manos en él, Iglesia oficial y otras clases que después no veían

# Nota de edición

playa, una posición... Estado Unidos para la... guerra de... y para la endémica guerra de... guerra fría. Pero, al mismo tiempo... gran derrota, en cuanto a haber... calismo y servil copia de lo ruso... la subida de los precios, la baja... el aumento de las horas de la jornada... más odioso que el del capitalismo... más detestable que el de... todos los días, habiendo aceptado... no se esconde en las lejanas brumas... por la Cortina de hierro en el misterio... legendaria, sino que se expone como en... centro de un Continente que está justificado... de elegir nuevo modo de vida... de molestar a los Estados Unidos en... or correveidiles sin indemnización... do conflictivamente sin indemnización... vertical todas las inversiones de capital... el origen del caos. El hambre viene... todo por vía demagógica, y principalmente... las promesas hechas a... un estímulo que...

amiento, y si a tanto no alcanza su virtud, en un... so olvido. Piadoso olvido del que, por nuestra... nosotros también habríamos de beneficiarnos en... de más de una culpa y no pocas torpezas. No es... insistir a estas alturas en que ellos fueron los... meros. (En Melilla, el 17 de Julio, antes de que... Península se supiera la sublevación, los sublev... taban a los que habían votado por el Frente Pop... en Pamplona, el 18, antes de que hubiera habido... en nuestras provincias vascas, corría sangra in... No es tampoco cosa de defendernos con el testimonio... historiadores extranjeros que empiezan a juzgar... tra tragedia con perspectiva histórica y desde... llá de nuestras estados pasionales, que reconoc... fue mayor el número de los asesinados y las circ... cunstancias agravantes mucho más pesadas, en el lado d... sublevados. De esa tremenda demencia que sopló... lo largo y lo ancho de la piel de toro ibérica,... los de suerte en Eibar, y suele servirme de sat... el pensar que seguramente no contribuyó p... ello el espíritu de nuestra ensayo socialista q... resistir tan bien a las tácticas de violencia... el pistolero sindicalista triunfaba en ta... de los obreros de España. Y acaso al hecho de no... el ser los nuestros durante los no pocos meses... fueron dueños de la situación, contribuyó t... que tampoco los otros no se entregaran en Eib... el ser los fascistas bajaron de Arrate.

En 2014 llegó a manos de la Comisión Ego Ibarra, a través del legado de Santiago Arizmendiarieta, un fondo que contenía, además de las memorias del propio Santiago como prisionero durante nuestra última contienda civil –ya publicadas–, y una nutrida relación epistolar entre este y Toribio Echeverría –pendiente de un estudio pormenorizado y profundo–, un manuscrito del año 1959 de *Viaje por el país de los recuerdos*. Fondo al que se le añadió en 2016, por donación de la familia Yraolagoitia-Iraola, un manuscrito del mismo texto del año 1949.

Quizás manuscrito no sea la palabra correcta. Hablamos de cuatro tomos de fino papel de calco tamaño oficio, mecanografiados a una cara y encuadernados –se diría que artesanalmente– con tapas de tela azul. Pero sólo quien haya conocido los rigores de la escritura con máquina comprenderá el meticuloso trabajo, verdaderamente manual, de completar las más de 1.000 páginas de esos tomos sin borrones, errores o correcciones, pues en estos apenas los hay.

Sabíamos, por el propio libro, que *Viaje...* había comenzado su particular historia circulando por Eibar entre amigos y conocidos, bajo mano, en forma de estos ejemplares mecanografiados introducidos clandestinamente en aquella España en blanco y negro. Cualquiera que conozca el libro sabe que, abierto por cualquiera de sus páginas al azar, la censura de la época hubiera encontrado mil razones para prohibirlo. Por su propia naturaleza, esos originales estaban destinados a la clandestinidad, a las sombras y al olvido.

Toribio, para el que la escritura tenía un valor terapéutico, había escrito la primera versión de lo que sería *Viaje por el país de los recuerdos* en 1949, cuando su vida, tras ser arrojada a las costas venezolanas por las tempestades del siglo, parecía volver a empezar a arraigar en un pie de normalidad. El *Viaje...* de 1949 está escrito en un estilo más directo, menos retórico. Palpita en él la amargura por el desenlace de tantas cosas, pero también la esperanza de que, de algún modo, las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial acabarán el día menos pensado con ese último anacronismo de la Europa totalitaria y podrá retornar a casa.

El manuscrito, después de cierta circulación en el formato ya mencionado, volvió a un cajón mientras él se dedicaba a otros menesteres, hasta 1956, en que animado por el interés que ha suscitado en Eibar y que le llega a través de cartas de amigos, como Santiago, vuelve sobre él.

Los tiempos han cambiado. Han pasado 7 años desde los primeros apuntes; 17 desde el final de la guerra, y Franco, firmados ya los pactos con el amigo americano, rentabilizaba su anticomunismo para asentarse en el poder sin plazo de caducidad previsible. El *Viaje...* de 1949 es el de un refugiado, el de 1956 es el de un exiliado.

El original de 1956 empieza, precisamente, añadiendo al título *Viaje por el país de los recuerdos* la coda “por un exiliado”. Es un libro completamente diferente y, sin embargo, es el mismo. Va tomando la forma con la que lo conocemos. No tanto porque se introduzcan alteraciones de su contenido o en el plan general de la obra. Su estructura permanece inalterada, así como la posición y contenido de los epígrafes, exceptuando algunas variaciones que se indicaran. Pero el autor introduce un pequeño título —a veces irónico, a veces dramático, a veces meramente descriptivo— para cada una de las notas que, combinadas, conforman el *Viaje*. Es quizás la novedad estilística más visible.

La otra es la extensión, las 500 páginas de 1949 se han convertido en 761 en 1956. La gran mayoría de las estampas, reflexiones y personajes están ya ahí en 1949. Pero en 1956, a medida que la memoria se recrea en ese país al que ya nunca volverá, los epígrafes se desdoblan; las anécdotas ganan en detalles, se añaden otras nuevas, se eliminan algunas; las reflexiones se vuelven más prolijas, también los incisos, los apartes, las aposiciones; el lenguaje gana en complejidad, y no siempre para bien.

Existe un aprecio innegable entre los eibarreses por esa mezcla de memorias políticas, recuerdos personales, anécdotas, apuntes naturalistas, reflexiones metafísicas, cuadros costumbristas y consejos micrológicos que conforman el universo de *Viaje por el país de los recuerdos*. Así lo atestigua el que todas las reediciones acometidas por el Ayuntamiento de Eibar, en 1990 y en 2004, estén agotadas. Un panorama cuando menos imponente para aquel que pretenda acometer una nueva edición.

Al abordar esta, hemos tomado como base la primera edición mexicana de 1968. Por ser la que, facsimilarmente, ha constituido las dos posteriores y, lo más importante: porque sabemos que su contenido fue aprobado por el autor. La emoción que provoca el descubrimiento de las diferencias, los matices, las ausencias, los añadidos entre los distintos originales no debe hacernos perder de vista que el *Viaje*, tal y como apareció en 1968, es el *Viaje* que su autor quiso dar al público general. Eso no obsta para que hayamos consignado, mediante notas al pie, los cambios registrados entre las distintas versiones. Guardando registro de los puntos donde estas divergen.

Al plantearnos esta nueva edición nos hemos querido imponer un doble objetivo. Por un lado, ahondar en la evolución del *Viaje* como obra literaria y reflejo del pensamiento del autor. Partíamos de la idea de que la primera edición impresa del libro, la de México de 1968, era la versión de 1956 sin más alteración que las correcciones de detalle inevitables al dar un texto a la imprenta. El estudio comparado del original de 1956 nos ha permitido identificar cambios de contenido que indican la existencia de al menos un manuscrito intermedio. El *Viaje* fue, por tanto, un trabajo en proceso que terminó con su publicación, el mismo año de la muerte del autor.

También hemos aprovechado las notas para recoger aquello que, por algún motivo, el autor quiso eliminar en los originales anteriores encontrándolo nosotros interesante o útil.

El segundo objetivo era realizar una corrección de estilo que agilizará la lectura. Párrafos como este:

“Cuando luego la presencia de los socialistas en la arena política se formalizó mejor, la lucha y los mismos republicanos se constituyeron en partido y dejó de haber bandos de “goitarras” y “betarras”, bajó mucho su papel, y un día, viejo y

solitario, murió de muerte repentina en su taller de Elgeta-calle, con el mandil puesto y los útiles de trabajo en la mano, circunstancia que le absolvió de muchas insidias de sus enemigos”.

O este:

“La dictadura, la dictablanda que se dijo después, porque aunque hubiera algunos perseguidos que se dedicaban a editar unas *Hojas Libres* en París, en realidad no practicaban el terror, no impidió el funcionamiento de la Casa del Pueblo, cuyo café seguía poblado de animadas tertulias, en las que ni siquiera había necesidad de poner sordina para hablar de lo que se quisiese”.

Tomados ambos literalmente de la primera edición de 1968 no pueden sino dejar perplejo a cualquier lector. Disponer de los originales de los fondos citados, sin embargo, nos ha permitido en muchos casos desentrañar el misterio de esos embotellamientos sintácticos y gramaticales. Especialmente el de 1949, donde el lenguaje es mucho más claro y la expresión más franca y directa. Compárese el equivalente de 1949 del último párrafo citado:

“La Dictadura o “Dictablanda” que decía el maestro Unamuno, porque aunque había algunos perseguidos que se dedicaban a editar “*Hojas Libres*”, en París, en verdad no practicaba el terror...”

Errores gramaticales y sintácticos que en nada reducen el valor del mismo. Cabe recordar que este no es solo un libro de memorias, sino que está escrito de memoria. Cuando Echeverría inició su redacción venía de perder por tres veces consecutivas su biblioteca –y su hogar–. Cabe recordar también que el autor ya no era un hombre joven, y no olvidar, por último, que, antes de Internet, resultaba bastante más complicado y lento el confirmar pequeños datos puntuales.

A lo largo del texto hemos optado por corregir, mediante notas al pie, estos deslices allí donde esto ayude a entender mejor el sentido y también en aquellos personajes y acontecimientos menos conocidos. Hemos aprovechado, también, para incluir pequeñas semblanzas de los personajes que desfilan por el libro, especialmente aquellos menos famosos, y aquellos que conforman el mundo intelectual del autor. En otras notas hemos querido dar datos de contexto suficientes para que aquellos lectores que se acerquen al libro con menos conocimiento del periodo descrito puedan seguir en todo momento la intención.

Se ha realizado una revisión orto-tipográfica y de estilo de todo el texto, con especial atención a la puntuación, adaptándolo a la ortografía vigente de la lengua castellana. Se han eliminado también, siempre que eso no supusiera perder información, algunas de las redundancias que existían en el texto de 1968 y que, creemos, hacen más ágil la lectura.

Por último, hemos optado por respetar la grafía del autor para los numerosos vocablos en euskera que se encuentran a lo largo del texto. En primer lugar, porque el estudio del tratamiento tipográfico que el autor les da en los diferentes originales nos ha convencido de que emplea la gran mayoría como préstamos, en el sentido de que así lo eran en el castellano hablado en el Eibar de la época. Cuando el autor introduce una palabra de otro idioma –y son varios los que aparecen en el libro– la marca con cursiva, como corresponde al extranjerismo o préstamo directo. La mayoría de esas voces en euskera vienen sin embargo entre comillas, como se hace cuando se quiere marcar que una palabra tiene un significado particular en un



determinado contexto, en este caso el contexto eibarrés. Otro indicio de esto es su tendencia a formar los plurales de esos vocablos usando desinencias castellanas.

Eso no obsta para que resulte de lo más interesante observar la evolución de la grafía euskérica que el autor da a esos préstamos y también a aquellos vocablos que usa tomados del euskera, así como varias expresiones y fragmentos de euskera hablado que reproduce. Este libro apareció antes de que la ortografía del euskera se normalizase, y la que el autor usa varía también entre 1949, 56 y 68 en ocasiones. *Viaje por el país de los recuerdos* puede ser leído con interés por personas interesadas en muchas disciplinas, y los filólogos no serán los que menos provecho puedan sacar.

La abundancia de términos en euskera nos ha convencido también de la necesidad, en beneficio de hipotéticos lectores que no dominen el idioma, de incluir también en notas, una versión o traducción de las mismas. Para los términos propios de la variedad dialectal eibarresa hemos tomado las definiciones del *Lexicón* compuesto por el mismo autor. Para la de las palabras en euskera normativo, se ha recurrido al *Orotariko Euskal Hiztegia*.

Como esta es además una obra en la que el autor se deleitaba en insertar notas, vocablos y locuciones en latín, francés e inglés, lo mismo se aplica a todos estos idiomas cuyas manifestaciones podrá el lector encontrar traducidas al pie allí donde el uso no los haya vuelto ya de conocimiento general.

Para terminar, una nota sobre los topónimos. En el caso de nombres de caseríos y, sobre todo, de las calles y parajes del Eibar de entonces –desaparecido o alterado más allá de lo reconocible en muchos casos– se ha optado por respetar la grafía dada por el autor, siguiendo el mismo principio que en el caso de las palabras tomadas del euskera. Se ha respetado la grafía original dejada por el autor en la edición de 1968, consignándose en notas aquellos casos en que se hayan observado cambios a lo largo de los diferentes originales.

La particularidad es el nombre de los municipios que aparecen en el libro que el autor escribe en ortografía castellana, tomada del *Nomenclátor*. Hemos decidido conservarlos, confiando en que no es necesaria mayor explicación ya que, si bien la ortografía puede hacersele extraña a algunos, el nombre de todos los que aparecen citados es de sobra conocido.

La única excepción a esta regla que se permite el autor es el nombre del pueblo que es uno más de los protagonistas de la obra, si es que no el principal: Eibar. En castellano Eibar, como palabra llana terminada en “r”, debería escribirse con su correspondiente tilde: Éibar. El autor, siguiendo la costumbre ancestral, prescinde del mismo; como así hace también la presente edición.



# Viaje por el país de los recuerdos

α

*Debes*



Por un exiliado

---

*Super flumina Babylonis illic sedimus  
et flevimus dum recordaremur Sion.*<sup>1</sup>

Sal 137,1

---

<sup>1</sup> Del latín: “Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos al acordarnos de Sion”. Primer versículo del *Lamento de los cautivos en Babilonia*.

## JUSTIFICACIÓN

No obstante no rebasar las copias mecanografiadas de este trabajo los números dígitos de una sola mano, han rodado lo bastante entre amigos para suscitar, de parte de hijos y nietos de los evocados en él con gratitud y amor, el ruego de que se le haga el honor de la imprenta al efecto de conservar el recuerdo cariñoso, como se guarda una flor entre las hojas de un libro.

Y yo, el exiliado responsable de estas nimiedades hilvanadas sin arte mayor, a medio paso con mis ochenta años y pico de regresar al misterio del que procedemos, retiro mi discreta reserva y me resigno a afrontar la vergüenza de las críticas que pueda promover su publicación por lo que tuviera de pretensión literaria, amparado en lo necesariamente precario del sonrojo a pasar y en el supuesto de que no ha de reprochárseme como vanidad senil el haber accedido a aquel ruego amigo<sup>1</sup>.

Caracas, noviembre de 1967

## NOTA

La necesidad de pasar nuevas copias de este trabajo mecanografiado en 1949 ha hecho que diera otra mano al original, con lo que resultan modificados ahora, con algunas correcciones de estilo, ciertos párrafos rehechos al intento de lograr una mayor claridad y varias notas añadidas al pie.

No me hubiera tomado esta labor si no fuera porque, tontería, vanidad o lo que sea, me proporciona placer y me sirve de descanso; modo más honroso de entretenerme, paréceme a mí, que el resolver crucigramas o acertar charadas o hacer solitarios con la baraja. Aun cuando nadie acierte a ver en esta especie de monografía la estampa de una época, el proceso de una idea que ha influido en nuestro siglo en una medida semejante a la del cristianismo en el mundo antiguo y su impacto en un pueblo que puede servir de exponente general. Pueblo que no ha sido elegido por ninguna razón especial, sino por el simple hecho de ser el que conoce mejor quien se ha tomado el trabajo de escribir lo que sigue.

Caracas, julio de 1956<sup>2</sup>

Toribio Echevarría

---

1 Esta Justificación fue añadida para la primera edición, publicada en México en 1968. No aparece en los originales conservados, de 1949 y 1956, usados para la presente edición.

2 En el original de 1956, a esta data sigue una firma autógrafa del autor.

# ÍNDICE

<b>Prólogo</b> .....	63
<b>I. Aurora social sobre el Ego</b> .....	69
La solera liberal de Eibar .....	71
Socialismo gremial .....	74
La libertad de contratación y el nuevo hecho de lo social .....	78
La primera huelga .....	80
La Agrupación Socialista .....	82
El republicanismo histórico .....	85
El ¡Adelante! .....	87
El don de lenguas .....	89
Aquilino Amuátegui .....	90
La vida como servicio .....	94
Importancia social del municipio .....	96
Martín Erquiaga .....	98
Marcelino Bascaran .....	99
La larga lista de nuestros buenos jueces de paz .....	101
José Tellería .....	102
José Guisasola .....	103
Florencio Eguren .....	105
Ignacio Galarraga .....	106
El Santo Patrón de los artesanos de Chirio-kale .....	109
Ramón Bueno .....	110
Juan Ganuza .....	111
Evaristo Aguirre .....	112
Las muelas de <i>Arambeltz</i> .....	113
Vascos, castellanos y catalanes .....	114
La tabla de valores de <i>Cortazo</i> .....	114
Los cañonistas .....	115
Las cajas de resistencia .....	117
Los ensayos cooperativos .....	119
El anarquismo .....	120
El anarquismo, moda intelectual .....	122
El prestigio de la industria, bien común .....	123
Progreso de las costumbres .....	124
Las tabernas de los socialistas .....	126
Valentín Hernández y <i>El Ruido</i> .....	127
<i>Similia similibus</i> .....	129
Los partidos de pelota .....	131
Las pruebas de bueyes .....	132
Las peleas de carneros .....	133

Las peleas de gallos .....	135
Las apuestas .....	136
La taberna de <i>Chirrist</i> .....	137
Estampa de viejos .....	138
Contrastes étnicos .....	140
Los apodos .....	142
<i>Quelle</i> y <i>Caray</i> .....	144
El <i>laissez faire, laissez passer</i> .....	145
¿ <i>Gauza ez daben gizon bat?</i> .....	146
Más allá del mundo .....	147
Los <i>Azpiri</i> .....	148
<b>II. Los tiempos del neófito</b> .....	149
La claridad de las horas tempranas .....	151
Nuestro maestro <i>el Fosforero</i> .....	152
La catequística .....	154
La Academia de Dibujo .....	155
Un socrático .....	157
La biblioteca del Centro Obrero .....	158
El problema del mal .....	161
El Dios de otros días .....	162
Sobre el filo del destino... ..	163
La ilusión de saberlo todo .....	165
Vuelta y desasnamiento .....	167
La servidumbre de los cargos .....	169
<i>Apochín</i> , el rebelde .....	170
El ateísmo anarquista y la neutralidad socialista .....	172
¡Abajo las fronteras! .....	174
La nueva picaresca .....	175
<i>Takurra</i> .....	177
El Centro Obrero .....	179
Las conferencias públicas .....	180
Fraternización en Donostia .....	182
El doctor Madinabeitia .....	184
Tomas Meabe .....	186
El susto de Dios .....	187
El <i>Ichneumon</i> .....	188
El <i>Índice</i> de Madinabeitia .....	190
El <i>Izu-eguna</i> .....	193
El Jardín de Convalecientes .....	194
El positivismo de tío Pachico .....	196
La música y los ruidos .....	198
El cuento de San Ivo .....	199
Eulogio Urréjola .....	200



Orador fracasado .....	201
Otro botón de muestra .....	202
El peligro de escribir libros .....	203
Al borde de la leyenda .....	204
Proliferación de las épocas de crisis .....	205
El neomalthusianismo .....	206
El esperanto .....	208
Amor de la Naturaleza .....	209
El reverso de la medalla .....	211
Los cazadores .....	212
Caza furtiva y caza mayor .....	214
<i>Ferruel</i> , el anfibio .....	215
<i>Mascuelo</i> , el terrícola .....	217
Piedras como la de Bethel .....	219
<b>III. Tiempos de milicia</b> .....	221
Un triunfo del proselitista .....	223
Guillermo Echeverría .....	224
Wenceslao Yarza .....	225
El arma electoral .....	226
La guerra social en que ardía España .....	227
Calendario socialista .....	228
La Fiesta del Trabajo .....	229
<i>La Commune de Paris</i> .....	230
Antimilitarismo de las Juventudes .....	232
Sobre la moral cristiana .....	234
El hombre, valor absoluto .....	235
Un error de terminología .....	237
La batalla clerical .....	238
Iconoclastas para un proceso .....	239
Los necróforos .....	240
La secularización de la vida .....	242
¡Sangre en las manos! .....	244
Los niños de los mineros .....	245
¡He ahí mi familia! .....	247
Los cargos retribuidos .....	248
Paralelo .....	249
Enrique de Francisco .....	250
El defecto de hablar bien .....	251
Cosmorama .....	252
Pueblo de áallos .....	254
El derecho de contradicción .....	255
Ambiente polémico .....	256
Amuátegui desafiado .....	257

El gran argumento de Amuátegui .....	259
El reverso del argumento de Amuátegui .....	261
Avelino Lausagarreta, el irredento .....	262
El derecho a la pereza .....	263
El amor libre .....	264
El <i>Quijote</i> , novela social .....	265
Juicio salomónico con un besugo .....	266
Charada filosófica .....	267
La existencia de Dios .....	268
La rebeldía del arrantzale .....	270
<i>Jaungoikua</i> del vascuence .....	271
San Antonio de Urquiola .....	272
Uno que temía que no hubiera infierno .....	273
El Fuego y el Agua .....	274
<b>IV. Los problemas nacionales</b> .....	<b>277</b>
Localismo adventicio .....	279
La brega con el castellano .....	280
Joaquín, <i>el Alguacil</i> .....	282
Un singular decomiso .....	283
<i>Moskatela</i> .....	284
El gabán de Amuátegui .....	285
La Banda de Música .....	287
Replanteo histórico .....	289
Las pequeñas guerras sociales de todo el país .....	290
Los problemas nacionales .....	292
Proyecto de Casa del Pueblo .....	293
Un experimentador .....	295
Una deuda pendiente .....	296
Caciquismo provincial fuerista .....	298
El problema autonómico .....	299
La primera piedra .....	300
Indalecio Prieto .....	302
<i>La Voz de Guipúzcoa</i> .....	303
Donde se ve que tranquilidad no viene de tranca .....	304
Funcionario municipal .....	306
El susto de un aldeano .....	307
La Escuela de Armería .....	308
Julián Echeverría .....	309
Los discípulos, la medida del maestro .....	311
Mecánica y romanticismo .....	312
Las tardes de Rousseau .....	313
Ambiente filarmónico .....	314
El director del Orfeón .....	317

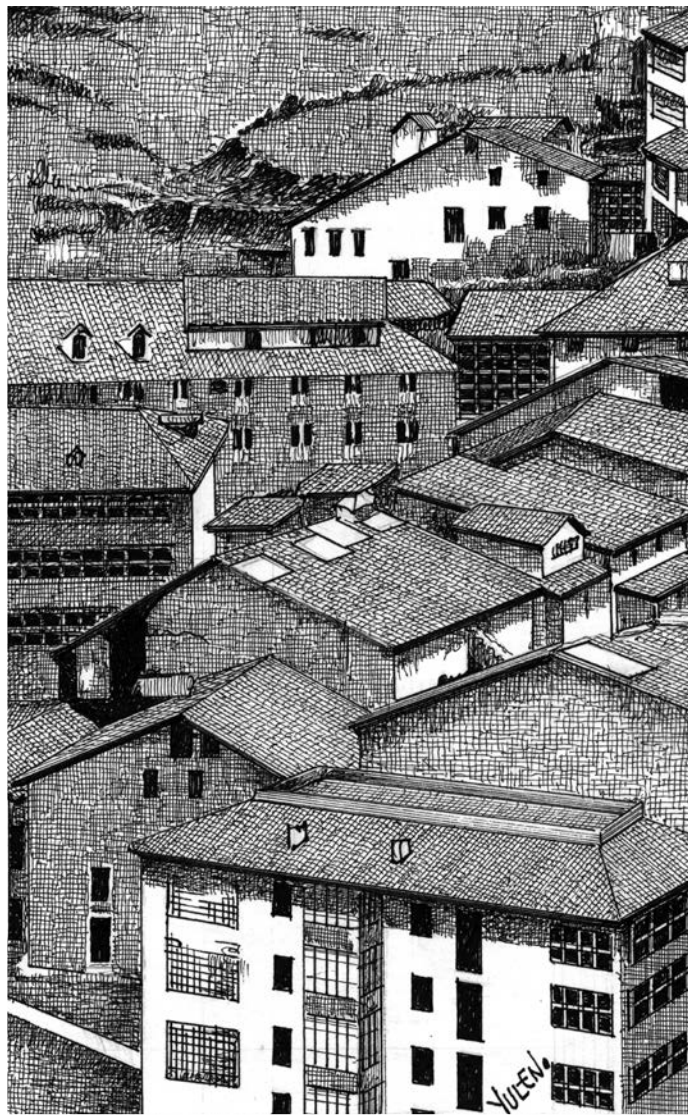
El director de la Banda .....	318
¿Y los deportes? .....	319
La revelación de la “crisis” .....	320
La carretera a Marquina .....	322
La cocina popular .....	324
La tragedia de un hombre probo .....	325
Amuátegui, el bueno, y <i>Chiclana</i> , el malo .....	326
El sueño de Enrique IV .....	327
Como el dolor, la risa anda por barrios .....	329
Neutrales y beligerantes .....	331
La nueva Casa del Pueblo .....	332
La inauguración de la Casa del Pueblo .....	334
Inauguración de la Biblioteca .....	335
Breve paréntesis .....	337
La cigarra, la hormiga y la sinagoga .....	338
Agosto de 1917 .....	339
Vencidos pero no humillados .....	341
<b>V. La postguerra</b> .....	<b>343</b>
La neutralidad española .....	345
España, anacronismo viviente .....	347
El Armisticio .....	347
Aliadófilos y germanófilos .....	349
Los de la exclusiva de Dios .....	351
La peste .....	353
Los intereses y las ideas .....	354
La jornada de ocho horas .....	356
Los del oficio de parados .....	357
Más de lo anecdótico .....	358
La muerte de Amuátegui .....	360
Tres en compañía .....	361
Filosofía del tiempo huidero .....	363
La plaza de la Constitución .....	364
La teoría de la relatividad .....	366
La huelga de metalúrgicos de 1920 .....	367
La Cooperativa Alfa .....	369
Ciclismo y montañismo .....	370
Paz en la guerra .....	372
Un armisticio .....	373
Tremedal y sumidero .....	375
Abandonados en la estacada .....	375
Los comienzos de la Cooperativa Alfa .....	377
Cuando lo más difícil es retroceder .....	378
Juan de los Toyos .....	379

Eusebio Gorrochategui .....	381
El demonio de la discordia .....	382
Deshumanización de la política .....	384
Revalorización de lo reaccionario .....	386
Sobre la descomposición catastrófica del capitalismo .....	387
El horror a fracasar como profetas .....	389
La Dictadura de Primo de Rivera .....	390
Balance de la experiencia fascista .....	391
Contrición indispensable .....	393
Dictadura al dictado .....	394
Buenas impresiones .....	395
Los pedidos de América .....	397
El paro endémico en la armería .....	398
La intentada trustificación de la armería .....	399
La fabricación de máquinas de coser .....	400
Enrique de Francisco .....	401
Dictablanda .....	402
Los dictadoristas .....	404
Historia de una multa gubernativa .....	405
Eugenio Noel .....	406
José Sánchez Rojas, traductor de Papini, y el Boticario .....	407
La caída del Marqués de Estella .....	409
El metro de sangre .....	410
<b>VI. La República .....</b>	<b>411</b>
Las elecciones municipales .....	413
La noche del 12 de abril .....	414
La madrugada del 14 de abril .....	416
Las primeras horas de la República .....	417
Verbena nacional .....	419
La ilusión republicana del pueblo .....	420
Los socialistas y la República .....	421
Otra excepción .....	423
La Sanjurjada .....	424
Nuestra contribución de hombres .....	425
El Delegado del Gobierno en la Campsa .....	426
Manuel Cordero y los “enchufes” .....	427
Las pequeñas miserias de los grandes hombres .....	428
Los que fuimos a Madrid sin saber entrar por las puertas vidrieras .....	429
Las cuevas del Drach, en Mallorca .....	431
Formas degradadas de religión .....	432
El Monopolio de Petróleos .....	433
Nuestro tío Afrais .....	435
San Salvador .....	436

Los arbitristas .....	438
La Conferencia Económica de Londres .....	439
Deformación profesional funesta .....	441
Las dos facetas del hombre .....	442
<i>Garden Party</i> en Windsor .....	444
Octubre de 1934 .....	446
Sarampión maximalista .....	447
Una comisión desagradable .....	448
El enemigo, en el Ministerio de la Guerra .....	449
La jornada del 5 de octubre .....	451
La rendición .....	452
Examen de conciencia a hacer .....	453
Entredicho de la Cooperativa Alfa .....	454
El tiempo que no cuenta .....	456
Los tres votos .....	457
Obediencia .....	458
La moral de un fiscal .....	459
La castidad .....	461
Consejo de Guerra .....	462
La amnistía .....	464
Agradecimiento .....	465
<b>VII. La guerra</b> .....	469
La verbena que nos prometíamos .....	471
¡No sabéis mucho lo que os viene encima! .....	472
La pequeña guerra que ellos se prometían .....	473
La ayuda del pueblo .....	475
Requisición militar .....	476
La sangre de Abel .....	478
La invención de la frase “quinta columna” .....	479
El deber .....	480
Final .....	481



# Prólogo



*Barrenkale*

Dibujo de Julen Zabaleta



### **...que, en realidad, es el epílogo**

¿Valía la pena ocuparse en recordar estos particularismos que solo pueden importar a la familia, estas cosas locales que se refieren a un pequeño pueblo perdido en un rincón distante de la tierra, estas nimiedades que, a lo sumo, gustarán a una docena de amigos, que cada año que pasa son menos, cuando el mundo está conturbado por las más graves preocupaciones que se han dado jamás en la Historia?

Esta es la hora, en efecto, en que todo está puesto al crisol, más aún que durante la misma crisis de la guerra, y hondas revoluciones están ocurriendo en los pueblos. Media Europa ha crisalidado detrás de la Cortina de Hierro para una metamorfosis de la que no se sabe lo que va a resultar. La otra media también está mudando activamente sus *sclerites*, o piezas de quitina, para desarrollos biológicos que no caben en el viejo caparazón. Asia, por su parte, es teatro de vastos deslizamientos, como los que en las épocas geológicas han determinado la aparición o la desaparición de continentes, y cuyo sentido no está claro todavía. La joven América ha venido a ser la heredera de la civilización occidental y habrá de verse cómo cumple su cometido en los tiempos graves que van a seguir. Rusia se encuentra en el punto crucial de su experiencia, cuando la Humanidad habrá de saber si ella es factor de paz o de guerra, qué decisión esconde, en fin, entre los pliegues de su enigma.

Comunismo y capitalismo han pasado a otro plano, aunque a primera vista parezcan constituir la actualidad palpitante. A lo menos en el sentido de que en su antinomia pesa hoy más lo político que lo económico. Rusia, que ha reincidido en una sociedad de clases, está enfrentada en este momento a Yugoslavia y dirige el bloqueo de la *Cominform*<sup>1</sup> contra ella, ocupada a fondo en una reorganización social bajo principios de la más pura ortodoxia marxista. Inglaterra ha visto desaparecer en el transcurso de estos últimos años, por obra del impuesto como instrumento de reforma social, clases sociales, ayer poderosas, sin necesidad de haber vertido una gota de sangre; y desaparecer de una manera tan completa como otras lo han hecho allí donde se ha procedido a su exterminación física afrontando la culpa del genocidio.

Los Estados Unidos de América, el exponente más elevado del capitalismo, se ayudan impulsando a Europa –saturada de socialismo y en trance de transformaciones

---

<sup>1</sup> Acrónimo formado con la transliteración inglesa de *Comunist Information Bureau*, el organismo que sustituyó al *Comintern* tras la Segunda Guerra Mundial y que, bajo batuta soviética, coordinaba las actividades de los partidos comunistas de varios países.

sociales de signo contrario a su sistema económico—, sin condicionar su ayuda a circunstancias de credo en el orden interior, ni aún en el caso de Yugoslavia. Y es de recordar, en apoyo de esta aseveración, que el Plan Marshall se brindó a todos los países de Europa, sin exceptuar a Rusia, y que fue ella la que se excluyó y apartó a sus satélites y movilizó sus quintas columnas contra el Plan, interesada, no en la recuperación de los pueblos convalecientes de la guerra, sino en la descomposición de la economía mundial, prometiéndose del caos mayores ganancias políticas que por cualquier otra vía.

Independientemente de la cuestión de capitalismo o comunismo como sistemas de organización de la empresa en el orden de la producción, el hecho social dominante en esta etapa de la Historia, tanto en los países capitalistas como en los comunistas, es el crecimiento enorme y enormísimo del Estado como beneficiario capital de la renta nacional. Y en tanto que en Rusia tienen que introducirse en la empresa estímulos de carácter capitalista para animar la producción, en otros países, que no han abandonado la forma capitalista, los estímulos utilitarios se han reducido por la intervención del Estado en los beneficios de las empresas, reduciéndolos al *mínimum indispensable* para que funcione el sistema. Así se da el caso de que el Estado, en muchos países que siguen llamándose capitalistas, propicie salarios directos más elevados que en los países comunistas y retribuya al pueblo trabajador más ampliamente con lo que en Rusia llaman salarios indirectos, mediante servicios sociales mejor dotados. Y no por ser pueblos más ricos, sino por estar socializado a ese punto un gran sentido de equidad.

Por eso la cuestión fundamental del momento, la que domina en el fondo sobre todas las demás y en realidad está planteada en todas partes, ha venido a ser la siguiente: ¿qué grado de intervención corresponde a la sociedad en el Estado? Esto es, en otras palabras, la cuestión de Dictadura o Democracia.

Cuando todo esto tan actual, tan ingente y universal está sobre el tapete y se ofrece a la consideración del estudioso, ¿valía la pena tomarse el trabajo de redactar estas que parecerán nimiedades y agua pasada para una tirada de cuatro o cinco ejemplares, que es lo que admite la máquina de escribir?

A los que han oído hablar de las tiradas de miles, cientos de miles y aun de millones de ejemplares de ciertos industriales de la literatura, les parecerá tontería grande esta inútil fatiga; pero, sin desmentirles por mi parte, convendrá acaso recordarles que, en otras épocas de más alto sentido espiritual, los grandes maestros de la pintura, por ejemplo, confiaban su gloria a la fragilidad de lo que podríamos decir un solo ejemplar, que no pocas veces no tardó en desaparecer. Y lo mismo los que escribieron antes de la imprenta. Para que aprendamos de este sublime desinterés y, a falta de otros méritos, nuestro trabajo tenga alguno, por lo que pueda participar de esa noble condición desinteresada.

Por lo demás, cumplido con los amigos a los que va dedicado este trabajo y que, seguro estoy, lo pasarán de mano en mano por cariño de los que aquí se recuerdan con amor, me consideraré bien pagado de mi fatiga con que el mismo llegue a alguno de los nietecitos que hoy meten bulla en mi derredor. Porque pienso que si yo hubiese tenido la fortuna de tropezar con alguna memoria como esta de mis abuelos, no hubieran muerto del todo, no obstante la modestia con que hicieron su peregrinación de la vida, sin salirse del “zutegui”<sup>2</sup> de Chirio-kale, en Eibar, donde a fuerza de fragua y martillo, batiendo hierros dulces, labraban sus cañones, que cobraron fama e hicieron honor a su punzón. Porque también el oscuro trabajo de todos los días, el esmerarse en un oficio y el criar hijos para la vida de los pueblos, que entran a formar el caudal de las generaciones, merece los honores de la Historia.

Caracas, octubre 1949

---

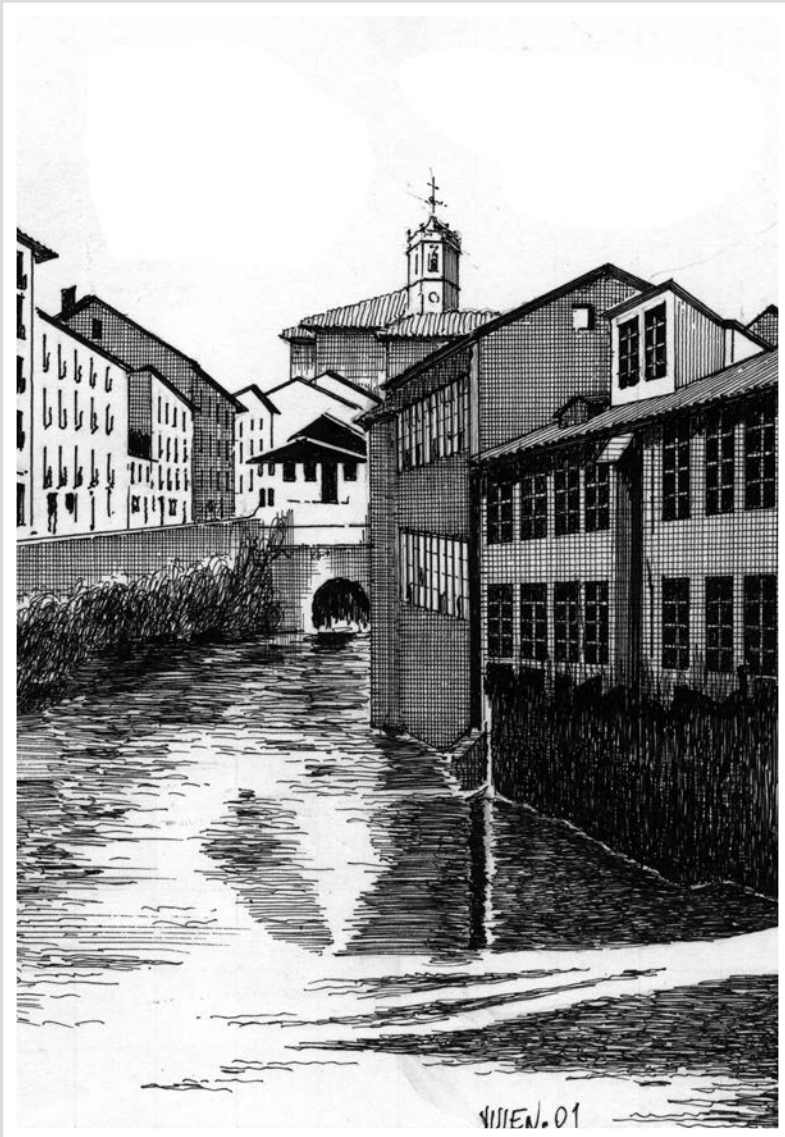
<sup>2</sup> En euskera: fragua. A pesar de recogerla en su *Lexicón* como “*suteixa*”, usando precisamente la fragua de sus antepasados como ejemplo, el autor emplea en los originales de 1949 y 56 la grafía “Zutegui”, con mayúscula.



# Aurora social

## Aurora social sobre el Ego

# sobre el Ego



*El río Ego por Bidebarrieta*  
Dibujo de Julen Zabaleta

## **La solera liberal de Eibar**

La solera liberal y laicista de Eibar, que nos ha sido tan alabada en los buenos tiempos, le venía a nuestro pueblo del accidente de su posición en las guerras civiles del siglo XIX.

Cayó del lado opuesto al absolutismo insurgente, por razones circunstanciales que bien hubieran podido ser distintas en el momento de la crisis. Y como los partidarios del absolutismo, secundados por el clero, sobre todo en nuestras provincias vascas, se empeñaron en identificar la causa política del rey absoluto con la de la religión, y en presentar a sus contrarios –los liberales– como enemigos de Dios, resultó de tan arbitraria doctrina y torpe entreveramiento de lo divino y lo entregado a la disputa de los hombres que consiguieron crearle –a Dios– en la persona de los que se decían sus representantes en la tierra, y vinieron a ser odiosos ministros de mentira, unos enemigos que antes no tenía ni por asomo.

Pues andando el tiempo, y por reacción natural, se produjo en el campo liberal del constitucionalismo –que también era mucho pueblo, incluso en nuestras tierras del vascuence– un notable descrédito del clero beligerante del carlismo y no poco menoscabo de la respetabilidad de muchas cosas de su oficio, que siempre se habían considerado sagradas, por traerlas aquellos mezcladas con turbios intereses de la política.

Y así, por esa torpeza de los pastores, no dejó de ocurrir eso que decíamos, natural e inevitablemente, aun en la tranquila grey de nuestro pueblo arrullado por el Ego, que siempre había vivido, unánime en su fe y sus tradicionales devociones, como hijo sumiso de la Iglesia. Pero es más, en la guerra de 1794 –llamada de la República–, cuando las tropas francesas ocuparon la región, Eibar fue, si no el único, sí desde luego uno de los pocos pueblos que hicieron resistencia al ejército invasor de regicidas.

Regicidas, como seguramente les dirían que lo eran los curas no juramentados venidos de Francia a los que poco antes habían dado asilo nuestros abuelos en no poco número<sup>1</sup>. Y esto, en tanto otros pueblos de la provincia, que luego habían de ser focos del carlismo clerical o del clericalismo carlista, los recibían con palmas y se prestaban a mostrarles los caminos de la tierra. De este modo llegaron a Eibar, según lo tengo visto en papeles del Archivo Municipal, guiados por vecinos de Azcoitia<sup>II</sup>, que los dejaron en el puente de Saturio, en el Camino Real de Francia que seguía por Eibar a Vizcaya.

En este punto, que es raya con Elgoibar, se distinguió un guerrillero eibarrés llamado *Marruko*, cuya casa, *Marrukokua*, hemos visto desaparecer en nuestro tiempo en la subida de Mutiola, que hoy llaman Vista-Alegre<sup>2</sup>. La villa fue incendiada por los invasores, ardiendo ciento treinta casas, y, además de las ruinas que le quedaron como cicatrices –alguna de las cuales ha durado hasta hoy–, fueron pasados por las armas muchos vecinos, actores y responsables de la resistencia.

Este pueblo, devoto y tradicionalista como el que más que era Eibar, y que había demostrado serlo con el sacrificio, luego de las guerras carlistas, por efecto de la torpeza y el pecado de mentira de quienes hemos dicho, mantuvo ostensiblemente un sentimiento anticlerical en el que sembraron con provecho *El Motín* y *Las Dominicales del Libre Pensamiento*<sup>3</sup>, ofreciendo abonado campo a la propaganda republicana del último cuarto del siglo XIX. Propaganda que cuando yo empezaba a

---

<sup>1</sup> No recuerdo aquí si Serapio de Múgica, en su *Monografía histórica de Eibar*, registra esta circunstancia de los curas franceses no-juramentados que recibieron asilo en Eibar. Yo lo digo por haberlo visto en papeles del Archivo de la villa, pues no todo desapareció en el incendio de 1794<sup>1</sup>.

<sup>II</sup> Los Caballeritos de Azcoitia, declarados enciclopedistas, no dejarían de ser parte en los informes tranquilizadores que el general en jefe de la expedición comunicaba al Comité de Salud Pública sobre la buena acogida de las fuerzas en Guipúzcoa. He visto esos informes en la Biblioteca Nacional de Madrid, en unos gruesos volúmenes impresos en que se recogen los papeles de aquel Comité de Salud Pública.

---

<sup>1</sup> Una de las medidas del nuevo gobierno francés tras el triunfo de la Revolución fue intentar convertir a la Iglesia en una administración pública. Se obligó a los sacerdotes franceses, a fin de poder seguir cobrando sus sueldos, a prestar juramento de fidelidad a la República, de ahí el nombre. Los que se negaron hubieron de exiliarse, formando en muchos casos movimientos contrarrevolucionarios en el extranjero. En Eibar se refugiaron 14 de ellos. Según el documento que el autor menciona, que aún se conserva en el Archivo Municipal de Eibar, fueron mantenidos mediante limosnas. Efectivamente, el incidente se menciona en la *Monografía histórica de Eibar* (p. 36). Pero esta fue obra del ensayista e historiador Gregorio de Múgica (1882-1931) y no de Serapio Múgica Zufiria (1854-1941), historiador y archivero guipuzcoano, voluntario liberal, y padre de Gregorio.

<sup>2</sup> Y que actualmente se llama Bista Eder. El caserío *Marrukokua* fue derribado en 1901.

<sup>3</sup> Semanarios españoles de carácter republicano y anticlerical. *El Motín*, satírico y más popular, se publicó en dos épocas entre 1881 y 1926. *Las Dominicales...*, publicado entre 1883 y 1909, era de carácter más intelectual.



ser muchacho se extendía por todo el país, desengañado el pueblo de reyes felones; de reinas que se hacían perdonar sus flaquezas de la carne dejándose gobernar por clérigos y beatas que consideraban nefando el liberalismo; cansado de una dinastía que, según frase histórica<sup>III</sup>, no aprendía nada y, lo que es peor, no olvidaba nada, y hartos, en fin, de un régimen que se mostraba incapaz de realizar la fórmula política del liberalismo: la Democracia. Fórmula que era el espíritu del siglo y estaba llamada a ser reivindicada como doctrina propia incluso por la Iglesia, a lo menos en los países en que esta fue inevitable y no cuajó aquello de “*el liberalismo es pecado*”.

Prim, el héroe de la revolución de septiembre del 68, había llenado las imaginaciones de los buenos eibarreses hasta *Berdabio*, el viejo, que fue el último entusiasta que, cuando llegaba a casa con algunos vasos de más del rioja que despachaban no en pocas capillas báquicas de la vecindad, no se acostaba hasta que su mujer gritara con él de manera que pudieran oírles los vecinos: “¡*Viva Prim!*”.

Después de Prim, los entusiasmos pasaron a Pi y Margall, a Castelar y a Salmerón. Sobre todo a Castelar. *Aulesti-txiki*<sup>4</sup>, un curioso barbilampiño venido de la aldea vizcaína de su nombre a los trabajos de la armería –que ejercían gran atracción en derredor–, tenía el privilegio de una memoria prodigiosa que le permitía retenerlo todo sin esfuerzo. Además de ser un archivo viviente de todas las coplas de la picaresca vasca y del anecdotario de Fernando de Amézqueta<sup>5</sup>, una especie de Quevedo que en nuestra tierra del vascuence carga con la paternidad de todas las ingeniosidades más o menos procaces y volterianas que circulaban en ella, *Aulesti-txiki* era famoso y muy solicitado por la sociedad de las tabernas por la fidelidad y el énfasis con que repetía aquel discurso, especie de gran sinfonía, de “...*grande es el Dios de Sinaí*”, de Castelar, cuando los encuentros oratorios de este con el cura Manterola en las Cortes Constituyentes<sup>6</sup>.

Vino después la Guerra de Cuba, aquella desdichada empresa contra los insurrectos de la Gran Antilla. La posición de los españoles que condenaron aquella guerra por principios, por considerar que la colonia alzada había venido a ser mayor de edad y estaba en su derecho al reclamar su independencia, no fue extraña a muchos artesanos eibarreses, a pesar de la locura patriótica que desató el Gobierno en todo el país con aquella consigna de “*hasta el último hombre y la última peseta*”<sup>7</sup>, demencia que repercutía hasta en los muchachos de las escuelas. Recuerdo que en un taller de las

<sup>III</sup>. El príncipe de Metternich, en referencia a los Borbones, en el Congreso de Viena.

<sup>4</sup> *Txiki*, o *txikixa* en la variedad dialectal eibarresa, significa pequeño en euskera. En 1949 escribía *Aulesti-Chiqui*.

<sup>5</sup> Fernando Bengoetxea Altuna (1764-1823), más conocido como *Pernando Amezketarra*.

<sup>6</sup> Se refiere a la réplica que el republicano Emilio Castelar dio al carlista Vicente Manterola a favor de la libertad religiosa y la separación entre Iglesia y Estado en la sesión del 12 de abril de 1869.

<sup>7</sup> Acuñada por Cánovas del Castillo, partidario de continuar la guerra contra los insurrectos.

muchas artesanías de nuestro pueblo –del que habré de hablar repetidamente–, decorado con rabiosos cromos de *El Motín* y vecino a nuestra casa de Chirio-kale, a cuyo maestro de oficio yo hacía los mandados, hube de aprender de memoria, para obsequio de los mayores que concurrían a su tertulia, un texto de Victor Hugo del cual conservo memoria de un párrafo que decía: “*Cuba no es la insurrecta, España es la insurrecta...*”

Y fue entonces, cuando volvían de la que acabábamos de perder lastimosamente –última reliquia de nuestra pasada grandeza imperial– los restos de nuestras diezmadas tropas, representadas por aquellos repatriados de Cuba, cadáveres ambulantes que se repartieron como tristes sombras por todos los pueblos de España, consumidos por la fiebre, las hambres pasadas y las fatigas de una guerra difícil, injusta y mal conducida; o cuando no volvían –ni aun enfermos y medio muertos– a sus madres, que los esperarían en vano, otros muchos que quedaron allá tendidos para siempre en la manigua, víctimas de la enfermedad o el machete vengador; fue entonces, en aquel preciso momento psicológico, que apareció por Eibar Pablo Iglesias, el apóstol del socialismo español, sembrando por primera vez en aquella tierra abonada la semilla de la doctrina de la igualdad social.

Y si la tierra era buena, la coyuntura resultaba mejor para quien había proclamado durante la funesta guerra el “*todos o ninguno*” que traducía el sentir de todos los pobres, seguros de que, si hubieran tenido que hacerla también los hijos de los ricos, habría habido más discreción y justicia, y más comprensión para aquellos pueblos cansados de nuestros procónsules, que no iban a aquellas dependencias a otra cosa que no fuera enriquecerse. El cual apóstol de la igualdad aparecía ahora, terminada la triste aventura, pidiendo estrecha cuenta de aquella sangre proletaria sacrificada al egoísmo de unas clases que se habían hecho aborrecibles en las colonias y habían pretendido salvar sus intereses con las vidas de los hijos del pueblo que no llegaron a reunir las mil quinientas miserables pesetas con que se redimían los ricos del servicio militar. Vergüenza, injusticia y crimen al que el pueblo de Eibar, como todos los demás de España, había pagado el tributo de muchos de sus hijos.

Y así, grande como aparecía la promesa a la hora de la siembra, fue mayor la cosecha. Eibar, la liberal y republicana que había venido a ser después de las guerras carlistas, fue, luego de la de Cuba, un pueblo ganado al socialismo.

### **Socialismo gremial**

Dentro del horizonte de nuestros propios recuerdos conocimos en Eibar, con un perfil definido como en una experiencia de laboratorio, las tres etapas de desarrollo de la empresa que los clásicos de la Economía Política distinguen en el proceso histórico del capital que desemboca en la revolución industrial primeramente registrada en Inglaterra, y padre de lo que vino a llamarse, con mayúscula, la Cuestión Social: los oficios, la manufactura y la fábrica.

Cuando nuestros abuelos, los maestros de los siete oficios de la armería entregaban su obra, el trabajo realizado, en la llamada casa del rey –Erregetxia<sup>8</sup>–; asiento administrativo de la Real Fábrica de Armas Blancas y de Fuego, para trabajar las cuales, según las historias, “*tenían los eibarreses ingenio muy particular*”<sup>9</sup>. Esto era todavía las reglamentaciones de la Edad Media que había de destruir lo que la literatura socialista llama la revolución burguesa, con su libertad de trabajo o de contratación.

Luego, en virtud de un decreto de O’Donnell, que en este caso representa aquella revolución burguesa, a partir de mediados del siglo XIX los oficios de la armería y la industria misma de las armas pasaron a ser actividades enteramente libres, razón por la cual ha habido siempre en Eibar, a título de agradecimiento, una calle O’Donnell<sup>10</sup>. Triunfaba entonces por el mundo la Escuela de Manchester<sup>11</sup>, y a esta sazón, vinieron los que se llamaron “montadores”. Los “montadores”, comerciantes a su vez, se procuraban los encargos en España y el extranjero y hacían ejecutar por su cuenta a los artesanos que trabajaban independientemente en sus propios obradores las sucesivas operaciones de cuyo hilvanado o montaje –de ahí lo de montadores– resultaba el arma en disposición para el mercado. Los que prosperaron lo bastante en esta forma empresarial fueron reuniendo luego, bajo un mismo techado, a oficiales de los distintos oficios, que pasaron a trabajar por cuenta de un solo patrono y esto fue la manufactura<sup>12</sup>.

Más tarde, cuando las técnicas maquinistas, ya desarrolladas en el exterior y mercantilizadas con la celebración de las Exposiciones Universales, se pudieron

<sup>8</sup> Situado a la derecha del paseo de Unzaga. En 1949 escribe “Erreguechia”.

<sup>9</sup> Esta citando parte (p.275) de la entrada “Eybar” del primer tomo del *Diccionario geográfico-histórico de España por la Real Academia de la Historia*, editado en Madrid en 1802. El autor volverá sobre este libro más adelante.

<sup>10</sup> Leopoldo O’Donnell y Jorís (1809-1867) fue un militar y político español. Creó un tercer partido dinástico de concentración, la Unión Liberal, gracias al cual presidió alguno de los gabinetes más estables y longevos del periodo isabelino. Esto, y una coyuntura excepcionalmente favorable en lo económico, le permitió llevar a cabo las últimas reformas legislativas necesarias para poder considerar completada, al menos formalmente, la revolución burguesa.

<sup>11</sup> La Escuela de Manchester fue una mezcla de movimiento social y escuela económica que tuvo su apogeo en la Gran Bretaña del primer cuarto del siglo XIX. Careció de grandes pensadores propios, limitándose a propugnar un liberalismo económico total, sin traba alguna a las leyes del mercado y al egoísmo personal. En este sentido fue bastante más allá de las ideas de Adam Smith y Jeremy Bentham que la Escuela se había apropiado como base teórica. Consiguieron, no obstante, considerable peso político en Gran Bretaña y otros países, introduciendo legislación en consonancia con sus ideas.

<sup>12</sup> La redacción original de 1949, que el autor modificó y amplió abundantemente en 1956, daba sin embargo un valioso dato. Dice: “*Los que prosperaron lo bastante en esta forma empresarial, fueron tomando bajo su techo, oficiales de los distintos oficios, y fue la Manufactura*”. Efectivamente, uno de los rasgos de la manufactura era que, en general, aún se realizaba en el ámbito doméstico del taller, situado en la vivienda del propietario del mismo o en inmediata vecindad. Sus empleados estaban unidos a él por lazos tanto de parentesco como de subordinación profesional, sin que hubiera, la más de las veces, una diferencia clara entre ambos tipos de relación.

adoptar mediante inversiones de capital, esta revolución vino a desvalorizar la pericia manual de los viejos maestros y a minar el prestigio profesional de los oficios que ya con la manufactura habían entrado en vías de disolución. Y esto fue la fábrica, el obrerismo y la inevitable “cuestión social”, con sus proyecciones sombrías: conflictos obreros, crisis de trabajo, lucha de clases.

Pero la lucha de clases, como hecho social, aunque no lo hubieran diagnosticado todavía los “mitineros” que habían de pasar por la tribuna del Salón Teatro, venía de más allá, desde antes de la disolución de las artesanías. Los “montadores” que dijimos practicaban por lo común el viejo *truck-system* –*trukian* que se decía en nuestro vascuence de Eibar–, aplicando precios arbitrarios a los géneros que suministraban a cambio del trabajo que mandaban hacer. Por otra parte, estos “montadores” eran por lo general hombres avezados en el arte de reducir los precios de la mano de obra prevaleándose del individualismo inveterado de los artesanos, sobre todo cuando aflojaba el trabajo, caso que ocurría con alguna frecuencia.

Muchas familias vivían así eternamente endeudadas con el patrono, que se convertía en amo y señor, sometidas a una servidumbre efectiva, como la de la gleba. Y el pobre armero eibarrés, igual que el “arrantzale”<sup>13</sup> de Ondárroa que padecía la misma esclavitud, no respiraba –como figuradamente decían sus compañeros de fatigas en el mar– hasta que la campana que llora los muertos<sup>IV</sup> anunciaba al vecindario que aquel por quien doblaba el bronce había liquidado de una vez para siempre todas sus deudas.

Aparte el momento psicológico que hemos referido, estas eran, en colaboración con las políticas, de que también se ha hecho mérito, las circunstancias sociales cuando apareció la prédica socialista en Eibar. Mas, a pesar del ambiente político del pueblo, abierto a todas las audacias críticas del librepensamiento, que había paseado por allá a Belén Sárraga<sup>15</sup> –verbo ardiente del anticlericalismo que habían desatado en España las concomitancias de la Iglesia con el absolutismo–, la prédica socialista en Eibar se limitó a suscitar un gremialismo neutral en materia de religión. Y este gremialismo neutral fue recibido entre los armeros, con una unanimidad casi absoluta, como un

---

<sup>IV</sup>. Así rezaban las campanas que los antiguos fundían para las catedrales: *Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango*, o variantes de la misma significación y sentido<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> Del euskera, pescador.

<sup>14</sup> Del latín: “invoco a los vivos, lloro a los muertos, deshago las tempestades”.

<sup>15</sup> Belén de Sárraga Hernández (1874–1951) fue una librepensadora, libertaria y feminista española. Próxima a los círculos republicanos y masones, su activa labor como propagandista anticlerical, feminista y a favor de diferentes causas incómodas para el poder le acarrearón varios encontronazos con la ley. En busca de horizontes más despejados pasaría a América Latina hacia 1907, donde continuó su labor propagandística en varios países sin que la resistencia y las persecuciones fueran menores. Volvió a España con la Segunda República, pero ya no pasaría de desempeñar un papel secundario en la vida cultural y política hasta su exilio en México.

nuevo evangelio por lo que trajo de remedio inmediato para miserias y dolores que hasta entonces no habían tenido otro desahogo que la resentida protesta que se encargaban de exteriorizar solo los locos y los borrachos.

Además, los oficios de la armería estaban nutridos principalmente por aldeanos del rededor, que habían tenido que dejar al mayorazgo el caserío de su procedencia a cambio de que les fuese pagada por la casa la prima que llevaba aparejada el contrato de aprendizaje. Prima a la que se añadía la obligación de dos, tres o cuatro años de servicios<sup>16</sup>, según la categoría del oficio, sin más retribución que el techo y los alimentos que recibía el aprendiz, para quien los servicios comprendían el trabajo del taller y no pocas ocupaciones domésticas. Lo cual quiere decir que los oficios estaban integrados, en general, por elementos que habían respirado un ambiente de religión en su casa y que no se habían desprendido de sus creencias y preocupaciones originales.

Resultado de este neutralismo fue que aquel socialismo gremial en ningún sector del elemento trabajador de la localidad encontró adherentes más entusiastas que entre los aldeanos de los oficios. Para ellos, aquella novedad venía a ser como otra religión, al punto de entibiarles la antigua, que la tenían de sus padres, muchas veces sin que ellos mismos se diesen cuenta del cambio. Y cuando ellos también, lo mismo que nuestros padres y abuelos, hubieron de encontrarse con la oposición mal disimulada del clero, que incurría de nuevo en la torpeza de cuando el absolutismo beligerante, asociándose a la posición intransigente de los alarmados patronos que veían en peligro sus explotaciones y se disponían a perseguir a los agremiados, fueron experimentando el mismo cambio espiritual de los liberales históricos<sup>V</sup>.

Había así uno de esos aldeanos, el más excelente en su oficio de labrar las culatas de nogal de las escopetas de caza<sup>17</sup>, a quien cierto día interrogaban por su incongruencia de ir a misa por la mañana y acudir al Centro Obrero por la noche. Y dijo a los que tal le preguntaban, que, por cierto, vestían por la cabeza:

<sup>V</sup>. Para entonces ya se había dado la encíclica *Rerum novarum* de León XIII, pero, aparte de que apenas se sabía de ella en nuestros medios católicos, para contrarrestar el gremialismo socialista habría sido necesario que la Iglesia, adelantándose a este, hubiese logrado de los patronos, a favor de los obreros, las mismas mejoras económicas que procuraba aquel en aquellos lugares donde ella ejercía un poder y una autoridad incuestionados y podía hacerlo. Por ejemplo, en no pocos pueblos de la provincia, en que las explotaciones eran tan rigurosas como en Eibar y siguieron siéndolo hasta que les llegaron los beneficios generales propiciados por el movimiento sindical y socialista como factores de la vida nacional.

<sup>16</sup> Según el original de 1949 estos contratos podían llegar a durar “hasta cinco años”.

<sup>17</sup> En 1949 lo identifica como “kashaguña”, o kaxagina, que en euskera es el cajero o cajista, el oficio de los que trabajaban las partes de madera incluídas en un arma de fuego, siendo -gin, o -giñ en el euskera eibarrés, el sufijo vasco para denotar quien ejerce un oficio. Lo veremos aplicado a otros tantos de la armería en las siguientes páginas.

—Es que por la mañana me ocupo de salvar el alma, que es lo primero, y por la noche trato de salvar el cuerpo, que también lo hemos de Dios para cuidarle.

Y fue lo que entonces se decía un “buen societario”, uno de los más sólidos gremialistas hasta su muerte y dejó hijos socialistas que lo son hasta hoy.

### **La libertad de contratación y el nuevo hecho de lo social**

Este gremialismo socialista o socialismo gremial cristalizó en sendas sociedades de oficio que se reunieron en una federación local. La tarea inmediata a que se dieron estas uniones gremiales fue la de establecer unas tarifas y regular el ingreso de aprendices, con miras al buen servicio de éstos y el interés de los oficios. Se suprimió el *truck-system* y cada uno pudo aprovechar mejor su trabajo profesional en la independencia de su obrador.

Los resultados no se hicieron esperar, y desde el primer momento se dejó sentir el alivio de una notable mejoría en el nivel de vida de los trabajadores. Contra esta elocuencia de los hechos hubieron de callar los insidiosos, que los había a la derecha y a la izquierda. Y los adeptos de la “organización”, que así se decía en oposición al viejo individualismo amorfo de hasta entonces, la adoptaron, como ya se ha dicho, con el fervor de una nueva religión. Ser “societario”, y “buen societario” por mejor grado, eran títulos de los que se enorgullecieron los que hasta entonces no habían sido nada fuera de su oscuro trabajo y, muchas veces, ni habían sentido la necesidad de ser algo en la vida. Como nuestro padre, Nicanor, con sus cinco hijos, que, no siendo nada fuera de sus gallos de pelea y otras cosas raras que le entretenían, vino a ser un buen societario en el gremio de grabadores al que pertenecía.

Pero esta acción bienhechora de los gremios padecía de la cuquería de algunos que se pasaban de listos —porque siempre ha de haber de todo en la viña del Señor— quedando al margen de la unión, con lo que no les obligaban las tarifas gremiales, ni las limitaciones reglamentarias para el régimen de aprendices, haciéndose un aparte de privilegio. Tomaban así los que se les antojaban y aprovechaban el mayor volumen de trabajo que se les reunía, contando, claro está, con la mala voluntad de los patronos “montadores” para con los asociados, y la distinción y preferencia que en consecuencia habían de hacer con los no reducidos al gremio.

Pero como en algunos oficios clave se diera la feliz circunstancia de haberse asociado la totalidad del gremio, la federación adoptó contra aquellos cucos la sabia medida de que todos los oficios de la armería, y cada asociado en su oficio, utilizaran un punzón o marca previamente registrado con arreglo a la ley, no dando curso a ningún trabajo cuya operación precedente no estuviese ejecutada por un maestro asociado en posesión del punzón gremial correspondiente; lo que los ingleses, maestros en este terreno, llamaron *label*.

Este régimen de estrecho control que iba contra los no asociados, quebrantadores de la ley social por cálculo e interés personal —que los hubo contumaces—, sacó de quicio a los patronos “montadores” que habían confiado en la maniobra para deshacer las uniones. Y éstos, aparte otros mil trabajos de zapa con que trataron de minar tan admirable disciplina, llevaron el asunto a los tribunales a pretexto de unas multas reglamentarias entendidas como un atentado contra la libertad de trabajo.

Siguió un largo pleito de carácter civil que recorrió varias instancias, trascendiendo el asunto del interés local a más amplias esferas por lo interesante de la doctrina que se cuestionaba. No dejaba de representar, en efecto, un curioso encuentro entre la legalidad derivada de la revolución burguesa, que había consagrado la libertad de contratación, y el espíritu social que surgía de las nuevas realidades que la conciencia de clase de los trabajadores empezaba a crear.

Las incidencias de esta memorable competencia jurídica apasionaron, como hecho sociológico, además de a los que estaban atentos a la jurisprudencia que se iba a sentar, a todo el pueblo, y Carlos Baroja, un “basculero”<sup>18</sup> que era la persona en que habían sido demandadas las organizaciones en razón del cargo que tenía en ellas, fue en aquellos días mucho más popular de lo que solía serlo el alcalde presidiendo las fiestas de San Juan.

Mas este régimen gremial con que se inició la influencia socialista en Eibar no duró mucho con haber logrado tal perfección, pero sí lo bastante para dejar una honda huella en las imaginaciones. Las condiciones de los oficios, y los oficios mismos, pronto entraron en crisis con la introducción de técnicas mecánicas y el fortalecimiento económico de algunos patronos que vinieron a más. Y fueron sucesivamente la manufactura y la fábrica lo que sin tardanza vino a dominar la fisonomía industrial de la armería; y, con tanto, el tiempo maduró rápidamente para el siguiente capítulo de nuestras luchas sociales, que fueron los sindicatos.

Ha de observarse que todo lo que queda referido de los oficios se relaciona principalmente con el ramo de la fabricación de armas finas de caza, en el que las profesiones tuvieron mayor categoría artística y más precisa definición. En el ramo de las armas cortas —pistolas y revólveres— las especialidades eran de menor calificación profesional, las máquinas se introdujeron más temprano y se generalizaron también con más rapidez y, desde el primer momento, el gremio que agrupaba indistintamente a los obreros ocupados en este ramo de nuestra industria tradicional tuvo el carácter de lo que habían de ser más tarde los batalladores sindicatos.

---

<sup>18</sup> Uno de los oficios de la armería a partir de mediados XIX. El basculero se encargaba de la producción del mecanismo que, en la escopetas y en algunas pistolas, permitía al conjunto de los cañones bascular para permitir la recarga. La báscula era fundamental para un funcionamiento seguro del arma, y su elaboración requería gran pericia mecánica.

## La primera huelga<sup>19</sup>

Aquel estado de irritación que produjo entre los “montadores” –patronos, empresarios o como se les quiera llamar– la novedad de estas reglamentaciones gremiales –que, aunque parezca paradójica, sirvieron para aumentar sus beneficios con lo que contribuyeron a sanear los mercados– era un factor más entre los muchos que precipitaban el cambio hacia el maquinismo y la fábrica. Las máquinas, reduciendo la importancia de los oficios manuales, simplificando las especializaciones al desdoblarlas sucesivamente, fueron matando las antiguas categorías artesanas y sumiendo a la población trabajadora en la condición común de asalariados que dependían de la “quincena”, que vino a ser, por antonomasia, el afán de la vida. Era la etapa crítica que correspondía a lo que se llamó la Revolución Industrial en las tierras clásicas de la experiencia social.

Exponente de este cambio en operación fue el siguiente episodio local, que sirve para ilustrar aquel periodo crítico.

Una de las firmas importadoras de nuestras armas en México, Quintana Hermanos, resolvió montar con capital propio una fábrica de nueva planta en Eibar, dotándola del equipo de máquinas necesarias para la fabricación de los objetos de su importación<sup>20</sup>. Naturalmente, fue esto un acontecimiento local, sobre todo para los obreros, que esperaban con ello ver aumentada su estimación y demanda.

Y siguió, en efecto, una época de bonanza y optimismo, y alcanzo a recordar cómo una veintena o más de obreros del personal de ella, siendo yo chico de la escuela, se casaron eufóricamente en un señalado día, celebrando sus bodas en común, con bandas de música y festejos en que participó todo el pueblo.

Pero no tratándose en el caso de aquella fábrica sino de una inversión de capital en busca de un provecho, la ley del incentivo capitalista que Marx había estudiado en los libros azules de los inspectores de fábrica ingleses<sup>21</sup>, libre entonces en nuestro país de toda limitación legal, y aun moral, porque no existía conciencia social del abuso, no tardó en manifestarse con sus instintos y entrar en operación, dándose siste-

---

<sup>19</sup> El autor modificó considerablemente este epígrafe entre 1949 y 1956. Mantuvo el número de párrafos, pero cambió el orden del primero, que volvió segundo, eliminó el segundo párrafo de 1949 y escribió un nuevo primer párrafo.

<sup>20</sup> Por el original de 1949 sabemos que Quintana Hermanos se dedicaba, en concreto, a la fabricación de revólveres.

<sup>21</sup> Cuando algunos de los peores abusos del nuevo sistema capitalista comenzaron a hacerse evidentes en Gran Bretaña, ciertos sectores de la buena sociedad de la época, basándose en consideraciones humanitarias, consiguieron la aprobación de las primeras leyes de protección del trabajador. Conocidas colectivamente como las *Factory Acts*, se sucedieron a partir de 1802, recortando la jornada y prestando una atención especial a las condiciones del trabajo infantil. La aprobada en 1833 incluyó el nombramiento de Inspectores de Fábrica para garantizar su cumplimiento. Estos funcionarios se dedicaron a recopilar valiosa información sobre las condiciones de trabajo de los obreros industriales, que después plasmaron en informes al Parlamento. El nombre viene del color azul de las tapas de aquellos informes.



máticamente a procurar los tres efectos a que tiende naturalmente el capital: a prolongar la jornada, para lo que estableció el trabajo continuo a base de solo dos turnos<sup>22</sup>; a aumentar la intensidad del trabajo, acentuando las especializaciones y el sistema de a piezas o el destajo —que en Eibar era práctica inveterada— y a depreciar los salarios con mano de obra no calificada y sin tradición profesional ni prerrogativas, traída de fuera<sup>VI</sup>.

Mas, si no existía una conciencia moral del abuso en un régimen de absoluta libertad económica como era el de entonces, ni iniciada aún lo que en las campañas socialistas se llamó legislación social, sí había un límite físico en la naturaleza de los que tenían que trabajar en aquellas condiciones, y ese límite llegó a rebasarse en el ciego afán del beneficio. Se dio entonces la primera huelga en Eibar, y creo que lo fuera en la provincia —aunque en Vizcaya se habían dado algunas bien dramáticas—, con sus protestas airadas, sus ruidosas asambleas improvisadas, sus oradores inéditos y un despertar insospechado a una realidad social que los obreros empezaron a ver<sup>24</sup>.

Y esta huelga, producto del proceso natural de una industria explotada en estricto sentido capitalista, fue justamente la causa de los primeros actos socialistas que tuvieron

---

<sup>VI</sup>. Esta mano de obra traída de fuera cuando la huelga de Quintana Hermanos está representada ahora por familias tan asimiladas a nuestro ambiente que se consideran enteramente eibarresas. El único resabio que acaso pueda quedar de su incorporación es algún extraño giro sintáctico que haya cobrado carta de naturaleza en nuestro vascuence, pues en Eibar los extraños han tenido que someterse a nuestro idioma por la fuerza de la costumbre. Pero no es del *euskal-gaizto*<sup>23</sup> por que aquellas familias hubieron de pasar para asimilarse de donde nos vino últimamente una deformación gramatical grave y mal sonante que venía de niños a mayores, sino, según decían, de algunas familias que regresaron de Guernica después del traslado de varias industrias eibarresas a aquella localidad. Afortunadamente, se ha debido corregir del todo aquel dislate gramatical.

---

<sup>22</sup> De nuevo por el original de 1949 sabemos que la empresa estableció los dos turnos “*aprovechando el día y la noche*”, lo cual iba “*contra la costumbre*”.

<sup>23</sup> En euskera, el euskera mal hablado.

<sup>24</sup> La huelga a la que alude este epígrafe se declaró el 6 de agosto de 1897. Quintana Hermanos había sido uno de los principales clientes de la producción armera local al menos desde 1879. Para 1892 el monto de sus compras anuales ascendía ya a 16 millones de reales. La decisión de abrir fábrica en Eibar debió de tomarse poco después, ya que el 5 de julio de 1894 se concedía el permiso para construirla en la calle Estación. La empresa aparece por primera vez en la matrícula industrial correspondiente al año económico 1895-96. Para los Quintana no fue, ni mucho menos, un salto al vacío. Tenían sólidos contactos con firmas locales, como Anítua y Charola, y también con técnicos eibarreses de primer nivel. Bonifacio Echeverría y su padre José Cruz, ambos armeros consagrados, se integraron en la plantilla como capataces desde el primer momento, cerrando el taller que tenían a su nombre.

Nos da idea del tamaño de la empresa el que fuera, junto a Orbea Hermanos y Gárate, Anitua y Cía, que rondaban el centenar de empleados por esos años, una de las tres que pagaban mayor contribución por su actividad económica: 2.425 pesetas anuales.

lugar en Eibar, la responsable de la presencia de los primeros mitineros en la localidad, y fue, coincidiendo con el momento psicológico del desastre colonial, el punto de partida del movimiento de organización obrera en nuestro pueblo, donde aquella novedad social encontró el terreno abonado que hemos dicho, beneficiándose además de su tradición política liberal y del carácter de colmena de trabajo que económicamente ha tenido siempre Eibar.

### La Agrupación Socialista

En tanto ocurrían aquellos episodios iniciales de los gremios que siguieron al desenlace de la primera huelga en la provincia de Guipúzcoa, la Agrupación Socialista, nacida al mismo tiempo que aquellos y de la misma circunstancia, funcionaba con independencia de la federación local de sociedades obreras y en local aparte.

El domicilio original de los gremios fue la casa llamada, no sé por qué, de Amigo<sup>25</sup>. Una casona de piedras sillares adornada con un historiado escudo de la casa de Mallea<sup>VII</sup>, que en Eibar tenía también la que en nuestros años escolares se llamaba de Godoy<sup>26</sup>, frente a la iglesia, con un escudo más historiado todavía y destinada a nuestra educación y primeras letras como escuela nacional, y la casa-torre de Aldatze<sup>27</sup>, decorada de lo mismo, donde luego se instalaron unas monjas francesas. Hacía esquina con la plaza de Unzaga, la que presidiera el antiguo palacio de los condes de Oñate, que sirve de fondo a uno de los cuadros de la primera época de Ignacio Zuloaga<sup>VIII</sup>.

La Agrupación Socialista tenía una modesta sala en la casa llamada de Banaka<sup>29</sup>, y una ventana de ella daba a Chirio-kale, donde nosotros nos criábamos. Yo veía en dicha sala –que no dejaba de impresionarnos con cierto reparo misterioso por las cosas que oíamos a las viejas decir de ella–, un estante con una docena de libros entre los que descollaba, por su grosor y mayor formato, la biblia socialista: *El Capital* de Carlos Marx, traducido al castellano por el argentino Juan B. Justo<sup>30</sup> y editado en

---

<sup>VII</sup>. Como escribo de memoria y a mucha distancia del lugar, no puedo asegurarlo, pero creo recordar que el escudo de la casa de Mallea, en Eibar, llevaba una divisa en vascuence.

<sup>VIII</sup>. *Corrida en un pueblo*, que pertenece o pertenecía a una colección particular en Viena<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> Casa señorial situada en el 16 de la plaza de Unzaga, fue derribada para dejar sitio al nuevo ayuntamiento a comienzos del siglo XX.

<sup>26</sup> En euskera *Godoiñekoa*, estaba situada en el n.º 10 de Ospitalezear. Seguía en pie al menos en 1902, cuando existe una solicitud de permiso de obras en la misma.

<sup>27</sup> Anterior al siglo XVII, en la actualidad colegio de Santa María de la Providencia.

<sup>28</sup> El cuadro, *Corrida de toros en Eibar*, de 1899, pertenece hoy día a la colección Carmen Thyssen-Bornemisza.

<sup>29</sup> *Banakanekea* en euskera, en el n.º 16 de Calbetón, haciendo esquina entre esta y Txiriokale.

<sup>30</sup> Juan Bautista Justo (1865–1928). Médico, periodista, político y escritor argentino, fundador del Partido Socialista de Argentina, fue el primero en traducir *El capital* al castellano.

Madrid en 1898 por uno de los fundadores del partido socialista español. Con el cual grueso volumen, andando el tiempo, había de trabar yo estrecho conocimiento, hasta que acabé en posesión de una edición francesa que comprendía los tomos II y III que no se habían dado en castellano, la cual –dicho sea de paso–, habrá ardidado en el auto de fe que los fascistas hicieron en nuestro pueblo una vez dueños de él, con todo lo demás subversivo y hereje que hubiera en mi biblioteca.

Había además en la sala una mesa junto a la pared de enfrente y algunas sillas en derredor de ella y, en la testera, un retrato al óleo de un hombre como aquellos cabeza-de-león que todavía se veían en Eibar, todo pelos y barba, con un soberbio aspecto de profeta de Israel, según la versión de los imagineros de las iglesias. No hace falta decir que el retratado era el autor de dicha biblia socialista, de *Miseria de la filosofía* y de aquel documento político que después de informar durante más de cien años la acción de la clase trabajadora sigue teniendo la misma actualidad incitante: *El manifiesto comunista*. De un fino cordón al cuello le pendía una lupa que le caía sobre la pechera. La lupa con que había estudiado los informes de los inspectores de fábrica ingleses en el Museo Británico en sus fecundas horas del destierro, aquellos informes que le dieron la clave para su penetrante crítica del sistema capitalista.

Los militantes más significados de aquellos heroicos comienzos eran: Esteban Barrutia, que fue el primer concejal socialista en los ayuntamientos de Guipúzcoa; Aquilino Amuátegui, orador enjundioso que se valía del vascuence; Pedro Chastang, dueño de una dorada barba romántica que denotaba al galo, hijo de una familia de artesanos franceses que introdujeron en Eibar el arte de pulir con discos<sup>31</sup>; los Pagnon, hijos del francés de Olarreaga, tornero emigrado de las tormentas del 71 que afincó en el salto de Aresti, sobre el Ego, en jurisdicción de Zaldua<sup>32</sup>, propiedad de los Murga de Marquina, cuyo artefacto le servía para mover sus máquinas.

Manuel Hajar, aragonés, yerno de este francés de Olarreaga y autor del óleo que presidía la sala de la Agrupación, pues era dibujante publicitario en una fábrica de placas esmaltadas que eran la novedad en aquel entonces<sup>33</sup>. José Guisasaola, que

<sup>31</sup> Por el original de 1949 sabemos que los discos tenían la particularidad de ser rotatorios. En 1864 la firma Orbea Hermanos trajo de Francia a dos técnicos, Ernesto y Pablo Chastang, habilitándoles como lugar de trabajo el molino de Urkizu donde, bajo el mayor secretismo, comenzaron el montaje de un esmeril y una correa de poleas con escobas circulares, cuyas muelas giraban gracias a la fuerza hidráulica proporcionada por el molino. Era el primer taller de pulimiento mecánico de la localidad.

Desgraciadamente para Orbea Hermanos, también daría pie al primer caso de espionaje industrial que se recuerda en Eibar. Los dueños del ingenio habían puesto a disposición de los técnicos a un mozo local, apellidado Ortuoste, como recadista y auxiliar en otras tareas menores. El muchacho demostraría bastante más capacidad de la que se le supuso por sus humildes cometidos y, aprovechando que tenía acceso al interior del molino, asimiló en poco tiempo los principios del proceso antes de despedirse y poner taller propio, generalizándose así la técnica por todo el pueblo.

<sup>32</sup> Así se le llamaba al pueblo vizcaíno de Zaldibar, que limita con Eibar por el sudoeste.

<sup>33</sup> El taller, a nombre de Mateo Elejalde, aparece en las matrículas industriales del último lustro del XIX con dos operarios. Estaba situado en María Ángela.

descendía del caserío Izarre, en Placencia, y cultivaba la química y hacía versos en vascuence y traía los aires de la Argentina y el Brasil, donde había estado algunos años ejerciendo su profesión de grabador en metales. Ramón Bueno y Olivan, aragonés como Hajar, pacífico maestro del honrado gremio de zapateros. Víctor Bernedo, industrial luego en Eibar y en Beasaín, que ya para entonces tenía un taller mecánico con José Acedo, otro socialista de los fundadores, que casó en Eibar y murió tempranamente<sup>34</sup>.

Evaristo Aguirre, llamado *el Cojo* porque lo era, relojero de profesión y al que, cuando los socialistas andando el tiempo y a fuerza de perseverar en la causa vinieron a ser mayoría en el Ayuntamiento, le dieron<sup>35</sup> el cuidado del reloj de la torre de la iglesia, que constituía una atención civil, con el sueldo de treinta pesetas mensuales.

Julián Echeverría, el que sería director de la Escuela de Armería y Mecánica de Precisión, cuyos méritos en ella son proclamados por el número de excelentes discípulos que sacó adelante para representar un importante papel en muchas industrias del país y el extranjero. Este compañero hizo baja, luego de figurar entre los fundadores, por razones de paz familiar, sin que nadie se lo tomara a mal, sabiendo de su espíritu y natural bondadoso, que no necesitaba más para dar a entender que permanecía dentro de la fe. Y Galarraga, Ignacio, padre de los Galarragas de ahora, que son del número de los excelentes que dijimos que honran a la Escuela de Armería y a Eibar, como discípulos de los mejores de Julián Echeverría.

Todo el socialismo ilusionado de aquel tiempo se resumía en este sencillo programa: ocho horas de trabajo, ocho horas de instrucción y ocho horas de descanso. Y esta aspiración, que ahora que está superada parece tan modesta y natural, se proyectaba entonces como una posibilidad social realizable por la fe en la lejanía de los tiempos por venir, casi en la región de la utopía, y los adeptos con el valor cívico bastante para proclamar lo que eran se significaban llevando los domingos una cachava decorada con el cuatro doble, o sea, con el ocho místico de la fe.

La emancipación económica de los trabajadores, la igualdad social, la abolición de la propiedad privada, la patria universal, el fin de las guerras y el militarismo y demás bellezas del sueño socialista eran como la expectativa en que vivía la primitiva Iglesia de la inminente venida de Cristo, en su poder y gloria, a poner fin a los tiempos de este mundo, y que, siendo una fe activa y operante, no les impedía sentar con un espíritu altamente práctico los cimientos realistas de la obra más duradera de los siglos.

---

<sup>34</sup> Víctor Bernedo era natural de Elgoibar y había trabajado algún tiempo en Placencia de las Armas antes de establecerse en Eibar hacia 1912 como armero. Al año siguiente consta ya como dueño de un taller con 8 operarios. Fue concejal en las elecciones de 1915 y llegaría a patentar una pistola de cierta originalidad técnica hacia 1919. El fracaso de su comercialización le convenció de abandonar la armería y trasladarse a Beasaín en 1921. Vende su taller eibarrés a Bonifacio Echeverría y abre allí otro dedicado a la fabricación de herramientas. Murió en 1944.

<sup>35</sup> Según el original de 1949, “*en premio a su consecuencia*”.

## El republicanismo histórico

El republicanismo histórico de Eibar –como el de otros lados, de un contenido exclusivamente político– se limitaba a poco más que un anticlericalismo verbal, que sus esposas, siervas del cura a consecuencia del inveterado dominio que en España ejercía la Iglesia sobre la mujer, se cuidaban de poner en evidencia en las más solemnes ocasiones de la vida. Estos republicanos históricos, anteriores en una generación a la de los primeros socialistas, reaccionaron de diferentes modos ante este nuevo hecho de la aparición del socialismo militante y la organización de los trabajadores.

Muchos en Eibar se incorporaron desde luego al movimiento obrero y fueron excelentes “societarios”, y no pocos se afiliaron al socialismo por evolución natural de su pensamiento. Pero otros, algunos por su posición personal en el conflicto de intereses que suscitara el movimiento obrero en su calidad de patronos, y otros por pasión y sectarismo políticos, se endurecieron en un prejuicio antisocialista que les duró siempre; y entre los cuales hizo presa muchas veces el anarquismo y el sindicalismo de acción directa, entregándose a aquella tendencia como para cobrarse de aquel resentimiento y tratando de racionalizar su posición. Algo de esto puede observarse en Baroja.

Contribuyó no poco a este efecto la táctica socialista de aquel entonces, de atacar a los republicanos hasta incurrir en la injusticia con la clara intención de disputarles su clientela popular, entretenida por el juego de un anticlericalismo huero y el prestigio sonoro de sus diatribas antidinásticas. Eibar no fue una excepción a esa táctica general, pero, con todo, las relaciones con los republicanos de la localidad nunca fueron demasiado tensas, y desde luego no se dieron en nuestro pueblo aquellos encuentros a palos y a tiros que eran frecuentes en Vizcaya entre republicanos y socialistas en ese periodo de afán proselitista.

El personaje más destacado del republicanismo eibarrés de aquella época era don Antonio Iturrioz, alcalde que fue de la villa durante la Guerra de Cuba; si no me equivoco, entre 1896 y 1900. Promovió muchas obras de interés local, pero sus enemigos no le perdonaron el haber hecho desaparecer el palacio de los condes de Oñate, el Erregetxe y la casa llamada de Amigo, solar de la casa Mallea, para levantar la Casa Consistorial y ampliar la plaza de Unzaga, así llamada siempre, a pesar de que los sucesivos avatares de la política española durante los últimos cuatro lustros la fueran bautizando con distintos nombres alusivos a la situación, que en todos los casos han resultado circunstanciales, sin exceptuar el presente, como ya se verá un día que Dios lo quiera.

Hombre Iturrioz de gran inteligencia, se había hecho con una cultura que tenía sus exigencias y, para ver algo del mundo, inventó desde la Alcaldía unas fantásticas comisiones a Madrid y a París, alrededor de las cuales sus contrarios, los “betarras”, promovieron un gran escándalo pueblerino.

Hemos dicho los “betarras” porque, hasta la aparición de los socialistas, el pueblo se dividía políticamente en “goitarras” y “betarras”<sup>36</sup>, denominaciones que correspondían bastante bien a esta realidad topográfica. Los “goitarras”, que mandaba Iturrioz y habitaban en general en la parte alta de la población, representaban en el orden ideológico la tradición liberal de la villa y su secuela republicana; los “betarras”, que ordinariamente vivían en la parte baja, constituían la clientela política de la casa Orbea, cuyas figuras no eran carlistas —porque era de mal gusto el serlo en Eibar después de las guerras civiles—, pero sí conservadores a la manera de los de España, es decir, no partidarios del *statu quo*, sino francamente reaccionarios.

Iturrioz combatió a los socialistas como producto que era él de otra época, que justamente había de ser superada y desplazada por efecto de la aparición del socialismo militante en la escena política del país con la ambición de sanear la que se practicaba en toda España a la sombra del pacífico turno de los partidos dinásticos y a base de una ficción de sufragio universal. Mentor de muchos “baserritarres” y “kaletarres”<sup>37</sup>, que se valían de sus luces y de su buena entrada en los centros oficiales de la capital de la provincia, tenía una clientela política personal que cultivaba como un huerto<sup>38</sup> y constituía su fondo capital.

Su fondo capital porque, en una época en que el pueblo no sabía hacer buen uso del derecho de sufragio, los votos se compraban y se vendían públicamente —y hasta en subasta— y en nuestros distritos del vascuence, por los que se presentaban, tan cargados de vanidad como de dinero, los opulentos de la minería, la siderurgia y la navegación vizcaínas para disputarse la representación a Cortes, se pagaban los votos hasta a mil pesetas por cabeza, con gran beneficio de los que disponían de clientelas seguras. Pues lo primero que los candidatos en competencia habían de buscar en el distrito era el favor de estos electoreros, haciéndoles entrar en su combinación.

Y más de una vez ocurrió a nuestros “goitarras” que este de quien hablamos volcara su favor al candidato menos afín a su apellido político, poniéndose a mal con los puros, que luego le obligaban a penitencias que no tardaban en olvidarse<sup>39</sup>.

---

<sup>36</sup> Ambos términos se construyen a partir de dos vocablos vascos, *goitarra* y *betarra*, que podrían traducirse como los de arriba y los de abajo. Sin embargo, el autor emplea la desinencia castellana “-s” para formar el plural.

<sup>37</sup> De forma análoga aquí el autor toma *baserritarra* y *kaletarra*, gente de caserío y gente de la calle, para referirse a la población rural y la urbana, y vuelve a usar la desinencia castellana, pero en este caso “-es” para formar el plural. Introduce esta en 1956, ya que en 1949 escribe “baserritarras” y “kaletarras”. En el castellano hablado actualmente en el País Vasco *baserritarra* está ampliamente aceptado como préstamo, no así *kaletarra*.

<sup>38</sup> Haciéndolo, según añadía el original de 1949, “con sus influencias en San Sebastián y en Madrid”.

<sup>39</sup> La redacción de 1949, aunque más breve, da más detalles sobre Iturrioz. Se pone como ejemplo de estas compras de votos el distrito de Markina, pero sitúa más concretamente su radio de acción en el de Bergara, “...los candidatos que se disputaban el de Vergara, adonde asomaban también los tales millonarios, tenían que buscarle necesariamente para entrarle en su combinación”. Bergara era la cabeza del partido judicial de Eibar, de modo que Iturrioz no actuaba solo a nivel local, sino que su red clientelar le permitía decidir la elección de todo el distrito.

Tenía Iturrioz abiertas las columnas de *La Voz de Guipúzcoa*<sup>40</sup>, diario republicano que disimulaba su republicanismo durante la jornada regia veraniega en San Sebastián, y combatía desde él a los socialistas que hacían sus primeras armas con una mayor preparación literaria –aunque obrero él también– que la del modesto equipo de la Agrupación Socialista, que no podía disponer sino de hojas volantes y, más tarde, del semanario *¡Adelante!* que hubieron de sacar para esta necesidad. Pero, sobre todo, a los aldeanos societarios de su gremio –pues pertenecía al de basculeros aunque le entretuvieran más sus actividades políticas– les daba serios disgustos, desde dentro y desde fuera de la sociedad de su oficio, en el periodo álgido del conflicto por las marcas, los punzones, las sanciones disciplinarias y los pleitos judiciales, en que fue parte activa como elemento principal de oposición.

Cuando, luego de la presencia de los socialistas en la arena política, se formalizó mejor la lucha, y los mismos republicanos se constituyeron en partido y dejó de haber bandos de “goitarras” y “betarras”, bajó mucho su papel; hasta que un día, viejo y solitario, murió de muerte repentina en su taller de Elgeta-calle<sup>41</sup> con el mandil puesto y los útiles de trabajo en la mano, circunstancia que le absolvió de muchas insidias de sus enemigos<sup>42</sup>.

### **El ¡Adelante!**

Los socialistas y los societarios, que no se confundían por mucho que se movieran juntos y de acuerdo, no tardaron en tener un léxico especial y, aparte los términos de rigor, como “reivindicaciones”, “emancipación”, “explotación”, “el proletariado”, “la burguesía”, “los desheredados”, “consciente”, “inconsciente”, etc., y las obligadas frases, como “los parias modernos”, “la esclavitud del salario”, “la opresión del capital”, “la explotación del hombre por el hombre”, “el derecho al producto íntegro del trabajo”, etc., con que esmaltaban sus discursos –las más veces dichos en vascuence al apoyo de traducciones más o menos acertadas–, surgieron otras expresiones que tuvieron gran fortuna en aquel medio en fermentación y eran inevitables a cada paso, euzkerizadas<sup>43</sup> también en lo posible.

Así, lo de “valor cívico” se prodigaba aun cuando no viniera al caso, y adjetivos como “bochornoso”, adverbios como “palpablemente”, neologismos como “solida-

<sup>40</sup> Publicado en San Sebastián entre en 1885 y 1936.

<sup>41</sup> La actual Elgeta-kale, una de las seis calles originales del antiguo casco urbano de Eibar. Paralela a Txirio-kale. La Matrícula Industrial nos confirma que Antonio Iturrioz tenía un taller de armería en esa calle alrededor del año 1900.

<sup>42</sup> Antonio Iturrioz (1856-1916), falleció un 23 de febrero y la nutrida asistencia a su entierro, del que se conserva documento fotográfico, da una idea del respeto y el cariño que supo ganarse con sus iniciativas urbanísticas y las destinadas a mejorar la calidad de vida de sus conciudadanos. Había ocupado la Alcaldía entre 1897 y 1901, aunque su influencia en la política local y provincial se dejó sentir durante casi dos décadas.

<sup>43</sup> En 1956, cuando la introduce en el original, escribe “euskerizadas”.

ridad”, barbarismos como “*meeting*”, elegancias como “cosmopolita” y tecnicismos como “sociología” y “psicología” –que algunos entendidos pronunciaban con la *p* integral–, se incorporaron al lenguaje diario vernáculo de los frequentadores de asambleas y los concurrentes a las veladas de las tabernas socialistas. “Reacción” y “reaccionario”, que se aplicaban –no sin motivo las más de las veces– en sentido peyorativo, próximo al de Inquisición e inquisidores, y con la máxima intención agresiva, queriendo significar hogueras, autos de fe e intolerancia, eran de abolengo republicano, que, por su parte, abundaban en lo de “neo”, “ultramontano”, “clerical” y “oscurantista”. Lo de “cavernícola” es posterior y parece que procede de José Ortega y Gasset, afortunado en acuñar palabras.

Hasta entonces no había habido más asambleas que las anuales de la Sociedad de Socorros Mutuos de Artesanos de la Villa de Eibar, que databa de no sé qué tiempo anterior<sup>44</sup>, y las del Casino de la Amistad, en las que todo pasaba como una formalidad reglamentaria, salvo las intervenciones de un Juan Arosa, a quien por esta desusada manía le quedó el nombre de Juan *Palabras*, apodo con que, muerto aquel, pecharon otros habladores<sup>45</sup>.

Pero una vez que empezó el movimiento socialista obrero, se prodigaron las reuniones públicas en que abundaban los debates, y todas las ocasiones eran buenas para levantar tribuna. Gimieron las prensas –la bien modesta del alavés Pedro Orúe, que era el único impresor en la villa<sup>46</sup>– lanzando manifiestos, carteles y hojas volantes con cualquier pretexto, y pronto se dejó sentir la necesidad de un semanario donde responder a los corresponsales que bailaban el agua a los patronos a costa de los socialistas y, al mismo tiempo, verter los pensamientos en que abundaba cada uno y que le bullían dentro como pidiendo vía libre hacia fuera.

Y salió el *¡Adelante!*, que tuvo varias épocas, en una de las cuales Tomás Meabe vertió en nuestro periódico buena parte de su originalidad. Al *¡Adelante!* de la primera época –no obstante ser obreros manuales todos los componentes de la Agrupación Socialista, y no pocos venidos del monte–, no le faltó nutrida colaboración, sintiéndose el compañero Barrutia un intelectual, censor público Amuátegui, Chastang cronista del Ayuntamiento, poeta José Guisasaola, satírico Bernedo y plumíferos hasta León Pildaín y Martín Erquiaga, amén de otros novilleros y no pocos espontáneos a los que un día se agregó nuestro hermano Aurelio, con gran indignación mía, que era entonces un chico de la escuela muy sumiso a la Iglesia.

<sup>44</sup> Esta Sociedad, de la que no se conoce la fecha de creación, aparece mencionada por primera vez en un documento de 1861 conservado en el Archivo Municipal. Pedía entonces al Ayuntamiento tomar a su cargo la compra de harina, que vendería a precio de coste para combatir los altos precios.

<sup>45</sup> En 1949 no menciona a Arosa, pero dice de las asambleas celebradas en el Casino que “...a pesar del título de la entidad se producían algunas borrascas”.

<sup>46</sup> Según los datos conservados en el Archivo Municipal, Pedro Orúe Echeverría, nacido en Deba en 1855, se estableció en Eibar hacia 1887. El padrón de 1888 da el 24 de la calle Ibarrecruz como su domicilio y maestro impresor como su profesión. Poseía una tienda de objetos de escritorio.



Y aquello, necesariamente tan elemental, desnudo a la fuerza de toda preceptiva y arte<sup>47</sup>, en el castellano deficiente de los que hablando ordinariamente nos entendemos en vascuence como era el caso en Eibar, cumplió indudablemente una obra. En su pobreza, en su desnudez, en su deficiencia latían gérmenes activos que no dejaron de dar abundante cosecha.

### **El don de lenguas**

La mística de este milagro consiste, a mi entender, en lo siguiente: cuando los espíritus están animados por una emoción histórica que da fisonomía a una época, como ocurría entonces en aquel medio en que yo mismo no tardaría en respirar, todos, hasta los más negados, sienten la necesidad de sacar afuera su fiebre interior, y hablan y escriben quienes de otro modo no hubieran hablado ni escrito nunca y ni remotamente hubieran pensado en darse a tales tareas.

Ocurre entonces que les fluye la expresión, con sorpresa de ellos mismos que escriben, aunque se dé el caso de que no acierten gramaticalmente a decir lo que creen o se proponen decir. Dicen lo que dicen queriendo decir lo que sienten y pensando que se hacen entender porque ellos se entienden a sí mismos. Y, en efecto, los que les oyen o les leen, participando de aquella misma emoción y comulgando en el mismo sentir del momento histórico, no se dan cuenta de ninguna deficiencia y todo lo encuentran claro y entienden perfectamente lo que aquellos quisieron decir, aunque técnicamente no lo digan, igual que si hubiesen acertado a decirlo como el mejor y de la manera más feliz.

Solo cuando al cabo del tiempo ha remitido un tanto aquella fiebre, o la emoción cobra distinta forma, puede darse uno cuenta del grado en que aquello que nos conmoviera otrora era ininteligible, sea que lo dijéramos o lo oyéramos decir. En esta nueva circunstancia, que nos aproxima si es que no nos incluye en la condición de extraños, hasta resulta un problema averiguar lo que parece oculto sentido de lo que en otro tiempo veíamos con tanta claridad y precisión. De ahí las oscuridades de tantos textos antiguos que brillaron como faros y a lo mejor cumplieron obras que se nos antojan milagro.

Considerando el efecto que conseguía sobre nosotros, los que íbamos a entrar por aquella senda, aquella literatura silvestre o poco menos de los primeros tiempos socialistas de Eibar, necesariamente esmaltada de toda clase de faltas y oscuridades, me explico algunos misterios de la Historia. Me explico, sobre todo, aquello maravilloso que se cuenta en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 2,1-13), de cómo unos rudos galileos que hasta entonces no habían hecho sino pescar, que presidían la

---

<sup>47</sup> La preceptiva literaria era el nombre con el que, antiguamente, se denominaba a cierto conjunto de reglas de oratoria y poética de origen clásico. Es otra forma de decir que los textos carecían de todo refinamiento artístico y académico.

asamblea de aquel día de Pentecostés en la Iglesia germinal de Jerusalén, estando en ayunas, y no embriagados como algunos pudieron suponer, empezaron a hablar una jerga que adquiriría significado en todas las lenguas; y con ello me explico también el misterio no menos maravilloso de los congregados de aquella ocasión, que eran de todas partes del mundo y les entendieron lo mismo que si hubieran hablado el propio idioma de cada uno de los oyentes. Y es que comulgaban unánimemente en la misma emoción y espíritu, que pasaba como un fluido sobre las almas.

Este pasaje me parece la expresión legendaria de la mística y milagro que se daba y podía advertirse en nuestros primeros propagandistas y sus auditorios, de decir lo que no se acierta a expresar y de entender lo que no se ha acertado a decir, claro está, en las modestas proporciones correspondientes a nuestro pueblo y a nuestros hombres, que no estaban llamados a trascender a la Historia.

### **Aquilino Amuátegui**

Aquilino Amuátegui<sup>48</sup>, *el Chiclana* para sus enemigos, que no le llamaban sino por ese alias, era el tipo perfecto del tribuno popular. No le faltaba la prestancia física indispensable, y la naturaleza se la había aderezado con cierto aire de insolencia que se localizaba en su nariz –si no respingona, tampoco aguileña–, que añadía su aliño particular a la fuerza de su ceño, a la energía que respiraba toda su persona. Su voz era potente y llenaba sus discursos de conceptos rotundos, como quien confía en sí mismo y está seguro de su verdad. Su verdad era el socialismo, y el camino para tan bello país, la organización de los trabajadores. He ahí todo su evangelio.

Su idioma era el vascuence, el vascuence de Eibar, que viene a ser como el eólico de la familia dialectal vasca, y que, siendo el instrumento cotidiano de un pueblo donde se habla de lo divino y lo humano en su lengua vernácula, presenta –aparte sus variantes antiguas por vía natural– infinidad de recientes erderismos<sup>49</sup> que le han evitado el tener que intentar otros tantos neologismos con riesgo, las más de las veces, de no acertar e introducir cuerpos extraños en el organismo del lenguaje, que obraran como piedras de tropiezo, con perjuicio de la vigencia del euskera en su lucha con el *erdera*. Erderismos –otros dirían barbarismos a pesar de su origen culto–

<sup>48</sup> Aquilino Amuátegui Acha (1877-1919) fue un obrero, sindicalista y político socialista eibarrés. De orígenes humildes, aprendió el oficio de *txispagiña* y trabajó durante sus primeros años en la fábrica de los hermanos Orbea, antes de establecerse por su cuenta con un taller que llegó a contar 6 empleados. Estuvo presente en el movimiento obrero eibarrés desde los primeros compases, ganándole su oratoria, potente y llana, una merecida fama más allá del ámbito local.

Puede encontrarse una biografía detallada del personaje en el libro de Antxón Narbaiza Azkue *Akilino Amuategi 1877-1919. XX. mende hasierako mitinlari sozialista euskalduna*. Incluye texto en castellano. Disponible online en: <http://egoibarra.eus>

<sup>49</sup> Construido a partir de *erdera*, vocablo que en vasco designa a toda lengua que no es el euskera, aunque, por proximidad, se emplea generalmente como sinónimo de castellano. Su sentido sería designar a los préstamos tomados por el euskera de esta lengua.

que dieron lugar a que cierto humorista pudiera hablar del “*Eibar’ko berbeta internazionala*”<sup>IX</sup>.

Erderismos, barbarismos o cultismos que, sin embargo, llevan necesariamente del vasco los sufijos, las desinencias causales y las flexiones verbales que, determinando voz y modo, el accidente de tiempo, número y persona, y complementos, ya en singular o plural, en dativo o acusativo, forman espesa selva; lo que, unido a las partes invariables de la oración, constituye el caudal de elementos inalterados, constantes y formativos de nuestro idioma y la circunstancia que le ha valido tan larga fortuna en los siglos.

Los puristas, que todo lo resuelven con recurrir a la lengua de Cervantes y aspirar a académicos de la que “*limpia, fija y da esplendor*” en cuanto el tema va más allá de las pruebas de bueyes, solían reírse de esta incontinencia cultista o erderista de Eibar que en Amuátegui se daba acaso con un punto más.

Pero la verdad es que también la Iglesia, cuando hace diez o doce siglos se encontró en el mismo caso que el socialismo proselitista, hubo de echar mano de tantos barbarismos como nosotros para dar a entender la nueva fe, como puede verse en cualquier catecismo de la doctrina cristiana de los conocidos en vascuence y en la gran copia de voces latinas que, con motivo de la evangelización del país, quedaron incrustadas en el idioma: *korpusa, arimia, fedia, pekatua, kurutzia, elisia, zerua, infarnua, aingeruak, demoniuak, bedeinkatua, madarikatua*<sup>50</sup>, etc., casi hasta el infinito.

Y, bien consideradas las cosas, párrafos como “*humiltasunezco eta contrizionesco actua*”, obra de titulados humanistas, oriundos de lugares de hablar castizo<sup>51</sup> –si bien no contaminados aún del prejuicio y la preocupación purista–, autorizan a que nuestros oradores pudieran decir: “*biargiñen emanzipaziñua*” y “*progresuan*

---

<sup>IX</sup>. El “*Eibar’ko berbeta internazionala*” no debe ser cosa de ayer. Ya nuestros abuelos decían *uesaba*, que recuerda algo del hebreo; *arraioa*, que suena a griego; *madarikatua*, que viene del latín; *alkandoria* seguramente del árabe; *amatau*, del castellano del siglo XIV; *abociñaua*, especial, de los armeros que labraban el cañón de los trabucos; *pitxarra*, del inglés; *bedana*, del francés y *pitxiña*, indudablemente del italiano.

<sup>50</sup> En euskera eibarrés: *korputza*, cuerpo; *arima*, alma; *fedea*, fe; *bekatua*, pecado; *gurutze*, cruz; *eliza*, iglesia; *zerua*, cielo; *infarnua*, infierno; *aingeruak*, ángeles; *deabruak*, demonios; *bedeinkatua*, bendito y *madarikatua*, maldito. En 1949 la grafía era casi castellana, incluyendo acentos ortográficos que permiten conocer la acentuación típica del euskera local: *corpusa, animia, fedia, pecatúa, curutzia, elisia, cerúa, infarnúa, aingueruak, demoniuak, bedeincatúa, madaricatúa*.

<sup>51</sup> Frase extraída del *Catichima edo fedea laburzki*. François-Antoine Jauffret Baionaco *Apezpicuac publicatua bere diocesan bakharric iracatsia izaiteco*. Obra publicada en Baiona en 1902. Jauffret, que fue obispo de Baiona y desarrolló una enérgica labor pastoral e intelectual en el País Vasco francés alrededor del cambio de siglo, había nacido en la Provenza.

*adelantuak*”<sup>52</sup>. Porque en uno y otro caso no se trataba de ninguna pequeña política tendente a profundizar el abismo que se da entre los romances y el vasco, haciendo lo más distinta posible su ortografía y lo más distante que sea dable su léxico, evitando todo erderismo como se evita una blasfemia y recurriendo, cuando no a deformaciones, a neologismos sin representación inmediata para la inmensa mayoría, sino que se trataba de una nueva fe de un valor humanísimo y universal.

Al contrario, por ejemplo, del caló o el romaní de los gitanos –en el que tengo entendido que solo perduran nombres e infinitivos de verbo, disuelto el cemento o aglutinante que los contenía– el idioma vasco presenta la particularidad de haber ido perdiendo nombres e infinitivos de verbo por ligera adopción de sinónimos ajenos que pasaron a ser dominantes, mientras persisten inalterados y constantes los elementos aglutinantes, quiero decir las declinaciones, los sufijos, las flexiones verbales y las partes invariables de la oración. Pero esto, por ser ello mismo el mecanismo de su enriquecimiento necesario, debió ocurrir a medida que la población primitiva que lo hablara fuese sufriendo el impacto de otras culturas más complejas que le obligaran a referirse a novedades que luego entraban en su horizonte mental por efecto de aquel impacto.

Así, he oído decir que pueden encontrarse incrustadas en los estratos del euskera piezas de aluvi3n procedentes del latín de los conquistadores, del griego de los emporios y del semítico de las factorías fenicias y otras estaciones igualmente remotas, denotando los contactos que tuvieron nuestros lejanos antepasados, en el decurso de los siglos, con aquellas lenguas. En vista de lo cual no me parecería imposible, para un talento imaginativo como el de von Ihering en su *Prehistoria de los indoeuropeos*, el determinar la trayectoria de nuestros antepasados por el rastro y el análisis de esas piezas de aluvi3n, si evitáramos el prejuicio de suponer en todos los casos que somos nosotros, como más antiguos, los que hemos prestado a los demás esas piezas comunes<sup>53</sup>.

Por ejemplo: nuestros padres no decían sino *zaldixa* y *zalduna*. Nosotros, sus hijos, sabemos lo que significan, pero hemos dado en el vicio de decir más frecuentemente *kaballua* y *kaballerua*. Y nuestros hijos apenas saben el significado de *zaldixa* y *zalduna*, voces que han desaparecido del léxico de su generación. Con todo, la declinación de las voces *zaldixa* y *zalduna* por nuestros padres o de *kaballua* y *kaballerua* por nuestros hijos se verifica exactamente igual, posponiendo al radical las mismas desinencias, que continúan inalteradas. Otro punto puede decirse de cualquier infinitivo de verbo que

<sup>52</sup> Traducibles como “la emancipación de los trabajadores” y “los adelantos del progreso”.

<sup>53</sup> La redacción de este párrafo en 1949: “El idioma vasco tiene la particularidad, opuesta por ejemplo al caló de los gitanos, de ir asimilando nombres e infinitivos extraños, unas veces por necesidad y otras por abandono culpable de los propios, mientras persisten inalterados y constantes, como hemos dicho, las declinaciones, los sufijos, las desinencias verbales y las partes indeclinables de la oración, y así pueden encontrarse en él, numerosas piezas de aluvi3n procedentes del latín de los romanos, del griego de los griegos y de otras muchas lenguas antiguas, denotando el comercio directo de nuestros antiguos padres, en el decurso de los siglos, con los pueblos que hablaron aquellas lenguas”.

haya sido objeto de igual proceso sustitutivo, como *bajatu* por *jatxi* o *alzatu* por *jaiki*<sup>54</sup>. La voz sustituida, como la que la sustituye, se conjugan con las mismas flexiones, que son constantes en cuanto a persona, número, tiempo, modo y voz, y se prestan –como el infinitivo más castizo– a todas las combinaciones verbales del euskera.

Volviendo a Amuátegui, para este toro bravo que era él, la no existencia de Dios estaba demostrada “matemáticamente”. Y cierta vez que un incauto misionero le fue con el clásico argumento del reloj que supone al relojero –la Creación que no puede concebirse sin un Creador, la prueba cosmológica de las Teodiceas–, y le contaba como mejor podía lo de los indígenas de una isla salvaje de los Mares del Sur que un día vieron con asombro sobre el horizonte del agua una cosa grande como una montaña, que se movía y venía hacia ellos y que, estando compuesta de complicados mecanismos, maniobraba como si residiera en aquella cosa estupenda y nunca vista una voluntad inteligente, con lo que los admirados salvajes se preguntaban por el artífice de semejante portento, no pudiendo concebir, aun en la noche sin cultura ninguna de su espíritu, una maravilla como aquella sin referirse inmediatamente al autor de ella.

A lo que Amuátegui le contestó de plano, diciendo:

–Pues es el caso que yo sé de otra isla salvaje, vecina por cierto a la de tu cuento, donde ocurrió mejor todavía. Y ello fue que una vez los habitantes de la misma vieron con igual asombro venir hacia ellos una cosa mucho mayor que tu barco, infinitamente más admirable, que denotaba una inteligencia inmensamente superior que la del ingenio de máquinas de tu cuento. Y era Dios, el buen Dios en persona, de quien tampoco tenían noticia los de la isla. Y lo primero que se les ocurrió, al verle tan grande y tan perfecto, fue preguntarse quién lo habría hecho, pues no podían pensar en aquello más que maravilla, sin referirse necesariamente a su autor.

Y como tampoco el otro, a pesar de su alma piadosa –obrero como él, aunque aleccionado para ponerle en una dificultad al ateo–, había andado ni poco ni mucho por dentro de la manigua conceptual de la Escolástica y no tenía a mano aquello de la “*causa incausata*”, allí quedó la cosa, inconclusa, y el ateo siguió siéndolo con la misma seguridad “matemática” de los deístas, que sostienen la “*possibilitaten demonstrandi existentiam Dei*” y que decretaron anatema contra los que sostengan lo contrario<sup>x</sup>.

---

<sup>x</sup>. Concilio del Vaticano, 1870.

---

<sup>54</sup> *Zaldia* y *kaballua* equivalen a caballo, mientras que *zalduna* y *kaballerua* significan caballero. Al contrario de lo que suponía el autor, *zaldia* y *zalduna* son las formas de uso común actualmente. En 1949 escribía *zaldisha* y *kaballerúa*. Los dos verbos corresponden a bajar (*jaitsi* en batua, *jachi* en el original de 1949) y levantarse.

## La vida como servicio

No obstante su ateísmo verbal, era Amuátegui de los que entienden que en todas las cosas que presenciamos en la vida hay una cuestión de justicia a la que no podemos sustraernos los hombres. Y esto sin necesidad de saber aún nada de la famosa locución latina de Terencio, que luego no dejaría de oír repetir muchas veces a don José Madinabeitia, de quien habremos de hablar bastante: *Humani nihil a me alienum puto*<sup>55</sup>.

Llevaba siempre consigo un librito de notas para cuando en la calle, en el taller o en su casa le abordara la viuda cuyos memoriales eran olvidados por los que estaban en obligación de hacerle justicia, o el vecino quejoso de algún abuso por parte de quien se consideraba por encima de las Ordenanzas, o el aldeano atropellado a causa de su desvalimiento, o cualquier persona agraviada en su derecho. Escribía en su librito unas breves líneas y luego echaba mano de aquellas notas en el mitin, en el periódico o en las sesiones del Ayuntamiento cuando ya fue concejal.

¡Y hay que ver la fuerza moral de estas censuras públicas, por mucho que el censor no pueda vestir sino ruda piel de camello y parezca que no han de llegar los tiros adonde apuntan, o que van hartos bien acorazados contra tales dardos los quebrantadores de la justicia! Pues lo cierto es que los más levantados en sus palacios y los más endurecidos en su iniquidad acusan los golpes, evidenciando heridas cuyo encono tarda mucho en remitir. ¡Para que se vea lo que importa esta libertad a la salud pública y las costumbres, y cuánto no padecen ambas cosas en defecto de ella en los países en que ha sido suprimida!

Ciertamente no disfrutaba Amuátegui en maltratar a nadie, pero ninguna consideración de persona o de interés le podía quitar de censurar lo que le pareciera censurable. Lo consideraba un deber consigo mismo, una obligación que pagaba a su propio espíritu. No le bastaba cubrir el expediente y dejar que las cosas continuasen como antes habiéndose cobrado el gusto de censurar, como es el caso de la mayoría de los censores al uso, que lo hacen para satisfacer a su propia ruindad. Él no cejaba hasta que la justicia, que era lo que le importaba, fuese hecha, aunque tuviese que insistir siete veces y siete veces siete.

Se comprende, con tanto, la cantidad de enemigos que se echó encima y, a pesar de las recias espaldas que tenía, llegó un momento en que se sintió cansado. No por trabajar en el horizonte limitado de un pueblo son menos penosas las exigencias del sacrificio para los que nacen bajo este signo a la vida pública. Y en un momento de duda que debió pasar por él, considerando acaso su juventud, las energías y las posibilidades personales que sacrificaba a una obra que no le habían de agradecer — porque tal es la condición humana y, por otra parte, porque sin ingratitud no habría sacrificio— pensó sustraerse al difícil papel que representaba entre sus vecinos yéndose a América y sumiéndose en el montón de los anónimos, sin la pena ni la gloria de la

---

<sup>55</sup> Nada humano me es ajeno.

vida pública, pero curado de la cándida satisfacción del servicio pagado a los demás, que el mundo considera tontería.

Pero esta clase de hombres —a pesar de sus crisis, no obstante su cuarto de hora de Getsemaní— no puede escapar a su destino. Retornó antes de un año, aguando la fiesta de sus enemigos, porque aquella vida sosa y sin inquietudes, aunque abierta indudablemente a mejores posibilidades económicas y a las perspectivas de una situación envidiable, no podía tener sentido para él.

Y volviendo a ser lo que había sido, un militante incansable que no retrocedía ante las más arduas exigencias del deber, aceptó de nuevo la cruz de la vida como servicio. Y envuelto poco después en las responsabilidades del movimiento revolucionario de 1917, primer golpe a fondo que hizo vacilar el edificio de la Monarquía, hubo de pasar la frontera en condiciones que arruinaron su fortaleza de hierro. Una afección maligna se le agarró traidoramente a la garganta, aquella garganta que había cantado tantas verdades, y acabó con él cuando la epidemia de la gripe, que, como es sabido, buscaba el lado vulnerable de sus víctimas.

No había salido a la palestra con otras letras que las de la escuela primaria, que le hubiesen bastado de haber continuado por el camino de sus aficiones de torero, que le valieron el alias con que los enemigos siguieron llamándole siempre, si bien sin enojo alguno por su parte, pues no le avergonzaba ese pasado en que tampoco había estado mal, cuando lidiaba al lado de Ignacio Zuloaga, su paisano y coetáneo, que pasaba por aquella época el mismo sarampión del toreo<sup>56</sup>.

Pero dado al socialismo con aquello de la primera huelga en la fábrica de Quintana Hermanos y las propagandas que siguieron a ella, le entró la ambición de ilustrarse, y por cierto no fueron escasos los resultados a que llegó; resultados de los que hacía uso con seguridad y cierta audacia temperamental que en él, hombre de acción, estaba bien, pues añadíase a la fuerza de su carácter y contribuía a realzar su estatura moral.

Murió dejando un gran vacío, cuando el pueblo de Eibar iba a afrontar el penoso periodo de la postguerra, después de la paz de Versalles, tan lleno de dificultades y problemas locales, consecuencia de la inflación de los precios y la falta casi constante de trabajo, además de las grandes inquietudes que gravitaban sobre el país presagiando las tormentas que habían de sucederse. Problemas y dificultades e inquietudes en que nos hubiera sido necesaria su presencia para alentar la esperanza cuando no hubiera bastado su espíritu práctico para resolverlos a causa de su magnitud y procedencia. Y

---

<sup>56</sup> Ignacio Zuloaga y Zabaleta (1870-1945) fue uno de los más importantes pintores españoles del cambio de siglo. Educado en gran medida en el extranjero, empezando por los jesuitas en Francia, demostró un talento precoz. Se caracterizó por rehuir el impresionismo imperante en su tiempo y centrarse en colores sobrios y escenas costumbristas. Entre sus temas destaca el mundo del toreo y una querencia por lo castellano, llegando a montar estudio en Segovia, donde pasaba largas temporadas trabajando.

si hubiese tenido la fortuna de llegar a la República, que estuvo necesitada de muchos hombres de su temple y su probada integridad, no es aventurado pensar que hubiese hecho un gran papel, no ya en Eibar, aunque allí cifraba sus ilusiones, sino donde hubiese sido menester, sirviendo con provecho a aquel noble intento de salvar a España con una política de honradez y elegancias.

### **Importancia social del municipio**

Si los gremios recién organizados estaban realizando tan provechosa labor social en el orden profesional y de las condiciones de vida y trabajo de la armería, el Ayuntamiento se ofrecía como instrumento que podía prestarse también a una labor igualmente útil, donde se ejercitara el dinamismo que los socialistas habían traído a la vida política.

Labor no menos provechosa, y de igual espíritu social, en defensa del ciudadano, que somos todos<sup>57</sup> en nuestro carácter de vecinos integrantes de un municipio, esa entidad fundamental del cuerpo nacional que nos ampara en el aspecto de consumidores, de usuarios de los servicios públicos, de miembros, en fin, de una comunidad histórica con un activo patrimonial que nos interesa a los trabajadores más que a nadie.

Activo no solo representado por los edificios públicos, los bienes de propios y las tributaciones autorizadas por la ley, sino también por las industrias de que subsiste el vecindario, las costumbres que dulcifican la obligada convivencia y las tradiciones que son la materialización de su espíritu de continuidad.

Además, en nuestro caso, esa revalorización de la vida municipal a que se disponían los socialistas respondía a la más antigua tradición, al más genuino espíritu de la tierra. El municipio, producto natural o supervivencia de la cultura romana, fue todo lo político y social del país en los tiempos que siguieron a la caída del Imperio. Lo que escapaba a su policía directa era la anarquía. Hay que ver lo que se cuenta en las crónicas de obispos y abades que escribieron sobre el particular para tener idea de la violencia que reinaba en los caminos agrestes de nuestras tierras del vascuence en aquellos lejanos siglos, y cómo los evitaban los romeros de Santiago que procedían de las provincias de Francia a causa de la inseguridad que se daba en ellos.

La formación de hermandades agrupando a los pueblos, primeras víctimas de aquella violencia, y el enfeudarlas a un señor que pudiera sentar autoridad propendieron a remediar aquel estado anárquico. Pero así como Vasconia y demás nombres que ha usado la Historia para designar a nuestras tierras del vascuence no pasaban de ser meras designaciones geográficas, las hermandades mismas, pese a la importancia política que fueron cobrando, tampoco eran más que libres asociaciones de municipios, que siguieron siendo la viva realidad soberana. Así nuestro pueblo de

---

<sup>57</sup> En 1949 escribe “*todos, y principalmente los obreros, por ser el mayor número*”.



Eibar, con no recuerdo cuántos fuegos en las Juntas Generales, perteneció alguna vez a la de Vizcaya para luego quedar definitivamente como parte integrante de la de Guipúzcoa; y Oñate, cuando así fue su albedrío, no participó en ninguna, con lindar prácticamente con las tres hermandades históricas: Álava, Guipúzcoa y Vizcaya.

Por eso, los socialistas, luego del gremialismo con que se estrenaron en la vida pública, miraron al Ayuntamiento, que vino a constituir su ambición política inmediata, prestando desde el primer momento de su actuación el máximo interés a ese órgano de la vida local. Y en tanto no pudieron llevar sus representantes directos al concejo, porque el viejo tinglado electoral montado a base de una ficción de sufragio universal no podía deshacerse en un día, se dedicaron a una perseverante labor de educación y saneamiento del cuerpo electoral, sin rendirse a las sucesivas frustraciones que hubieron de padecer, que los enemigos llamaban “derrotas”, mas ellos, los derrotados, reputaban como “triumfos morales”.

Por lo pronto, airearon la sala consistorial con su presencia en la tribuna pública, estableciendo para los afiliados, como casi una obligación, la costumbre de concurrir a la sesiones del Ayuntamiento, cuando no para otra cosa, para hacer sombra a los que entendían ser aquello propiedad de unos cuantos señorones<sup>58</sup>.

Pedro Chastang, con su dorada barba romántica, que recordaba a los revolucionarios de las barricadas, fue por mucho tiempo el cronista oficial del partido en el Ayuntamiento, y desde la mesa de la prensa del salón de sesiones llevaba sus cuartillas al *¡Adelante!* en la imprenta de Orúe. De esta forma, cuando Amuátegui, en la tribuna del Salón Teatro, desnudaba con sus crudas críticas a los concejales “goitarras” y “betarras” por tal o cual desacierto o favoritismo, el público estaba en antecedentes del asunto, y algunos habría entre los oyentes que, visto y oído, se hicieran en su fuero interno el propósito de votar por los socialistas en las elecciones que hubieran de seguir.

Luego de presentar candidatos propios en ocasión de todas las renovaciones del concejo, al cabo de no sé cuántos vanos intentos, Esteban Barrutia, maestro grabador, fue elegido concejal hacia el año 1908, y vino a ser el primer edil socialista en la provincia de Guipúzcoa. Creo recordar que también en Madrid tardaron tanto así o poco menos en tener una representación en el Ayuntamiento, y solo mediante uno de los ardidés electorales con que solían ser derrotados lograron por fin Pablo Iglesias y Francisco Largo Caballero<sup>59</sup> sentarse en los escaños municipales de la Villa y Corte

<sup>58</sup> En 1949 termina con la expresión “*para hacer sombra a los que entendían hacer allí mangas y capirotas*”, es decir, a quienes según arbitrio caprichoso y conveniencia actuaban con desprecio de las normas.

<sup>59</sup> Francisco Largo Caballero (1869-1946) fue un obrero, sindicalista y político español. De orígenes humildes y somera educación, compaginó muchos años su trabajo como estucador con su acción sindical y política. Pablista en sus inicios, líder después de una facción del PSOE enfrentada a la dirigida por Prieto, llegaría a dirigir el partido entre 1932 y 1935 y la UGT entre 1918 y 1938. Ministro de Trabajo con el primer gobierno republicano, fue presidente del gobierno desde septiembre de 1936 hasta mayo del 37.

para inaugurar una labor de saneamiento y servicios, cuyos méritos han sido reconocidos hasta por los más encarnizados enemigos de los socialistas<sup>60</sup>.

### **Martín Erquiaga**

Si el Ayuntamiento, por el significado que hemos dicho y sus atribuciones, principalmente en materia de abastos y beneficencia, interesaba tanto a los socialistas ganosos de influir en la vida inmediata de la localidad, la Junta Local de Reformas Sociales, a cuyo cuidado estaba el cumplimiento de la incipiente legislación social que bajo su influencia nacional se había promovido, no podía serles indiferente como lo era para los anarquistas –sus competidores en lo de disputarse la influencia sobre la clase obrera–, los cuales predicaban la inhibición política –municipio, parlamento y demás corporaciones representativas– y condenaban toda labor de reforma a beneficio de la idea de una revolución integral que en ellos tenía la fuerza de un mito.

A pesar de la timidez y la lentitud con que empezaba a materializarse aquella legislación social reformista, los socialistas eran los principales animadores de este organismo y los elementos más activos de las juntas locales, sin que fuera una excepción el caso de nuestro pueblo. Lo mismo que más tarde había de ocurrir en las Juntas de Beneficencia, de Sanidad y Primera Enseñanza, los vocales obreros, que invariablemente solían ser los socialistas, llevaban la voz cantante en la de Reformas Sociales.

Martín Erquiaga y Lecube era el hombre nacido para este menester de las juntas locales. En comisión de los deberes de semejantes cargos se sentía en el ejercicio de un apostolado para el que tenía vocación y espíritu de sacrificio. No le importaba perder todas las horas de trabajo que fuera menester en esta obligación representativa, con tener que vivir, como cualquier vecino de aquella colmena laboriosa que era Eibar, de aplicarse a un oficio de la armería. Así, las inspecciones de fábricas, las visitas a los lugares de trabajo y demás gestiones de la calle se dejaban siempre a cargo de este compañero, que era el obligado representante obrero en estas comisiones.

La satisfacción de servir a un interés común a su clase, esa bella condición de la que no saben los que nunca hicieron nada por el amor de Dios, le salía a la cara a Martín en estas ocasiones y le compensaba el perjuicio que por otro lado pudiera tener en su jornal, y lo cierto es que sin el negocio adicional de su taberna en la plaza Nueva a la que su madre, excelente cocinera, daba crédito y extensa fama, hubiera tenido que padecer o su apostolado o su familia, que la estaba criando hermosa y numerosa como entendía ser la ley de Dios.

Procedía de Motrico, cuna de Cosme Damián Churruca, el héroe de la batalla de Trafalgar, y acaso el saber directamente de las cofradías de mareantes de los pueblos de nuestro litoral hizo que fuera, además de socialista, tan apasionado societario en el

---

<sup>60</sup> Fue en las municipales de noviembre de 1905.

gremio de “kaxagiñes”<sup>61</sup>, en cuyo oficio era maestro de primera. Con tener instrucción, su castellano era torpe y premioso –como el de todos los que por dentro discurrimos en vasco–, pero a trancas y a barrancas decía todo lo que se proponía o fuera menester.

Cuando aumentó la representación socialista en el Ayuntamiento y más luego, andando el tiempo, cuando los socialistas constituyeron la mayoría de la corporación, la especialidad y el amor de Martín Erquiaga fueron las colonias escolares en su querido Arrate, batido por las brisas del mar distante. En lo que respecta a sus actividades societarias, fue uno de los elementos principales en aquello tan movido de las tarifas, las marcas o punzones, los pleitos judiciales y las cuestiones de la primitiva federación local de sociedades del oficio.

Maestro excelente, como hemos dicho, en su oficio, era de los que más insistían en la doctrina de que la industria tradicional de la armería era un bien común del pueblo, un capital histórico del que se sustentaba principalmente la población y que los patronos desaprensivos no tenían derecho a menoscabar, desacreditándola con productos deficientes, en su afán utilitario de ahorrar costos a expensas de la calidad. Doctrina esta de la que seguramente habremos de volver a hablar, porque fue base más adelante de sostenidas campañas locales que, trascendiendo de la esfera societaria de los oficios, con su ideal de una nueva Edad Media, vinieron a convertirse en expresión de las aspiraciones en que comulgaba el pueblo entero<sup>62</sup>.

Este hombre fundamentalmente bueno que era Martín Erquiaga, excelente trabajador, buen ciudadano e igualmente buen padre de familia –no obstante los defectos inherentes a la humanidad, de la que todos llevamos nuestra porción–, murió durante la guerra civil, evacuado a Bilbao, teatro de bárbaros bombardeos y furiosas represalias en que pagaron no pocos justos por pecadores, no teniendo capacidad de presenciar tantas catástrofes sin que se le rompiera el resorte interior que mueve la máquina de nuestro ser.

### **Marcelino Bascaran**

Este también hablaba en vascuence y prodigaba en la tribuna voces cultas, los dichosos erderismos, más aún que Amuátegui. Había bajado del monte para un oficio en la armería, y si bien se le pegó sin tardanza el aire de la calle, esto es, la cosa ciudadana, nunca dejó de ser aldeano del caserío de Sumendixa<sup>63</sup>, en el valle de Arrate, lo cual se dice aquí para denotar su buena salud moral, su sana condición natural como hombre de la tierra.

<sup>61</sup> En 1949 escribe “Kashaguñ”, mayúscula incluida.

<sup>62</sup> En la versión de 1949 el autor nos permite situar más concretamente el origen de la iniciativa en el ámbito de “*los oficios de la escopetería*”, pero también limita la popularidad de la misma no al pueblo entero, sino exclusivamente a “*todo el pueblo trabajador*”.

<sup>63</sup> En 1949 escribe “Zumendiaga”. El nombre oficial del caserío es Sumendiaga.

Y es que el vasco es indudablemente del monte, *basoko* con que algunos quieren, y no sin algún fundamento, explicar la etimología de la palabra vasco. *Baserritarrak*, que también se dice, como *paganus*, que con el mismo significado decían los romanos. *Baserritarrak*, habitantes del monte, por oposición seguramente a los de la ribera, en el área de la civilización, que serían los “iberos”, de *ibai* (río) y *erri* (habitante y también pueblo), cuando la civilización penetraba aguas arriba por el estuario de los ríos.

Tenía Marcelino Bascaran Larreategui las letras que pudo adquirir, supongo, en la escuela rural de Arrate, donde los pobladores del valle, con los de Gorosta, sostuvieron siempre un maestro mediante una contribución vecinal en especies. Letras que le sirvieron para hacerse luego con una cultura no desdeñable, que administraba con discreción. Sus discursos solían ser más académicos y moderados que los de Amuátegui, pero, por lo mismo, no eran tan aplaudidos como los de aquel, que tenía la virtud de apasionar al auditorio.

Desde los lejanos tiempos de la aurora social sobre el Ego y el socialismo gremialista a que se contrae el presente capítulo, hasta los trágicos días de la guerra de los generales traidores, Bascaran fue el hombre que estuvo siempre en su lugar. Hablando una vez el que esto escribe en Barcelona con Joaquín Xirau, rector a la sazón de la Universidad de la Ciudad Condal, le oía decir que lo más difícil de nuestra guerra de España había sido lo que los revisteros taurinos suelen decir “estar bien”. Pues eso mismo es lo que he querido decir de Bascaran, nuestro amigo, que siempre estuvo bien y muy en su lugar.

Últimamente sus paisanos le llamábamos el “cura socialista”, y no por el macfarlan<sup>64</sup> negro que, parecido a una sotana, usaba a diario durante los largos inviernos lluviosos del país, sino porque era invariablemente el encargado de la oración fúnebre en los entierros civiles. Y luego, cuando la guerra, se le confirmó el mote cariñoso, por ser el que hacía de los novios marido y mujer en funciones de autoridad civil, como representante de la ley en aquel estado de necesidad en el que había desaparecido toda normalidad.

Cuando esto se escribe al otro lado del mar que baña las costas occidentales de España, Marcelino Bascaran, *Sumendixa*, sigue viviendo en su querido Eibar, siendo lo que fue, a pesar de la grave mudanza que ha sufrido el clima: un buen maestro en el orden del trabajo profesional; un ciudadano, aunque incluido en la masa pasiva que hoy es España, con las inquietudes del momento y el porvenir; buen padre de familia y, por lo demás, una persona integralmente al servicio de la justicia.

¿Qué más se podría pedir al hombre que Diógenes buscaba con una linterna?

---

<sup>64</sup> Especie de abrigo, sin mangas y con esclavina. El nombre parece ser una metonimia por el creador o primer comercializador de la prenda, que primero se hizo popular en Francia.

## La larga lista de nuestros buenos jueces de paz

De haber durado las cosas bajo el signo de la República, de no haber sido asesinado a traición aquel amor del pueblo, Bascaran hubiera podido coronar dignamente sus años continuando, por corresponder mejor a su probidad y edad, la larga lista de nuestros buenos jueces de paz –que siempre lo fueron en el cabal sentido de la palabra<sup>65</sup>–, función para la cual la Naturaleza le había dado a nuestro amigo tan buena pasta, en vez de fatigarse a sus años en el taller, no resignándose ni después de sus setenta a ser hombre sin provecho<sup>XI</sup>.

He dicho larga lista de nuestros buenos jueces y vale la pena ilustrar lo que dije con diseñar a uno, porque no hubo excepciones hasta que, por obra y gracia del sindicalismo académico, estrecho y exclusivista, algún licenciado se estrenó en la carrera poniendo en práctica en nuestro respetable Juzgado Municipal las clásicas socaliñas de la picaresca judicial de que estaba virgen. Me referiré, pues, para que queden retratados todos, a Jerónimo Gárate, conocido como Jerónimo *Txikixa*<sup>66</sup>, adjetivo familiar que aludía a su estatura pero que se decía para subrayar su abundancia de espíritu.

En sus muchos años de juez de paz, cuéntase que no hubo de habérselas sino con un solo caso en que no pudo reducir a las partes a una amigable composición. A lo menos de primeras. Eran dos mujeres de la vecindad que se habían ofendido gravemente de palabra y obra; esto último tirándose del moño y procurando poner al aire las posaderas de la enemiga para el condigno castigo. Y puesto en claro por el juez que una de ellas se había excedido más que la otra, no hubo manera de que la ofendida supiera perdonar. Ni las humildes excusas de la culpable venida a sincero arrepentimiento, ni las paternales consideraciones del juez desarmaban a la otra de su fiero deseo de venganza, que es lo que significaba su irreductible exigencia de que se le hiciera justicia.

Viendo el juez que no había manera de aplacar a aquella furia, que se había crecido con la apreciación de los hechos por el representante de la ley, armándose entonces de solemnidad, llamó al secretario, formó al alguacil y, puesto en actitud de sentenciar, tomó del estante de los libros un grueso volumen con tapas de pergamino que por lo menos debía contener hasta las Leyes de Toro<sup>67</sup>. Recorrió sus páginas, saltando por

---

<sup>XI</sup>. 29 de mayo de 1952. Ha fallecido Marcelino Bascaran, en Eibar, a los 76 años de edad. Su entierro civil, el único autorizado después de la guerra, ha constituido una imponente manifestación de duelo, según me escriben de allá los amigos.

<sup>65</sup> Los dos primeros jueces de paz eibarreses datan de 1859, Ramón Lasarte y José Ramón Gabiola.

<sup>66</sup> En 1949 escribe “Chiquisha”.

<sup>67</sup> Las Leyes de Toro son una compilación de las leyes del antiguo Reino de Castilla aprobada en las Cortes celebradas en esa ciudad en 1505. En 1949 el autor redobla el efecto usando el *Codex Barbarorum*, que se remonta al Bajo Imperio romano, para construir su hipérbole.

entre los artículos, los incisos y los apartados, y pronunció sentencia condenando a la culpable a veinticinco años de presidio. La ofendida, a pesar de su irritación, no llegaba a querer tan mal a su vecina y mucho menos a sus pobres niños, que la necesitaban en absoluto, y quedó espantada. Fue ella entonces la que echó marcha atrás, con lo que el juez logró una gran justicia por la magnitud del perdón que hubo de otorgar la ofendida y la inmensidad de la gracia que recibió la condenada; perdón y gracia por que fueron buenas vecinas en adelante.

Bascaran, en el Juzgado, hubiera sido juez de justicias por el estilo de las de Jerónimo *Txikixa*; uno más en la larga lista de nuestros buenos jueces de paz.

### José Tellería

José Tellería –a quien llamaban *Sampedro*, acaso porque recordaba al pescador de Galilea con aquella estampa de antiguo que tenía–, como hombre tipo del pueblo que podía figurar en uno de los cuadros de Zuloaga, también pronunciaba discursos en aquellos comienzos heroicos del socialismo eibarrés.

Procedía de Ermua, pueblo armero como el nuestro, mas eminentemente carlista por el accidente de que lo fueron los marqueses de Valdespina, que tenían allí su palacio. Situado a tres o cuatro kilómetros, no más, de Eibar, la liberal, en la raya de Vizcaya, y donde un tío mío, hermano de mi padre, ejercía la cura de almas, como huido del mundo y procurando tener la menor noticia posible de los problemas que traía a la vida social el aire de los tiempos nuevos que había soplado sobre el Ego, refugiado tímidamente en sus estudios filológicos.

Y este *Sampedro*, que ya tenía escandalizados a los de su pueblo con haberse sumado a la herejía socialista, colmó la indignación de los suyos una vez que aceptó entrar en turno para una conferencia familiar en la confianza del Centro Obrero y se despachó comentando libre, y acaso un poco irreverentemente, el Evangelio de la infancia, tal como se lee en el de San Mateo, el publicano.

No hace falta decir que este también hablaba en el “*Eibar’ko berbeta internacionala*”. Solo Esteban Barrutia ocupaba la tribuna en castellano, pues no hubiera estado bien que hablara en la lengua vernácula quien era distinguido maestro en el arte del damasquinado, una especie de aristocracia profesional entonces por ser reciente aún su invención, debida a los Zuloagas, antigua familia de arcabuceros. Concretamente a don Eusebio Zuloaga<sup>68</sup> –padre de don Plácido y abuelo de Ignacio,

<sup>68</sup> Eusebio Zuloaga (1808-1898) fue un armero y artista eibarrés. Tras estudiar en Francia y Bélgica, heredó el puesto de arcabucero real en Madrid, que compaginó con otros cargos oficiales en los pueblos armeros del Bajo Deba. A él se debe el inicio del damasquinado moderno y el establecimiento en Eibar de una de las más reputadas fábricas de armas de la época. La calidad y el ornato de sus creaciones le reportaron fama internacional ya en vida, exponiendo en la primera Exposición Internacional de Londres en 1851. En 1949 dice de él que era cincelador de oficio.

Plácido Zuloaga (1834-1910) fue un armero y damasquinador eibarrés. Aprendió el oficio de su

el pintor— que hizo revivir en su taller de Eibar la antigua artesanía oriental desaparecida, habiendo estudiado algunas piezas de armadura en un museo de Dresde. Pero la palabra de Barrutia era harto premiosa y nunca llegó a emocionar al público, mucho menos a comunicarle aquel fuego de los discursos de Amuátegui; lo que hería en su amor propio al castellanizante.

No es, pues, muy de extrañar que, hombre de una susceptibilidad grande como era, sangrando por aquella herida, este adepto que pasaba por ser el *leader*<sup>XII</sup> de aquella primera promoción no hiciera largo camino con los socialistas que se habían propuesto serlo por toda la vida.

### José Guisasola

José Guisasola no era orador ni pretendió nunca serlo. Apenas intervenía en las asambleas. Escribía, en cambio, versos en vascuence, que siempre tenían una intención volteriana. Recuerdo la letra de un coro de Santa Águeda<sup>69</sup>, en la que seguramente puso sus pecadoras manos, al que pertenecía esta cuarteta:

Kura Párroko parroko  
ik esdok azko emongo;  
ik emondako limosniakin  
ez juagu asko erango<sup>70</sup>.

Los que no le conocían de siempre no se explicaban cómo un hombre tan discreto, tan cuidadoso de su menuda persona, tan pulcro, tan delicado en su profesión, tan exquisito en todas sus cosas, pudiera sacar aquella ironía sangrienta y aquellos crudos conceptos rabelesianos que dejaba caer suavemente de sus labios.

Contaba cuentos que hacían palidecer a los más atrevidos de Boccacio, muchos de su invención, con una voz tenue, con un decir pausado y una elegancia como la de los hombres del Renacimiento. Cultivaba las ciencias naturales y le gustaba la química, pero tenía el grave defecto de imaginar tanto como observaba, dejándose

---

<sup>XII</sup>. Esta palabra inglesa no formaba parte del léxico de los socialistas, pero los periódicos la usaban al hablar de ellos. Pasada a los pueblos por la prensa, en el nuestro se pronunciaba como manda nuestro alfabeto, hasta que cobró carta de naturaleza castellanizada en líder.

---

padre, pero llevó al damasquinado más allá del legado paterno. Tras completar sus estudios en París y Dresde, renovaría completamente el arte, introduciendo nuevas técnicas y expandiendo su aplicación a todo tipo de objetos decorativos, con notable éxito comercial.

<sup>69</sup> La víspera de Santa Águeda, 4 de febrero, era costumbre que los mozos del pueblo lo recorrieran formados en cuadrillas cantando coplas para reunir dinero o viandas para diferentes causas más o menos altruistas. La tradición se mantiene actualmente en muchos pueblos, aunque ya no es exclusiva de los hombres solteros o los quintos sorteados ese año como era el caso entonces.

<sup>70</sup> Cura párroco, párroco./poco vas a dar tú;/con la limosna que nos vas a echar/poco podremos beber.

llevar de esas imaginaciones que daba por datos positivos de la experiencia, con lo que sus afirmaciones no eran muchas veces sino hipótesis audaces.

Tenía condiciones pedagógicas, y fuimos muchos los neófitos que bebimos en su fuente. Nos parecía un pozo de ciencia —mucho más de lo que era, con ser bastante— y nos admiraba que el mundo no tuviera misterios para él. El cielo de los bienaventurados, delicioso sueño de nuestra infancia, que nos habíamos representado como un país tan real y verdadero como el de las Indias, había sido despejado por la ciencia de todos sus fantasmas, y luego del anteojo de Galileo, no quedaron en él más que mundos y soles en número infinito, que habían sido contados, medidos, pesados, y hasta analizados, habiéndose determinado sus elementos químicos como en el caso de una muestra de mineral recogida en la montaña.

Nuestro mundo, cargando a la pobre Humanidad, venía a ser una provincia insignificante del universo sin límites que se había revelado al telescopio, y, sin embargo, con muchos miles de siglos más de edad que los seis mil años canónicos que los escolásticos habían contado en la Biblia. El hombre, mucho más antiguo que Adán, procedía, por selección natural, de los antropoides, y la vida se reducía a una síntesis química que un día se lograría en el laboratorio. La psicología, la psique, lo que los metafísicos dicen el alma, no era más que la fisiología del cerebro; ciencia que andando el tiempo pondría en claro el secreto de todas las misteriosas operaciones que ocurren en él, midiendo y pesando los pensamientos como han sido medidos y pesados los astros.

De este modo, paso a paso, llegaba José Guisasola al último enigma del Universo, que para él no era tal, sino al contrario, un foco de claridad. En lo último de las cosas no había más que fuerza y materia, dos cosas tangibles, mensurables, en eterno cambio o mutación, transformándose de una manera de ser en otra sin dejar de conservar siempre una relación de igualdad o equivalencia a través de toda la serie de formas en que se manifiestan, con lo que no era difícil comprender que no había principio ni fin, ninguna creación *ex-nihilo*<sup>71</sup>, ni mengua, ni aniquilamiento.

Era un sistema completo en el que descansaba satisfecho, y seguro estoy que, si vive —pues en este momento no sé lo que ha sido de él con el tremendo accidente de la guerra<sup>XIII</sup>—, seguirá enseñando la misma doctrina con igual seguridad y sacando las mismas consecuencias.

---

<sup>XIII</sup>. José Guisasola ha muerto en Eibar a los 83 años de edad, en julio de 1952. Estaba casi ciego y los amigos tuvieron la bondad de leerle estas notas para su satisfacción, sabiendo la pena que le daba, como a Martín Erquiaga y otros, el pensar que murieran en el olvido aquellos paisajes de la nueva aurora social sobre el Ego en que fueron parte ilusionadamente.

---

<sup>71</sup> Del latín, de la nada o desde la nada.



En el fondo, esta misma filosofía materialista, con el aditamento del principio dialéctico de Hegel animando las cosas en el sentido de un desarrollo, de un devenir, de una realización que pudiera calificarse de teleológica –razón por la que algunos como Berdiayev<sup>72</sup> ven en ello una reincidencia en la tan denostada metafísica–, es la que informó el marxismo hace un siglo. La desgracia son aquellos que, por política, se creen obligados a permanecer en aquella fase del pensamiento filosófico después de las asombrosas revelaciones que se han dado en las ciencias desde entonces, y que necesariamente han tenido que modificar los términos del problema.

De ahí el que, cuando se ha levantado un estado poderoso, una gran potencia política, sobre la base de aquella filosofía convertida en dogma y religión, al punto de haber convertido toda desviación heterodoxa en figura de delito que se paga como en los tiempos del Santo Oficio, la ciencia oficial de ese país esté empeñada en graves contradicciones con las adquisiciones de la ciencia actual libre, no ya en el orden de las históricas como la Economía y la Historia, sino en más de una de las ramas de las ciencias naturales.

### **Florencio Eguren**

Florencio Eguren, que procedía del campo republicano, fue el discípulo más ortodoxo de José Guisasola, que no se cansaba de explicar su sistema, en el que, como en el de Laplace, no había necesidad de la hipótesis de un Dios para que todo funcionara a la perfección.

Era de los que habían estado en la Exposición Universal de 1900 en París, aquel maravilloso alarde que la burguesía triunfante rendía a la Historia en la Ciudad de la Luz, como para justificarse ante ella mostrando al mundo sus portentos de ingeniería, sus creaciones técnicas, los aumentos de la productividad, las riquezas de toda clase que habían obrado los estímulos del sistema capitalista. Y aquello daba categoría, sobre todo a un damasquinador, que solo por ello ya gozaba de más importancia que el común<sup>73</sup>.

Florencio Eguren había aplaudido a Belén Sárraga a su paso por Eibar como anticlerical que, aprendiéndose *La religión al alcance de todos* –una especie de catecismo del librepensamiento<sup>74</sup>– había olvidado el Astete y el Fleury, acabando por

<sup>72</sup> Nicolai Berdiayev (1874-1948) fue un escritor y filósofo ruso. De clase alta y familia militar, acabaría derivando hacia el marxismo. Su obra destaca por sus profundas convicciones religiosas y una oposición frontal al autoritarismo de toda clase, dándose el caso de ser desterrado tanto por el zar como por los comunistas.

<sup>73</sup> Era este, nos dice la versión de 1949, un “oficio que por entonces prestaba un aire de persona culta e importante a los que trabajaban en él”.

<sup>74</sup> La religión al alcance de todos, de R. H. Ibarreta, se publicó 1887, siendo el primer libro editado en España en abordar de forma crítica la religión organizada, especialmente la católica. Alcanzó una gran difusión, con 21 ediciones en los primeros 8 años de su circulación.

creer, con la misma fe sólida de los que creen en Dios, él lo contrario, que no hay Dios<sup>75</sup>.

Bajo la influencia de José Guisasaola, se dio a leer libros de Astronomía, con la misma pasión que un tal Alonso Quijano devoraba los de caballerías en un pueblo de La Mancha. Siguió con los de vulgarización científica, que generalmente procedían de las prensas de Barcelona, hasta que llegó al médico alemán Luis Buchner e hizo alto en *Fuerza y materia*, pues allí estaba para él la última verdad y no cabía ir más allá<sup>76</sup>.

No contento con creerlo así, trataba de convencer de ello a los demás con el interés de un ardiente proselitista, con lo que no eran pocas las sesiones que había que aguantarle en el Café. Y como no tenía para sus temas científicos otra alternativa que los sexuales, en los que también era experimentado y ponía la misma pasión, un día, Ereña, un tipo especial que era bastante buen caricaturista y acudía entonces a la misma mesa del Café en la Casa del Pueblo, le hizo una muy acertada con el híbrido título de *El Zakil-Astrónomo*<sup>77</sup>.

### Ignacio Galarraga

Aun cuando no le cupiera a este hombre el honor de las primeras jornadas socialistas, en las que estuvo presente como soldado, y el mérito de sus largos años de consecuencia, le bastaría la suerte de haber sido el padre feliz de los Galarraga de la siguiente generación para que hubiera que recordársele en esta galería de viejos militantes eibarreses.

Pero, además de estas consideraciones –que obligarían a cualquiera–, el que esto escribe tiene otras razones personales para no pasarle por alto, ya que conoció a este hombre desde la más tierna infancia, como a una persona bondadosa con quien estuvo siempre en estrecha amistad, hombre él y siendo yo un niño.

Por aquellos años de alborada del socialismo eibarrés, trabajaba Ignacio Galarraga en su oficio de la armería, en un taller vecino a nuestra casa de Chirio-kale, y hasta

<sup>75</sup> Se refiere a dos catecismos populares. El *Catecismo de la Doctrina Christiana*, escrito con intención pedagógica y proselitista en 1599 por el jesuita Gaspar Astete (1537-1601), es una compilación breve y accesible, en formato de preguntas y respuestas, de los fundamentos que todo buen católico necesita conocer y observar para salvarse. Sirvió como herramienta fundamental en la evangelización de América y en la sumaria formación religiosa de generaciones y generaciones de españoles humildes. Fue traducido al euskera en el siglo XIX. El *Catéchisme historique, contenant en abrégé l'histoire sainte et la doctrine chrétienne* de Claude Fleury (1640-1723) es algo posterior, y quizás algo menos difundido, ya que su autor fue considerado contaminado de jansenismo y, hasta su rehabilitación, el libro pasó no pocos años incluido en la Lista de Libros Prohibidos.

<sup>76</sup> Ludwig Brüchner (1824-1899) publicó *Fuerza y materia* en 1855. La primera edición española es de 1868. Muy popular durante el XIX en los círculos anticlericales, Brüchner fue decano del materialismo monista y defendió la no existencia de Dios y la primacía absoluta de la ciencia. Sus ideas, básicamente las del protagonista de este epígrafe, le llevaron, no obstante, a un relativismo total en el campo moral.

<sup>77</sup> *Zakil*, en vasco, significa pene. En 1949 escribe “El Chakill-Astrónomo”.

me acuerdo del día de su boda con la que había de ser la madre de los Galarragas de ahora. Yo le hacía muchos mandados del oficio y él me solía pagar con comprarme alpargatas nuevas y regalarme algunas monedas los domingos cuando acudía al Café de Guisasaola, al que se entraba por Chirio-kale. Antes de ser suscriptor de *El Socialista*<sup>78</sup> lo había sido de *El Motín*, con cuyos cromos sangrientos tenía decorado su taller.

Como ocurría casi en todas las de Eibar, en el desván de la misma casa en cuya planta baja este compañero tenía el taller que digo trabajaban haciendo “cachorrillos” —una pistolas de pacotilla<sup>79</sup> que salían por Constantinopla para distintos lugares del Medio Oriente— dos hermanos, carlistas acérrimos, que habían estado en las filas del Pretendiente antes de venir a los oficios de la armería, los cuales solían bajar a hablar de política con el socialista.

Sobre todo si olían que abajo preparaban en la fragua alguna succulenta cazuela que se denunciaba a sí misma, cosa frecuente en el taller de Ignacio, cuando no se hacían servir de la acreditada cocina de la madre de Martín Erquiaga, que pontificaba en el fogón no lejos de allí. Las positivas mejoras logradas en el trabajo de los oficios desde el primer momento de la organización promovida por los socialistas les había valido a éstos la simpatía de los más y el respeto de los obreros más distanciados en el orden político o en materia de religión. Así estos dos carlistas, que hacían buena compañía en el taller del socialista Ignacio Galarraga.

El motivo más frecuente de tales merendolas solía ser el que venían de tertulia los más significados compañeros de la localidad, a los cuales acompañaban muchas veces otros, forasteros de paso por la villa, que había venido a ser como una especie de lugar de romería por el éxito que había tenido allí la doctrina. En aquel taller conocí yo por esta circunstancia, antes de estar en edad de ir por los mítines, no solo a los socialistas más destacados de la primera promoción eibarresa, sino a muchos muy traídos y llevados en la prensa de los tiempos heroicos de Bilbao y aun de Madrid; y aunque niño, no se me escapaban sus razones.

Recuerdo, entre mil anécdotas de aquellas animadas reuniones, una discusión sobre la existencia de Dios en que intervenían los mencionados carlistas que, aunque mal hablados de haber estado en campaña haciendo en la guerra como en la guerra, no cedían un ápice en cuanto a los artículos de la fe, tocante a los cuales, se tornaban de nuevo cruzados de la causa. Uno de ellos, el mayor de edad y más cerrado, que había

<sup>78</sup> Semanario que ha servido como órgano oficial del PSOE desde su creación en 1886 por Pablo Iglesias.

<sup>79</sup> En 1949 decía “pistolas sistema Lafucheaux”. Las pistolas de dos cañones basculantes para cartuchos de espiga tipo Lefaucheux, aparecidas a mediados del siglo XIX, fueron uno de los productos estrella de la armería eibarresa. A pesar de quedar superadas técnicamente ya para el último cuarto de ese siglo, eran fáciles de producir, fiables y, sobre todo, baratas. Su popularidad en España y otros mercados hizo que las pistolas y sus anacrónicos cartuchos siguieran fabricándose en Eibar hasta los años 20 del siglo XX.

de morir siendo lo que siempre fue —el otro acabó por adherirse al socialismo en la persona de su hijo, que vino a ser uno muy consecuente—, declamaba, con el fuego característico en él, respondiendo a los ataques críticos de los otros, escépticos y fríos, y desarrollando la prueba cosmológica en un estilo harto naturalista que hubiera asustado a Rabelais. Puesto de pie, decía por todo lo alto:

—*Ez da munduan Jaungoikua baño beste pochor berorik, a* —señalando al sol— *eta au* —indicando la tierra— *erabilliko dituanik*<sup>XIV</sup>.

No entendí entonces aquella palabra tan gráfica con que el ardiente apologista había extremado la potencia de Dios, pero me quedó grabada, como suele ocurrir a esa edad con todo lo que es tabú.

Lo más notable de Ignacio era su bondad. Por eso, algunos que se tenían por fuertes, mas no llegaron a hacer tan largo camino como él en el de la perseverancia y el sacrificio, decían que era débil como Tolstoi —como si Tolstoi no hubiera sido más fuerte que todos—, confundiendo las cosas y tomando la bondad, el don de lágrimas y las ternuras interiores como signos de debilidad.

Tenía dotes de observación y llegó a hacerse una filosofía personal que constituía en él todo un sistema. Consistía la médula de este en lo siguiente: que todo lo que pasa en el ancho mundo de fuera ocurría también en Eibar, y que no había sino ver bien las cosas en derredor donde uno respira y vive para que se pueda saber de todo lo universal. Así, su empeño solía ser el interpretar la actualidad nacional, y aun la internacional, por historias locales y chismes de vecindad; los grandes problemas del mundo por las pequeñas cuestiones del nuestro pequeñísimo, y hasta el sentido de la Historia por el sentido de los cambios que venía observando en su limitado horizonte del valle del Ego.

En el fondo, aunque el planteamiento fuese distinto y los términos inversos, era la misma filosofía de don Antonio Iturrioz, el alcalde, hombre de sentir universal que padecía el complejo de su obligado localismo, contra el cual reaccionó inventando aquellas comisiones a Madrid y a París que le valieron el escándalo que le armaron sus enemigos.

Este solía comparar las noticias del mundo y las cosas de muchos que se daban importancia por haber estado fuera y haber pisado lejos —como nuestros pelotaris

---

<sup>XIV</sup>. “*No existe fuera de Dios otro c... que pueda mover a cielo y tierra*”. El naturalismo que denota esta expresión en boca de un devoto, es el mismo de otras expresiones igualmente gráficas que han pasado a ser inocentes. Con la misma naturalidad, Jehovah dice a Job, cuando trata de evidenciarle de ignorancia: *¿Quis conclusit ostiis mare, quando erumpebat quasi de vulva procedens?*<sup>80</sup> Job 38,8.

---

<sup>80</sup> En latín: “¿Y quién encerró con puertas el mar, cuando, irrumpiendo, se salió de su seno?”.

famosos cuando, después de sus campañas en ambos hemisferios, se reunían en la taberna de María, en la plaza Nueva, para asombrar con sus referencias a los del pueblo— al saber del ancla de los barcos, que también va por toda la redondez de la tierra haciendo escala en mucho puntos, con ojos que no ven y oídos que no entienden. Con la ventaja, a favor del ancla, de su discreción; puesto que si había estado a ver las Pirámides, no corría el riesgo de hacer reír a los circunstantes diciendo que había estado a ver las “Epidemias de Egipto”.

### **El Santo Patrón de los artesanos de Chirio-kale<sup>81</sup>**

De aquel tiempo y de aquella frecuentación guardo memoria de lo que es el peso moral de una malversación. Todas las calles de aquel Eibar de entonces tenían su Santo Patrón, cuyo día celebraban con regocijos diversos.

El de la nuestra era San Bartolomé Apóstol, el 24 de agosto. Para celebrarlo era costumbre hacer una colecta entre los vecinos para el gasto de unas docenas de cohetes y la obligada gratificación a la banda de tamborileros que amenizaba la noche mientras los artesanos se daban un banquete. Los “chorimalos”<sup>82</sup> que se tendían de balcón a balcón no representaban ningún gasto, pues nunca faltaban voluntarios que los hicieran *gratis et amore*. El hombre y la mujer de paja que solían ser los tales “chorimalos”, aludían siempre a algún matrimonio mal avenido que ya anduviera en proverbio cuando no en coplas.

Un remoto día de San Bartolomé, por iniciativa de los habituales contertulios del taller de Galarraga, fui comisionado en compañía de otro muchacho de mi edad para llevar a efecto la acostumbrada colecta. Reunimos a costa de liberales y tacaños unos veinte reales vellón, que no bastaban para cubrir el presupuesto de la fiesta. Visto lo cual, los truhanes aquellos de la iniciativa nos insinuaron, y acabaron por convencernos de que, no pudiendo haber fiesta con tan menguado resultado, lo mejor sería comernos el producto regalándonos con una buena merienda a la salud de los donantes. Y, cediendo a la tentación, así lo hicimos en alegre camaradería grandes y chicos.

Pero, ¡ay!, cuitado de mí, que no estaba hecho para tales gatuperios. Las risas duraron lo que la merienda. Terminado el yantar me acometieron de pronto tal vergüenza y tales remordimientos que huí y me hurté a la presencia de los hombres, refugiándome en el desván de mi casa sin bajar a cenar.

Hasta que algún tiempo después, reventando los cohetes en el aire y el tamboril lanzando al viento sus alegres notas, a cuyo gasto habría proveído algún dadivoso del barrio, me dieron a entender la treta. Y volví a la sociedad de los vecinos que estaban en plena fiesta, ajenos al drama que había acontecido en mi alma inexperimentada, pero no sin convencerme de que no hay fiscal tan riguroso como la conciencia.

<sup>81</sup> Este epígrafe fue añadido en 1956.

<sup>82</sup> Del euskera *txorimalo*, espantapájaros.

## Ramón Bueno

Después de estos apuntes y semblanzas, unas cuantas anécdotas asociadas con el nombre de algunos conocidos compañeros de aquella época no vendrán fuera de lugar, pues lo anecdótico sirve muchas veces para caracterizar mejor el paisaje de los tiempos idos.

Ramón Bueno, aragonés que mejoraba su apellido, baturro en toda la extensión de la palabra, luego de largos años de dar a la suela sobre un pulido canto del Ego y apretar el tirapié, habiendo puesto sus bien sudados dinerillos en cierta hipoteca de familia, vino a ser dueño del histórico Salón de Pochicha, en Arraindi-kale<sup>83</sup>, con vistas a Ariatza<sup>84</sup>, como dijo un cronista local con motivo de su inauguración con un lucido baile. Y aunque cuando esto ocurría había llovido algo desde los comienzos heroicos del socialismo y su rígido puritanismo, al que pertenecía el nuevo propietario, le acometieron dudas como las que solían afligir a los teólogos, acerca de la justicia de la célebre conclusión a que llegaba Pierre Joseph Proudhon en su demoledor panfleto titulado *¿Qué es la propiedad?*. Conclusión que proclamaba que la propiedad es un robo y era artículo de fe y dogma principalísimo del credo de los conversos de aquella generación<sup>xv</sup>.

Procedía la duda de que, en su caso al menos, la propiedad era evidentemente resultado del ahorro. Y habiendo ido a confesarse con Amuátegui, este, al que entonces, ya concejal, le había dado fuerte por lo del almotacenazgo como parte de sus atribuciones edilicias y era riguroso fiscal de pesas y medidas, acordándose de que la esposa del conturbado compañero, una pariente de mi mujer, explotaba con provecho una tienda de comestibles en la calle de la Estación, le dijo:

—¿No será que tu mujer, como José *Fotero*, tu vecino el cortador a quien hube de sancionar hace poco, habrá “ahorrado” también en la libra y los cuartos con que despacha en el mostrador para hacer buena tu nueva teoría de que el capital es resultado del ahorro?

---

<sup>xv</sup>. “¿*Qué es la propiedad?*” reza el panfleto de Proudhon, y concluye: “*la propiedad es un robo*”. Título demoledor que vale por todo el libro, como en el del abate Sieyes, cuando los Estados Generales de 1789, con su tesis demoledora de “¿*Qué es el Tercer Estado? Nada. ¿Qué debiera ser? Todo*”.

<sup>83</sup> Arraindi-kale, o calle Pescadería, que sería su traducción, es una calle del antiguo trazado urbano de Eibar. Dejando espacio para los cambios inevitables, seguía un trazado, en lo esencial, similar al de la actual calle de Zuloagas.

<sup>84</sup> Ariatza (arenal en euskera) era el paraje donde el Ego, que entonces llegaba a cielo abierto hasta ese punto, hacía una pronunciada curva, acumulándose arenas en el meandro correspondiente. Equivale a la zona situada al inicio de la actual calle Julian Etxeberria según se viene desde el ayuntamiento, aunque río y arrenal hace mucho que fueron soterrados.

No se enojó el veterano a pesar de creer que Amuátegui se lo decía en serio, pues solo ofenden e irritan las cosas cuando son verdad. Además, le constaba al dubitante —y algo había influido ello para tomar a aquel por confesor— que también el consultado, a quien las listas negras y las persecuciones habían obligado a establecer por su cuenta taller propio, había hecho sus ahorros y en la actualidad era dueño de un piso en que vivía en una hermosa casa de la plaza de Unzaga. Lo cual no restaba crédito al tribuno, a despecho del predicamento que seguía teniendo entre los desheredados del Centro Obrero la célebre frase del autor del *Sistema de las contradicciones económicas*, padre del anarquismo francés.

Y es que la realidad, siendo siempre más complicada que el esquema de las teorías sobre el papel, impone en la vida estas contradicciones de las que no se libran las sociedades más puritanas que ensayaron lo ideal. Y si para salvar los principios y el espíritu se dan los renunciadores, los santos laicos como Meabe y Madinabeitia —que ya los tenemos en puerta para aparecer en estas notas—, y las religiones con su regla de abnegación evangélica; para continuar la vida están el siglo y los espíritus prácticos. Y lo que en aquellos vale como cándida luminosidad y ejemplo, en éstos brilla como eficacia y acción, y el resultado de ambos ingredientes, igualmente indispensables, es la Historia que no se detiene y tiende a mejor<sup>85</sup>.

### **Juan Ganuza**<sup>86</sup>

Juan Ganuza, rubio como un celta, con una cara de luna y los carrillos rosados como una manzana, era uno de aquellos societarios que tomaron la novedad del socialismo como una religión. Cantaba en los coros con una hermosa voz de tenor y se deleitaba en entonar los himnos socialistas con la gravedad de un oficio litúrgico. Pero como estas devociones solían tener lugar por lo común en las tabernas, el vino inspiraba a veces variantes que respondían a circunstancias locales y cuestiones del momento que cobraban vigencia entre los iniciados.

Una de estas variantes, muy generalizada, sustituía a la estrofa original con este imperativo a manera de voto o compromiso jurado: “¡No pagar contribución!”, que el compañero Ganuza subrayaba con sus potentes notas, con satisfacción de no pocos morosos que siempre figuraban en el auditorio, en un pueblo donde el artesanado tenía fuerza todavía y cada uno de ellos se sentía invariablemente agraviado desde las sesiones para el reparto de las cuotas gremiales de la contribución.

Andando el tiempo, cuando los socialistas fueron mayoría en el Ayuntamiento, ensayaron el reparto fogueral, como una forma tradicional y más equitativa en materia de tributación, para cubrir buena parte del presupuesto municipal. El sistema resultó demasiado complicado y laborioso, y fracasó el ensayo, sin dejar de ser un noble

<sup>85</sup> Este último párrafo fue añadido en 1956.

<sup>86</sup> Este epígrafe fue añadido en 1956.

intento de dar un paso hacia la justicia social. Contribuyó a ello la Diputación provincial, no permitiendo —con evidente arbitrariedad— pechar las utilidades de las compañías navieras que se habían domiciliado en nuestra jurisdicción como territorio del Concierto Económico, en que tributaban menos que el resto del país.

Juan Ganuza, hombre siempre a la disposición de las ideas, había sido designado como uno de los agentes cobradores y ejecutivos del nuevo tributo establecido por los socialistas. Pero, para desgracia de todos, ocurrió que, en cuanto el compañero Ganuza denotaba su presencia en algún lugar en sus funciones fiscales, surgía de los circunstantes el viejo coro tabernario, en que tanto había lucido su voz, de: “¡No pagar contribución!”, con lo que inmediatamente caía al suelo su autoridad y atribuciones. El pobre hombre murió abrumado por esta ironía del destino. Ironía que nos suele cobrar a todos su venganza de no pocas extravagancias de los años locos, cuando creíamos que nuestra exaltación era la medida de las cosas.

### **Evaristo Aguirre**

Evaristo Aguirre, *el Cojo*, que era uno de los de la cachava histórica que aludía a los tres ochos, crió su familia en Barrenkale<sup>87</sup>, a dos pasos del mercado y otros dos de la iglesia; circunstancias que no carecían de importancia para su oficio de relojero, si se tiene en cuenta a los aldeanos que acudían a diario al primero o bajaban a misa los domingos, los cuales constituían su principal clientela.

Cierta vez, uno de estos baserritarres acudió a la clínica de Evaristo, con su reloj de bolsillo al que su dueño no sabía lo que le pasaba. No era la cuerda ni era ningún golpe, pero lo cierto es que el reloj había dejado de andar después de veinte años de marcar fielmente las horas.

Tomólo en sus expertas manos el relojero y, en efecto, no era nada. No había más que soplar sobre la máquina, y así lo hizo el profesional, enseguida de lo cual el mecanismo del reloj se puso en marcha.

—¿Cuánto es el servicio? —le preguntó en vascuence el aldeano a manera de cumplido, mas pensando que no le debía nada.

—Una peseta —dijo el relojero en el mismo idioma, donde pudo decir dos o cuatro como hacen los facultativos que tienen la boca por medida.

—¿Una peseta por soplar? —exclamó escandalizado el baserritarra.

—No señor —le replicó con dignidad el viejo socialista—. Una peseta por saber soplar<sup>88</sup>.

Este orgullo de la profesión que dignificaba los oficios era una de las virtudes del socialismo gremial que por entonces prosperaba en Eibar<sup>89</sup>.

<sup>87</sup> La calle Barrenkale era una de las calles del casco urbano original de Eibar. Su trazado, ya desaparecido, iba, aproximadamente, desde la iglesia de San Andrés hasta el inicio de la actual calle Errebal.

<sup>88</sup> Entre los originales de 1949 y 1956 el precio baja considerablemente. La anécdota giraba en 1949 en torno a un servicio de dos pesetas.

<sup>89</sup> Este último párrafo fue añadido en 1956.



## Las muelas de *Arambeltz*

Esto del aldeano escandalizado contra Evaristo, *el Cojo*, que había puesto precio a soplar, me trae a los puntos de la pluma el caso de *Arambeltz*, un “buen societario” y excelente maestro de la “*kaxagintza*”<sup>90</sup>, que era de los que pasaron a Barcelona cuando Vives y Shilling trasladaron su fábrica de armas a la Ciudad Condal<sup>91</sup>.

Le había ocurrido antes de ir allá haberse sacado una muela con *Antón Arotza*<sup>92</sup>, que lo hacía sin más recursos que un taburete, unas tenazas y la fuerza de sus robustos puños, uno de los cuales, sólidamente apoyado sobre el hombro del paciente, apretaba a este contra el taburete, mientras el otro tiraba de la herramienta, sin que la muela, por rebelde que fuese, pudiera resistir la acción de tales fuerzas contrarias. Todo el dolor ocurría de una vez, si bien con la fulguración de un rayo. Y todo ello por una peseta.

Mas cuando *Arambeltz* fue a Barcelona, habiendo tenido que acudir al dentista por culpa de la raza, dicen, que nos da tan floja dentadura, hubo de protestar, airado como el aldeano del reloj, de que aquel diplomado le quisiera cobrar por el mismo servicio ¡cinco pesetas!. Y el fundamento principal de la protesta de nuestro ilustrado paisano era, según se lo repetía al doctor con los puños en alto:

—¡Pero si no lo he sentido siquiera!

Y es que le había practicado la anestesia local.

No era, sin embargo, un hombre vulgar. De vuelta a sus lares, hube de oírle en el Café de la Casa del Pueblo, donde terciaba, teorías muy peregrinas hasta de Geología, discurriendo sobre el origen de los peñascales que a floraban en las heredades de su caserío. Teorías que, con ser absurdas por lo que tenían de personalísimas, no carecían de un mérito singular: el de que respondían a una curiosidad ausente, en general, en los bachilleres que le escuchábamos, despreocupados ordinariamente de lo que cae fuera de nuestra estrecha especialidad<sup>93</sup>.

<sup>90</sup> En 1949 lo describe como “un buen societario del gremio de “*Kashaguiñes*”...”. Si *kaxagiña* es el cajero, *kaxagintza* sería el oficio, usando el sufijo vasco *-gintza*.

<sup>91</sup> E. Schilling, de origen alemán, y Luis Vives, comerciante de armas barcelonés con una selecta clientela entre la oligarquía nacional, establecieron un taller en Eibar a finales del siglo XIX. Schilling, que se había casado con una hija de Vives, llegó a Eibar hacia 1894. Ese año aparece como propietario de un taller de armería en la calle Estación que contaba con 6 operarios, que eran ya 27 al año siguiente.

Durante su estancia Schilling había reclutado al personal más cualificado que pudo encontrar, llevándose consigo cuando marchó a Barcelona en 1896. En su nueva ubicación la empresa se especializó en la confección de escopetas finas. Con Schilling y el eibarrés Pedro Paguaga en la parte técnica y Vives en la comercial sus armas alcanzaron niveles de factura y acabado del más alto nivel, que les valieron un puesto destacado en el exclusivo mercado de las armas de caza de alta gama. Su cartera de clientes incluyó aristócratas, magnates y personalidades de la época.

<sup>92</sup> *Arotza*, carpintero en euskera, debe ser en este caso un apodo. En 1949 dice que practicaba sus trabajos odontológicos valiéndose de “*la fuerza de sus robustos puños de carpintero*”, añadiendo que atendía en la calle Bidebarrieta. Poco después le saldría competencia profesional, Luis Melendez aparece registrado como dentista en 1900, con consulta en la calle Estación.

<sup>93</sup> Los dos últimos párrafos de este epígrafe fueron añadidos en 1956.

## Vascos, castellanos y catalanes

Dijimos que Víctor Bernedo, colaborador del *¡Adelante!* de la primera época, tenía desde los tiempos heroicos un taller mecánico, el cual, habiendo crecido sin perjuicio de la posición doctrinal de su dueño, que siempre siguió siendo un activo militante, le sirvió para hacer una respetable fortuna cuando vino la Primera Guerra Mundial. Además de este provecho ocasional, el taller le sirvió para muchas observaciones psicológicas, en que era fuerte, y reunir materiales como para componer un libro por el estilo del de Salvador de Madariaga, que hubiera podido titular *Vascos, castellanos y catalanes*<sup>94</sup>.

Por ejemplo: solía contar que, entre los elementos que acudían a ofrecerse a la puerta de su taller, se revelaban tres tipos de gentes perfectamente clasificables por la forma de informarse.

Si el solicitante –decía– era un vasco de tierras del euskera, preguntaba sin preámbulo alguno: “¿Hay trabajo?”. Si era un castellano de las regiones áridas del *erdera*, luego de los buenos días sombrero en mano dados con gravedad, inquiría: “¿Hay jornal?”. Y si el sujeto era un catalán de la tarraconense, después de cierto gasto de cortesías y cumplidos, demandaba: “¿Hay negocio?”.

El vasco, en la circunstancia, no tenía presente sino el trabajo, el castellano el jornal y el catalán el provecho. El uno pensaba en usar su energía, el otro en subsistir, el tercero en hacerse adelante.

## La tabla de valores de Cortazo

También Cortazo, el más ilustre de los de ese nombre –que lo tenían de su caserío en el valle de San Pedro, jurisdicción de Elgoibar–, recios, talludos y filarmónicos todos ellos, también el Cortazo por antonomasia, Eusebio Arrillaga –que cuando a Eibar le dio por crecer edificó media urbe a su estilo–, había hecho por su parte observaciones que completaban las del compañero Bernedo.

Aparejador, con una técnica cuya procedencia u origen se perdía en los montes – que no en ninguna escuela–, profesaba principios de mecánica de su propia invención. Como aquel axioma de estática que enunciaba diciendo que así como para la mujer sobre la horizontal (*etzanda*), para un roble sobre la vertical (*zutik*) en función de pie derecho no había carga que no pudiese soportar, y que en ambos casos no se había extremado jamás la experiencia al punto de llegar a determinar el límite de su resistencia.

---

<sup>94</sup> Salvador de Madariaga (1886–1978) fue un diplomático, político, poeta y escritor en varios idiomas. De pensamiento liberal y europeísta, fue ministro con la República y marchó al exilio, desde donde se opuso con igual firmeza al comunismo y al franquismo. Publicó en 1929 un libro titulado: *Ingleses, franceses, españoles*.

Pues bien; cuando se trataba de ajustar un jornalero para sus trabajos, *Cortazo* esperaba a verle comer para determinar su categoría y salario, pues entre un castellano que a mediodía se despachaba con un tomate crudo, o un gallego que se conformaba con una sardina ahumada y un aldeano de su tierra que necesitaba medio celemín de alubias para contentar su andorga, no concebía que pudiera haber igualdad de valores.

Pero una vez que un paisano suyo no se creyó pagado con arreglo a aquella tabla de valores, habiendo acreditado la ración de habas que necesitaba para satisfacer a su apetito, sin necesidad de haberse enterado previamente de los complicados análisis de Marx sobre la mercancía especial llamada fuerza de trabajo –valor de cambio para el obrero y valor de uso para el patrono–, se la cobraba al bueno de *Cortazo* moviéndose sobre el andamio como en cámara lenta. Y viéndole hacer así nuestro Arquímedes, hubo de llamarle la atención gritándole en vascuence desde abajo:

–¡Oye tú, el de Ochandiano! ¿Qué paso es ese?

A lo que el otro, economista sin saberlo, le respondió:

–Este, señor *Cortazo*, es el de catorce reales.

Y cuando el de Ochandiano suspendió su andar de tortuga para liarse un pitillo y dio comienzo a su comedia, de cinco actos por lo menos, de sacar el picado, expurgarlo de los cuerpos extraños que la Arrendataria<sup>95</sup> le había vendido como tabaco, de soplar en el librillo para separar un papel y proceder a lo demás, *Cortazo* mandó suspender la comedia, comisionando a su hijo para que le diera uno de los “elaborados” por razones de buena administración<sup>96</sup>.

### Los cañonistas

Por aquel tiempo desapareció el “zutegui” de Chirio-kale, donde mis abuelos habían forjado cañones y acreditado su punzón, que tenía fama en toda España. El de cañonistas era el principal de los oficios de la armería, y los arcabuces llevaban, a pesar de la intervención de otras artesanías en su labrado, la marca distintiva y el nombre del cañonista. En el Museo Arqueológico de Madrid he visto un par con el nombre de nuestro antepasado Francisco Echevarría, que vino de Marquina-Echevarría, en

<sup>95</sup> Así se conocía popularmente en la época a la Compañía Arrendataria de Tabacos, una compañía pública creada en 1857 para explotar el monopolio de tabacos que el Estado se reservaba y que, en sucesivas reorganizaciones, acabaría convirtiéndose en la actual Tabacalera.

<sup>96</sup> Este párrafo fue añadido en 1956. En el original de 1949 aparece esta otra anécdota que finalmente el autor desechó: “*Este paisano de la anécdota debía ser próximo pariente del vecino de Soraluze que preguntado un día en Ozinchu por un aldeano que tenía que hacer una diligencia en el Juzgado de Vergara sobre el tiempo que le faltaba para llegar al pueblo cabeza del Partido, le dijo:*

–Pues no lo sé.

*Y luego, viéndole marchar un rato, le gritó:*

–*¡Media hora!*”

Vizcaya, e hizo su aprendizaje en la casa de los Bustinduy<sup>xvi</sup>, cañonistas de fama internacional, de los que habla Jovellanos en uno de sus informes, según cita Serapio de Múgica en su *Monografía histórica de Eibar*.

Francisco Echeverría y Usatorre, descendiente del arriba referido, entró en la casa de los Irusta, cañonistas famosos como los Bustinduy, sus primos, y casó con Andra<sup>97</sup> Nicolasa, hija única de la casa<sup>98</sup>, continuando la fama de su punzón en el *zutegi* de Chirio-kale. Entre el Francisco Echeverría que hizo su aprendizaje en casa de los Bustinduy y su homónimo que entró en la casa de los Irusta y fue nuestro abuelo paterno debe haber una generación que debió proliferar en Bilbao y Eibar. De ahí nuestra parentela bilbaína y tío Felipe, de Eibar, de quien se hablará. Francisco Echevarría y Usatorre fue el fundador de la casa número 6 y el “zutegui” de Chirio-kale, donde nacimos los Echevarrías de mi generación<sup>99</sup>.

El “zutegui” perteneció últimamente a nuestro padre, pero estaba adscrito o afectado al patrimonio eclesiástico de nuestro tío, cura de Ermua, y se vendió, desaparecida aquella artesanía, al mayorazgo de Azurtza<sup>100</sup>, previo decreto canónico de desespiritualización, para demolerlo y construir una casa en su solar; casa que ha sido destruida en la guerra<sup>101</sup>.

Los cañonistas, antes de que se generalizara el procedimiento mecánico de taladrar barras de acero, hacían bueno el chascarrillo tan explotado de que un cañón se hacía

---

<sup>xvi</sup>. En un expediente judicial que vino a mis manos de una manera que podría decirse providencial, fechado en mil ochocientos cuatro o cinco, relativo a un asunto de familia de los Bustinduy, que tenían su solar en Ardanza, con un artefacto hidráulico en Guenengüa, donde labraban sus famosos cañones —el cual perdí con los libros y papeles aventados por los fascistas al entrar en Eibar en la primavera de 1937—, figuraba una declaración de Francisco Echevarría, natural de Marquina-Echevarría, a la sazón aprendiz con los famosos maestros cañonistas.

---

<sup>97</sup> Del euskera: señora.

<sup>98</sup> Cosa que ocurrió, según los originales de 1949 y 56, por ser este “*tan excelente oficial y buena persona*”.

<sup>99</sup> Los dos primeros párrafos de este epígrafe fueron introducidos en algún punto intermedio entre el original de 1956 conservado y la primera edición mexicana de 1968. El autor desdobra el primer párrafo de 1956 para crearlos, añadiendo una relación más detallada de sus antepasados. Aparte de algunas cuestiones menores de léxico y puntuación, es el único cambio significativo entre ambas versiones, indicando al menos un repaso a fondo.

Obsérvese que únicamente en este párrafo concreto la palabra *zutegi* aparece en la primera edición de 1968 con esta grafía, que podríamos considerar euskérica, y en cursiva, como si se tratara de un extranjerismo. Al tratarse de un pasaje que no aparece en ninguno de los originales anteriores no podemos saber si se trata de un simple lapsus, o una elección deliberada.

<sup>100</sup> Azurza en 1949.

<sup>101</sup> La casa natal del autor, en el n° 6 de Txirio-Kale, sigue en pie y sorteó intacta los avatares de la guerra. La manzana que estaba frente a esta casa, que formaba la actual vertiente impar de Txirio-Kale, sí fue destruida en los combates. Fragua y hogar debían estar en edificios separados a ambos lados de la calle.

cogiendo un agujero y poniéndole hierro en derredor. Tomaban, en efecto, un ánima de acero, que venía a ser el agujero del cuento, y lo envolvían en espiral con hierros dulces y varios reducidos a alambre, que luego habían de ser batidos hasta formar un cuerpo cilíndrico de acero damasquino, independiente del ánima, en fuerza de martillo, calor y maestría.

Los últimos de este oficio, los Urbichas, trabajaron en Isasi por el lado del río, y de verlos hacer de chicos, cuando íbamos a bañarnos en la presa de Güenengua, entonces limpia y bien alimentada por el Ego, sé el secreto de esta artesanía que fue la de mis mayores.

### **Las cajas de resistencia**

Al lograr de inmediato tan positivas mejoras como las que obtuvieron los artesanos de los oficios de la armería gracias a la recién constituida Federación local, con sus gremios, sus tarifas, su limitación de aprendices y demás regulaciones profesionales, no fue mucho que los asociados contribuyeran de buen grado, con parte de sus ventajas, a la creación de un fondo común de resistencia, aparte de constituir en ella una reserva nominal por cada uno de ellos para responder de las infracciones reglamentarias en que pudieran incurrir. Al efecto de la mayor eficacia de estas regulaciones, la organización dispuso hacer efectivo el importe de los trabajos individuales por mediación de una oficina central de cobros, cuyo habilitado fue José Antonio Astigarraga, el famoso *Moskatela*<sup>102</sup>, ex-tenor de ópera, que ha de reaparecer más de una vez al correr de estas notas. Con tanto, los gremios empezaron a tener disponibilidades de importancia para practicar la solidaridad —huelgas de los alpargateros de Elche y tejedores de Béjar—, hacer préstamos a organizaciones hermanas —panaderos de Bilbao—, y embarcarse en más de una aventura de carácter cooperativo.

Pero, ¡cuánto no dieron que hablar estas cajas de resistencia, estos fondos comunes y aquellas reservas nominales retenidas por la organización; cuánto qué decir no dieron a los enemigos de ella! ¡Cuántos trabajos de zapa, cuántas propagandas tendenciosas y cuántas insinuaciones calumniosas para despertar la desconfianza, encender el egoísmo contenido de los individuos y provocar el reparto del haber común! ¡Qué de insidias para desalentar a los asociados y desmoralizarlos con la duda!

De aquella época datan en Eibar, lo mismo que el léxico especial que ya dijimos de los elementos socialistas, las expresiones enemigas de “vividores”, “embaucadores”, “chupa-cuotas”, “cazadores de incautos”, “explotadores del obrero”, etc., que los detractores de nuestros veteranos del socialismo eibarrés no tuvieron que inventar,

---

<sup>102</sup> En la primera edición de 1968 *Moskatela* se escribía en esta instancia con “c”. Hemos optado por unificar la forma en *Moskatela*, que es la que parece haber adoptado el autor a partir de 1956, aunque se produzcan varios casos más a lo largo del texto en los que mantenga la grafía con “c” que, creemos, se deben más a descuido que intención.

habiendo sido puestas en circulación por la prensa burguesa y el púlpito en toda España. Y ¡qué escándalo hacían y cómo explotaban la desgracia o el accidente de alguna irregularidad que pudiera descubrirse en los organismos obreros, aunque fuese a gran distancia!

Como *El Motín*, que tenía una sección especial para las amas de cura que salían preñadas, así aquella prensa reaccionaria destinaba un lugar especial para la noticia de algún secretario de sindicato que malversara los fondos sociales, o de un presidente que se escapase con la caja común –cosas que, naturalmente, ocurrían–, comentando el caso día tras día, con la misma fruición escandalosa con que el periódico de José Nakens<sup>103</sup> comentaba los deslices clericales. Y aquello, aunque extraño y de otras tierras, servía de pábulo a la maledicencia local, ansiosos los enemigos de aplicar la moral del cuento a los de casa. ¡Cuánto no hubieran dado ellos por poder probar alguna irregularidad de esa clase a algún socialista o societario de la vecindad, para levantar el grito al cielo y enterrar al culpable y toda su relación política siete estados bajo tierra!

Se comprende que, aunque los luchadores de aquella hora estuviesen hechos a esta clase de dicitos, no dejara de espantarles solo el pensar lo que sería el que un día pudieran producirlos con verdad los enemigos. Y como *El Motín*, con sus escándalos, contribuyó más que nadie a sanear las costumbres clericales y a que fuera más alto el nivel moral y cultural de la siguiente generación de curas, así aquello de vividores y embaucadores, todo aquello de comerse los jefes las cuotas de los incautos y robar las cajas de resistencia y prosperar a costa de los obreros, tan explotado a diario contra los socialistas de los primeros tiempos en la prensa, en las sacristías y hasta en el teatro, hizo que éstos pudieran luego ser notados por su austeridad, por su capacidad administrativa y su responsabilidad. Justamente por aquellas virtudes contrarias a los vicios que sus enemigos se empeñaban en atribuirles. Por aquello que el Diablo confesaba al doctor Fausto, de ser el espíritu de contradicción lo que, procurando el mal, contribuye al bien.

Y esto, que fue común y notorio en toda España, en Eibar tuvo especial confirmación hasta los días de la guerra, y no decimos hasta hoy por el paréntesis abierto por aquel tremendo accidente, no cerrado todavía<sup>104</sup>.

---

<sup>103</sup> José Nakens (1841-1926) fue un periodista y activista republicano y anticlerical. Él mismo, ya octogenario, describió así su trayectoria: “Nací pobre, fui soldado, he trabajado mucho y no soy rico”. Su vida y obra están íntimamente ligadas al semanario *El Motín*, que fundó y sostuvo durante décadas, en ocasiones literalmente en solitario. El tono furibundo y chabacano de su anticlericalismo le valdría ser una de las publicaciones españolas que más denuncias, procesos, multas, secuestros y excomuniones de sus redactores ha cosechado en la historia, si no la que más.

<sup>104</sup> Este último párrafo fue añadido en 1956.

## Los ensayos cooperativos

Entre las virtudes socialistas tan bien representadas en Eibar, la principal era el espíritu de continuidad, la perseverancia en el empeño, en contraste con otros radicalismos que hacían el mayor gasto de las masas obreras españolas y se producían en régimen torrencial, hinchando a veces la corriente hasta desbordar de su cauce y otras dejándolo seco, según el buen o el mal tiempo políticos.

El socialismo español, al contrario de estas alternativas que registraban otras tendencias, creció de una manera orgánica, desarrollando una curva prácticamente regular, y aunque influyeran naturalmente en él el buen tiempo y el mal tiempo circunstanciales, nunca este azar desorbitó su importancia en más ni en menos de la que fue teniendo paso a paso por su propia virtualidad.

Informado el socialismo eibarrés por ese espíritu de continuidad y aquel afán constructivo, desde los primeros tiempos del efímero Gremio Armero Eibarrés, conglomerado indiferenciado que precedió a las sociedades por oficio y montó de buenas a primeras un importante taller colectivo para la fabricación de armas<sup>XVII</sup>, hasta la Cooperativa Alfa, que cuando la sublevación militar de 1936 triunfaba en la fabricación de máquinas de coser después de haber capitalizado de cinco a seis millones de pesetas en dieciséis años de constantes éxitos industriales, los ensayos cooperativos<sup>105</sup>,

---

<sup>XVII</sup>. El Gremio Armero Eibarrés, que se apresuró a ensayar la producción en colectividad y se veía naufragar en honduras insospechadas, en ocasión de unas elecciones —una de aquellas elecciones a que daba lugar el turno pacífico de Cánovas y Sagasta y en las que, en nuestros distritos podridos del Norte, triunfaba la vanidad del candidato que distribuyera más dinero— votó como un solo hombre a favor de uno de los contendientes por el distrito de Vergara, a cambio de un pedido convencional que este formuló al taller colectivo; pedido que, naturalmente, no podía salvarle, pero sirvióle para salir de alguna dificultad de momento. Era, sin embargo, la primera vez que los electores sintieron la necesidad de justificarse, disfrazando la ordinaria venta del sufragio con la apariencia de un sacrificio a un interés común. Después de este episodio, y el rubor que debió producir en la naciente conciencia socialista de la localidad, vino la dignificación del sufragio, con una severa persecución de la compra-venta de votos, que continuó en el caserío casi hasta la República.

---

<sup>105</sup> El cooperativismo fue empleado como herramienta político-social por casi todos los movimientos políticos de finales del XIX. Hubo cooperativas católicas, nacionalistas y hasta patronales o profesionales. La primera cooperativa en Eibar, y también en Gipuzkoa, fue la Sociedad Cooperativa de Obreros, una cooperativa de consumo abierta en 1893 y que contaba 189 socios en 1898.

El cooperativismo netamente socialista comenzó en el País Vasco en Bilbao, en 1886, con otra cooperativa de consumo. Los socialistas abrían en Eibar su primera cooperativa de este tipo en 1909, una de las últimas abiertas en Gipuzkoa.

En lo que sí fueron pioneros los socialistas eibarreses fue en la creación de cooperativas de producción, destinadas a la fabricación y venta de algún producto. En 1919 abrían la Sociedad Cooperativa de Producción Danok-Bat para producir escopetas y, al año siguiente, la Cooperativa de Pistola Automática Omega. Ese mismo año echaría a andar Alfa, de la que se hablará más adelante.

complemento de la labor política, sindical y administrativa que ocupaba a los socialistas, se sucedieron en Eibar en gran número. Unas veces en el terreno del consumo (víveres, tejidos, herramientas) y otras en el de la producción (armas, ferretería, etc.). Y se sucedieron, claro está, con muy varia fortuna, pero siempre dentro del mismo espíritu constructivo y creador.

Este espíritu, característico del socialismo español que en Eibar encontró tan fértil terreno, hacía contraste con el apoliticismo catastrófico del anarquismo bakuniniano, que en aquel entonces, cuando la aurora social sobre el Ego, confiaba su éxito a la propaganda por el hecho (los atentados terroristas, el magnicidio). Y luego, cuando el sindicalismo revolucionario importado de Francia tomó cuerpo en España, hacía igual contraste con la violencia sistemática de los que profesaban el mito de la huelga general y propagaban las tácticas de la llamada acción directa.

## El anarquismo

Recuerdo cómo los atentados anarquistas encendían las imaginaciones de la gente trabajadora, porque ya hacía yo mandados a los artesanos de Chirio-kale cuando se comentaban en las tertulias de aquellos obradores las bombas de Barcelona. La figura romántica de aquellos locos que sacrificaban la vida a su quimera, cuando todavía nuestros hombres no habían acertado por dónde y cómo canalizar su protesta social de explotados por aquellos codiciosos “montadores”, aparecía como la de unos héroes propuestos a la admiración. Y, en efecto, había de admirable en aquellos hombres el espíritu del sacrificio, en contraste con el efecto innoble que se había de seguir de la generalización de las doctrinas de la violencia profesadas a condición de ser martillo y no yunque, o la de poderlas practicar en climas de impunidad. Y los nombres de Ravachol y de Pallás<sup>106</sup> se ponían a los perros, que eran animales apreciadísimos y como miembros de la familia, motivo de celos y competencias entre los cazadores – que lo eran casi todos los vecinos– como antes les habían puesto, por efecto de la misma admiración romántica, los de Candelas<sup>107</sup> y Prim.

<sup>106</sup> François Claudius Koëningstein (1859–1892), más conocido por Ravachol –apellido de su madre–, fue un activista francés guillotinado tras ser declarado culpable de varios atentados con bomba que causaron grandes daños pero no víctimas. Ravachol había estado complicado en varios delitos comunes y su adscripción sincera al anarquismo sigue en disputa. Paulino Pallás (1862–1893), por su parte, fue un militante anarquista catalán que perpetró un atentado fallido contra el general Martínez Campos el 24 de septiembre de 1893. Pallás lanzó dos bombas al paso del carruaje del general por la Gran Vía de Barcelona, resultando este herido leve. Un miembro de su escolta, sin embargo, resultó muerto, y heridas de diversa consideración una docena de personas. Pallás fue fusilado.

<sup>107</sup> Luis Candelas Cajigal (1804–1836), alias *el Candelas*, fue un bandolero español de la primera mitad del siglo XIX. Originario del barrio madrileño de Lavapies llevó una activa vida criminal en los alrededores de la capital que, sin embargo, pronto cautivó la imaginación popular, convirtiéndolo en una suerte de celebridad romántica por su audacia y sus lances amorosos. Bien parecido, elegante y de impecables modales, se jactaba de no tener delitos de sangre a pesar de sus muchos robos. Su única conexión con el mundo de la política fue, en una de sus muchas fugas de la cárcel, el haber ayudado a escapar a Salustiano de Olózaga, destacado liberal.



La emoción cumbre en este orden de reacciones fue cuando Angiolillo, un anarquista italiano venido de Londres, puso fin a los días de don Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros, en el balneario de Santa Águeda, en nuestra provincia de Guipúzcoa<sup>108</sup>.

El anarquista se había propuesto vengar a los martirizados de Montjuich<sup>109</sup>, y vengarles de una manera elegante, cobrándose al responsable en un momento de soledad en que no pudiera haber víctimas inocentes, después de haber desistido del hecho en varias ocasiones en que hubiera peligrado la esposa de la víctima elegida. Este leía *La Época*<sup>110</sup>, órgano ministerial, sentado tranquilamente en una rústica silla del jardín, en aquel rincón ignorado del mundo, sin preocuparse de aquel distinguido bañista extranjero con quien había tropezado más de una vez, cuando fue abatido a balazos.

Cuando a su vez el matador fue ejecutado en vil garrote en el patio de la cárcel de Vergara, mis padres hubieron de poner en juego mil historias piadosamente mentirosas para que no me sumara a la caravana de los que fueron por el monte a presenciar la ejecución. Nuestro hermano mayor, Aurelio, que era también un inquieto y curioso de todas las cosas, estuvo presente en el acontecimiento y mucho me costó olvidar el fraude piadoso por el que perdí el ser testigo de aquella ocasión tan sonada.

Pocos de los pueblerinos circunstantes entendieron el significado de la misteriosa palabra con que se despidió el reo en el patíbulo: “Germinal”<sup>111</sup>. Su gesto ante la multitud, más próxima a la admiración viendo su sangre fría que a mostrarse indignada de la venganza que había ejecutado, le parecía seguramente una siembra, y no cabe duda de que en el cielo de su idea se prometía una amplia cosecha con aquella heroica apologización del anarquismo, al que ofrendaba aquel sereno sacrificio.

Mi madre que, con ser tan mujer de su casa, tenía bastante criterio debido a sus muchas lecturas, interpretó la exclamación del anarquista en el sentido que queda expresado en esta nota, frente a mil absurdas versiones de esoterismo y misterio que corrieron por entonces en el pueblo.

<sup>108</sup> Michele Angiolillo (1871-1897) fue un periodista y anarquista italiano. Hospedándose bajo identidad falsa asesinó a Cánovas el 8 de agosto de 1897. Fue rápidamente juzgado y ejecutado el 20 de agosto de 1897.

<sup>109</sup> Se refiere al conocido como Proceso de Montjuic. Tras una serie de atentados anarquistas especialmente sangrientos en Barcelona, que culminaron con una bomba detonada al paso de la procesión del Corpus el 7 de junio de 1896, el gobierno desencadenó una dura represión. Hubo más de 400 detenidos, buena parte del movimiento libertario catalán, que fueron encarcelados en el castillo de Montjuic. Se formó consejo de guerra contra 87 de ellos y tras un proceso sin las más elementales garantías, incluido el uso recurrente de la tortura, se impusieron 5 penas de muerte, ejecutadas en el foso del castillo el 3 de mayo de 1897.

<sup>110</sup> Diario conservador madrileño publicado entre 1849 y 1936.

<sup>111</sup> Título de una novela de Émile Zola de 1885, muy popular por la dureza y realismo con el que describe las condiciones de vida del proletariado. El mensaje de la novela es que, por muy grande que sea la derrota, en la lucha contra la opresión, esta es, en sí misma, semilla de nuevas luchas en tanto persista la injusticia.

## El anarquismo, moda intelectual

A pesar del efecto que la mística del anarquismo producía en las imaginaciones, y con vivir el pueblo un periodo climatérico señalado por el hecho de estar abriéndose las almas a las más atrevidas novedades, en Eibar no se dieron los anarquistas. Hubo, sí, algunos ejemplares en el periodo triunfal del sindicalismo revolucionario, pero aun entonces, con haberse generalizado la tendencia en tantos centros obreros, no pudieron constituir en nuestro pueblo una seria oposición.

En aquel tiempo de los comienzos de la milicia socialista no había seguramente en todo el valle del Ego, nuestro modesto río que lleva sus aguas al Deva, más que uno, de tipo intelectual él<sup>XVIII</sup>, como eran entonces los Baroja, los Azorín y los Maeztu. O, cuando menos, uno que dejaba suponérsele tal, acaso por esnobismo contraído en sus frecuentaciones de la bohemia en París: Ignacio Zuloaga. Este tenía su taller junto a la Casa Contaderukua<sup>112</sup>, antiguo palacio de los Unceta, Contadores del Rey en el siglo XVI, que había venido a parar a los Zuloagas, una verdadera dinastía de artistas, y en el cual nació el pintor, nuestro paisano.

Trabajaba este su temporada de Eibar, sirviéndole de mentor para los misterios de la torería y lo esotérico de los gitanos a que tendía su género, uno muy fino en su persona y sus maneras, pero que, según decían, no tenía suficiente alma para enfrentarse con los toros en el redondel: *el Aseao*. A quien, sin embargo, se le vieron algunas buenas faenas con el capote, lidiando los toros de San Nicolás de Lástur, en nuestra vieja plaza de Eibar. También le servía en oficios mecánicos el compañero Pedro Chastang, por lo que este tenía de francés y aquel de afrancesado.

Afrancesamiento que le venía de su padre, don Plácido, figura destacada de la dinastía que fue la familia, gran frecuentador de muchos hombres de arte en París, que además de padre era el maestro de Ignacio hasta que se reveló el pintor. Y este afrancesamiento original no deja de asomar en la manera de ver España de nuestro paisano, quien la veía, antes bien que como la sentía Unamuno, como la representa un Barrés, para no citar a Gautier y Merimé. Su periodo de Eibar coincide con el de veleidat toreril, en la que le acompañó Amuátegui, y algunas veces se les vio juntos en la arena de la plaza de Unzaga, donde se montaban los tablados para las corridas

---

<sup>XVIII</sup>. Nada más lejos de un intelectual, a la manera que esto se suele entender, que Ignacio Zuloaga. Había nacido para el arte, y el arte se reveló en él como una fuerza de la Naturaleza, sin que influyeran en él lecturas, teorías, doctrinas estéticas ni filosofías del arte. Todo le entró por los ojos y lo sacaba del fondo de su sensibilidad personal, sin entretenerse en análisis, de los que ya se encargarían los profesionales de la crítica y los teorizantes en trance de hacer algún libro.

---

<sup>112</sup> Situada alrededor del nº 7 de la calle Errebal. En 1949 escribe “Contaderukúa”, perdiendo la tilde en 1956.

de San Juan y donde lucían su pátina secular las piedras bermejas del palacio de los condes de Oñate que, como dijimos, sirve de fondo a algunas pinturas de Zuloaga.

Pero el anarquismo de Ignacio Zuloaga, como el de Azorín y los otros intelectuales que seguían esta moda –con haber acuñado Maeztu aquello del “metro de sangre”–, no debía inquietar mucho a la policía, a pesar de las bombas de Barcelona y la trágica actualidad de los magnicidios.

Don José Madinabeitia, el médico socialista de Bilbao, que algún tiempo después, con Tomás Meabe, había de ser nuestro maestro de socialismo en Eibar, solía decir de su hermano Juan, que triunfaba en Madrid y era también anarquista por el mismo estilo, que este anarquismo intelectual de los que se confesaban tales, era una manera de servir a su propia comodidad, en una época en que el imperativo social tenía exigencias enormes para los hombres de inteligencia y corazón, permitiéndoles encerrarse en su torre de marfil de la utopía, sin comprometerse a nada.

### **El prestigio de la industria, bien común**

El objetivo de aquellas uniones obreras de la Federación local no solo fueron las tarifas y los aprendices, ni perdieron demasiado tiempo –con resultar ello tan interesante– en los pleitos judiciales, las polémicas que les armaron los enemigos con motivo de los punzones y las multas disciplinarias y, sobre todo, con motivo de su índice de patronos recalcitrantes a quienes podían dejar en seco a poco que se revelaran contumaces. Todo aquello, mientras duró –y fueron varios años–, representaba bastante aproximadamente lo que Ramiro de Maeztu, en una época de su cambiante ideología, llamó la “palingenesia”, o sea una nueva Edad Media que creía ver en el ideal del socialismo gremial que descubrió en Inglaterra<sup>XIX</sup>. Pero con haber apasionado tanto, no era, sin embargo, más que un episodio en las condiciones cambiantes de la industria eibarresa en rápida evolución.

Un objetivo en el que las organizaciones obreras hicieron mucho hincapié y persistieron hasta en los más enconados momentos de la lucha de clases en los años que habían de seguir, fue una antigua preocupación que heredamos de nuestros padres: mantener el prestigio de la industria tradicional que nos sustentaba, considerándola como un bien patrimonial del pueblo, que la codicia de los patronos desaprensivos no tenía derecho de menoscabar defraudando en la calidad en una cosa tan seria para el usuario como son las armas de fuego, so pretexto de libertad comercial.

---

<sup>XIX</sup>. Es posible que Maeztu inaugurara ese su periodo del socialismo gremial en una conferencia que explicó en el Salón Teatro, de Eibar, a su vuelta de Londres. Con lo de la palingenesia quería significar que se trataba de resucitar una nueva Edad Media, como en los palimpsestos se regenera el texto original que fuera cubierto de opaco barniz para dar lugar a vulgares lugares comunes de Teología.

Desde los antiguos días de los cañonistas a martillo, que habían puesto tan alto el pabellón de nuestras armas labradas a mano, había en Eibar un Banco de Prueba de Cañones, cuyo punzón era obligado en ese elemento fundamental del arma para que pudiera continuarse su elaboración y ser el producto confiado al comercio. En el tiempo en que empezaban estas novedades de carácter social de nuestra referencia, todavía era director del mismo un tío nuestro, hermano mayor de mi padre<sup>113</sup>, aunque, a la sazón, enfermo e impedido y grave carga para nuestra pobre madre.

La Federación no se contentó con esta acostumbrada prueba inicial de los cañones. Impuso el punzón de una segunda prueba realizado el montaje, y estableció una tercera, de mayor prestigio, terminadas todas las operaciones, que era voluntaria. Con ello ganaba el crédito colectivo de la industria y los oficios se obligaban a una mayor responsabilidad profesional en la ejecución de los trabajos. Con todo, ninguna de estas cosas se consiguió sin arduas luchas, y hubo necesidad de imponer severas sanciones a más de un patrono recalcitrante que no entraba por esta senda; política prudente que, en cambio, los obreros comprendían perfectamente.

### Progreso de las costumbres

También en el orden moral y de las costumbres sobrevino una verdadera revolución bajo la influencia de aquella novedad del socialismo. No es que los hombres que adoptaban aquella doctrina se volvieran ángeles, pero sí que muchos se dieron a otros afanes y fueron mejores que antes. No que se desterrara el vicio, pero sí que fuera más eficazmente combatido. No que todos se volvieran cultos, pero sí que se dejaran de hacer muchas cosas que denotaban atraso.

No trabajar los lunes, o mal trabajar ese primer día de la semana, jugando al escondite entre el taller y la taberna curándose de los excesos del día anterior —lo que en el argot local se llama “el aje”<sup>114</sup>—, era casi una institución. Y cuando un lunes corría la noticia de algún partido de pelota, de una prueba de bueyes, de una pelea de carneros o de cualquier apuesta más o menos bárbara o estrambótica a las que el pueblo era dado, la gente abandonaba los talleres con la más completa unanimidad, satisfecha de tener un pretexto para hacerlo a las claras. Ocurría esto casi todos los lunes, y holgaba el aviso del pregonero, pues antes de que este lo publicara en las esquinas a tambor batiente, sabía todo el mundo lo que iba decir este honrado funcionario municipal. Por eso, cuando una empresa construyó con fines utilitarios un frontón cubierto, lo bautizó con el nombre de *Astelena*. Literalmente, primer día de la semana, o sea lunes, sabiendo que los lunes le depararían las mejores entradas<sup>115</sup>.

<sup>113</sup> El mayor de sus tíos, según el original de 1949.

<sup>114</sup> En 1949 explica que el aje era “...una onomatopeya seguramente que se refería a un mal sabor de boca”.

<sup>115</sup> Frontón que, a la fecha de esta edición, sigue en pie y dedicado a la misma función, aunque los partidos ya rara vez se celebren en lunes.

A este régimen del lunes correspondía el vicio de trabajar los domingos por la mañana, no por irreverencia –aunque en ello no hubiese mucho de devoción–, sino en interés de hacerse con un extra para los excesos de que habían de curarse los lunes. Y esto fue así hasta que las inspecciones de la Junta de Reformas Sociales local acabaron por imponer la estricta observancia del descanso dominical con la más firme colaboración de los delegados socialistas.

Aquí viene al caso una observación que podría encerrarse en un paréntesis. Los republicanos históricos de España, meramente anticlericales, entre cuyas prácticas entraban los banquetes de promiscuación en Cuaresma y el trabajar los días de precepto, combatieron ardientemente la imposición legal del descanso dominical, y aunque trataban de cohonestar su actitud propugnando el descanso semanal, lo que denotaban era su falta de emoción de lo social, su incapacidad de sentir la medida como un avance social; la ausencia de aquello que justamente era lo característico de los socialistas. Lo que, en cambio, no impedía a los socialistas el que políticamente se sintieran republicanos y liberales en materia de religión.

Además de esta regularización del régimen de la semana, se desterró la costumbre de prolongar la jornada por la noche, cosa antes común en los oficios. En las fábricas, la jornada ordinaria había sido siempre desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde, con media hora para el desayuno, a las ocho, y una hora para comer a mediodía. Este inveterado abuso de horas se fue moderando también paso a paso por la presión de las organizaciones obreras, pero cuando, terminada la Primera Guerra Mundial, se decretó la jornada legal de ocho horas, todavía eran diez las que se trabajaban comúnmente en las fábricas de Eibar.

Los obreros, con aquella inquietud espiritual suscitada por el socialismo, empezaron a leer más y a ir más limpios. Se organizaron ciclos de conferencias, y el público acudía ávidamente, con la intuición de quienes vivían los problemas que se trataban en ellas. Se afeitaron más a menudo, aunque todavía no existía la Gillette, y muchos desgraciados se corrigieron del vicio de la bebida. Disminuyó notablemente la mortalidad, y aunque ello había de atribuirse principalmente al servicio de agua a domicilio, cuyo honor corresponde a la etapa edilicia de don Antonio Iturrioz, no era ajeno a ese mismo resultado este progreso de las costumbres que siguió a la aparición del socialismo en el horizonte local.

Y, como tópico obligado de todas las propagandas socialistas, se daba la campaña antialcohólica. Vicio el del alcohol que en Guipúzcoa y Vizcaya tenía proporciones aterradoras, y cuya consecuencia eran los contingentes que poblaban los manicomios de Santa Águeda y Bermeo.

## Las tabernas de los socialistas

Lo dramático para los socialistas de aquella hora, por el lugar que ocupaba en sus propagandas la campaña antialcohólica, eran las tabernas que tenían algunos de sus líderes. Así ocurría en Bilbao y así en Eibar. Aquella aparente contradicción ofrecía un blanco tan fácil a los detractores, que ella hacía la mayor parte del gasto en los constantes ataques de que eran objeto. Y aunque a esta distancia el hecho sea fácil de explicar y aun de justificar por la serenidad con que pueden mirarse las cosas, dentro de la atmósfera de pasión del momento y el puritanismo que se exigía, obligado es confesar que causaba no poca desazón a todos, viéndose a la defensiva y sintiéndose en una posición incómoda.

Los socialistas que se habían metido a taberneros eran, invariablemente, hombres que habían sido asediados por hambre a causa de sus predicaciones, cerrándoseles todas las puertas para el trabajo en su profesión, aunque tácita, por unánime convención de la clase patronal. De los perseguidos en Bilbao que se vieron abocados a este caso, Facundo Perezagua, líder de los mineros de Vizcaya, fue el más combatido. Su taberna, en el corazón del barrio más denso de la ciudad, era famosa entre propios y extraños, no porque la llenaran las gentes del rudo trabajo de las minas que admiraban y querían como a un padre al tabernero, sino por lo que dio que hablar y escribir a los enemigos, y la cantidad de chistes malos que hicieron a su costa las crías de jesuita que hacían *La Gaceta del Norte*<sup>116</sup>.

Otro de los dejados en seco por el mismo procedimiento, José Beascoechea, moldeador excelente, vino a Eibar y se estableció con una taberna en la calle Unzaga, en una de las casas que llamaban de San Antonio, por haberlas construido a sus expensas el afortunado ecónomo de la ermita de dicho santo en lo alto de Urquiola, en Durango, que era —y seguramente seguirá siendo— el lugar de romería que reúne más limosnas en todas las tres provincias vascongadas.

En el escaparate de su taberna, al lado de la merluza, los callos y otros condumios que provocaban el apetito<sup>117</sup>, se expusieron por primera vez en Eibar para la venta al público los folletos que constituían la Biblioteca del Partido Socialista Obrero Español: *El manifiesto comunista*, *Miseria de la filosofía*, *El derecho a la pereza*, de Lafargue, el *Informe* de Jaime Vera a la Comisión de Reformas Sociales<sup>118</sup> y algunos otros de

<sup>116</sup> Diario bilbaíno publicado entre 1901 y 1987. A lo largo de su dilata historia sufrió muchos cambios de línea y propiedad, por la época a la que se refieren estas notas defendía tendencias católicas, conservadoras y monárquicas.

<sup>117</sup> Merluza que, por el original de 1949, sabemos que era frita y los callos, preparados “*al estilo de la tierra, esto es, con chorizo y pimientos*”. Detalles que decidió eliminar en 1956 y 1968 respectivamente.

<sup>118</sup> Cuyo título completo es *Informe presentado a la Comisión de Reformas Sociales por la Agrupación Socialista Madrileña en el año 1883*. Las Comisiones de Reformas Sociales fueron la primera de las batallas que en España se dieron para tratar de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores.

igual enjundia. En el mismo lugar se distribuía *La Lucha de Clases*<sup>119</sup>, que se publicaba en Bilbao. Hoja en que se revelarían los Meabe, los Beni y Zuazagoitia, y en la que Unamuno, ya en categoría de sabio, no escribía sino en los extraordinarios de Primero de Mayo.

El compañero Beascoechea que, al igual que San Pablo haciendo tiendas, proveía a su sustento con su mostrador y la cocina, dedicaba lo demás de su vida a una labor proselitista y de capacitación, y me consta la parte que le correspondía en la formación de los primeros gremios y los primeros pasos que aventuraron las organizaciones obreras en Eibar. Alguna vez le vi en el taller de mi padre, que le mostraba respeto. No sé lo que luego fue de él. Seguramente volvería a Bilbao, pues no figura en el recuerdo de las cosas que van a seguir<sup>120</sup>.

### Valentín Hernández y *El Ruido*<sup>121</sup>

No tardó en hacerle compañía a José Beascoechea en Eibar otro perseguido de Bilbao que vino a parar a otra de las casas del bendito San Antonio de Urquiola: Valentín Hernández Aldecoa<sup>122</sup>, poco después fundador y editor de *El Ruido*<sup>123</sup>, el más diabólico papel impreso que se dio a leer en aquellas tierras. Yo suponía que el accidente de mudarse a Eibar el mordaz socialista bilbaíno obedecería a algún lio que se procuraría en las columnas de su satírico semanario, pero Indalecio Prieto, a quien llegaron estas notas en su primera redacción, aclaróme las cosas<sup>124</sup>.

---

Se creó una en cada provincia, que pasaron a elaborar un cuestionario sobre las condiciones de trabajo, vivienda, salubridad, etc. a partir de los cuales se confeccionaron sendos informes. El *Informe de Vera*, que describe en toda su descarnada miseria las del proletariado madrileño, fue ampliamente difundido y convertido en símbolo. Era la primera vez que se demostraba empíricamente que el liberalismo llevado a sus últimas consecuencias no era necesariamente sinónimo de bienestar equitativamente repartido.

<sup>119</sup> Órgano de expresión semanal de la Agrupación Socialista de Bilbao, publicado entre 1894 y 1937.

<sup>120</sup> José Beascoechea San Vicente (1864-1941) fue un político, sindicalista y militante socialista. Fundador de oficio, miembro de la UGT y la Agrupación Socialista de Bilbao, sorprende el laconismo del autor al hablar de su labor en Eibar. Fue él quien abrió y cerró el mitín de agosto de 1897, a raíz de la huelga de Quintana Hermanos, en el que intervinieron Perezagua e Iglesias, animando a los trabajadores locales a organizarse y afiliarse al socialismo.

Su nombre aparece en la Matrícula Industrial poco después, en el ejercicio 1899-1900. Ese año se produjeron cambios importantes en el mapa hostelero de Unzaga, ya que de las 5 tabernas registradas el año anterior una desaparece y otras dos cambian de dueño, por lo que no podemos saber quien le traspasó el negocio. En 1903 regresaría a Bilbao donde, de nuevo, desempeñó un papel importante, incluida una de las primeras concejalías socialistas en la capital vizcaína.

<sup>121</sup> Este epígrafe fue creado en 1956, por desdoblamiento del anterior.

<sup>122</sup> Valentín Hernández Aldaeta (1865-1920) fue un tipógrafo, periodista y político socialista. Ejerció como director de *La Lucha de Clases* desde su fundación en 1894 hasta 1900.

<sup>123</sup> Publicación satírica cuyo primer número vio la luz alrededor de febrero de 1900 en Bilbao. Se publicaría, con gran irregularidad debido a sus constantes encontronazos con la censura, hasta 1911.

<sup>124</sup> En 1949, aunque en otro párrafo algo más abajo, dice: “Según Indalecio Prieto, que habiendo visto este trabajo que ha circulado en cuadernos en Eibar...”. Esto indicaría la existencia de una versión anterior incluso a la de ese año.

Valentín Hernández, director a la sazón de *La Lucha de Clases*, había sido condenado a destierro a consecuencia de una querrela judicial entablada por el omnímodo don Víctor Chávarri, verdadero Señor de Vizcaya, personaje central de una de las novelas sociales de Vicente Blasco Ibañez<sup>XX</sup>, a cuenta de unas frases que contra él aparecieron en el semanario de la Agrupación de Bilbao. Obligado así a residir a más de treinta kilómetros de Bilbao, eligió Eibar como el lugar más acomodado para seguir escribiendo desde allí el periódico socialista.

Según Prieto, el viaje de Valentín Hernández hacia el lugar de su destierro, acompañado de su familia y la impedimenta de sus cuatro trastos viejos, le sirvió de ocasión para una de sus crónicas más divertidas en *La Lucha de Clases*.

Habiendo coincidido el viaje con la festividad de San Antonio, el desterrado se vio en el caso de esperar un cambio de tren en Durango, haciendo tiempo en el andén con los suyos, cuando irrumpieron por allí nutridos grupos de romeros que bajaban de Urquiola gritando y dando brincos como unas cabras por efecto del mosto que habían trasegado a su cuerpo en honor del Santo. En una de aquellas cabriolas, uno de los brutos fue a dar tan desgraciado puntapié en la canastilla en que la triste familia llevaba su capital, que este se derramó entre las vías de forma irrecuperable.

Y la razón era que el capital consistía en la calderilla producida por la venta del último número de *La Lucha de Clases*, que los compañeros de Bilbao le habían entregado como viático, y los trenes entraban y salían sin interrupción aquel día de extraordinario movimiento, impidiendo aventurarse a las vías. Pero si los cobres de cinco y diez se perdieron para el desterrado, los alborotados devotos se ganaron buena parte en forma de puñetazos que aquel, fornido como era, se hartó de repartir a diestro y siniestro, poniendo en franca huida a toda la aldeanería del andén.

Sigue diciendo Prieto que Valentín Hernández no llegó a extinguir la condena que le había obligado a sumarse a la familia socialista de Eibar porque Chávarri, espontáneamente, le perdonó al cabo de un tiempo y pudo regresar a Bilbao, continuando en la dirección de *La Lucha de Clases* hasta que poco después fue expulsado de la Agrupación Socialista. Esta resolución no le pareció bien a Prieto, que recuerda fecha y circunstancias.

Los enemigos de Valentín Hernández, que dice los tenía muy enconados en la misma Agrupación de Bilbao, explotaron el hecho de que no había dado ingreso en la administración del semanario a un cheque de cien pesetas que se recibió de la Argentina; irregularidad fácilmente explicable en una persona tan poco organizada

---

<sup>XX</sup>. *El intruso*. Al segundo personaje de la obra, el doctor Aresti, el novelista le vistió de pies a cabeza con los rasgos morales que corresponden al doctor Madinabeitia de las notas que van a seguir, si bien la aventura de la vida de aquel, naturalmente, es distinta por exigencias de la ficción.



como era el expulsado, sin necesidad de atribuirle ningún proceder dudoso. Y es entonces que, privado Valentín Hernández de medios de vida, fundó *El Ruido*, que constituyó un éxito.

Valentín Hernández —decía yo en la ahora corregida nota—, en vez de poner una taberna como José Beascoechea, sacó a luz *El Ruido*. En la cabecera del famoso semanario satírico aparecía un hombre de la calle soplando, con los carrillos hinchados, en un aparatoso trombón, del que se escapaba un torrente de notas que ponían en cobarde huida a curas, frailes, beatas y opulentos burgueses que, en la confusión de su pánico, se tropezaban en las letras capitales del explosivo título del periódico de Hernández.

Y este honrado padre de familia, a quien los puritanos no le discutían menos su desesperado recurso del semanario que a los Perezagua su taberna, hacía por su pan de francotirador desde las columnas de su semanario, haciendo reír al proletariado de toda la región, con una gracia un tanto de sal gruesa, pero sana y bien aplicada. Los censurados que se veían vapuleados en letras de molde en las temidas columnas de *El Ruido*, se sentían como si se les hubiesen aplicado sinapismos en el cuerpo, a juzgar por sus reacciones, y le cobraban un odio a muerte, lo que para el censurado significaba persecuciones judiciales y privadas de toda suerte, pues siempre los criticados solían ser personas de posición y con recursos<sup>125</sup>.

### ***Similia similibus***

Volviendo al argumento que los enemigos hacían de las tabernas de algunos líderes socialistas y las censuras que no les perdonaban los puritanos. Descontando la pasión de aquel ambiente polémico, no había una relación necesaria entre los excesos del alcohol y la taberna como elemento de la vida social. El alcoholismo tenía que ver mucho más con los salarios bajos y las jornadas excesivas que con los taberneros. Además, *similia similibus*<sup>126</sup> que decían los antiguos, y no era poco bien enseñar a la gente a comer, en lugar de beber sin entrar bocado.

Los borrachos habituales tenían un temeroso respeto a las tabernas de los socialistas, donde se comía, se bebía, se alegraba el espíritu y se trataban cosas serias en un ambiente que no era el de ellos. Una de esas cosas serias de las tabernas de los socialistas era el canto.

<sup>125</sup> En el original de 1949, la nota sobre Hernández terminaba con este párrafo, eliminado después: “En una de esas persecuciones, decía yo, (y ese es el punto que me hubo de rectificar y aclarar Prieto) buscó refugio en Eibar, y es cuando vino a ser el vecino de José Beascoechea en funciones de tabernero que, dicho sea de paso, fue el primero que puso cátedra en castellano en la vida socialista de Eibar”.

<sup>126</sup> Hace referencia a la frase latina *similia similibus curantur*, atribuida al médico y alquimista suizo del siglo XVI Paracelso, que podría traducirse como lo semejante cura lo semejante.

No aquellos cantos “*más degenerados que el séptimo p...*”<sup>127</sup> que en un momento de indignación dijo Madinabeitia refiriéndose a los que importaban los pelotaris a su regreso de La Habana y dominaban en las otras tabernas. Cantos a que se hubieran sumado de buen grado Fausto y Mefisto si en su viaje hacia los gustos del mundo hubiesen parado en alguna de las tabernas de los socialistas de Eibar, poniendo a contribución sus voces, que habrían sido calibradas inmediatamente para asignarles su lugar.

Los cantos comprendían lo mejor de la musa vasca, siempre muy cultivada en nuestro pueblo. No desdeñaban por otra parte el *Gernikako*<sup>128</sup> los buenos socialistas. Meabe, desde el primer momento de su conversión al socialismo, quería que el himno de Iparraguirre fuese nuestra *Internacional* del vascuence, abandonando a los bizkaitarras lo que él decía “*la imbécil* Marcha de San Ignacio”<sup>129</sup>.

*Eman da zabalzazu  
munduan frutua*

“Cría y extiende tu fruto por la tierra toda”, es, en efecto, franca expresión de un anhelo universalista, tanto más próximo al de los socialistas, cuanto que ese fruto del histórico roble simboliza la libertad.

Los himnos socialistas, que entraban de rigor en el rito de las sobremesas, no eran siempre afortunados desde el punto de vista artístico, pero los más desgraciados tenían la virtud de la ingenuidad y el fuego de la fe. El doctor Madinabeitia, que era un exquisito en materias musicales y cantaba con gusto y buena voz, por los tiempos en que empezó a venir por Eibar sentía la necesidad de que tuviésemos cantos indiscutiblemente hermosos y, a falta de unos realmente propios, quería que los socialistas pusiésemos letra a trozos maestros como el *Coro de los peregrinos* de Tannhäuser, para entonarlos en nuestros actos.

Así, las tabernas de los socialistas resonaban siempre con voces concertadas y armoniosa música, convirtiéndose a veces en verdaderos lugares de edificación. No me acuerdo ahora de quién lo sé, pero es el caso que tengo oído contar cómo paseando una vez el maestro Unamuno con un patrono, su amigo, por un lugar del Bilbao clásico, este le mostraba el bullicio de una taberna llena de obreros que habían terminado su jornada y le dijo:

–Mire usted ahí para lo que reclaman “esos” la reducción de horas de trabajo.

---

<sup>127</sup> En 1949 escribe “polvo”.

<sup>128</sup> El *Gernikako arbola* es un *zortziko* compuesto por José María Iparraguirre en 1853 y musicado, según la versión más aceptada, por Juan María Blas Altuna. Himno oficial de Bizkaia desde 2007, tradicionalmente se la ha considerado una canción, sino nacionalista, vasquista, a pesar de la circunstancia de haber sido compuesta, musicada e interpretada por primera vez en Madrid. En 1949 escribe “Guernikako”.

<sup>129</sup> Cuya letra, de evidente contenido religioso, es obra del escritor guipuzcoano Agustín Pascual Iturriaga Ugalde (1778-1851). Hay quien la considera una suerte de himno extraoficial de Guipúzcoa.

A lo que el entonces rector de la Universidad de Salamanca le respondió:

—¿Y no cree usted que, con todo y ese ruido, están ahí mejor los obreros que no agotándose a estas horas en algún sórdido taller?

Claro que sí lo estaban, sobre todo en tanto no tuviesen casas del pueblo para hacer su vida social, que fuesen “grandes y hermosas como las iglesias”, cual dijo Galarraga, el viejo, explicando su voto, cuando andando el tiempo se trató de edificar en Eibar una, que quedó inconclusa y pereció bajo las bombas fascistas cuando los bombardeos de Eibar, Durango y Guernica.

### Los partidos de pelota

Se ha hecho mención antes de los partidos de pelota, las pruebas de bueyes, las peleas de carneros y el constante afán de las apuestas y los juegos bárbaros. No desaparecieron estas aficiones con el advenimiento de una preocupación viva por los problemas sociales, pero sí se les restó buena parte de su clientela al poblar el horizonte local con otros motivos de interés.

Los partidos solían ser entonces, cuando nosotros éramos chicos de la escuela, a lo menos en los pueblos, todavía meramente de competencia y amor propio local. Alcanzo a recordar uno de esta clase muy famoso que jugaron, en el Frontón Viejo de Eibar, *Pasieguito* y Urcelay. Después de haberse retirado enfermo Indalecio Sarasqueta, el *Chiquito de Eibar*, era *Pasieguito* nuestra gloria local, que consolaba a nuestros padres de aquel triste crepúsculo del que había sido el más grande de los jugadores<sup>130</sup>. Urcelay, *Chiquito de Azcoitia*<sup>131</sup>, que con aquel estreno se abría a un gran porvenir, no era menos gloria local en valle del Loyola. Fue el único partido que, ganado por el ambiente, llegó a interesarme, pues luego nunca he ido a los frontones. El *Chiquito de Eibar* falleció poco después, vencido por la enfermedad, luego de haber alternado con *Frascuero* y *Lagartijo* en el plano de las figuras de renombre nacional, y con Gayarre, su amigo, en el internacional<sup>132</sup>.

En el negocio de exportación que hacen nuestros pueblos del vascuence del llamado “deporte vasco” —con su estado mayor de empresarios y la caterva de jugadores, corredores y otras especies equívocas de la misma fauna— Eibar siempre figuró con una nutrida representación, pero le superaban otros pueblos como Marquina, Ondárroa, Azcoitia, etc.

Representaciones que bullían en las cinco partes del mundo para desgracia de no pocos incautos, así apostasen a rojos o a azules. Una vez que, de este lado del océano,

<sup>130</sup> Indalecio Sarasqueta (1860-1900), considerado una de las grandes figuras históricas de la pelota vasca. Moriría en Eibar de tuberculosis. Había dejado la pelota profesional hacia 1894.

<sup>131</sup> Aquí la memoria le juega una mala pasada al autor. El *Chiquito de Azcoitia* era José Joaquín Larrañaga Aguirre. Los Urcelay, también nativos de Azcoitia, fueron otros dos pelotaris, padre e hijo. El padre comenzó a jugar hacia 1877, el hijo en 1922.

<sup>132</sup> Salvador Sánchez Povedano, *Frascuero*, (1842-1898) y Rafael Molina Sánchez, *Lagartijo*, (1841-1900) fueron famosos toreros de la época, Julián Gayarre Garjón (1844-1900), un tenor famoso.

me presentaban en mi calidad de vasco a un criollo a quien, según pude colegir, debían dolerle aún las costillas de las palizas recibidas en los frontones, me dijo lo que el presentador ya esperaba, porque lo repetía en todas las oportunidades:

—¡Vasco, vasco! ¡Bien habéis jodido los vascos a la pobre Humanidad con vuestros partidos de pelota y vuestro Ignacio de Loyola!

### Las pruebas de bueyes

Las pruebas de bueyes fueron prohibidas más de una vez por los gobernadores que, venidos de fuera, pretendían pasar por progresistas, sin advertir su inconsecuencia al permitir las corridas de toros, las carreras de caballos y más tarde los *matches* de boxeo. Ciertamente que en las pruebas de bueyes se sometía al ganado a un brutal esfuerzo y el *akulari*, o agujoneador<sup>133</sup>, que secundaba al *itzaiñ*<sup>134</sup>, o boyero, no perdonaba el castigo a la pobre pareja de nobles animales, convertida en espectáculo para un público ululante.

La prueba consistía en arrastrar, sobre la aspereza de un empedrado que las plazas tenían a ese efecto en nuestros pueblos, un monolito de no sé cuántas toneladas, midiendo los recorridos en una unidad de medida que llamaban *ultzia*, y que los competidores tenían que igualar o superar en un tiempo parejo, con otro par de bueyes. Algo que, por su rudeza y primitivismo, nos remite a los trabajos que debía exigir la construcción de dólmenes, o la erección de monumentos megalíticos, como el de San Miguel de Arrechinaga, en Jemein, Marquina, las hileras de menhires en Carnac, en Bretaña, o la rotonda de Stonehenge.

Santiago Astigarraga, *Ibargain*<sup>135</sup>, mayorazgo del caserío de este nombre en nuestra jurisdicción, concejal perpetuo en representación de los labradores y alcalde de Real Orden en repetidas etapas<sup>136</sup>, con su talla de gigante, igual a la que el vulgo atribuía a los legendarios gentiles que habían hecho aquellos trabajos megalíticos, era en nuestros días el más conspicuo de este deporte, y tenía siempre las mejores parejas o yuntas de toda la región, orgullo al que acabó por rendir su hacienda, que no había sido poca.

---

<sup>133</sup> El *akulari* o *akullulari* deriva su nombre de la palabra *akullu*, que significa agujón o espolón. Situado detrás de los animales, su tarea no sólo consiste en azuzarlos, también puede sumar su fuerza empujando la piedra y tiene un papel importante a la hora de hacerla girar, de ahí que, según las condiciones de la apuesta, pueda variar su número, complejidad, etc.

<sup>134</sup> El *itzaiñ* o *probalari* es la persona que guía la yunta.

<sup>135</sup> En 1949 escribe “ultzia” e “Ibargain”.

<sup>136</sup> Según el reglamento electoral vigente entonces, en las poblaciones de más de 5.000 habitantes era responsabilidad del Ministro de la Gobernación nombrar, por Real Orden, al alcalde. Esto se prestaba a diferentes irregularidades ya que la propia ley establecía que el ministro podía, para informar su decisión, pedir referencias a “personas de confianza”. Oídas sus recomendaciones, este podía dar el cargo a cualquiera de los concejales que hubiera salido elegido, independientemente de si pertenecía a la lista más votada, con lo que bastaba un concejal electo por unos intereses determinados para que estos conservaran los resortes del poder.

Pero la prueba de bueyes más interesante de las que se recuerdan fue la que ganó Ricardo Embeita, *Chapel* el viejo, asistido de dos robustas aldeanas de Elgoibar que hacían de *akulari*<sup>137</sup> armadas de sendos agujijones, las que, llegado el momento, no reparaban en arrimar el hombro al monolito para sumar sus fuerzas a las de las bestias.

Esto me trae a los puntos de la pluma un detalle que demuestra lo que en los antiguos clanes ha sido la mujer vasca en el régimen doméstico y la economía del caserío, donde esta representa la ruda faena de arrancar el pan de todos los días a los riscos y breñas sobre los que se asientan las pobres tierras que cultivan: la mano derecha<sup>XXI</sup>.

En efecto, en nuestro dialecto de Eibar, decimos *eskerra*, izquierda, y *eskumia*, derecha. Pues bien; es de notar que *eskerra* es el compuesto de *eskua*, mano, y *arra*, macho; y *eskumia* de *eskua*, mano, y *emia*, hembra<sup>138</sup>. Es decir, que la mano hembra es la mano derecha, la útil, la que trabaja, la que nos vale más en la vida. Y así, efectivamente, ocurre aún en el caserío, y de ahí que *Chapel*, hombre muy avisado, fuera a buscar sus colaboradores, que le valieron el triunfo, en el sexo femenino en vez de sumarse dos “gamberros”.

¿Tendrá esto algo que ver con la particularidad de que la raíz vasca de la palabra mujer, *andria*, se parezca tanto al *andreia* de los griegos, con que significaban virilidad? También en el capítulo II del Génesis, Adán saluda a su mujer al presentarle esta el Creador, con la palabra *Isha*, que la Vulgata traduce por *Virago* y nuestras Biblias en castellano por Varona.

### Las peleas de carneros

Las peleas de carneros, *arjokuak*, son lo más bestial que se da en la Naturaleza, con abundar esta en crueldades. Como ella no se cuida de moral, tampoco la piedad le da cuidado<sup>XXII</sup>. Toman carrerilla haciéndose atrás los dos machos celosos y se lanzan

---

<sup>XXI</sup>. En las sociedades en un medio de guerra permanente, cuando la defensa del suelo que se pisa es cuestión de todos los días por decirlo así, se da lo que Tácito cuenta de los germanos: “*El tiempo que no dedican a la guerra lo pasan en cazar, comer y dormir. Los más bravos disipan su tiempo abandonando el cuidado de la casa, el lar y los campos a las mujeres, los ancianos y los niños*”. Tácito. *Costumbres de los germanos*. XIII.

<sup>XXII</sup>. Sin embargo, el hombre, este animal capaz de la piedad, de hacer resistencia al pecado y de engolfarse en metafísicas buscando la razón suficiente de lo que ha sido, lo que es y lo que será, también es un producto de la Naturaleza. Y en una historia natural del hombre habría que referirse a estos productos psíquicos y sus materializaciones en moral, derecho y técnicas, como en la de la abeja se estudian los instintos y sus materializaciones de la colmena, la sociedad y sus técnicas.

---

<sup>137</sup> En 1949 escribe “*bultzalaris*”, es decir, empujadoras.

<sup>138</sup> Siendo la grafía moderna *eskuma*, *ezkerra* y *eskua*, resulta curioso que en 1949 empleara la fricativa sorda (z) en todas, mientras que en 1956 y 68 se decantara por la fricativa sonora (s).

el uno contra el otro con un ímpetu ciego para chocar en lo alto con sus testudes, produciéndose un ruido seco que repercute dolorosamente en nuestras sienas.

El acontecimiento hacía desbordar los entusiasmos de la aldeanería, henchidos con solo el anuncio de la fiesta, cuando los dos brutos llegaban a los veinte, los treinta topes o más antes de que uno de ellos cediera abandonando el campo. Pues invariablemente llega un momento en la terrible competencia en que el dolor del cráneo deshecho, a pesar de la rabia ciega de los contendientes, puede más que el furor del instinto y uno de ellos se declara vencido con huir por la tangente en busca de su dueño.

Mas no son las mansas esposas que, en el misterio de la sangre, encendieron el instinto furioso las que aguardan ahora al vencedor, sino la taberna más próxima y el homenaje de los admirados aldeanos del vascuence que le hacen gustar del tinto de Rioja como a otro parroquiano más de la bulliciosa partida, de donde no saldrá sin que le hayan deparado otro rival para una nueva apuesta. Igual que nos ocurre a los hombres, que no salimos de una guerra sino para entrar en otra, a pesar de proclamarnos seres racionales y envanecemos de estar hechos a imagen y semejanza de Dios<sup>139</sup>.

Aunque nuestro mencionado alcalde, Santiago Astigarraga, *Ibargaiñ*, el primero de los “probalaris”<sup>140</sup>, también era apasionado de estos belicosos lanudos y solía tener honrosos ejemplares, nadie como *Narru*, del caserío del mismo nombre en el valle de Arrate, criaba campeones que seguían triunfadores en repetidas peleas. Apenas algunos rivales de los pastos fuertes de Gollibar<sup>xxiii</sup> y Munichibar se atrevían a medir sus carneros con los de *Narru*. Y eso que los había famosos por las partes de Elgoibar y Azcoitia<sup>141</sup>, donde también se daban aldeanos hacendados con ganas de jugarse los cuartos. Porque el de los carneros de pelea no era un lujo para cualquiera. Había que prepararlos con abundante alimentación especial y buena dosis de vino<sup>142</sup>, y tenerlos

---

<sup>xxiii</sup>. Me preguntan aquí por qué allí decimos Gollibar a la Puebla de Bolívar, de donde proceden los antepasados del Libertador. Por la misma propensión fonética que hizo gascones de los vascones, Guillermo de Wilhelmo y los aldeanos alaveses dicen “güeyes”, como en aquel sermón que refería mi madre, de: “*Gusotros, gusotros y guestos güeyes, juísteis los que trujísteis la piedra fundamental de esta santa iglesia*”.

---

<sup>139</sup> La redacción de este párrafo era algo diferente en 1949: “*Mas las mansas esposas que en el misterio de la raza encendieron el instinto furioso, ni hace falta ahora que estén aguardando al vencedor, que se lo llevan los gananciosos de la apuesta a la taberna más próxima, para recibir el homenaje de... los admirados aldeanos del vascuence, que ocupan el lugar de las prometidas. Su ciega pasión, igual que en el caso de los hombres, ha acabado por hacerles hacer la guerra por la guerra. ¿No estamos ahora mismo los hombres, que nos envanecemos de estar hechos a semejanza de Dios por esto del raciocinio, en temores de una tercera mundial, cuando no existe nada que pueda justificarla, ni nadie que se pueda prometer ninguna ganancia real de ella?*”.

<sup>140</sup> De la palabra que en euskera designa a la persona que participa en las pruebas de bueyes.

<sup>141</sup> En 1949 menciona Durango en lugar de Azcoitia.

<sup>142</sup> Vino que según el original de 1949 debía ser, de preferencia, navarro.

en forma sometiéndolos a diario ejercicio. Y lo cierto es que antes de perder el juego y con él los dueños fuerte apuesta, como podía ocurrir al más pintado, había el animal arruinado a media casa. No sin razón corría el proverbio de que un campeón de aquellos bajo el techo era peor que una *echeko-andra*<sup>143</sup> que levantara el codo a hurtadillas, como las damas de la canción con tienda en Rentería.

### Las peleas de gallos

La de los gallos, al contrario que la de los carneros, era una afición ciudadana. Los aldeanos escasamente se interesaban por las peleas de gallos, en tanto que apasionaban a los de la villa, donde había importantes galleras y razas muy finas, que se dejaban matar si antes no lograban dar sangriento fin al rival. Los gallos de pelea se denominaban “ingleses”, y los del país, “baserritarrak”, grandes y orondos, con una estampa magnífica, eran “arriolaris” que pegaban la “karraskada” a la primera embestida<sup>144</sup>.

Mi padre, con amar la Naturaleza y sus criaturas con el amor que yo creo haber heredado de él, tuvo esa debilidad o esa contradicción de los gallos de pelea. Hasta construyó un circo gallístico, por cierto con gran disgusto de mi madre, pues aparte lo que ofendía a su sensibilidad, de todo aquello de sus criaderos y sus castas no sacábamos en casa otro provecho que el de los “arriolaris” que venían para la cazuela, después de haber perdido alguna apuesta.

El criador de gallos más entendido de Eibar fue Benito Ugalde, *Sumendisha*<sup>145</sup>, un artesano de Chirio-kale perteneciente al gremio de “chokiatzalles”<sup>146</sup>, a quien yo servía de secretario y contador desde que supe hacer palos en la escuela, pues este “buen societario” era analfabeto; función que yo ejercía alternando con la obligación de los mandados que hacía a otros artesanos.

Y si a los carneros daban vino a fin de endurecerlos para la pelea, a los gallos se les prodigaban friegas de aguardiente en las partes que se les habían desnudado de plumas para privar de agarraderas al contrario, se les aguzaban los espolones raspándolos con un cristal –nuestros reglamentos permitían incluso suplementarlos con la vaina vacía de otros héroes que habían sido, que se les fijaba con una cola especial–, y, lo mismo

<sup>143</sup> En euskera, lo mismo ama de casa que señora de la casa.

<sup>144</sup> En euskera eibarrés se llama *arriolarixa* al carnero o gallo que huye del enemigo. Viene del verbo *arrio eñ*, que significa rehuir el desafío o la pelea, abandonar el campo. *Karraskada* sería la estridencia característica que emite un gallo que rehúsa la pelea antes de retirarse. Por extensión, el mismo acto de rehuir el combate.

<sup>145</sup> En 1949 escribe “Zumendisha”.

<sup>146</sup> Neologismo creado a partir de la palabra inglesa *choke* y el sufijo vasco -tzaile que denota al que desempeña un oficio u ocupación. Sería aquel cuyo oficio es la elaboración de *chokes*. El estrangulador o *choke* es una obstrucción del cañón de una escopeta usado para dar a la plomada una dispersión uniforme, o hacerla coincidir con la del cañón paralelo en un punto del espacio, garantizando así una mayor precisión y letalidad. Se trata de una innovación técnica introducida no antes de 1830. En 1949 dice “Chokeadores”.

que en el caso de los carneros, había que tenerlos en forma para la ocasión de las apuestas, dentro de un peso dado, en el que los gramos contaban mucho, con una suma de cuidados y atenciones que solo la pasión de aquellos aficionados<sup>147</sup> podía proveer.

### Las apuestas

A todo este repertorio de juegos, pruebas y competencias se añadía la pasión de las apuestas. Se apostaba por apostar y se daban apuestas de todas clases, a veces de las más extravagantes y bárbaras, como la del vizcaíno *Chanton Piperri*, que andaba en coplas por haber apostado a comerse él solo todo un ternero. Ordinariamente se apostaba a correr, a levantar pesos, a subir montañas<sup>148</sup>, a leñar, etc.<sup>XXIV</sup> Fue muy historizada en nuestro tiempo la apuesta de *Olaso*, un mozo del caserío de ese nombre en Elgoibar, que se propuso hacer el recorrido de Eibar-Azcoitia-Eibar en no recuerdo qué tiempo límite y ganó por unos minutos; proeza comparable a la del soldado de Maratón, que al nuestro le valió el ingreso con todos los honores en el ilustre cuerpo de barrenderos del municipio eibarrés.

*Iturricho*, otro aldeano de la armería que no había dejado del todo sus hábitos del monte, apostó en otra ocasión hacer leña del añoso ejemplar de haya brava que había en el caserío de Ubicha, en no sé cuántos minutos de manejar el hacha. La gente que acudió al lugar a esperar el resultado de la apuesta, que como todas las que se concertaban dividía al pueblo en oñacinos y gamboínos, volvió impresionada de ver que el “aizkolari”<sup>149</sup> se dio un tajo en la pierna a poco de comenzar la prueba.

Pero lo más bárbaro y primitivista de todos estos ejercicios es el levantamiento de bloques-piedra. El “arrijazotzalle” que cubrió por entonces todas las marcas, o batió todos los récords como se diría ahora, fue un aldeano de Icíar y el teatro de su hazaña la plaza de Eibar. Posteriormente el récord establecido es cargar al hombro 230 veces un bloque-piedra de ocho arrobas (casi cien kilos) en una suma de treinta minutos de tiempo, en intervalos sucesivos de diez minutos de acción y diez de descanso.

Cuesta creer la popularidad que cobraban estos campeones por el mérito de sus rudas habilidades, si bien económicamente, no estando aún desarrollado el profesionalismo, resultaban unos perfectos “echekaltes”; vale decir, unos perdularios que

---

<sup>XXIV</sup>. En este etcétera está comprendido, por ejemplo, el siguiente caso. Contaban nuestros padres de un hablador impenitente con quien un día apostaron a que no iba del pórtico de la iglesia al frontón sin decir palabra. Y perdió, porque llegando casi a la meta sin despegar los labios, un circunstante que le seguía gritó: “¡Un duro a que no!” y el jugador, pensando que ya ganaba, dijo: “¡Va!”.

<sup>147</sup> En 1949 añadió “que aquí dirían fanáticos”.

<sup>148</sup> Cosa que tenía más mérito en 1949, cuando se hacía “con una fuerte carga de plomo”.

<sup>149</sup> El *aizkolari*, palabra formada a partir de *aizkora*, o hacha, es el que maneja esta herramienta.



iban contra el interés de la casa, que acababa por arruinarse en gracia a tales celebridades.

El único entre todos estos triunfadores de nuestras pruebas y rudos juegos tradicionales que sacó algún provecho adelante fue Uzkudun<sup>150</sup>, cuyo crédito de forzado aizkolari le valió el ser iniciado en la exótica carrera del boxeo, cuando este dos veces bárbaro deporte adquirió algún volumen en España. Uzkudun, que llegó a ser campeón europeo, era de Régil, al pie del Hernio, que hace cadena con el Izarraitz, y de la misma Universidad –así se titula el lugar, seguramente por tener de todo: venta, cura, médico y maestro– procedía Esteban Ibarbia, nuestro abuelo materno, que de allí pasó a Vitoria para ser empleado de plantilla en la Alhóndiga Municipal<sup>151</sup>; el cual abuelo, haciendo camino hacia la capital de Álava, casó con una linda “emakume”<sup>152</sup> en Aramayona, que es el único pueblo alavés en que aún perdura el vascuence.

### La taberna de *Chirrist*

De la casa de nuestra abuela materna, en Aramayona, era tía Malen, mujer de múltiples disposiciones, casada en Eibar, que tenía taberna en el Portal de Elgueta<sup>153</sup>, próximo a Chirio-kale, último resto de la villa murada. Famosa taberna que llamaban de *Chirrist*, onomatopeya que aludía a la delicia de sus caldos, en la que los principales de la vecindad no desdeñaban hacer honores al vino y a la habilidad culinaria de la titular.

Nuestro padre, uno de los asiduos, sin llegar a ser de aquellos, era de una buena casa artesana que continuaba la de los Irusta, extinguida en nuestra abuela paterna, cañonistas famosos todos como dije, y no debió parecer mal partido a la avisada tabernera para una sobrina que tenía en la capital de Álava y que algunas veces la visitaba en Eibar a su paso para Motrico con los señores a los que servía en Vitoria, que tenían casa allí.

Y he aquí cómo y por qué accidente nuestra madre, Isabel Ibarbia y Cincunegui, siendo de Vitoria –ciudad catedralicia de un ambiente levítico poblada de señorones<sup>154</sup>– y, aunque vasca por sus cuatro costados, no hablando sino el *erdera*, vino a la angostura de Eibar de puras artesanías y trabajo; que si tenía por una parte

<sup>150</sup> Paulino Uzkudun (1899-1985) fue campeón de España y tres veces de Europa de boxeo. Desarrollaría la mayoría de su carrera en el exterior, terminándola en EE.UU. contra el mismísimo Joe Louis, que le infligió su única derrota por KO. Volvió a España en plena Guerra Civil, tomando parte por los sublevados, lo que le valió el favor del régimen.

<sup>151</sup> Cargo que, según el original de 1949, desempeñó “*por toda la vida*”.

<sup>152</sup> En euskera, mujer.

<sup>153</sup> En 1996, en referencia al mismo, la actual casa de cultura de Eibar situada al final de la calle que arranca del lugar donde estaba este portal fue bautizada como Portalea.

<sup>154</sup> En 1949, la descripción de Vitoria es ligeramente diferente: “...*ciudad catedralicia, de ambiente castrense y de señorones...*”

aquella rudeza aldeana de sus costumbres y su euskera, de otra parte respiraba en liberal y tenía como una ventana abierta al mundo.

Lo que no iba mal con la cultura que ella se había dado con sus muchas lecturas en casa de los señores a que había servido, estimada siempre y llena de consideraciones, que creo le eran debidas en justicia, pues nunca mujer fue tan aplicada a sus obligaciones. Y para dicha nuestra –los que íbamos a ser– tampoco hubo otra de tan buen conformar, con tan excelente ánimo para lo bueno y lo malo de la vida y lo más y lo menos de las cosas de este mundo.

Es a ella a quien primero yo oí hablar de Voltaire y de Rousseau, pero si bien había leído la *Nueva Eloisa* y el *Emilio*, y acaso el *Cándido*, conocía a fondo a Chateaubriand, que la había llenado de admiración. No había leído el *Fausto*, pero *El diablo mundo* le era familiar. Con Victor Hugo hizo conocimiento en Eibar, de un primo tercero o cuarto de mi padre que tenía las obras completas del gran romántico francés. Estos son algunos puntos de referencia para denotar su formación literaria, junto a nuestro padre, que tenía una buena letra a lo Iturzaeta<sup>155</sup>, pero no había leído sino el periódico<sup>156</sup>.

### Estampa de viejos

Temo que, a veces, en estas livianas notas de viaje por el país de los recuerdos incurra en aspectos de un interés sobradamente personal que poco importan a los demás. Mas resulta inevitable que, a cada paso, volviendo por aquellos paisajes, padezca la tentación de detenerme en detalles que me afectan por circunstancias de tiempo y lugar; los amigos habrán de perdonarme la fatiga de aquellas notas en que me he rendido a la tentación, en gracia a otras muchas en que he resistido a ella por temor de resultar impertinente.

Aunque, como decía no me acuerdo quién, uno tiene derecho de hablar también de sí mismo, porque, a fin de cuentas, uno mismo es a quien conocemos más de cerca y de quien sabemos mejor su adentro. Y también uno mismo es el hombre, que en definitiva es lo interesante.

Con perdón, pues, de todos, aún me permitiré dos palabras acerca de nuestros tío Felipe y tía Juana, dos estampas de la época que encierra aquel paisaje y algo ayudarán a interpretarlo. Tío Felipe lo era también de nuestro padre, rubicundo, con una noble figura llena de años y de serenidad. Como persona que pertenecía a la tradición cañonista de la familia, era oficial empleado del Banco de Prueba de Cañones. Cuando

---

<sup>155</sup> José Francisco de Iturzaeta Eizaguirre (1788-1853) fue un calígrafo nacido en Getaria, famoso por propugnar un estilo que huía de toda floritura y adorno desmesurado, dos cosas muy populares hasta entonces. Publicó un manual de caligrafía en 1835 que, en un tiempo en que la letra de molde rara vez se empleaba por particulares y administraciones en su día a día, fue declarado obligatorio en todos los colegios.

<sup>156</sup> Estas líneas sobre la madre del autor no constan en 1949.

vino a ser muy viejo pudo seguir disfrutando del sueldo que allí tenía hasta su fallecimiento, a cambio de que mi hermano Rafael, mayor que yo, muy muchacho pero con una gran disposición que le haría un gran maestro de la lima y el ajuste, hiciera el trabajo material del sustituido en aquel establecimiento.

Y si mi hermano Rafael reemplazaba en el Banco a tío Felipe, yo hacía a tía Juana todas las mañanas temprano los menesteres de la calle. No escribiría esta nota si no fuera por el interés que tengo en contar cómo era nuestra tía Juana. Juana *Aire*, como le decían.

Vivía este matrimonio, que a pesar de no haber tenido hijos era espejo de una dicha conyugal perfecta, en la casa-torre del Portal de Elgueta, de la que se decía ser testigo de mil años de historia, lo cual podía creerse sin dificultad por la ruina que había venido a ser, no obstante el espesor de sus muros. Próxima al “zutegui” o fragua de nuestros abuelos cañonistas, cuando se removieron aquellas tierras tuve la casualidad de tropezar con una moneda romana de bronce, que perdí por un curioso que no me la devolvió más. Acaso allí, a cierta profundidad, pueda darse el piso de alguna vieja estación neolítica.

Tenía esta nuestra tía Juana, con todos sus posibles ochenta años, un cutis de luz en una cara que recuerdo sin arrugas, con las mejillas sonrosadas como una moza. Sus ojos castaños tenían un brillo especial y nadie hubiera podido suponer que no veían, y que tras aquella luz reinaba la oscuridad más absoluta<sup>157</sup>.

Mas, a despecho de estas tinieblas, aquella ruina de casa estaba siempre tan limpia, tan aseada y tan fregada hasta en sus más escondidos rincones, que se hubiera podido comer en el suelo como de un plato. Las camas las alisaba con una vara y no presentaban una arruga o un pliegue por ningún lado. Su ropa y su persona estaban siempre como si doncellas de servicio hubieran cuidado de componerla. Su cocido de garbanzos solía tener un sabor especial, que hacía que disputáramos los hermanos para quedarnos a comer en aquel lóbrego entresuelo de una casa de ruinas, que se nos antojaba un lugar poblado de encantos como un palacio.

Tío Felipe me tenía un afecto especial desde muy niño, y fue paseando con él un día de Santiago que divisé por primera vez, llegando a Ermua, el perfil de las cúpulas peraltadas de la iglesia parroquial y el palacio inmediato del Marqués de Valdespina, que hicieron en mi imaginación de niño el fantástico efecto que la Ciudad Santa debía producir en los cruzados. Y aún recuerdo el sabor del “amarretaco”<sup>158</sup> que hicimos en la venta de San Lorenzo, meca de los buenos chorizos, que ha seguido siendo hasta la guerra, antes de ir a comer a casa del tío Cura. No faltaron para mí los fresones,

<sup>157</sup> La redacción de 1949 parece dar a entender que la ceguera fue fruto de algún proceso degenerativo: “*Sus ojos castaños tenían un brillo especial, solo que, contra lo que se solía suponer, había acabado por no ver absolutamente nada. Vivía enteramente en tinieblas a pesar de sus ojos bellos desde años atrás*”.

<sup>158</sup> Préstamo del euskera, donde *hamarretako* es propiamente el almuerzo o pequeña refacción que, interrumpiendo el trabajo, se toma sobre las diez de la mañana (*hamar*, es diez en euskera).

las guindas y las peras de agua, orgullo de las huertas de Zaldúa y Bériz, que aquel día se mercan en la vecina villa que el día de Santiago festeja a su patrón.

Dos cosas hacían la felicidad o la desgracia de esta anciana y amable pareja: la tabaquera del rapé, de que echaban mano a todas horas, y el aguardiente de las mañanas, pues era sacramental para ellos, como para la mayoría de los vecinos de su edad, desayunar con este cordial inmediatamente después de levantarse. Tan sagrado era esto y tan natural al mismo tiempo, que yo también comulgaba con el cordial en cuanto me presentaba a las siete para los mandados de la mañana, y confieso que nada en efecto sienta tan bien como aquel reconfortante, sobre todo los días fríos y húmedos del invierno, en aquel estrecho valle en que se asienta nuestro pueblo.

Murieron luego los viejos, derribóse la casa-torre de los mil años lo mismo que nuestro “zutegui”, desapareció el Portal de Elgueta con los sillares que cerraban el arco haciendo puente con la casa de *Chirrist* de que se ha hecho mención, y solo un recuerdo piadoso como el de estas notas puede suscitar una leve sombra de aquellas cosas que fueron y ya no son. Porque también las cosas, como

...nuestras vidas, son los ríos  
que van a dar en la mar,  
que es el morir.<sup>159</sup>

### Contrastes étnicos

Entre las muchas comisiones y servicios a que atendía yo, muchacho de la escuela, entre los vecinos de Chirio-kale y sus aledaños, ninguno tan difícil como la de secretario de doña Juana Sisí, nuestra vecina calle abajo.

Esta señora, castellana vieja de la provincia de Ávila, el sabor de cuyos decires había yo de volver a encontrar en Santa Teresa, con todo y algunas risibles interferencias del vascuence que se daban en ella, era la esposa de un rudo aldeano de Elgoibar, Victoriano Astigarraga, veterano maestro templeta en la fábrica de limas<sup>160</sup> B. Villabella<sup>XXV</sup>.

<sup>XXV</sup>. La fábrica de limas de B. Villabella era estación de paso de todos los trotamundos que constituían el gremio internacional de picadores y repicadores de limas, asturianos en su mayor parte y franceses no pocos. En aquel ambiente de historias, viajes y aventuras, capaz de trastornar la cabeza al más sentado, muerto nuestro padre, trabajaba mi hermano mayor Aurelio, y así como algún ave de paso de aquellas sentó la cabeza en Eibar y se sumó al número de vecinos y sus hijos son ahora con nosotros, nuestro hermano se nos fue y se perdió para siempre en el ancho mundo, dejando clavada una espina en el pecho de mi madre. Es el único a quien lloró, con haber visto morir a otros en sus brazos. No tenía lágrimas para los que descansan en paz, sino para quien suponía derrotado en algún extremo de la tierra

<sup>159</sup> Este fragmento de las *Coplas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique, no consta en 1949.

<sup>160</sup> Por el original de 1949 sabemos que la fábrica se dedicaba también la producción de escofinas. Estaba situada en Unzaga y contaba con unos 10 operarios alrededor del cambio de siglo.

Yo no sé qué concurso de accidentes o circunstancias pudo juntarla al baserritarra que era su esposo, o cómo este fue a tomar mujer en tierra erdérica tan distante, apenas conociendo sino el euskera. Pero lo cierto es que el euskaldún y la erdeldún estaban unidos por el sacramento y tenían un hijo, el mayor, maestro armero de un regimiento de guarnición en la ciudad del Adaja, y yo escribía las cartas de los padres, que no entendían de letras, para el hijo ausente. Y cada carta resultaba toda una lección de psicología étnica.

La madre, como es natural, y más con el tesoro de su habla de Castilla la Vieja, me dictaba ternezas asomándole las lágrimas a los ojos; ternezas que el marido, aldeano de nuestra tierra tan poco amiga de retóricas, que en aquel caso no lo eran, interrumpía diciéndome en vascuence: “*Ez jamonik eiñ atzu zar orri*”<sup>161</sup>, y me ordenaba ir a lo suyo, que solía ser el decir, sin rodeos ni adornos, lo tocante al asunto, pues el hijo se procuraba repuestos en nuestro pueblo para sus trabajos particulares fuera del cuartel.

La señora se irritaba con nuestro *patois* que no captaba ni a medias y me prohibía severamente escribir lo que el cabeza de familia me dictara. Replicaba el otro condenando las “chachalakerias”<sup>162</sup> de la vieja, y así seguía la disputa largo rato, hasta que yo ponía por mi cuenta lo que me saliera del caletre según mi tierna experiencia y adelantábamos un paso en la redacción de la laboriosa carta. Paso a paso, después de más de media docena de escenas parecidas, llegábamos al final. Terminada la epístola se restablecía el orden y la buena armonía conyugal, y todos tres hacíamos honores a un sabroso café “compuesto”<sup>xxvi</sup> arreglado, según la fórmula de *Guardia* para ellos, bastante más moderado para mí, e íbase la carta a su destino.

Hasta que un día, la que llegó de la ciudad de los caballeros y los santos vino llena de airadas protestas contra el amanuense. Según la carta, el audaz secretario se había permitido completar la dirección añadiendo con grandes letras al nombre de pila con que figuraba en la nómina del cuartel, el mote o el alias con que le habían llamado sus condiscípulos en la escuela en Eibar. Protestaba el ausente de que en el Regimiento todos le conocían por su nombre, como persona honrada y de buena consideración, así como en la ciudad, donde era el maestro Astigarraga para todo el mundo.

---

<sup>xxvi</sup>. Un “compuesto”, en el argot de los bebedores de aquella época, era un café añadido de aguardiente. Un “carajillo” que dicen en Valencia. Agustín María Larraza, *Guardia*, antiguo “societario” del Gremio Armero Eibarrés que acabó teniendo una taberna en la calle Unzaga, se preciaba de tener el secreto de una fórmula especial, muy acreditada por cierto entre los bebedores. La preparaba haciendo misterio y puesto de espaldas al cliente, mas para nadie era un secreto que su “secreto” se reducía a una mera cuestión de dosis; dosis en cuanto al aguardiente, que deliberadamente era un poco más liberal que la de sus competidores.

---

<sup>161</sup> Algo así como: “Tú ni caso a la vieja esta”.

<sup>162</sup> En euskera eibarrés, cursiladas o tonterías.

Protesté a mi vez de mi inocencia, y no creyéndome capaz de aquel atrevimiento y mala crianza, puestos a discurrir, pronto cayeron en la cuenta de que aquella vez habían confiado la carta a un díscolo de la misma promoción de su hijo que iba para la estación, el cual, evidentemente, se había permitido aquella broma de mal gusto, por espíritu de malignidad pueblerina. Pues así eran muchas de las gracias en aquel ambiente de entonces, de una rusticidad mayor que su incultura.

De todos modos, y aunque no fuera sino por un momento, estuve bajo el peso de una felonía que no había cometido y que, no siendo un santo, era incapaz de cometer.

## Los apodos

Los apodos eran una cosa universal y algunas veces terrible, pues no siempre el apodado lo consentía, y tampoco el apodo era siempre inofensivo como en el caso del maestro armero de Ávila a pesar de su airada protesta. Nadie se libraba allí de su correspondiente alias. A mí, en la escuela, me llamaban *Chindurri*<sup>163</sup> y así siguen llamándome familiarmente los de casa, ello por culpa de *Galdós-Chiki*, gran inventor de motes, destinado a la Compañía de Jesús, hoy doctor por el Instituto Bíblico Pontificio de Roma, de quien conozco una versión de las *Cien mejores poesías de la Biblia*, hecha directamente del hebreo, que parece dominar a fondo<sup>164</sup>.

Toda la fauna común del país estaba representada por otros tantos motes, aplicados casi siempre con bastante gracia y propiedad, y por lo mismo no los rechazaban comúnmente los motejados, especialmente si eran del pueblo, por lo general de aquella licencia. Pero, sobre todo, porque lo contrario era labrarse su desgracia.

*Arranua*, *Belia*, *Gauchorisha*, *Kukua*, *Mosolua*, *Aricharrua*, *Sosua*, *Eperra*, *Ollalokia*, *Chichia*, *Chepecha*, etc., eran honrados ciudadanos que representaban a la clase de las aves. *Izkua*, *Irisha*, *Artzako*, *Akerra*, *Asta*, *Chimiñua*, *Kirikishua*, *Erbisha*, etc., ciudadanos no menos honrados representando a los mamíferos. *Eskallu*, *Eskaldarrua*, *Kiskilla*, *Angulia* y otros recordaban la fauna fluvial. *Kakaldarrua*, *Chindurri*, *Elchua* y el famoso *Bababaltzan-kokua*, a los insectos<sup>xxvii</sup>.

---

<sup>xxvii</sup>. *Bababaltzan-kokua* había venido a menos y vivía de los últimos destellos de su prestigio de señorito de otros días. En la taberna de *Azalguía* le hacían crédito, pero de demorarse tanto, el cuaderno en que sentaban sus consumiciones llegaba a su fin. Y tomando argumento de ello, se atrevió a insinuarle la tabernera:

—Mira Celestino, que ya se termina el cuaderno.

A lo que el aludido contestó diciendo:

—¡No te apures, mi *etxeko-andra*, que ya te traeré uno nuevo!

---

<sup>163</sup> Del euskera *Txindurri* o *txingurri*, que significa hormiga.

<sup>164</sup> Se refiere a Romualdo Galdós (1885-1953), destacado sacerdote y académico religioso eibarrés. En 1949 escribe “Galdós-chiqui”.

Agotada la escala zoológica, los motejadores tomaban sus motes de los otros reinos de la naturaleza, la historia, la política y de todo lo imaginable; pues además de *Berekatza*, y los *Porrus*, los *Makatz*, y los *Kipula*; los *Pilatos* y los *Mahoma* y los *Ravachol*; los *Moret*, los *Lerroux* y los *Maura*, teníamos a *Jaungoikua*, a *Lucifer*, a *Itzala*, *Chilibichon* y *Kakarantz*<sup>165</sup>.

Me acuerdo de una familia castellana que se estableció en Eibar por los años de la Guerra de Cuba. Era una gente honestísima que encontró allá un buen acomodo, poniéndose todos a trabajar ventajosamente, con lo que debieron encontrarse en el mejor de los mundos posibles. Mas tenían todos ellos la particularidad física de una nariz aguileña que se dejaba notar como en Cyrano de Bergerac; motivo por el cual los chicos empezaron a llamarles *Karakote*<sup>166</sup>. Y *Karakote* por aquí y *Karakote* por allá, al padre y los hijos, por la mañana y por la tarde, acabó por enfadarles. Pues bastó eso mismo para que en adelante fuese peor. Y como no era gente de emprenderla a tiros o a cuchilladas, tuvieron que dejar su acomodo, renunciar a sus ventajas, recoger sus bártulos e irse con la música a otra parte.

También recuerdo a un anciano que matamos a disgustos. Aunque yo personalmente no era de los que lo hacían, porque no era mejor que los demás, no quiero quitarme de responsabilidades. Era un castellano viejo que vino al amparo de sus hijos avecindados en nuestro pueblo con motivo de la fabrica montada por los hermanos Quintana; castellano viejo en quien una mala capa escondía un buen bebedor, aunque no a un borracho. Y no sé porqué les dio a los muchachos por llamarle *¡Otro cuartillo!*, pero tomólo tan a mal el buen anciano, que ello bastó para mayor regocijo de los escolares, y el irritarle se convirtió en una diversión para los muchachos, sin que, como en el caso de los *Karakote*, valieran padres, maestros ni autoridades contra semejante crueldad. El pobre viejo no tuvo otra solución que morirse para que le dejaran en paz.

Y es que no eran mejores los mayores. Allí conocíamos por aquel tiempo a Antón *Cuernos*, maestro de la *kaxagintza* en casa de los Villar (*Nafarranekua*) en la calle *Ardanza*, que vivía la tragedia de que le recordaran en todo momento su desgracia conyugal, con un apodo hiriente por el que le conocía todo el mundo y con el que le llamaban para todo. Y los malévolos, a pesar de saberlo ofendido y en carne viva, se lo decían insinuando los dos índices por las sienas.

¿Puede concebirse mayor inhumanidad? Pues hasta ese punto estaban insensibilizadas las almas.

<sup>165</sup> La principal diferencia con respecto al original de 1949 en esta enumeración de apodos, además de incluir a *Robespierre* entre los sobrenombres políticos, está en el uso de acentuación ortográfica castellana, así: *Belía*, *Mosolúa*, *Aricharrúa*, *Sosúa*, *Ollalokía*, *Chimiñúa*, *Kirikishúa*, *Eskáldarrua*, *Angulía* y *Chilibichón*.

<sup>166</sup> En euskera eibarrés *karakotia* significa gancho, se usa también para referirse a las narices aguileñas.

## *Quelle y Caray*

Otro dato revelador de la falta de sensibilidad social de aquel ambiente es el siguiente caso y con él quisiera terminar esta penosa consideración.

*Quelle*, Clemente, era un muchacho que conocimos sobre el arroyo. *Mascuelo*<sup>167</sup>, el veterano vendedor de *El Socialista*, que era de su edad y fue su asociado muchas veces para las travesuras propias de la edad y circunstancias, solía decir que era fundamentalmente bueno y no poco inteligente.

Quedó huérfano de padre y madre, y aunque en la villa había un Asilo, hubiera sido mal ejemplo, según la moral de los graves administradores del establecimiento, el recogerle teniendo aquel parientes en buena posición que podían valerle. Pero los parientes, por aquello mismo de su posición, y el uno por el otro, le dejaron sobre el arroyo. Y allí vivía el pobre, no de la caridad, sino de lo que pudiera arbitrarse por sí mismo en el monte, en el río o en la calle.

Pero el gran enemigo de los pobres en aquel clima de frío y humedades es don Invierno, señor de penurias y largas horas tristes, con la cabeza cubierta de nieve y colgándole los carámbanos por sus lenguas barbas. De eso nos damos cuenta mejor en estos climas, donde los indigentes apenas conocen el problema de tener que abrigarse y donde, si no fuera por las plagas que les acechan por su falta de higiene, serían los privilegiados de la vida verdadera. Yo no sé los inviernos que el pobre *Quelle* aguantó en el fondo del lluvioso valle del Ego. En el tiempo al que me refiero, cuando los chicos de Chirio-kale íbamos a verle como un bicho raro en uno de los “txarritokis”<sup>168</sup> de Chancha-zelay a que se había recogido como una bestia herida, estaba como el Santo Job, tendido en el suelo sobre una capa de helechos, tomado de una sarna maligna. Y allí murió el desgraciado, un día que Dios quiso poner fin a su abandono.

Ahora, después de las novedades que vinieron a sacudir las almas y siguieron las acciones y reacciones consiguientes alumbrando una nueva conciencia, cuesta creer que tanto pudiera ocurrir en un pueblo cristianizado, donde necesariamente no había de faltar la caridad y no faltaba; pero entonces estos casos no obligaban a la conciencia social, que no había nacido en el sentido de hoy, y que es lo que los convierte en problema, los plantea como tales y proporciona su solución.

La medida del cambio que se había de seguir a aquella aurora aquí historiada lo da el caso de *Caray*. Este era un pordiosero aragonés, ya anciano, que rodando por el mundo llegó a Eibar a pedir de puerta en puerta. Era dulce, venerable, mansueto, lleno de palabras agradecidas, como uno de aquellos que hubieron andado en compañía del Nazareno y comieron de los siete panes y los peces junto al mar de Galilea. Y quedó a vivir de la caridad de los moradores de su última estación. Dormía

<sup>167</sup> En 1949 escribe “Maskuelo”.

<sup>168</sup> En 1949 escribe “Chancha-celay” y “chavola” en lugar de “charritoki”, que significa cochiguera.



en el pajar de Chalchakua<sup>169</sup>, donde acabaron por considerarle de la familia. Luego de unos años así, bastante menos, sin embargo, que los que la Ley Municipal determinaba para cobrar este derecho, pasó al Asilo de la villa, donde vivió como nunca había vivido, gracias al empeño que ponían los socialistas de la Junta de Beneficencia en que los beneficiados de la asistencia pública fueran servidos de verdad<sup>170</sup>.

### ***El laissez faire, laissez passer***

Con referencia a la dureza de aquellos tiempos anteriores a la conciencia social promovida por la aparición del socialismo hay que decir que no solo era la materia prima racial –apenas salida de su estado de naturaleza–, la rusticidad de un lugar encerrado por montañas y lo bárbaro de unas jornadas sin régimen<sup>171</sup> lo que determinaba aquel ambiente en que podían darse aquellas manifestaciones denotando tanta insensibilidad. Eran también aquellos los tiempos en que triunfaba por el mundo el *laissez faire, laissez passer*<sup>172</sup>, cuando la pobreza y la ignorancia se consideraban por los economistas de la escuela clásica, no una responsabilidad social como se reconoce ahora, sino la lógica y saludable consecuencia que sanciona la pereza, la flojedad, la propia imprevisión y descuido; y la beneficencia pública –limitada al mínimo– tenía que cuidar mucho de no fomentar el vicio y esa imprevisión y descuido de los pobres. Al mismo tiempo, en virtud de la misma doctrina, había que ahorrar trabas legales y morales que pudieran oponerse al éxito de los triunfadores, que se estimaba lo eran en justa recompensa a sus condiciones de iniciativa, actividad, talento y demás condiciones personales. Sobre la miseria y los dramas particulares, no había sino cerrar los ojos y dejar que la Naturaleza obrara sus soluciones.

Fue esta realidad con sus rigores, tal como la hallamos sin atenuaciones en las notas precedentes, la materia y circunstancias sobre las que había de obrar la novedad socialista, cuya aurora sobre el Ego hemos tratado de presentar en este capítulo. Afortunadamente para todos, el fondo de aquella rudeza, de aquella rusticidad y aun de aquella barbarie era un fondo de salud y naturaleza, que podía ser encauzada a fines de nobleza y dignidad.

Y para cerrar el cuadro, caracterizando esa rudeza, esa rusticidad y esa barbarie en su sana simplicidad, me permitiré ahora tres anécdotas locales.

---

<sup>169</sup> Uno de los caseríos de Eibar.

<sup>170</sup> En 1949 este epígrafe termina en el párrafo anterior, que reproducimos íntegro por incluir la siguiente reflexión: “*Ahora cuesta creer que tanto haya podido ocurrir en un pueblo cristianizado, y aún podría ir añadiendo casos de más acentuada crueldad, que me tiemblan en los puntos de la pluma, si no temiera hurgar en heridas que acaso estén sangrando todavía*”.

<sup>171</sup> “...que en el caserío era peor que en la villa...” según el original de 1949.

<sup>172</sup> Del francés: “dejar hacer, dejar pasar”. Atribuida a Vincent de Gournay (1712-1759), se considera el lema que condensa la teoría económica liberal.

### **¿Gauza ez daben gizon bat?**

Había en Eibar familias como las de los Agarre y los Gallástegui, de una estampa humana que, justificadamente, llamaba la atención; grandes y hermosos ejemplares todos ellos, bellas y espléndidas todas ellas. De entre los Gallástegui, colonos que eran del Marqués de Santa Cruz, que tenían casa en Isasi, palaciegos desde Felipe IV<sup>xxviii</sup>, alguno fue llevado para que sirviera a la mesa en el Palacio de Oriente y afincó su descendencia en Madrid.

Pues bien; otro de estos distinguidos Gallástegui, padre del actual as de la pelota, en sus buenos años mozos, bajaba del caserío de Asoliarza<sup>173</sup> a trabajar como temporero de la brigada municipal en las labores extraordinarias que precedían a las fiestas patronales, nuestros famosos Sanjuanés de toros y fogatas. Todos los años había que tirar unos cuantos barrenos para igualar el piso róqueo de la plaza, como si fuese verdadera la teoría geológica de *Arambeltz*, “kashagiña” que sostenía que las piedras, y por tanto las montañas, crecen, como lo prueban los peñascales que afloran en las heredades y que cada vez se hacen mayores.

Y una vez que el barreno tardaba en explotar y se hacía demasiado larga la comprometida espera, este Gallástegui del cuento miró desde su esbelta altura en todo su derredor, al mismo tiempo que decía, con la mayor naturalidad y saliéndole del fondo insobornable de su pecho, estas palabras:

—*¿Ez aldok amen ara bialtzeko gauza ez daben gizon bat?*

Lo que viene a significar: ¿No hay por aquí a la mano algún hombre *que no sirva*, para despacharle allá? *Que no sirva*, en el mismo sentido de las piezas que en la armería, por no llenar el canon, no sirven y van a la chatarra.

---

<sup>xxviii</sup>. Palaciegos, por lo menos desde Felipe IV. En el *Diccionario Geográfico-Histórico de España* (Imprenta de la viuda de J. Ibarra, Madrid, 1802) del que no salió a la luz sino la Sección I, que corresponde a las Provincias Vascongadas y Navarra, en el artículo Eybar, se dice: “*En la casa torre de Isasi, está el (retrato) del infante Don Francisco Fernando, hijo del Señor Felipe IV, en traje de cazador con la escopeta en la mano y un perro a su lado. En virtud de real cédula del mismo rey, despachada en Madrid a primero de junio del año 1630, se hizo entrega de la persona del Infante, encargando de su educación a Don Fernando Isasi Idiaquez, caballero de la Orden de Santiago, natural de esta villa, en la cual murió el Infante el 11 de mayo (mayo dice el texto, pero debe ser marzo a juzgar por lo que sigue) del año 1634, como consta en los libros parroquiales, y fue trasladado al panteón del Escorial el día de sábado santo del mismo año*”.

El atuendo cinegético del retratado se justifica por lo que se dice más abajo en el mismo artículo: “*En la montaña que está a la parte s. y se denomina Galdaramiño, se crían árboles de toda especie, muchas yerbas medicinales, jabalíes, raposos y gatos monteses*”.

---

<sup>173</sup> El caserío de Asoligarza, en Amaña. En 1949 escribe Azoligarza.

## Más allá del mundo

El entretenimiento de los caminos vecinales que hacen practicable lo accidentado de nuestros montes corría a cargo de los labradores regimentados en valles, que se ponían de acuerdo para hacer su prestación personal. Iba el guardamontes el día de la cita sobre el lugar del trabajo y entregaba a cada uno de los que habían acudido a la prestación un bono-ración de pan y vino a expensas del Municipio, que los beneficiarios hacían efectivo el siguiente domingo en la taberna de costumbre, después de la misa de ocho y media.

Los vecinos de Kiñarraballe<sup>174</sup> se reunían ordinariamente a este efecto en la de *Buru*, en Pikarkale, y *Chachín*, del caserío del mismo nombre en Urkidi<sup>175</sup>, que había hecho el servicio en las Filipinas, solía referir en la ocasión sus penas y trabajos en el país de los tagalos y los igorotes, donde nuestros pobres soldados no habían sufrido menos que en las maniguas de la isla de Cuba. Y tanto le habían oído decir de las “Pillipiñas”, sin que ninguno de los circunstantes tuviese idea de la situación de las fantásticas tierras aquellas, que un día Joshe-Mari *Tutulukua* le hubo de preguntar:

—¿Y dónde se encuentran esas Pillipiñas? —pensando él que a lo mejor podrían estar más lejos que la Montaña, de Santander, de la que tenía noticia por haberla divisado en la lejanía azul, cuando estuvo en los “trozos” de Somorrostro. Porque nuestros aldeanos, en su mocedad, solían ser llevados a los “trozos” por los avisados contratistas que trabajaban las minas de hierro de Vizcaya, a practicar el *stajanovismo* mucho antes de que lo redescubrieran los capataces de la URSS<sup>176</sup>.

A lo que el interrogado, lleno de suficiencia, trazando con el dedo mojado en vino un amplio círculo sobre la mesa, dijo que aquello era el mundo. Y luego, señalando un punto distante fuera del círculo, añadió:

—Pues bien, aquí están las Pillipiñas.

Este Joshe-Mari *Tutulukua* es el mismo que, un día que yo iba leyendo a mis clásicos por tierras de su caserío, me paró para preguntarme si era cierto que habían matado al rey en Portugalete. A una distancia como de tres o cuatro años había captado, como un rumor a confirmar, la noticia de la tragedia que tuvo lugar en la Plaza del Comercio, en Lisboa, Portugal, prólogo del triste fin de la dinastía de los Braganza<sup>177</sup>.

Y como para él no había más mundo que el que podía divisarse desde Galdaramiño, con un apéndice, Vizcaya adentro, que comprendía las minas de Somorrostro, tampoco había otro Portugal que Portugalete, en el estuario del

<sup>174</sup> O Kiñarraga, uno de los valles que rodean Eibar, situado en la vertiente sur del Ego. En 1949 escribe Quiñarra-valle.

<sup>175</sup> En 1949 escribe Urqui.

<sup>176</sup> En 1949 añadía que este trabajo se hacía por “...él y otros paisanos suyos en perjuicio de castellanos y gallegos”.

<sup>177</sup> El 1 de febrero de 1908 el rey Carlos I de Portugal y su heredero fueron muertos a tiros en esa plaza por un complot republicano.

Nervión, ni otro rey que el que aparecía en los dineros por los que él sudaba sobre la tierra ingrata de Kiñarraballe.

### **Los Azpiri**

Los Sarasqueta, que habían bajado del caserío de Azpiri, en el valle de Mandiola, a los oficios de la armería, fueron los más excelentes maestros basculeros. Ambos hermanos, por privilegio de esa misma excelencia, se dedicaron luego, cada uno por su lado, a montar escopetas finas de caza<sup>178</sup>. Pronto se acreditaron en el comercio por su conciencia profesional, que era exigencia para todos sus demás colaboradores, no tolerando medianías ni en las operaciones más secundarias.

Juan José, que era el más bruto, no llegó a pulirse como su hermano Víctor, que alcanzó a tratar personalmente con el rey y muchos grandes de España, que le pasaban sus solecismos y concordancias vizcaínas en gracia a lo bien que tiraba y a lo mucho que entendía en materia de escopetas y operaciones de caza. Tenía Juan José su obrador, tabique de tablas por medio, pegado al de Aquilino Amuátegui, en los talleres de Pagey, junto a la estación del ferrocarril, trabajando ambos como buenos vecinos. Tenía el Sarasqueta al Amuátegui en una gran consideración de valiente, hasta un día que el socialista, que le servía de intérprete con un turista comprador que pretendió regatearle, no se atrevió a trasladarle a este de manera textual el “váyase a la mierda” que el otro le repetía en vascuence, perdiendo con ello a sus ojos mucho del prestigio de león en que le había tenido hasta entonces.

Contaba Amuátegui que un día, a pesar de que llovía sobre mojado, hubo de alarmarse de verdad con los gritos, amenazas e improperios que el airado patrono descargaba sobre algún desgraciado que le había hecho algún estropicio irremediable. Corrió presuroso hacia el vecino, tropezando en el pasillo con *Otua*, un artista en su especialidad que vivía a salto de mata despachando de vez en cuando algún encargo que le caía, que salía del obrador de Juan José rezongando por su parte y como sacudiéndose los improperios que habían llovido sobre él. Entró Amuátegui con la natural alarma en el cuerpo y halló al patrono con la obra que el *Otua* le había entregado en las manos en una actitud admirativa, y antes de que el visitante abriera la boca, se adelantó el otro a decirle:

–¡Solo ese, ese solo que acaba de salir, es capaz de una maravilla semejante!

–Y ¿por qué en ese caso le ha maltratado usted de esa manera? –le preguntó asombrado el socialista y no sin cierta indignación.

–Trata tú bien a esa gente –le contestó el admirado patrono–, y verás lo que te hacen.

---

<sup>178</sup> En 1949 agrega que eran “de mucha calidad y alto precio”.

# Los tiempos del neófito

## del neofito



*Elgeta-Kale*

Dibujo de Julen Zabaleta

## **La claridad de las horas tempranas**

Huelga decir lo que ya habrá observado cualquiera: que el país de los recuerdos del viaje a que estas notas se refiere no es ningún lugar geográfico, sino paisajes en el tiempo. En el tiempo en que ha sido la vida del que esto escribe y la de los pocos que habrán de leerle, si bien estos paisajes ocurren invariablemente en el valle del Ego, en un pueblo que, así como se llamaba villa —y lo era por los muros, las puertas y las cárcavas que había tenido cuando nuestros abuelos—, hubiera podido llamarse universidad como Régil o república como Abando por lo vivamente que sentía, por una parte la vida pública, y por registrar por otra, en su sensibilidad de la Historia, el latido de lo universal. Sensibilidad de la Historia que rozaba más que con un pasado brumoso en que apenas debió hacer otra cosa que trabajar, virtud condenada siempre a la oscuridad, con lo futuro, por la significación de promesa que encerraban las novedades de que se dejaba penetrar.

Después de aquella aurora que alumbró sobre Eibar, descubriendo no pocos de sus lunares y despertando ansias de mejoramiento y elevación, corresponden los tiempos del neófito que vino a ser el antiguo mandadero, el secretario y el escucha inadvertido de los obradores artesanos de Chirio-kale, luego de su periodo escolar. Digo inadvertido, porque los mayores ignoran a los chicos creyendo hablar un lenguaje que éstos no alcanzan a comprender; pero se engañan, por cuanto el claro cielo de su mente está dispuesto mejor en aquella temprana hora para captar muchas cosas, que no luego que lo hemos poblado de nebulosidades e incertidumbres y, sobre todo, de trastos inútiles que evidentemente estorban, pues nada tan falso como el dicho tan repetido de que el saber no ocupa lugar.

Creo que tendré ocasión de decir con qué claridad me representaba yo entonces las abstracciones de la gramática, y poco después, cuando entré a saco en un arcón del desván de nuestra casa lleno de infolios teológicos, con qué seguridad avanzaba en la noticia de los altos misterios del dogma.

De la misma forma captaba yo la sustancia que trasudaban las conversaciones a que asistía, haciéndome el distraído, en los obradores artesanos de nuestra calle; y como entonces todavía me consideraba beligerante desde la acera de enfrente como asiduo de la catequística, inventaba en mis adentros argumentos en contra, que a veces me aventuraba a sacar a luz, lo que provocaba en los mayores la curiosidad de averiguar quién o dónde me habían soplado aquellas razones para repetir las en la circunstancia.

Y es que en aquella prístina hora vemos o creemos ver claro, porque las cosas se nos representan sin atropello y en su máxima simplicidad, con un perfil que completa la imaginación. Es luego, cuando el cúmulo de experiencias de la vida, descubriéndonos los mil pliegues insospechados de lo más elemental, que nos sobreviene la fatigosa impresión de un enturbiamiento de la realidad, como un oscurecerse las cosas. De ahí la necesidad de ir desaprendiéndolas en su manera anterior a causa de enfocarlas a mayor profundidad. Aprender resulta así un desaprender, y salvo la intención política con que se dijo, no era una burrada aquello de que nuestros escolares habían de pasar la mitad de la vida desasnándose de lo que se afanaran en la otra mitad.

### Nuestro maestro *el Fosforero*

Acabados los cursos de la escuela con don Zacarías Ramos, *el Fosforero*—porque, como dije, ni el maestro, con ser institución tan respetable y querida la persona, se libraba del alias correspondiente—, vino, como era el caso de todos los muchachos que hubiesen doblado el cabo de sus diez años de edad, la hora de ingresar en un taller. Yo tenía once cuando empecé a ser útil a mi padre en su oficio de grabador. Entre los costos de la manufactura de armas de caza siempre entró como partida de las más importantes la de su decoración. En tiempos de nuestros abuelos, y aun de mi padre, se prodigaba el oro y la plata en finas taraceas y labrados y había grandes artistas en este ramo. Hoy todo lo hace el buril y apenas gustan las antiguas incrustaciones, y quizás sea José Guisasola, el representante de la filosofía materialista y mecanicista del Universo de quien ya dije algunas cosas, el último que las hiciera con sus finas manos de artista.

Pero no quiero pasar adelante sin decir algo acerca de don Zacarías Ramos, maestro de varias generaciones de eibarreses en la dura tarea de cepillarnos un poco nuestra aspereza original.

Era el maestro Ramos de un pueblo erdérico de Álava, pues solo en Aramayona y en Villarreal se habla vasco en aquella provincia hermana. Álava proveía al magisterio, como Navarra proveía al benemérito instituto de la Guardia Civil. Nuestros pueblos de Guipúzcoa y Vizcaya, aparte los pelotaris y los corredores de frontón, daban novicios para la Compañía de Jesús. Esta buscaba en los viveros de las escuelas entendimientos claros, con agilidad discursiva y dialéctica pero el carácter dúctil, aptos para plegarse a la regla difícil y someterse a todo *sicut cadavere*<sup>1</sup>. Los espíritus rígidos e inflexibles, con la fe como el cristal, son buenos para santos, pero los santos solo están bien en el cielo y en los altares.

En este bajo mundo de la política y las conveniencias suelen constituir un problema por su rigidez quebradiza, y no pocas veces obligan a actuar al Pretorio o a la Inquisición. La Contrarreforma, que fue una especie de movimiento fascista en aquella

<sup>1</sup> Del latín, “como un cadaver”. Referencia a una de las 26 normas de San Ignacio.



época de crisis religiosa, ha podido servir de patrón y prestar sus técnicas a los totalitarismos de la nuestra, especialmente a Rusia, que las ha estudiado a fondo. Hoy, un comunista de exportación, formado en los almárgicos del partido en Moscú, lleva tanto de las constituciones de San Ignacio como de las técnicas del golpe de estado tal como las han establecido los Lenin, los Mussolini y los Hitler.

Nuestro buen *Fosforero* era, en su cabal sentido, lo que los antiguos llamaban maestro de Gramática. Disciplina en que cargaba el acento de sus empeños, pues debía considerar lo fundamental de su misión el corregirnos de barbarismos, solecismos y concordancias vizcaínas. Sus clásicos se reducían prácticamente a una sola autoridad, a quien admiraba sin duda por afinidad temperamental, pues era muy dado a los apólogos, y acaso por una especie de patriotismo u orgullo local: Félix María de Samaniego, el fabulista de la Rioja Alavesa y socio fundador de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, madre a su vez del Real Seminario de Vergara, donde, según creo, actuó alguna vez de profesor.

Las fábulas de Samaniego –de un encanto no inferior a las de La Fontaine–, en las que los animales de Esopo y de Fedro hablan en castellano con el mismo ingenio y la misma gracia con que lo hicieran en latín o en griego en los tiempos clásicos, eran el texto obligado de nuestras lecturas, y recuerdo que un inspector de primera enseñanza se lo reprochó, diciendo que apenas habría en toda España una docena de recitadores capaces de leerlas con propiedad. Yo creo que el inspector tenía razón, pero también la tenía el maestro, y acaso en mayor grado, porque me acuerdo que nada solía impresionarnos más agradablemente a los niños que la soberana sencillez con que las bestias hablan en el reducido marco de estas composiciones, discurriendo sobre las grandes verdades de la vida a que debíamos asomarnos poco después.

Las tardes de Historia Sagrada se hacían esperar por los chicos, pues tenía excelentes dotes para la narrativa, salvando con arte los puntos escabrosos en que abunda la Escritura. Cuando nos hacía escribir al dictado, aunque callaba el destinatario, nos dictaba cartas, como la Marquesa de Sevigné, a la atención de una hija suya que ejercía la misma profesión en Mondragón, y se deleitaba amorosamente hablándole de las cosas de “la bucólica”, ya que también este representante de la famélica clase que eran entonces los maestros de escuela padecía esta debilidad común de los eibarreses de gustarle mucho y de lo bueno.

Su ayudante, o sea el maestro de la Sección Elemental, Lope de Vega y Chaperó, andaluz de Ronda que se casó con una señorita de Eibar, era, aunque contrahecho, lo más pulcro que se pueda imaginar, y todo en él era delicadeza, corrección y protocolo. Algunas veces me he acordado de él oyendo a don Fernando de los Ríos<sup>2</sup>,

---

<sup>2</sup> Fernando de los Ríos (1879-1949) fue un político e ideólogo socialista. Figura relevante del socialismo humanista, que buscaba la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera a través de una reforma del sistema liberal burgués desde dentro, en contraposición a la vía revolucionaria que quería su destrucción desde fuera.

por aquello de que este también era rondeño y de condiciones morales parecidas. El más ínfimo de los alumnos del señor Vega y Chaperero, con sus mocos y sus harapos, era siempre el señor Fulano de Tal, a quien rogaba tuviese la bondad de sonarse las narices con su pañuelo, si es que lo tenía. El maestro Ramos, en cambio, mirando por sobre los lentes desde el estrado, gritaba a los enredadores del otro extremo del aula:

—¡Si voy ahí, os pongo el culo como tomate!

Para este efecto, pues muchas veces la amenaza no quedaba en palabras, tenía una especie de pala alargada de que le proveía un carpintero, su vecino, a quien odiábamos por esta circunstancia, y toda la conspiración de los chicos consistía en aprovechar las breves ausencias del maestro para frotar bien de ajo, y aun mecharlo de lo mismo, aquel instrumento de conminación y tortura, por cuanto corría la especie entre los de la escuela de que aquel unto hacía saltar en pedazos a la madera a poco que el maestro forzara el castigo.

Dejaré aquí una muestra de los apólogos y charadas que el maestro Ramos gustaba proponer, si bien es obligado aclarar que este no corresponde a los de la clase, sino a los de la tertulia de sus amigos:

Estudiantes que estudiáis  
y tenéis el saber hondo,  
¿cómo es que el burro cague cuadrado  
teniendo el culo redondo?

## La catequística

Complemento de nuestra educación en la escuela era la catequística. Las sesiones orales en la nave de la iglesia desierta a cargo de uno de los beneficiados de ella, utilizando para las lecciones nuestra lengua vernácula, podían recordar la sinagoga, tal como debió funcionar la de Nazaret, por ejemplo, cuando acudía a ella el hijo del carpintero de que hablan los Evangelios. Nuestra iniciación en la metafísica cristiana hacía tropezar a nuestros maestros, si no con las mismas, con bastantes de las deficiencias de léxico con que hubieron de luchar los primeros misioneros de la fe en estas tierras del vascuence, con todo y haberse euskerizado tantas expresiones latinas de carácter eclesiástico. Las sutilezas de la Escuela de Alejandría<sup>3</sup>, de las que ya aparece impregnado el cuarto Evangelio y que se continúan triunfalmente en la Patrística

---

<sup>3</sup> La Escuela de Alejandría, que floreció en esa ciudad hacia finales el siglo II de la Era Cristiana, fue una de las primeras y más importantes escuelas hermenéuticas de la Biblia. Obligado a competir con otras religiones y filosofías ya establecidas en una ciudad con una gran tradición dialéctica, filosófica, cultural y científica, el cristianismo tuvo en esta escuela un sólido grupo de pensadores que iniciaron una interpretación de los textos sagrados cristianos y que, sobre la base indisputada de la revelación y la fe, construyeron un sistema filosófico basado en la razón, en condiciones de mantener el campo frente a otras corrientes y escuelas de pensamiento.

griega<sup>4</sup> informando los principales dogmas de la Iglesia, no eran fáciles de desarrollar en nuestra lengua milenaria ni allanar su contenido a la inteligencia de los niños que discurríamos en vascuence.

Así sucedió una vez el siguiente *quid pro quo*<sup>5</sup>. Un día que el cura quería enseñarnos cómo los hombres somos un compuesto de cuerpo y alma, para luego pasar a explicar la materialidad física y precedera del cuerpo en oposición a la inmaterialidad, la perennidad y demás atributos del alma, en realidad, queriendo discurrir sobre las cosas visibles e invisibles que reza el símbolo de Nicea, luchando el cura con aquellos conceptos sutiles y las deficiencias del léxico cotidiano, vino a resumir la cuestión preguntándonos en el vascuence que logró sacar adelante:

—¿Con qué cosas, pues, se compone un hombre?

A lo que uno de los catecúmenos, a quien como a casi todos había resbalado sin efecto mayor toda aquella metafísica, tomándolo en sentido directo, natural y familiar y con referencia al mundo elemental que vivía a diario, contestó:

—Pues a lo que yo entiendo, con una aguja, un poco de hilo y una mujer que lo sepa hacer.

De la moral de aquellas lecciones de la catequística una sentencia, que repetía muchas veces uno de los maestros de aquellas sesiones, me quedó impresa para siempre: que los pecados pequeños de los grandes suelen ser mayores que los pecados grandes de los pequeños. Por eso el Bautista, el más grande de los nacidos de mujer según lo dijera el mismo Redentor, era menor que cualquier pequeño del Reino de los Cielos (Lucas 7,28). Y, cómo era sabido, el Reino de los Cielos es de los niños “y de los que en la vida vuelvan a ser pequeños y sencillos como ellos”.

¿No vale eso por cien cursos de ética que hubiera podido pasar si hubiera tenido que graduarme en algo? Este mismo trabajo que estoy haciendo, ¿no es un tributo que quisiera pagar a aquella moral? ¿Hay algún ideal superior a la aspiración de ser limpios y sencillos como los niños?<sup>6</sup>

## La Academia de Dibujo

El Dibujo era un curso obligado para los muchachos de Eibar, cualquiera que fuese el oficio a que nos habían de destinar los padres. La mayoría de los de la armería requerían este conocimiento para su perfección y excelencia. Ya dijimos que la decoración era uno de los costos principales en la manufactura de las armas, aun en nuestro

<sup>4</sup> Se denomina Patrística al periodo más temprano de desarrollo del cristianismo como sistema de pensamiento, desde principios del siglo II, hasta alrededor de mediados del siglo VIII, durante el cual los llamados Padres de la Iglesia establecieron los fundamentos de la doctrina cristiana.

<sup>5</sup> Expresión latina que significa literalmente “algo por algo” o “una cosa sustituida por otra”. En este caso utilizada en su sentido originario, el de referirse a un equívoco conceptual o gramatical, y no al uso, más extendido hoy día por contaminación del inglés, de intercambio recíproco.

<sup>6</sup> Este párrafo no consta en el manuscrito de 1949.

tiempo. Y, aparte la armería, en el arte del damasquinado, que en Eibar (y Toledo) deben a la familia de los Zuloaga, y que gozaba todavía cuando nosotros entrábamos en la vida de un merecido prestigio, antes de caer del todo en un amaneramiento en que luego se ha rebajado e industrializado, para venir a ser una especie de pacotilla para los bazares de feria y lugares de turismo barato.

Los maestros grabadores del damasquinado que se establecieron en Madrid, en Toledo, en Barcelona y otros lugares procedían del taller de don Plácido Zuloaga, en Eibar, o de los de sus discípulos inmediatos que se establecieron por su cuenta. El hecho de que por razones comerciales se haya llamado por algunos al damasquinado “arte toledano”, no destruye la verdad de lo dicho.

Don Plácido Zuloaga, a quien conocí de cerca cuando fui a parar como aprendiz a casa de los *Ertzill*, que era vecina a la de los Zuloaga en la calle María Ángela del Rabal<sup>7</sup>, era tan grande artista como buen comerciante y fantástico narrador de aventuras extraordinarias, y en sus buenos tiempos habíase procurado sus encargos en las cortes europeas y cerca de los magnates de la aristocracia, el teatro y el dinero.

Gracias a tan privilegiada clientela, en la que figuraban, desde el zar de las Rusias hasta la Patti<sup>8</sup>, tuvo ocasión de ejecutar obras en que el damasquinado pudo desarrollar todo lo que le estaba permitido dar de sí. Porque la del damasquinado es una pesada servidumbre, desde el momento que solo puede aplicarse sobre hierro dulce. Cuanto padece de esta limitación o servidumbre puede verse en el Mausoleo de Prim, ejecutado por aquel Zuloaga, y que en el claustro de la Almudena, en Madrid, destinado a los grandes hombres, lucha penosamente con los meteoros que acabarán de echarlo a perder del todo<sup>9</sup>.

Vicente Iriondo, *Manchón*, del caseío de Urko, Tomás Guisasola, Fausto Mendizábal, Donato Sarasúa y otros cien discípulos de don Plácido trabajaban aún en el esplendor artístico del oficio, cuando nosotros íbamos a la Academia de Dibujo. Era el periodo de las grandes Exposiciones Universales, y antes de salir nuestras obras

---

<sup>7</sup> La calle María Ángela seguía, aproximadamente, el recorrido de la actual calle Errebal.

<sup>8</sup> Adelina Patti (1834-1919) fue una soprano italiana de gran renombre en el último cuarto del XIX.

<sup>9</sup> Joaquim Prim i Prats (1814-1870), militar arrojado, conspirador impenitente, fue el más conspicuo de los espadones del XIX español. Cabeza visible de la Revolución de 1868 que derribó a Isabel II y adalid del partido progresista, su popularidad entre los sectores populares más radicales era enorme. Fue asesinado en Madrid, en circunstancias poco claras, cuando se encontraba en la cúspide de su poder. Esto puso en marcha una serie de acontecimientos políticos de gran calado. Dio al traste con la revolución de 1868 como vehículo de una regeneración de la España liberal, condenó a la monarquía de Amadeo de Saboya que él había traído a una pronta desaparición y abrió el camino a la Primera República, cuyas dificultades allanarían el camino a la guerra civil, cantonal, colonial y carlista y esta a la Restauración.

Su mausoleo, una de las grandes obras de Plácido Zuloaga que lo ejecutó entre 1874 y 1875, estuvo primero en Madrid, siendo trasladado a Reus, su ciudad natal, en 1971. En 2014, para celebrar el bicentenario del nacimiento de Prim, se sometió a una completa restauración para borrar los estragos del óxido y la intemperie.

maestras para aquellas exhibiciones en París, Londres o Chicago, se exponían al pueblo, y recuerdo haber visto en calidad de vecino algunas de aquellas maravillas<sup>1</sup>.

De mis estudios de dibujo en la Academia, bajo Toribio Zulaica y José Felipe Artamendi, cuando luego de los motivos ornamentales del Renacimiento entré a copiar del natural, recuerdo que alcanzaba a reproducir medianamente el busto de Sócrates. Era un feo simpático en el modelo de yeso que tenía presente y seguramente yo le hacía más feo, pero bien me holgara si no le restaba simpatía. Filósofos ambulantes como aquel viejo ateniense cargado de intención e ironías los había en nuestro pueblo, que iban por las tertulias de los artesanos y el humo de las tabernas sembrando sentencias, aunque en Eibar nunca había habido ningún profesor de Filosofía. Lo que no es menos, sino más, que aquello que decía otro hablando de su pueblo, donde no faltaban engolados profesores de Filosofía que repetían toda la suma escolástica y, sin embargo, no había ningún filósofo.

### Un socrático<sup>11</sup>

Una breve digresión ahora para presentar a uno de los socráticos de aquellos tiempos. José Manuel, que descendía de los *Auntza*, sucedió a *Tarrankan* en el cargo de pregonero de la villa, función que iba adscrita a la de tambor en la banda municipal de tamborileros, y era uno de los que trabajaban mucho por no trabajar<sup>12</sup>.

Porque trabajar en aquel Eibar solo se entendía del encerrarse en un taller y ensuciar las manos tirando de martillo o lima, que no el rodar por la calle en comisiones de servicio hablando por parábolas en las esquinas. Sus anécdotas son tantas como las de Fernando de Amézqueta, pero muchas son intraducibles, como aquella de las consecuencias de una queja de Josefa Oizete al alcalde respecto a sus pregones. Yo le retrataré con un pequeño sucedido del que fui testigo.

---

<sup>1</sup>. He aquí cómo describe al Eibar de aquella época Arsène Alexandre, crítico de arte en el *Figaro Illustré*, en un ensayo sobre Ignacio Zuloaga, el pintor, hijo de Plácido: “*Eibar, sort de Tolède du Nord, où toute une population forge des armes à feu, damasquine des coffrets et des bijoux, trempe des lames de sabre et de coutelas; ou il-y-a encore des nains comme ceux de Velasquez* (se refiere a Primo, un obrero de Villabella, retratado por Ignacio en su primera época) *et une eglise tapissé de boiseries sans pareille...*”<sup>10</sup>

<sup>10</sup> En francés: “Eibar, especie de Toledo del norte, donde todo un pueblo fabrica armas de fuego, damasquina estuches y joyas, forja las hojas de sables y machetes; donde todavía quedan enanos como los de Velazquez y la iglesia está cubierta de tallas sin igual...”

<sup>11</sup> Por el tratamiento tipográfico que se le da en la versión de 1949 también parece que este epígrafe fue creado en 1956 separándolo del anterior.

<sup>12</sup> La descripción de esta persona es algo diferente en 1949: “*Bien socrático es, por ejemplo, el caso de José Manuel, el pregonero, tercer elemento al mismo tiempo de la banda municipal de tamborileros, con el cura de Aguinaga, distanciado barrio rural en nuestra jurisdicción*”.

Un día, disimuladamente, vuelto de espaldas al beneficiado, José Manuel daba su mendrugo de pan, que había sacado para su desayuno en la calle, al borriquito de un mozo de la estación, un simpático animal que conocíamos todos y al que solo faltaba hablar para contarle en el número de los vecinos. Y como, a pesar del disimulo, los presentes le descubrieran el delito y le reprocharan diciendo si no tenía hijos bastantes a quienes estaría mejor aquella su liberalidad, José Manuel, sin cambiar de actitud ni interrumpir la operación, les dijo con una unción evangélica que le hubiera envidiado más de un predicador:

—¡Haz bien sin mirar a quién!

Llegado al honorable cargo de pregonero, solía acudir con la banda de tamborileros a la anteiglesia de Aguinaga el día de San Miguel Arcángel, patrono de la barriada, a fines de septiembre, cuando los suaves y claros días otoñales en los que se recoge a casa el helecho y se cosechan los hongos a montones. En el programa de la fiesta figuraba, ¡cómo no!, una gran comida con asistencia del cura, el alcalde pedáneo, los tamborileros y el alguacil encargado de los cohetes y luego las personas de pro del barrio.

De sobremesa, hablando de lo divino y lo humano, y viniendo la pregunta al caso por tratarse del vientre y sus aledaños, recordando el cura, gran comelón, a Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita<sup>II</sup>, dijo maliciosamente a José Manuel, padre de numerosa familia:

—¿Pero es que podría vivir el hombre sin la mujer y sin el pan?

A lo que el aludido, conociendo la intención, contestó de plano, diciendo:

—Ya lo creo que sí, y perfectamente. Con el ama y la oblata<sup>III</sup>.

## La biblioteca del Centro Obrero

Cuando luego de la escuela, la catequística y el dibujo ya habíamos hecho algún aprendizaje, interrumpido este por el fallecimiento de nuestro padre Nicanor, varios muchachos de la misma edad, que íbamos juntos por razones de vecindad aunque trabajábamos en lugares distintos, empezamos a frecuentar la biblioteca del Centro Obrero de Bidebarrieta. No había otra abordable, pues la del Casino de la Amistad, nutrida de las ediciones monumentales de Montaner y Simón, ilustradas en su mayor

<sup>II</sup>. Como dice Aristóteles, cosa es verdadera,

El mundo por dos cosas trabaja: la primera

Por haber mantenencia; la otra era

Por haber juntamiento con fembra placentera.

El libro del Buen Amor. 71.

<sup>III</sup>. Oblata. Tortas de harina que los familiares ofrendan a los muertos y se ponen sobre el paño simbólico que guardan todo el año sobre el pavimento de la iglesia a modo de sepultura, y, que, terminado el oficio, recoge el sacristán a beneficio del cura.

parte por Gustavo Doré, era coto cerrado de los socios que se limitaban a admirar las estampas, y la municipal no había de nacer hasta que los socialistas empezaron a influir en el Ayuntamiento.

Esto sería hacia 1903, y apenas me habían menguado los fervores en que había ardidado, bajo el sueño infantil de vivir una vida de pureza y santidad, para lo cual yo no advertía entonces en el horizonte de mis días ningún obstáculo mayor. Al contrario, aún me seguía pareciendo aquel sueño como una invitación a suavidades que no había sino gozar, aunque trabajando como ya trabajaba, con patrono y en montón, algunas veces tenía que tropezar, y tropezaba, con la prosa y la brutalidad de la vida práctica.

No sé qué diga de mi fe entonces, pues la religión, que la teníamos como teníamos el vascuence —esto es, sin saber cuándo ni cómo—, siempre fue para mí fuente de poesía y de suaves sentimientos en los que tenían que ver muy poco los terrores de la superstición. Y cuando andando en el tiempo y en la vida vine a tropezar con otras fuentes de poesía y belleza espiritual que no supe desdeñar, resultó que me encontré, no sin sorpresa de mí mismo, como despertando en tierras de otro país, sin desgarramientos trágicos como los que refería Meabe y sin haber tenido necesidad de renuncias ni abdicaciones formales.

Supongo que nunca debieron esclavizarme demasiado lo formal y la letra de los dogmas, que era la manera religiosa de nuestra madre Isabel, pues luego tampoco he dado demasiada importancia a esas cosas. Y se comprende que, prescindiendo de tales adjetividades, lo sustancial de la emoción humana y humanísima que late en el fondo del Evangelio y el socialismo haya podido parecerme bastante semejante, para que, viajero inexperto como yo lo era, me pudiera ocurrir el transponer la frontera de una fe sin darme cuenta de que amanecía en el país de otra, con una bandera y una ley distintas a las de la anterior.

En el desván de nuestra casa de Chirio-kale, junto a un arcón con los papeles del General Montes, que sirvió al titulado Carlos V en la Primera Guerra Carlista y estuvo alojado en ella, había otro lleno de librotos en latín y en castellano en que yo madrugaba a curiosear, por ser curioso de todas las cosas desde la más tierna edad; vicio o virtud que me había valido el sobrenombre escolar de *Txindurri*. Y a la hora en que mis condiscípulos no sabían contestar a las más sencillas preguntas del Astete, yo salía en la catequística con altos conceptos teológicos que sorprendían a los maestros, que no se explicaban de dónde tenía yo aquella ciencia infusa. Su sorpresa no hubiera tenido límites si hubieran llegado a enterarse de las escabrosidades a que también había tenido acceso en los tratados de teología moral que allí había, en los que se analizaban minuciosamente los más tenues matices de las cosas nefandas en que puede incidir el hombre.

Ninguna de aquellas subrepticias lecturas me sirvió de tan honda revelación como el texto de unos libritos de a perra gorda que un día compré a un George Borrow de

paso por Eibar, que si no sabía el caló de los gitanos, hablaba un euskera de Goi-erri suave y enjundioso<sup>13</sup>: eran los Evangelios y los Salmos. La poesía de los Salmos no me era totalmente desconocida.

Algo de su grandiosidad y sus hipérbolos majestuosas, según la manera hebrea, transcendía del latín litúrgico en que se prodigaban en la iglesia, y un alma sedienta y una imaginación activa como la mía acababan por comprenderlas. Pero la novedad de los textos evangélicos, que habían permanecido casi enteramente inéditos para mí<sup>IV</sup>, me hizo la impresión de los arroyos que descienden de la montaña, yo que amaba tanto la Naturaleza y estaba enamorado de ella con toda mi alma entonces impoluta.

Como aquellos libritos me sirvieran de devocionario en la iglesia, alguien debió advertir que estaba bebiendo en “libros protestantes” y me los retiró el confesor. Pero, a pesar de mi sumisión a su autoridad, no tardé en volver a procurármelos y saborearlos en privado. El horror protestante de que movían tanta alarma pronto vi que no estaba en la versión y que era falsa su atribución gratuita de alteraciones criminosas. Lo que faltaba eran las notas, las anteojeras que hay que ponerse para no torcer, como si no bastara el corazón para comprender rectamente aquella sencilla doctrina formulada para los simples y los limpios y los pobres de la tierra<sup>14</sup>.

Cierta vez que un amigo de la casa advertía a mi madre del exceso de mi celo piadoso, no sé si en interés de moderarlo con miras a la vida práctica en que aún no me había iniciado, o si para llevar el agua al molino de alguna religión, como ya lo habían hecho con otros de mi edad, mi madre, que tenía mundo, le dijo de manera que yo lo oyese:

—Habrá que ver lo que piensa a los dieciocho años.

---

<sup>IV</sup>. El católico español, ordinariamente, no conoce del Evangelio, aparte el nacimiento de Jesús en el portal de Belén según los villancicos de Navidad, más que el episodio de la Pasión, tenido de segunda o tercera mano. De este triste episodio de la Pasión, dramatizado al sumun por la imaginería y el arte popular, no ha sacado sino un odio grande contra los judíos. Y no habiéndolos en España desde los Reyes Católicos, los sustituye con los no menos aborrecibles liberales, que vuelven a crucificar a Cristo a diario con no sumarse a la sagrada intransigencia y al rey absoluto.

---

<sup>13</sup> George Borrow (1803–1881) fue un lingüista, proselitista, escritor y aventurero inglés. Se fue a vivir muy joven a un campamento de gitanos, con los que compartía su pasión por los caballos y donde aprendió sus costumbres y su idioma, el primero de 35 que llegaría a dominar. Pasó por España entre 1835 y 1840, en plena guerra carlista, en uno de sus múltiples viajes como difusor de biblias protestantes, audacia que en España le costó la cárcel. Fruto de sus aventuras fue un libro titulado *La Biblia en España*, traducido por Azaña, que el autor menciona en su descripción de 1949 de este otro vendedor ambulante de literatura religiosa protestante.

<sup>14</sup> Párrafo añadido en 1956.



A los dieciocho años yo me había tragado buena parte de la biblioteca del Centro Obrero, para cobrar en la vida el beneficio de lo que pudieron haberme enseñado sus libros y pagarles, al mismo tiempo, el tributo de los errores inevitables. Además había ocurrido en mí la revelación de la Naturaleza, insospechada para mí en aquella hora temprana de mi vida, en que todo parecía tan fácil y hacedero...

### **El problema del mal**

En agosto de 1901 ocurrió el fallecimiento de nuestro padre, el menor de los Echevarría Irusta, cuando el pueblo se preparaba a grandes fiestas para inaugurar dignamente la ampliación de la plaza Unzaga, la nueva casa consistorial y el Hospital-Asilo de San Andrés; obras todas ellas que había promovido don Antonio Iturrioz durante su alcaldía. Su enfermedad –la de mi padre–, fue larga y penosa. Una afección maligna le atacó la garganta. Sufrió mucho y sus noches interminables de dolor hubieran probado al mismo Job. Yo, que ya le ayudaba en su oficio y hube de medio atender a su clientela durante su enfermedad y, luego de ella, hasta que entré con un patrono, tenía también el cuidado de sus medicinas y su leche, que se la traían a diario recién ordeñada del caserío de Abontza.

Nuestro padre había sido el amigo de sus hijos, especialmente de mí que le acompañaba más que ninguno en sus paseos por los montes y en sus aficiones geórgicas. Creo que mi amor a la Naturaleza procede de sus gustos. Era un técnico consumado en hongos y setas del país y conocía a fondo la geobotánica de estas criptogámicas en lo que se refiere a nuestra tierra. Amaba a los animales y criaba especies raras de la fauna de nuestros montes, además de sus gallos de pelea. Había ensayado la aclimatación del gusano de seda, utilizando para su experiencia la ermita de San Lorenzo de Urki, con la floresta que le rodeaba<sup>15</sup>, razón por la cual él tenía la llave y la responsabilidad de aquel sagrado lugar y mi madre la de los lienzos del altar. Y alguna vez yo hube de officiar, a falta de otro mejor, la devoción del Viacrucis a los aldeanos de Kiñarra-balle, como era tradicional en todas las ermitas de la jurisdicción, los domingos por la tarde, durante la Cuaresma.

En el trozo de huerta que tenía en Iturribide, de una permuta hecha con los del caserío Chachín<sup>16</sup>, experimentaba semillas y se había hecho con algunas buenas variedades de legumbres de su selección; y en el mes de agosto salíamos al río y a las acequias, a cosechar una planta que suele florecer al borde de las aguas (*Lythrum salicaria?*) y que decía haber servido de excelente lenitivo durante el cólera. Los que en la vecindad tenían necesidad de la infusión de aquella planta curativa acudían a nuestra casa a por la hierba bienhechora y hacíamos liberal obsequio de ella a cualquiera.

<sup>15</sup> Compuesta de robles y hayas, según el original de 1949.

<sup>16</sup> *Txatxingua* en euskera, situado en Urki.

Aquella cruz de su enfermedad, aquel dolor de la carne martirizada en la persona de un ser querido y aquella muerte que piadosamente se había hecho desear por todos no dejaron de plantearme el problema de la justicia. Mejor dicho, el problema de la ausencia de justicia en el régimen y economía del mundo que Dios preside; problema que siempre me había de atormentar en adelante.

Los teólogos profesionales se despachaban con facilidad diciendo que eso de la presencia del mal como potencia distinta está refutado desde el tiempo de los maniqueos por San Agustín. Mas, a despecho de la verdad aceptada de esa refutación y el ingenio acumulado de las soluciones verbales en que descansan los bienhallados de la vida, lo cierto es que cada generación, y cada hombre de los que componen esas generaciones, no ha podido reprimir su protesta cuando la vida le ha enfrentado con la terrible contradicción.

La madre de mis hijas me suele contar, impresionada, de una señora piadosa de nuestra relación a quien había oído blasfemar levantando los puños al cielo en abierta rebeldía diciendo: “*Jaungoiko txarrix!*”<sup>17</sup> porque no podía allanarse a que la muerte le hubiera arrebatado con crueldad y tormento una inocente criatura que había llevado en sus entrañas.

Y es que, en realidad, la terrible cuestión sigue siempre abierta, no como en tiempos de Manes y San Agustín, sino como en los días del atormentado autor del libro de Job, el patriarca.

### **El Dios de otros días**

En la misma casa de nuestros abuelos, los cañonistas de fama, que habitábamos en Chirio-kale, vivía también, en otro piso, el tío Mateo, hermano mayor de mi padre, con su familia. Comercia en metales preciosos y preparaba en láminas y en hilos finísimos el oro y la plata con que trabajaban los del arte del damasquinado. Era una persona bondadosa y de una acendrada religiosidad.

Había estado en Roma cuando el Año Santo, año con que no me acuerdo si terminó el siglo XIX o comenzó el XX, y contaba de la palidez de cera de León XIII, a quien había visto en persona, y de la sandalia desgastada de la estatua de bronce de San Pedro, en la Basílica, a fuerza de besos piadosos. Esto y lo de la *Scala Sacra*<sup>18</sup>, que había subido de rodillas, era lo saliente que recordaba de su visita a la Ciudad Eterna.

Por lo demás, no siendo él hombre como se es, sino como se debiera ser, sufrió mucho en el viaje con la experiencia que hizo de la común ordinariez de la grey hu-

<sup>17</sup> En euskera, “¡Cochino Dios!”.

<sup>18</sup> La escalera del Palacio de Poncio Pilatos en Jerusalén que Jesús ascendió el día de su juicio. Sus 28 peldaños fueron trasladados frente a la Basílica de San Juan de Letrán, por orden de Santa Helena en el 326.

mana, aunque esa grey vaya en peregrinación, rezando el rosario, a postrarse a los pies del Santo Padre.

Viendo este tío mío el cambio que se operaba en mí, y temiendo por el contagio de aquel ambiente emocional que se había producido en el pueblo con la novedad del socialismo —que en Chirio-kale era más denso aún que en el resto—, se creyó en el caso de llamarme aparte y un día me dijo a solas, con tono paternal, lo que no dejaba de advertir mi madre pero sin excesiva alarma:

—¿Qué has hecho, sobrino, del Dios de otros días?

Yo no sabía lo que había hecho de mi Dios de otros días, pero la verdad era que me lo habían cambiado. Lo sentía de otra manera. No es que me hubiera curado de lo que Tomás Meabe solía decir “el susto de Dios”, del Dios de la terrible Majestad, el Dios de ira<sup>v</sup>, que nunca lo fue para mí, porque ya dije que poco habían tenido que ver en mis sentimientos religiosos los terrores de la superstición. Pero lo cierto era que algo profundo había cambiado en mí y era otro sin dejar de ser el mismo.

Mas ya podían confiar mis mayores que no iba a ser nunca un enemigo personal de Dios como los lectores de *El Motín* y el mismo Meabe, no habiendo tenido que luchar con él como Jacob, ni para admitirlo ni para rechazarlo. Todo ocurrió en mí como cuando dice la Escritura que dejará el hombre venido a amores a padre y a madre, para que sigan ellos viviendo en su viejo mundo, mientras el enamorado constituye otro en que es llamado a nuevas obras, santas como las de los mayores.

### Sobre el filo del destino...

Hay momentos presididos por el destino que deciden para toda la vida; instantes preñados de consecuencias que alcanzan hasta el fin. Y me urge contarlos para salir a campo abierto de la incomodidad de estas notas que me van resultando demasiado personales e introducirme en los paisajes del tiempo a que ahora me refiero, cuando el neófito daba sus primeros pasos en la emoción de un nuevo ideal.

Muerto nuestro padre y liquidados los trabajos de su oficio, empezaba yo a fantasear peligrosamente y se juzgó conveniente que trabajara con un patrono en algo útil. Bien provista de recomendaciones, mi madre se fue a los dueños de la principal firma

---

<sup>v</sup>. El Dios de las misericordias a millares es la otra cara del Dios de ira, que visita la iniquidad de los padres en los hijos hasta la cuarta generación, como en las sociedades en que el rigor excesivo de las leyes conduce al abuso del indulto y las amnistías.

“*Dominator Domine Deus... qui custodis misericordiam in millia... qui reddis iniquitatem patrum filiis, ac nepotibus, in tertiam et quartam progeniem*”. Ex 34,7<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Del latín: “El que guarda misericordia a millares... el que castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación”.

de la localidad. Allí todo el personal era obligadamente adicto a la casa, por la importancia que entonces tenían las clientelas políticas, y aunque se clasificaban de liberal-conservadores –según Iturrioz, su antagonista, para ser ministeriales de todos los ministerios–, eran de una tendencia marcadamente clerical y reaccionaria, y ningún societario fue tolerado por ellos hasta después de la Primera Guerra Mundial, en que los sindicatos se impusieron a todos por la fuerza del ambiente y las circunstancias, sin perdonar a estos inveterados recalcitrantes.

En tanto que eso no ocurrió, los sabuesos de la casa no tardaban en descubrir a los que clandestinamente ingresaban en la organización, que luego eran despedidos inexorablemente. Más de una vez intentaron formar listas negras y hacerlas efectivas mediante conciertos patronales, al intento de conjurar aquel peligro destruyendo los sindicatos. Muerto el perro se acabó la rabia. Afortunadamente para mí, a pesar de las recomendaciones, no tuvo ningún éxito la gestión de mi pobre madre.

Con el sabor un tanto ingrato de este desengaño, volvía ensimismada por el camino –porque ella también era de los que conversamos para adentro con los pensamientos–, cuando a la altura de la calle de María Ángela le rompió el sueño, como hubiera dicho Unamuno, un señor que le abordó diciendo:

–Señora, tengo entendido que tiene usted un hijo que podría sernos útil.

La conocía, sin duda, de que aquel señor criaba gallos de pelea como mi padre, y alguna vez le habría ganado o perdido alguna apuesta. Era la suya una casa de artesanos, bastante bien acreditada en lo de montar escopetas de caza; cazadores todos en ella, con una jauría de lebreles que constituían el tema principal de las interminables conversaciones que ocurrían en la animada tertulia de veteranos devotos de San Humberto<sup>20</sup> que se reunía en su taller.

Gané allí un salario que nos hacía falta en casa, al mismo tiempo que completaba mi aprendizaje de grabador, junto con *Apoch*<sup>21</sup>, de mi edad, que ya saldrá a relucir en estas notas. Tío Pachico, *Ertzill*, un solterón que había venido a ser cabeza de la numerosa familia de un hermano suyo, viudo, que acabó también por morirse, era el patriarca de la casa y tío universal de todos los que trabajábamos en ella.

Y allí conocí yo a una niña que no había hecho aún la primera comunión, sobrina de la sangre<sup>22</sup>, que solía jugar con el tío a quitarle la boina, a esconderle los anteojos y réirle sus “erderakadas”<sup>23</sup>, la cual, andando el tiempo, había de ser la madre de mis

<sup>20</sup> Además de protector contra la rabia, el patrón de matemáticos, ópticos, cazadores y metalúrgicos.

<sup>21</sup> *Apoch*, *Apochiano* y *Apuchiano* son las distintas formas con las que el autor da el apodo de Cándido Arrizabalaga, su cuñado, a lo largo de los diferentes originales. No debe confundirse con *Apochín*, Agustín Odriozola, al que dedica un epígrafe en este mismo capítulo.

<sup>22</sup> En 1949 añade que “...aquella niña que solía jugar con su anciano tío a quitarle la boina y esconderle los anteojos, era la hermana de Apochiano, mi compañero de aprendizaje...”

<sup>23</sup> Aunque construida sobre la misma raíz que ‘erderismo’, que ya vimos, ‘erderakada’ conserva el sufijo vasco *-kada*, que le da un toque despectivo. Si ‘erderismo’ es el préstamo aceptable y necesario, la ‘erderakada’ sería el barbarismo desechable.

hijos, participe conformada de todas las vicisitudes de mi vida, serena primero y accidentada luego por la situación de los tiempos difíciles que sobrevinieron para todos, y compañera solícita por los caminos del mundo en el exilio, hasta hoy, que seguimos comiendo juntos el pan de la emigración, que no deja de ser amargo, aun en el mejor de los casos.

¿Cuál era entonces, a esa hora en que realmente ingresaba en la vida de trabajo, mi estado de espíritu, ya que, entre bromas y veras, estoy refiriendo el proceso de una crisis, dentro del ambiente de un pueblo también en llamas?

Recuerdo este dato. Vecinos en aquel taller de los *Ertzill* a los Zuloagas, que hablaban mucho en francés, le salía a un compañero de trabajo que había venido de Castilla la Nueva, poco más o menos de nuestra edad, su envidia de presumir hablando con las chicas del pueblo en la lengua de Molière, para lo cual se proponía estudiarlo por las noches, pues algunas de su gusto lo hablaban bastante bien.

Y discutiendo de esto yo hube de declarar mi preferencia ideal por las humanidades, pensando en aquellos textos latinos del desván, que seguían interesándome, y cuyas citas hubieran sido mi lucimiento.

### **La ilusión de saberlo todo**

La biblioteca del Centro Obrero, en aquel tiempo en que nos estrenábamos en ella, estaba nutrida principalmente con la colección completa de la Editorial Sempere, de Valencia<sup>24</sup>, cuyas traducciones, si inferiores a las de Calpe, eran superiores a muchas argentinas que se han lanzado luego al mercado; de la colección sociológica dirigida —si mal no recuerdo— por E. González Blanco<sup>25</sup> en Barcelona, que constaba de interesantes actualidades doctrinales y científicas; de los Manuales Soler, a los que habían contribuido con escogidos temas los espíritus más abiertos de la España pensante, y de muchos tomos del nutrido y variado catálogo de la casa Maucci, también en Barcelona.

Completaban el caudal bibliográfico donaciones de particulares y bastante papel impreso con cargo a distintos ministerios que, reunidos en gruesos volúmenes conteniendo “luminosos informes” que habían valido sustanciosos honores a sus autores, estaban destinados a pudrirse en los estantes a fuerza de no interesar a nadie.

<sup>24</sup> Conocida casa editorial de la época, fundada en 1900 por Francisco Sempere y Macía (1859-1922), un antiguo librero de viejo de ideas y militancia republicanas. Se distinguió por publicar a precios populares ediciones de los textos más vanguardistas de la izquierda de la época, desde Nietzsche hasta los anarquistas.

<sup>25</sup> Edmundo González-Blanco (1877-1938) fue un filósofo, escritor y traductor español. Miembro de una prolífica familia de intelectuales, varios de sus hermanos fueron intelectuales de cierta notoriedad en el panorama de principios del siglo XX. Edmundo se especializó en la traducción desde el inglés, francés, alemán, italiano y griego de diversos autores contemporáneos y clásicos, desde Renan y Nietzsche a Maquiavelo y Aristóteles.

Como para los muchachos de la catequística el señor cura que enseñaba la moral era todo santidad, no concibiendo que pudiera haber falta en tan perfecto varón<sup>VI</sup>, el maestro de escuela era todo conocimiento, pues además de creer en aquella dichosa edad que en el mundo no existe cosa de que no se sepa todo, suponíamos que no había saber del que no estuviese en posesión el maestro<sup>VII</sup>.

Pues bien; de esta misma suerte nos figurábamos una biblioteca cuando nos hicimos clientes de la primera. En la biblioteca estaba encerrada toda la ciencia, no habiendo nada en el mundo que no estuviese en los libros, y para saberlo todo bastaba leer todos los libros que hubiese en ella. Aquello de que entre el cielo y la tierra hay más cosas que en los libros de filosofía, que Hamlet dice a Horacio, su amigo, es una experiencia tardía, como la de Sócrates cuando acabó sabiendo que no sabía nada. Y como en aquella hora entusiasta la lectura de un libro se llevaba tantas sesiones, esto multiplicado por tantos volúmenes daba en días, meses y años la cantidad de tiempo en que uno podría saberlo todo. Tiempo corto en todo caso con relación a los dilatados horizontes a que parecía abrirse la vida, luego del cual podría uno discurrir entre los demás en posesión de toda la sabiduría del mundo.

Con este espíritu que alimentaba la vanidad, incursos en el pecado de nuestros primeros padres —*eritis sicut dii scientes bonum et malum*<sup>26</sup>—, animados de esta ilusión

---

<sup>VI</sup>. Los ratones de sacristía de nuestra edad que ayudaban a misa, a los cuales no se les escapaba el secreto de algunos pequeños enredos clericales, algunas veces se referían a ellos en tono confidencial permitiéndose atrevidas hipótesis y juicios temerarios, sin escandalizarse por ello.

En cambio, si quienes seríamos capaces de comprender ahora cualquier debilidad en el hombre más santo hubiéramos podido entonces prestar crédito a las historias de aquellos pequeños simoniacos, creo que se nos hubiera hundido la fábrica de nuestras creencias como herida por el rayo.

Sin embargo, aquellos ayudantes a misa que madrugaron tanto al misterio de la común humanidad de aquellos hombres santificados por el sacramento de las órdenes que para nosotros estaban por encima de las cosas de este bajo mundo, siguen, a sus sesenta y más años de mundo, siendo lo que eran a sus diez o doce, y hay quien sería capaz de romperse la crisma con cualquier epígono de *El Motín* que atribuyera ahora a sus pastores lo que publicaban siendo niños.

<sup>VII</sup>. El mismo concepto de las autoridades. Don Antonio Iturrioz, tomando posesión de la Alcaldía, se creyó en el caso de repasar su aritmética, y hacía una hora con *el Fosforero* después de nuestra clase. Nuestro asombro no tuvo límites, y nos pareció cosa escandalosa, cuando comprobamos que aquella eminencia social, aquella primera autoridad, a juzgar por lo que dejaban escrito en el encerado, andaba en la regla de tres.

---

<sup>26</sup> Del latín, “seréis como dioses, concededores del bien y del mal”. Son las palabras que, según el Génesis, le dijo la serpiente a Eva para tentarla.

ambiciosa, iniciamos, pues, nuestras lecturas en aquella biblioteca del Centro Obrero de Bidebarrieta, que para nosotros y por aquel entonces era tanto como la del Vaticano o la del Congreso de Washington, de las que no teníamos noticia. Los talentos, la facultad de asimilación, el método y demás condiciones para el buen aprovechamiento no contaban para nuestra ignorancia; solo importaba la mecánica de leer como a destajo, igual que los que rezan mecánicamente para capitalizar indulgencias.

Una anécdota servirá para ilustrar el sentido de este espejismo en que vivíamos. Por aquel tiempo pasó por el Centro Obrero un profesor de lenguas portugués – algún desterrado político, seguramente– el cual dio una conferencia para exponer un método de su invención. Su método, según él, permitía aprender una lengua viva – el francés, el inglés o el alemán– en el espacio de un mes, a razón de una hora diaria de ocupación. Debíó decir, o debía querer decir a lo que ahora supongo, que con su método uno podía, en un mes, entrar en posesión de unos principios generales que le permitirían desenvolverse por su cuenta. Pero todos los que nos inscribimos para sus clases de francés entendimos lo primero y, al cabo de cuatro semanas de estar una hora al día con aquel mago, esperábamos salir hablando francés con *Monsieur* Héctor Lachelin, que entonces era el hombre más popular en Eibar como comprador de casi toda la producción de grabados, que en Francia se vendían como *bijouterie espagnole*, cuando no como *art de Tolède*<sup>27</sup>, que era más prestigioso para la propaganda.

Había allí presente cuando la conferencia, uno llamado *Zezeill*<sup>28</sup>, que tenía urgente necesidad de ir a Francia por asuntos comerciales, pero tropezaba con el inconveniente muy serio del idioma. Y se acercó al profesor a proponerle que le pagaría de buen grado el doble, y más que fuera menester, si le enseñaba el francés en ocho días. Y empezaba el gracioso de esta pretensión por no saber el castellano, o a lo menos por saberlo nada más que a medias; esto es, bastante bien para sus adentros, pero bastante mal para sacarlo afuera y servirse de él con propiedad<sup>29</sup>.

### Vuelta y desasnamiento

Contribuye a este espejismo que decíamos la sensación de enriquecimiento que a diario experimenta el neófito con la cosecha de cosas nuevas que hace en cada libro que “despacha”, porque a esa hora todo es inédito para él, y aunque se dice que el saber no ocupa lugar, vuelvo a decir que sí ocupa, y entonces todo se acomoda con facilidad en el desván de nuestra cabeza, en la “gámbara”<sup>30</sup> que decimos los de Eibar.

Es como cuando empezamos el estudio de una lengua. Al principio parece que adelantamos a pasos de gigante y que todo el camino a recorrer lo vamos a andar en-

<sup>27</sup> Del francés, “bisutería española” y “arte de Toledo” respectivamente.

<sup>28</sup> “...grabador él...” según el original de 1949, donde escribe Seseill, nombre de un caserío eibarrés.

<sup>29</sup> Párrafo añadido en 1956.

<sup>30</sup> Desván en euskera.

seguida. Pero luego, sin hacerse esperar mucho, empezamos a descubrir las dificultades y escollos de mar adentro y llega un momento en que redoblamos el esfuerzo sin lograr avanzar apenas, como si un pesado lastre nos sujetara en la misma cala. Así mi inglés, que hace cuarenta años está en lo mismo, sin pasar de ser un recurso instrumental para enterarme de lo que anda impreso en esa lengua, sin acertar a decir dos palabras seguidas.

Otra petulancia nace de los libros de vulgarización, disculpables en aquella edad impaciente y optimista. Cada ciencia parece al alcance de la mano, sin más esfuerzo que el echarse al colete un tomito de cien o doscientas páginas. Así el cuento de la estudiante pizpireta, que pudo decir a un astrónomo famoso, cargado de años y de ciencia, a quienes juntó el azar en una fiesta social:

—¿En qué se ocupa usted, señor viejo?

—Yo —contesta el sabio— estudio Astronomía.

—¿Astronomía? —comenta la estudiante— Astronomía terminé yo el año pasado<sup>31</sup>.

Característica también de ese periodo optimista de las iniciaciones es la impaciencia que nos gana de soltar afuera lo que apenas hemos digerido; vicio en cuanto nos hace incurrir en el ridículo de no pocas equivocaciones; virtud en cuanto es la manera de llegar a saber mejor las cosas y desasnarnos, purgándonos de aquellas tempranas presunciones. No hay sabio verdadero que por necesidad no ejerza el magisterio, de ahí lo de doctor.

Algo parecido a aquel sarampión le ocurría al gran *Apoch*, a quien habremos de citar en más ocasiones por ser sujeto de muchos casos instructivos. Cuando *El Socialista*, recién convertido en diario gracias a aquella histórica suscripción de “el millón para la rotativa”, publicaba en folletín *El juicio errante*, de Eugenio Sue<sup>32</sup>, le impresionaba tanto aquella lectura que tenía necesidad de contar el capítulo del día a sus compañeros de trabajo en el taller; a la familia, en la mesa a la hora de comer y a los amigos, por la noche en el café, sin todo lo cual no podía acostarse en paz y no hubiera podido conciliar el sueño.

Y fuerza es confesar, que poco más o menos lo mismo que a *Apoch* me ocurrió también a mí con más de una cosa peor digerida que los capítulos de la obra de Eugenio Sue por mi ilustre cuñado. Pero las tonterías vale más olvidarlas, aunque hayan contribuido a la enmienda y sean parte de nuestro desasnamiento, que quiera Dios haya terminado antes de haber empezado a pergeñar estas notas<sup>33</sup>.

<sup>31</sup> Esta anécdota y el párrafo que la contiene fueron añadidos en 1956.

<sup>32</sup> Eugène Sue (1804–1857) médico, calavera y escritor francés de notable renombre en el XIX. Se le considera uno de los padres del folletín por entregas, género del que —junto a Dumas, cuya popularidad le ha eclipsado— es considerado un maestro.

<sup>33</sup> En 1949 escribe: “Y algo parecido a lo de Apoch no dejó de ocurrirme a mí también, con más de una cosa peor digerida que los capítulos de Eugenio Sue por mi ilustre cuñado. Pero las tonterías vale más olvidarlas, sobre todo si son las de uno mismo”.



## La servidumbre de los cargos

Crecíamos, en tanto, ratones de la biblioteca del Centro Obrero, si no en sabiduría, sí en bastantes lecturas, en noble emulación los jóvenes que nos juntábamos en ella. En sabiduría no, porque, aparte de que más que en los libros la sabiduría se adquiere en la vida, en la que apenas nos habíamos iniciado, el método, o la falta de método, que seguíamos en nuestras lecturas venía a ser asaz semejante al método, o la falta de método, con que años después el inquieto Millán Urcola, *Villabona*, trataba de aprender el francés en la cárcel de Pamplona: procurando saberse de memoria todo el diccionario. Gracias a que el instinto, andando el tiempo, acabó por proveer cierto orden de preferencias, que si no llegó a organizarse en un sistema, hacía veces de método para lo que podía ser una cultura.

Aprovechábamos en la biblioteca las horas de la noche y los días de fiesta, y durante el invierno, cuando los días son tan cortos en aquella latitud, aprovechábamos mejor. En el oficio en que yo trabajaba no era costumbre el hacerlo con luz artificial, lo que no era poco privilegio, pues durante varios meses de la estación fría, antes de las cinco dejábamos el taller para correr a los libros.

Los compañeros de esta frecuentación nos emulábamos a leer, como he dicho, y comentábamos luego nuestras lecturas, según nuestro respectivo temperamento, pues alguno del grupo ya se sentía atraído mejor por el romanticismo ideológico del príncipe Kropotkin que por el juego de los conceptos abstractos y los análisis racionales de la árida materia que trataba en sus libros Carlos Marx, el profeta mayor de aquella sinagoga.

Bullía por el Centro Obrero un elemento que no tenía otro empeño que el de “afiliarnos”. Venía a ser una especie de beato de *l'autre côté*<sup>34</sup>, igual que los que en la sacristía llevan cuenta de los que comulgan o dejan de comulgar por Pascua Florida. Su celo era extraordinario, pero sus dotes de atracción, desgraciadamente, dejaban bastante que desear. Y volvía a la carga casi a diario con la insistencia de un agente de seguros.

Como estas formalidades, aun comprendiendo que son necesarias, no me hacían a mí mucha fuerza, apenas le prestaba atención. Mas para él era una inconsecuencia frecuentar el Centro Obrero, discutir como discutíamos y no afiliarse siquiera a la sociedad de oficio.

—¡Pero si no hay sociedad de nuestro oficio! —le decía tratando de sacudírmelo, y así era en verdad, pues los grabadores que trabajaban el damasquinado, como el proletariado de cuello blanco de las ciudades, tenía a menos el acudir a la organización.

—En la de Oficios Varios —insistía el proselitista— cabemos todos.

—Pero, ¿qué vamos a hacer en la de Oficios Varios —replicaba yo— los cuatro gatos que seremos entre el zapatero, el albañil y el carpintero?

<sup>34</sup> En francés, del otro lado.

Y entonces acudía él a lo que creía lo más decisivo de sus reservas suasorias:  
–Mira, te vamos a hacer de la Junta Directiva.

Y daba en hueso, porque ninguna servidumbre me ha resultado tan ingrata, a lo largo de toda mi vida, que la de estas obligaciones de comité, que siempre he tratado de eludir<sup>35</sup>.

### ***Apochín, el rebelde***

El anarquismo tenía sobre la juventud la atracción romántica de lo terrible con su leyenda y sus mártires, el prestigio de las airadas condenaciones de que era objeto, la aureola sangrienta del apellido, que imponía a los timoratos y enorgullecía a los que les era atribuido, sin necesidad de ostentarlo, pues siempre seduce un poco de misterio. Su evangelio, desaparecido Bakunin, que más que un teorizante había sido un hombre de acción, eran *La conquista del pan* y la colección de artículos reunidos bajo el título de *Palabras de un rebelde*, de Pedro Kropotkin. Autor al que, sin embargo, se le puede admirar con más motivo en su importante estudio de la ayuda mutua como factor de la evolución. La gloria de la escuela era Eliseo Reclus<sup>36</sup>, el gran geógrafo francés, con sus libros en que la ciencia es poesía y amor de la Naturaleza y el Hombre. Su santa, Luisa Michel<sup>37</sup>, la *Virgen Roja*, con su leyenda de abnegación y sacrificio.

En el Centro Obrero se recibía la prensa anarquista, con la que se intercambiaba nuestro *¡Adelante!*. El patriarca del anarquismo español, muerto a la sazón Fermín Salvoechea<sup>38</sup>, era Anselmo Lorenzo<sup>39</sup>, que sentaba cátedra en *El Productor* y en *Tierra*

<sup>35</sup> Párrafo añadido en 1956.

<sup>36</sup> Jacques Élisée Reclus (1830-1905) fue un escritor, teórico libertario y geógrafo francés. De tendencias anarquistas, jugará un papel destacado en la Comuna de París. Fue más conocido en vida, no obstante, por sus aportaciones a la Geografía, especialmente la Geografía Humana, de la que es considerado creador.

<sup>37</sup> Louise Michel (1830-1905) maestra, pedagoga, escritora y activista anarquista francesa. Maestra titulada, al negarse a prestar juramento a Napoleón III se le prohibió ejercer. En respuesta, emplearía la herencia paterna en la fundación de escuelas libres, donde se educaba en valores republicanos, laicos y de responsabilidad cívica y personal. Se señaló durante la Comuna de París, tanto en el terreno ideológico como en el práctico, a nivel de calle y barricada, lo que le valdría ser deportada a Nueva Caledonia.

<sup>38</sup> Fermín Salvoechea (1842-1907) fue un político y pensador libertario. Alcalde de Cádiz –uno de los más queridos– y presidente del cantón. Hombre de profunda humanidad, sucesivos desencantos le llevaron, desde el socialismo utópico, el federalismo, el laicismo y el republicanismo, a convertirse en el introductor y uno de los principales propagandistas del anarcocomunismo en España.

<sup>39</sup> Anselmo Lorenzo Asperilla (1841-1914) fue un teórico y propagandista anarquista. Tipógrafo de profesión, hacía honor a su sobrenombre de “abuelo del anarquismo español”, ya que estuvo en la órbita ácrata desde los primeros círculos creados en España en 1868. Propagandista incansable, sufrió exilio y persecuciones. Aunque favorecería la entrada en España de Lafargue, que trajo el socialismo marxista, fue un ácrata convencido. Introductor en España del sindicalismo revolucionario, participaría en la creación de la CNT en 1910. Tradujo a Bakunin, pero también a Reclus, colaborando con Ferrer en la editorial de la Escuela Moderna.

y *Libertad*. Francisco Ferrer<sup>40</sup>, formado en el librepensamiento burgués, era una figura entre bastidores. Lo que le interesaba a este del anarquismo era la rotundidad de su ateísmo, que le había impuesto el ruso Bakunin, con su *Dios y el Estado*.

Como el maniqueo de otros tiempos, el anarquista inevitable que desazonaba a los socialistas con su discrepancia en cada una de las zonas de influencia de éstos era por aquel entonces, en lo que respecta a Eibar, José Cobos, discípulo de José Guisasola en lo del materialismo mecanicista, y maestro a la vez de *Apochín* en lo del anarquismo doctrinal, si bien el discípulo no tardó en aventajar al maestro.

Este *Apochín*, Agustín Odriozola, el gran discutidor de nuestra promoción de lectores de la biblioteca del Centro Obrero de Bidebarrieta, bajo y rechoncho, era el tipo perfecto del anarquista temperamental. Hubiera podido decirse un personaje escapado de alguna de las novelas de Pío Baroja. Leía bastante, pero no digería bien —cosa que a los demás nos ocurría poco más o menos igual—, con lo que, a pesar de la cultura que iba adquiriendo, puro declamador, haciendo todo el gasto por la boca, apenas sabía hacer palos como los chicos de la escuela. Mas a todo suplía su inteligencia natural y su facultad para las frases rotundas y detonantes.

Durante la Guerra Ruso-Japonesa<sup>41</sup>, fue parcial apasionado de los nipones contra todos los demás chicos de su edad que estábamos por Occidente, y cuando los iniciados en el Centro Obrero admirábamos a Amuátegui, el tribuno, él le denigraba, pues era su patrono y le hacía sentir su “autoridad”, como entendido que era el socialista del “derecho” y el “deber” que corresponde a cada cual en el lugar que ocupa.

Después de estas bregas, luego de haber pasado unos años más en Eibar como en santos ejercicios de la doctrina, esto es, en lo que él decía “ir contra la corriente” y que, fundamentalmente, no consistía sino en descuidar la barba y el cuello de la camisa y en despreciar otros “convencionalismos” semejantes, se fue a los Estados Unidos gracias a un tío suyo que era capitán de barco.

En 1924 nos encontramos en Nueva York. Estaba aburguesado, habiendo dejado de ir contra la corriente, ya que, bien afeitado, vestía buen paño, tocándose la cabeza con un sombrero de paja. Aunque hacía misterio de sus ocupaciones debía lavar platos o hacer cosa parecida en algún lugar de lujo en el bajo Manhattan, porque presumía

<sup>40</sup> Francisco Ferrer Guardia (1859-1909) fue un pedagogo anarquista. Hijo de campesinos acomodados y conservadores, abrazó desde muy joven ideas contrarias. Autodidacta en su formación, pasó del republicanismo al anarquismo. Exiliado en Francia, donde sobrevivió dando clases de español, trabajó conocimiento con círculos anarquistas, que influyeron en su pensamiento y teorías educativas. Al regresar a Barcelona en 1901 fundó allí la Escuela Moderna gracias al dinero que una antigua alumna le había dejado en herencia. Su Escuela Moderna trataba de introducir, contra el monopolio educativo de Iglesia y Estado, una educación igualitaria —fue de los primeros en impartir clases a aulas mixtas— racionalista y laica. Esto le valió la hostilidad abierta de católicos y conservadores. Obligado a exiliarse de nuevo, aprovechando una visita que hacía a Barcelona por motivos personales, fue detenido en 1909, acusado falsamente de ser el cerebro de la Semana Trágica. Juzgado sin las más elementales garantías fue condenado a muerte y fusilado el 13 de octubre de 1909.

<sup>41</sup> Librada entre 1904 y 1905.

de ver en persona a los magnates de Wall Street. Decía que las ideas de Europa no tenían vigencia en aquel meridiano y venían a ser como un traje que allí no se podía poner. Sin embargo, no había abdicado, pero su anarquismo lo traía con bozal, como a una fiera mal domesticada.

### **El ateísmo anarquista y la neutralidad socialista**

Para el socialismo militante la religión era, y sigue siendo, asunto privado de cada cual; para los anarquistas, el ateísmo era la doctrina oficial. Y es que la autoridad, cuya destrucción y aniquilamiento constituye la aspiración fundamental del anarquismo; la autoridad, el poder de un hombre sobre otro hombre; la autoridad como imperio en el sentido de la definición del profesor Duguit<sup>42</sup>, o tiene que ser de hecho, o tiene que proceder de Dios.

Y como invariablemente la justificación de todas las opresiones a lo largo de la Historia se ha basado en aquella pretensión de que proceden de Dios, haciendo de Dios el cómplice de su violencia y sus crímenes<sup>VIII</sup>, de ahí la condenación de Dios, que parece haber aceptado aquel papel, vista su actitud pasiva, y la guerra que le tenían declarada los anarquistas. Muchos de sus grupos se titulaban “Sin Dios” y otros lemas del mismo significado.

La contribución crítica de Carlos Marx a la Economía Política –la teoría del valor como materialización de trabajo social, la naturaleza de mercancía de la fuerza de trabajo en régimen de salario, la plusvalía y las consecuencias sociales de los estímulos que rigen la empresa de producción capitalista– no pretendía el mérito de ningún descubrimiento, sino que representaba el valor intelectual de desarrollar todas las consecuencias que se desprendían de las premisas de Ricardo y demás clásicos de la Economía admitidas como ciencia.

Así, la obra capital de Marx contiene un erudito registro histórico-bibliográfico de todas y cada una de las piezas que constituyen el tema de su trabajo, bastándole la gloria de los desarrollos lógicos, que se revelaban con una significación y alcance profundamente revolucionarios. Pero todo esto, con ser tan radical e innovador, no in-

---

<sup>VIII</sup>. Ahí tenemos, sin ir más lejos, lo de “*Franco por la gracia de Dios*”. Si eso fuese realidad, como pretenden los que suelen usar de Dios como cosa de su propiedad y a la medida de su conveniencia, sería legítima la guerra a Dios de los anarquistas, y los ateos podrían añadir a sus razones de la razón racionante, que son las que Amuátegui significaba con el adverbio “matemáticamente”, una razón del corazón; que son las razones con que se refería Pascal y con las que los hombres buenos creen en Dios.

---

<sup>42</sup> Leon Duguit (1859-1928) fue un jurista francés conocido por su establecimiento de la noción de servicio público como fundamento y límite del Estado.

terfiere con el problema metafísico de la religión. Dios, en toda esta polémica, permanece como una cuestión aparte.

Cierto que su Filosofía de la Historia, no obstante el carácter metafísico que algunos advierten en el concepto hegeliano del movimiento dialéctico, y la teoría de la lucha de clases tan estrechamente unida a aquella, de la que deriva la pragmática política de los partidos obreros desde hace un siglo, padecen de la actualidad triunfante de las tendencias materialistas en el momento de su formulación. Tendencias que representaban la hora de embriaguez de las ciencias experimentales, con los triunfos que se habían cobrado frente a las resistencias dogmáticas del pasado, vinculadas a una política reaccionaria en todas partes. Y esto sí afectaba al problema religioso, sobre todo, al de la religión considerada como fuerza política aliada, en muchos lados, al capitalismo.

Pero así como la crítica marxista de la Economía se consideró como una adquisición científica, el determinismo económico en la Historia fue siempre objeto de interpretaciones más o menos radicales, aun para los mismos fundadores de la doctrina.

Por eso, socialistas ortodoxos como José Guisasola pensaban en materialista y podían profesar un ateísmo que, sin embargo, no era del partido. Y otros, no menos ortodoxos, como el doctor José Madinabeitia —que, pagando por cierto a la intolerancia religiosa de siempre en España, cumplía condena por aquel entonces en la cárcel de Larrínaga, de Bilbao, por haberse negado a prestar juramento en una diligencia oficial—, advertían la superación o, mejor dicho, las deficiencias que se acusaban con el avance de las ciencias en aquel materialismo mecanicista de los José Guisasola y Florencio Eguren.

Respecto al determinismo económico podían decir lo que muchas veces oímos de su boca: que si bien resultaba de un gran valor filosófico el subrayar la importancia del factor económico en la Historia, no podía desconocerse la presencia de fuerzas espirituales que intervenían en su desarrollo, a veces con carácter decisivo. Y que, sobre todo, son siempre espíritus enteramente desinteresados, almas idealistas como el mismo Marx, los que trabajan las ciencias puras, cuyos progresos son a su vez los que determinan los de las técnicas, que en su aspecto práctico cobran luego valor económico y se convierten en factor revolucionario en el sentido de la dialéctica marxista. Con lo que si parece que se vuelve al punto de vista idealista, también se cumple una síntesis superior, que da lugar a un espiritualismo más científico que el de las viejas metafísicas, y a un materialismo más espiritual que el de los pensadores de 1840.

Y como tercera fuerza, otros aldeanos de las sociedades de resistencia, y yo mismo todavía en aquel entonces, podíamos respirar aquella atmósfera densa del Centro Obrero sin haber roto enteramente con el pasado, gracias a aquella neutralidad pragmática que en materia religiosa proclamaban los socialistas.

## ¡Abajo las fronteras!

En aquel tiempo estábamos también en el grupo de neófitos lectores bajo la influencia de ciertos elementos de aluvión que acudían al Centro Obrero con quienes hacíamos amigable sociedad, los cuales, poco más o menos de nuestra edad, tenían la costumbre migratoria de salir a Francia para las vendimias.

Cuando se acercaba el tiempo de esta alegría geórgica, preparaban su atadillo de ropa y se iban constituidos en pequeña república, saliendo por Irún. Entonces no hacía falta ninguna formalidad policial ni administrativa para cruzar la frontera. Bastaba tener dinero y humor para llegar a todas partes, sin tropezar apenas en la raya de un estado a otro y sin que la geografía política fuese un obstáculo al alma viajera.

Así podía ocurrir a un Ambrosio Valenciaga, industrial de nuestra villa, conocido por su irascibilidad, que no bastaba para ocultar su bondad infinita, y que solía viajar por afán de captar provechosas novedades, despertar de su sueño en el tren en Colonia, estando consignado a Lieja. Y no obstante esta facilidad de pasar de un país a otro, uno de los gritos más frecuentes de la protesta socialista de entonces solía ser: “*¡Abajo las fronteras!*”.

Ahora, en cambio, cuando el internacionalismo parece ser el imperativo de todo cuanto nos rodea, y cuando el viajero puede atravesar el Atlántico en cuestión de horas y en una jornada se vuela sobre varios continentes, hay cortinas de hierro, visados indispensables para poder tocar en cada pieza del mosaico que representa el recorrido más modesto de los de hoy, cada uno de los cuales cuesta a lo mejor un mes de laboriosas idas y venidas. Permisos de salida y de regreso que suponen igual cantidad de diligencias, dificultades de divisas para las cuales a veces no basta tener dinero, molestias policíacas, discriminaciones raciales a veces, reservas políticas siempre, certificados de salud, etc., etc. Con lo que resulta mucho más difícil viajar ahora que cuando había que ir a pie por el mundo abriéndose uno mismo el camino.

Más dichosos nuestros contertulios del Centro Obrero, a pesar de sus escasos recursos monetarios, pasaban al Mediodía de Francia sin necesidad de ningún papel y se acomodaban, bien o mal según su suerte, donde pudiesen trabajar, sin sujetarse a contingencias y sin padecer ningún régimen especial, salvo el de la oferta y la demanda. Pasada la temporada y avanzando la estación, llegaban de vuelta, uno a uno, derrotados por los fríos, a contar sus aventuras al calor de la estufa que monopolizábamos casi por completo los jóvenes de la biblioteca.

No solían ser pocas las penalidades que pasaban en la vecina república, improvisándose en mil oficios en los que no tenían experiencia. Muchas veces los patronos eran duros, y su dureza, en francés, les resultaba más dura todavía. Y siempre, aun en el mejor de los casos, les ocurría algo adverso para que tuviesen que regresar con el invierno, no sin haber pasado mucho frío, hambre a veces y siempre harta fatiga y trabajos.

Maldecían entonces de Francia y los franceses, pero al acercarse de nuevo el buen tiempo, otra vez se les despertaba el deseo irrefrenable de la aventura y volvían a ponerse de acuerdo para repetirla, sabiendo lo que les esperaba de bueno y de malo allende los Pirineos.

Nosotros mismos, a pesar de sus fatigas, que las imaginábamos seguramente mayores de lo que fueran en realidad, envidiábamos la dicha de aquellos amigos a quienes ningún lazo inmediato ataba a la prudencia conservadora en que vegetábamos los demás a la sombra de los nuestros, sin haber podido salir todavía más allá de la provincia.

Alguno de aquellos aventureros acabó por tomar tierra al otro lado de la frontera, uniéndose al destino de una honrada familia francesa. Este profesaba el principio de que en tales andanzas lo que más importa es el vestido, y tenía la virtud de llevar hasta sus rotos con un decoro especial. De los otros, unos cobraron más juicio y se casaron, y otros, demostrando no menos cordura, siguieron libres; mas todos acabaron por irse por el mundo antes de la guerra civil al apoyo de su experiencia de sus oficios en Eibar, empujados por las frecuentes crisis de trabajo que se daban en la armería y que ellos no soportaban como los demás, aferrándose al lugar y prefiriéndole con todo y sus ingratitudes.

### **La nueva picaresca**

Una virtud exaltada sobre todas las demás por la moral socialista es la solidaridad. Y una de las prácticas de la solidaridad consistía en la asistencia que el Centro Obrero prestaba a los obreros transeúntes en camino hacia la zona fabril o minera de Vizcaya, o bien de regreso de ella, habiendo dejado allá no pocas veces la salud, cuando no algún miembro del cuerpo, sumándolos al ejercito de mutilados condenados a la mendicidad, no habiendo nacido aún la Ley de Accidentes de Trabajo<sup>43</sup>. Se les proporcionaba un modesto viático, y esta atención era uno de los capítulos primordiales del presupuesto de gastos de la Federación local que administraba el Centro Obrero.

Eibar, por hallarse equidistante de San Sebastián, Vitoria y Bilbao, y también por ser él mismo centro de trabajo por la industria y la construcción, muy activas entonces, así como por este viático que los transeúntes no encontrarían en muchas leguas alrededor, era lugar de paso y estación de mucha mano de obra. Cada día había pobres gentes en el Centro Obrero que requerían al presidente, encargado de acordar en cada caso, según su prudente arbitrio, el viático de referencia. Para el buen orden de esta asistencia se había establecido la regla de exigir un certificado del Centro Obrero de procedencia, acreditativo de la condición de asociado del titular, y los centros de las estaciones de tránsito consignaban en él con su sello la ayuda prestada. Renan supone en tiempos de San Pablo un régimen semejante entre las sinagogas de la genti-

<sup>43</sup> Promulgada, no sin una larga y enconada gestación, el 30 de enero de 1900.

lidad y el proselitismo, cuando las recorrían los primeros misioneros de la nueva ley de Gracia, llevando la novedad del Evangelio<sup>44</sup>.

Con todo y esta sabia prevención administrativa, no tardaron algunos desaprensivos, que siempre los hay por haber de todo en la viña del Señor, en convertir aquello en oficio, produciéndose una picaresca parecida a aquella de los santeros y los peregrinos de Santiago, que alcanzamos a conocer cuando chicos; éstos con su esclavina, sus conchas y el bordón y aquellos con su santo y el cepillo de las limosnas, y todos ellos bullendo por las ferias de los pueblos, mezclados con lo más profano que se daba en ellas.

Para estos desaprensivos de la nueva picaresca no era ninguna dificultad el que no llevaran consigo el certificado indispensable, si es que no se lo habían procurado por partida doble sorprendiendo la buena fe de honrados compañeros. Para el caso de que no pudieran exhibir el preciso documento estaban las historias y, en defecto de la caja social cuando no se pudiera quebrantar el reglamento por no encontrarse en regla el solicitante, las colectas entre los presentes, que comúnmente resultaban más provechosas que el socorro oficial, enternecidos los circunstantes con el disco que les solían colocar, en el que figuraban de rigor el tópico de las persecuciones y el hambre, el cacique y los atropellos de la Guardia Civil, que pasaban sin dificultad, por ser realidades harto verdaderas y cotidianas sobre la piel de toro ibérica.

A veces era otro el cuento. Recuerdo de un sujeto a quien se le reunieron tres o cuatro duros, el cual, según había declarado confidencialmente, iba a atentar al día siguiente contra un odiado ministro de la Corona, a su paso por Zumárraga en el expreso de Madrid, sacrificando su libertad y seguramente su vida a aquel resentimiento público que representaba el ministro. La prensa anunciaba aquel día el viaje del personaje a San Sebastián, donde estaba la Corte de veraneo, y no debió serle difícil tejer la fábula con trazas de verosimilitud, sabiendo el prestigio de los mártires aun en los lugares menos propensos a la violencia. Además, es de observar que esta fauna hacía su aparición coincidiendo con la época de los buenos tiempos y desplegándose hacia los lugares de fiestas y abundancia.

A veces el Centro Obrero procuraba trabajo a los que acudían a esta solidaridad y algunos de éstos radicaron en Eibar y sus hijos siguen entre nosotros, hablando vascuence. Otro a quien colocamos con mucho interés en una ocupación, modesta pero no despreciable, no duró en ella, porque resultó ser autor de una fórmula social más eficaz que el socialismo y el anarquismo para acabar, según él, con la explotación: explotar a los explotadores no dando golpe o haciendo lo menos posible.

---

<sup>44</sup> Habla de Ernest Renan (1823–1892), filósofo, filólogo, historiador y arqueólogo francés que alcanzó cierto renombre en el siglo XIX por abordar el estudio de las escrituras y la figura de Jesús como si de un personaje histórico se tratase, rechazando cualquier consideración sobrenatural como leyenda. Postuló que Jesús existió, y que se le debe un sistema moral y de pensamiento extraordinario para la época, pero que no era hijo de dios alguno y que no pudo resucitar. Ni que decir tiene, sus obras fueron incluidas en el *Índice*.



Otro intelectualoide pasó una vez cargado con sus “Obras Completas”, que consistían en un voluminoso cuaderno donde había pegado los recortes de todo lo que llevaba vertido en letras de molde. Debía ser de la promoción de Marcelino Domingo<sup>45</sup>, porque se empeñaba en demostrarnos que escribía mejor que aquel. Mostraba en la región occipital una especie de chichón que nos hacía palpar con los dedos –sin miedo a que tropezáramos con los piojos– y que decía ser el lóbulo de la lujuria, que guarda estrecha relación, según su teoría, con el talento literario. Este admitía donativos en especie, y así como unos le llevamos pan y queso, *Apochín* le regaló tres huevos frescos, que fue a sustraer a la alacena de su madre, en Iturribide.

### ***Takurra***

Por nuestra parte también exportamos algunos ejemplares de esta clase, que fueron explotando por los caminos de toda España el prestigio social de Eibar y cobrando en su provecho personal la reciprocidad debida a la solidaridad que practicaba nuestro Centro Obrero con gentes de todas las procedencias.

El oficio, indudablemente, no era para enriquecer a nadie, pero a algunos sirvió para sacar más de una vez el cuerpo de mal año, mientras recorrían de parte a parte la península. Mas no todos los que salieron a esos caminos de Dios a correr ventura con el beneficio de su desaprensión valían lo mismo para explotar la ingenuidad o buena fe de las gentes, que a eso se reducía, en el peor de los casos, la malicia de nuestros paisanos que se dieron al oficio.

Así cuentan de un día que *Takurra*, el más famoso de nuestros vagabundos, mi condiscípulo en la escuela del *Fosforero*, se encontró con *Chimiñúa*<sup>46</sup>, su paisano, en la ciudad obispal de Vitoria. Aquel erguido y triunfador, fresco de su estadía en Eibar, camino hacia el sur a la buena ventura; el otro, que era un pobre hombre metido por desavenencias conyugales en aquellas andanzas que no estaban hechas para él, muerto de hambre, esforzándose por llegar de vuelta, como el hijo pródigo de la parábola, a la sombra de sus lares.

*Takurra*, en viéndole, se le brindó su protector y lo primero que hizo fue invitarle a un restaurante. *Chimiñúa* no sabía cómo agradecerle tanta generosidad, no habiendo comido caliente desde no sabía cuánto tiempo atrás. Cuando los dos paisanos despa-charon, con el apetito que es de suponer, los copiosos platos del suculento menú, se

---

<sup>45</sup> Marcelino Domingo Sanjuán (1884-1939) fue un periodista y político. Catalán de orígenes humildes, a lo largo de su carrera transitó desde el republicanismo histórico al catalanismo autonomista, pasando por el republicanismo radical, el socialismo y aun el anarquismo. En agosto de 1917 formó, junto a Cambó, parte de la Asamblea de Parlamentarios que desde Barcelona, y en conjunción con la de Madrid –formada entre otros por Pablo Iglesias y Melquiades Álvarez–, buscó dar una base política a la huelga general de ese mes. Más adelante ocuparía diversos ministerios con la República.

<sup>46</sup> En euskera, mono.

hicieron servir el café y se sintieron como reyes. Y *Takurra*, en el colmo de su optimismo, dijo eufórico a su compañero:

—Tan opípara comida merece los honores de sendos cigarros puros de La Habana, que voy a procurármelos ahí al lado.

Y se fue, y el pobre *Chimiñúa* no le volvió a ver. No dicen las crónicas cómo se las compuso este infeliz con el dueño del restaurante; pero lo cierto es que, gracias a *Takurra*, aquel día *Chimiñúa* había comido, y comido caliente.

Otra gran temporada de *Takurra* fue cuando él y su ayudante *Jo-ta-seko*<sup>47</sup> recorrieron gran número de caseríos del vascuence, haciéndose tratar a cuerpo de rey a cuenta de que hacían ponerse sus mejores galas a toda la familia y hacer grupo a la puerta, para retratarles en compañía de la vaca lechera y el burro de servicio, amén del perro guardián y las gallinas. No es difícil adivinar que la máquina fotográfica era de pega y los cándidos aldeanos esperan todavía las pruebas que se les prometían para unos días después<sup>48</sup>.

Este *Takurra* de las anécdotas, Esteban Ojanguren por su propio nombre, era un artista consumado en su oficio de grabador a buril y trabajaba por temporadas con verdadera aplicación. Pero le entraba luego de repente la fiebre de los caminos abiertos hacia lejanas tierras, como si se le despertase el atavismo dormido de la raza, de cuando los días de nómada trashumante de esta en los caminos del mundo, bajo el cielo azul y las estrellas, y se iba por largas temporadas a lo que hemos dicho: a vivir del cuento. En una de esas salidas llegó hasta África, donde ingresó en la Legión, haciendo méritos que le valieron una cruz.

No sé qué habrá sido de él después de un día que nos visitó en Madrid, cuando la República, para solicitar, naturalmente, un viático que sabía no le íbamos a negar, sin necesidad, en este caso, del disco correspondiente<sup>IX</sup>.

---

<sup>IX</sup>. Un amigo me comunica la siguiente versión del fin de *Takurra*. Cuando la guerra civil reapareció por el norte y, a pesar de sus años, se hizo admitir en uno de los batallones que se improvisaron para resistir a los facciosos. Tomó parte en muchas acciones en los frentes de Eibar, Bilbao y Santander. Como tenía alguna experiencia militar, en una de las reorganizaciones de los batallones diezmados, el *Sacco* y *Vanzetti*, tomó a su cargo una compañía. En la provincia de Santander mandó fusilar a dos individuos de su mando que trataron de pasar a territorio enemigo. Parece que esta justicia, por su rigor, le fue censurada por algunos compañeros, o acaso se lo reprochó su propia conciencia. Lo cierto es que el caso le conturbó profundamente y en este estado de espíritu mandó formar a su compañía y les dijo:

—¿Habéis visto alguna vez matarse a un hombre? —y acto seguido se disparó un tiro en la sien.

---

<sup>47</sup> En euskera, *jo ta seko* significa quedar, o dejar, sin sentido, como muerto.

<sup>48</sup> La anécdota de la falsa cámara fotográfica fue añadida en 1956.

## El Centro Obrero

Las asambleas del Centro Obrero solían ser bilingües, como lo eran las sesiones del Ayuntamiento en aquel entonces. Había quienes hablaban en vascuence y quienes lo hacían en castellano, sin necesidad práctica de intérpretes, pues era raro el *erdeldun* que no hubiese acabado por entender lo necesario de nuestro vascuence a causa de lo general de su uso en todos los aspectos de la vida, ni *euskaldun*<sup>49</sup> de los nuestros que no supiera el castellano en la medida necesaria para entender y hacerse entender.

En un extremo de la sala rectangular se alzaba un pequeño estrado para la mesa presidencial y los directivos y los demás eran rústicos banquillos de madera que se ponían y se retiraban a un lado luego de las reuniones. Al fondo se abría la puerta de un pequeño reservado para las directivas y en el lado opuesto la de la biblioteca, que era otro tanto de espacio cerrado por un tabique de tablas.

Sobre el estrado presidencial colgaba el óleo de Manuel Hajar representando a Carlos Marx, pues ya en Bidebarrieta convivirían bajo el mismo techo las organizaciones obreras y la Agrupación socialista. En la biblioteca lucía otra litografía del autor de *Crítica de la Economía Política* con las mismas barbas, su melena de león y su aspecto de profeta, como queriendo subrayar con esta doble presencia del apóstol en el lugar de los estudios teóricos y en el de las resoluciones prácticas, el homenaje debido al hombre de investigación y pensamiento y al hombre de acción infatigable que fue al mismo tiempo el fundador del socialismo científico y de la Primera Internacional.

En las paredes encaladas, los certificados de registro de los punzones gremiales alternaban con algunos cromos de los extraordinarios de Primero de Mayo del *Mundo Obrero* de Alicante<sup>50</sup>.

Aquellas asambleas en que se ventilaban, directamente y en forma sencilla y popular, todos los asuntos de la vida local y del trabajo, además del obligado trámite administrativo de las mismas organizaciones y las cuestiones de la vida de relación con los organismos nacionales, eran una buena escuela de educación política y de ciudadanía. Un lugar donde se aprendía, pese a la modestia del ambiente y la poca pretensión de las maneras oratorias que allí practicaban, el ejercicio de la democracia.

Y su importancia, teniendo en cuenta las miles de localidades en las que se repetía la misma circunstancia a lo largo y a lo ancho de toda España, se dejará ver por defecto, cuando luego de una solución de continuidad que algún día habrá de remediarse, los pueblos necesiten hombres para reanudar su vida pública y no tengan el

<sup>49</sup> En euskera, *erdeldun* es quien tiene por lengua el castellano y *euskaldun* quien tiene el euskera.

<sup>50</sup> *Mundo Obrero* fue el semanario de la Agrupación Socialista de Alicante, publicado intermitentemente antes de la Guerra Civil. No debe confundirse con el órgano oficial del PCE del mismo nombre, publicado ininterrumpidamente desde 1930, en Madrid. En 1949 menciona *La Aurora Social* atribuyéndole el mismo origen alicantino, pero este fue el órgano de los socialistas asturianos, editado entre 1899 y 1932.

plantel de capacidades que preparó el socialismo español para el periodo más conturbado de la Historia de España<sup>51</sup>.

### Las conferencias públicas

En el paisaje de aquellos tiempos que voy diciendo, está también el acontecimiento que solían ser las conferencias. El Centro Obrero organizaba todos los inviernos un ciclo de tales actos y profesores, médicos, arquitectos, abogados y demás capacidades académicas de la región se honraban aceptando la invitación, haciendo el sacrificio de su desplazamiento y de pernoctar en un lugar que, fuera del placer de su gente liberal y comunicativa, no era ningún paraíso para un extraño caído allá una noche de invierno, en que generalmente llueve y hace frío hasta en el mejor acomodo que puede ofrecer al forastero.

Los temas que desarrollaban solían guardar relación con su especialidad profesional, pero nunca faltaba en sus lecciones, como por imposición del ambiente con que tenían que comunicar, un aspecto general y humano, porque en toda disciplina, aun en las que parecen más independientes de la moral, siempre hay en su fondo mucho que ver con el hombre.

El socialismo, tal como había sido enseñado en Eibar o, a lo menos, tal como había sido entendido, abundaba en el espíritu de que nada de lo humano podía serle indiferente, y aunque no tuviese más campo que el de un pequeño pueblo de provincia para ensayar ese universalismo, esta obligada limitación no era óbice para que en su localismo tuviese una derivación transcendental —es decir, nacional o internacional— por el amplio sentido humanista con que traducía la doctrina en acción, superando incluso el punto de vista de clase.

Así, cuando los socialistas, luego de muchos y reiterados esfuerzos, estuvieron representados en el Ayuntamiento, fueron el alma, tanto de la buena administración y del régimen humanitario del Hospital-Asilo que interesaba a los más pobres de la vecindad, como de la eficiencia técnica desarrollada por la Escuela de Armería y Mecánica de Precisión, que había de contribuir no poco al éxito económico de más de un industrial patrono, con quien estarían en guerra en otro terreno. Y así, superando todo concepto exclusivista, en todo lo demás que constituye el cuerpo y el espíritu de un pueblo.

La lucha de clases, que era bastante enconada en Eibar, lo fue siempre a despecho de los socialistas y por efecto, principalmente, de la agresividad de sus enemigos, que

---

<sup>51</sup> En 1949 la reflexión final toca una nota menos particularista: *“Y su importancia se dejará ver por defecto, cuando luego de una solución de continuidad que algún día habrá de remediarse, los pueblos necesiten hombres para reanudar la vida pública, no como el privilegio de los menos sobre la obligada pasividad del gran número, sino como servicio, cooperación y convivencia, y se encuentren con un vacío”*.

por no ser una excepción en el cuadro general de las derechas españolas, lejos de comprender las exigencias de los tiempos y servir de mecanismo de retención y garantía de los progresos alcanzados para así templar los extremos, pugnaban por una marcha atrás de los acontecimientos<sup>X</sup>.

Las organizaciones obreras y socialistas de Eibar siempre tuvieron en todos los asuntos locales en que intervinieron un punto de vista más amplio que el estrictamente de clase; y no a causa de una inconsecuencia que les pudieran reprochar los ortodoxos, sino por efecto de una superación en el sentido de responsabilidad social en que se movían.

Además de estos conferenciantes de la región, no desdeñaban hablar a los obreros de Eibar otras ilustres personalidades de prestigio nacional e internacional. Miguel de Unamuno fue nuestro huésped en muchas ocasiones, unas veces como conferenciante y otras como particular y amigo. En nuestra modesta tribuna conocimos a Ramiro de Maeztu en los buenos tiempos en que había escrito su *Crisis del humanismo* y andaba con aquello de la “palingenesia” o una nueva Edad Media, que Eibar acababa de vivir aunque por un breve espacio de tiempo<sup>52</sup>. Araquistain<sup>53</sup> nos visitaba en la plenitud de su talento de publicista, cuando volvía lleno de los aires civilizados de Londres a esta España roída de intransigencia.

Bartolomé Cossío<sup>54</sup>, el redescubridor de *El Greco*, habló una vez en el Salón Teatro a los obreros de Eibar. Fernando de los Ríos<sup>55</sup> lo hizo en la Casa del Pueblo, de vuelta de su misión a Rusia, cuando aún le duraba el asombro de aquello de: “*Liber-tad, ¿para qué?*” que le dijera Lenin. Léon Jouhaux, secretario de la Confederación

<sup>X</sup>. La encíclica *Rerum Novarum* les era absolutamente desconocida a nuestros patronos clericales. No sospechaban de ella, y si alguno les hubiese hablado de lo que representa el documento, hubieran dicho lo que el diputado cedista cuando la República: que renegaba del Papa si era cierto que fuese partidario de la Reforma Agraria.

<sup>52</sup> En 1949 su recuerdo de Maeztu abunda en la evolución ideológica de aquel: “*En nuestra modesta tribuna conocimos a Ramiro de Maeztu, en los buenos tiempos en que había escrito Crisis del Humanismo y andaba enredado en aquello de la “palingenesia” de un gremialismo medieval, novedad que en Eibar acabábamos de vivir de hecho aunque fuese por breve espacio de tiempo. Y antes de lo del “sentido reverencial del dinero” con que había vuelto de Estados Unidos y bastante antes de su caída voluntaria en la servidumbre del fascismo*”.

<sup>53</sup> Luis Araquistain Quevedo, 1889-1959. Periodista, político y diplomático cercano al socialismo. Hombre de cultura autodidacta fue una figura de cierto relumbrón en el mundo intelectual español del primer tercio del siglo XX, cuya popularidad de entonces no ha resistido bien el paso del tiempo.

<sup>54</sup> Bartolomé Cossío (1857-1935) fue un pedagogo krausista, sucesor de Ginés de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza. Luchó por una educación moderna, laica y científica. Fue también historiador del arte, revolucionando la interpretación de la pintura española moderna.

<sup>55</sup> Fernando de los Ríos (1879-1949) fue un político e ideólogo socialista. Figura relevante del socialismo humanista, que buscaba la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera a través de una reforma del sistema liberal parlamentario burgués desde dentro, en contraposición a la vía revolucionaria que quería su destrucción desde fuera.

sindical francesa y luego Premio Nobel de la Paz, estuvo en ocasión de inaugurarse la Casa del Pueblo, en plena guerra europea<sup>XI</sup>.

De la línea de oradores políticos apenas había ningún prestigio de carácter nacional que no hubiera tenido ocasión de hablar en Eibar, y más de una vez, actos políticos celebrados en nuestro pueblo fueron el punto de partida de importantes campañas nacionales.

Claro está que no por lo que valiéramos los eibarreses, aunque nos aprovechara la circunstancia, sino porque aquel pueblo vino a ser como una tribuna desde donde se podía hablar a una amplia zona nacional, gracias a los resonadores de la prensa de Bilbao y San Sebastián.

### **Fraternización en Donostia**

Aquel tiempo de las primicias de nuestra fe, cuando el socialismo, bella promesa de futuro, florecía en esperanzas de paz y redención para los pueblos, era la sazón de cálidas fraternizaciones internacionales. Los congresos obreros se entregaban con deleite a esas efusiones. En la reunión internacional socialista celebrada, ya no me acuerdo dónde, durante las hostilidades ruso-japonesas en Extremo Oriente –tan desgraciadas por cierto para los primeros–, el delegado ruso Plejanow abrazó públicamente al socialista japonés Sen Katayama, en medio de la admiración del mundo de los trabajadores.

Aquel abrazo simbólico que hermanaba a gentes que las ambiciones imperialistas habían enredado en sangrienta guerra, mientras los desastres se acumulaban sobre los rusos en el teatro de las operaciones y la Escuadra del Báltico se abría paso entre mil dificultades hacia los mares de China para ir al suicidio, significaba un nuevo factor en el juego diplomático de la paz y la guerra, y alguna vez trajo a buen juicio a las cancillerías, aunque, desgraciadamente, no siempre.

De la misma forma, también franceses y alemanes fraternizaban en el terreno del socialismo internacional con motivo de las tensiones que se sucedían gracias al genio teatral del Kaiser Guillermo II y las ambiciones de Francia en Marruecos, manteniendo a Europa en constante sobresalto y temores de conflagración. Jean Jaurès, autor de *La nouvelle arméé*, que era una sabia propuesta defensiva para el desgraciado caso de una agresión, era el verbo de la paz y el representante de una política de en-

---

<sup>XI</sup>. En carta de Indalecio Prieto a M. Albert Betharan, Secretario General de *Force Ouvriere*, con fecha 11/3/50 y publicada en *El Socialista* que el partido en el exilio publica en París, leo lo siguiente que vale la pena registrar en esta nota: “*Ruégole que transmita mis saludos al viejo amigo León Jouhaux y dígame que entre mis más gratos recuerdos figura el de aquel mitin trilingüe, celebrado en Eibar, donde él habló en francés, Aquilino Amuátegui en vascuence y yo en castellano*”.

tendimiento, frente al chovinismo patriotero de ambos lados, hasta que cayó asesinado, días antes de la Primera Guerra Mundial, llegando de una conferencia tenida en Basilea con los delegados de los países que pronto iban a encontrarse arrastrados por la vorágine<sup>56</sup>.

Este internacionalismo romántico duró hasta agosto de 1914, en que bajo la amenaza exterior materializada en efectiva guerra, los socialistas tuvieron la revelación de lo enorme de la realidad nacional como entidad viva de la Historia, con exigencias que prevalecían sobre los sueños.

En lo mejor de aquel internacionalismo romántico, los socialistas de Vizcaya, representando a la España obrera, fraternizaron con los socialistas de la Gascona, que representaban a la Francia inmortal de las luchas sociales, en una fiesta organizada por Tomás Meabe, fundador de las Juventudes Socialistas, que tuvo lugar en San Sebastián, la Perla del Cantábrico.

Los socialistas franceses cruzaron la frontera encabezados por Marcel Cachin, a la sazón alcalde de Burdeos y luego decano de los comunistas de la nación vecina. Los socialistas vizcaínos acudieron en trenes especiales engalanados con guirnaldas de flores naturales, que pasaron por Eibar sonando músicas y entonando canciones que repetían:

Los socialistas franceses  
han cruzado la frontera,  
para darse así la mano  
con la España obrera.

Ni qué decir tiene que muchos socialistas eibarreses se sumaron a aquella fiesta, agregándose a los compañeros de Vizcaya a su paso por nuestro pueblo y contribuyendo a la algazara con el caudal de sus voces y sus entusiasmos filarmónicos. Y no creo equivocarme datando en aquel acontecimiento político el comienzo de las relaciones de Tomás Meabe y el doctor Madinabeitia con los veteranos de Eibar que estuvieran en la fiesta, todos los cuales, ganados a un mismo espíritu, debieron comulgar juntos en el extraordinario regocijo de aquel señalado día. Relaciones que darían lugar a la enorme influencia que aquellos dos hombres singulares ejercieron luego en la formación de los que entonces nacíamos a la idea entre Urko y Galdaraino.

---

<sup>56</sup> Jean Jaurès (1859-1914) fue un político francés. De origen burgués, comenzó siendo un republicano intelectual con ambiguos tintes de izquierda. Su trampolín político fue la huelga de los mineros de Carmaux, donde se alineó con los mineros, convirtiéndose en socialista neto. Destacó en su defensa del internacionalismo socialista y su acendrado pacifismo. En mitad del delirio patriotero que se apoderó de Francia durante la crisis que llevaría a la Primera Guerra Mundial fue de los pocos líderes socialistas que mantuvo una oposición frontal a la guerra como aberración burguesa que se pagaría con la sangre de los obreros de ambos bandos. Fue asesinado tres días después del inicio de las hostilidades por un exaltado ultrapatriota.

### El doctor Madinabeitia<sup>57</sup>

El doctor Madinabeitia, don José para distinguirle, pues pertenecía a una familia de sabios, hombres de brillante carrera todos los hermanos, era indudablemente un gran médico, tanto por lo que había profundizado en la ciencia, como por un don natural especialísimo que tenía para la profesión. No solo era el ojo clínico, que se suele decir; era, además y sobre todo, el encanto que se desprendía de su persona. La fe, la confianza, el optimismo que debía inspirar a los enfermos.

Si hubiera administrado su talento habría sido un hombre de fortuna, pero nada tan lejos de su temperamento y manera de sentir su deber como el curar a destajo y convertir su ciencia en un medio para fines crematísticos. Huelga decir, pues, que cuando le llegó su hora en lo mejor de su edad murió pobre como San Francisco, a quien admiraba y cuyo hábito le vistieron sus hermanas para enterrarle, pensando piadosamente borrar con aquel paño algo de su historia, como hombre que dejó el gremio de la Iglesia en fuerza de espíritu y corazón.

Era hombre rico en ideas, con iniciativas siempre felices, con proyectos de singular acierto; ideas, iniciativas y proyectos a los que se daba con entera generosidad, con el desinterés y el ardor de un apóstol. Hubiera podido ser santo, para lo que no le estorbaban tanto sus grandes defectos —que también muchos santos los tuvieron— como el faltarle una condición que Voltaire juzga indispensable a ese resultado: la terquedad. No tenía la virtud de perseverar en sus cosas; suponía que, puestas a andar, las debían terminar sus seguidores, mientras él corría a nuevos empeños.

Indudablemente, era hombre de contradicciones: socialista y autoritario, estudioso y dilapidador, radical y tradicionalista, exquisito y tabernario. Pero todo ello a la vez y como en una pieza, y otras cien condiciones suyas que fuéramos diciendo las empleaba a un solo fin: el magisterio. Era un maestro en el más amplio y en el mejor sentido de la palabra, y ejercía este oficio de enseñar en todas las circunstancias. No importaba, por ejemplo, que fuesen las doce de la noche en el humo de una taberna, donde no le oyeran más que dos o tres trasnochadores. Aun entonces cumplía su misión con el mismo interés con que podía haberlo hecho en un aula académica.

Maestro en este grado de la vocación, con ciencia profunda de la vida, aunque amaba las artes, las flores, la naturaleza y la ciencia, en el fondo no amaba verdaderamente sino al hombre. El hombre en el sentido cabal que el concepto cobra en el Evangelio, relacionando a cielo y tierra, donde Dios es hijo del hombre y el hombre es hijo de Dios.

---

<sup>57</sup> José Madinabeitia (1870-1923), médico, filántropo y socialista. Amigo personal de Tomás Meabe, como él, provenía de la alta burguesía vasca, católica y conservadora. Aunque las versiones difieren en cual de los dos fue la mala influencia que llevó al otro por ese camino, hacia finales del XIX ambos abandonaron su círculo social y sus afinidades con el nacionalismo vasco —con no poco escándalo, incluso del mismo Sabino Arana— para abrazar el socialismo. Eso no significó que perdiera su interés por lo vasco, especialmente en lo tocante a la historia, cultura y etnografía. En 1918 sería uno de los fundadores de Eusko Ikaskuntza.



Debutó en Eibar, procedente de Bilbao –donde ejercía la profesión con gran predicamento entre ricos y pobres por lo que cobraba y dejaba de cobrar–, estrenándose con una conferencia; pero aunque hablaba bien, su éxito no estaba precisamente en la tribuna, sino en su conversación, en su participación alegre y regocijada en las expansiones y los ágapes de los compañeros, en su compañía en el café y en los paseos dominicales por el campo a que se daban mucho los socialistas eibarreses. Iban en nutridos grupos, ajustando el paso grave a la seriedad de los temas que trataban, por lo que *Apochiano* llamaba a eso “la procesión”, no pudiéndose conformar, él que era corredor y montañero, con el reducido radio a que se sujetaban aquellos ejercicios peripatéticos.

Empezó, como un enamorado que tuviese novia en el pueblo, por venir frecuentemente a pasar los días de fiesta con los amigos que se había hecho en Eibar, obreros todos de los oficios de la armería. Conocía el vasco, y lo hablaba bien por ser de Oñate, antigua Corte del infante Carlos María Isidro<sup>58</sup> cuando pretendía a la corona con el nombre de Carlos V, pero habitualmente se expresaba en un castellano hermoso y bien hablado. Y no había en el Centro Obrero peón de los que “llevan mortero”, como solía decir nuestro maestro *el Fosforero* para pronosticar el arrastrado futuro de los desaplicados, que no se hiciera la ilusión de que el doctor le distinguía con un afecto especial. Y, ciertamente, no se engañaban sino en lo de “especial”, porque sobrándole calor y corazón para querer igualmente a todos, no hacía acepción de personas y lo mismo le daba grandes que pequeños, instruidos que ignorantes, elegantes que rotos, para sumarse a su sociedad y participar en ella.

Esta gracia de la simpatía que desbordaba de su persona cautivaba no solo a los habituales del Centro Obrero, sino a toda clase de gente, y se hizo querer en la villa hasta por muchas personas que en el orden local eran francamente nuestros adversarios.

Algunos espíritus estrechos le censuraban esta correspondencia liberal con quienes no pertenecían a la iglesia socialista, al mismo tiempo que otros calificaban de demagogia aquello de pagar la misma consideración a los últimos de las tabernas; pero lo cierto es que nunca aspiró a ningún cargo, ni los tuvo, sobrándole talento para todo.

Sospecho que la única credencial y el único nombramiento de que fue objeto en su vida, fue el que le procuró nuestro Aquilino Amuátegui cuando llegó a ser concejal, proponiéndole para jardinero municipal de nuestra villa<sup>59</sup>; oficio naturalmente honorario en cuanto a la nómina, pero efectivo en cuanto a que el ilustre doctor dirigió,

<sup>58</sup> Carlos María Isidro de Borbón (1788-1855), el primer Pretendiente carlista que, efectivamente, tuvo, más que Corte –que lo fue Durango–, Cuartel General y depósito de hombres y bastimentos en Oñate durante la Primera Guerra Carlista de 1833-40.

<sup>59</sup> En 1913 el concejal republicano Ramón Iriondo ya había propuesto a Madinabeitia como jardinero de las instalaciones del recientemente inaugurado Jardín de Convalecientes, cargo en el desempeño de cuyas funciones el doctor se ofreció “no sólo a ejecutar los trabajos de tan humilde cargo sino a abonar por su cuenta todos los gastos de plantas, flores y árboles que se necesitaran”.

de hecho y durante varios años, con un amor extraordinario, nuestras pobres plantaciones, en lo poco de naturaleza que la huella agostadora del hombre y sus industrias habían dejado en el estrecho ámbito en que se asienta el pueblo de Eibar.

Cuando, sin esperar a mucho, puso allí consulta, en realidad para aumentar el volumen de su clientela de favor, aunque no recibía sino dos días a la semana, ya se consideró él un eibarrés y los eibarreses le consideramos nuestro paisano.

Al consultorio recién establecido de este nuestro paisano que vino a ser, fui llevado un día por Ignacio Galarraga cuando convalecía yo de una ligera extenuación que había pasado. Era una crisis de mocedad; me dio unos botones de fuego en el pecho y me prescribió un régimen en el que apenas entraba la farmacopea y me pronosticó que sería un hombre fuerte toda la vida, y así ha resultado ser gracias a Dios, que se lo habrá pagado en su descanso, pues yo, como otros tantos antes y después de mí, no tuve que pagarle sino con el agradecimiento que le guardo todavía.

### **Tomas Meabe**<sup>60</sup>

Tomas Meabe era, con respecto al doctor Madinabeitia, como uno de aquellos fieles compañeros que iban con San Pablo a su aventura de las iglesias de Asia. Siendo Eibar como una de las iglesias de Madinabeitia, de la que cuidaba, como el otro, con su amor y su palabra, Meabe necesariamente tenía que haber acabado por estar entre nosotros y sumarse a la familia eibarresa. Mas no recuerdo exactamente qué circunstancia de su vida le hizo avecindarse en nuestro pueblo. Creo que fueron motivos de salud, seguramente una providencia adoptada por su amigo el doctor, pues salió quebrantado de una de sus temporadas en la cárcel como delincuente de la pluma.

Se instaló con Pedro Chastang, el galo de la barba de oro, que vivía con su madre y sus hermanas en la casona llamada de Paguey<sup>61</sup>, rodeada entonces de amenos huertos de frutales, con una salida directa al campo y la montaña. Plácido lugar desde luego, que se prestaba admirablemente a los sueños en que vivía sumido el poeta —que lo era en verdad, por la música de su prosa y la abundancia de sus pensamientos—, con vistas al jardín de las monjas agustinas recoletas del Rabal, como para inspirarse mejor y cantar la libertad.

No es de extrañar que este de quien decimos poeta, que entendía la poesía en la vida que se vive, guardara un grato recuerdo de su tiempo en Eibar. Estaban de su

---

<sup>60</sup> Tomás Meabe Bilbao (1879-1915), escritor y político. De familia acomodada, Meabe tuvo una educación esmerada, probando varias profesiones, ninguna de las cuales le satisfizo. Cercano al nacionalismo vasco en sus inicios, la ruptura con su familia tras una crisis espiritual y personal le llevó a orbitar ambientes obreros, terminando por adherirse al socialismo. Escritor brillante, aunque ocupó puestos en la dirección del PSOE, quizás su mayor aportación fue la fundación en 1903 de las Juventudes Socialistas. Meabe contrajo tuberculosis, enfermedad que acabaría matándole. Se casó en Eibar con Julia Iruretagoyena.

<sup>61</sup> De las dos casas registradas con ese nombre, solo puede tratarse de la situada en Muzategi.

parte, además de su juventud ilusionada, el calor de aquel hogar en que era tratado como podía haberlo sido en el suyo propio de no haberle arrojado de él la incompatibilidad religiosa en que había incurrido con los suyos. Estaban aquel retiro horaciano de Paguey, aquella proximidad y contacto con la Naturaleza y aquel ambiente social de un pueblo que había despertado a todas las inquietudes de la época, donde la semilla socialista en que él y su amigo Madinabeitia se esmeraban podía fructificar ampliamente. Y estábamos nosotros, los jóvenes lectores del Centro Obrero, que bebíamos en sus palabras como en una fuente ideal.

Todavía le veo con los ojos del alma en el paisaje de aquellos lejanos días bajar por el sendero de Estisha<sup>62</sup> con su manojito de flores silvestres, su chalina de artista, su discreta melena de bohemio y aquellos ojos azules cargados de sueños bajo la sombra de unas espesas cejas, que denotaban al poeta, al enamorado de algo profundo, al soñador de una justicia social que valía por el Evangelio.

Aprovechó su estancia en Eibar para hacer la segunda época de nuestro *¡Adelante!* Y cada sábado esperábamos los neófitos a leer aquellas cosas emocionadas que escribía, por el estilo de este párrafo que no se me ha borrado todavía: “Cualquier hijo de puta puede ser grande de nacimiento al nacer al mundo de los pensamientos en la cuna de la idea”.

### El susto de Dios

Meabe había sido creyente. Su religión, a juzgar por las cosas que contaba de su intimidad acongojada, había sido pura angustia, como la de los que se atormentan pensando si estará en la voluntad de Dios el salvarles o abandonarlos a la condenación del fuego eterno. No todos tienen la tranquilidad de juzgarse buenos y recrearse pensando que los malos arderán por toda la eternidad.

Luego de terribles luchas interiores suscitadas por el demonio de la duda – esa tremenda enfermedad de la fe –, que por momentos le hacía pensar que Dios efectivamente le abandonaba a la desesperación, consiguió librarse de ese tormento cediendo de una vez a la razón que había temido como al pecado. Pues la fe se da en relación a lo absurdo, a lo que resiste a la razón. *Credo quia absurdum*, atribuido a San Agustín. Se cree en efecto en lo absurdo, lo que no puede entrar por la razón, pues en lo lógico y lo racional no hay necesidad de *creer*, sino que se *sabe* o se llega a *conocer*. Aquello mismo de San Anselmo, *credo ut intelligam*<sup>63</sup>, parece el grito de un naufrago esforzándose por asirse a una tabla. Y después de esta resolución heroica de liberar a la razón, tenía la sensación de haberse curado de un susto –el susto de Dios que decía– como quien despierta de una terrible pesadilla.

<sup>62</sup> Lo que hoy se conoce como Estixa o Estiaga, que corresponde al paraje vecino a la actual ikastola de Iturburu.

<sup>63</sup> Del latín, “creo para comprender”.

Y como no perdonaba a Dios ese susto que le había dado, cada semana se metía en nuestro *¡Adelante!* con la Biblia. Para proporcionar a esa razón que le había liberado la carnaza de aquellos absurdos que había admitido antes al pie de la letra y en los que Dios, tomadas las cosas textualmente como quieren los dogmáticos, resultaba tan pequeño, tan ruin a veces y tan parecido siempre a un oriental caprichoso, despótico y vengativo.

Alguna vez Unamuno le advirtió cariñosamente sobre este sarampión irreligioso de que se teñía su socialismo, tan bello por lo demás, y sé de Amuátegui, que lo refería, cómo yendo de paseo un día por los soportales del Convento de Isasi en Eibar —en cuyo centro se levantaba un calvario de piedra que había servido a las devociones públicas de nuestros abuelos de la Escuela de Cristo—, dijo aquel al director de nuestro *¡Adelante!* que aún llevaba clavada en el pecho la misma cruz de antes, mas ahora con la cabeza del Cristo para abajo, queriéndole significar que su irreligión del presente le resultaba una cosa tan atormentada como su religiosidad anterior le había sido.

Es a cuenta de esta discusión, que me consta se prolongó por correspondencia y afloró una punta al público cuando Meabe dio a la imprenta su traducción de un folleto titulado *Sin Dios*, que Unamuno hizo aquella frase de que no los ateos sino los teólogos son los que matan a Dios.

No los pobres ateos como Tomás, que se creen tales por haber dejado el Dios que les enseñaron las nodrizas, mas en el fondo siguen rindiendo homenaje con sus negaciones a un Dios desconocido como el de los atenienses, que evitan nombrar pero que ponen al descubierto con las buenas obras de su corazón; sino los profesionales de la teología, que no se cansan de añadir infolios a la montaña de papel impreso bajo la cual lo tienen enterrado, presentándolo con sus pasiones —las de ellos, los teólogos— sus parcialidades, sus intransigencias, sus miserias escolásticas y una justicia que no monta mucho sobre la bien dudosa de los hombres.

De lo que se defendía aquel diciendo, que él, don Miguel, que se preciaba de deísta, era de los que hacían teología y sabía de eso más que otros en aquella tierra de teólogos en que vivía y se movía.

### **El *Ichneumon***

Meabe había estado en París y había hecho allí, como era aún obligado, su noviciado de la bohemia junto con otros artistas, sus paisanos, que *la Abortadora* —como llamaba él a la señora Muerte por lo que tiene de traidora— arrebató a una esperanza cierta. Tal el caso, entre otros, del escultor Mogrovejo<sup>64</sup>, cuyo *Risveglio* se solía re-

<sup>64</sup> Nemesio Mogrovejo y Abásolo (1875-1910) fue un escultor bilbaíno, aunque desarrolló la mayoría de su carrera en el extranjero. Destacado modernista, compartió bohemia parisina con Ignacio Zuloaga, el pintor eibarrés.

producir en los extraordinarios de Primero de Mayo de nuestros semanarios, porque en aquella hora temprana el socialismo venía a ser un despertar y la figura del hombre que sacude las sombras con una mano en la frente resultaba un símbolo expresivo.

*La Abortadora*, dicho sea de paso, bien se había de cobrar el mote a su autor, como acaso ya lo presentía desde aquel entonces el bueno de Meabe, con ser fuerte y nervudo. Y solía tener mucho qué contar de aquellos días de París, cuando se defendía malamente traduciendo al castellano, a razón de un franco por página, para la casa Garnier. Todavía he visto por estas tierras americanas algunas traducciones amparadas por su nombre<sup>65</sup>.

De aquellos días de París le venía seguramente al amante de la Naturaleza que era Tomás Meabe, el saber de las maravillas de los insectos que había estudiado J. H. Fabre<sup>66</sup>, un paciente maestro de escuela languedociano que admiró al mundo con la referencia de sus sabias observaciones sobre el instinto en estos pequeños seres, antes de que en España los aficionadosuviésemos noticia de los libros de este Homero de los insectos, como le llaman en Avignon sus paisanos, en el rótulo de una calle que le tienen dedicada.

Así, de las amófilas, himenópteros inquietos, provistos de aguijón, que saben paralizar a sus víctimas seccionándoles el nudo ventral de los nervios motores sin comprometer la vida vegetativa, a fin de que sus larvas puedan alimentarse de carne fresca mordiendo en vivo, tomaba pie Meabe, con su propensión al apólogo, para trazar la figura del obrero asalariado en la sociedad capitalista.

Y al hacerlo en su estilo poético, solía tener presente al despreciado “maketo”<sup>67</sup> de las minas de hierro de Vizcaya, sujeto a la esclavitud de unos salarios de hambre, sin lugar a otro movimiento que el de su rudo trabajo de sol a sol, teniendo que resignarse, víctima de crueles paralizadores que le atrapaban en sus deudas, a que le devoraran día por día un poco de su ser, hasta que, terminado el caudal de su sustancia y no quedando de él sino una sombra de lo que fue, era abandonado como un despojo inútil a la tierra miserable. Todavía por entonces, sin ninguna ley de accidentes que les valiera en la desgracia, los mancos, los pata-de-palo y demás deshechos humanos de las minas y los hornos, los “*gauza ez daben gizonak*” que decía nuestro paisano, que habiendo contribuido a su opulencia Bilbao devolvía a la inclemencia del mundo con aquella palabra despreciativa encima, solían vagar por los caminos de nuestra tierra pidiendo limosna por las romerías y de puerta en puerta.

<sup>65</sup> De los *Diálogos* de Platón, según el original de 1949.

<sup>66</sup> Jean Henri Fabre (1823-1915) fue un naturalista y entomólogo francés. Su obra principal, *Souvenirs Entomologiques*, publicada en varios volúmenes a partir de 1879, le convierte en padre de la entomología moderna para muchos. Su trabajo influyó poderosamente en Charles Darwin aunque Fabre, paradójicamente, siempre se mostró contrario a la Teoría de la Evolución.

<sup>67</sup> Como el mismo autor explica en su *Lexicón*: “*Calificativo que se dió a los inmigrantes en Vizcaya, cuando la revolución industrial, con ánimo ofensivo y ordinariamente limitado a la clase jornalera. Por antonomasia los de tierras de Castilla, que dieron el mayor contingente de brazos para la minería y la siderurgia*”.

Y de cuando estuvo huido por deslices de la pluma, en que era tan fácil incurrir en aquella España de la intolerancia y los privilegios, sobre todo no usando, según sus palabras, el procedimiento del doctor Condon; de cuando estuvo en Saint-Jean-de-Pie-de-Port, con Gustavo de Maeztu<sup>68</sup>, el pintor, que tenía un estilo decorativo y le hizo el retrato que teníamos en la Casa del Pueblo de Eibar, contaba su aventura geórgica de unas coles que habían plantado y fueron pasto de las orugas verdes, madres de las mariposas blancas.

Pues bien, esas orugas verdes –las *Pieris brassicae* de la ciencia– suelen ser el sujeto de una tragedia en que yo he solido ver la de Meabe tal como él la refería. Un sutil himenóptero, el *ichneumon*, valido de sus alas, suele posar sobre el lomo confiado de la oruga para inocularle sus propios gérmenes bajo la piel. Y cuando la pobre bes-tezuela victimada anda errante en busca de un lugar recogido para crisalidar, empieza a sentir dentro, como el hombre de fe mordido por la duda, que algo extraño le roe las entrañas y va creciendo a sus expensas, hasta que, vaciado todo en su interior, sucumbe al terrible mal, en tanto surge de sus despojos a la vida una criatura nueva, insospechada y enteramente ajena a la anterior<sup>69</sup>.

### El Índice de Madinabeitia

Lo primero que hizo el doctor Madinabeitia en el Centro Obrero de Eibar fue regalar muchos libros a la biblioteca en que nosotros abrevábamos. Unos los juzgaba indispensables para llenar el vacío de lecturas que no había; otros para contrarrestar la influencia de algunas que había. Porque, decía, hay libros que no debiendo estar en ninguna biblioteca obrera se hallaban en todas y otros que, no debiendo faltar, no se les encontraba en ninguna. Esta era una de sus maneras dogmático-pedagógicas, que denotan su estilo. No coartaba la libertad, pero la corregía.

<sup>68</sup> Gustavo de Maeztu (1887-1947). Hermano del pensador Ramiro de Maeztu.

<sup>69</sup> Al final de este párrafo, en el original de 1949, el autor incluyó la siguiente nota que después prefirió eliminar: “Indalecio Prieto, que tuvo conocimiento de estos dos cuadernos primeros cuando circularon entre los amigos de Eibar, tuvo la delicadeza de mandar copia de estas notas relativas a Tomás Meabe a su viuda, doña Julia Iruetagoiena, que vive en México, y a su hermano Santiago, refugiado en Francia, náufrago de nuestra guerra, que le tocó sufrir la ocupación en Alemania.[...] La viuda de Tomás Meabe, después de agradecer a Prieto el envío, entre otras cosas le dice: ‘No le conocí en esa fase de lucha religiosa. Claro está que hemos hablado mucho de ello, pero estando ya del otro lado’.

*Eso prueba la medida en que Tomás Meabe respetó la conciencia de su esposa. Pero prueba también, que, como se lo advertía Unamuno, no basta para curarse del susto de Dios el ponerle cabeza abajo. Hay que dejarle en su sitio y dignidad, que es el del misterio que no se puede conocer ni desconocer. Si se hubiera podido conocer, no habría tal misterio; y si fuera posible desconocerle, no seguiría teniendo la actualidad que siempre tiene.*

*Y al tener que referirse todos a él en el comercio de la vida, salvo una indiferencia que sería igual a la de los brutos, a causa de ese misterio que sigue siendo y esa actualidad que sigue teniendo, unos para afirmarle y otros para negarle, resulta que en el fondo, en lo último, allá donde las cosas no pueden traicionar su íntima sinceridad, todos se despachan diciendo poco más o menos lo mismo, aunque con diferentes palabras”.*

La estimación de los temas y las preferencias dependen, claro está, del grado de preparación con que puedan ser abordados; pero, de todos modos, lo más solicitado en los centros obreros fue siempre Carlos Marx, con ser este autor nada fácil de seguir en sus análisis minuciosos por las regiones abstractas de la Economía Política clásico-liberal que él consideraba, y que viene a ser, como una mecánica racional, deducible toda ella de unos cuantos principios axiomáticos que se encierran en el concepto intelectual del *homo oeconomicus*.

Pero Marx tiene la doble personalidad del investigador y el hombre de acción; del erudito de todos los clásicos de la Economía y el confrontador de los libros azules de los inspectores de fábrica ingleses, que era como ver aquello otro en operación sobre la carne viva, sobre la carne doliente de la clase trabajadora, y nadie logró como él traducir sus especulaciones teóricas a fórmulas tan concretas y de tan alto valor pragmático, al frente de todas las cuales está aquello que parece la voz de la Historia dirigiéndose a todo un siglo: ¡Proletarios de todos los países, uníos!

Además, con Marx ocurría en los centros obreros lo que con la Teología en el siglo XVI, que, siendo igualmente difícil y abstracta, era popular, asimilándose por una suerte de ósmosis al constituir el ambiente de la época.

Volviendo a los libros que fue habiendo en nuestra biblioteca. También Ignacio Galarraga, antiguo suscriptor de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* y *El Motín*, hizo donación de la *Historia Natural*, de Odón de Buen, cuya publicación había promovido un incidente de alcance nacional, relacionado con la libertad de cátedra; lo que le valió muchas suscripciones a la obra en medios como el de Eibar<sup>70</sup>. Cuando, libando en esto y aquello, puse mis pecadores ojos en esta obra, hallé en ella la razón de muchas de las ideas con que nos deslumbraba José Guisasola a los neófitos. Julián Echeverría, futuro director de la Escuela de Armería, romántico como fue toda la vida, regaló al Centro Obrero una edición monumental de *Los Girondinos*, de Lamartine<sup>71</sup>, con sus grandes cuadros a lo David de la Revolución Francesa, acontecimiento con el que tomé contacto en este libro, estampas más que historia, y que además estaba profusa y hermosamente ilustrado.

Algún tiempo después, Jesús Calzada, que era el aposentador de los transeúntes que recibían el viático del Centro Obrero en una pensión que tenía en la vecindad

<sup>70</sup> Odón de Buen y del Cos (1863-1945). Académico y naturalista, fue uno de los padres de la moderna oceanografía española. Su *Historia Natural*, publicada en 1891, que gozaría de un amplio reconocimiento en el mundo de habla hispana, fue uno de los primeros textos científicos que, en castellano, defendían las teorías de Darwin y, por ello, se ganó la inquina de los círculos clericales, amén de terminar el libro en el *Índice de libros prohibidos* de la Iglesia. La persecución llegó al extremo de decretarse su apartamiento de la cátedra que ostentaba, lo que acabó degenerando en una serie de disturbios estudiantiles en 1895, poco conocidos hoy día, pero que fueron uno de los primeros indicios de que la Restauración estaba agotando su recorrido.

<sup>71</sup> Alphonse Marie Louis Prat de Lamartine (1790-1869) escritor, poeta y político francés del período romántico.

del mismo, trajo también una buena partida de libros pertenecientes a un huésped que se le ausentó sin pagar. Cosa rara, dicho sea entre paréntesis, tratándose de un buen cobrador como necesariamente tenía que ser aquel mal pagador, según justa fama que gozaba de ello.

Fama que le venía de ser autor de una fórmula de vida práctica que algunos le copiaron con mejor fortuna que él y que rezaba así: “*Que con el Anuario Bailly-Baillièrè<sup>72</sup>, una máquina de escribir y papel timbrado se podía montar cualquier negocio sin más capital que el de los incautos*”. Chascarrillo que parecía ser, y en realidad era, el diagnóstico acertado de un sistema de economía que producía ciegamente adelantándose a la demanda y necesitaba vender. Vender de cualquier manera, a todo riesgo, donde fuera y como fuera, aunque fuese abriendo a tiros los mercados, como ocurría a la sazón en el Imperio Sharifano del Magreb<sup>73</sup>. Y como ocurría tener que hacerlo a los industriales de Eibar, que para descongestionarse hacían créditos en lejanos países, muchas veces a pícaros más aventajados que nuestro Jesús Calzada y sus discípulos.

Entre los libros procedentes de la pensión de referencia, figuró una vez este título novedoso: *Jesucristo nunca ha existido*<sup>74</sup>. Este libro, vertido al castellano por un hombre que, como otros “jabalíes” de ayer, está ahora al lado de Franco, incensando a este títere con suerte que haría figura de reír si no fuera por sus manos manchadas con la sangre de Abel, tuvo gran fortuna por el tiempo de su aparición en los centros obreros. Aunque no fuese fruto de investigaciones directas o de primera mano, como le achacaba la crítica, no dejaba de ser una seria contribución a un problema histórico que sigue abierto para muchos, y recuerdo que resultaba interesante y sugestiva su lectura. Figuraba, junto con otras publicaciones de la Escuela Moderna, de Ferrer, al que tenía igual inquina, en el *Índice de Madinabeitia*.

Y es que al doctor, socialista, tanto como por razones intelectuales, por vocación humanitaria y conciencia de la injusticia social, tan manifiesta en aquel Bilbao de entonces que hacía millonarios y mendigos, no le decían gran cosa, cuando no le molestaban, todos aquellos temas habituales del librepensamiento burgués al margen de la cuestión social, aunque como dije, cumplió condena en la cárcel de Larrínaga por negarse a prestar juramento en no sé qué diligencia oficial. Además, él tenía exigencias intelectuales a que no bastaban las generalizaciones que nos encantaban a nosotros.

<sup>72</sup> Los Anuarios Bailly-Baillièrè eran una suerte de listín y guía general de España. Publicados en Madrid desde 1879 incluían indicaciones administrativas, anuncios comerciales e industriales y las direcciones particulares y profesiones de un número de personas que fue aumentando en cada sucesiva edición.

<sup>73</sup> Se refiere a Marruecos, en cuya parte norte ensayaba España por esos años sus propios ejercicios de imperialismo comercial y colonial. El rey de Marruecos se titulaba entonces de Emperador y la dinastía de la que formaba parte descendía del Sultán Mulay Ismail ibn Sharif. De ahí el término Sharifano, o el equivalente castellanizado jerifano –de jerife–, para referirse a la monarquía marroquí.

<sup>74</sup> Obra de Emilio Bossi (1870-1920) abogado, librepensador y escritor suizo. Fue traducido en España por E. Díaz Rete.



Pero lo cierto es que, a pesar de la opinión y censura del maestro y la autoridad con que imponía las suyas en derredor, todos los jóvenes del Centro Obrero devoramos el libro como lo último de las cosas novedosas de que siempre estábamos sedientos.

### **El *Izu-eguna***

Un fenómeno tan considerable como la aparición del cristianismo, en una época de crisis y en una encrucijada geográfica donde las grandes civilizaciones de Oriente y Occidente entremezclaban sus influencias, necesariamente tenía que resultar en algo tan complejo en su fondo histórico, en un compuesto de tan varios ingredientes –aunque unos sean dominantes y otros meramente indiciales– que había de prestarse a tantas interpretaciones como puntos de vista. Y el de este autor, E. Bossi –italiano–, era uno de esos puntos de vista especiales.

La interpretación de los datos esquemáticos de la figura del que se supone el fundador del cristianismo, tal como están ordenados en documentos que para unos son rigurosa Historia y para otros una floración de leyenda, mediante los caracteres propios de un mito solar –uno de los muchos mitos que gozaban de gran prestigio a Este y Oeste, y aun en el seno del mismo pueblo de Israel, con sus ritos muy extendidos del fuego– podía ofrecer tantos elementos verosímiles y aceptables como cualquier otra, en una consideración crítica, ajena e independiente de las exigencias o imposiciones dogmáticas de los credos vigentes.

Y para nosotros, que conservábamos el sabor ancestral y gentilicio de nuestro *Izu-eguna*, el día de la renovación del fuego en los hogares en que interveníamos jubilosamente los chicos en Eibar, aquellas verosimilitudes podían impresionarnos más.

Muy temprano la mañana del Sábado de Gloria, después del oficio en que se bendice el agua lustral y el fuego nuevo, corríamos los muchachos al atrio de la iglesia para encender en el fuego sagrado que allí se ofrecía al público los trozos de leño que habíamos curado desde meses atrás para esta ocasión. Luego nos apresurábamos a casa, a las de los parientes y amistades para ofrecer las primicias del *zu-barrisha*, el fuego nuevo, con el que las echekoandras o amas de casa encenderían aquella mañana el hogar para que durara, en llamas de día y en brasa y rescoldo durante la noche, hasta el viernes de la Semana Mayor del año siguiente, en que el fuego volvería a morir en los hogares, como todos los años, para esta resurrección del *Izu-eguna*<sup>75</sup>, que coincide con la luna llena del equinoccio vernal.

Claro está que, en nuestro tiempo, habiendo simplificado los fósforos la resurrección del fuego a discreción y agravándose al mismo tiempo la crisis del combustible, el fuego se apagaba todas las noches y aquella práctica del *Izu-egun* era entonces

---

<sup>75</sup> En 1949, “zu barri” e “Ishueguna”.

simbólica, pero no menos reveladora de un culto ancestral del fuego, viva imagen del sol. La aparición luego del carbón de piedra y la sustitución por la cocina de hierro llamada económica del antiguo llar bajo la campana de la chimenea, mató la reminiscencia del mismo *Izu-egun* que supongo ya no se practica. Mis hijas sí han llevado todavía el fuego nuevo a casa y a las tías<sup>76</sup>.

Y algún día, al correr del tiempo, no faltaría ocasión a los jóvenes socialistas de lucir aquella erudición impresionante, como en efecto lo hicimos en Semana Santa de un año, al convocar a una gira campestre a los que no se propusieran asistir a la procesión. Contestó al contenido de nuestra hoja un joven sacerdote hoy en el exilio igual que nosotros, el cual pertenecía a aquella generación que dijimos, de curas más cultos, mejor preparados y más sensibles a los problemas sociales. Y siguió una polémica, que si no rebasó los términos de la corrección, apasionó al público lector y suscitó en algunos un interés especial por estos estudios.

### **El Jardín de Convalecientes**

Ya he tenido ocasión de decir que existía en nuestro pueblo una Sociedad de Socorros Mutuos de Artesanos antes de aquella aurora social que alumbró sobre el valle del Ego al expirar el siglo XIX, desde no sé qué tiempo atrás de nuestros padres o quizás de nuestros abuelos. En caso de enfermedad del mutualista la sociedad proveía un subsidio que venía en remedio de la falta de jornal en casa del enfermo.

Una vez Madinabeitia en Eibar, promovió en el seno de aquella sociedad la idea de establecer un Jardín para Convalecientes para dos efectos primordiales: apartar al convaleciente de la promiscuidad a que propendía entre los sanos y activar el restablecimiento mediante un régimen de aire libre. Porque nada tan peligroso en aquel clima de inviernos húmedos e inclementes como las convalecencias largas.

Y así nació el Jardín de Convalecientes, sumándose a la idea con todos sus entusiasmos un joven recién doctorado que Madinabeitia tomó a su cargo iniciar en su carrera profesional: Niceto Muguruza<sup>77</sup>, perdido tempranamente para la ciencia y para Eibar en un trágico accidente deportivo, cuando su talento, sus aficiones y su generosidad prometían mucho de él. Se adquirió un terreno en la solana de la montaña, que viene a ser una de las estribaciones del Urko; se desbrozó aquel pedazo de

<sup>76</sup> Este párrafo y el anterior, fueron introducidos en 1956 en forma de notas al pie.

<sup>77</sup> Niceto Muguruza Larriña (1882-1920) fue un destacado médico eibarrés. Nativo del pueblo, estudió Medicina en Zaragoza y Madrid. Tras regresar a Eibar desarrollaría aquí la mayor parte de su labor, de gran repercusión social, sobre tres ejes principales: la lucha contra la tuberculosis, su especialidad; la mejora de la salubridad de las aguas públicas y la mejora de las condiciones sanitarias de los puestos de trabajo en fábricas y talleres. Hombre de muchas y variadas inquietudes culturales y sociales, fue una figura unánimemente querida en el pueblo hasta su temprana muerte.

monte que era una chara<sup>78</sup> como hubiera dicho el famoso *Satur*<sup>XII</sup>; se abrieron unos senderos, se construyó un pequeño pabellón sobre una terraza; se plantaron árboles, crecieron flores y sonrió el sol sobre aquel modesto parque, sin mediar otros recursos que las suscripciones voluntarias y unas prestaciones personales que el doctor Madinabeitia impuso a sus amigos, que así tiraron de pico y pala aunque nunca lo hicieran si otro lo mandara.

Aquello resultó bastante importante como obra ejecutada, pero tenía incomparablemente más importancia como propósito común, como materia de educación de sanos y enfermos. Aparte lo que representaba como servicio a los que allí convalecían, fueron infinitos los actos culturales, las conferencias, los beneficios artísticos y las colectas públicas que tuvieron lugar para el pago del terreno y las obras y el entretenimiento de la institución, que siempre representaba gastos.

Su patronato perpetuo correspondió a tres artesanos de la más diversa formación y procedencia que resultaron tres enamorados de la obra y dedicaron en lo sucesivo todos sus afanes a ella: Cipriano Acha, aserrador, Esteban Sarasua, tornero y Calixto Ciorraga, ebanista. El primero del caserío de Pagey; el segundo, artesano, hijo de artesanos y padre de artesanos, y el tercero, aldeano del caserío Orbe en Aguinaga. Y allí donde la pasión política era tan encendida y tan viva la lucha de las ideas, hubo así otro terreno común más para coincidir y hacer más civil la obligada convivencia, acostubrándonos al respeto mutuo en la vida práctica.

Y aunque parezca que estas cosas no tienen importancia y que al fin todos los esfuerzos son baldíos, porque mudan las circunstancias y nadie se acuerda del mérito de estas oscuras actividades de las que hoy seguramente no queda nada, lo cierto es que sí queda algo siempre, que sirve para gratificar a los sacrificados con el sentimiento de que sus sacrificios valieron la pena.

Pues, ¿a qué sino a estas y otras cosas parecidas, igualmente oscuras y desinteresadas, que allí tenían vida, pudo obedecer el hecho de que cuando la enfermedad social del pistolero hacía estragos en otras partes y la lucha social se llevaba a cabo con pistolas, habiendo tantas en nuestro pueblo que las fabricaba a miles, no se hubiera registrado jamás en él un solo atentado, ni por parte de los obreros ni de los patronos?

---

<sup>XII</sup>. Como epílogo de las fiestas de San Juan, se celebraba el día de San Pedro con un programa de festejos burlescos, presididos por un alcalde de broma que se proclamaba para aquel día entre los más tronados de la villa. Los últimos años de esta comedia fue alcalde de burlas el famoso *Satur* (Caro) por la facundia con que pronunciaba largos discursos en que se entreveraban el vascuence y el castellano con efectos harto cómicos. En sus discursos no todo era algarabía. Quedó más de un dicho con autoridad de proverbio, como aquello de: “*La política es una chara; esto es: una confusión, un enredo, algo difícil de andar*”.

---

<sup>78</sup> Del euskera *txara*, jaral.

Y eso, no porque no se disputaran menos obstinadamente el terreno en el campo social que allí donde jugaban las pistolas y corría la sangre.

Y a algo obedeció también el hecho de que, llegados a la encrucijada tremenda de la guerra civil, habiendo dominado la situación por meses sobrados para todo lo malo si hubiéramos tenido esa propensión los que éramos los atacados y los históricamente agraviados, no hubiera en Eibar venganzas personales ni ejecuciones políticas, en tanto nos llovían, de no más lejos que Navarra, por boca de los huidos, noticias espeluznantes de las sevicias a que, a la luz del día y a ojos vistas de las autoridades, se estaban entregando los fanáticos de la otra parte, haciendo víctimas a liberales y republicanos sin más motivo que su filiación política.

Y eso con haber aceptado integralmente, como lo aceptamos desde el primer momento en Eibar, el desafío de la guerra y la enormidad del sacrificio que ella iba a demandarnos a los que pretendíamos nada más que seguir viviendo en paz dentro de nuestra República, tan limpiamente lograda.

No sé a ciencia cierta cómo respondió la otra parte, cuando los azares de la guerra volcaron la suerte sobre su platillo inclinando la balanza a su favor. Allá ellos; cada cual responda de sus obras ante el tribunal de la Historia. A nosotros nos basta el heroico esfuerzo y el haber podido acreditar al mismo tiempo la benéfica influencia que el doctor Madinabeitia y aquellos otros viejos maestros del socialismo eibarrés buscaban con sus tácticas y sus enseñanzas.

### **El positivismo de tío Pachico**

Por el momento, los neófitos no hacíamos sino leer y leer. Esto de leer me venía a mí de muy atrás, por línea materna principalmente, y desde pequeño hice figura de lector como el doncel de Sigüenza. Tío Pachico, Francisco Arrizabalaga, el patriarca de la casa donde yo trabajaba a la sazón, aunque montador de armas con clientela en toda España y entendido en escopetas de caza, en lebreles de raza y demás circunstancias de la cinegética, habiendo bajado del caserío de Ertzill, en Eibar<sup>79</sup>, apenas conocía las letras. Y viéndome que leía tanto, me dijo un día a modo de advertencia a un incauto, como experimentado de la vida que era con sus años, lo que traducido vendría a decir así:

—¡Pobrecito! ¡A ver si tú estás creyendo que todo eso que lees *ha ocurrido!*

Para él, lo no ocurrido, lo que no fuese un auténtico sucedido en el mundo de las cosas tangibles, no podía valer nada; es más, era un miserable engaño de autores desaprensivos con el que nos hacían perder lastimosamente el tiempo a los cándidos; es decir, era un abuso de confianza a expensas de nuestra ingenua credulidad.

También otro aldeano de los oficios de la armería cuyo nombre callaré, una vez que estaba de paso por el pueblo una compañía dramática, habiendo acudido por vez

---

<sup>79</sup> El caserío Ertzill está en Barinaga, barrio de Markina-Xemein.

primera a ver una representación en el Teatro Cruceta, hizo, no sin gran asombro suyo, el descubrimiento de que todo se lo decían a los actores desde la concha del apuntador. Y lo fue publicando con gestos y ademanes de persona escandalizada a los pánfilos de su vecindad. A partir de ese momento la representación perdió todo interés para él, pues no veía el mérito, y en lo sucesivo no oía a los actores sino al apuntador. Y se fue, no pudiendo entrar por el convencionalismo, tan natural para los demás, de admitir que los actores hablen por su cuenta como *dramatis personae*<sup>80</sup> a pesar del apuntador que les apunta y que para nosotros no existe.

Esta limitación suya destruía, no solo el efecto artístico, sino la posibilidad del espectáculo, que para él quedó reducido a un burdo truco que no podía engañar más que a los tontos que no llegaban a advertir que había un apuntador. Lo mismo que luego ha ocurrido con la gran ópera para tantos que hoy no pueden entrar por el convencionalismo de que la vida ocurra en música y se digan las cosas en solfa<sup>81</sup>.

Igual ocurría en nuestra infancia con los *nacimientos* que las monjitas de Isasi y el Rabal ponían por Navidad, en competencia con el que don Julián Vidaurre, doctor en Teología y Cánones, montaba en la parroquia con la colaboración activa de *Galdós-Chiki*, gran artista en figurillas de cera, que nos tenía admirados a los condiscípulos. Allá donde los mayores –los avisados como el tío Pachico y el aldeano en la comedia de marras– no acertarían a ver más que unos trozos de cartón pintado, algunas figuras dudosas que querían representar personas y animales, picadillo de papel y un poco de serrín blanqueado, nuestra imaginación de niños, libre de aquel torpe objetivismo, nos hacía ver una escena deslumbrante, un paisaje maravilloso, pastores y rebaños, verde césped y blanca nieve y, en medio de este teatro maravilloso, el acontecimiento inenarrable de nacer de unos padres humildísimos, en la desnudez de un pesebre, un niño que era nada menos que el gran Dios.

El mismo fenómeno se da en las devociones populares a imágenes milagrosas. Donde el escéptico no acierta a ver sino el adefesio que suelen ser tales imágenes, el devoto, el hombre de fe, cree estar en presencia de un ser sobrenatural que puede acudir en su remedio; y se lo representa maravillosamente aureolado y con una vida tan real, que le suele ver sudar, mover los ojos y acceder significativamente con su boca a la inmensidad de su anhelo.

¿Quién tiene razón? Indudablemente la tenía yo contra el positivismo de tío Pachico, jefe de la casa de los *Ertzill*, dejándome engañar con todo aquel mundo de ficciones con que, a su parecer, perdía yo lastimosamente el tiempo. Mas si esto es así, ¿no podría ocurrir que también tuviera razón el devoto, frente al positivismo estéril de los que solo vemos un adefesio en lo que es objeto de su veneración?

<sup>80</sup> Del latín, personajes de la obra.

<sup>81</sup> En 1956 el autor desdobra los incidentes y razonamientos de este epígrafe. Los dos primeros párrafos del que sigue, iban a continuación de este párrafo, aunque la comparación con la ópera es nueva y añadida en 1956. Igualmente, el último párrafo del siguiente epígrafe, donde valora la figura de Madinabeitia, era el último de este epígrafe en 1949.

## La música y los ruidos<sup>82</sup>

Algo parecido a esto del positivismo que estorba lo maravilloso y el apuntador que destruye el efecto escénico de quien no admite convencionalismos se daba en el fondo de la interminable cuestión que, tiempos más adelante, sosteníamos con *Apochiano* en el Café de la Casa del Pueblo acerca de las ventajas y los inconvenientes de la radio y el gramófono respectivamente.

Demetrio Sarasúa, nuestro amigo, dueño de una hermosa voz de tenor y un fino oído musical, además de que leía en el pentagrama por haber cantado en el coro de la iglesia, era un radiómano desde la primera hora de estos aparatos, como su hermano José, peritísimo en construirlos. Algunas veces, cuando la radio era una novedad a la que cada aficionado proveía construyéndose su propio receptor según esquemas que aparecían en las revistas, este amigo nos invitó a sus sesiones de música retransmitida, como *Apochiano*, por su parte, apasionado de la música en discos, nos solía invitar a la suya para escuchar sus famosas óperas en escabeche, en un aparato que, como el receptor de Demetrio, era también de fabricación local, producto de la industria eibarresa.

Puesta la radio casera del Sarasúa en la onda de la Torre Eiffel, el tumulto de ruidos y silbidos que salía del aparato tenía a veces unos claros que dejaban oír las notas de cristal de un piano, o el devanarse las hebras de oro de los violines, o los acordes en que mezclan su voz todos los instrumentos de la orquesta, hasta que nuevamente reaparecía el escándalo de los ruidos y moría en sus tinieblas la dulce melodía. Mas la paciencia del radiómano, insistiendo sobre la misma onda, apuraba toda la obra, llenando sus lagunas con su memoria musical. Y con todo y aquellas deficiencias le resultaba grata la velada.

Acostumbrado mi ilustre pariente al sosegado desarrollo de sus grandes músicas en el fonógrafo, sin más interrupción que la obligada para cambiar los discos —menester que siempre mandaba hacer a otros para no alterar su comodidad—, no oía en la radio sino los ruidos inevitables, se aburría y burlábase de la novedad y los maniáticos de ella. El otro argüía, asintiendo nosotros con él, señalando la inevitable pobreza de su alabada discoteca en relación a las riquezas de que podían hacer alarde las estaciones emisoras, ofreciendo siempre música variada. Y no había manera de ponernos de acuerdo...

Mas dicho esto, volvamos al punto de partida y descubramos la intención de esta inútil digresión: Madinabeitia, con parecernos tan grande a los neófitos, tenía sus defectos. Defectos grandes. Y como en la radio de Demetrio, unos escuchábamos la música y otros oían los ruidos.

---

<sup>82</sup> Este epígrafe fue añadido en 1956. En el original de 1949 los dos primeros párrafos del mismo iban a continuación del cuarto del que en esta edición se titula *El positivismo del tío Pachico*, insertados a continuación de la descripción de la sorpresa del aldeano al descubrir al apuntador. Este epígrafe se construye desarrollando el debate entre radio y fonógrafo para tomar como cierre el que era último párrafo del epígrafe anterior.

## El cuento de San Ivo

Madinabeitia, en efecto, no era demasiado cuidadoso de lo que luego se ha venido en llamar la “línea general”. Su socialismo tenía mucho de personal y, en una época en la que los intelectuales no dejaban de inspirar ciertas reservas al socialismo obrero militante, no era santo de la devoción de todos. Sobre todo en Bilbao, donde algunos le combatían abiertamente. En Madrid, que no le tiraba a él, tampoco le apreciaban demasiado por una especie de reciprocidad instintiva. Por su parte solía decir que estaría en el partido en tanto no lo invadieran los abogados. Seguramente adivinaba de lejos a los Mariano Cortés y los Bugada<sup>83</sup>.

El fundador de las Juventudes Socialistas de España, Tomás Meabe, tampoco dejó de suscitar alguna inquietud por la fuerza de su originalidad, pero este siempre fue un compañero muy querido de todos y apreciado en todos lados. No se le suponían defectos y su mística especial, su juventud y la dulzura de sus rasgos fisionómicos y espirituales causaban admiración. Tal como le veo en el recuerdo, tenía bastante de común con el perfil de otro gran atormentado: Nietzsche. Contagiado acaso por las prevenciones del doctor, su dilecto amigo, Meabe tampoco quería a los abogados, y no recuerdo si fue en el *¡Adelante!* de Eibar o en *La Lucha de Clases*, de Bilbao, donde publicó su cuento de *San Ivo*<sup>84</sup>.

San Ivo, según Meabe, es el único abogado que está en el cielo, y ello por culpa de una censurable negligencia de San Pedro, el secular portero de aquella mansión, a quien sin duda ya para entonces le pesaban demasiado los años en el cargo de las llaves. Su presencia en la corte celestial —la del abogado— fue advertida por una epidemia de pleitos que sobrevino entre los santos, que tan bien se habían llevado hasta entonces.

Averiguada la causa y decretada la expulsión del leguleyo, San Ivo sigue aún en el Cielo de los bienaventurados porque el mismo Padre Eterno, confundido con sus razones por el abogado, tuvo la debilidad de acordarle una última gracia que el reo podía solicitar según la tradición. Gracia que había de consistir en lo siguiente: que en la diligencia de su expulsión interviniera en forma, además del alguacil de oficio, un escribano, persona que, según las historias, no pudo hallarse, ni para ese único servicio, en todos los ámbitos de la Gloria. Ni entonces, ni en los tiempos que han seguido después hasta el día de hoy, con seguridad de que así sea por los siglos de los siglos.

<sup>83</sup> Abogados ambos, Mariano García Cortés Romero (1878–1948) fue miembro del Comité Nacional del PSOE y acabaría siendo, por escisión, uno de los fundadores del PCE. Jerónimo Bugada Muñoz (1904–1971), abogado del estado, desempeñó varios cargos en los gobiernos republicanos. Miembro del ala negrinista, acabaría siendo expulsado del PSOE, aunque fuera póstumamente rehabilitado y readmitido en 2009. Se rumoreó en la época que se aprovechó de sus cargos durante la guerra para amasar una considerable fortuna que le permitió un cómodo exilio en Cuba, al menos hasta que el triunfo de Fidel Castro le empujara a un segundo exilio, menos cómodo, en México.

<sup>84</sup> Ivo de Kermartin, abogado del siglo XIII, patrón de abogados, niños perdidos y de su Bretaña natal.

## Eulogio Urréjola

Acaso fue por esa prevención e inquina contra los abogados que, poco después de estas ocurrencias que voy diciendo, el doctor Madinabeitia arrancó de las garras de la curia bilbaína a un amanuense que en las secretarías de juzgado de la capital de Vizcaya se había enterado de más leyes y pragmáticas que los licenciados por Valladolid y acabó por entender Derecho mejor que muchos que se habían doctorado en Bolonia: Eulogio Urréjola.

Y como a Meabe en achaques de salud le trajo a Eibar a curarse de su quebranto de la cárcel con los aires de Arrate y los baños de Errotape<sup>XIII</sup>, a Urréjola, joven socialista a punto de intoxicarse del todo, según el doctor, con la bazofia de los juzgados, nos lo trajo también a nuestro ambiente de pueblo en que bastaban las Ordenanzas Municipales, que cabían en veinte páginas, para que todo marchara bien en paz y en justicia, a airearse un poco y curarse de aquel empacho curialesco.

Y ¿qué pensarán ustedes que le hizo? Pues simplemente le hizo su ayudante en el consultorio de Barrenkale. Con lo que el cuasi abogado cambió la péñola por la jeringuilla y el termómetro, y el *Pandectas* y el *Alcubilla*<sup>85</sup> por los aforismos de Hipócrates. Y ¡cosas del destino!, también Urréjola fue a caer en casa de los Chastang, entrando en ella luego como propio por vía de matrimonio con una de las hermanas de Pedro, el galo de la dorada barba que hubiera envidiado Vercingetorix.

Una vez apostatado de las leyes, además de discípulo de Galeno que vino a ser, con su bata blanca y todo, fue luego grabador, armero, viajante de comercio y no sé cuántas cosas más que no se le pegaban, hasta que, pasados bastantes años, volvió a encontrar su cauce en la asesoría jurídica del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya, desde donde hizo, a sus cuarenta o más años, su bachillerato y los cursos académicos indispensables para graduarse de procurador y poder actuar en los tribunales en toda clase de asuntos. No con la ciencia de aquellos cursos de pura fórmula que le impuso el sindicalismo academicista, sino con la experiencia que le sobraba de sus viejos tiempos de roedor de expedientes judiciales.

---

<sup>XIII</sup>. “*Aires de Arrate y baños de Errotape*” era uno de los aforismos de don Vicente Aguirre, sabio galeno del tiempo de nuestros padres, que recomendaba especialmente contra los vapores y las opilaciones que sobrevenían a algunas mujeres a la sazón en que se animaban las playas de Deva y Saturrarán. Y, evidentemente, los aires de Arrate y los baños de Errotape, podían hacer bastante más por la salud sin moverse de casa que los sórdidos acomodos de los pueblos de veraneo, a que no podían faltar algunas familias durante la temporada oficial, para no considerarse menos que otras.

---

<sup>85</sup> El *Pandectas* es el nombre griego del *Digesto*, conjunto de leyes dictadas en el siglo VI por Justiniano. El *Alcubilla* puede referirse a uno de varios diccionarios y manuales compilados por el jurista e historiador del Derecho Marcelo Martínez Alcubilla (1820-1900), muy populares en la profesión durante la época.



Fue concejal en el Ayuntamiento de Eibar y lo era en el de Bilbao cuando se produjo la guerra civil. Luego de nuestra buena vecindad en la calle Grabadores, en Eibar, donde habitábamos derecha e izquierda de un piso de la misma casa, coincidimos también como vecinos en París en los comienzos del exilio, y evacuamos juntos de aquella capital, entrando los alemanes cuando nosotros salíamos por la Puerta de Orleans. Nos separamos en Burdeos después de asistir al drama de la capitulación de Francia y no nos hemos vuelto a ver más.

### **Orador fracasado**

La pedagogía del doctor Madinabeitia era terrible. Cuando creía de alguno que podía no decir demasiadas tonterías, le llevaba a la tribuna. No valía con él ninguna excusa y ¡pobres sus elegidos! Todos los argumentos eran inútiles contra su determinación de echarle a uno al agua. Cuanto más desamparada se confesara la víctima, peor para él; así reaccionarían mejor y más activamente sus defensas y el naufrago aprendería a nadar. De que pudiera ahogarse... ¡ni hablar!

Contaba de uno que estuvo a punto, habiéndole puesto en ese trance; el cual, viéndose ante el respetable, luego de un prolongado mutis que no acertaba a romper de ninguna manera, encarándose con el responsable de su aprieto, que le tenía a sus espaldas, dijo:

—¡Me caso en diez! ¿No le había dicho yo lo que me iba a pasar?

Y se fue sin decir más, llevado de los demonios a ocultar su vergüenza. Pero añadía el doctor que él no se dio por vencido, y aquel álalo, que diría Pío Baroja, a quien de primera intención no le salió sino una blasfemia, acabó por ser un Demóstenes en su pueblo de la zona minera.

Con otros se empeñaba en que habían de escribir, aunque una y otra vez que lo intentaran se les disipasen las ideas en cuanto se enfrentaban con las albas cuartillas, y por más que se desesperaran, no pudiendo descorcharse los obligados a hacer negro en ellas por imperio de las exigencias del doctor, ¡ya les irían saliendo, aun al más rebelde, las esquivas ideas, cada vez mejor y con más facilidad! Lo importante era tener algo que decir, y para tener algo que decir, vivir, tanto como en los libros, en la vida que nos hace sufrir, para referirse siempre a ella. Y en la contradicción de los hombres que hace vibrar lo íntimo.

No había así ninguno para quien el doctor no tuviese su exigencia. ¿A cuántos, que se preciaban de lindos, no puso a tirar de pico y pala en los desmontes del Jardín de Convalecientes? ¿Cuántos que no conocían una corchea no tuvieron que cantar en el Orfeón?

Usando de una violencia semejante me estrenó de orador un día, o mejor dicho una noche, en un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme. ¡Tampoco quiero acordarme del apuro que pasé, pues apenas me había dado tiempo para intentar unas

cuartillas con que pudiera salir del compromiso! Confieso que se me descompuso el vientre. Gracias a que el número fuerte del programa estuvo a cargo de Tomás Meabe, que había escrito las suyas con más espacio, ya que este también era premioso de palabra y no sabía hacer discursos. Los compañeros de aquel centro fabril fueron excesivamente benévolos conmigo y pasó por fin aquella tortura, sin más consecuencias que la de no quedarme ganas de ensayar más discursos en la vida.

Y a la hora de acostarnos, más allá de la medianoche, resultó que el bueno de Tomás no había hecho ninguna prevención y diligencia para aposentarse, motivo por el cual Madinabeitia estaba empeñado en dejarlo en la calle en compañía de las estrellas “para que aprendiera a pisar tierra”. Así era la pedagogía del doctor, más severa cuanto más quería a una persona. No ignoraba el *suaviter in forma, fortiter in re*<sup>86</sup>, que solía repetir, pero muchas veces lo practicaba a la inversa.

### Otro botón de muestra<sup>87</sup>

Años después, recién inaugurada la Casa del Pueblo, tropezamos un domingo con Anthón Bandrés<sup>88</sup>, que había estado en el Urko y Kalamua en prácticas de montañero, como gran califa de esta afición con sede en el Club Deportivo de Bilbao. De regreso del monte había estado en la nueva Casa del Pueblo y nos felicitó por su esplendidez y ornato. Sobre todo le parecía bien el salón con su tribuna en alto.

–Y ¿no sabes –le interrumpió diciendo Madinabeitia– quién habla el próximo sábado en esa tribuna?

–Ciertamente que no lo sé, si no me lo dices –contestó aquel– pues nada he visto en la cartelera.

–¡Pues habla Anthón Bandrés!

–¡Qué bromas se gasta el doctor!

–No hay broma que valga, Anthón. El sábado habla allí Bandrés.

–¡Pero si no soy orador! –protestó el emplazado con verdadera alarma.

–Eso no importa –insistió nuestro amigo–. Escribes unas cuartillas.

–Si es que no tengo tiempo –insistió con verdadero pánico el montañero bilbaíno.

<sup>86</sup> Deformación de la locución latina acuñada por el jesuita Claudio Acquaviva (1543-1615) *fortiter in re, suaviter in modo*, que quiere decir suave en las formas de presentar un argumento, pero firme en defender la sustancia del mismo.

<sup>87</sup> Epígrafe creado en 1956, desdoblándolo del anterior.

<sup>88</sup> Antonio Bandrés Azcue (1879-1966), desempeñó diferentes cargos directivos en empresas de la época. Miembro de la oligarquía local, fue mucho más conocido por su faceta como deportista. Fundador de la revista *Pyrenaica*, sería figura destacada del montañismo vasco, tanto en labores organizativas como por sus ascensiones, incluida la del Mont Blanc en 1926. De forma análoga destacaría en el mundillo del ciclismo. Republicano militante, durante algunos años frecuentó ambientes socialistas, aunque esto se debió más a una admiración personal por Indalecio Prieto que a cuestiones ideológicas. Depurado durante el franquismo, su peripecia no fue especialmente dramática. Fue expulsado de los consejos de administración e inhabilitado, sentencia que conseguiría invalidar en los tribunales del mismo régimen.

—Lo tomas por las noches y en paz —terminó imperativamente Madinabeitia y cambio de conversación.

Yo no sé si cambiaron más palabras durante la semana, pero lo cierto es que la noche del sábado siguiente allí estaba, procedente de Bilbao, en la tribuna de la nueva Casa del Pueblo de Eibar, el gran Anthón Bandrés, con unas cuartillas sobre las que había sudado durante la semana, acaso más que cuando ascendió al Mont-Blanc, hablando de la función social de los deportes.

Madinabeitia, como siempre, se había salido con la suya<sup>XIV</sup>.

### **El peligro de escribir libros**

Con el mismo éxito atacaba a la gente cuando se trataba de nutrir las suscripciones que tanto se prodigaban entre nosotros, por lo que bien se dijo lo caro que resultaba el ser socialista o el frecuentar la Casa del Pueblo. ¡Cuántos elementos indiferentes, y hasta muchas veces hostiles, no hicieron por culpa de Madinabeitia no desdeñable contribución a nuestra nueva Casa del Pueblo!

Por eso decían algunos, medio en broma y medio de veras, hablando de él y sus condiciones de elemento cosechador, que así como admiraba al pobrecito de Asís, si

---

<sup>XIV</sup>. Prieto ha contado muchas veces, y últimamente en *El Socialista*, en ocasión de celebrar con un banquete sus bodas de oro con el partido, cómo quedó sujeto por férreas cadenas a su destino político de representante perpetuo de Bilbao, primero en la Diputación provincial, luego en el Ayuntamiento y más tarde en las Cortes, hasta hoy:

*“En 1911 supe con sorpresa y disgusto —cuenta el Diputado a Cortes por Bilbao, exministro de la República y hoy Presidente de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español en el Exilio—, que los socialistas bilbaínos me proponían para candidato a diputado provincial. Me apresuré a renunciar —añade— pero el correligionario que recogió la renuncia no le dio curso, fiando que alguien de mi intimidad me disuadiría”.*

Ese alguien, con las facultades suasorias indispensables para el difícil cometido, fue el doctor Madinabeitia, quien barajando cifras de votos probables, sostenía que de ninguna manera sería electo el socialista. Mas permitiendo Prieto que su nombre figurara en la candidatura de la Coalición Republicano-Socialista, no dejaría de prestar un gran servicio a la democracia bilbaína, ya que ello serviría a poner término a las violentas querellas que frecuentemente venían ocurriendo entre estas dos fuerzas políticas de izquierda. La renuncia de Prieto significaría, en cambio, la imposibilidad del entendimiento, pues el sustituto, que era Facundo Perezagua, no era persona del agrado de los republicanos.

Resignado Prieto, con la intervención de Madinabeitia, a su papel de consentir su nombre en la candidatura y a pronunciar varios discursos para el efecto moral del que aquel le había hablado, millares de electores le llevaron triunfalmente a la Diputación, evidenciándose la insinceridad de las matemáticas de que se había valido el doctor para embarcarle en aquella aventura política, que fue decisiva.

le hubiera dado por querer a San Ignacio y hubiese entrado en la Compañía, la Universidad de Deusto habría llegado hasta Algorta.

Solía contar de su padre que tenía por costumbre no dejarse convencer de nada que no fuese de su propia iniciativa. Pero los hijos, a pesar de esta rigidez feudal de su padre, habían aprendido a conducirlo como a un manso cordero, tomándose el cuidado de atribuir a él todo cuanto se les ocurría a ellos.

Esta política le quedó por hábito al doctor, nuestro amigo. No recabó nunca para sí la gloria de ninguna iniciativa suya. Y embarcaba a la gente en sus propios empeños, haciéndoles creer que eran ellos los que las habían inspirado. Era su manera franciscana de la generosidad hasta en ese orden del espíritu.

Cuando acudía a consulta con otros médicos tenía muchísimo cuidado —contaba él— de no discutir las apreciaciones y el diagnóstico de sus colegas, personas siempre vidriosas y de una susceptibilidad que debe estar en la profesión; pero, a cambio de esta satisfacción que pagaba al amor propio de los demás, sabía que no iban a disputarle el derecho que se reservaba de extender la receta, que era lo que a él, médico verdaderamente al servicio del hombre, le interesaba.

Decía también que nada tan peligroso como el médico que hubiese escrito libros, porque los tales caen fácilmente como autores en el vicio de creer que la Naturaleza existe para darles la razón a ellos, con lo que acaban de parecerse al galeno del chascarrillo, que, certificando el fallecimiento de su paciente, replicaba al difunto que protestaba de semejante anticipación, diciendo si él, el muerto, iba a saber más que el doctor.

Esto mismo suele ocurrir con los inventores de sistemas, si por desgracia les toca gobernar.

### **Al borde de la leyenda**

Ejemplo de las maneras que a veces ponía en su cariño este nuestro don José es que, llegando un día de Bilbao, le dijeron que Amuátegui estaba acostado con no sé qué achaque que le perseguía con frecuencia, tomándole la garganta. Y diciendo Madinabeitia que semejante achaque se cura mejor en la sociedad de los amigos, comiendo y bebiendo, como era su propósito aquel día, fue a casa del enfermo y le hizo levantar, afeitarse, considerarse sano y disponible e irse con los demás. Y el paciente, no teniendo más remedio que obedecer al doctor, sanó oficialmente y se fue para su bien con la cuadrilla, pues del achaque ya no se acordó más.

En otro caso más grave su faena fue la siguiente: Melchor Aldazábal era un compañero de los más fuertes. Representaba, en su hechura de rubio con los ojos azules, el tipo perfecto del *mens sana in corpore sano*. Maestro inteligente en su oficio de la mecánica, jamás había tenido nada, ni había visitado nunca un médico. Por lo demás,

uno de esos soldados de fila que se honran cumpliendo con todo su deber alegremente, como el dador alegre de San Pablo.

Pero en lo mejor de su vida se le presentó una enfermedad que los médicos no supieron diagnosticar. Y el hombre, que había sido tan hermoso ejemplar de la raza por su estampa, su fuerza y su templanza, empezó a decaer al mismo tiempo que remitía su optimismo ingénito. Era autor del “*zortzishan beiñ eta gogua dagon guztian*”<sup>89</sup>, precepto marital que Madinabeitia consideraba digno de incorporar a los aforismos de Hipócrates y de sentar jurisprudencia en los cánones.

Encontrándose Madinabeitia un día aquella ruina de hombre en la calle sin estar en antecedentes, le tomó por su cuenta y le llevó a su quinta de Larrondo, en el valle de Azua. Allí le puso a interesarse por el jardín, haciéndole responsable de sus flores y sus legumbres, mientras seguía un régimen en que no intervenía la farmacopea. En el término de un mes o poco más, atenido el hombre bajo su techo a las prescripciones de su amigo, se recuperó de tal forma, que se creyó enteramente sano; y al regresar a nosotros era tal la impresión de milagro en todos, que lo celebramos con un bullicioso ágape en homenaje al médico y al resucitado, que así decíamos del compañero devuelto a la vida. Fue en casa de Badet, donde la cocinera regente también se decía que tenía especialidades que resucitaban a los muertos.

Volvió Melchor a su vida normal y sus ocupaciones, trabajando por algún tiempo en su oficio, en el taller de Victor Bernedo, convertido ya en un industrial importante. Pero la enfermedad, que había sido derrotada de momento por aquel caudal extraordinario de fe y optimismo vital que el médico supo despertar en la naturaleza espléndida del enfermo, volvió insidiosamente por sus fueros, y siendo realmente incurable —un proceso canceroso interno— murió al fin dejando esposa e hijos.

Pero aquello del milagro, la resurrección y la alegría de todos por haber recuperado aquel excelente amigo fue tan sumamente emotivo y del alma que en otros tiempos o en otro medio hubiera dado lugar a la leyenda, y a la vez que nuestro doctor sería puesto entre los santos, el caso de Melchor Aldazabal se referiría como uno de sus milagros.

### **Proliferación de las épocas de crisis**

En la Historia, como en la Naturaleza, la evolución no representa una curva regular y constante en la ordenada del tiempo. Hay periodos en que las variaciones se producen con una frecuencia desacostumbrada y que por eso mismo se llaman críticos, siguiendo o precediendo a periodos de práctica estabilización. Estos periodos de estabilidad pueden prolongarse tanto para ciertas formas de vida, que llegan a sobrevivir

<sup>89</sup> En euskera: “una vez cada ocho días, y siempre que haya ganas”. Grafía 1949: “*Zortzishan beiñ eta gogua dauan guztian*”.

sin modificación a través de sucesivas edades geológicas, como es el caso, por ejemplo, de las hormigas de hace cincuenta millones de años, prácticamente iguales a las de hoy; mientras para otras las crisis o variaciones se suceden con tal insistencia que toda una serie de transformaciones profundas se completan en un periodo relativamente corto, como es el caso de ciertas familias de la clase de los mamíferos.

Estas crisis se caracterizan, pues, por presidir períodos en que las variaciones en la Naturaleza y las novedades en la Historia, sobre las que ha de obrar la selección, se producen con una frecuencia y profusión mayores. Y en lo que respecta a la Historia, se caracterizan también por una mejor disposición de los espíritus para admitir cosas nuevas, por una especie de sed que en tales circunstancias suele darse en las almas.

Así, cuando se abrió la crisis de la Reforma, lo que se produjo, frente a la unidad pétrea y secular de Roma, no fue la variación, sino las variaciones, las innumerables sectas del protestantismo, y de ahí el argumento de Bossuet<sup>90</sup>: “¿*Varías? Luego no eres la verdad*”.

Por eso mismo, en política se suele saber dónde empiezan las revoluciones pero no dónde acaban, porque nadie es capaz de prever la cantidad de cosas nuevas –de consecuencias insospechadas– que encierran en sus entrañas.

Así, aquella crisis abierta en las almas con la aparición del socialismo en el horizonte de nuestro pueblo, vino acompañada de muchas otras novedades y de una disposición especial de los espíritus para asomarse a ellas: el anarquismo, la teosofía, los vegetarianos, el neomalthusianismo, los abstemios, el esperanto, etc. Todo pasó por la escena social de nuestro pueblo e hizo su cosecha, aunque esas escuelas no lograban a veces estar representadas más que por un solo adepto.

Mas ocurre, como en la fórmula química de ciertos compuestos activos, que la sola presencia de ciertos ingredientes en cantidades nada más que indiciales tiene una importancia decisiva. Esta era la teoría de un trotskista a quien conocí en París, y la práctica inveterada de los anarquistas en los centros de influencia socialista, donde se constituían en oposición y hostigaban sistemáticamente a aquellos, causándoles desazón, pero contribuyendo a la solidez de su obra.

## **El neomalthusianismo**

Esta inveterada oposición anarquista solía estar muchas veces a cargo de una sola persona y, para que se vea la verdad de lo que digo, no era insólito el caso de una huelga general –objetivo a que tendían siempre los ácratas considerándola como un paso hacia la revolución– provocada por ese único elemento contra la opinión de

---

<sup>90</sup> Wilhelm Bousset (1865-1920), teólogo evangélico alemán. Se interesó en la investigación del Jesús histórico.

todos los demás influyentes. Podría pensarse que tal ocurría cuando el único tuviese razón contra todos; pero no, el fenómeno podía darse sin dejar que fuese una locura la determinación triunfante. Y es que hay momentos en que las huestes mejor disciplinadas se convierten en masa y proceden como tal para producir la sorpresa de lo mejor o lo peor que esconde el corazón humano en el misterio de su profundidad insondable.

Ya dije el nombre del fanático que en Eibar representaba ese papel de maniqueo. Era buena persona y en nuestro caso se contentaba con señalar platónicamente su posición sin darse a la intriga y la calumnia, escuela en la que luego se excedieron los comunistas. En el tiempo a que vengo refiriéndome, *Apochín*, el tipo de los libertarios de Baroja, era todavía un aprendiz y el maestro apenas tenía otros discípulos.

El neomaltusianismo de que se doblaba el anarquismo de nuestro opositor venía a ser otra manifestación de su espíritu nihilista, aunque esta tendencia, doctrina, mera práctica o lo que fuera en cada caso, pretendía una justificación eugénica. Corresponsal y consignatario del material propagandístico y profiláctico de este movimiento semisocial y semicharlatanesco, nuestro héroe tuvo la dicha, o la desdicha, de engendrar a su único hijo —un hermoso hijo por cierto— en prácticas de hacerse con la certidumbre personal de la absoluta eficacia de un procedimiento anticonceptivo que recomendaba la secta y que él despachaba a los adeptos.

Como el vegetarianismo, el naturismo, etc., todas estas extravagancias, —quiero decir, todas estas cosas que se apartaban de lo común—, tenían su sede principal en Barcelona. Para su desgracia, no era fácil distinguir las muchas veces del cúmulo de pseudociencia que se publicaba allí y se despachaba como artículo de exportación y no era muchas veces sino una manera de la pornografía.

Lo mismo que ciertas novelas cortas y ciertas revistas de la misma época que hacían furor y que correspondían a una generación dominada por una obsesión erótica, por una exacerbación lúbrica que se llamó la sicalipsis, obra de ridículos *tabús*<sup>XV</sup> y una turbia industria literaria enderezada a fines crematísticos, ejercida por cínicos explotadores de aquella tendencia enfermiza.

---

<sup>XV</sup>. El concepto teológico de la carne como enemigo del alma representa una lucha con la Naturaleza, y a la Naturaleza no se le combate sin exponerse a serias represalias. Y en una sociedad mojigata como la española, tan llena de tabús —recuérdese a nuestras autoridades prohibiendo el “agarrao”—, era una represalia aquel éxito crematístico de la sicalipsis y la pornografía.

Los que conocimos aquella generación obsesionada y enfermiza por pertenecer a ella, podemos admirarnos de la templanza que ha puesto en las costumbres el nuevo paganismo triunfante en la vida, al que no puede sustraerse ni aquella sociedad mojigata a pesar de las vanas protestas con que todavía se ponen en ridículo obispos y gobernadores.

Entre todas aquellas novedosas novedades que hicieron acto de presencia en Eibar, nos alcanzó el sarampión del esperanto.

## El esperanto

En efecto, algunos asiduos de la biblioteca del Centro Obrero formamos un grupo esperantista. Nos dio algunas lecciones iniciales en esta lengua auxiliar, que pretendía venir a ser universal con tal carácter y pudiera serlo con provecho para todo el mundo, el malogrado maestro nacional de una de las escuelas de Eibar, don Antonio de la Torre, en una dependencia del Concejo Viejo<sup>91</sup>. Luego nos fue fácil desenvolvemos por nuestra propia cuenta.

El esperanto, creación del Dr. Zamenoff, un médico polaco, es un instrumento idiomático de positivo valor y eficacia práctica, sin dificultades de pronunciación, sin problemas ortográficos y sin excepciones gramaticales. Su léxico puede enriquecerse mediante prefijos y sufijos de acepción casi universal que apenas tienen que aprenderse, con arreglo a sencillas normas, en la medida de las necesidades de expresión y dentro de un espíritu que no ha tardado en formarse y tomar cuerpo. Se comprende que, reuniendo estas condiciones, resulte esta lengua auxiliar de una facilidad extraordinaria y de una precisión técnica insuperables.

Pero, naturalmente, tiene el inconveniente de ser una creación artificial y se le sienten los engranajes de su mecanismo; le falta todavía la suavidad o la tersura de lo biológico. Para contraer esta suavidad, que entra bien en sus posibilidades, hubiera necesitado haber servido a grandes masas como instrumento cotidiano, de la misma forma que tengo entendido hacen los autores con las canciones napolitanas, que son fijadas en el pentagrama luego que las ha estilizado el pueblo en un periodo de libre interpretación. Pero la progresión de esta lengua universal, como otros muchos afanes de semejante índole generosa, fue interrumpido por el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Nosotros teníamos correspondientes en distintos países del continente europeo, y yo personalmente me escribía con esperantistas de Rusia, Austria, Hungría, Alemania, Inglaterra e Italia, cambiando saludos y a veces ideas interesantes<sup>92</sup>. Pero se explica que, imposibilitado este placer de la correspondencia con los extraños de distantes países, perdiera interés el asunto y lo olvidáramos al ingresar en otras preocupaciones igualmente quijotescas.

<sup>91</sup> Se refiere a las antiguas dependencias del Ayuntamiento, situadas en una casa, hace mucho desaparecida, que ocupaba lo que hoy sería el número 23 de la calle Calbetón, junto a la plaza Eibarko Bizikleta.

<sup>92</sup> En las versiones de 1949 y 56 usó la palabra “samideanos”, quizás el único préstamo léxico de esa lengua artificial al castellano. También varía en 1949 la lista de lugares con los que mantenía correspondencia, incluyendo Siberia y “pueblos que hoy pertenecen a Checoeslovaquia y entonces formaban parte de la doble monarquía de Austria-Hungría”.



Luego de las guerras el esperanto no ha dejado de propagarse considerablemente como lengua auxiliar, y en lugar del *Fundamento Krestomatio*, del Dr. Zamenoff, a que se limitaba toda nuestra bibliografía, hoy cuenta con un vasto caudal literario enriquecido por contribuciones de todas las procedencias. Nuestro buen amigo Santiago Arizmendi trabaja en Eibar en la propagación del esperanto, con unas dotes y un entusiasmo a que nosotros no alcanzamos.

### **Amor de la Naturaleza**

La ventaja de los pueblos sobre las ciudades es un mayor contacto con la naturaleza. Se está inmediatamente en el campo y animales y plantas forman parte de la vida de relación. Nosotros añadíamos a esta ventaja la de nuestras montañas, que, sin ser grandes, son hermosas.

Cuando empezamos a amarlas, antes de salir de la infancia, todavía no habían sido desnudadas de sus especies arbóreas originales, las hayas y los robles —para no citar sino a señores— que dondequiera formaban cerrados bosques llenos de voces y de misterio, como en los cuentos de hadas.

Es verdad que algunas especies se nos morían como de puro viejas, como si para ellas terminara a nuestra vista el periodo geológico que les fuera propicio. Tales los castaños, que en muchos puntos de nuestra tierra formaban hileras de cadáveres en pie, con los brazos nudosos extendidos hacia el cielo como en una oración agónica. Tal una variedad de roble que se extinguió en las faldas del Urko que miran a mediodía, cubiertas en no lejanos días de espeso arbolado, que yo he llegado a ver muerto formando una tropa de mástiles resecaos que se rendían a la tierra, heridos por el insecto destructor. Tal el acebo, motivo gótico que luce en las catedrales su fronda agresiva, reducido hoy a raros ejemplares mutilados por quienes iban a solicitar de él el mango del martillo y los útiles artesanos. Las encinas, en cambio, de hoja perenne y lúcida, cuya cerrada copa sirve para resguardar las espaldas al caserío y al *abel-eche*<sup>93</sup> de las embestidas del Noroeste que cargado de aguas nos despacha el Cantábrico, siguen resistiendo bien, agarradas a las manchas calcáreas que dominan nuestro paisaje.

Los arroyos de las montañas eran todavía arroyos, antes de ser captados en sus fuentes, unas veces para dar de beber a las poblaciones en crecimiento y otras para mover los artefactos de la industria, y siempre para dejar un cauce seco allá donde antes se pescaba la trucha, amante del agua fría y retozona de las montañas, y se cogía la anguila, que después de ser objeto de interminables debates cada vez que se servía en la mesa aderezada con guisantes, definitivamente, parece probado que viene de la angula de los estuarios, que es su larva, que procede de mar adentro, de una zona remota del Atlántico.

---

<sup>93</sup> Del euskera, establo. Grafía 49: “abeleche”.

Y el río ¿qué ha sido del río, nuestro simpático Ego<sup>XVI</sup>, que cuando éramos chicos venía murmurando su canción por entre pródigos nogales que poblaban sus márgenes, lleno de poesía y de encantos, haciendo las delicias de los pescadores de “sargos” y “escallus”<sup>94</sup>?

Empobrecido por la tala de sus cabeceras en Vizcaya por sórdidos administradores de condes y marqueses ausentes, su mermado caudal es ahora vehículo de todos los detritus orgánicos e industriales que recoge en su camino, y allá donde antes había rientes sitios de nuestras fiestas y juegos infantiles, entretenidos con el mágico juguete de los pájaros y los insectos, son al presente lugares de donde uno ha de apartarse con repugnancia.

Claro está que a cambio de los encantos que disfrutaban nuestros padres en su paisaje impoluto, en su medio no alterado por la economía, que al no importarle el hombre le importa menos la Naturaleza, ahora, gracias a esa misma economía, brutal y ciega, pero al fin y al cabo progresiva, puede ir uno a los Pirineos y darse una vuelta por el Circo de Gavarnie, en una de las varias vacaciones del año que disfruta cualquiera, mientras las más extraordinarias aventuras montaÑeras de nuestros viejos no pasaban del Inhorta, del Elozu, del Oiz y el Egoarbitza.

Cierto también que las no menos extraordinarias proezas de nuestros cazadores famosos de entonces, que tanta bulla metían en sus tertulias de las tabernas, con sus onomatopeyas y sus gesticulaciones que transcendían al exterior como el fragor de una batalla, no acaecían más allá de Maguna, San Cristóbal, Munichibar, Cenarruza, Gollibar, Santa Eugenia, Arnobate, San Miguel, Arnabal, Madariaga, Karakate, Elozu, Illordo, Pagatza, Santamaña y Garay<sup>95</sup>, mientras la generación que les ha sucedido caza, llegado el caso, en el llano de Álava, en tierras de la Rioja, en los ardientes rastrojales de Burgos donde pisó el Cid, y hasta en los Picos de Europa, último refugio de los reyes godos.

Pero lo importante es la cosa de todos los días, porque el hombre es lo que tiene que ser todos los días, y todos los días se era entonces el amigo de la Naturaleza. Y a esto quería venir, a decir la raíz de nuestro amor a la Naturaleza, complicado en mi caso personal por las lecturas del neófito, que no todo era triste proyección de los problemas sociales, sino también amables libros de la Naturaleza.

---

<sup>XVI</sup>. Ego creo que viene a ser mediodía, pero nuestro río corre de oeste a este, a no ser que el Aisholaerreaka, su tributario, le diera nombre, pues desciende en dirección sur-norte, de Pagatza a Eizaga, y en su valle están Egoecheaga y Egoarbitza.

---

<sup>94</sup> El sargo es, en euskera, el gobio. En la entrada que le dedica en su *Lexicón (sargua)*, el autor aventura que su nombre científico sea *Gobitis barbatula* (sic). Lo describe como un pez común en nuestros regatos, que se caracterizaba por ampararse habitualmente de la corriente debajo de las piedras. Su pesca, explica, requiere una red y remover las piedras para atraparlos. El *eskallu* es la bermejuela, menos apreciada que el anterior.

<sup>95</sup> En 1949 las grafías varían en los siguientes casos: Eguarbitza, Mahuma (por Maguna) y Elosu.

## El reverso de la medalla

No callaré el reverso de la medalla. En contraste con el aire libre de los montes y la libertad de los campos del tiempo de nuestros padres, estaba el confinamiento de las casas y los talleres, donde apenas se renovaba el aire. Los animales domésticos formaban parte de la familia, y entre ellos figuraba un reverendísimo puerco en espera de su San Martín, luego las gallinas, los perros, los conejos, los patos, etc., todo lo cual se amparaba muchas veces bajo el mismo techo.

La ventilación se reducía al mínimo por el horror a las corrientes de aire y el temor de las pulmonías. El sol de marzo pegaba con el mazo y tampoco era muy recomendado en los demás meses del año. No se prodigaba el agua porque había que ir a buscarla a la fuente, que siempre se encontraba a alguna distancia de la casa aunque allí estaban los aprendices y las horas de la noche antes de la queda para emplearlos en ese menester. Las pulgas y las chinches, en verano, ayudaban a acostarse tarde y levantarse temprano, como convenía a la buena economía de la casa. La saludable fatiga de las largas jornadas recompensaba al hombre honrado con un sueño contra el que no podía la insidia de aquellos insectos; circunstancia providencial sin la cual no hubiera podido tolerar el más sufrido las noches estivales.

Durante el invierno no daban menos guerra las goteras, pues las pedreas de los chicos en la calle, el paso del rascachimeneas y las grandes batallas que tenían los gatos en los tejados, junto con la flora que prosperaba en la capa formada por el polvo cósmico sobre ellos causaban siempre desperfectos en las cubiertas, que las primeras lluvias se encargaban de poner de manifiesto. Tratar de remediarlas muchas veces era peor, pues contra una que se corregía aparecían otras dos nuevas.

A todo esto se añadía el valor comercial de lo que pudiera almacenarse en la letrina, y cada casa tenía su parroquiano del caserío que cuidaba de aderezar periódicamente, por la cuenta que le tenía, las capas de helechó que debían alternar con lo otro, hasta que fuera llegada la hora de sacarlo fuera para las heredades, donde por un milagro de Dios se convertía en rica sustancia de las espigas y las mazorcas.

Las mujeres se entendían con una vecina para así dar a luz, y el hombre venía al mundo con la misma sencillez con que se iba de él, pues nada más común entonces que el morir por cualquier cosa que hoy no tiene importancia. La mortalidad era así elevada y se agravó con el crecimiento de la población en tanto no se hizo la traída de aguas para el servicio domiciliario y la red de saneamiento, que normalizó la cifra.

No es difícil explicarse, dadas estas circunstancias, que una enfermedad entrara en una casa y se llevara por delante a toda la familia. Y que fueran tan frecuentes los huérfanos, aun en niveles que no carecían de bienestar.

## Los cazadores

Hemos mencionado antes a los cazadores, que sin disputa merecen párrafo aparte. Nuestros cazadores, que naturalmente eran legión con tanta escopeta buena como salía de los talleres de Eibar, no tardaron en acabar con el último lepórido que representó a esta familia zoológica en nuestras tierras. No digamos de otras alimañas del campo, a cuya destrucción contribuían las Ordenanzas Municipales, preceptuando premio a los matadores. Tiempo hacía, cuando nosotros empezábamos a discurrir por los montes, que no quedaban zorras, ni tejones, ni gatos monteses, ni garduñas, ni erizos, ni siquiera inocentes ardillas para una necesidad del fabulista, cuando el *Diccionario Geográfico-Histórico de España*, cuya redacción supongo no se remonta más allá de Carlos IV, habla de los jabalíes que criaban nuestros montes de Eibar.

Lo mismo ocurría con las aves. Los buitres, que en nuestra edad escolar acudían en bandadas sobre la carroña de los animales muertos en el campo, y los cuervos y los grajos, que se movían en legiones haciendo estación en el campanario de la iglesia, dejaron de frecuentar el área de nuestras innúmeras bocas de fuego, que por el placer de tirar no perdonaban ni a aquella especie de insecto con plumas que eran nuestros simpáticos “chepeches”<sup>96</sup>, los reyezuelos de tantas historias amables, no tardando en acabar con todas las especies indígenas que anidan en el país, al mismo tiempo que ahuyentaban a las emigrantes que lo repoblaban en cada estación, viniendo estas a ser cada vez más raras, como si el instinto les avisara desviar de nuestra vecindad agresiva sus misteriosas trayectorias.

Apenas quedaba así pelo ni pluma en varias leguas a la redonda de nuestra jurisdicción cuando yo empecé a frecuentar el campo como amigo consciente de la Naturaleza. Y eso que había chambones como *Anchuelo*, gran criador de perros finos de caza y señor de todo lo indispensable a un perfecto cazador, menos la puntería. Contaban sus colegas de la cuadrilla que, habiéndose procurado un día un gazapo que cogió vivo un labrador, quisieron ofrendarle la ocasión de que se estrenara siquiera una vez en su vida, atando a la pobre víctima a una mata del camino que el favorecido iba a andar. Sorprendido el cazador con tan inesperada aparición, porque donde menos se piensa salta la liebre, disparó, segó la cuerda con el plomo y fuese el animal con más salud que nunca.

Otros había por el estilo, que madrugaban y salían del pueblo a la del alba haciendo gran ruido de pisadas fuertes, seguidos de muchos perros y llevando gran aparato de armas, a cual mejor y más costosa, para pasar el día comiendo y bebiendo y haciendo *zirris*<sup>97</sup> a las criadas en la venta de Trabacua<sup>98</sup> o en la de Uribe, como en los cuadros

<sup>96</sup> Del euskera *txepetx*, chochín común (*Troglodytes troglodytes*). Es la especie de ave más pequeña que se puede encontrar en el País Vasco.

<sup>97</sup> En euskera eibarrés, según lo define el mismo autor en su *Lexicón*, *zirri eiñ*, o hacer *zirris* es “*palpar las curvas femeninas subrepticamente, aunque con tácito consentimiento de la dueña*”.

<sup>98</sup> En 1949 escribe “Trabakúa”.

de Brueghel. Ventas a las que acudían los aldeanos de la vecindad que durante la semana hubiesen cobrado alguna pieza de pelo o pluma para convertirla en plata, con lo que nuestros héroes volvían al pueblo más ufanos que los de Tarascón, desfilando con sus trofeos a la vista en dirección a sus cuarteles en las tabernas de *Guiputza* o de Urrebaso. Donde la miserable pieza así exhibida serviría de ocasión a una veintena o más para el “erbijana” o “eperjana”<sup>99</sup> del día siguiente, en que tendría lugar un milagro semejante al de la multiplicación de los panes y los peces, pues del guiso había de abundar como en las bodas de Camacho<sup>100</sup>.

También había otros más modestos, que sin madrugar tanto y sin tanto ruido se iban “*chiri-chiri chara chikira chorichara*”<sup>xvii</sup>, y alguna vez tenían la fortuna de dar caza a algún pobrecito Chimbo-burubaltz<sup>101</sup> adentrado incautamente en la zona de peligro, trayendo de la entretenida jornada materia de conversación para toda la semana.

Mas para no pecar de injustos midiendo por igual a todos los que se proveían de licencia de caza, cuyo censo cobraba en Eibar una extensión aproximadamente igual al electoral, haremos excepción de esta verídica pintura a los *Querido*, los Baroja, los Gaspar, los Pola y demás escopetas de la antigua tertulia de *Eperra*, que cazaban la becada, con lo que queda dicho todo<sup>102</sup>. Pues de estas aves migradoras solo pueden cobrarse los raros ejemplares que se extravían con los grandes temporales del invierno, afrontando los cierzos, los aguaceros y las nieves de la peor estación.

Digamos asimismo, para igual justicia, que también en los cuarteles de *Guiputza* y *Urrebaso* había que hacer excepciones a favor de dignos continuadores del gran Romualdo Zarra y demás ases de los tiempos clásicos<sup>103</sup> que se reunían en el taller de los *Ertzill* cuando yo hacía en él el aprendizaje de mi oficio de grabador, esto es, los *Cashildo*, los *Chopa*, los *Okel'erre*<sup>104</sup> y otros de cuyo nombre no me acuerdo en este momento.

---

<sup>xvii</sup>. Piano piano, hacia el pequeño jaral, a cazar pájaros. Este juego de palabras lo tengo de José Guisasa, que lo atribuía a un cazador de chimbos, su compañero de taller donde Victor Aramberri e Hijos, a quien tenía que aguantar la semana de conversación que traía de aquellas jornadas cinegéticas.

---

<sup>99</sup> Del euskera *erbia*, liebre, y *eperra*, perdiz unidos al verbo *jan*, comer. Los sustantivos *erbijana* y *eperjana* designan a copiosas comilonas a base del respectivo animal, de ahí la ironía.

<sup>100</sup> Hace referencia a un pasaje del Quijote, capítulos XIX, XX y XXI.

<sup>101</sup> Nombre en euskera de la curruca capirotada (*Sylvia atricapilla*). En 1949 escribía así la aliteración: “...*chiri-chiri Chara chiquira chorichara*”.

<sup>102</sup> En 1949 dice “...*los Pola y demás cazadores auténticos de casa de Eperra...*”

<sup>103</sup> Nomina que, según el original de 1949, también comprendía a Ricardo *Foterúa* y Eladio *Ibarbekua*.

<sup>104</sup> Traducido del euskera, significaría carne asada o quemada. En Eibar, en sentido figurado, se usa para designar a las personas enjutas y de pocas carnes.

## Caza furtiva y caza mayor

Una de las más destructoras formas de caza era lo que en Eibar se decía *keishara*<sup>105</sup>. Mas quede aclarado desde luego que los auténticos cazadores lo condenaban severamente por lo que tenía de criminal el procedimiento, pero, sobre todo, porque lo practicaban generalmente los “satisfechos”, palabra con que designaban, no a los señoritos, que no los había, sino a los que tenían pretensiones de tales y se remangaban una vez al año para ir a tiro hecho y lucirse en las tertulias.

En sazón que maduran las cerezas, avanzada la primavera, los cerezos silvestres que arraigaron aquí y allá en lo cerrado de nuestros montes solían ser puntos de cita de las especies frugívoras de nuestra fauna ornitológica en trance de alimentar su tierna pollada. Estos cerezos, sembrados por el azar, eran fáciles de descubrir y determinar su situación para el momento oportuno cuando el árbol entra en floración y destaca su nevada copa sobre el fondo oscuro de lo nemoroso aún sin fronda.

Llegada la sazón, el cazador se instalaba antes del amanecer en un lugar próximo al *Chori-keisha*<sup>106</sup> elegido, disimulando su presencia con una enramada dispuesta en forma de cobertizo, desde donde disparaba sobre cada una de las piezas que acudían con la alborada en busca de la provisión para sus pequeños. En una breve hora o dos que a lo sumo duraba la frecuentación, cobraba el furtivo más caza que hacían los profesionales en el año, sin moverse de su escondite más que, terminada la tarea, para levantar las piezas muertas a mansalva, al pie del árbol traidor.

Lo reñido era caminar en la noche y adelantarse a los mejores puestos, que eran una especie de secreto que guardaban los iniciados en este criminal misterio, después de estudiado el terreno cuando la floración primaveral. Así, un día que Mariano, conocido como *Churrerúa*<sup>107</sup> —un chusco del tiempo de nuestros padres—, se encontró ocupado el que se había propuesto explotar cierta madrugada, al darse cuenta de su fracaso desde bastante atrás, avanzó haciendo ruido de pasos y de ramas que se quiebran, al mismo tiempo que con voz fingida decía a un imaginario compañero:

—¡Cabo Martínez, por aquí!

El madrugador, que por lo de la veda y lo nefando del procedimiento temía a la Guardia Civil más que los gitanos, salió como una exhalación de su escondite, tirándose monte abajo como un suicida y no parando hasta que se encontró en lo seguro de la taberna en que acostumbraba reunirse con sus colegas. Y no se dio cuenta del engaño hasta que, de regreso el otro, entró en la tertulia con una doble ristra formada

<sup>105</sup> *Keixa* es la forma que en el euskera eibarrés toma la voz *gerezia* o cereza.

<sup>106</sup> En euskera, el cerezo silvestre. El nombre se compone a partir de *txori*, pájaro, quizás por tener estos árboles no injertados un fruto muy pequeño, que hace un alimento predilecto de diferentes especies.

<sup>107</sup> En 1949: “el Churrero”.

de las piezas que había cobrado en el puesto que él aparejara desde la víspera haciendo noche sobre el lugar<sup>108</sup>.

Y ya que he dicho lo que dicho está de los buenos y de los malos, ¿pasaré adelante dejándome en el tintero las cacerías de Víctor Sarasqueta, as de ases, en las sierras interiores de Navarra, en busca del jabalí; las de los que iban en expedición a los Picos de Europa, donde en una ocasión Joaquín Fernández, acreditado comerciante de armas y consumado pendolista, cobró un magnífico oso –seguramente el último descendiente del que devoró al rey Favila<sup>109</sup>– o la de las escopetas que acudieron de Eibar a la histórica batida que se dio al último lobo de los Pirineos de Navarra, cuyo despojo se trajo triunfalmente a Eibar?

Por cierto que cuando fuimos a ver este soberbio ejemplar, exhibido al público en el Pabellón-Cine de la plaza Unzaga<sup>110</sup>, uno de los matadores de la fiera, que había sufrido de ella en su propia hacienda, hacía allí a su enemigo el cargo de las depredaciones que había cometido, en cuya cuenta entraba no sé qué número de mansas terneras e inocentes corderos que había devorado, como para justificar el premio que por la hazaña le había concedido la Diputación.

¡Y para que se vea lo que somos los hombres y cuán verdad es aquello de la paja en el ojo ajeno!, allí estaba, entre los circunstantes que aprobaban el premio y se sumaban a las condenaciones del cazador, nuestro gran *Apochiano* que, como le hube de advertir sobre el terreno, había devorado bastante más que las terneras y los corderos de la cuenta del navarro, si fueran a ajustarle la suya las pobres víctimas que habían sido inmoladas a su doble condición de *gourmand* y *gourmet*.

Ya sé que al leer esto saltará al punto con que el que lo escribe tampoco ve la viga en el suyo, puesto que no se trata de ningún vegetariano y también gasta el diente afilado; pero habrá de fijarse mi ilustre pariente y amigo en que, aunque vino y ha venido al caso citar su nombre y recordarle como ejemplo, la consideración que se hace aquí se refiere al hombre en general, que corre con esa desgracia de tener que vivir destruyendo tantas vidas, y no verlo sino en las fieras, a quienes se lo imputa como crimen.

### **Ferruel, el anfibio**

No el monte solo, también el río tenía sus aficionados en aquellos viejos días a que vengo refiriéndome. Cuesta creer ahora la cantidad de peces de distintas especies, especialmente loinas, barbos y truchas que criaba entonces el Deva, él también más caudaloso y más limpio que ahora; cómo abundaban las anguilas aguas arriba de sus

<sup>108</sup> Esta primera anécdota que abre el epígrafe era en el original de 1949 una nota al pie en el epígrafe anterior, algo más corta.

<sup>109</sup> Favila, hijo y sucesor de Pelayo, murió despedazado por un oso al que importunó imprudentemente.

<sup>110</sup> En 1949 llama al cine el Pabellón-Cine Alfonso XIII.

afluentes hasta las cabeceras y los manantiales de los más modestos arroyos. Algunas de cuatro libras he visto sacar del Ego, verdaderas serpientes de agua. Se explica que las nutrias (*igaraberak*) antaño no fuesen un animal raro en sus riberas, con tanta subsistencia que les ofrecían sus aguas, hasta que, por la misma razón que vimos desaparecer a los habitantes del monte, hubimos de registrar un día el acontecimiento del último ejemplar de esta raza, cazado en las inmediaciones y exhibido como una curiosidad que no se daría más.

La presencia del salmón hasta en nuestro humilde Ego era un caso que se daba todavía cuando nosotros íbamos a la escuela, y recuerdo que los viejos decían en vascuence de estos raros ejemplares que yo mismo he llegado a ver, que eran los reyes de una tribu de aguas saladas, con una historia que parecía cuento, y que antes no desdeñaban nuestro río.

El hombre del agua más sobresaliente en nuestra mocedad fue indiscutiblemente *Ferruel*, Melitón Larrañaga por su nombre. En realidad era un ser anfibio, y si la muerte no le hubiera sorprendido en lo mejor de su edad le hubieran salido, como a los peces, aletas y escamas en el cuerpo, en confirmación de la teoría lamarckiana del uso y el desuso y de aquello de que la función crea el órgano.

Sabía de memoria todos los secretos del Deva, desde Osinchu hasta Mendaro, las hoyadas más pobladas de su lecho, los abrigos de la pesca en el hueco que formaban bajo el agua los grandes bloques de ofita amontonados en su cauce habiendo rodado desde lo alto de las laderas de su angosto valle. Y sin más artes que sus manos, bien que no a bragas enjutas, sino mojándose bien el culo, como dice el refrán, hacía más cosecha que cualquier otro con su barca y sus aparejos.

Siempre que en el pueblo estuviera programada alguna merendola importante, una cena o cualquier celebración de las del estilo de la tierra, lo mismo por blancos que por rojos, no concibiéndose que hubiera bien comer sin los pescados del río, sazonados como sabían hacerlo nuestras insignes tabernerías, se recurría a *Ferruel*. Daba igual que fuese lo más riguroso del invierno, bajo el signo de Capricornio, o la cánicula bajo el de Cáncer; *Ferruel* respondía con su pesca, que siempre traía a punto para que pasara del agua viva de las rocas a la sartén, sin transcurrir apenas espacio de tiempo.

No diré que este hombre fuese una institución, no habiendo pasado de ser un desgraciado toda su vida, pero sí un elemento indispensable para la república bulliciosa de los que en nuestro pueblo cultivaban la alegría de comer y beber bien sirviéndose de toda clase de pretextos.

República a la que no eran extraños los socialistas, por ser ciudadanos de donde eran y ser también de los que ganaban mejor, como maestros excelentes casi todos ellos en sus respectivos oficios; pero, sobre todo, no fueron ajenos a dicha república desde que el doctor Madinabeitia influía en los espíritus.



### **Mascuelo, el terrícola**

Otros había, entre los amigos de la Naturaleza que voy diciendo, cosechadores de toda clase de productos silvestres. Los hongos y las setas, las nueces del monte y las riberas, las castañas según la licencia de la costumbre, la miel silvestre, los sabrosos caracoles, las avellanas de los jaros, la manzanilla, etcétera, todo esto formaba parte de su hacienda. Nuestro padre fue bastante dado a esta clase de recolecciones y de él aprendí la técnica de los “perrechicos”<sup>111</sup>, en la que me consideraría en capacidad de doctorarme, a lo menos en las especies que se dan en nuestra tierra.

Pero el as sin disputa en este terreno era *Mascuelo*, Canuto Betolaza, el famoso pregonero de *El Socialista*, pulidor de oficio y camarero de número por las noches en el Café de la Casa del Pueblo. Había empezado la vida siendo un borrachín a quien apasionaban los toros y los toreros. De ahí, por corrupción, el apodo que le quedó, que se refiere a *Frascuero*, entonces en el ápice de su gloria. Mas la llamada de la prédica socialista halló en él un terreno abonado y sin esperar mucho se convirtió en un obrero consciente, en un buen societario, en un socialista disciplinado, en un buen esposo cuando se casó y luego en un padre de familia admirable.

Sabía del calendario de los hongos y las setas comestibles, de las extrañas relaciones que guarda su aparición con las especies arbóreas, sus asociadas por misterioso nexo simbiótico, y de su distribución geográfica en el pequeño mundo de sus operaciones, tanto como para hacer un libro. Tenía hecho el inventario de todos los nocedales en tierras de nadie. Había localizado, en lo cerrado de los montes bajos, los avellanados silvestres que se dan en suelos de caliza. Se consideraba el dueño de los mejores criaderos de caracoles en la solana de nuestros valles. Sabía de la sazón de la manzanilla para que esté fragante y conserve su aroma y de los parajes en que abunda este oficial.

Todo lo que, en fin, cría la tierra espontáneamente era suyo por derecho natural. Si hubiera vivido en la Edad de Piedra hubiese sacado adelante sus hijos con más facilidad acaso que en un medio civilizado. A todo esto se añadía otro secreto: llevaba el registro del número y el tamaño de las truchas que iban creciendo en Ibur y en Eizaga, procedentes de los alevines con que la Diputación trataba de repoblar los ríos, y las trasegaba a lugares secretos para volverlas a pescar en el momento oportuno.

Algunas veces me hizo el obsequio de consentir que le acompañara en sus expediciones por los montes que beneficiaba y aunque en esas ocasiones me descubría algunos secretos de su experiencia, seguro estoy que me ocultaba muchos más. Fuimos los dos actores de la aventura de probar la comestibilidad del *Lactarius deliciosus*<sup>112</sup> cuando esta especie hizo su aparición en los pinares plantados en nuestros montes

<sup>111</sup> De *perretxiko*, seta en euskera.

<sup>112</sup> Níscalo o robellón.

con ese intruso de nuestros paisajes que se llama el *Pinus maritimus*<sup>113</sup>, con el que los propietarios, atentos solo al beneficio crematístico, tratan de sustituir los bosques de nobles hayas y hermosos robles que destruyeron.

La especie era desconocida para nuestros técnicos, y solo yo tenía una referencia bibliográfica de ella e insistía en su condición de seta comestible. Y un día nos pusimos de acuerdo Mascuelo y yo para almorzar con unos soberbios ejemplares que recogimos en el pinar de Ubicha-erreca, no sin prevenir un vomitivo para el caso que lo trasegado al estómago nos hiciera daño. Nada malo nos ocurrió, y a partir de entonces fue una especie tan buscada como las más finas y estimadas en el canon clásico. Pero, en el entretanto que no se divulgó demasiado el caso entre los aficionados, cobramos bien la renta de nuestro descubrimiento.

Recuerdo unas vacaciones en Ondárroa –fines de agosto de 1917– donde abundaban los pinares de reciente plantación en dirección a Lequeitio y donde tampoco aprovechaban, por ignorancia, la nueva especie, que se daba a montones. Y me acuerdo cómo me cansé de recoger la deliciosa criptogámica, con escándalo y no poca alarma de los que me veían hacer cosecha de aquel *sapu-perretxico*<sup>114</sup>, temiendo no fuera yo un loco que iba a envenenar a toda la familia.

También cuando estuve confinado en Melun, al comienzo de nuestro exilio, hice en el bosque de Fontaineblau grandes cosechas de “urriches” y “urdiñes”, especies del genero *russula*, *charbonière* que les dicen allá. A pesar de lo que los franceses saben de estas cosas, los aldeanos galos no cosechaban estas especies y se alarmaban de que yo lo hiciera con tranquilidad. En el hotel donde paraba también desconfiaban de mi técnica y llegué a la conclusión de que los aldeanos habían perdido la noción de la utilidad de estas especies, por no ser comerciables, no resistiendo lo bastante para ser llevadas al mercado como los boletos –*cèpes*– y la *girole*, tan populares allí. Mi familia vivía en París al apoyo de Isabel que seguía trabajando con Maître Gervais, y solía recibir la sorpresa de mis furtivas escapadas con el obsequio de los perrechicos, que solían ser ocasión de una buena cena.

¿Cuántas experiencias igualmente azarosas e ignoradas para la Historia no habrán sido necesarias para formar el repertorio de las cosas sabidas con que nos sustentamos? Si es verdad lo dicho por no sé quién, de que fue más importante la invención de las sopas de ajo que el descubrimiento de Neptuno, ya puede estar orgulloso mi amigo Mascuelo, porque, a decir verdad, él fue quien hizo todo el gasto de valor para afrontar el riesgo de la aventura, pues en cuanto a mí, seguro estaba de que no me iba a pasar nada.

---

<sup>113</sup> No queda muy claro a qué se refiere el autor. En realidad no existe un *Pinus maritimus*, sino un pino marítimo por nombre culto *Pinus pinaster*. El pino de explotación económica más común en el País Vasco, introducido por esta época, es el *Pinus radiata* que, por la misma manía cultista, algunos nombran como *Pinus insignis* cuando ese es su nombre vulgar en castellano: pino insigne.

<sup>114</sup> Del euskera eibarrés, seta venenosa.

¡Tanta era mi confianza en lo que había leído y tal el prestigio que aún tenía para mí la letra de molde!

### **Piedras como la de Bethel**

Como se ve, yo era amigo de la Naturaleza con la ventaja o la desventaja de estos antecedentes e influencias. Cuando niños, en un pueblo y en una época que se desentendía de lo que hacíamos o dejábamos de hacer los pequeños fuera del ámbito de la casa o la escuela, no teníamos otros juguetes que los de la Naturaleza. Nuestros juegos habían sido el dar caza a los saltamontes en la campa de Urki, poblada de acrididos; probar fuerzas a los escarabajos de Ubichako-chabola<sup>115</sup> con atelajes de nuestra invención; hacer cantar a los grillos en primavera. La *Cetonia aurata*, refulgente como una esmeralda, era la sensación en los espinos florecidos por San Juan. Los *Lucanus cervus* o ciervos voladores, con su bruñida cornamenta, hacían la delicia de los crepúsculos de julio, en que se aventuran al aire. La *Rosalía alpina*, pintado longicornio que habita las hayas, y el *Prionius coriarius* de la misma familia que frecuenta los robles, eran las novedades de agosto. Así todos los meses del año, cada uno con su encanto especial y el especialísimo de abril y mayo en que los pájaros han construido sus nidos.

Y no habíamos dejado la escuela cuando ya éramos familiares a las culebras que se ponían al sol por pares en las canteras abandonadas de Olarreaga, grandes e inofensivas, que se vestían con el color del medio en que hicieran la vida: verdes las que se guardaban en la verde hierba, ocre las que se protegían en la seca hojarasca, grises las que habitaban las pedrizas y hasta negras, como si vistieran luto, las que estaban de regreso a los jaros carbonizados por el fuego de los incendios. Las que, a diferencia de las víboras irritables que reaccionan insidiosamente amenazando con su veneno, no tienen otra defensa que la prudencia que les es reconocida en la Escritura y cierta materia de que se impregnan en los momentos desesperados para desprender un gas nauseabundo.

Todo esto había de influir necesariamente en nuestros gustos a la hora de darnos a leer con la pasión con que lo hicimos en la biblioteca del Centro Obrero de Bidebarrieta, pero también influyó para que luego nuestras lecturas fueran con preferencia a través de los campos en plena naturaleza. Y no hubo día de precepto que yo no hiciera mi fiesta del espíritu madrugando al monte, acompañado de mi libro y armado de lupa y de mi martillo de geólogo. Así me aprendí la fauna y la flora locales, la estratigrafía del terreno y los fósiles que se dan en la facies geológica que representa; fósiles de los que reuní una curiosa colección. Y me hice en la vecindad de los montes que frecuentaba una suerte de lugares sagrados, señalados con una piedra como el

---

<sup>115</sup> La chabola de Ubitxa. En 1949 escribe “Urqui” y “Ubichako-chavola”.

Bethel de los confines de Efraín<sup>116</sup>, adonde no acudía sin experimentar una especie de emoción religiosa. Allí hacía yo mi oración del alma, el oficio de mis muertos y los votos más puros del espíritu, y soñaba sueños deliciosos, esperando en una Humanidad reconciliada que trabajara y viviera en servicio de la justicia.

Acordándome de todo ello, no quisiera morir en esta lejanía, de este lado del mar que nos separa, sin volver a pisar, con místico arrobamiento, aquellos lugares de mis lecturas y mis sueños, con saber que todo está cambiado, que mucho ha desaparecido y no poco ha sido hollado por las industrias y los utilitarismos del hombre, que tienen la virtud de afearlo todo.

Y lo que es mucho más doloroso, con saber cuántas de aquellas personas gratas asociadas a estos recuerdos han desaparecido en la ocasión terrible de la guerra, o luego de ella por culpa de sus consecuencias, y de todos modos por obra del tiempo infinito que está durando nuestra desgracia de españoles...

---

<sup>116</sup> Bethel es la segunda ciudad más citada en las Escrituras después de Jerusalén. Era parte de los dominios concedidos a Efraín. Según el Génesis, allí estableció Abraham su primer altar y la piedra de Jacob, que sirvió de almohada al profeta y le inspiró diversas visiones divinas. Según esa referencia, la piedra de Bethel es un lugar de especial conexión con Dios.

# Tiempos de milicia

Tiempos de milicia



*El kiosko de música en la plaza de Unzaga*  
Dibujo de Julen Zabaleta

## Un triunfo del proselitista<sup>1</sup>

Al proselitista de marras, persona por lo demás sin más defecto que su excesivo celo, le proporcionamos por fin una satisfacción: consentimos en que nos afiliara a la Juventud Socialista con nuestras iniciales. No sé en verdad si esto de las iniciales fue por no mover escándalo a los nuestros o porque, a lo menos en cuanto a mí, nunca me sedujeron los apellidos políticos como motivo de exhibición. En cuanto a mi madre, con respetarla mucho, me tenía sin cuidado, sabiendo de su mundo y comprendiendo cuánto no concedía al espíritu de los tiempos. Sin embargo, no era esto último el mismo caso para todos. Para alguno podía representar un serio problema doméstico.

No tuvo suerte lo de nuestras iniciales. Un intransigente de los que no habían de durar en la fe, uno de esos que vienen a ser como la semilla de la parábola caída entre los pedregales, que se agostan al primer viento contrario sin perjuicio de mostrarse los más exigentes en tanto les dura la cuerda, pidió que nuestros nombres se anunciaran en la tablilla pública de los ingresados, como se hacía con los demás.

Noventa veces sobre cien este es el caso de los que se revelan intransigentes. Lo que tienen de intransigencia para los demás tienen de manga ancha para sí, y cada vez que en la vida se tropieza con un intolerante hay que hacer cuenta de lo que habrá de tolerársele a él. Cuando estas actitudes no resultan ser una comedia para simular una fe que no se tiene, que también suele ocurrir.

Los primeros que de aquel grupo de asiduos a la biblioteca del Centro Obrero accedimos a aquella filiación éramos tres: Guillermo Echeverría, Wenceslao Yarza y yo. Los tres mosqueteros por aquel entonces, por lo unidos que nos movíamos a todo. Recuerdo que acogimos con fervor el espaldarazo, pero ninguno de los tres teníamos el mérito de empeñarnos en ganar a los demás para nuestro rebaño y eso que, trabajando los tres en distintos lugares, hacíamos sociedad con gentes muy diversas que hubieran tentado al proselitista de manifestarse este en nosotros. Bastábamos, para bien o para mal, con que nos respetaran, como nos respetaban acérrimos de otras ideologías.

---

<sup>1</sup> El autor dio títulos diferentes a este epígrafe: “El triunfo de un proselitista” en el índice mecanografiado de 1956, y “Un triunfo del proselitista” en el encabezamiento del epígrafe en 1956 y 68. El original de 1949, en el que no constan aún los títulos de los epígrafes, no ha podido arrojar más luz sobre esta pequeña variación sin mayor importancia. Este epígrafe y los tres siguientes formaban uno solo en la versión de 1949.

El de proselitista, indudablemente, es un mérito laudable al que muchos rinden una vida de abnegación y sacrificio. Pero los mejores proselitistas resultan los que no se proponen serlo, como el doctor Madinabeitia, que nunca hacía propaganda a la manera de aquellos, pero florecía donde pisaba, sin él cuidarse de ello. También existe, desgraciadamente, el proselitismo como vicio o como pasión viciosa, en gentes capaces de recorrer los mares en busca de un adepto, para luego perderle con su falta de ejemplo.

¿No hemos visto en nuestra guerra a gentes inescrupulosas, que no resistían el menor contraste, anteponer su proselitismo al buen servicio de la común empresa, no importándoles comprometerla con tal de atraer adeptos a su parcialidad? ¿Qué grado de infamia no representó, en medio de la Segunda Guerra Mundial, aquella maniobra política del *segundo frente* con que los comunistas, obedeciendo ciegamente a Moscú, que era el verdadero causante de la guerra, acuciaban a los Aliados de Occidente, que si pecaban era de generosidad, calumniándoles incluso, con un fin propagandístico y de galería? ¿Qué de valores y coyunturas felices que afectan a la humanidad toda no han sido desconocidas de mala fe durante la Guerra Fría, por meras razones de propaganda de quienes algún día se dirán los crímenes?

¡Dichosos, pues, nosotros, que no nos importaba el negocio político y no sentíamos la necesidad de imponer a nadie nuestra fe, y sí, a lo sumo, la necesidad del ejemplo; no como espejos de perfección, pero sí como soldados que habíamos aceptado la milicia y haríamos honor a la enseña a cuya sombra nos alistamos!

### **Guillermo Echeverría**

Mi casi homónimo, a pesar de su apellido y la vecindad de nuestras familias en Chirio-kale, no era mi pariente. Allí los Echevarría de Vizcaya y los Echeverría de Guipúzcoa somos legión, como los Pérez y los López en Castilla. Este mi buen amigo era largo de entendimiento y corto de vista, con una propensión feliz a la ironía. Repartía la sátira a todos y no perdonaba a su propia persona, haciendo chiste sobre todo de su miopía, que no pocas veces fue causa de que dijera galanterías a respetables ancianas, que se creían en el caso de indignarse y llevar su queja a la tía con quien vivía, una beata de las más agrias e intransigentes, que había quedado para vestir santos y no gozaba sino en reprender a mi amigo.

No me seguía este al monte, porque bastante tenía el pobre con andar por la calle sin tropezar con las esquinas, pero fuimos inseparables en las primeras armas galantes, viendo los dos por mis ojos y valiéndonos a ambos en común su agudo ingenio. Porque, aunque pertenecientes los dos al pelotón de los torpes y no logrando marcar ni el pasodoble, teníamos nuestras adoradas.

La circunstancia de enfrentarse con el otro sexo encendía su chispa y animaba su musa festiva, si bien las muchachas con que alternábamos y teníamos nuestra gloria y



nuestros desvelos, no habiendo logrado aprender muchas retóricas con doña Gumer-sinda López de Guereñu, maestra de tantas generaciones como las que había educado *el Fosforero*, no captaban muchas veces lo mejor de sus epigramas, enunciados en un castellano ceceante. El cual ceceo le venía de haber sido criado en una armería de las mil que Eibar había sembrado por todo el territorio de la península y haber llegado de Málaga cuando apareció como camarada en nuestra escuela. No recuperó el vascuence, si es que lo supo alguna vez, quedándose en un *euzkal-gaizto* que cuando lo hablaba se añadía a sus recursos chistosos por la gracia que hacía a nuestras cortejadas.

No hicimos juntos mucho camino en la vida porque fue llamado harto temprano por los dioses. Estaba enfermo que se iba y no decayó un momento su buen humor. Un día que estábamos de jolgorio los amigos en la venta de Olarreaga y él con nosotros, siendo ya el pobre una ruina, un mayor, con no sobrada discreción, le dijo:

—¿Pero tú también aquí, querido Guillermo, y a estas horas?

A lo que el enfermo respondió diciendo:

—Sí, señor; apurando la colilla.

Llegó a ser un obrero inteligente y de mucha iniciativa, y alguna patente suya produjo luego, según tengo entendido, bastantes provechos. Esto se veía desde cuando poco después de la escuela labrábamos de grandes tarugos buques de guerra armados de cañones que disparaban y simulábamos batallas navales, pues era él el principal pe-rrito de estos ingenios.

### **Wenceslao Yarza**

Este, más dócil que Guillermo y sin el defecto de la vista, solía acompañarme en algunas campañas entomológicas, e íbamos juntos por el monte en busca de fósiles, que abundaban en las canteras de Olarreaga, en las calizas de Sosola y en los estratos de Abanzabalegui. Algunas veces llamamos la atención de los aldeanos con aquel partir las piedras, de cuyo centro surgía a veces la nítida impronta de los lamelibranquios del Cretáceo, con sus estrías concéntricas, y otras más raras veces, la de ciertos equi-nodermos no muy diferentes de los actuales.

No les llamaba menos la atención el que nos ocupáramos de los bichos más insignificantes que cría la tierra como de algo que pudiera tener interés, ellos que se las habían a diario con vacas y con bueyes y con carneros y no se hacían los importantes.

Lo cual, por otra parte no era mucho de extrañar en tales rústicos, cuando todo un ilustrado de la calle en camino de ser concejal, como era mi compañero de aprendizaje en casa de los *Ertzill*—luego pariente mío y más tarde rival en la mesa con igual apetito contra lo que se servía en ella a las horas de comer—, no participando de mis entusiasmos zoológicos por aquello de que se habían centrado en los insectos, se creyó en el caso de declararme solemnemente un día que a él nada en la escala zoológica le interesaba más allá de las angulas.

Por mi parte, también he de aclarar que nunca hice colección de piezas muertas, bastándome observar los seres en la naturaleza tal como se mueven en ella, y que si hubiera sido rey habría suprimido los museos y hecho grandes reservaciones sobre el mapa, para que ciertos trozos de la tierra se mantuvieran como el primer día de la Creación, con su fauna y su flora propias perpetuándose en sus condiciones originales y en su circunstancia primitiva.

Este Yarza también, aunque se casó y tuvo hijos, quedó bastante temprano en el camino. Murió coincidiendo con los sucesos de Octubre del 34. Acaso los hados quisieron ahorrarle la terrible prueba de la guerra, que poco después nos esperaba a todos. Era tornero como su padre, que fue de los mejores. Esperantista de los primeros, tuvo mucha correspondencia con el exterior. Fue buen soldado, como dos hermanos suyos mayores, que eran de los fundadores de la Agrupación Socialista.

### **El arma electoral<sup>2</sup>**

No es cosa de dilatarlos en decir las primeras tareas que cumplimos en la milicia a que nos habíamos adscrito, que eran de lo más sencillo: distribuir el *¡Adelante!* a los suscriptores de la localidad, repartir convocatorias, asistir a las reuniones del Centro Obrero como a una devoción y ayudar como amanuenses a los compañeros Domingo Láriz y Gregorio Benco, especialistas del partido con un talento natural para la estadística, en la revisión de las listas electorales. Listas en que descansaba lo mejor de las esperanzas socialistas, por la importancia que concedían al arma electoral, con gran escándalo de los ácratas que, armados de un extenso repertorio de adjetivos hirientes<sup>3</sup>, consideraban esta actitud como una traición, no concibiendo delegar y hacerse representar sin menoscabo de la propia individualidad soberana y sin hacer una concesión fundamental al odiado principio de autoridad. De ahí su execración de la política y el desprecio que hacían de los políticos, que lo eran todos los que votaban o solicitaban el sufragio. Su democracia ideal era una democracia directa, practicable en el grupo; pero nunca supieron explicar satisfactoriamente cómo podría ser aplicada su fórmula a sociedades extensas, a organismos complicados como son ordinariamente los pueblos civilizados<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>. Una respuesta a esto fue la Confederación General del Trabajo, de inspiración anarquista, cuando vino a ser un vasto organismo nacional, con sus congresos, sus delegados, sus votaciones, sus directivos y la frondosa burocracia que exigía su funcionamiento. Claro está que esto no era el comunismo libertario, sino un poco menos de todas esas cosas, que lo que hubiera necesitado este para echar a andar, al abarcar una esfera más amplia que la del sindicato.

<sup>2</sup> Este epígrafe, y los dos siguientes, formaban uno solo en 1949. En el caso de este, el autor lo construyó a partir del primer párrafo del epígrafe original, añadiendo todos los detalles y reflexiones que siguen.

<sup>3</sup> Como “adormideras”, según el original de 1949.

Por otra parte, en su repertorio de creencias —porque las de ellos eran creencias— la Revolución (con mayúscula) era tan inminente como lo fue la vuelta de Cristo en su gloria para los primeros cristianos, y pensar en la reforma social y en una evolución que se realizara por grados era traicionar al proletariado, tratando de adormecerlo. Además, gastarse en el esfuerzo perseverante cuando todo lo había de obrar el milagro revolucionario era decepcionar a los trabajadores.

En días de elecciones, nuestro deber de jóvenes socialistas era hacer acto de presencia en la calle y movernos mucho de un lado para otro, a fin de imponer respeto a los aldeanos que no se resignaban de grado a dejar la costumbre de comercializar su voto, o a que se lo retribuyeran cuando menos con una copiosa comida en la taberna adicta al candidato favorecido. Y no fue poca la suela que se hubo de gastar, arriba y abajo, para lograr desarraigar ese vicio, que no era exclusivo de los aldeanos. Al fin se logró, y las elecciones fueron en adelante un procedimiento bastante eficaz para dar expresión a la voluntad popular, que, por lo mismo, vino a tener más cuerpo y consistencia.

Sin este previo saneamiento no hubiera podido ser posible la mayoría que los socialistas acabaron por tener en el Ayuntamiento, y sin una generalización de la misma limpieza en todo el cuerpo nacional no se hubiera dado la posibilidad de conquistar la República.

### **La guerra social en que ardía España**

Pero, sobre todo, era nuestro deber de jóvenes militantes ir enterándonos por *El Socialista*, semanario entonces de cuatro páginas, del mapa caciquil de España, colorado de sangre y lágrimas, leyendo las cartas de sus mil corresponsales en otros tantos pueblos que vivían dramáticamente el mismo afán que el nuestro. El ácido socialista, al suscitar la conciencia de los trabajadores, la noción de sus derechos y la idea de su condición de hombres había revelado un mundo de sujeción, de violencia, de explotaciones y de resabios feudales.

En aquellas cartas se referían los infinitos atropellos de los monterillas al servicio del cacique en cientos de lugares dejados de la mano de Dios sobre la vieja piel de toro hispánica, en que no había más ley que la voluntad de un señor sin las obligaciones que antes tenían los señores, las arbitrariedades del juez que obedecía a un amo, las violencias de la Guardia Civil con los que se atrevían a protestar por sus salarios de hambre y las venganzas de los patronos con el alma roñosa, que usaban en todas partes contra los que sacaban la cara por la organización. Y así una semana y otra, hasta sabernos de memoria la gesta heroica que sostenían mil pequeños vecindarios como el nuestro, de cada uno de los cuales se podría escribir una historia semejante.

No se suele reparar bastante en que fue esta protesta sin más eco que aquellas pobres crónicas, esta resistencia de que no se sabía más allá del término municipal, esta

lucha oscura, estos héroes ignorados, aquella epopeya escrita con sudores, sangre y lágrimas en innúmero de miserables rincones de España, lo que despejó el terreno para que luego pudieran plantearse en escala nacional los grandes problemas que llenarían la historia de los años que iban a seguir.

La lección de las grandes ciudades, con sus debates en los organismos de participación obrera, a cargo invariablemente de elementos socialistas, donde éstos afilaban sus armas para las lides parlamentarias que habían de venir, mucho antes de que lograran ocupar ningún escaño en el Parlamento, eran como los altos estudios que convenían a mayores. Pero con todo lo instructivo que fueran tales debates, la verdad de España, de su dolor y su tragedia, estaba en aquella sección de los pueblos que ocupaba dos páginas de las cuatro del órgano central.

Por lo demás, nada de ensuciar las paredes con letreros. Como no se nos había dicho a nosotros que la ética fuera un tejido de preocupaciones burguesas, sino muy al contrario, habiéndonos enseñado a concebirla como una calidad ausente en un mundo dominado por el interés, en el que precisamente debíamos señalar una excepción los socialistas, distinguiéndonos por nuestra moralidad, no nos creíamos autorizados a ser vehículo de calumnias, aunque se tratara de enemigos; a airear mentiras y llenar las paredes de infamias<sup>II</sup>, por mucho que fuera nuestro dinamismo juvenil. Nuestra acción de jóvenes inquietos, era, con todo y el fuego que pusiéramos en ella, algo ceñido a los códigos del juego limpio, tomando muy en serio la decencia espiritual y la honradez de pensamiento y obra. Y, sobre todo, rindiendo culto a la verdad.

### Calendario socialista

En el calendario socialista figuraban en rojo el 18 de marzo, fecha aniversario de la proclamación de la *Commune* de París en 1871, primer ensayo de un Estado socialista; y el Primero de Mayo, Día del Trabajo, señalado por la Conferencia Socialista Internacional de 1889 como fecha anual para una movilización mundial de los trabajadores a favor de la jornada de ocho horas y demás reivindicaciones obreras. De la conmemoración de la *Commune* estaba encargada la Agrupación Socialista con sus veteranos, algunos de los cuales pudo conocer *l'Année terrible*<sup>4</sup>; de la organización de los actos de la Fiesta del Primero de Mayo, la Federación local de Sociedades Obreras.

---

<sup>II</sup>. Unamuno, refiriéndose a estos letreros que marcan una época de mal gusto y de clandestinidad en razón de su irresponsabilidad y mala fe, solía decir que en las paredes no está bien ni el Ave María.

---

<sup>4</sup> El año terrible, hace referencia al título de una colección de poemas de Victor Hugo, publicados en 1872, que recogen los acontecimientos cataclísmicos vividos en Francia entre 1870 y 1871, durante los cuales el escritor francés también perdió un hijo.

A la Juventud Socialista, bajo la inspiración de Meabe, que respiraba los aires del mundo y amaba las lejanías, le correspondía en aquel entonces de 1905-1906, apoyar con su protesta, desde nuestro remoto rincón del vascuence y la armería, la consigna lanzada por el Partido Socialista Revolucionario Ruso que había encendido aquel fuego en que ardía el vasto Imperio de los Zares: “*El Domingo Rojo reclama una respuesta inmediata*”<sup>III</sup>. Pero aquella vez, a pesar de nuestra protesta y nuestras voces de aliento, el grandioso prólogo de la revolución de 1917, que había de dar el triunfo a los Lenin y los Trotski, terminaría en el sacrificio de los Sachka Yuglev.

Y recuerdo que con aquel motivo hacía yo mi primera redacción destinada a la imprenta, que con otras mil de mil circunstancias diversas, afortunadamente, estaba destinada al olvido después del efecto de un día.

### **La Fiesta del Trabajo**

El Primero de Mayo era ya un día consagrado cuando nosotros nos incorporamos al Centro Obrero, aunque todos los años ocurrían todavía algunos despidos de obreros que habían acudido a la manifestación, habiendo patronos irreductibles que no pasaban por que sus asalariados pertenecieran a ninguna organización de clase y hacían delito del uso de este derecho.

Era un día de regocijo, de alegría espiritual que se manifestaba en todos nosotros, bañada de esperanzas, bajo una luz especial que permitía descubrir lejanías de ordinario perdidas en la bruma y que aquel diáfano día parecían más claras y de este lado de las realizaciones posibles: era la utopía dejándose tocar con la mano.

Las músicas, los cantos, los discursos, las publicaciones extraordinarias de la prensa obrera, nutridas todas ellas en aquella ocasión con la colaboración benévola y simpaticizante de las mejores plumas del país, todo tenía aquel día una emoción singular. Y no eran pocos los compañeros que esperaban a ese día para estrenarse un traje, o ponerse zapatos nuevos, o cuando menos lucir una nueva corbata, pues ya la llevaban todos, al contrario de poco antes que solo la ponían los “satisfechos”, llamados así, no sin cierta intención despectiva, los que peinaban raya, vestían lana y se lustraban los zapatos cada día.

El Primero de Mayo no se comía en casa; nunca faltaba en el programa un banquete que seguía al mitin y la manifestación, que de año en año solía ser más nutrida, y en el banquete eran obligados los himnos y los brindis. Éstos solían ser la ocasión de estrenarse nuevos oradores, a la mayoría de los cuales, antes de la media docena de palabras, “se les salía la correa”, como humorísticamente solía decir Juan Zuazo, y se acababa el disco tan laboriosamente preparado.

---

<sup>III</sup>. El 22 de enero de 1905 en San Petersburgo.

Pero yo recuerdo, cuando los antiguos días de Chirio-Kale, los tiempos heroicos del principio de esta celebración, cuando daban fe de esta fecha tan señalada luego para todos, cuarenta, cincuenta o cien valientes que, no obstante su reducido número, desfilaban como en los grandes días que habían de seguir, uno a uno, en fila india, con su bandera desplegada, haciendo cara a la rechifla los que eran independientes en su artesanía, afrontando la ira y el despido los que dependían de algún patrono reaccionario.

Acordándome de todo esto, algunas veces me entrego a esta reflexión: en el transcurso de los ocho años que llevamos en esta República<sup>5</sup>, mediado el siglo XX, hemos asistido en ella al proceso de formación de un movimiento sindical que apenas existía cuando llegamos como refugiados. Proceso que guarda bastantes semejanzas exteriores con nuestros tiempos heroicos en cuanto a capacitación y aprendizaje.

Mas a estas semejanzas exteriores se opone una diferencia fundamental, a saber, que este proceso de hoy ocurre en una realidad social en que ya se han dado, por vía política y por obra de un clima histórico universal, logros y realizaciones sociales que están bastante más allá de la utopía de aquellos tiempos nuestros, tales como la jornada de ocho horas, la semana inglesa, el seguro social de enfermedad, las vacaciones pagadas, la participación de los obreros en las utilidades de las empresas, etc.

Y es honor y merecimiento de aquellos viejos primeros de mayo, de aquellas luchas y de aquellos esfuerzos y de aquellos días, que tantas veces fueron difíciles, de la vieja Europa militante de la que no dejábamos de formar parte desde nuestros montes de la antigua Vardulia, el haber propiciado este clima histórico de ahora, que ha dado tales frutos a tan larga distancia en el tiempo y el espacio.

Así nosotros, los de entonces y en aquel entonces agitado, gozábamos de derechos que nos resultaban gratuitos, habiéndolos pagado nuestros predecesores en la cruz del sacrificio. Y el sacrificio que a nuestra vez hacíamos, cuyos frutos ahora les valen como gracia a los presentes, era el pago que satisfacíamos a ese pasado del que éramos deudores<sup>6</sup>.

### ***La Commune de Paris***

En la conmemoración de la *Commune de Paris*, entraba más filosofía de la historia. Era una pieza más complicada de referir, del proceso de la sociedad hacia una revolución socialista. Aquí entraba la dialéctica, la tesis, la antítesis y la síntesis; la inversión marxista de la fórmula hegeliana de lo racional siendo real, poniendo en la base de lo social la realidad económica, como determinante de las superestructuras ideales, en las que se comprendían los fantasmas teológicos, cuyo combate había entretenido

<sup>5</sup> En 1949 escribe: “en los ocho años que llevamos en esta República de los Estados Unidos de Venezuela”. A pesar de las sucesivas reescrituras, el autor no actualizará la cronología de este pasaje.

<sup>6</sup> Este último párrafo fue añadido en 1956.

tanto a los radicales de la burguesía. Todo esto no era cosa para mitin y banquete; exigía una conferencia. Y conferencia solíamos tener el 18 de marzo, aunque sin dejar de hacer un poco de música y baile, a pesar de la Cuaresma.

Un 18 de marzo de aquellos tiempos estuvo a cargo de Guillermo Torrijos, de San Sebastián, a quien quería mucho Amuátegui por lo mucho que el otro le quería por su parte. Torrijos, ebanista excelente, había estado en París a consecuencia de una de las persecuciones que, como a tantos militantes de su época, le tocó sufrir, y con este motivo tuvo ocasión de ver el desfile anual de los socialistas ante el Muro de los Federados, en el Cementerio del Père Lachaise<sup>IV</sup>. Solía contar emocionado de la sección polaca de los desterrados, de la actitud mística con que participaban en el desfile; actitud que había de impresionar más a la fe ingenua y virginal de un romántico español como era Torrijos, para que se creyera autorizado a repetir la referencia en todas las ocasiones, una de las cuales fue esta que digo.

Y es que Polonia entonces se nos representaba a todos como un país de martirio y de leyendas heroicas, perdido en la lejanía de las brumas del Vístula, a pesar del brillo universal del nombre de sus héroes y sus músicos, trayendo sus hijos al destierro un poco de su tierra madre para venerarla como una reliquia. Había contribuido a este prestigio el historiador francés Julio Michelet, muy leído en los centros obreros, con su *Biblia de la Humanidad*<sup>7</sup>; y, en nuestro caso particular de Eibar, entraba también en la cuenta de este prestigio la referencia de personas que habían realizado itinerarios comerciales en que Varsovia, con su histórico río, era una estación de camino hacia destinos más remotos, pues antes de la Revolución de 1905, Rusia había sido uno de nuestros buenos mercados, como lo fue Turquía hasta 1914.

Y aunque esto se aleja bastante de lo que estábamos comentando –la *Commune de Paris*– los amigos habrán de permitirme un breve paréntesis para decir que, habiendo llevado yo, en 1928, camino de Angora, la nueva capital de Turquía, donde

---

<sup>IV</sup>. En 1934 coincidí en París con la fecha de este desfile anual, que no dejé de presenciar. Duró cuatro, seis o más horas. La masa más nutrida seguía la bandera comunista. Sus slogan eran la libertad de Thaelmann y “*les soviets partout*”. Pero Thaelmann fue olvidado en el pacto Ribbentrop–Molotov y los soviets, ya para entonces, solo existían en el papel, sustituidos por delegados gubernativos como los de Primo de Rivera. Los anarquistas se veía que eran una reliquia o un residuo, y estaban representados por tipos que los existencialistas de hoy no han hecho sino copiar.

---

<sup>7</sup> Jules Michelet (1798–1874) fue un historiador francés republicano y anticlerical. Autor, entre otras, de una monumental historia de Francia que le ocupó media vida completar, destacó más por su estilo sugestivo y una visión heterodoxa y original de distintos episodios, en sintonía con las izquierdas decimonónicas, que por una auténtica renovación del género o grandes descubrimientos. La *Bible de l’Humanité*, que explora el tema de las religiones, vio la luz en 1864, aunque Michelet ya había dedicado un libro a la cuestión polaca en 1851.

iba también en comisión de asuntos comerciales, saludos de uno de los antiguos viajeros aludidos<sup>V</sup>, me encontré en lóbregas lonjas, vecinas a la Sublime Puerta, con orientales que me hablaron de nuestras cosas locales y de los buenos tiempos de nuestro pueblo, con la familiaridad y el conocimiento de un frecuentador de la plaza Unzaga, y se acordaban de los perrechicos en Elgueta, de los “loña-janes” en Elgoibar, y de las chuletas de la venta de Olarreaga<sup>8</sup>, donde, lo mismo que Mr. Jourdain hablaba en prosa sin saberlo, las preparaban a lo Luis XVIII, sin haberse enterado nunca de lo que los grandes esotéricos de la cocina francesa tenían por secreto profesional.

### **Antimilitarismo de las Juventudes**

En 1906 había tenido lugar la Conferencia de Algeciras, como resultado de la sensacional visita que Guillermo II hiciera a Tánger para advertir a Francia que estaba dispuesto a hacer respetar en Marruecos los intereses del comercio alemán. El Kaiser, con todo su atuendo, blasonaba de ser el primer viajante de comercio de su país, aunque otras veces se hiciera representar con la túnica del profeta Daniel en una de las esculturas de la catedral de Colonia. Entre las obligaciones internacionales que correspondieron a España en aquella reunión de rabadanes cuya oveja muerta era el viejo Imperio Marroquí estaba el hueso del Rif, la obligación de reducir a la obediencia a las tribus belicosas que lo poblaban; circunstancia de la que había de venir ocasión y motivo hartos sobrados para las protestas en que la juventud socialista podría hacer patente su ardor antimilitarista, porque los jóvenes socialistas éramos, sobre todo, antimilitaristas.

No tardaron, en efecto, en fructificar en aquel maldito suelo que se nos había adjudicado los manejos de ciertos aventureros internacionales para encender, con la complicidad de nuestra torpeza, la más desdichada de nuestras guerras, la más ingloriosa y la que más había de agravar el inveterado tumor militarista que venía padeciendo el cuerpo social de España, condenándola a un trágico destino.

Y los jóvenes socialistas de Eibar fuimos un día a la campa de Arichisho<sup>9</sup>, en jurisdicción de Mallavia, provincia de Vizcaya, a predicar entre las hayas y los robles la condenación de los cuarteles. Al contrario de lo que podría parecer esto a primera vista, no era hacer como hacen los curas de aldea, que predicán contra unos masones, que nadie ha visto ni conoce en el lugar, y de cuya existencia los fieles no tienen otra noticia que la que les proporciona el predicador con sus fieras condenaciones. Como lo que más había dolido en nuestra tierra del vasconce, y en ella a los aldeanos, fue,

---

<sup>V</sup>. Julián Gárate, de la firma Gárate, Anitua y Compañía.

<sup>8</sup> Según el original de 1949 los perrechicos eran propios de la venta de Olarreaga y las “loña-janas” (comilonas a base de este pez de río) de la “casa de los Artola”, en Elgoibar.

<sup>9</sup> Se refiere al paraje que actualmente conocemos como Areitio.



luego de las guerras carlistas, la supresión de los antiguos fueros vascongados y con ello la extensión de las quintas a nuestras provincias, su reducción a la ley común del servicio militar<sup>VI</sup>, creíamos que la gente del campo prestaría buena acogida a nuestra prédica antimilitarista, que halagaba su natural renuencia al tributo de sangre.

Apenas se reunieron, entre temerosos y atraídos por la curiosidad, media docena de baserritarres, y no sé quién se despachó allí en vascuence muy a su gusto, no estando presente al acto otro fiscal representante de la ley que el alcalde del lugar, a quien tendrían sin cuidado aquellos conceptos del orador, probablemente incursos en el Código, por lo poco que podían importarle nuestras glorias castrenses después del Tratado de París<sup>10</sup>.

Yo, aunque estuve en la reunión y participaba en la protesta y estaría en otras cien que se sucedieron, confieso que no me asistía ninguna razón para gritar muy alto, por el privilegio personal de estar, como otros muchos de mi generación en Eibar, “*exento del servicio militar como hijo de Voluntario Vascongado en las filas de la Libertad*”<sup>11</sup>. Así como la represalia política contra el país, por el clima favorable que el carlismo faccioso había encontrado en nuestras provincias, fue la imposición de las quintas, el premio debido a los liberales que se dieron en ellas como excepción, siguiendo la misma lógica, fue prorrogarles el privilegio<sup>VII</sup>.

<sup>VI</sup>. Antes de haber quintas la obligación de la Provincia con el Rey, su Señor, recaía en los pueblos a la manera feudal, seguramente en proporción al número de fuegos con que votaban en las Juntas Generales. Yo recuerdo haber leído muchas veces en los papeles que tengo examinados en el Archivo Municipal cómo, en servicio del rey, despachaba nuestro pueblo a la frontera su partida de hombres, con sus pertrechos y bastimientos, su carreta de bueyes y una mujer para el avío. La rivalidad de Austrias y Borbones, multiplicando los conflictos, y luego las francesadas (la Convención, Napoleón y la Santa Alianza) agobiaron la hacienda municipal al punto de verse obligada esta a ir vendiendo sus montes, hasta no quedarle un palmo de sus tierras comunales. Y para que se vea el alivio que les traía el término de aquellos conflictos que les afectaban tan directamente en su economía, puede leerse en el acta de una reunión del Concejo cómo, estando en sesión el Cabildo, fue agradablemente sorprendido con la noticia que trajo un correo especial de que la ciudad de Barcelona se había devuelto a la obediencia del Rey. Inmediatamente se levantó la sesión y el Ayuntamiento se trasladó a la Iglesia en corporación, donde se cantó un *Te deum*.

<sup>VII</sup>. Factor de ese clima favorable que encontraba el carlismo en nuestras provincias era el presentar al Pretendiente como defensor de los fueros vascongados, que la formación del Estado representativo, regalista, unificador, secularizante y universalista, como correspondía al advenimiento de la producción capitalista, amenazaba absorber, como un cuerpo en crecimiento reabsorbe los órganos adventicios.

<sup>10</sup> Firmado en diciembre de 1898, puso fin a la Guerra de Cuba, certificando el fin del imperio ultramarino español.

<sup>11</sup> Como establecía, con esas palabras, la Ley de Reclutamiento de 1873.

Y si cuando venido a la edad militar escapé a las molestias del cuartel por el beneficio que he dicho, cuando más tarde vine a tener familia, como estaba teniéndola entonces Ignacio Galarraga, el veterano de Chirio-kale, resultó que Dios no me dio sino hijas, exentas también del servicio militar por razón de su sexo. Lo que no fue óbice para que en 1936 estuvieran en servicios auxiliares, al formarse las primeras milicias que hicieron frente a la sublevación militar.

Hago esta alusión a Galarraga, por cuanto poco después que sus dos hijos dejaron los pañales se volvió rabiosamente antimilitarista y todas nuestras protestas contra la Guerra de Marruecos le parecían poco, pensando en ellos y viéndolos ya de uniforme y teniendo que tirar tiros en aquellas estériles campañas del Rif que, como una fiebre recurrente, se empeñaban en reavivarse cada verano cuando los moros levantaban sus cosechas.

Con todo y haber madrugado tanto a la protesta queriendo acabar con una preocupación que le obsesionaba, el mayor, Jacinto, si mal no recuerdo, tuvo que hacer el servicio en África antes de que se acabasen allí los tiros, y a ambos hermanos les tocó participar de lleno en la terrible coyuntura de la guerra civil, tomándoles el accidente en lo mejor de su vida.

### **Sobre la moral cristiana**

No fue, naturalmente, aquella de Arichisho la única quijotada. De esas hicimos muchas los de la Juventud Socialista, y referirlas todas sería cuento de nunca acabar. Otra vez que atacamos molinos de viento fue cierta Semana Santa que se organizó una gira campestre y los jóvenes publicamos una hoja convocando a ella que debía contener bastantes herejías; cosa que no nos perdonaron los católicos sin contestar con otra hoja, refutando el contenido de la nuestra. A la que, a nuestra vez, replicamos con una segunda, que contrarreplicaron ellos y así sucesivamente, hasta no sé cuántas veces.

Nuestra tesis en la hoja origen de la discusión era que la existencia histórica de un personaje de carne y hueso que correspondiera al taumaturgo de los documentos evangélicos era materia de controversia entre los investigadores, en la cual, los que estaban por la negativa, viendo en aquella figura la transfiguración legendaria de un antiguo mito solar, no carecían de argumentos serios. Pero a esto, que se podría repetir ahora poco más o menos sin menoscabo de la excelsitud de la doctrina<sup>VIII</sup>, se añadía la afirmación de que la moral cristiana es una moral de preceptos negativos, una suma de prohibiciones en la que la virtud máxima viene a ser una pura inhibición; cuando

---

<sup>VIII</sup>. También se ha discutido la historia de Job, como persona de carne y hueso; cuestión que no cobra importancia frente a la belleza y elevación del sublime libro, que no pierde ni gana con cualquiera de las hipótesis que pudiera triunfar.

la moral verdadera —según sentábamos nosotros creyendo enseñar algo nuevo— consiste en actos positivos, en un hacer y en un obrar con los demás las cosas que quisiéramos que ellos hiciesen con nosotros.

El error de aquella primera parte de la afirmación, vistas las cosas a esta distancia, consistía en su unilateralidad; mejor dicho, en la generalización de un aspecto histórico, que, sin embargo, no es el más genuino o sustancial del fenómeno cristiano a lo largo de la Historia. Porque si bien podía parecer negativa la moral cristiana, considerándola en la figura de los anacoretas del desierto elevados a la categoría de santos como espejos de perfección, por cuanto su universalización significaría el término de la Humanidad y la Historia, como tantas veces lo hicieron notar los volterianos en que habíamos bebido acaso más de la cuenta, nada en otros aspectos más positivo que la moral del Evangelio, formada toda ella de recomendaciones positivas, de principios activos, de preceptos de obligación para con los demás. Y nada abona tanto este aspecto activo del cristianismo, mucho más fundamental que el otro, como el ejemplo de vida que está representado en la figura central de esos mismos documentos evangélicos; ejemplo de vida, de vida activa, que con razón se ha supuesto ser la de un Dios, por lo que excede a todos en sentido humano.

Positividad de la que, por otra parte, sería sobrada prueba y demostración a lo largo de los siglos, frente a la legión de los que entendieron la vida como la negación del mundo y la carne, la de tantos abrasados de caridad como ha producido la doctrina que, pasando o sin pasar al santoral, son, en todos los casos, honor de género humano.

Solía decir Amuátegui, y no sé si lo habría recogido de alguno de los viejos decidores en vascuence, que tomando el Credo por donde dice Poncio Pilato resulta ser el procurador romano en Judea el crucificado, el muerto y sepultado; el que resucitó de entre los muertos y está sentado a la diestra de Dios Padre. No llegaba, ciertamente, a tanto nuestra tergiversación; pero, evidentemente, aquello de los anacoretas del desierto que tuvimos presente los jóvenes socialistas al aventurar nuestra afirmación relativa a la moral cristiana era solo una verdad a medias.

### **El hombre, valor absoluto**

No aparecía entonces claro para unos ni para otros —o no destacaba bastante su importancia— lo que la irrupción bárbara de brutales dictaduras en la escena de Europa, principal teatro de la civilización de Occidente, ha evidenciado luego a los hombres buenos: la coincidencia de lo más fundamental del Evangelio con lo más fundamental del socialismo. El hombre como valor absoluto, el hombre como fin.

El hombre en esta consideración de valor absoluto y de fin, llevado a la política, que es lo que de momento argumentamos, es la democracia. Mas entonces, cuando nuestros pleitos con los católicos, la democracia y su antecedente doctrinal indecli-

nable, el liberalismo, eran pecado en boca de los que decían hablar en nombre de Cristo, desde la Roma de los Papas al pueblo más insignificante de España. Y su política —la clerical— era en consecuencia la intolerancia y allá donde podían imponerse al Estado, como ocurría en nuestra pobre patria, hacían valer su intransigencia, y no hay ninguno de nosotros que habiendo querido ser libre no la haya padecido en su carne y su espíritu.

De ahí también su proclividad histórica a sumarse al absolutismo, representado al presente por los regímenes fascistas, dando lugar a que se pueda pensar que sus actuales apologías de la democracia y su utilización como bandera, ahora que las democracias han resultado vencedoras en la más tremenda de las guerras contra Hitler y Mussolini, no pasen de ser un gesto oportunista, una habilidad de circunstancias.

Tanto más desde el momento que, siendo España el país de las viceversas —como decía no sé cuál político de la Restauración— y siguiendo bajo el signo del fascismo más descarado, todos esos demócratas de nuevo cuño continúen haciendo una excepción a su respecto y siga pareciéndoles bien el que allí no haya libertad ni derechos humanos o que se siga matando a cuenta de figuras de delito que son una monstruosidad jurídica.

Sin ver que la voz que levantan contra la persecución religiosa detrás de la Cortina de Hierro no tendrá autoridad moral ninguna en tanto no hayan condenado con igual solemnidad los mismos crímenes contra la humanidad en la España de Franco y no retiren con arrepentimiento las bendiciones con que consagraron las armas fratricidas de los que se levantaron contra la República.

Se nos dirá, por nuestra condición de socialistas, que también algunas interpretaciones de la teoría marxista de la lucha de clases han sido llevadas al extremo de desconocer al hombre. No lo negaremos, pero lejos de nosotros el defender esos extremos<sup>12</sup>. Hemos hablado, citando un caso, del pistolero que se dio en España como de una enfermedad social a la que resistimos los socialistas. Tampoco hemos ahorrado el juicio adverso contra los países que se dicen del socialismo y desconocen al hombre en la misma medida que los Hitler, los Mussolini y los Franco.

El socialismo verdadero, aquel que hemos soñado y por el que seguimos luchando, es algo inmensamente más vasto, dilatado y universal que una forma específica de organización de la empresa de producción. Allá donde no cuente el hombre, el hombre como fin y sujeto de derechos imprescriptibles, incluso habiendo empresa sin capital de capitalistas privados puede haber explotación, y de la peor especie: del campo por la ciudad, de los territorios dependientes o satélites por la metrópoli y de todos en general por los privilegiados de la situación que constituyen el estado o la máquina totalitarista que domina la sociedad.

---

<sup>12</sup> En 1956 añade: “...combatiendo los cuales no cayeron y no están cayendo pocos de los nuestros, allá donde esta confusión se ha dado”.

Explotación a la que se añade la ausencia de valores que en el más inicuo de los regímenes capitalistas que se hayan dado no eran ajenos a la sociedad; como lo prueba la posibilidad que han tenido los trabajadores de un proceso de elevación moral y material en el seno de esos regímenes, y no solamente el proletariado, sino toda clase de movimientos de carácter emancipador.

### Un error de terminología

Hemos mencionado ya lo de liberalismo igual a democracia. Eibar gozaba de un prestigio liberal que le venía de lo que ya hemos explicado. Los que condenaban el liberalismo calificándolo de pecado condenaban por la misma razón, y no sin fundamento, el socialismo. Y es que el socialismo es el liberalismo integral: el liberalismo político fundado o asentado sobre la libertad económica. Y es de notar, por resultar una aseveración de la Historia, cómo la decadencia de los partidos liberales en países como la Gran Bretaña corresponde a un desarrollo mayor del socialismo, por representar este con ventaja el papel de los liberales históricos, añadiendo a su tradicional sustancia política la preocupación de lo social.

Hay en la terminología política lo que se dice el *liberalismo económico*, que es lo más impropio y equívoco que pueda darse.

¿Qué se entiende por liberalismo económico? Sencillamente la libre competencia; esto es, la libertad de iniciativa contra las posiciones que en la economía ocupa el vecino, la guerra privada, el triunfo del más fuerte, bajo la consideración de que la fuerza —o el dinero en este caso— pertenece a los que han hecho más méritos para tenerla.

¿A qué periodo del proceso general de la Historia corresponde esta concepción y principios? Justamente a la época feudal, a la alta Edad Media, que precedió a la concepción del Estado como organización jurídica para la realización del derecho de todos, sin consideración de fuertes y débiles. El feudalismo como régimen u organización social no era más que eso que ahora proclama el liberalismo económico: la libertad de los señores de atacar las posiciones del vecino, la guerra privada, el derecho de conquista, el juicio de Dios, la necesidad de guardar por la fuerza lo habido por la fuerza, porque Dios da el éxito y la fuerza a los que mejor lo merecen en cada momento.

Pues bien, a nadie se le ha ocurrido jamás llamar a eso libertad, a excepción de los bandidos en la gran tragedia de Schiller.

El feudalismo, el sistema feudal, tenía sobre el liberalismo económico, tal como lo entendían los manchesterianos del siglo XIX y siguen entendiéndolo los republicanos en los Estados Unidos, la ventaja de que el anverso de aquel principio de la fuerza era la obligación. La obligación de amparar a los vasallos, a los más débiles, a los que a ese efecto se hubieran enfeudado al señor, al fuerte; los cuales tenían contra el fuerte y la fuerza una garantía que podía ser más eficaz y segura que la de nuestras limita-

ciones constitucionales del poder: el juramento, el honor, la religión de la palabra empeñada. Esto es, Dios, porque Dios, realidad inmediata de la vida entonces, demandaba al felón.

### La batalla clerical

Los socialistas nunca fuimos específicamente anticlericales, ni en Eibar ni en otras partes de España, absorbidos fundamentalmente por nuestra preocupación de lo social. Digo España, porque en otros países apenas se daba esta cuestión, ya que la libertad religiosa convertida en hábito de la vida civil hacía que no hubiese en ellos cuestión de clericalismo ni anticlericalismo.

Por aquellos años, la tendencia retrógrada del clero, empeñado en que España había de ser una excepción en el concierto de Europa en cuanto a secularización de la vida y libertad de conciencia, presentaba gran batalla movilizándolo a toda la beatería fanática de la nación cada vez que los liberales históricos de la Monarquía intentaban alguna tímida reforma, más que nada para cubrir el expediente y justificar su apellido político ante las gentes.

En plena erupción cuando nuestra milicia en las Juventudes Socialistas, aquel fanatismo intolerante había exacerbado el sentimiento anticlerical de las masas, ya de antes divorciadas de la tutela de la Iglesia por culpa de aquella inveterada propensión de sus servidores al absolutismo y todo lo reaccionario, que una vez más había de confirmarse en la trágica encrucijada de julio de 1936. Y como cuando las tuvieron por siglos bajo su dominio no cuidaron de curarlas de ciegos fanatismos y de educarlas para una vida de tolerancia y comprensión, en tanto que no se supliera a este defecto, que necesariamente tenía que ser obra larga para los demás, se daba muchas veces lo que Unamuno llamó un día el “*anticlericalismo de ordinario*”. Anticlericalismo que, con todo y su ordinario, no desagradaba a todos, incluso en la otra acera, haciéndose cuenta de que mientras las masas se conformaran en sus raptos demenciales con quemar conventos y matar algunos frailes, los bancos y las personas de los burgueses estarían más seguros.

Así fue en la llamada Semana Trágica, de Barcelona, en la que al populacho, constituido principalmente por fanáticos coreadores del luego colaborador de Gil Robles<sup>13</sup> durante el “bienio negro” de la República, le bastó con quemar conventos e iglesias, respetar los bancos y someterse a la consigna tradicional de las revoluciones burguesas: “*Pena de muerte al ladrón*”.

---

<sup>13</sup> La alusión es a Alejandro Lerroux (1864-1949), sobre el que volverá más adelante.

José María Gil Robles (1898-1980) fue un abogado, periodista y político español. Proveniente del entorno católico, Gil Robles se convertiría en primera espada de la derecha durante la Segunda República como líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas, o CEDA, partido de concentración de opciones católicas y de derechas que ayudó a crear a principios de 1933.

En Eibar, en vista de lo ocurrido en Barcelona, nuestros enemigos creyeron indispensable forrar de hierro las puertas exteriores de los conventos y montar alguna vigilancia, como si realmente estuviesen amenazados aquellos edificios en el pacífico medio de nuestro pueblo. Y una noche que unos mozalbetes entraron furtivamente a la huerta de las monjas agustinas del Rabal a por la fruta madura del convento, igual que hicieron, según él confiesa, San Agustín y otros mozalbetes de su compañía cuando su libre pagana adolescencia<sup>IX</sup>, movieron gran pánico entre las pobres encaustradas, puestas en temor de no sé qué catástrofes por los alarmistas, en interés de acumular sombras sobre sus enemigos políticos.

Cuando lo cierto es que, a pesar del eco que allí tenía el estruendo de la batalla que clericales y anticlericales libraban en toda España, nunca pasó por la mente de nuestros más rabiosos lectores de *El Motín* el hacer ningún daño a personas ni cosas religiosas en el ámbito de nuestro pueblo. Y bien se confirmó esta serena disposición de los espíritus en julio de 1936, cuando cualquier exceso se hubiera podido explicar por las circunstancias agravantes de la criminal agresión de los generales traidores, que eran recibidos bajo palio en las catedrales, para ser bendecidos por los obispos, haciendo cómplice a la Iglesia en el millón de muertos que costó barrer las libertades.

### **Iconoclastas para un proceso**

Es más todavía. Podría pensarse que este respeto de los liberales a personas y cosas no siempre resultaba del agrado de algunos espíritus belicosos a quienes hubiera gustado mejor tener algún pretexto para rasgar sus vestiduras y clamar escándalo a la provincia devota que nos rodeaba para satisfacer sus ganas de guerra. Y, a falta de motivos mayores se aprovechó un incidente, que en otras circunstancias no hubiera pasado de considerarse como una falta a corregir por la Alcaldía, para instruir un proceso ruidoso ante la Audiencia de San Sebastián, con objeto de proyectar la sombra de una profanación, de un sacrilegio, de algo nefando a que por fin podían referirse nuestros clericales, ante los ojos espantados de los sumisos pueblos de la antigua Hermanad de Guipúzcoa, dominados en general por carlistas e integristas, y donde toda la cuestión social, y todas las cuestiones, se reducían a la brega de las autoridades civiles y eclesiásticas para impedir que la juventud tuviese ocasión de bailar el “agarrao”.

La ermita de San Lorenzo, en la campa de Urkidi, grata obligación de nuestro padre por aquello que dije de sus ensayos para aclimatar el cultivo del gusano de seda, después que él dejó la llave por razones de salud y, en consecuencia, mi madre de cuidar de los lienzos del altar, y de barrerla nosotros –los chicos– de cuando en cuando, quedó abandonada a las lluvias y los vientos, de la misma manera que fueron abandonadas a igual suerte otras ermitas de la jurisdicción, como la del Salvador y la

---

<sup>IX</sup>. *Confesiones*, libro II, cap. IV.

de Santa Inés –que últimamente era ya un montón de escombros–, los humilladeros del camino de Arrate y la misma basílica de Azitain<sup>x</sup>, dedicada a la Asunción de la Virgen.

Pues bien, es el caso que unos mozos bebedores, despreocupados y ajenos todos ellos a la política activa, una noche de juerga, como hubiesen prolongado su velada en la taberna de costumbre hasta la hora límite que autorizaban las Ordenanzas Municipales sin que entraran en ganas de acostarse, se fueron para el campo llevando consigo algunas provisiones y se refugiaron en la abandonada ermita de San Lorenzo. Decían los denunciantes que los “profanadores” encendieron lumbre dentro del sagrado recinto para calentarse en derredor, trayendo a hacerles compañía al desdeñado santo que se moría de frío en su hornacina con haber sido asado a la parrilla, tratándole como a un compañero más, seguros –pienso yo– de que lo hubiera agradecido de viva voz el santo de no ser de palo.

Todo esto, en el papel sellado y en autos de un proceso formal en la Audiencia de la capital, adquiriría una importancia extraordinaria y se prestaba a que el fiscal viera en ello graves ofensas a la religión, que en el Código estaban severamente castigadas; ofensas que, sin embargo, no habían estado en el ánimo de los bebedores, que no podían sospechar que en aquel lugar abandonado a la ruina por la indiferencia de los más obligados a conservarlo, pudieran cometer irreverencia alguna con usar algunas familiaridades no exentas de cariño con el “bulto”, como algunos llaman a las imágenes. Unos escaparon a las mallas del proceso viniendo huidos a América, de donde no volvieron; otros pagaron su despreocupación pagana en la cárcel, y alguno dejando en ella la salud, con todo lo cual los denunciantes no lograron sino hacer ocho o diez familias agraviadas, pues por lo que respecta al santo y al santo lugar, una vez habiendo servido a la mala intención de aquellos, allá quedaron cada vez para menos.

Pero aquel proceso no se había fraguado contra los individuos responsabilizados en autos; lo que se pretendía era un escándalo, poner una mancha sobre aquel limpio prestigio liberal del pueblo, que es lo que les molestaba, dramatizando el caso y presentándolo como un ejemplo de las profanaciones que allí se daban a diario, para que se creyera que los que en Eibar iban a misa tenían que vivir en un ambiente de persecución y ofensas, sin que nada fuese más lejos de la verdad.

### Los necróforos

Aquella batalla del clericalismo y el anticlericalismo no era una batalla religiosa; era, una vez más, una batalla política. Y como en otras ocasiones en que deliberadamente se confundía la religión con la política, lo divino con lo humano y lo celestial con torpes intereses de la tierra, servía para privar de sentido religioso a muchas cosas

<sup>x</sup>. *Asi-ta-eiñ*; sin embargo, no creo que sea parangón de una inscripción que en un muro de la parroquia señala dos fechas con estas palabras: *Dominus incipit me... Dominus perfecit me...*



en que debía consistir la religión, empujando a las gentes hacia la incredulidad y la aversión a cuanto se despachaba como sagrado en la tienda de los curas.

Los sermones eran sermones políticos; las procesiones manifestaciones políticas, algunas veces de franco desafío; y los sacramentos arma política también, con que ponían guerra los encargados de administrarlos en no pocos hogares. Se organizaban las devociones para ver quién iba y quién dejaba de ir a ellas. Y el ir, y lo mismo el dejar de ir, se convertían en acto político, porque hacían bandera de los que se rendían a las presiones que ponían en juego, y lo mismo del escándalo que simulaban respecto a los que se resistían a ellas.

Cuando agonizaba alguno que hubiese vivido fuera del gremio de la Iglesia los clericales se creían autorizados a atropellar toda discreción y conveniencia, no con el propósito de salvar un alma que les tenía sin cuidado, sino con el de procurarse un cartel contra los de la acera de enfrente. Y cuando, atropellándolo todo, simulaban una claudicación del moribundo, haciendo ludibrio en él de la historia de toda una vida, reclamaban el cadáver para afirmar su mentira y deshonar la memoria del atropellado.

Así, hace nada más que unos días nos ha llegado, difundida por el cable al mundo entero, la noticia de que Indalecio Prieto, presidente del Partido Socialista Obrero Español en el exilio, enfermo desde hace algún tiempo, ha sido confesado por el padre Arratibel, de la Compañía de Jesús, ido expresamente desde Loyola a Saint-Jean-de-Luz. En la noticia, verdadera o falsa, que no hace al caso, no había el menor atisbo de caridad cristiana y sí, como es fácil de ver, un interés político de la más baja especie.

Por esto, que es tan viejo, y por lo visto no se ha olvidado todavía con lo que ha llovido desde aquellos tiempos, cuando Tomás Meabe se veía en el caso de tener que referirse a incidentes de esta clase en nuestro *¡Adelante!* solía comparar a los curas con los necróforos, insectos del orden de los coleópteros, pertenecientes a la familia de los sílfidos, cuyo representante más caracterizado es el *Necroforus humator*. Estos insectos se apoderan de los cadáveres y luego que los entierran, cuando han hecho de ellos con sus ácidos una masa delicuescente, dejan su descendencia en ellos.

Pero, como un vicio provoca otro vicio, a aquella cosa repugnante de hacer política con los muertos de los clericales, correspondió otra manera de hacer también política con los muertos de los anticlericales. Un entierro civil vino a ser la ocasión de una manifestación anticlerical, en la que muchos de los asistentes hacían acto de presencia, no por afecto o reverencia al fallecido, sino por mero interés político, tratando de hacer bulto en el cortejo.

Y aunque Meabe insistía en embellecer tales actos llevando muchas flores para enterrar con ellas a nuestros muertos, no podía evitarse cierto mal sabor de boca que resultaba de la explotación de un cadáver por la pasión política.

Por eso, Indalecio Prieto —que con toda su pesada humanidad es, en el fondo, un exquisito del espíritu— cuando perdió a su esposa —que la ha recordado religiosamente toda su vida— tuvo el valor de hacerse cargo del cadáver y llevarla personalmente a Derio, muy de madrugada, sin más compañía que su dolor, hurtando tan sagrado despojo al interés político de los “necróforos” de uno y otro bando.

### **La secularización de la vida**

Aquella tensión ponía en grave aprieto a los jóvenes socialistas en el momento de casarse o de tener el primer hijo. La secularización de la vida por el Estado, a aquellas alturas de la historia, era un proceso terminado y la religión asunto de cada cual en casi todos los países donde se hubiese producido la no-conformidad. Y la no-conformidad, excepción acaso de algún país musulmán, es la circunstancia de todos los pueblos civilizados. Pero en España la intolerancia clerical mediatizaba al Estado en más de un aspecto, humillando al poder civil y menoscabando la libertad del disidente a la hora en que éstos eran legión.

¿Cómo conciliar las conciencias cuando un joven socialista fuera a casarse con una novia católica? El matrimonio civil, según los clericales, era concubinato, y la vida de los casados por el juez no pasaba, según ellos, de ser un compromiso de pecado y los hijos no dejaban de venir al mundo con el estigma de lo espurio. En compromiso de pecado podían vivir y vivían no pocas beatas concurriendo al rosario y participando de las lisonjas del cura, siempre que no mediara aquel acatamiento solemne a la ley civil secularizadora, o cuando lo hicieran por motivos crematísticos que valieran la pena. Pero, en otro caso, se les negaba la absolución y se les movía guerra por todos los flancos.

Pero había más. No estoy aquí en condiciones de acudir al Alcubilla para precisar con seguridad y detalle estos extremos, pero creo recordar que en la etapa liberal de 1906 fue derogada por Real Orden otra de 1900 que “solamente” reconocía la competencia del Juez Municipal para autorizar matrimonios “en el caso de previa declaración de los contrayentes de no pertenecer al gremio de la Iglesia”. Pues bien, escandalizados los obispos contra esta disposición derogatoria que hacía posible que casara el juez sin necesidad de tal declaración, y agitada convenientemente su grey, no pararon hasta que unos meses después hubo de ser restablecida la bárbara Real Orden de 1900, para que el juez no pudiera casar sino a los que hicieran constar en el expediente no pertenecer a la religión católica, certificándolo con sus firmas ambos contrayentes. Y para que el escarnio fuese mayor, si no me equivoco, arrancaron esa rectificación a un ministro liberal: el Conde de Romanones.

¿Cómo obligar a esta declaración firmada a la novia que había ido al novio por razones puramente sentimentales, independientes de la política y la religión? En la ma-

yoría de los casos, a la novia no le hacía personalmente ninguna violencia esta mal intencionada formalidad, perteneciendo a la Iglesia como pertenece la mayoría de los españoles, que solo a los efectos de la estadística son católicos, no importándoles nada los dogmas ni la práctica de todos los días. Pero a su madre, ¿qué le iba a parecer esta apostasía? A su madre tampoco le hacía mayor violencia el arbitrario requisito —arbitrario tratándose del juzgado para el que no debía de haber católicos ni no-católicos, sino ciudadanos iguales ante la ley—, pero se acordaba de los parientes. ¿Qué iban a pensar los parientes? se decía.

Generalmente, a los parientes les importaba un bledo la pariente y el problema que se había creado enamorándose de un incrédulo, pero les irritaba el introducir aquella preocupación del qué dirán en la familia. Todo esto, que siendo así, podría parecer inocente, sumaba una montaña de obstáculos y de conflictos desagradables para la enamorada pareja, a la que de todos modos se le amargaba la luna de miel, envolviéndole en espinas las rosas de su dorado sueño.

Ante esta serie de dificultades, lo lógico parecía siempre que cediera el novio, ya que para él todo se reducía a prestarse a una breve comedia. Y así, con esas palabras, argumentaban los catequizadores, sin acordarse de que se trataba de un sacramento y hacer fuerza para imponerlo indignamente era por su parte como echar lo santo a los perros.

Y en el caso de allanarse a la comedia el novio, no faltaban los indiscretos que, como en el caso de la supuesta confesión de Prieto en Saint-Jean-de-Luz, hacían noticable la humillación del humillado, publicando dónde y cómo se dejó poner el dogal el recalcitrante.

El mismo conflicto familiar y la misma serie de disgustos ocurrían cuando se trataba de determinar si habían de elegir el nombre de los hijos que fuesen teniendo entre los que figuran en el Santoral o en la *Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia*<sup>14</sup>.

Y, por natural correspondencia, la beatería de *l'autre côté*, cuando la pareja valiente no se prestaba a la comedia y se iba al juzgado, le salía al paso con cohetes, no porque se tratara de la boda de un compañero, sino porque había que hacer ruido con motivo de una derrota de los curas. Con el mismo interés político que los otros indiscretos, y por razones análogas si bien opuestas, noticiaban los actos civiles en su prensa, que los publicaba en una sección especial que ocupaba un lugar de honor, en el que los sometidos, en cambio, cualesquiera que fuesen las circunstancias del caso, brillaban por su ausencia.

---

<sup>14</sup> Obra de John William Draper (1811-1842) químico, historiador, filósofo y fotógrafo norteamericano, publicada en 1874. Otro de los libros de cabecera del anticlericalismo del XIX, la primera edición española, prologada por Salmerón, es de 1876. El libro abunda en la idea de la religión como obstáculo para el avance científico y, por tanto, para el bienestar de la Humanidad.

¡Qué lejos aquellas tristes miserias del ambiente libre de estos países nuevos, en que conviven tantos credos distintos sin interferencia ninguna y las gentes se entienden y se combinan para todas las cosas de la vida sin ocuparse de averiguar lo que cree o deja de creer el vecino!<sup>XI</sup>

Cuando la omnipotencia de los zares se obstinaba en no ceder un ápice de sus poderes absolutos en beneficio de la paz política del país, un allegado, cuyos títulos no recuerdo pero que ocupaba un alto lugar en la corte, profetizó: “*No queréis la reforma y tendréis la revolución*”. Pues bien, eso mismo le ocurrió a la Iglesia en España. No permitió la libertad razonable y tuvo la revolución.

### **¡Sangre en las manos!**

Ya sé que los fanáticos sin caridad se hacen cuenta de que si bien se produjo la revolución, que no era difícil de prever sabiendo que el pueblo no consentiría el golpe de fuerza que preparaban sus adláteres con su tácita aprobación para destruir la República y la justicia que ella ensayaba, la revolución ha sido vencida y vengado cada uno de los suyos que hubieron de ser alcanzados por los zarpazos de aquella, no siete veces como Caín, sino setenta veces siete como Lameth.

Por algo la provocaron como se provoca una guerra preventiva, asegurándose previamente poderosos apoyos extranjeros. ¿Que ha habido víctimas infinitas? El muerto al hoyo y el vivo al bollo, como se dice, y no es poca ganancia, para los que han de continuar la antigua batalla sobre la misma línea intransigente y vengativa, la renta de poder disponer de ese argumento de las víctimas –sus muertos, que no los nuestros que fueron bien muertos– elevadas a la categoría de mártires.

Por lo pronto –piensan– todo el mundo tiene que ir ahora a misa; todo son peregrinaciones y trisagios y han callado de una vez para siempre los inmundos papeles del liberalismo, aunque haya quien diga que ellos, sirviendo de acicate, contribuyeron a elevar el nivel moral y cultural del clero español de una generación a otra.

---

<sup>XI</sup>. El que esto escribe trabaja, en la ingrata tarea de los números, al servicio de unos católicos practicantes en compañía de un luterano de origen alemán. Convive bajo el mismo techo con un matrimonio francés, cuya religión permanece inédita para los vecinos, y un señor yugoslavo que pertenece a la tradición de la Iglesia griega. Toma café a mediodía con varios españoles de la emigración, agnósticos todos ellos, y cumple en el curso de la jornada distintas diligencias con israelitas, mahometanos y budistas, pues los judíos de Centro Europa, los árabes del antiguo Imperio Otomano y los chinos de lo que fue el Celeste Imperio, son legión en el comercio de Caracas. Rosacruces, masones, adventistas, teósofos, espiritistas, etc. son también legión a juzgar por la cantidad de literatura de esta clase que despachan las librerías. Y, sin embargo, no ha tenido ocasión de enterarse de ningún incidente habido por motivos de religión en los años que lleva residiendo aquí.

Piensen también los mismos fanáticos que, contra lo que se solía decir como axioma, se pueden matar las ideas; y creen saber de sus asesores nazis de los años felices, en que pudieron tenerles por colaboradores inmediatos, que hay unas técnicas eficientes contra la libertad, el pensamiento, los credos subversivos y las minorías molestas que, puestas en práctica sin apartarse de la receta, permiten descansar tranquilamente a los dueños de la fuerza.

Pero, con todo, ¡qué balance de resultados el de su victoria para el que quiera hacer cuentas verdaderas! No hablemos del millón de muertos. Una noche en París compensaba a Napoleón el gasto de una batalla. Y no son para menos los bienhallados de la situación de la España de Franco, entregados al derroche y al materialismo. Mas en otro orden, ¡qué inmoralidad la que ha ganado después de su éxito a todos los organismos del Estado, sin perdonar a otras esferas de la sociedad igualmente contaminadas en un desesperado afán de enriquecimiento! ¡Qué de sufrimientos los que ha traído sobre todo el país aquel triunfo de la fuerza! ¡Y qué de sobresaltos para los que llevan dentro la carga de los crímenes que ha habido que pagar a ese resultado, sabiendo que aquellas técnicas, con no poderlas llevar ellos al extremo de perfección de sus maestros, no bastaron para salvar a éstos de su ruina cuando en el reloj de la Historia sonó la hora fatal de su destino! ¡Después de mí el diluvio!, pero eso si el diluvio tiene la bondad de esperar a que los que lo dicen terminen su banquete.

Y por mucho que ellos no quieran hacer cuentas siguiendo la inveterada práctica del avestruz, el tiempo, que las hace siempre, y muy verdaderas, les dirá algún día – el día menos pensado– la verdad del triste balance. No importa lo que demore; ese día llegará con la fatalidad con que sobrevienen los dolores del parto. En tanto, parecenos oír al profeta, por cuya boca y con cuya voz habló Dios diciendo lo que escrito está como si hubiera tenido presente a los que ahora denunciarnos:

*“¿Para qué la multitud de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos; no quiero sangre... No me traigáis vano presente; son iniquidad vuestras solemnidades. Cuando multiplicareis la oración, yo no la oiré ¡llenas están de sangre vuestras manos!”* (Isaías 1, 12-16).

### **Los niños de los mineros**

Por aquellos tiempos, no sabría precisar el año, porque, contra lo que se podría suponer, no pocas circunstancias del paisaje se me van enredando a medida que me alejo de los cuadros de la infancia y la adolescencia que se me representaban tan diáfanos en la lejanía; por aquellos tiempos, digo, tuvo lugar una de las grandes huelgas de los mineros del hierro de Vizcaya<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> Esta “evacuación” de los niños de los mineros se produjo durante la huelga que estos sostuvieron en octubre de 1903.

Reñidas huelgas que solían ser, a veces con sangre, y por las que estos sufridos tributarios a la opulencia vizcaína, castellanos en su mayoría, *maketos* que les solían llamar, fueron logrando paso a paso cierto trato de personas, sin pasar, en lo mejor a que llegaron, de una modesta condición de esforzados trabajadores.

Aquella vez que digo, el doctor Madinabeitia se ocupó con toda su alma de organizar la resistencia de los mineros, y a ese efecto se le ocurrió una nueva forma de solidaridad: la recogida de los hijos de los huelguistas mientras durara el conflicto.

Todos los hogares socialistas de la región se aprestaron a hacerse cargo de los niños de la zona minera para dejarles las manos libres a aquellos bravos luchadores, obedeciendo a las exhortaciones del doctor socialista.

A Eibar nos trajo unos doscientos, y no son para describir las escenas de ternura a que dio lugar la llegada, la estancia y la despedida de aquellos hijos de trabajadores, luego que sus padres lograron un pedazo más de pan y un poco más de justicia para sus vidas.

En el corazón humano hay todo lo bueno y todo lo malo como posibilidades, y son las ocasiones las que hacen aflorar lo uno y lo otro para hacer al bueno y al malvado, lo sublime de ciertas circunstancias y lo abyecto de otras; verdad que cobra mayor volumen cuando al hombre sustituyen las masas. De ahí los grandes contrastes de la Historia. Y el verdadero magisterio de maestros como el doctor Madinabeitia consiste en multiplicar las ocasiones en que esa parte noble de nuestro corazón pueda manifestarse embelleciendo nuestras obras, y aquella que promovió con la recogida de los hijos de los mineros de Vizcaya fue uno de los más notables rasgos de su magisterio socialista.

No podía faltar que nosotros recogiéramos un muchacho en nuestra casa. Mi madre, como todas las demás del pueblo que hicieron otro tanto, y ella, que además tenía clavada en el corazón la espina de un hijo que se le había ido por el mundo, con más voluntad si cabe, le vistió de nuevo y le colmó de atenciones igual que si fuese otro hijo suyo, con la debilidad que tenían que sentir todas por un hijo que no les había de durar. Sin embargo, en algunas familias duraron estos hijos de las circunstancias, porque quedaron en ellas para siempre.

Luego el doctor tuvo emuladores en otras regiones, con motivo de huelgas igualmente favorecidas por la opinión, y el procedimiento dejó de ser una novedad. Y durante la guerra civil y luego de ella, esta clase de solidaridad ha sido común y todos la hemos practicado, unas veces como dispensadores y otras como beneficiarios de ella; pero no por haber venido a ser común resultaba menos conmovedora, eficaz y creadora de espíritu. Pero entonces tenía además el mérito de una invención y el valor de ser una lección práctica para circunstancias más difíciles, que desgraciadamente no habían de faltar.

## ¡He ahí mi familia!

Este don José Madinabeitia, como el maestro bueno del Evangelio que tampoco tuvo hijos de la carne, y como ciertas madres frustradas que llevan en su corazón virgen el niño que no llevaron en sus entrañas, tenía de padre y madre ternuras en abundancia bastante para colmar a proles tan numerosas como aquella de los sufridos mineros de Vizcaya, de quienes pudo decir como el Señor: “*¡He ahí mi familia!*”. Y en casos como el de aquella huelga, que prometía ser larga, le asaltaba la preocupación de tantos hogares comprometidos con la falta del jornal; él que era hombre solo, que andaba de un lado para otro entre los pueblos que había escogido para su apostolado, habiéndose malogrado su propio hogar.

Hijo de casa grande, en Oñate, pueblo de señores, tenía la prestancia física de esas razas acostumbradas a mandar. Elegante por naturaleza, no desdeñaba ir siempre bien, con su flor en la solapa. Añádase a esto su brillante carrera científica y el don de Dios que tenía de cautivar a todos con su palabra, y no extrañará que se casara con la señorita de una de aquellas potentadas familias navieras de Bilbao.

Pero así como a Meabe su conversión al socialismo —porque en estos dos hombres se trataba de una verdadera conversión— le costó el calor de una madre que el poeta estimaba sobre todos los tesoros de la tierra, a este nuestro doctor le costó las dulzuras de un hogar apenas formado, pues se deshizo cuando no había terminado todavía su luna de miel. Y con haber tenido que afrontar tan gran vacío, jamás los que intimamos con él —y yo que estuve bastante en sus adentros— le oímos decir media palabra de su mujer, ni para bien ni para mal. Era un secreto de su corazón, y aunque no dijera nada, se comprende que la suya fue una renuncia tan dolorosa como la de Meabe, y yo creo que la había aceptado inclinado a Dios, como los santos que dejaron el mundo y sus comodidades por servir un ideal.

Con todo, aquella espina le debía punzar en lo íntimo, y el que no aludiera a ella, ni siquiera con la señal de alguna tristeza que nunca dejó traslucir al exterior, no habla de su dureza o el rigor de su amor propio, sino de la abundancia de sus recursos espirituales con que se podía defender y se defendía de lo peor. Sus amigos le respetamos siempre ese secreto de su alma y le seguíamos el tren de su optimismo, que se imponía en su alrededor. Y seguro estoy que la materia dócil de los pueblos de su apostolado en que obraba su espíritu, como en Eibar, le pagaba con creces la frustración que había en su vida y sus hijos espirituales, que no éramos pocos, satisfacían más a su orgullo interior.

No faltaron, ciertamente, en esa vida sacrificada enamoradas por el estilo de aquellas santas mujeres de Galilea que siguieron a Jesús por todos los caminos hasta velarle en la sepultura. Pero sin necesidad de deshumanizar a nuestro doctor, podemos creer que no materializaron aquellas adoraciones más que en el caso de las enamoradas del Señor.

## Los cargos retribuidos

Por cuanto no se puede decir todo a la vez, diremos ahora, volviendo bastante atrás de estas ocurrencias que íbamos diciendo, que cuando Tomás Meabe cumplió su tiempo de Eibar y hubo que buscar otra pluma para nuestro *¡Adelante!* se planteó en nuestro seno la cuestión, que era entonces muy debatida en los medios obreros, de los cargos retribuidos. Las cooperaciones voluntarias de los comienzos, en virtud de la excelencia de su propio rendimiento, traen por consecuencia desarrollos a que luego no bastan lo adventicio y esporádico del entusiasmo y exigen lo sostenido de la obligación y al funcionario. Habíamos alcanzado ese momento climatérico, nunca exento de peligros, y habíamos de resolver el primer caso. Los anarquistas, antes de dárseles el caso de los grandes desarrollos del sindicalismo que vino a rendirles sobrados recursos económicos para pagar con largueza a muchas gentes a su servicio —secretarios, delegaciones, periodistas, abogados, etc.—, tenían en este particular un criterio cerrado en contra, y atacaban rudamente a los socialistas por no participar sin reservas de su prejuicio.

No es que tuvieran éstos ningún estado mayor nadando en la abundancia, pero defendían sin rebozo la doctrina de los cargos retribuidos y honradamente desempeñados, y, por ende, empezaban por admitir la necesidad de funcionarios pagados por las organizaciones. Pero eran en esto, en general, un poco como San Pablo, que declaraba que el Apóstol tiene derecho a vivir del Evangelio, pero él ahorra la carga de su persona a las iglesias trabajando con sus manos en lo que era su oficio. No estaban lejos los tiempos en que el partido no tenía otra persona retribuida que Pablo Iglesias, que cobraba nueve duros semanales por hacer *El Socialista* y llevar la correspondencia del periódico.

En Eibar, donde hasta entonces había bastado lo espontáneo y voluntario, que había rendido tan hermosa obra, no suscitó poco debate aquella cuestión cuando la Agrupación Socialista hubo de acordar el retribuir a Evaristo Bozas, de San Sebastián, la labor que, a falta de Meabe, le fue encomendada al frente del semanario.

No era este joven ningún lerdo, y aunque en la Argentina, adonde se trasladó después de su época de Eibar, terminó mal por haberse dedicado al libelo, tuvo ocasión de acreditarse como periodista de bastante nervio. Mas, a despecho de todo el ruido que suscitó el debate, no era ciertamente ninguna esplendidez lo que iba a pagarle la agrupación, ni grandes los honores que pudiera ganar en tan modesta tribuna. Pero, ¡qué difícil es servir a las colectividades, sin exceptuar a las nuestras! Personas en lo demás liberales le discutían hasta la respiración, y otro con más virtudes que él no hubiera podido satisfacer a los exigentes y los puritanos.

Cierto que entre Meabe, que había derramado *gratis et amore* buena parte de su originalidad en nuestro *¡Adelante!*, si bien por su parte, no habiendo traído bolsa ni alforja, comía lo que le pusieran delante y pagaba, como los enviados de que se cuenta



en el Evangelio, con hacer descender la paz sobre las casas en que moraban; cierto, digo, que entre este Meabe y aquel pobre asalariado, la diferencia era grande. Pero solo los que jamás habríamos de percibir un céntimo del Centro Obrero o la Casa del Pueblo le dejamos de criticar, y recuerdo que eran Tomás, que aún no nos había dejado del todo, y Madinabeitia, con no ser aquel santo de su devoción, los que le defendían con más calor del acoso que le hacían los exigentes<sup>16</sup>.

¡Qué diferencia entre aquellas austeridades tan comunes en el socialismo español, que ni la bonanza de los tiempos que corriendo los años hubo de darse logró atenuar, y el liderato obrero tal como se practica en estas Américas del dinero, donde no es raro tropezar con el fundador de una religión que tiene cuenta corriente en los bancos, y con líderes de sindicatos que ostentan una fortuna que les valió su prestigio en los medios obreros en que actúan de una manera interesada!

Y nada digo de los gerifaltes del falangismo en la España de los sindicatos verticales y la del glorioso movimiento, pringados hasta la coronilla, por no saber de ello sino desde lejos<sup>17</sup>.

## Paralelo

En el correr de la pluma acaba de saltar el nombre de San Pablo. Madinabeitia se parecía al de Tarso en lo de sus iglesias —sus detractores solían decir capillitas— y en haber superado un estrecho nacionalismo que se daba en Bilbao con Sabino Arana Goiri para convertirse en una especie de Apóstol de las gentes. Los “maketos”, en el caso de nuestro doctor, venían a ser los gentiles del autor de la Epístola a los romanos, y su socialismo como el apostolado de la incircuncisión de aquel, enderezado a la humanidad entera. Vasco cien por cien, como San Pablo era judío de pura cepa con su orgullo de israelita, tenía a honra su vascuence y las cosas de la tierra, que amaba y estudiaba con cariño. Le gustaba la música y el folklore del país y no desdeñaba, en medio de su preocupación fundamental enteramente humanitaria y universal, los problemas inmediatos a nosotros.

Yo creo que después de sus tareas de jardinería espiritual en la zona minera, en Sestao y otras localidades pobladas casi enteramente de “maketos”, sus estancias en Eibar, con nuestro vascuence y nuestro sabor de los montes que no se nos había ido,

<sup>16</sup> Es en 1956 cuando el autor añade a Madinabeitia como defensor del recién llegado. En el original de 1949 a este párrafo sigue otro, exclusivamente dedicado a Madinabeitia, parte del cual le servirá en 1956 para abrir el siguiente epígrafe. Dice así:

*“Madinabeitia, que se parecía a San Pablo en lo de las iglesias que tenía y en haber superado un estrecho nacionalismo para convertirse en el Apóstol de los gentiles, esto es, de los “maketos” que decían otros, se le parecía también en la doctrina de que el que trabaja en el santuario debe comer del santuario y del altar el que sirve al altar. Pero, sin embargo, en cuanto a su persona, recababa la gloria de no haber aprovechado nunca de su derecho y, como el Apóstol, prefería morir a que nadie hiciese vana aquella su gloria de la gratuidad de su buena nueva”.*

<sup>17</sup> Este último párrafo fue añadido en 1956.

le servían de descanso, aunque en realidad descansara entre nosotros menos que en cualquier lado.

Me acuerdo de una vez que estaba muy ocupado en nuestras cosas honoríficas — es decir, de puro desinterés—, cuando recibió una llamada urgente para un cliente rico de Bilbao en un telegrama que decía: “Eduardo muriéndose”. Y no se movió, diciéndonos a los circunstantes, que si bien Jesús tenía razón diciendo a los fariseos que los sanos no necesitan al médico, tampoco tiene nada que hacer el médico con los que se mueren sin remedio por ser su hora de morir, que es tan natural y de la voluntad de Dios como todo lo demás que ocurre normalmente. ¡Bonito estaría pues si el dinero pudiera sobornar también a esa señora, gran niveladora, comprando su favor como se compran las indulgencias!

Toda su pragmática de la vida y la acción la resumía en la figura del ciclista, que solía traer mucho a colación, el cual ha de mirar adelante a lo lejos, sin dejar de ver las cosas inmediatas. Pero esta sabia pragmática no rezaba consigo mismo y no la aplicaba al problema de su administración cotidiana y previsión de futuro, pues para entonces ya no había cuenta de las veces que su microscopio había ido y regresado del Monte de Piedad, obedeciendo a urgencia de momento que no sabía solucionar de otra manera. El amigo Urréjola sabe de esto.

Más adelante se embarcó en el empeño de la quinta que se hizo fabricar en Larroondo, en el valle de Azua, rodeada de flores y un poco de huerta, seguramente para obligarse a algún régimen; mas como a esa sazón, después de muerto Amuátegui, apenas nos visitaba, no sé hasta qué punto logró ordenar su economía personal.

### **Enrique de Francisco**

Lo mismo que en el caso de la fecha de la huelga de los mineros de Vizcaya —ganada, se puede decir, por el doctor Madinabeitia— que no supe precisar, tampoco puedo decir fijamente cuando comenzaron las interferencias de Enrique de Francisco en la educación política de los socialistas de Eibar. Digo interferencias, porque este compañero de Madrid, donde había realizado una meritoria labor sindical organizando a las obreras de la aguja, se estableció en Tolosa y solo hacía breve estación en Eibar, aunque con bastante frecuencia por haberse echado novia en nuestro pueblo.

Enrique de Francisco, atildado en su persona y de un fácil y limpio decir, vino con cierto aire capitalino, dándonos algunas lecciones de urbanidad y modales que aún nos hacían falta en aquel pueblo de sana intención y perfecta salud moral, pero, ciertamente, sin muchos pulimentos. Éramos allí todos un poco como *Astuko*<sup>18</sup>, uno de quien le preguntaban a su suegro —analfabeto y sin más erudición que su vascuence

<sup>18</sup> En 1949 y 56 escribe *Astunko*, que en dialecto eibarrés significa pesadote, como para referirse cariñosamente a alguien corpulento. Aunque, a partir de aquí, en el original del 56 emplea la forma *Astuko*, forma que pasa a la primera edición de 1968.

de Eibar— que había hecho una respetable fortuna con las armas yendo a venderlas hasta por las kábilas del interior del Marruecos de Muley Hassan<sup>19</sup>:

—¿Es verdad —le decían— que *Astuko* ha ido a vender armas en Italia? ¿Y cómo se las va a entender con los italianos?

—Ya se las arreglará —contestaba el interpelado tranquilamente— sabiendo como sabe un poco de “castillano”.

Éramos así en Eibar, de los que nos arreglábamos en todas las cosas en que estábamos —cosas de carácter local pero de significación nacional e internacional— con un poco de castellano. Enrique de Francisco, joven, guapo, correcto y elegante, de palabra fluida y académica, naturalmente nos tenía que cautivar a todos. Amuátegui llegó a quererle mucho por todas aquellas condiciones. Madinabeitia, en cambio, le tenía cierta prevención; yo creo que simplemente porque procedía de Madrid. La misma prevención que tenían en Madrid para el socialismo especial y provinciano de nuestro doctor<sup>20</sup>.

### El defecto de hablar bien

Hay personas a las que perjudica el hablar bien. Confiados en este recurso, que les vale demasiado algunas veces, no se preocupan lo bastante de la realidad de las cosas y de ceñirse a ella, y se permiten desconocer circunstancias seguras de que, en lo peor, todo lo podrán salvar con bellos razonamientos y hermosos discursos.

Es lo que solía contar *Apochiano* de nuestro vecino y amigo Urréjola, el arrancado a los curiales de Bilbao por el doctor Madinabeitia. Urréjola también hablaba bien — y habla, gracias a Dios— y era aficionado a jugar a la pelota. Este, que lo hacía bien, buscaba siempre meter a aquel que lo contaba, más aficionado todavía y que lo hacía mejor, como su pareja contra competidores evidentemente más fuertes. Esto lo veía claro al instante mi pariente, positivista, objetivo, gran administrador de sus facultades, pero corto en palabras; y no sabiendo organizar esas pocas como él quisiera, no solía tener más remedio que rendirse a los bellos razonamientos con que Urréjola le demostraba —a por *b* más *c*— que necesariamente tenían que ganar. Sin perjuicio, claro está, de que siempre, jugado el partido y llevado el sofocón correspondiente, ocurriera lo contrario. Lo cual no era óbice para que el antiguo curial siguiera teniendo razón, a juzgar por la abundancia de los considerandos que seguía haciendo para demostrar

<sup>19</sup> Más conocido como Hassan I de Marruecos, Muley Hassan (1857-1894) subió al trono en 1873 para llevar a cabo una serie de atinadas y enérgicas reformas que permitieron a Marruecos ser uno de los últimos países africanos en caer bajo el imperialismo europeo de la época. Durante los dos últimos años de su reinado España libró una guerra contra esas mismas kábilas que menciona.

<sup>20</sup> Enrique de Francisco (1878-1957) tuvo el honor, en 1931, de ser el primer diputado socialista elegido por Guipúzcoa. Destacado caballerista —facción opuesta a la capitaneada por Prieto— ocuparía distintos cargos de importancia en los gobiernos republicanos y en el PSOE hasta la llegada de Prieto a las máximas responsabilidades, un año antes de que el autor compusiera la primera versión de esta obra.

que, con todo, él estaba en lo cierto, salvo el accidente puramente adjetivo de algo que no invalidaba su tesis.

Enrique de Francisco tenía también este defecto o esta sobra de hablar demasiado bien en una sociedad de ádalos, y algunos disgustillos, que no le faltaron entre nosotros, se explican por ese defecto o esa sobra, dicho sea esto sin menoscabo de los méritos de su vida de militante y del cariño que le siguen profesando los eibarreses.

En Eibar era el orador de las grandes circunstancias, y de su frecuentación en nuestra tribuna llegó a conocer nuestros problemas como nosotros mismos, antes aun de que terminada su etapa de Tolosa se trasladara a Eibar con su familia para ponerse al servicio de la Cooperativa Alfa<sup>21</sup>.

### **Cosmorama**

Una de esas circunstancias especiales en que requerimos de Eibar a Enrique de Francisco fue una vez que hubo de venir urgentemente de Tolosa para lo que se dirá.

La media docena de libertarios que llegaron a ser en Eibar cuando lo de esta historia había anunciado una conferencia pública a cargo de un maestro de escuela laica en cierto pueblo de Andalucía, cuyo nombre, aunque lo siento, no recuerdo ahora. Dicho conferenciante, como había que suponer a juzgar por la costumbre y la intención de los organizadores, se encargaría de volcar todo el injurioso vocabulario ácrata vigente contra los socialistas. Los reaccionarios del pueblo, los José *Fotero* y compañía, al igual que en otra ocasión semejante, llenarían la galería para aplaudir aquellos ataques sin mirar su procedencia, gozándose en los adjetivos hirientes que lloverían sobre sus odiados enemigos de todos los días. Circunstancia que dolía a los socialistas mucho más que los ataques mismos, como en el caso de quien es reprendido en presencia de los inferiores.

No se celebraban en Eibar actos de esta clase sin que se brindara tribuna libre. Era una condición consagrada por la costumbre permitir la contradicción, que surgía no pocas veces, ya fuesen los socialistas o sus enemigos políticos los que patrocinaran los actos. En aquella ocasión, los socialistas, curándonos en salud, trajimos urgentemente a Enrique de Francisco desde Tolosa para que devolviera sobre el terreno los esperados ataques del conferenciante y pudiéramos quedar en paz ante el público.

No fue poca la expectación que con este antecedente despertó el acto en todos los sectores políticos de la localidad, por la reñida competencia que nos prometíamos todos, viendo a Enrique de Francisco, tan hábil de palabra, contender con el ácrata, que tampoco sería seguramente ningún bobo. Madrugó el público al Salón Cruceta en que iba a tener lugar la conferencia y llegó, por fin, la hora anunciada: las nueve de la noche. El orador ocupó la tribuna y, tras un sorbo del agua con azucarillo puesto en un vaso sobre la mesa, comenzó la disertación.

---

<sup>21</sup> Ocuparía la gerencia de la cooperativa, cargo que también desempeñaría el autor.

Empezó por la nebulosa de Laplace, situándola en una región determinada de la Vía Láctea, y recorrió, paso a paso, todo el dilatado proceso cósmico de la primera condensación hasta que dejó establecido el sistema solar, tal como hoy lo vemos, con sus planetas y sus lunas funcionando como un reloj. Y todo eso sin que en ningún momento hubiera tenido necesidad de echar mano de la hipótesis de un Dios; sin necesidad de ningún ente metafísico que hiciera andar aquella máquina celeste con la exactitud de un cronómetro.

Pasó luego a ocuparse de los planetas que giran alrededor del sol, prestando especial atención al que, sin ser el mayor ni el menor, se mueve entre las órbitas de Venus y Marte y que, justamente, resulta ser el que nosotros habitamos. Vino a considerar luego la sucesión de las épocas geológicas, que fueron desfilando ante los oyentes, desde los paisajes del periodo Precámbrico hasta el Pleistoceno, haciendo pausada escala en cada uno de los pisos de la corteza terrestre, con el cuadro de la flora y la fauna dominante en cada uno de ellos.

Con el Cuaternario arribamos fatigosamente a la Prehistoria, y agotada la consideración de los cien mil años en que discurren el Paleolítico y el Neolítico, desembocamos, por fin, pasando por las edades del Bronce y el Hierro, en el proceloso mar de la Historia. Allí se dieron cita los asirios, los medos, los caldeos, los egipcios, los griegos y los romanos, para luego fijar su atención en una de las provincias occidentales del Imperio, destinada a no pocas vicisitudes que nos interesaban directamente.

Eran casi las seis de la mañana cuando el orador estaba llegando a Felipe II y el Escorial. Y como era de suponer que el inmenso ciclo tendría que cerrarse en Barcelona, con Ferrer y la Escuela Moderna, era claro que se echaría encima la hora de entrar al trabajo sin dar a cabo a la peroración. Y sin dar lugar, por tanto, al esperado debate que había mantenido al público en sus asientos.

El respetable, que había aguantado aquello, no quiso tolerar esto último y obligó al orador a que dejara para otra ocasión la tela cortada que aún le restaba hilvanar. Enrique de Francisco, tomando la palabra, pudo entonces lavarnos de unos ataques que no traspasaron los límites de la intención. Y todos salimos corriendo para despachar un frugal desayuno y entrar de prisa al trabajo, satisfechos de que el pánico que infundió al conferenciante la presencia de nuestro adalid le hiciera refugiarse en la vana esperanza de que hacia la madrugada podría despacharse a su gusto, sin lograr su intento<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> En 1949 este último párrafo tuvo una forma ligeramente diferente: “Y como era de suponer que el inmenso ciclo había de cerrarse con la figura de Francisco Ferrer y la Escuela Moderna de Barcelona, poco antes de las siete, habiendo provocado el público con su actitud una solución de continuidad en el discurso que no llevaba trazas de terminar nunca, Enrique de Francisco, en una breve intervención, pudo lavarnos de unos ataques que no se habían producido. Y todos salimos corriendo para despachar un frugal desayuno y entrar de prisa al trabajo, satisfechos al fin y al cabo con el pánico que obligó al orador a refugiarse en la vana esperanza de que hacia la madrugada quedaría sin contradictores para colocar entonces el disco de los ataques. No le quedó espacio, pues >>>

## Pueblo de álalos

Como el accidente común a los que entre nosotros intentaban iniciarse en el arte de hablar en público era que a las dos palabras que dijeran “se les salía la correa” – “*an, ugalak urten jetzak*”<sup>xii</sup>, como dijo Juan Zuazo de un amigo que se estrenaba– no dejó de admirar a muchos aquel Nilo de la oratoria que ocupó la tribuna del Salón Cruceta, capaz de atravesar el inmenso continente de toda una noche sin que se le rompiera el hilo del discurso ni se le agotara el caudal de su verbo, que devanaba como de una madeja que no se explicaban cómo podía caberle en el pecho.

Según Baroja, los vascos somos un pueblo de álalos –de *lalos*, que en griego es palabra, y el prefijo privativo *a-* y entre los álalos de ese pueblo ningunos, quizás, tan privados del don de la palabra como los eibarreses<sup>23</sup>. Y como la propensión humana es desestimar aquellas gracias que nos fueron negadas, pero sobrevalorizarlas en realidad a la manera del homenaje que el vicio paga a la virtud, todos los grupos políticos tenían allí, desde los ácratas a los carlistas, sus respectivos equipos de oradores y plumíferos de oficio, aunque hubieran de buscarlos fuera; muy discutidos por lo que dije, mas muy considerados por lo mismo. Y como los aldeanos, que siempre están a la defensiva, armados a su respecto de la filosofía, o mejor dicho, la pragmática que profesaba Vicente Acha, el viejo.

Vicente Acha, el viejo, alguacil de la villa en tiempos de nuestros padres, tesorero-pagador del Ayuntamiento, corresponsal de bancos y no sé cuántas cosas más, todas a la vez, era una de esas situaciones enciclopédicas que se dan en los pueblos. Y cuando su hijo estuvo en edad de ayudarle<sup>24</sup>, le solía despachar a muchas diligencias en Bilbao, a pesar de la debilidad del chico por las solicitudes del pecado que se dan en las ciudades y conocer el paño su buen padre. Siempre a su regreso reñían el viejo y el joven por lo del gasto, hasta que un día el hijo dijo a su padre que a la siguiente había de traerle todo apuntado en un papel, dando razón hasta del último ochavo.

Así lo hizo, en efecto, pero el padre, sin atender al papel, le reclamó directamente el vuelto.

–Pero mira, padre, que lo tienes ahí todo apuntado sin perdonar detalle.

Mas el padre, sin hacer caso de tal encarecimiento, insistía en lo del vuelto y el hijo en que había de dictaminar sobre la cuenta, en la que constaba todo, sin que hu-

---

<sup>xii</sup>. Salirse la correa era el accidente enojoso que interrumpía el trabajo en muchas operaciones mecánicas en aquellas instalaciones primitivas a base de transmisiones generales que hacían de los talleres una especie de bosque.

---

*debiendo los ataques venir en la época contemporánea, el discurso naufragó definitivamente cuando llegaba el orador a Carlos IV, Godoy y Fernando VII*”.

<sup>23</sup> En 1949, con menos perífrasis, lo dejaba en “*ningunos tan negados como los eibarreses*”.

<sup>24</sup> De nombre José María, según el original de 1949.

quiera manera de terminar el tema, entercado cada cual en lo suyo. Hasta que el padre, por fin, solemnemente, le dijo al muchacho:

—Mira hijo, todo eso del papel está muy bien; muy bien sin duda, pero a mí no me dice nada. Dame en cambio lo vuelto y ello me dirá todo sin necesidad de más expedientes.

### **El derecho de contradicción**

Aquel derecho a la contradicción que los socialistas, muy seguros de nuestra verdad, habíamos establecido a favor de los demás, lo ejercíamos a nuestra vez con bastante frecuencia y algunas veces nos dieron ocasión para ello aquella generación de curas más cultos que dijimos, mejor preparados y con un sentido de lo social que había estado ausente en sus predecesores, no desdeñando acudir a la tribuna pública e interviniendo en la organización obrera.

Y aunque con ello teníamos que tentarnos bien la ropa y exponernos a más —porque nadie es dueño de la verdad absoluta aunque todos creamos estar en posesión de ella—, a la postre salíamos ganando también por nuestra parte, al obligarnos aquella circunstancia a una mayor responsabilidad intelectual. Lo que bien valía la pena de los golpes que pudiéramos acusar unos y otros.

Por aquel tiempo, también los jesuitas exhibían a sus alumnos en la tribuna pública, al intento de añadir sus éxitos al prestigio de sus escuelas. Les preparaban sabias disertaciones que aquellos repetían en el estrado como en prácticas forenses y luego hablaban elogiosamente en sus periódicos del debut del conferenciante, para que los padres de los muchachos y las familias interesadas creyeran que la Compañía les devolvía verdaderas notabilidades.

Recuerdo a uno de nuestro pueblo que disertó así en uno de los salones de la villa sobre el tema *El cristianismo y la desaparición de la esclavitud en el mundo antiguo*, temas éstos a que había dado actualidad en nuestro pueblo aquella discusión sobre la historicidad de Jesucristo y la esencia del cristianismo que tuvimos la audacia de sostener los jóvenes socialistas. La tesis del conferenciante era que la esclavitud resultó incompatible con el advenimiento de la moral cristiana y el mundo cobró así el beneficio de la abolición de aquel crimen de lesa humanidad gracias a la generalización de aquel credo. Y traía a colación a toda la Patrística griega y latina, los concilios, las sumas teológicas y no sé cuántas autoridades más.

Los socialistas no tuvimos necesidad de recordarle al conferenciante erudito que a la esclavitud antigua sucedió en la sociedad cristiana de Occidente la servidumbre, que era otra forma de usar al hombre como cosa, que era lo condenable de la esclavitud; ni tuvimos que utilizar mucho sobre la condición del asalariado en la sociedad capitalista, que viene a ser también un modo de utilizar una gran parte de la huma-

nidad de una manera puramente instrumental, con desconocimiento del hombre como fin, y esto también en la sociedad cristiana, a despecho de su credo y su moral.

Tampoco tuvimos necesidad de forzar el argumento de los efectos disolventes que se habían de seguir de los cambios sociales que se dieron en el Imperio con el desarrollo del capitalismo usurario y comercial y la formación de un vasto proletariado que hablaba latín, ni hubimos de recordar aquello de la aparición del régimen de colonato como un modo más útil de beneficiar los latifundios al declinar el Imperio romano.

Y es que los jesuitas no se habían fijado en una circunstancia personal de aquel a quien habían destinado la brillante disertación, ni él fue lo bastante avisado para reparar en ello. El conferenciante era en Eibar uno de los de Indianukua, es decir uno de los de la casa del Indiano; un palacio de piedras sillares, historiado blasón y hierros labrados que mandó edificar en nuestro pueblo un antepasado que volvió cargado de oro de algún ingenio, hacienda u oficio lucrativo en esta dorada América, donde los patricios españoles, cristianos viejos todos ellos, amasaban su fortuna explotando una legión de esclavos, que los hubo hasta ayer, en que un movimiento liberal de la clase que los jesuitas decían ser pecado, abolió, en complicidad con otras causas económicas, aquella vergüenza de tantas sociedades sedicentes cristianas.

Nos bastó a los jóvenes socialistas recordar este tan reciente episodio sabido de todos, para que los oyentes completaran por sí el argumento, sin necesidad de alusiones personales, porque el público se anticipó a ellas<sup>25</sup>.

### **Ambiente polémico**

Otro tipo solía ocupar la tribuna por aquel tiempo al servicio de las derechas. Era un curioso maestro de escuela, interino en una de las nacionales de la villa; interinidades que se prolongaban indefinidamente por inercia de los engranajes burocráticos con daño de la enseñanza. Después de su cruzada en Eibar, muy aplaudido por las beatas, reapareció en el campo sindicalista, como discípulo de Sorel<sup>26</sup>, en una localidad de Vizcaya, donde se producía con la misma desenvoltura defendiendo la acción directa, para luego perderse de vista enteramente. No se trata de multiplicar las alusiones personales, sino de caracterizar un ambiente con los casos y las cosas que se daban en él, ya que pertenece a un pasado próximo a ser olvidado del todo.

<sup>25</sup> España fue el último estado europeo en abolir definitivamente la esclavitud en sus posesiones coloniales. La medida fue finalmente aprobada en 1886, tras una prolongada y agria polémica que salpicó y sirvió de vehículo a la confrontación política general de la época entre progresistas y reaccionarios. Fue tan notoria que los contemporáneos del autor sin duda habían oído nombrarla a la generación anterior o la recordaban de su infancia.

<sup>26</sup> Se refiere a Georges Eugène Sorel (1847-1922), filósofo francés considerado creador del sindicalismo revolucionario. Muy crítico con el marxismo ortodoxo, por algunos de sus postulados, especialmente los relacionados con el papel de la violencia en la pugna política, Sorel ha sido considerado precursor también del fascismo.



Hablaba y escribía entonces el aludido en conservador, y más precisamente en joven maurista<sup>27</sup>, atacando naturalmente a los socialistas, que es lo que se cotizaba mejor en la galería a cuya intención se movía. Mas, una vez, éstos le dieron un fuerte revolcón, por cuanto disertando en una conferencia sobre los orígenes del cristianismo —siempre la misma actualidad por aquel entonces—, como llevara unas citas prendidas con alfileres para asombrarnos con su erudición, confundió a Séneca con Aristóteles, atribuyendo al Estagirita las sentencias que debía haber patrocinado el Cordobés, incurriendo en lo más medular de su disertación en un anacronismo que hubimos de notar los más profanos.

Amuátegui, que tenía ganas de interpelar al alcalde sobre la manera bastante deficiente de cumplir sus deberes pedagógicos este maestro interino dado a la política local, le vigilaba, con la complicidad del conserje de la escuela, un voluminoso cuaderno que escondía en su pupitre, con este atrevido título: *Los adalides de la Corona, drama patriótico en cinco actos*, y luego el nombre del autor con sus dos apellidos y título académico. En la siguiente página venía la dedicatoria: “*Al egregio Jefe don Antonio Maura y Montaner, etc.*”. En la tercera, se leía: “*Acto primero. Escena primera. Lujoso bufete*” y todo lo demás en blanco. Y así permaneció todo el tiempo de su prolongada interinidad, en espera de que se sintiera inspirado el dramaturgo para terminar la obra. Pero, antes de que descendiera sobre él el Espíritu Santo terminó aquella interinidad y fué, para reaparecer, poco más allá, en el papel de jacobino.

### Amuátegui desafiado

No la tribuna, también la prensa daba lugar a curiosos incidentes. Escribía desde Eibar en *El Pueblo Vasco*<sup>28</sup> de San Sebastián, y en el semanario local que salía frente a nuestro *¡Adelante!*, una pluma bastante ágil y bien cortada, que la manejaba un paisano que sentía una gran debilidad por los blasones y a cada paso le salía aquello de la

<sup>27</sup> Seguidor de Antonio Maura (1853–1925). El maurismo fue un heterogéneo movimiento de derechas surgido como escisión del conservadurismo orgánico de la Restauración. Maura denunció el turno pacífico que caracterizaba la situación, atrayéndose principalmente a jóvenes de clases medias y altas (de ahí que hablar de joven maurista sea casi una reiteración). El maurismo sirvió como marca genérica desde la que diferentes corrientes intentaron una renovación de las formas y los fondos de la caduca derecha dinástica. Sus rasgos distintivos eran la juventud de sus líderes y bases y una cierta modernidad en lo social, acorde con los tiempos. Víctima de su propia heterodoxia, —lo único que tenían en común sus partes constituyentes era el catolicismo, el conservadurismo y una visión paternalista y orgánica del estado—, el maurismo acabaría fragmentándose tras unos breves gobiernos dirigidos por Maura alrededor de la Primera Guerra Mundial.

<sup>28</sup> Diario publicado en San Sebastián entre 1903 y 1936 propiedad de Rafael Picabea y Leguía. No debe confundirse con la cabecera homónima editada en Bilbao por esos mismos años. El diario donostiarra empezó, como el bilbaíno, siendo un órgano conservador, pero acabaría convirtiéndose en tribuna del nacionalismo vasco y jugando un papel fundamental en la supervivencia de esa ideología tras la muerte de Sabino Arana.

heráldica y los pergaminos, como si pudiera haber otra nobleza mejor y más verdadera que la que cada cual se procura con sus obras.

Su tema favorito era historiar los almirantes, los caballeros, los consejeros, los gentilhombres, los obispos y demás gente de pro que procedían de nuestros caseríos del valle del Ego, pues de todo hubimos según las crónicas. Gentes que, al apoyo de sus señores inmediatos, dejando el arado por la espada o la cruz, habían brillado en el servicio del rey o de la Iglesia en los tiempos gloriosos en que el sol no se ponía en las tierras de España, formando parte de aquella legión de vizcaínos —entonces se decía así de todas las gentes del vascuence— que llenaba la corte imperial para aparecer enquistados en los más sustanciosos oficios del reino, dando lugar a que se dijera y se repitiera, no sin cierto dejo de resentimiento, aquello de “*cortos en palabras mas en hechos largos*”, de Fray Gabriel Téllez, Tirso de Molina. Confirmación, al mismo tiempo, de la aseveración de Ortega y Gasset de que las fuerzas centrifugas se originan en los cuerpos políticos cuando éstos entran en decadencia y vienen a menos. Y es que la ingratitud humana tiene igual forma en las personas y los pueblos.

Ocurrió así una vez que Amuátegui, que también tenía sus ratos literarios, se enzarzó en palabras mayores con nuestro historiador, que se decía barón y se titulaba el de Arichulueta, este le retó a aquel al campo del honor.

Amuátegui, además de socialista era plebeyo, dos circunstancias que le permitían no levantar el guante sin incurrir en desdoro. Pero debió pensar, examinándolo mejor, que él también podía hacer preceder su apellido con la preposición *de*, genitivo mágico de reciente adopción con el que otros creían ennoblecerse, por ser asimismo su apellido de la clase de los toponímicos, que se refiere a un ilustre caserío del valle de Aguinaga, en nuestra jurisdicción de Eibar. Aparte de que, siendo vasco por los cuatro costados, resultaba ser hidalgo por otros tantos lados, según la doctrina de muchos historiógrafos y no escasa jurisprudencia, que se funda en las batallas que se dicen ganadas por nuestros antepasados a las legiones romanas de Octavio Augusto, a Carlomagno y las huestes de los descendientes de Mahoma.

Por otra parte, debió recordar que unos cuantos años atrás, Juan Jaurès, con toda su aureola de gran pontífice del socialismo, acudió al terreno del honor, en la Isla de los Faisanes, sobre el Bidasoa, retado por el realista francés Déroulède<sup>29</sup>, que se encontraba desterrado en San Sebastián; con lo que acabó por no hacer ascos a la aceptación del desafío.

---

<sup>29</sup> Paul Déroulède (1846-1914) fue un militar, político y escritor ultraconservador francés que se encontraba desterrado en San Sebastián desde 1899 por participar en una intentona golpista. El duelo, a pistola, tuvo lugar el 6 de diciembre de 1906. Se intercambiaron dos disparos a 25 pasos, como establecían los cánones, pero nadie resultó herido, quedando satisfecho el honor. Jaurès —a pesar de su pacifismo— había sido el retador. El duelo tuvo lugar en suelo francés —España prohibió su celebración—, para lo cual Déroulède obtuvo un permiso expreso de 24 horas a su destierro por parte del gobierno francés.

Pero, al decidirse a recoger el guante, hizo saber a su adversario que, no habiendo tomado jamás la espada –no había llegado a ese grado en la torería–, el desafío tendría que dirimirse a tiros. Bien con pistolas de *Chantoya* que empezaban a ser famosas en los anales del crimen político<sup>30</sup>, o con escopetas de cualesquiera fabricante que no fuese *Charriduna* –por no saberse en este caso de dónde habría de salir el tiro–, o con cañones de artillería que solicitarían en la Maestranza de la vecina villa de Placencia de las Armas.

El ofendido debió imaginarse al ofensor diciendo aquello tan tajante con el ceño fruncido que ponía para subrayar su enojo, haciendo temblar a sus enemigos, y parece que creyó prudente no dar ocasión a probar que el tribuno socialista decía todo aquello muy de verdad, pues consta que el combate no tuvo lugar. Y puede que quedaran amigos, pues el historiador, salvo el orgullo de su hidalguía, en el fondo era un demócrata.

### **El gran argumento de Amuátegui**

No era grande, pero tampoco desdeñable, la jurisdicción de tierras del pueblo de Eibar y, escribiéndose esto en Venezuela, no carece de interés el decir que teníamos mojones en común lindando con la Puebla de Bolívar con la que no nos habían faltado pleitos.

Aparte la villa, que fue murada, comprendía la jurisdicción cerca de doscientos caseríos y no poco de montes y baldíos que constituían sus bienes de propios. Pero las grandes obligaciones y servicios que la Hermandad debía al Rey en su calidad de Señor en ocasión de las guerras dinásticas, principalmente desde la llamada de Sucesión<sup>31</sup>, fueron poniendo en difícil trance económico a nuestro municipio, pues aquellas obligaciones y servicios de la Provincia enfeudada se derramaban a los pueblos. La solución financiera en tal trance, seguramente porque ya se dejaban sentir los eflu-

<sup>30</sup> *Txantoya* era el nombre del taller de José Cruz Echeverría, armero y padre de Bonifacio (1859-1951) y Julián (1875-1948) Echeverría.

José Cruz se había casado con una hija de la casa Orbea, Petra Orbea Murua, y había comenzado sus actividades profesionales en la órbita de estos señalados conservadores. De opiniones políticas algo divergentes, acabaría por establecerse por su cuenta y asociarse a ambientes algo más progresistas. Hacia 1895, José Cruz y Bonifacio, que completó sus estudios en Madrid y pasaría algún tiempo también en Cuba, pasaron a trabajar para los Quintana como capataces y elemento técnico, estableciéndose definitivamente por su cuenta hacia 1905. Julián, del que se ha hablado, y se hablará, en esta obra, era mucho más joven y siguió una trayectoria profesional algo separada de la de su familia, aunque colaboró con ambos al menos hasta 1909, cediendo a su padre la patente de la pistola que, adoptada por el ejército francés durante la Primera Guerra Mundial, cimentaría el éxito comercial de la marca STAR.

La pistola de esta referencia, sin embargo, es inequívoca. Diseñada por Bonifacio hacia 1919 e, irónicamente, comercializaba con el nombre de Modelo Policía, se hizo muy popular entre los pistoleros anarcosindicalistas, por su pequeño tamaño, que permitía ocultarla fácilmente, y su gran fiabilidad mecánica, pasando por ello a la historia con el sobrenombre de “Sindicalista”.

<sup>31</sup> Librada entre 1701 y 1714, supuso la entrada de la casa de Borbón como dinastía reinante.

vios del clima que había de determinar la desamortización general de las manos muertas, fue el ir enajenando a particulares aquellos bienes del común, por ser las cargas ocasionales de aquellas circunstancias extraordinarias demasiado grandes para repartirlas a su vez a los vecinos como tributo ordinario.

Los árboles bravos (*tantaishak*), así llamados cuando eran marcados para que no entrara con ellos el hacha del leñador, que levantaban altivos sus troncos al cielo como mástiles invencibles mientras asentaron en lo común, una vez reducidos a propiedad privada pronto rindieron su altivez, no al servicio de eventualidades públicas, sino a la circunstancia de haber convertido su maderación en comercio lucrativo para el nuevo dueño las crecientes necesidades de las industrias. Y los mochos de los “egurtzas”<sup>32</sup>, no bastando someterles a un excesivo beneficio, fueron talados también de raíz por la misma razón utilitaria. Inútil fue que las Juntas Generales adoptaran insistentemente prudentes disposiciones mandando plantar dos nuevos pies por cada uno que destruyeran los leñadores. Fueron decayendo los hayedos y los robledos por obra de los madereros, y del resto fueron dando buena cuenta los carboneros.

Más tarde, cuando ya se había extinguido el último eco de la vieja cuestión de los “seitik-batekos”<sup>33</sup> que había agitado a los aldeanos del valle de Aguinaga y que indudablemente guardaba relación con el proceso de reducción a propiedad particular de los montes comunes, vino la exorbitación de los precios con el tendido de la vía doble en la Línea del Norte y la coyuntura de la construcción de barcos de madera a que dio lugar la guerra europea, y se completó la destrucción. Apenas quedaron algunas pequeñas manchas verdes residuales, y sin la *Pteris aquilina*, el helecho común, que tiende su manto verde sobre los montes pelados durante algunos meses de la buena estación, semejaría lo que fue nuestra hermosa tierra nemorosa un paisaje lunar.

Para propiciar algunos tímidos ensayos de reforestación los ingenieros han ido buscando, con olvido de las nobles especies seculares de la tierra, otras maderables que resultaran comerciales a los pocos años de la inversión, alterando profundamente la fisonomía de los lugares y la cadena de relaciones biológicas que determina su fauna y su flora.

Y esto era para Amuátegui, cuyos antepasados eran gentes de labranza en el caserío, y por ende sentía de cerca estos problemas de la tierra, el gran argumento en contra de la propiedad privada. Esta resultaba en una fórmula destructiva en relación a empeños históricos, como este del arbolado de los montes, obras en que los resultados no pueden ser inmediatos y para finalidades en que los beneficiados habrán de ser las generaciones venideras. ¿Y qué es el socialismo que él predicaba y a cuyo servicio había puesto la vida, sino la idea de beneficiar el presente, en función de lo porvenir?

---

<sup>32</sup> Del euskera, el monte leñero del que, bajo el régimen de propios, todos los vecinos podían sacar leña y madera para construcción.

<sup>33</sup> En euskera, literalmente, “uno de cada seis”.

## El reverso del argumento de Amuátegui

Pero la madre superiora de las monjas del Hospital-Asilo de San Andrés, institución de que se enorgullecía la villa, había de hacer a su vez un argumento en contra de la conclusión adversa a que llegaba el compañero Amuátegui en orden a la propiedad privada, dando lugar a un celebrado caso que vendría en confirmación de la clásica y muy citada sentencia del economista y viajero inglés del siglo XVIII, Arthur Young, de que “*la propiedad hace de las arenas oro*”.

Cuando Santiago Astigarraga, mayorazgo de Ibargaiñ, el de las mejores parejas de bueyes, fue designado una vez alcalde por Real Orden, queriendo dejar una huella de su paso por la Junta de Beneficencia, cuya presidencia le correspondía por derecho durante su alcaldía, procuró al Hospital-Asilo una vaca lechera, el más hermoso ejemplar que vieron todos aquellos contornos, que vino a ser justificado orgullo del benéfico establecimiento.

Pero la presencia del magnífico y admirado animal no fue para contento de todos. Por lo pronto, Carlos, el tonto, que estaba acogido en aquella santa casa, hubo de pechar con el cuidado de la vaca, que no era poco exigente. E insensible e indiferente a aquel orgullo que estaba en todos los demás, lo hacía de tan mala gana que, a pesar de todas las reprensiones de la madre superiora, no se corregía. Y aunque idiota, siempre inventaba pretextos bastantes para justificar su desidia.

Hasta que la madre superiora, mujer de gran disposición y espíritu práctico sin perjuicio de su religión, en vista de la contumacia del tonto, inventó un ingenioso arbitrio que, como por magia, mudó la actitud de desidioso. Y fue que mandó llamar a Carlos y solemnemente y en presencia de testigos le hizo dueño de la vaca, dándosela para él. Y una vez que el tonto se sintió propietario del animal... ¡había que ver cómo cuidaba de él y cómo le lució el pelo en adelante a aquella alhaja del hospital!

La moral que pretendían deducir los que argumentaban con el caso del tonto de nuestro asilo de Eibar era la de Arthur Young, añadiendo que también la propiedad individual es un beneficiar el presente en función de lo porvenir. En el mundo triunfador del interés privado los ganadores en el torneo manchesteriano bajo la divisa del “*¡enriqueceos!*”, los propietarios y los dueños de capitales vienen a ser, en el fondo y en verdad, unos tontos que se creen listos, y que pensando trabajar para sí, trabajan para los demás. Así, el egoísta más codicioso, el más interesado de los usureros que, llevando una vida ocupada y preocupada, nunca hizo nada por el amor de Dios, pensando solo en su dinero, en realidad, vistas las cosas con alguna perspectiva, también trabajaba para los demás y resultaba un pobre explotado por la Historia, a quien no vendría mal un poco de socialismo que le defendiera.

Como aquel *Socialismo para millonarios* del fabiano Bernard Shaw, el primer folleto, dice el autor, después de las montañas de papel y los mares de tinta empleados a favor del proletariado, escrito a favor de la menospreciada clase de los millonarios,

en la cual, cualquiera de nosotros, por azares de la fortuna, podríamos caer un día de estos...

### **Avelino Lausagarreta, el irredento**

Corría entre nosotros una definición de este mundo del interés que decía: “*ezer béez gaurko egunian algo por ciento ezik*”<sup>34</sup>, debida al ingenio de Avelino Lausagarreta que arrastraba el apodo de *Miriñakia*<sup>35</sup>. Este era otro perdulario, bebedor y “errondalari”<sup>36</sup> en cuyo espíritu hizo mella la prédica socialista cuando la aurora social sobre el Ego; mas, desgraciadamente para todos, en el caso de este compañero la idea no logró curarle enteramente del hábito de la bebida, a pesar de su devoción a la doctrina, y siguió levantando el codo hasta que este vicio le llevó, Elgeta-kale arriba, al descanso de Urqui<sup>37</sup>.

Antes de que *Mascuelo*, del mismo gremio de pulidores, le heredara el puesto se defendía vendiendo *El Socialista* y demás prensa obrera. Y cuando en el Café Círculo Socialista, que era nuestra vaca lechera –quiero decir, la cooperativa que más nos rendía económicamente–, el irredento de nuestro amigo repetía el licor que se tomaba, queriendo racionalizar su culpa que dicen los penalistas, solía tratar de justificarse ante los circunstantes diciendo que alguno tenía que “sacrificarse”, pues con el agua clara de la fuente que otros se tomaban –extendiendo el brazo hacia la mesa en que yo me sentaba– no íbamos a levantar nunca la proyectada Casa del Pueblo. Yo, gracias a Dios, no era un abstemio, pero en aquel entonces de las vacas gordas para otros –la guerra europea– no tenía otros ingresos que los cinco mil reales anuales que ganaba en el Ayuntamiento y estaba en camino de tener familia<sup>38</sup>.

A cuenta de lo útil de su “sacrificio” y la esterilidad de “virtuosos” que no hacíamos ninguna consumición en el Círculo fuera del agua de la fuente y el oxígeno de la atmósfera, de la misma manera que el burgués gentilhomme de Molière hacía prosa y el ventero de Olarreaga asaba las chuletas a lo Luis XVIII sin saberlo, este nuestro amigo, sin saberlo también, hacía la mismísima apología que se lee en la *Fábula de las abejas*, de Mandeville, donde se demuestra que los vicios de los particulares hacen la salud económica de la república y contribuyen a posibilitar los más nobles placeres de la civilización, en tanto que una sociedad de austeros y de abstemios sería un fracaso como empresa social.

Para el amigo Lausagarreta el mundo era una familia, salvo que en él nada se hacía sino por un *algo por ciento*. Y hacía cuenta de salir ganando con ser socialista, si no

<sup>34</sup> Del euskera, “hoy en día, nada sin sacar un algo por ciento”.

<sup>35</sup> En euskera, miriñaque. Prenda de vestir femenina del siglo XIX.

<sup>36</sup> En euskera, parrandero.

<sup>37</sup> Donde se encontraba, y aún se encuentra, el cementerio de Eibar.

<sup>38</sup> Claudia Arrizabalaga Maguregi y Toribio Etxebarria contrajeron matrimonio el 23 de febrero de 1914 y tuvieron tres hijas, Isabel, nacida en 1915; Felicitas, en 1917 y Leticia, nacida en 1921.

el *ciento por uno* de los que especulan al alza con vencimiento en ultratumba, que evidentemente supera nuestro programa máximo, sí algo más que el *uno por ciento* de los bancos de ahorro, que es menos que el programa mínimo: el producto íntegro del trabajo, que en su aritmética social venía a ser el cabal *cien por cien* de la justicia<sup>39</sup>.

### **El derecho a la pereza**<sup>40</sup>

El programa mínimo del partido en aquel entonces se reducía a unas cuantas mejoras de carácter inmediato que no presentaban ninguna dificultad enunciativa; aspiraciones prácticas ya superadas a día de hoy, aun en países dominados por la fuerza y sometidos al despotismo de la espada, por obra del clima histórico propiciado por las agitaciones y la protesta que siguieron. Pero el programa máximo, que admitía proyecciones que se internaban en la utopía y el milenio, ni los casuistas más autorizados de la doctrina lograron precisar en sus contornos las posibilidades que dejaba entrever.

Nuestro amigo Lausagarreta estaba impresionado a este respecto, creo yo, por la lectura de uno de los folletos con que se estrenó en Eibar la literatura del partido gracias a la librería-taberna de José Beascochea: *El derecho a la pereza* de Paul Lafargue, yerno de Carlos Marx y secretario de la sección española de la Primera Internacional. Entre burlas y veras, este autor, encarándose con los economistas burgueses, considera un vicio reprehensible la pasión por el trabajo con que gastan su vida los obreros y alaba al español, en quien el animal primitivo, no estando todavía atrofiado, admite el trabajo como la peor de las servidumbres. Reducir la jornada y ganar horas para la pereza, que es regalo de los dioses, es el verdadero camino a seguir hasta que basten a la sociedad tres al día, limitando el trabajo a que sea no más que un condimento conveniente para el supremo placer de no hacer nada.

Bajo esta impresión, el programa máximo —aquello inefable que no habían logrado precisar los maestros de la doctrina— había materializado para él en una figura concreta de la fauna local: *Venanshio*. Un individuo sin oficio ni beneficio conocidos desde que tiró las herramientas en lo mejor de su edad y que no trabajaba en todo el año sino durante las fiestas patronales de San Juan como verbenero que despachaba agua, azucarillos y aguardiente y siempre se le vio bien.

Pero los críticos, la peste del siglo que a todo han de sacarle punta, le advertían que aquel ejemplo —que al autor le parecía extremoso— no agotaba lo máximo ideal

<sup>39</sup> La redacción de este párrafo en 1949 es más clara y concisa: “Para el amigo Lausagarreta, el mundo en que vivíamos —el mundo del interés privado— era un círculo de familia, bien avenida si se quiere, pero en el que no se podía ni se debía hacer nada “sin un algo por ciento”. Y esa era su definición que hizo fortuna en vascuence”.

<sup>40</sup> Este epígrafe fue creado, en 1956, por desdoblamiento del anterior, abundando en la obra de Lafargue, que no se menciona en 1949, como hilo conductor.

de aquel mérito inhibitorio, porque había quien superaba al verbenero: don Cleto. Un hombre chapado a la antigua, que ni durante los Sanjuanes interrumpía su *dolce far niente*<sup>41</sup> de los trescientos sesenta y cinco días del año, y siempre se le vio mejor. No tenía otro oficio ni beneficio que un almacén de vinos, que sin duda heredó de sus padres, del que cuidaba una criada vieja. Contaba de él *Gaitano*<sup>42</sup>, el grabador, que se había herniado mirando un día los esfuerzos que hacían unos peones que había contratado para mover unos toneles centenarios.

Y una vez que yo disertaba en el Café de la Casa del Pueblo sobre la necesidad de remedios heroicos para los grandes problemas de España, la conveniencia de que el destino nos enfrentara con algo grande para salvarnos, ponía por caso a este vecino de la historia, a quien indudablemente habría convenido que una noche le hubiese sorprendido un voraz incendio para que, sacudiéndose aquella inercia ancestral sobre la que seguramente pesaba el atavismo de cien generaciones, sin tiempo de vestirse siquiera, se pusiera a salvar los muebles. Todos los circunstantes opinaron unánimemente que había escogido mal el ejemplo, pues en el caso de mi hipótesis, evidentemente, el sujeto de la experiencia habría perecido achicharrado.

Y es que todas las gracias que hacían gracia en aquel ambiente laborioso de Eibar versaban siempre sobre la media docena de ociosos que, por el mérito de la firme voluntad con que resistían al vicio denunciado por Lafargue y que nos vencía a los demás, eran una especie de institución, como lo fueron Robinson y Viernes para los clásicos de la Economía Política.

## El amor libre

Del Centro Obrero de Bidebarrieta, cuna de la Juventud socialista y redacción de las dos primeras etapas del *¡Adelante!*, las organizaciones obreras que maduraron en él a mayores horizontes se trasladaron algunos años después y antes de la guerra europea a otro inmueble más amplio, no muy distante del anterior, donde se instalaron con mejor acomodo y en relación más inmediata con la cooperativa de consumo, con sus víveres, su calzado y sus telas, con el Círculo Socialista y su orquesta y con el Centro Obrero, con sus secretarías de los organismos políticos y sindicales. Y antes de abandonar la vieja casa de Bidebarrieta, donde el que lo cuenta hizo su primera milicia y a la que pertenecen la etapa de Tomás Meabe y buena parte del magisterio del doctor Madinabeitia, recordaremos algunas anécdotas más que abundan en el mismo espíritu de las que han ido saliendo por el hilo de esta relación, para caracterizar el paisaje de la época y su circunstancia.

Aparte los temas candentes del anarquismo, la religión, la lucha de clases, las formas de gobierno y otros tópicos semejantes, el feminismo no dejaba de tener siempre en

---

<sup>41</sup> Del italiano, “el dulce no hacer nada”.

<sup>42</sup> Por mejor nombre, Cayetano Careaga.



las discusiones del Centro Obrero una gran actualidad, pues no faltaban admiradores de Mrs. Pankhurst<sup>43</sup> entre nosotros, si bien el feminismo socialista no se limitaba a reclamar el sufragio para la mujer. Y había allí un entusiasta, por no decir un fanático o un loco, dado a esta especialidad, que siempre que podía derivaba el tema a la cuestión del amor libre; panacea que se figuraba él podría servir a proporcionarle los éxitos amorosos que en este cochino mundo burgués de ahora no le habían sido posibles, con tener alma de moro y facultades para contentar a un harem.

Y un día de los lluviosos de invierno en que se había hablado largo y tendido, en derredor de la estufa, de esta equívoca materia que se prestaba a mucha confusión, deleitándose no poco el aludido con haber podido despacharse a su gusto haciendo una exposición llena de imágenes plásticas como si soñara despierto, Amuátegui, con objeto de hacerle tocar tierra, le dijo a modo de final:

—Pero ¿crees en verdad, pobre de ti, que tú y yo, con lo feos que somos los dos, saldríamos ganando entre tantos lindos, con esa libertad que sueñas? ¿No te parece que sería más probable que ella sirviera mejor para que se nos fueran las únicas que ahora están con nosotros por servidumbre de la ley?

### **El Quijote, novela social**

Otro día, el doctor Madinabeitia trajo al maestro Unamuno a ver los libros de la biblioteca de nuestro Centro Obrero. Amuátegui hacía los honores de la casa, con aquella seguridad y suficiencia que acostumbraba y sentaba tan bien a su desenvoltura, y le iba diciendo así:

—Aquí las obras de sociología, aquí las de religión, aquí los filósofos, las ciencias naturales, la economía, etc., etc., y aquí, por fin, las novelas sociales.

Y fuese porque el bibliotecario tuviese aquel singular criterio o porque lo descuidara algún lector usuario del libro, el caso es que en este último grupo aparecía *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de un tal Miguel de Cervantes Saavedra.

Madinabeitia miró al maestro y sonrió indulgentemente. Pero el autor de *Vida de don Quijote y Sancho*, tomándolo muy por lo serio y poniéndose del lado del audaz clasificador, sostuvo, en una profunda disertación que improvisó sobre el lugar a beneficio de los tres o cuatro que allí éramos, que, en efecto, el *Quijote* era una novela social; una de aquellas que llamábamos “novelas sociales” en los centros obreros, con influencias muy directas del problema social, que también lo había entonces, y lucha de clases, explotaciones, cuestiones de salarios y galeotes, como los que hoy conduce la Guardia Civil por tránsitos de justicia.

---

<sup>43</sup> Emmeline Pankhurst (1858-1928) fue una activista y líder del movimiento sufragista en el Reino Unido. En su lucha por la igualdad política para las mujeres, que comenzó alrededor de 1892 de forma organizada, llegó a abogar por el empleo de tácticas violentas. Más adelante, durante la Primera Guerra Mundial, se mostraría dispuesta a colaborar con el esfuerzo de guerra.

Madinabeitia, que tenía categoría intelectual y confianza bastantes para no pasarle gratuitamente sus paradojas al maestro, le hizo notar que, con arreglo a su especial criterio, también la Biblia, con razón de más, consideradas sobre todo no pocas de sus partes, podría ser traída al mismo grupo en que habían sorprendido al *Quijote*.

Y el sabio de Salamanca contestó:

—Exacto, con más razón todavía.

Y añadió:

—Porque cada una de esas novelas sociales que apasionan en los Centros Obreros y entusiasman a los pobres no pretende ser menos que otra Biblia para la Humanidad.

### Juicio salomónico con un besugo

Una vez, Amuátegui, Yarza, el gordo<sup>44</sup>, y León Pildaín cesaron en sus paseos de ida y vuelta en la sala de reuniones del Centro Obrero, dejaron sus temas graves y salieron a la calle para la taberna de Pantaleón, en Ibarrecruz, entre los predios de Ibargaiñ y los de Ibarbeya, por donde pasaba lo que los viejos llamaban el camino de Francia<sup>XIII</sup>. Y así como la taberna de Erquiaga era una prolongación del Centro Obrero y el ambiente era allí gremial y societario, la de Pantaleón era un círculo específicamente socialista, lleno siempre de himnos y declamaciones.

Amuátegui, Yarza y Pildaín eran tres buenas piezas de humanidad con un soberbio apetito presente a todas horas. A Amuátegui le conocemos bastante por lo que hemos dicho ya de él. Yarza era un maestro delineante, especializado en dibujo industrial, con ciento diez o ciento veinte kilos o quizás más de materia entre carne, hueso y espíritu. Pildaín era el caso extraordinario de un socialista procedente del Instituto de la Guardia Civil, cañonista en los oficios de la armería en la época a que se remonta esta anécdota.

Entre los productos del mar cada especie tiene su sazón, y así los chicharros, ordinariamente desdeñados, son una delicia en febrero, las anchoas en abril y mayo, las sardinas en agosto, el atún en septiembre y el besugo a partir del mes de noviembre. Cuando la ocurrencia a que se refiere esta nota era la sazón del besugo asado a la parrilla, y al salir los tres compañeros a la calle en Bidebarrieta llevaban la sana intención de dar buena cuenta del mayor ejemplar de aquella especie atlántica que estuviese en la fresquera de la casa de Pantaleón.

Asar un besugo tiene su técnica y la esposa del tabernero la dominaba por completo. Y cuando, sentados a la mesa los tres triponeros, les fue servido de la humeante

---

<sup>XIII</sup>. El camino de Francia, antes de que se abriera Bidebarrieta, venía por Arragueta, Ibarrecruz, el Rabal, Unzaga, siguiendo por Isasi a Vizcaya.

---

<sup>44</sup> En 1949 le llama *potolo*, que en euskera quiere decir eso mismo, gordo.

brasa, de donde se desprendía un olor grato a los dioses, a la espaciosa fuente uno magnífico, que nada más que unas horas atrás se paseaba en las profundidades del Cantábrico, Amuátegui se revistió de dignidad y se puso a pontificar con el trinchante, solemnemente, en medio de la impaciente expectación de los otros dos comensales. Pildaín se apresuró a comunicarle que a él le gustaba la cabeza. Separóla el oficiante del yacente cuerpo rociado de aceite y ajos fritos y la puso en el plato de Pildaín. Pero este, alarmado, hubo de aclararle que a él le gustaba la cabeza sobre la congrua porción correspondiente. A lo que Amuátegui le amonestó, diciendo:

—¿Es así como tú entiendes la igualdad?

—¡Claro que sí! —le replicó, herido en lo más vivo el exguardia civil.

Y dejándose llevar del subjetivismo engañoso que desorbita lo propio, añadió:

—¡A cada cual según sus necesidades!

Entonces, Amuátegui, movido de equidad, hizo tres porciones de la cabeza, el cuerpo y la cola y dio la parte mayor al compañero de los ciento veinte kilos, sin que le valieran sus protestas al pobre Pildaín. El cual no volvió a hacer más compañía para tales empresas manducatorias, ni con tan honrado juez, ni con ningún compañero como aquel Yarza, que a la hora del reparto podía acreditar tan amplio margen de necesidades. Escogió un rincón, y aunque colectivista para valorizar su trabajo, tocar en la Banda y cantar en el Orfeón, hacía rancho aparte como el más acérrimo individualista en lo tocante a comer, beber y escotar.

### **Charada filosófica**

Cuando los domingos y fiestas de guardar, llegada la buena estación, las familias se derramaban por los montes llevándose la comida o los avíos necesarios para prepararla en plena naturaleza, el compañero Pildaín volvió a su vieja tienda individualista bajo el lema de “*bakoitzak beria*”, o sea, cada cual lo suyo, declarándose independiente en cuanto a “la bucólica”, habiendo llegado a la conclusión de que nada había de ganar en compañía, pues si uno gastaba buen apetito, otro lo gastaba mejor, por lo que la buena economía aconsejaba atenerse cada cual a lo suyo.

Y contaba José Guisasola, que siendo amigo de todos lo era también de este compañero, que yendo una vez de día de campo con los suyos hacia Illordo, oyó que alguien le gritaba desde lejos una perentoria advertencia. Era el famoso Pildaín, que habiéndose instalado en un lugar del monte que parecía interferir con la trayectoria que llevaba él, le avisaba con su potente voz de tenor, a un kilómetro de distancia, su “*bakoitzak beria*”, por si tenía a bien torcer el camino o para que, en otro caso, supiera a qué atenerse.

Este compañero que había hecho sus primeros méritos en la Benemérita, con todo y esta exacerbación de su individualismo que le dominaba junto al pesebre, comulgó en todos los entusiasmos ideales de los tiempos heroicos, y fuese aquella exacerbación causa o efecto de lo que le sobrevino después, acabó en la Casa de Salud de Santa

Águeda. Y cuando perdió la razón dio en la extraña locura de creerse Dios. No un igual a Dios, sino el mismo Dios que aparece en la Trinidad.

Lo que daba mucho que pensar a los que se entretienen en charadas filosóficas, tratando de sopesar qué podría ser mejor en el orden de los trágicos destinos que pueden darse entre el cielo y la tierra: si un Dios que incurre en la locura de creerse hombre, sujeto de todos los dolores del mundo como es el caso del crucificado por los judíos en el monte de la Calavera, o un hombre con la locura de creerse Dios, asistido de todas las glorias que se le suponen, como era el caso de nuestro malogrado compañero.

Un griego, para quien el mayor absurdo sería un Dios enfermo, no se hubiera planteado tal charada; tampoco José Guisasola, en cuyo universo no había lugar para semejante drama, pero un semita del desierto, habría encontrado en esto argumento para otro libro por el estilo del de Job.

### La existencia de Dios

La existencia de Dios era muchas veces puesta a debate entre los concurrentes a la biblioteca del Centro Obrero, aunque no a votación, como contaban que había ocurrido en el seno de cierto comité, que *acordó* por unanimidad —en contra de la sentencia que se atribuye a Voltaire<sup>XIV</sup>— que no existe, y que si existiera, habría que matarle<sup>45</sup>. Razón: la de que siempre le traen en sus labios los explotadores y los hambreadores del pueblo, sin que él los destruya por hacerle cómplice de sus iniquidades. Mas apresurémonos a decir en descargo del audaz comité que lo mismo ocurría en otras asambleas, donde proposiciones de igual transcendencia se convertían en dogma o se declaraban anatema por un procedimiento semejante.

Y una vez que la discusión del batallado tema fue general en los bancos del Centro Obrero de Bidebarrieta, Tomás Meabe sostenía la posibilidad de una moral sin Dios, esto es, una moral sin premios ni castigos, afirmando que esta moral resulta desde luego superior a la usuraria al uso, que pretende merecer ciento por uno a cambio de verdaderas naderías; y que esta posibilidad y esta superioridad hacían inútil la hipótesis de ese personaje que se esconde en las nubes y llaman Dios.

José Guisasola lo explicaba todo por la materia en movimiento, lo único increado e indestructible. En el universo-mundo no hay sino mecanismos; mecanismos que a veces son tan complicados como la materia viviente y las combinaciones a que esta se ha prestado para realizar fórmulas como la de las plantas, los animales o el hombre

---

<sup>XIV</sup>. Se atribuye a Voltaire la sentencia de que si no existiera Dios, habría que inventarlo.

---

<sup>45</sup> En la redacción original de la anécdota, en 1949, el autor situó esta audaz votación “...*en el seno del grupo anarquista de no sé dónde*”.

y las que el hombre, a su vez, ha imaginado para constituir las sociedades políticas, sujeto de la Historia.

El doctor Madinabeitia advertía a este punto que, al concebir el mundo como pura mecánica de causas y efectos, quedaba abierta la puerta a la necesidad de una causa primera, de un impulso inicial que pusiera la materia en movimiento, con lo que no se lograba sino hacer retroceder la dificultad sin resolverla.

A mí, por lo que tenía de moda entonces, se me había indigestado Hegel. Más precisamente lo que dicen de Hegel los exegetas y los críticos que parece le entendieron, pues yo nunca pude leerle con provecho en sus propios textos<sup>xv</sup>. Y me enredaba en aquello de la Naturaleza y la Historia como procesos de objetivación de la Idea Absoluta, y porque lo real es lo racional, lo pensado, lo que primero ha sido como idea, presentaba al mundo y las cosas, y nuestro grano de arena de cada cual a la obra de la Historia, y aun aquel mismo debate una tarde ociosa de invierno en un pueblo de trabajadores, es decir, todo cuanto ocurre, como la materialización de los pensamientos de Dios.

Amuátegui, siempre en sus trece, preguntaba diciendo que en ese caso de lo real siendo racional y lo racional siendo real, ¿quién había pensado antes la idea de Dios para que Dios fuera o viniera a ser realidad?

Meabe aprovechó la coyuntura de esta pregunta de Amuátegui para situarse con los de la izquierda hegeliana, diciendo que a Dios lo habían pensado los hombres a su imagen y semejanza, de donde resultaba natural que el Dios de la Biblia fuese una especie de déspota asiático y el de Hegel una especie de jefe de estado prusiano.

El doctor Madinabeitia ponía el acento en la idea de la justicia. Dios procede de la necesidad de la justicia; de la justicia que sentimos como necesidad. Por eso, en el cuento ruso, el campesino de Tolstoi, que se creía colmado de justicia con solo tener pan para sus hijos, transido de fe y agradecimiento, exclamaba, vueltos los ojos al cielo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!<sup>xvi</sup>

---

<sup>xv</sup>. Heine, el poeta judío alemán, en sus Confesiones, escribe: “*Yo he visto cómo Hegel, con su rostro medio serio y medio cómico, se acomodaba como una gallina clueca sobre los fatales huevos que incubaba y le he oído cacarear; a decir verdad escasas veces le entendí, y solamente después, rumiando en los recuerdos llegué a comprender sus palabras. Yo creo que trataba de no ser entendido y de ahí lo encubierto de su exposición*”.

<sup>xvi</sup>. Aquel campesino del cuento era, por fin, el hombre feliz que los ministros del Zar buscaban por todas las Rusias, para sanar al Padrecito que se moría, vistiéndole la camisa de un hombre feliz que los sabios habían juzgado como el único remedio que podía salvar al soberano. Lejos de los palacios y las grandezas del mundo le habían hallado en un una choza, pero el hombre feliz, el único hombre feliz de todo el Imperio, era tan pobre, tan pobre... que no llevaba camisa.

En cambio, el arrantzale de Motrico dijo lo que dicen que dijo un día que le pareció ausente la justicia del orden universal de que formábamos parte.

### **La rebeldía del arrantzale**

Lo que dijo el pescador de Motrico, según lo contaban los compañeros procedentes de aquella localidad, fue así:

Paseaba sobre el muelle con el libro de horas en la mano, dejándose acariciar de un tibio sol de primavera, el cura beneficiado de la iglesia de Santa María Magdalena, cuyo apodo, que lo tenía, no hace al caso, pues no me acuerdo del detalle.

Y estando así en sus paseos y sus meditaciones el virtuoso sacerdote esperando la hora del yantar, vio que arribaba del ancho mar, en pobre barca, un viejo pescador de la Cofradía. Aquí un áspero alias del que tampoco me acuerdo. Y no queriendo llenar estas lagunas con cualesquiera de los motes que allí se daban para espanto de pecatos, queden en X los dos personajes.

El viejo de la barca había estado bregando inútilmente toda la noche y volvía como Andrés y Pedro habían vuelto, después de igual inútil brega, aquella mañana en que luego había de tener lugar la pesca milagrosa con que había de revelárseles el Señor para hacer de ellos pescadores de hombres. Y saludándole el cura como se suele, diciendo lo que es obligado a quien viene de la fuerte aventura del mar, le preguntó amistosamente:

—¿Cuántos, viejo amigo, te han caído esta noche?

Y el arrantzale, disimulando malamente el humor de mil demonios que traía del rigor de su vana faena, le contestó con esta figura:

—Tantos, ciertamente, como dioses hay en ese tu cielo de ahí arriba —señalando con la diestra el firmamento, que resplandecía aquel día como en la primera mañana del mundo.

—Uno tan solo en ese caso —dijo el cura como reflexionando en alta voz.

Y el pescador, estallando en ira con oírle, gritóle:

—¡Ninguno! ¡Nada! ¡Mentiras todo!

Aquella hermosura del mundo que tenía tan mala entraña para el viejo, negándole el pan que había demandado a la noche y las olas, esas dos grandes penitencias del oficio, no le decía nada de un Dios providente que predicaba el cura, bien servido en su beneficio de la iglesia. Sentía a Dios como justicia y es la justicia la que echaba de menos aquel día en medio de la vasta Creación, al punto de aparecer en franca rebeldía<sup>46</sup>.

---

<sup>46</sup> Este párrafo y el primero del siguiente epígrafe fueron añadidos en 1956.

### ***Jaungoikua del vascuence***

El argumento del doctor Madinabeitia, del hombre en tinieblas de la vida que por un momento que se siente colmado de bendición, aun a tan poca costa, busca y encuentra a Dios porque tenía que agradecerse a alguno; y el del hombre, cercano a Dios toda su vida, a quien se le desvanece y se le vuelve nada la esperanza que es Él en un momento en que no advierte su justicia en el orden de las cosas por que discurre su vida, no convenció a algunos.

Y alguien interesado en echar agua al doble argumento, sostenía que la reacción del arrantzale de Motrico era un atavismo que le afloraba a la superficie del espíritu al choque de una simple contrariedad, por cuanto nuestros antepasados del vascuence habían sido, como sospecha Baroja, un pueblo de ateos. Y decía que la palabra con que en vasco designamos a Dios –*Jaungoikua*– no es un nombre, una voz primitiva, a la manera del sustantivo con que en las demás lenguas se designa esa entidad mística, sino toda una perífrasis de que seguramente tuvieron que valerse los primeros misioneros del Evangelio que arribaron a nuestros montes, para hacerles inteligible a nuestros ascendientes la idea abstracta de Dios.

Siendo esto así –añadía–, ¿no es claro que el pescador de Motrico, en lugar de sentir la justicia como necesidad o la necesidad de justicia, que aquel día parecía ausente del gobierno y régimen de la Creación, volvía, como los aldeanos de Roma en sus momentos de mal humor, a sus antiguas creencias gentilicias? ¿No está vivo aún en el vocabulario de la aldea esa palabra de “gentiles”, que convirtieron en anatema los evangelizadores, para aludir a la raza y los tiempos fabulosos en que fueron hechas todas grandes cosas que están desperdigadas sobre la tierra?

En apoyo de esta propensión a una regresión pagana no citó el objetante el cúmulo de supersticiones y creencias mágicas aún vivas en el caserío, sino la anécdota del viejo de Akondia, abuelo de los colonos que hemos conocido, al proceder como un pagano irritado contra sus diosillos del lugar, con el Santo Patrón de sus tierras en el valle de Gorosta.

Pues fue el caso que un día que caían del cielo piedras como huevos sobre sus sembrados, corrió el aldeano a la ermita que había al lado de su casa y sacó al santo en medio de la campa y le abandonó bajo el pedrisco, al punto que le decía imperativamente:

–*Sant Adrián, arrisha gueratu, edo kaskarra beratu!*<sup>47</sup>

<sup>47</sup> En 1949 escribía: “*Sant Adrián, arrisha geratu, edo kaskarra beratu!*”. Y añadía a continuación: “*Que vale decir: San Adrián, o has de parar el pedrisco o te has de remojarse bien la cabeza*”, una traducción más ajustada al significado del verbo vasco *beratu* que pone en boca del aldeano de la anécdota.

Que vale decir: ¡San Adrián, me has de parar el pedrisco o te has de hacer papilla la cabeza!<sup>XVII</sup>

### San Antonio de Urquiola

Entonces salió a relucir el carácter pagano del noventa, por no decir del cien por cien, de los romeros que, de las más apartadas aldeas del vascuence, van a la ermita de San Antonio de Urquiola el 13 de junio de cada año, en solicitud de materialidades para la vida inmediata, confiados en el poder taumatúrgico de la limosna que dejan al santo. Y de paso, con el propósito de tomarse un día al buen Dios para la dicha de comer, beber y retozar, sumergiéndose en la masa y escapando así durante ese día a la soledad y al silencio, tristes para ellos, de sus montes y a la cotidiana austera economía del caserío.

Pues de tantos miles que acuden a Urquiola, ni aun entre los que hacen descalzos el camino para obligar más al santo, sería fácil hallar alguno que visite el lugar en calidad de penitente, en acto de contrición o para satisfacer a una culpa que le conturbe el espíritu.

De los devotos que en cumplimiento de una promesa fueron a Urquiola con humillación de la carne, nada tan notable como el caso de la vieja de Chachín, de la que contaban nuestros padres. Caminaba la buena mujer cuesta arriba, habiendo dejado atrás la anteiglesia de Mañaria, y como el sol apretara y el camino es áspero y largo de andar, trató de protegerse la cabeza, usando a modo de toca o tejadillo el amplio volante de su saya negra. Pero al poner en efecto tan prudente medida, esta prenda exterior entreveróse con la que iba debajo, la única que la separaba del cuerpo, y el resultado fue que quedara al aire, a la clara luz del sol, lo que el *Charlatán* de nuestro primer cine cuando las películas explicadas llamaba poéticamente “el crepúsculo matutino”.

Algunos romeros que la alcanzaban en el camino se lo advertían discretamente, pero ella lo tomaba a burla y les contestaba invariablemente que iba así en cumplimiento de una promesa al santo. Hasta que los primeros goterones de un aguacero, fenómeno frecuente allí en junio, dando con su frescor en la piel desnuda del “cre-

---

<sup>XVII</sup>. Renan, en *Souvenirs d'Enfance*, hablando del mundo encantado de las creencias célticas que sobrevivieron en las leyendas y la hagiografía locales de su terruño de la Bretaña, refiere que para curar de la fiebre a su padre cuando niño acudieron al lugar de uno de los numerosos santos rústicos milagrosos de la tierra acompañados del herrero, quien poniendo al rojo sus tenazas de hierro se dirigió a la imagen con estas palabras: “*Si tu ne te tires pas la fièvre a cet enfant, je vais te ferrer comme un cheval*”<sup>48</sup>.

---

<sup>48</sup> Del francés, “si no le quitas la fiebre a este niño, te voy a herrar como a un caballo”.



púsculo”, sacaron a la vieja de su engaño. Y entonces ella, para castigar al demonio que le había jugado tan mala partida, cumplió la promesa que había dicho, llevando en vergüenza a la carne, si no hasta la presencia del santo, sí durante un buen trecho más del camino.

### Uno que temía que no hubiera infierno

Pero, ¿qué tiene que ver el culo con las tómporas? dirán a este punto los amigos que aprendieron este dicho del *Fosforero* viendo a lo que hemos venido a parar desde tan grave y doctoral tema que nos ha servido de punto de partida.

Yo no sé si nuestros antepasados que combatieron a las legiones de Augusto en las fabulosas batallas que se refieren en la canción de Lelo<sup>49</sup> fueron un pueblo de ateos, sin más religión que las creencias mágicas de que quedan no pocos resabios en nuestras aldeas. Lo cierto es que, por mucho éxito que tuvieran los evangelizadores del país, nunca llegaron a extirpar enteramente aquellas creencias ni a matar del todo el escepticismo congénito de nuestros aldeanos, a quienes siempre les queda una duda dentro. No desde luego para ningún trance como los de Meabe o de Pascal<sup>XVIII</sup>, pero sí para que el cura de Arrate, conocido por *Noche*<sup>50</sup>, pudiera referir la siguiente anécdota.

Al cura *Noche* no le llamaban así en el pueblo porque se le pudiera encontrar en la sociedad de las gentes de frontón a cualquier hora de la noche comentando el último partido del Astelena, sino porque le venía de familia el sobrenombre. Mas apresurémonos a decir que, no obstante su frecuentación de los cafés y las tabernas en que aquella gente se reunía, y gustarle el comer y beber, y el naipe sobre todo, no olvidaba las horas canónicas, ni jamás dio lugar a ningún escándalo de los que se suelen censurar a los clérigos.

Y contaba que, regresando un día, o mejor dicho, una noche, de los partidos de pelota del Carmen de Marquina<sup>51</sup>, le tocó hacerlo en el coche abierto en que venía un “drogoso”<sup>52</sup> que también había estado en la fiesta, segundón o tercerón de una

---

<sup>XVIII</sup>. Las dudas de Meabe y las de Pascal. De la misma forma que las audacias irreverentes de Tomás Meabe en nuestro *¡Adelante!* eran para confirmar al ateo que quería ser, siendo por naturaleza un místico, la apología que proyectaba el retirado de Port-Royal y que quedó en aquel esbozo descosido que conocemos con el título de *Pensamientos*, era para calmar al deísta que nunca dejó de temer los asaltos del demonio de la duda.

<sup>49</sup> *Leloren kantua* o *Cantar de Lelo* es un canto épico apócrifo compuesto en el siglo XVI. Una de las dos partes que lo componen pretende ser una narración contemporánea, en un euskera arcaico impostado, de un pasaje de las guerras cántabras, añadiendo una ficticia participación vasca contra los romanos.

<sup>50</sup> “Muy popular y apreciado en Eibar”, según el original de 1949.

<sup>51</sup> Celebrados como parte de las fiestas patronales del pueblo.

<sup>52</sup> En euskera eibarrés, un enredador, tramposo o cuestionador.

casa hacendada de nuestra jurisdicción, cuyo nombre no hace al caso. Subían a trote lento los caballos, cuesta arriba a San Miguel, y la soledad, la noche, el cielo estrellado, la euforia de haber ganado y sobre todo la satisfacción de haber comido y bebido a placer, todo inducía a las confidencias y al deseo de comunicarse el secreto de sus adentros.

Y el aldeano, que lo era el “drogoso” aunque a la sazón habitara en la villa, le dijo al cura:

—¿Serías capaz, ahora que estamos tan solos y sin testigos, de decirme toda la verdad de una cosa que voy a preguntarte?

—¿Cómo no? Toda la verdad —declaró el cura tonsurado.

—¿Toda la verdad?

—Sí, toda la verdad —insistió el clérigo.

—Y eso de Dios que soléis hablar ¿es en serio?

—¡Pero no lo va a ser! —díjole el cura un tanto escandalizado—. Eso es lo más serio del mundo.

—¿No será que lo decís para que no seamos peores?

—Lo decimos para que lo creáis, porque es la verdad. Eso, vuelvo a decirte, es lo más serio de la vida.

—¡Mira que puedes confiarte a mí! Soy capaz de guardarte el secreto.

—No hace falta. Nuestras enseñanzas son la verdad absoluta.

—Entonces —continuó el aldeano—, ¿es también cierto lo del Infierno y eso de que allá arden eternamente los condenados en el fuego que atizan los demonios?

—Nada más cierto; arden en el fuego que nunca se apaga.

—Pero ¿de veras que eso es verdad?

—¡Mil veces de veras!

—¡No sabes tú la alegría que me proporciona oírte decirlo así —dijo tranquilizándose el escéptico. Y para evidenciar su alivio, añadió:

—Ahora estoy seguro de que mi hermano, el mayor, lo acabará pagando allá, después de los pleitos que me tiene ganados en este mundo, en cuestiones de nuestra herencia.

## El Fuego y el Agua

No en todos los debates del Centro Obrero dominaba la Metafísica, esa obsesión del animal que piensa. También la Física reclamaba su parte, y en la Física, tampoco hacía todo el gasto la Mecánica, esa parte de la Física que, más o menos empírica o escolarmente, es materia de lucimiento para casi todos los eibarreses.

Y fue por aquel tiempo y en el Centro Obrero que *Sampedro*, el del comentario del Evangelio de la Infancia con que escandalizó a sus paisanos de Ermua, inició una interminable polémica sobre los elementos con Máximo, el *akabatzalle*<sup>53</sup>, un maestro

<sup>53</sup> Del euskera, acabador. El encargado de dar el acabado exterior a las armas. En 1949: “acabatzalle”.

de buen vivir a lo “pídeme cuerpo lo que quieras”, que formaba escuela con otros epicúreos de su promoción, que podían serlo gracias a los buenos años de la armería.

La discusión versaba sobre dos de los cuatro elementos que, según Empedocles de Agrigento, constituyen el mundo: el Fuego y el Agua. La Tierra y el Aire, de momento, quedaban fuera de la cuestión. Y la cuestión era, determinar cuál de aquellos dos elementos contrarios podía producir mayores estragos.

Originóse la controversia del hecho de que un día cayó una manga de agua en una vertiente del Urko y descargóse toda por Macharia. El regato de este nombre se convirtió en un impetuoso torrente que no cabía en su cauce, arrastrando tierras, piedras y troncos de árboles. En el caserío de que toma nombre el riachuelo se llevó por delante los gallineros de Pedro Peralta<sup>54</sup>, ilustre vecino conocido por la crudeza de su naturalismo, de la que no hacía gala, pero tampoco la moderaba en ningún caso ni circunstancia, llamando al pan, pan y al vino, vino. Y se llevó también las cochiqueras de Pedro *Fotero*, causando esto último no poca satisfacción a algunos, por pertenecer el damnificado a los conspicuos del partido conservador.

Y en el obligado comentario de la noche en el Centro Obrero, el epicúreo que hemos dicho se admiraba de la potencia destructora del agua y de la enormidad de los daños que puede ocasionar. A *Sampedro*, en cambio, lo del agua le parecía una broma en comparación con los desastres que hace el fuego. Y eso que no se habían registrado todavía en los anales de Calixto Ciorraga, imponderable jefe de bomberos, estragos como el que provocó un Macario, fabricante entre mil, llamado luego *el Nerón*, en la colmena que eran los talleres de Paguey, una vez que a él le iba mal el negocio y había asegurado bien el suyo. Pero, con lo que dijeron y repitieron de primera intención aquella noche uno y otro contradictores, quedó planteada la histórica discusión –histórica por lo que se dilató–, siguiendo el debate no pocas de las noches sucesivas, sin que hubiera manera de que se pusieran de acuerdo ni se les agotaran los argumentos, en lo que se parecían a los filósofos de todos los tiempos.

Así, cada vez que ocurría un incendio o alguna inundación en la localidad o fuera de ella, los dos disputadores se buscaban el uno al otro en el Centro Obrero, el Círculo Socialista o la Casa del Pueblo, las tres edades de nuestro movimiento, para reanudar el debate, que atravesó esas tres etapas en régimen intermitente, y siempre, por supuesto, sin llegar a una conclusión.

Hasta que una vez ocurrióle a *Sampedro*, el apologista del fuego, un grave accidente. Y ello fue que, en el taller de *Municola* donde trabajaba, se fue al botijo del agua y con tan mala fortuna le entró el líquido elemento por el gazzate que, yéndose por el conducto del aire y no por el de los alimentos, le dio un síncope y fue levantado como muerto. Muchos creyeron, en efecto, que el bueno de *Sampedro* ya había dicho lo que en vida tenía que decir y ese rumor corrió en el pueblo. Mas, afortunadamente,

<sup>54</sup> En 1949 lo entrecomilla, como si “Peralta” fuera mote.

no fue la cosa nada grave y antes de terminar la jornada abandonó la enfermería sin más consecuencias que el susto de los circunstantes y el chasco de los alarmistas.

Enterarse del caso su antagonista, el dramatizador del agua, y buscar a su contrario en la Casa del Pueblo, todo fue uno. Y yendo directamente a él, le disparó a boca de jarro, este saludo:

–Supongo esta vez, amigo *Sampedro*, que con lo que dicen te ha ocurrido en el trabajo te habrás convencido de la peligrosidad del agua, y de la gravedad de los daños que puede ocasionar cuando menos se piensa.

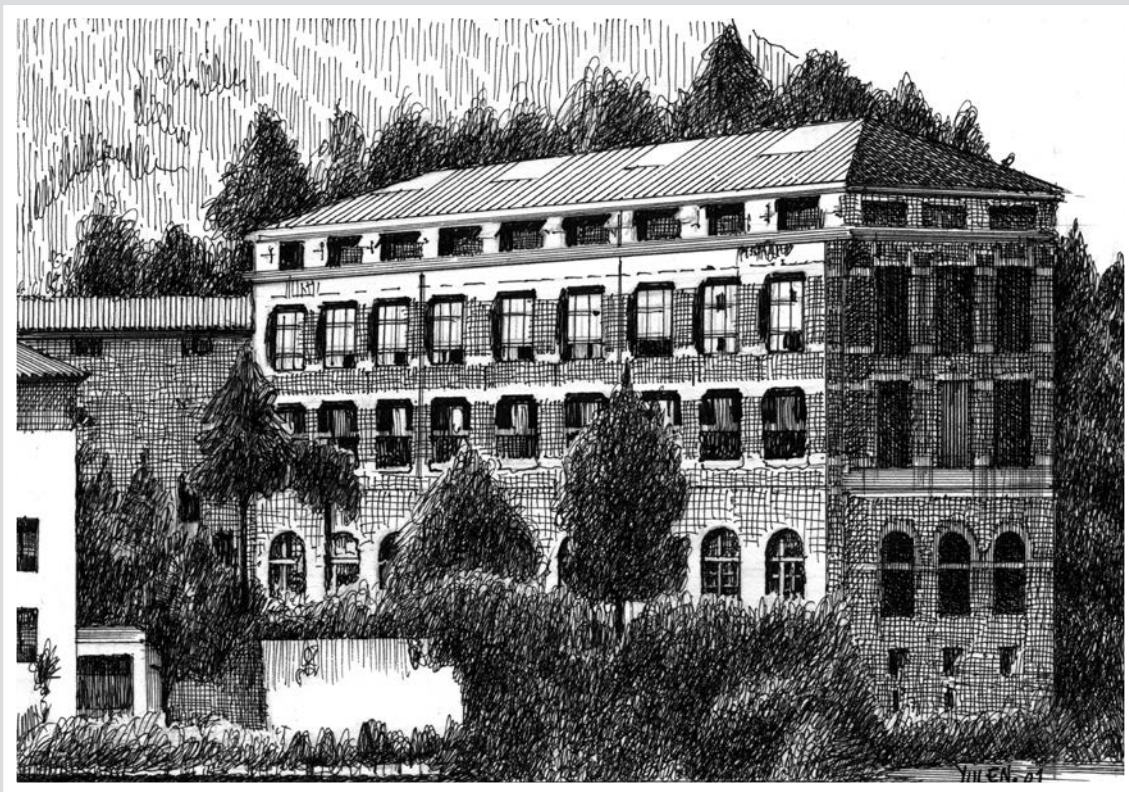
A lo que *Sampedro*, sin inmutarse, repuso de plano:

–Ahora más que nunca estoy en lo del fuego. Porque figúrate tú dónde estaría yo a estas horas si lo que salió del pequeño apéndice del botijo llega a ser una chispa del infierno, en vez del agua fresca que era de la fuente.

Allí terminó de una vez para siempre la histórica discusión, que remontaba a los tiempos de nuestra primera milicia en el Centro Obrero de Bidebarrieta.

# Los problemas nacionales

Los problemas nacionales  
nacionales



*Fachada del edificio original de la Escuela de Armería*  
Dibujo de Julen Zabaleta

## Localismo adventicio

En los buenos tiempos del Centro Obrero la práctica de nuestro socialismo internacional apenas transcendía de los límites municipales. Era aquel angosto valle por donde se desliza el Ego y ocho o diez mil almas habían hecho su habitación lo que nos prestaba el real, la materia y las ocasiones para nuestras luchas y reñidas competencias sobre la cosa universal que es el socialismo.

Si se nos ocurría buscar mayores amplitudes o procurarnos más resonancia, como, por ejemplo, cuando procedíamos a nuestra acostumbrada protesta anual contra el zarismo por el crimen de la Perspectiva Nevsky<sup>1</sup>, todo se reducía a que, en vez de gritar nuestras condenaciones en la sala de reuniones del Centro Obrero a los habituales, las aireáramos en el Salón Teatro o en el Cruceta, a donde podía acudir un público mayor y más heterogéneo, y donde nosotros luciríamos mejor nuestra justicia brindando tribuna libre a quien quisiera abogar por el autócrata de las Rusias.

Pero aun así, con referirnos a tan distantes cuestiones, siendo como éramos resonadores sensibles de todo cuanto estremecía al proletariado español y aun al del mundo, la cosa no pasaba de ser algo en familia, si bien familia mal avenida, a juzgar por el ruido que hacíamos en nuestro agujero. En efecto, los discursos de la circunstancia, por muy airados que fuesen, no eran concebidos y pronunciados para que los oyeran los moradores del Palacio de Invierno, en San Petersburgo, sino para que se enterasen los de la acera de enfrente, en aquel mismo Eibar de nuestras agrias disputas y acaloramientos.

Los de la acera de enfrente, claro está, no faltaban a la cita, por lo menos en la persona de algunos correveidiles que luego irían a sus amos con el cuento de todo lo que se dijera y más en la reunión, para que sus plumíferos de oficio tuviesen qué roer durante ocho días en la prensa de la provincia o en el semanario local de su bando<sup>2</sup>. Y allí salían a relucir la gramática, nuestras concordancias vizcaínas, los *quid pro quo*

---

<sup>1</sup> Se refiere a uno de los varios incidentes en los que las tropas dispararon contra grupos de obreros que marchaban hacia el Palacio de Invierno de San Petersburgo el 22 de enero de 1905, el conocido como Domingo Sangriento. A pesar de que los primeros choques se habían producido alrededor de las 10 de la mañana en otros puntos de la ciudad, sobre las 2 de la tarde nutridos grupos de obreros y campesinos bajaban por la Perspectiva Nevski, una de las arterias más caracterizadas de la ciudad y lugar de esparcimiento predilecto de los peterburgueses, ignorantes de lo sucedido esa mañana. Tras darles el alto, las tropas abrieron fuego sin dar oportunidad a la muchedumbre a disolverse.

<sup>2</sup> Titulado *La libertad*, según el original de 1949.

auténticos o atribuidos y la consabida apelación a las autoridades superiores contra nuestras audacias y excesos verbales, sin que por su parte se acordaran, a despecho de sus aspavientos, de defender al pobrecito Zar de Rusia, que les tenía sin cuidado.

Lo mismo ocurría a la inversa. Cualquier acto que organizaran por su parte nuestros antagonistas, lo mismo daba que fuese un mitin, una misa, un sermón o una peregrinación, su principal objeto era irritar a los contrarios, que éramos especialmente nosotros, los socialistas. Y como nadie es perfecto, y si en mi casa cuecen habas, en la tuya a calderadas, no eran pocos los puntos flacos de gramática, de lógica y –lo que era un punto más vulnerable– de consecuencia que descubrían en la ocasión nuestros enemigos, dando materia a la despiadada crítica que devolvían los nuestros, que no eran de los que se quedaban atrás.

Todo esto bajo la común ilusión antropocéntrica de creer que nuestras disputas locales ocurrían bajo la mirada del mundo. Así, un día que *El Pueblo Vasco* –es decir, su corresponsal en Eibar– se excedía en sus deformaciones a nuestro respecto nos vino Galarraga, el viejo, lleno de indignación a los jóvenes, diciendo que no debíamos dejar pasar aquello sin la adecuada réplica, aunque fuese en una hoja volante. Por su parte no le hubiera parecido excesivo un mitin o una manifestación de protesta. Pero los jóvenes, si no más prudentes, en aquella ocasión más en el sentido de la medida, hubimos de decirle:

–¡Pero si aquí todos sabemos a qué atenernos!

–Cierto –nos contestó el veterano– que aquí todos sabemos a qué atenernos, ¿pero qué pensarán los lectores del resto de la provincia?

Entonces le informamos que en el mismo número del mismo diario venía inserta otra correspondencia de otro pueblo, con conceptos mucho más injustos que los que motivaban su indignación, contra los pocos liberales de aquella localidad. Naturalmente, no la había leído; ni la podía leer, por la sencilla razón de que era invención nuestra, improvisada para la circunstancia. Pero como jamás se enteró, ni nos enterábamos, de lo que disputaban los vecinos, con reñir ellos también poco más o menos como nosotros aunque variara el tema, le pudimos hacer ver, como si la cosa hubiese sido verdadera, que, a tenor de lo que él hacía y hacíamos todos, los demás nos pagaban en la misma moneda, ignorando nuestros apasionamientos que no apasionaban más que a nosotros en nuestro pequeño rincón de las montañas.

### **La brega con el castellano<sup>3</sup>**

Aquellos ataques académicos de los que se erigían en veladores de la pureza del idioma oficial resultaban un arma política no desdeñable, porque no había ninguno de los que luchamos con las dificultades del castellano, desde el espíritu de otra lengua tan distinta que nos es familiar, que no fuera sensible a tales alfilerazos, por lo mismo

<sup>3</sup> En el original del 56 primero fue “lucha”, mecanografiado, y se convirtió en “brega”, a mano.



que hacen reír y producen tanta gracia a los demás. Amuátegui solía ser la víctima preferida y propiciatoria y cargaba con frases y solecismos que no eran suyos, aunque era natural que hubiese pagado tributo, como todos los demás hijos de vecino, al acervo de chistes gramaticales del que hacían colección. Mas la verdad es que, sin que él buscara ser académico, Amuátegui era uno de los que entre los nuestros mejor se desenvolvía en la lengua de Cervantes, a causa de que era una inteligencia que asimilaba bien y una persona que sabía corregirse, si bien –dicho sea en su honor–, no dejaba de haber empezado perteneciendo a esa casta de vascos desenvueltos, como Víctor Sarasqueta y Joaquín *el Alguacil*, a quienes no rompía el discurso la duda de un sinónimo, y menos el tropiezo de una sílaba o el obstáculo de una letra equívoca, y siguen triunfalmente adelante como si nada, aunque dejen atrás en ruinas la sintaxis y el vocabulario.

Aquello de “público y notario” y los “hechos consumidos”; lo de la “moción verbal por escrito” o lo de los “ferrocarriles de hierro”, etc., etc., que le atribuían los enemigos eran gazapos amañados generalmente con bastante violencia de la verdad. Lo de la “moción verbal por escrito”, por ejemplo, que fue de lo más explotado, venía de una interpelación del concejal socialista al alcalde conservador, porque habiéndole anunciado una moción verbal para que figurase en el orden del día, no la incluyó aquel a pretexto de que no se lo había pedido en nota escrita. Y así poco más o menos todo lo demás con que los enemigos trataban de sonrojarle, como si no hubieran sabido de su epidermis, que podía aguantar tales pullas y otras mayores sin hacer sangre. Mas, si alguna vez tenían razón los Aristarcos, ya podían estar seguros de que el criticado no volvería a tropezar más en la misma piedra.

Amuátegui, si bien alguna vez se enredaba con la sintaxis o reformaba el diccionario, no hubiera incurrido, ni en lo más rudo de sus rudos comienzos, en evidencias como las de *Tomasito*, el imponderable corresponsal de *La Voz de Guipúzcoa*, con pertenecer este oficialmente a la asociación de periodistas, quien, reseñando una vez cierto acto público republicano-socialista del tiempo de la Conjunción, dijo en letras de molde que habían concurrido a la reunión “*muchas mujeres y algunas señoras*”. Las mujeres, entendía él, eran las de los socialistas; las señoras, las de los republicanos.

Se contaba de este mismo “periodista” –eibarrés auténtico por lo demás, y no mal exponente de nuestra idiosincrasia local–, que estando de tertulia unos amigos en el café de Guisasaola hacía las delicias de la reunión un forastero que había sido presentado por uno de los habituales a ella. Y celebrábanle de gana sus chistes, porque el hombre tenía gracia en contarlos, hasta que el chistoso se disparó en mil enojos contra *Tomasito*, quien creyendo decirle que estaba muy “inspirado” aquella noche, le dijo que estaba muy “insípido”<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> En 1949 el autor explicaba en nota al pie que el forastero era “*Capitán de la Marina, con destino en la Fábrica de Cañones de Placencia, que casó en Eibar*”.

## Joaquín, el Alguacil

Y es que, habituados a hablar de todo lo divino y lo humano en nuestro vascuence de Eibar al apoyo de los barbarismos que fueren menester –barbarismos que mejor se podrían decir cultismos, por entrar a causa de que no repugnan las vigencias universales del griego y el latín–, no dábamos importancia en castellano a palabra más o palabra menos, y aceptábamos que estas valieran por aproximación cuando la lengua se resistía a producir la justa, o la precisa se rebelaba en la boca contra las exigencias de la Academia.

Lo fundamental era entenderse, claro está que poniendo un poco de buena voluntad por parte del entendedor. “*Borrón está, pero Juan quiere decir*”, que escribía el clásico del cuento. Estábamos en el espíritu de la ortografía de *Cacho*, el abuelo, a quien, por presumir de saber las cosas, le preguntaban si “abujero” se escribía con hache, contestando aquel que, como las haches visten mucho, sería mejor que la pusiera y que, en todo caso, “*ya se lo entenderían*”. Así también el pronóstico del tiempo que el viejo de Kantoikua<sup>5</sup> hiciera al Marqués de Isasi, que era dado a terciar con sus colonos: “*No lloverá, pero lambruará; los iparlausos edo olakonbat*”<sup>6</sup>.

*Holakonbat*, u *horrelakonbat*, y mejor *horrelakorenbat*, con todas estas tolerancias, viene a significar: la cosa poco más o menos, algo como eso, cosa parecida. Esto es, lo que ha de valer por aproximación y cuyo preciso ajuste queda a cargo del que lo ha de entender<sup>7</sup>.

La medida de esta libertad o de esta despreocupación por precisiones y delicadezas académicas –salvo que, como en el caso de Amuátegui, estas libertades se explotaran como arma política– lo da el hecho de que tuviéramos en el cargo de jefe de guardias municipales a Joaquín Orbea, natural de Azcoitia<sup>8</sup>, alpargatero de portal, más conocido por Joaquín *el Alguacil*. En el *currículum vitae* de este funcionario, que fue respetado por todas las situaciones políticas que pasaron por el Ayuntamiento, figura una histórica deposición suya, en calidad de testigo, en un juicio oral celebrado en la Audiencia de San Sebastián, cuando todavía era sereno de número y empezaba a deletrear el abecedario en sus ratos de ocio, que no eran muchos, llevado de la ambición de ser algo más de lo que era.

El juicio era contra unos trasnochadores impenitentes de nuestro vecindario que, resistiéndose un día a cumplir las Ordenanzas Municipales –muy rigurosas en cuanto

<sup>5</sup> De Barrenengúa según el original de 1949.

<sup>6</sup> Que vendría a ser, mezclando castellano y euskera local: “no lloverá, pero lloviznará; los vientos del norte o cosa parecida”.

<sup>7</sup> En 1949 añade: “*Ahora, por “orrelakombat”, que significa “algo parecido a eso”, decimos “hojia jirurik”, que pasó a proverbio de un maestro damasquinador que hacía arte sin desdeñar recortes de más y de menos*”.

<sup>8</sup> En 1949 dice que era de Azpeitia, pueblo vecino de Azcoitia, lo que plantea la duda de la verdadera procedencia del protagonista del relato.

a ruidos y voces en la noche y, sobre todo, en cuanto al cierre de tabernas—, procedieron con grave falta de respeto, rociándole, además de con palabras torpes, con algo sospechoso que vertieronle desde el balcón del lugar del escándalo al jefe de serenos, responsable desde la hora de queda hasta la del alba del fiel cumplimiento del código municipal de buenas costumbres.

Lo que dijo el testigo de cargo fue que “*vio ruido*” y se “*idó*” sobre el lugar de la ocurrencia en auxilio de su superior, comprobando que lo arrojado sobre él era “*agua de mea*”.

Pues bien, este señor, que tenía aquellos modestos principios, era nuestro jefe de Policía Municipal cuando el pueblo cobró ya categoría de ciudad y gozaba de general aprecio —y con justa razón digo yo— porque supo ganarlo, superándose un poco todos los días, hasta tener la necesaria instrucción para el cargo, claro está que con aquella benevolencia que dije y con cierta ayuda de todos.

### **Un singular decomiso<sup>9</sup>**

No puedo resistir a la tentación de poner en este lugar el caso de un comunicado de Joaquín, el mencionado jefe de policía, que pasó por mis manos, cuando yo, según *Tomasito* en sus crónicas locales, vine a ser un “empleado privilegiado” del Ayuntamiento con el sueldo anual de 1.250 pesetas.

Una de las preocupaciones fundamentales del Concejo era la de Abastos, en el sentido de procurar la estricta aplicación del *justum pretium* de Santo Tomás y la medida y el peso exactos de San Miguel en cuanto al comercio de artículos de primera necesidad, castigándose las infracciones con decomiso de la especie a beneficio del Hospital, multa y publicación del nombre del defraudador en la tabla de anuncios de los soportales de la casa consistorial<sup>1</sup>.

Los concejales se hacían populares y aseguraban su reelección, si la ambicionaban, en la medida que practicaban esta fiscalización; siendo el pan, la leche, el carbón y algún otro los artículos más vigilados. Los ediles en oficios de fiscal se hacían acompañar de un guardia, y el jefe de los mismos, Joaquín Orbea, informaba luego semanalmente al Ayuntamiento del resultado de aquellas actuaciones de los celosos concejales. De esta suerte, una vez cursó dicho jefe un oficio, como solía hacerlo siempre, pero que en aquella ocasión, por una desgraciada alteración en la máquina

---

<sup>1</sup>. ¡Qué lejos queda todo aquello de los vicios actuales de la administración, con el estraperlo erigido en sistema y enquistado en todos los órdenes de lo público y lo particular, para hacer el hambre que está matando a toda una generación y comprometiendo la salud de la que ha de seguir!

---

<sup>9</sup> Este epígrafe y el siguiente fueron creados, en 1956, por desdoblamiento del primero.

de escribir –pues a tanto alcanzó con su aplicación–, contenía un lapsus que el firmante no supo advertir por lo elemental de su léxico, y que decía así:

*“Tengo el honor de informar a V. S. que el martes día seis del actual, el Concejal de ese Ayuntamiento, don Aquilino Amuátegui, acompañado del guardia número 4, procedió a decomisar a fulano de tal<sup>11</sup>, panadero de esta localidad, doce PENES de dos kilos por falta de peso, los cuales fueron llevados a las monjas del Hospital. Dios guarde, etc...”* y la fecha y la firma.

### **Moskatela**

El jefe de serenos a la sazón del proceso en que declarara Joaquín, era José Antonio Astigárraga, el famoso *Moskatela*, toda una institución por la variedad de funciones útiles que desempeñaba entre el día y la noche. Ya dijimos que había sido el habilitado de los gremios cuando la Federación local de Sociedades de Oficio, entre otras muchas actividades por el estilo a que se fue prestando su espíritu activo.

Al contrario de Joaquín, *el Alguacil*, que empezó no sabiendo el abecé, *Moskatela* fue tenor de ópera, habiendo estudiado en Italia, becado por la Reina Regente. Decían que llegó a cantar en el Scala de Milán y actuó en algunas capitales del extranjero. Pero, cuando los divos representaban tanto en el mundo del arte, las exigencias eran también tantas que elementos que ahora se cotizarían muy alto en la radio y en el cine fracasaban entonces sin remedio a causa de algún pero. Y contaban que, con motivo de su actuación en no sé qué capital, un crítico malévolo, uno de los que esperan a ver si el tenor que promete cumple, no habiendo podido este principiante cumplir en la medida que aquel deseara, le pronosticó que serviría bien para sereno en el pueblo de su procedencia.

Derrotado así por esta malevolencia de los críticos hambrientos y las muchas exigencias de los públicos, después de pasar algunas hambres por el mundo, volvió alicaido a Eibar, su pueblo, a la hora en que el Ayuntamiento miraba por un jefe para el Cuerpo de Serenos. Y se le otorgó la credencial. Pero no fue desde luego su voz ni su escuela lo que le valió el cargo, como podría haber pensado el crítico de marras al cumplirse su profecía, porque en Eibar ya no se cantaban las horas como en tiempos de nuestros padres, cuando los vecinos podían enterarse en el calorcito suave de la cama de que eran las doce y nevaba o estaba sereno, al mismo tiempo que podían dar media vuelta y volver a dormirse, en la seguridad de que los encargados de oficio velaban para guardarle de ladrones y cuidaban de que no le sorprendiera algún voraz incendio.

---

<sup>11</sup>. Este fulano de tal era un monumento de hombre, uno de esos vascos grandes y hermosos, rubicundos y sonrosados que denotan el extracto nórdico de nuestra población.

A pesar de los oficios de autoridad que ejercía de noche y las múltiples obligaciones a que atendía de día, era punto fuerte del Frontón Astelena y no faltaba a ningún partido. Y aunque era difícil averiguar de dónde sacaba el tiempo para todo, también terciaba en el naípe con aquella gavilla de jugadores que criaba el frontón y gravitaba en su derredor, personas honradas todas, de categoría social, con título académico a veces y siempre buenos amigos, pero que sobre el tapete verde se disputaban los cuartos entre sí como si hubieran sido unos bandidos. Y cuando las sesiones se prolongaban hasta el amanecer, que no era pocas veces, y tenían que presentarse a sus esposas en aquella hora que autorizaba todos los pensamientos, se justificaban diciendo que habían estado en buena compañía, aludiendo al cura *Noche* y su breviario, que habían sido de la partida<sup>10</sup>.

Este José Antonio Astigárraga, gran conversador, preguntaba a un profano qué creía que gustaba más a un virtuoso del juego.

—¡Ganar, naturalmente, ganar! —díjole el otro no sabiendo de las emociones de la profesión.

—¡No, señor! —le aclaró *Moskatela*— ¡Perder y ganar! La gracia está en el accidente de perder y ganar, y ganar y perder, y volver a ganar. Porque el jugador —decía— es un artista que cultiva el arte por el arte. No le interesa el dinero sino para jugarlo.

Aparte, naturalmente, el gasto de aquella vida de tugurio en que se refugiaba el vicio, y donde en los obligados altos y entre naípe y naípe no se hacía poco consumo de municiones de boca.

### El gabán de Amuátegui

No menos historiado que sus supuestos solecismos fue el primer gabán que se hizo Amuátegui contra el rigor de nuestros inviernos largos, húmedos y fríos, cuando todo el mundo iba a cuerpo gentil sin hacer caso del termómetro, desafiando las pulmonías que hacían abundante presa en aquellos valientes sin necesidad, ya que el “con qué” no faltaba a muchos.

<sup>10</sup> La descripción del personaje es algo diferente en 1949: “*Este Jefe de Serenos ofendido, era José Antonio Astigárraga, nuestro gran “Moskatela”; toda una institución por la variedad de funciones que desempeñaba entre noche y día. Ex-tenor de ópera, había estudiado en Italia como becado por la Reina Regente y debutó en el Scala, de Milán, cantando también en algunos grandes teatros de España, con cuyo motivo, un crítico malévolo le pronosticó que serviría bien para sereno en su pueblo. Y como lo derrotaran los críticos a quienes no cumplía lo prometido, habiendo tenido que dejar el teatro, vino a ser sereno en su pueblo. Mas no fue su voz ni su escuela lo que le valió su nueva profesión, sino una vacante que los hados hicieron coincidir con su regreso al hogar para hacer buena la maldita profecía del maldito crítico. Porque ya no se cantaban las horas como cuando nuestra infancia, modulando el “¡Ave María Purísima! ¡Las doce y sereno!” o “¡La una y nevando!”*, sabía prevención por la que el contribuyente podía descansar tranquilo sabiendo que seguía protegido contra los ladrones, ya que los vigilantes no podían rendirse al sueño, al mismo tiempo que le ofrecía la ventaja de enterarse desde la cama de los cambios meteorológicos que precedían al día que iba a seguir para sus afanes”.

*Upaisha*<sup>11</sup>, el viejo, un vecino largo y flaco como una espingarda, solo se dejaba ver en verano, sirviendo a muchas gentes de calendario. No obstante tanta prudencia, había sido a lo largo de sus años víctima del insidioso enemigo no sé qué fabuloso número de veces y le habían administrado los santos óleos por lo menos ocho o diez. Más de una vez había sonado por él la campana de los agonizantes, que no se dejaba oír sino cuando parecía haberse consumado lo irremediable.

Dicho esto para significar el fácil blanco que en aquel barranco del Ego ofrecíamos los eibarreses a las traiciones del clima, ¿podrá creerse que hacía falta todo el valor cívico de aquel *bull-dog* que era Amuátegui para atreverse a estrenar una prenda tan indispensable como un gabán, que, por lo visto, era el derecho exclusivo de media docena de “satisfechos”, que lo vestían solo los domingos y fiestas de guardar aunque hiciera calor? ¿Y quién a estas alturas pensará que aquello de estrenarse una prenda de vestir tuviera algo que ver con la política para traerlo y llevarlo en letras de molde?

Todavía no se había acallado del todo el argumento tonto de las cuotas de las que se aprovechaban los líderes para prosperidades como la que denunciaba aquel gabán, ni faltaban insinuaciones sobre cuál de las cajas sociales del Centro Obrero habría sido saqueada por el aprovechado de turno cada vez que los malévolos podían hincar el diente en alguna exterioridad como aquella de la luego historiada prenda. No bastaba a la maledicencia del enemigo que los socialistas, que evitaban el beber, el jugar y el blasfemar y se preocupaban del cuello de la camisa, empezáramos a demostrar nuestra capacidad administrativa, poniendo en marcha importantes cooperativas y otras obras de carácter social.

¿Pero qué mucho estas pequeñeces en un apartado pueblo de provincia si en Madrid, la capital del Reino, se había inventado aquello del gabán de pieles de Pablo Iglesias y lo de sus casas en El Escorial? ¿No habían sido sesudos diarios de la metrópoli los que habían aireado por todo el país aquellos absurdos miserables, que tuvieron eco hasta en el Congreso de los Diputados y en las pastorales de los obispos?

La Historia ha hecho justicia a Pablo Iglesias, reconociendo que en aquella época el fundador del Partido Socialista Obrero Español se abrigaba con una capa madrileña, que sabía llevar con dignidad, sin que en ello hubiese más mérito que el de la verdad, pues a buen seguro que una mediana capa valía como un buen gabán. Lo que ocurría es que el gabán parecía al mundo cosa exclusiva de burgueses, como el sombrero, que en Eibar seguía siendo privativo de los “satisfechos”, aun después de haberse popularizado el gabán y la corbata.

Pero Amuátegui no concedía tanto al juicio del enemigo y menos a la insidia de los insidiosos. Cuando le pareció bien y pudo pagarse el paño se hizo el gabán y lo paseó por todo el pueblo, lo que presentaba una gran lección, que acaso influyera en la reducción del índice de mortalidad. Y lo mismo hizo con el sombrero, que no re-

---

<sup>11</sup> Apodo toponímico, a partir del nombre de un caserío de Elgoibar.

presentaba una audacia menor, poniéndoselo con gracia cuando le pareció propio, sin cuidarse de lo que pudiera parecer a los malévolos, en un pueblo en el que los patronos más prosperados no llevaban sino la clásica boina vasca, el “chapel”, que los “chapel-aundis” y los “chapel-chiquis”<sup>12</sup> se ponían para distinguirse, éstos por su bizcaitarismo y aquellos por su españolismo. Entre los cuales “chapel-aundis”<sup>13</sup>, el que se tocó con el mayor que conoce la Historia fue nuestro gran *Apochiano*, a quien Claudio *Motricu*<sup>14</sup>, en viéndole a la sombra de tan amplio tejado, hubo de preguntarle dónde se había comprado aquel paraguas.

Por cierto que un día, algunos años después, que discutíamos acaloradamente en el Café de la Casa del Pueblo sobre si en realidad avanzaba el mundo o siempre estábamos en lo mismo con todo y la guerra que había pasado —la europea de 1914-1918— como sostenía allí un amargado pesimista, yo hube de mostrar a un aldeano de los oficios de la armería que en aquel preciso momento entraba por la puerta estrenando un soberbio gabán, sin que ninguno de los circunstantes reparara en el detalle. Y hubieron de confesar todos, incluso el pesimista, el gran trecho que efectivamente habíamos andado desde los tiempos en que, no a Amuátegui, sino a Pablo Iglesias, se le discutía el derecho de ponerse un gabán, a aquellos de la discusión, en que cualquier modesto obrero podía estrenar uno magnífico sin que nadie reparara en la cosa ni suscitara el más leve comentario, por ser la cosa más natural del mundo.

### La Banda de Música

No podría estar completa la fisonomía local de aquellos tiempos, en vísperas de ingresar de lleno en los problemas nacionales que no tardarían en ocupar el primer plano, si dejáramos en el tintero otro detalle característico: la Banda de Música, *La Marcial*, en cuyo estandarte lucían las palmas ganadas en muchas competencias reñidas en las tres provincias vascongadas.

La Banda de Música, unas veces municipalizada y otras libre para volver a ser del municipio, porque también la de los músicos es una república difícil de gobernar, era, fundamentalmente, los bailes a cielo abierto durante el verano y los bailes en el Salón Teatro durante la temporada invernal. Los bailes, tan obstaculizados y perseguidos en otros lados, en Eibar eran una institución; sabia institución que tenía mucho que ver con la salud moral del pueblo y la solidez de la familia. Nada menos que eso, con parecer tan extraña la afirmación a los extraños.

<sup>12</sup> El masculino en este caso indicaría que el autor está usando la palabra francesa *chapel*, de género masculino, de la que el euskera tomaría en préstamo *txapela*, pasando después al castellano desde esta lengua como el femenino *chapela*. Por su parte, *txapel-aundi* sería el que gasta boina grande y *txapel-txiki* su contrario, el que la usa pequeña.

<sup>13</sup> Que, según el original de 1949, “...éramos allí los más...”

<sup>14</sup> En la primera edición de 1968, y en el original de 1956, escribía “Motrico”. Pero dado que más adelante emplea la misma forma “Motricu”, que también usaba en 1949, se ha decidido unificarla.

Durante no sé cuántas generaciones, el noventa por cien de los noviazgos se habían iniciado y desenvuelto en esos bailes por el libre juego de las afinidades electivas, en una sociedad prácticamente de iguales —pues los “satisfechos” y las “que no se peinaban para los chicos de Eibar” eran una excepción—, relacionándose a la luz y a la vista de todo el mundo, bajo la protección que prestaba el saber todos de la novela de amor de todos. Y aunque parezca paradójico, aquella libertad que contrastaba, y no poco, con las restricciones de otros pueblos, donde las autoridades civiles y las eclesiásticas se ponían de acuerdo para mojigaterías como el prohibir el “agarrao”, hacía innecesaria toda clandestinidad y contribuía a que los jóvenes de ambos sexos se encontraran tempranamente unos a otros en términos de honesta sinceridad. Y la Banda de Música, que era el instrumento providencial para ese benéfico resultado, era así toda una política.

Por eso Amuátegui, que cuando surgió a la vida pública tocaba el bombardino en *La Marcial*, creyó su deber seguir en ella, ejecutando los solos que le correspondían en los trozos wagnerianos que entonces estaban en el cartel de los conciertos dominicales, y no le parecía mal seguir influyendo con su presencia y su concurso en aquella entidad musical. Y cuando la Banda, por haber sido contratada por los curas o por haberlo acordado así la mayoría en el Ayuntamiento, acudía a las procesiones tradicionales de la Iglesia, Amuátegui, disciplinado como el que más, no obstante su ateísmo declarado, soplaba en su instrumento de metal, siguiendo en la procesión con los demás y dando al viento, nítidas, sus notas gregorianas sin considerarse incompatible.

Quienes acabaron por considerarse incompatibles con la Banda fueron los curas, en atención a que *La Marcial* era la banda de los bailes y las fiestas profanas, el Primero de Mayo y los actos republicanos, y constituyeron otra, confesional, para su propio uso bajo la advocación de Santa Cecilia, patrona a la que, sin adularla directamente, también rendía culto *La Marcial* desde siempre en su día del 22 de noviembre.

Lo mismo pasó con el Orfeón, a despecho de la cantidad de música religiosa que entraba en su repertorio, y hasta hubo interés en crear, frente a la veterana Sociedad de Socorros Mutuos de Artesanos, eminentemente neutral, y por serlo, otra confesional, añadiendo con todo ello más leña al fuego de nuestras competencias y encuentros.

De entonces datan también los ensayos de un sindicalismo confesional, tomando pie de las doctrinas de la encíclica *Rerum Novarum*; documento que lleva fecha anterior al fenómeno del socialismo en Eibar, 1891 contra 1897 o 1898. Pero este sindicalismo confesional solo surgía en los centros de influencia socialista cuando esta se dejaba sentir lo bastante como protesta social inquietadora para los de arriba, pues en los pueblos en los que los autores de este ensayo dominaban política, económica y socialmente y podían poner en práctica la doctrina en toda su integridad, seguían las



explotaciones y las iniquidades del régimen económico y las brutalidades de nuestros resabios feudales, lo mismo en la industria que en el campo, como cosas sin remedio. Lo que restaba autoridad a tales ensayos y los hacía aparecer como meros intentos de neutralizar las conquistas que las tendencias basadas en la lucha de clase iban consiguiendo con esfuerzo<sup>15</sup>.

### **Replanteo histórico**<sup>16</sup>

Al abordar el paisaje de los tiempos en que los problemas nacionales volvieron al primer plano de nuestras preocupaciones con un perfil y un relieve más definidos, no estará de más un breve replanteo histórico para darnos cuenta del lugar en que pisamos.

Como Francia, Inglaterra y los demás países del Occidente que tuvieron una Edad Media —es decir, una estructuración feudal—, España empezó por ser un mosaico de dominios patrimoniales de unas cuantas familias, que unas veces se unían y otras se aborrecían, para agregarse en más unas veces, y otras para repartirse esos dominios como se hace con una propiedad en las capitulaciones matrimoniales o en los casos de sucesión en familia. Y como toda tierra tenía entonces su señor y los hombres eran accesorio de ella, los pueblos, como cosa que resultaban ser, seguían el destino político del príncipe o señor.

La Historia, durante siglos, no es así más que el árido protocolo que registra el juego interminable de esas combinaciones en que reyes, príncipes, condes y demás señores ocupaban todo el lugar como entes de intereses puramente personales. Los pueblos no contaban nada o contaban muy poco, y eran traídos y llevados de una parcialidad o vínculo a otro por razones que no eran las suyas, por motivos que les eran ajenos. Hasta que sobrevino un clima histórico en que los hombres de la tierra y las fatigas de la vida, el verdadero pueblo, empezó a descubrirse a sí mismo y tuvo la revelación de su fortaleza y surgieron las naciones.

Inglaterra dio este paso en el siglo XVII cortando la cabeza a Carlos I; Francia en el siglo XVIII, guillotinando a Luis XVI y nosotros hubimos de intentarlo en el siglo XIX, con hartito mediano éxito por no haber tenido la audacia de ahorcar a un rey felón, ejemplo de todas las vilezas, que bien lo merecía. Pero, a pesar de esta dejación que nos valió nuestra poca fortuna, España no fue realmente España hasta que, al alborar aquel siglo, bajo el influjo de aquel clima general, que en nuestro caso venía de Francia, la Historia nos planteó, con la fatalidad de un alumbramiento, los grandes problemas económicos, políticos y sociales, no a las partes que dejaban de ver con pleitos familiares y vinculaciones, sino al todo, a la nación formando un cuerpo.

<sup>15</sup> Este último párrafo fue añadido en 1956.

<sup>16</sup> Todo este epígrafe y su contenido fueron añadidos en 1956.

Y se comprende que una revolución tan profunda como la que representa el hecho de que esos problemas nuevos se plantearan en términos ineludiblemente universales —universales en relación a la sociedad de la nación— estuviese acompañada de alternativas dramáticas, por las fuertes reacciones que tenía que provocar en un país que era la sede de todas las intransigencias y de mil particularismos irreductibles. Solo así se explica que esta sea la hora en que España, al cabo de ciento cincuenta años de período constituyente, esté donde estaba al reunirse las Cortes de Cádiz.

Vigente de hecho la Inquisición, patrimonio el país de unos cuantos que monopolizan el poder, desatadas mil tendencias centrifugas por una torpeza agresiva, sin libertad el pueblo, sin derechos el ciudadano y triunfante un absolutismo tan retrogrado como el de Fernando VII. Con la agravante de estar servido este de ahora por técnicas policíacas de dominación y sometimiento de novísima invención que permiten al usurpador durar en el poder contra la mayoría, contra la razón y aun contra el sentido de la Historia. Si bien su desenlace no es menos inevitable, y por culpa de aquellas circunstancias, presumiblemente catastrófico.

### **Las pequeñas guerras sociales de todo el país<sup>17</sup>**

De aquellas alternativas dramáticas de más de un siglo Eibar sabía bastante por haber sido actor en no pocos de sus episodios. Inclinado a favor del constitucionalismo y siendo militarmente una posición indefendible en el centro de una vasta mancha absolutista conoció la emigración política desde las francesadas, en que tuvo que aprender a evacuar e irse con el alma a otra parte. Y vivía espiritualmente de la tradición de esos sacrificios que había pagado a la libertad, siendo un pueblo liberal en una provincia de carlistas e integristas<sup>III</sup>.

Pero, a pesar de las vicisitudes que, en el orden nacional, dejaban siempre abierto el ciclo de los problemas políticos resueltos tiempo ha en otros países más afortunados, y que aquí volvían a reproducirse en forma recurrente constituyendo verdaderos anacronismos, llegada la hora de la revolución industrial, o de los efectos generales de

---

<sup>III</sup>. Sería interesante la historia de estas emigraciones desde las francesadas. El diario personal de nuestro amigo Santiago Arizmendi presenta un cuadro vivo de la última, al retirarse de Eibar los milicianos de la República en abril de 1937<sup>18</sup>. Además de la visión dramática de aquellos momentos, aparece claro en el relato el espíritu de orden y administración que presidió la organización de la resistencia, frente a la expropiación sin indemnización que practicó el enemigo, que pretendía justificar su levantamiento en la necesidad de combatir el comunismo.

---

<sup>17</sup> Estos dos primeros párrafos fueron añadidos en 1956.

<sup>18</sup> La comisión Ego Ibarra del Ayuntamiento de Eibar publicó el diario de Santiago Arizmendiarieta en 2016, bajo el título *Mis memorias. La guerra civil española: 20 meses prisionero*.

ella, los problemas sociales no dejaron de hacer su aparición con su encono específico en todo el haz de la vieja España. Y, pueblo de trabajadores el de Eibar, llegada esa hora tuvimos nuestra aurora social con aquel periodo heroico de formación y el interés absorbente de lo adventicio local que he tratado de reflejar en estas notas.

Con todo, a pesar de este poderoso localismo inicial, nunca el socialismo eibarrés estuvo ausente de los problemas nacionales y ni siquiera de los internacionales. No podía estarlo, consistiendo fundamentalmente aquella novedad en una manera de sentir a España y al mundo, como consecuencia de su manera de sentir al hombre. Pero estaba en la naturaleza de aquella novedad dramatizar en primer término la realidad más inmediata, que era la vida local. Y así ocurrió en Eibar. E igual que en otras partes, el agudo conflicto de intereses que allí desató el comienzo de la organización de los trabajadores era resultado del chocar de elementos situados inmediatamente unos de otros sobre el terreno de materialidades comunes que tenían que ventilarse en áspera lucha, porque nada tan propenso a los enconos como el interés privado. De ahí el hondo dramatismo y el interés absorbente que había de caracterizar por mucho tiempo este círculo primario de la vida pública.

Las ideas políticas, con ser posible el sentirlas con el mismo calor que estas posiciones que se daban en el socialismo militante respecto al problema social, por referirse comúnmente a abstracciones centradas, por decirlo así, a mayor distancia de lo cotidiano, podían, en el comercio diario de la vida civil, permanecer replegadas en la conciencia, como las garras de un felino en sus extremos, sin dar lugar a tensiones demasiado agudas. Pero entre un obrero nacido a la conciencia de clase, de su situación y derechos, y el patrono rutinario que debía satisfacer a sus reivindicaciones inmediatas con cargo a su economía personal, difícilmente se podía evitar la incompatibilidad, el choque y la estela de un hondo resentimiento no fácil de olvidar.

Por eso tuvieron tanto volumen en los comienzos del movimiento obrero estas cuestiones locales. Daba elocuente testimonio de ello aquella sección de la correspondencia de los pueblos en *El Socialista*, que todos leíamos con el interés de una novela por entregas, pues los episodios que allí se referían, trozos auténticos de una trágica vida real, se sucedían interminablemente, rezumando la eterna injusticia de que nos habíamos dado cuenta. Y el problema nacional, o los problemas nacionales más urgentes, se revelaban al atento lector en las notas comunes en que concertaban aquellas innumerables incidencias de estas pequeñas guerras sociales en que ardía todo el país.

Eibar no podía ser una excepción a esta regla y pagó largamente a este periodo de lucha localista. En su caso se añadían a estas circunstancias generales de polarización que señalábamos su vascuence, la índole especial de su economía y la particularidad de sus costumbres.

## Los problemas nacionales

Pero, andando el tiempo, era natural que se llegara a una especie de equilibrio entre las mejoras inmediatas logradas por la organización obrera frente a los patronos y las posibilidades económicas de las industrias locales para seguir haciendo concesiones, y es probable que, de no haberse roto este equilibrio por alteraciones generales del nivel de precios a consecuencia de crisis exteriores, hubiera podido remitir antes aquella exacerbación de lo local, para abrir los ojos a más amplios horizontes y rendir su esfuerzo a objetivos más generales.

De todos modos, aquel progreso realizado de primera intención y aquella especie de equilibrio a que tendía lo local por obra de los sindicatos servía para trasladar los problemas mismos del trabajo de la esfera inmediata sindical al plano nacional y al de la política, al requerir las aspiraciones generales de los trabajadores soluciones legislativas y de alcance nacional. Y esto, coincidiendo con la agravación de los problemas propios del país como consecuencia de la aventura de Marruecos, significó para Eibar su ingreso de lleno en aquellas cuestiones que luego pasaron al primer plano de sus preocupaciones.

Vino entonces un periodo de estrecha colaboración con los republicanos a base de esos problemas nacionales. Los desastres militares se sucedían en África, en una guerra intermitente que no servía sino para acreditar nuestra ineptitud como profesionales de las armas y como colonizadores. Más de quince años de luctuosas campañas nos tomó la tarea de reducir a nuestra obediencia a unas cuantas tribus harapientas y sin artillería. Y mientras nuestra juventud daba su sangre sin gloria ni provecho para el país, un río de oro se nos iba por aquella herida, para enriquecer a los Juan March<sup>19</sup> y otros funestos de su especie, y dar ocasión a la carrera de algunos ambicioncillos como un tal Francisco Franco y Bahamonde, de quien habíamos de saber más adelante los españoles, como maestro en toda suerte de traiciones<sup>IV</sup>.

El tumor del militarismo —triste herencia de nuestras guerras carlistas, que acababan reconociéndose los grados de uno y otro bando—, mal que tarde o temprano había de

---

<sup>IV</sup>. Traidor a la República, a quien había dado toda suerte de seguridades; traidor al Rey, que le hizo gentilhombre; traidor a Hitler y Mussolini, que le habían dado el triunfo y traidor a España al regatear con los Estados Unidos el precio de las bases cedidas en el territorio de la patria con grave hipoteca sobre su porvenir<sup>20</sup>.

---

<sup>19</sup> Juan March Ordinas (1880-1962) fue un contrabandista, empresario y banquero español. De orígenes humildes y vida novelesca, consiguió convertirse sucesivamente en uno de los hombres más ricos de su Mallorca natal y de toda España. Su implicación como financiador de la sublevación militar del 18 de julio fue determinante para su éxito. Al parecer, March llegó a vender armas a los rifeños, aunque para entonces sus negocios legales, como banquero y naviero, probablemente le permitían enriquecerse a cuenta de la guerra en mucha mayor medida.

<sup>20</sup> Esta nota fue añadida en 1956.

arruinar al país imposibilitando su normal desenvolvimiento, no hacía sino cobrar fuerza con aquel remedo de guerra.

Por otra parte, los tímidos intentos del partido liberal de la Monarquía, que a veces asomaba al poder para dar fe del fúnebre pacto llamado del Pardo que preveía el turno pacífico de los dos partidos dinásticos<sup>21</sup>, no servían más que para exacerbar los fanatismos de unas gentes entregadas a unas formas de religión degradada y sumar nuevos retrocesos en el orden de la libertad de conciencia y la tolerancia con las claudicaciones a que estas obligaban a los pobres liberales.

Y es para hacer frente a semejante situación, que planteaba ineludiblemente la cuestión del régimen vista su incapacidad de evolución y reforma, que se impuso la colaboración política con los republicanos y la dedicación de los socialistas a la obra de derribar la Monarquía. Mas es justicia consignar que, afortunadamente para su vitalidad histórica y la eficiencia de su acción, nunca esta tarea política, con representar a veces tan pesada carga, sirvió para menguar su obra en el aspecto económico y social, pudiendo decirse, sin temor de incurrir en ninguna exageración, que todos los progresos de la legislación social en España hasta la guerra llevan el sello socialista.

Otras tendencias, con haber predominado en ocasiones en el campo sindical, se contentaban con escribir en la arena grandes triunfos frente a patronos y empresas a veces muy poderosas, pero que duraban lo que las circunstancias.

### **Proyecto de Casa del Pueblo**

Con esta ampliación de horizontes parecía como si se ampliaran también nuestras ambiciones. Nos habíamos instalado en una nueva casa, no distante de la anterior, pero bastante más amplia, señalada con el número 1 de Barrenkale según el nomenclátor municipal, pero que en realidad era la primera casa de Piparkale<sup>22</sup>. Allí se juntaron los locales de las cooperativas, el Café o Círculo Socialista y el Centro Obrero, y todo eran músicas, himnos y reuniones en aquella animada colmena que resultaba ser la casa.

<sup>21</sup> El Pacto del Pardo fue suscrito en 1885 entre los dos grandes partidos del liberalismo, el Conservador de Cánovas y el Liberal de Sagasta. El objetivo del mismo era garantizar una alternancia pacífica en el poder de ambos, evitando así la necesidad de recurrir a los pronunciamientos militares para efectuar un cambio de gobierno. En esencia, garantizaba la estabilidad repartiendo en espíritu de equidad las prebendas derivadas del ejercicio del poder pero, al aparecer nuevas corrientes políticas de base popular, sirvió como blindaje de la monarquía alfonsina al impedir mediante su instrumento principal –el fraude electoral– el acceso de esos nuevos partidos al poder.

El Pacto, en sí, no fue un acuerdo formal y no existe copia de hipotético acuerdo alguno. Ambos líderes se entrevistaron en vísperas de la muerte de Alfonso XII en El Pardo y fue allí donde, al parecer, se habrían establecido informalmente las bases de este entendimiento.

<sup>22</sup> En 1949 dice “...aunque parecía que la casa debiera haber llevado el mismo número de Bidebarrieta”.

Pero esta tenía dos dueños y no tardaran en intrigar con uno de ellos para desarticularnos la combinación. Y, en efecto, a poco se nos mandó desalojar<sup>23</sup>.

Entonces la Administrativa convocó una especie de consejo general. Estuvieron presentes en esta histórica reunión, además de las directivas y comités de los organismos allá domiciliados, todas las personas de alguna consideración y relieve en el movimiento obrero y socialista de la localidad, aunque no formaran parte de los órganos directivos. El doctor Madinabeitia, que podía ser considerado como la persona de más iniciativa entre nosotros, estaba naturalmente presente, y también estaba allí Ignacio Galarraga, a quien algunos le llamaban “el freno”<sup>24</sup>, por el excesivo espíritu conservador que le atribuían, a pesar de su radicalismo en el particular de la campaña contra la Guerra de Marruecos por la razón especial que ya sabemos. Es decir, estaban presentes en aquella especie de consejo de estado, el impulso que atropellaba realidades y el freno para quien todo se le imaginaba lleno de dificultades y obstáculos invencibles.

En la reunión se planteó la conveniencia de construir una casa propia: la Casa del Pueblo. Idea de la que el principal animador fue, como era de suponer, el doctor Madinabeitia. No faltaron objeciones prudentes por parte de más de uno de los reunidos, sin necesidad de que hubiera tenido que destaparse el bueno de Galarraga. Siguió un debate que dio lugar a que el doctor desplegara sus facultades suasorias, pintándonos un cuadro optimista de fácil realización aunque no teníamos ningún capital, y todo iba a terminar dándose por convencidos los más escépticos. Sin embargo, una preocupación embarazaba a la asamblea: todavía no había opinado Ignacio, el pesimista. Y cuando le llegó el turno para anunciar su voto, hizo saber, no sin sorpresa de todos, que se sumaba a la propuesta de Madinabeitia a condición de que la casa que fuéramos a construir fuese grande y hermosa, algo que por sus proporciones y su decoro pudiera compararse con una iglesia.

Y ese fue el encargo concreto que se dio por la asamblea a la comisión que se nombró encargada de preparar el proyecto, a propuesta de la persona que era considerada como el más conservador de los reunidos.

Con un espíritu semejante al que reinó en nuestra historizada reunión debió nacer en el reducido vecindario de nuestra villa, al surgir a la Historia, la idea de la fábrica de nuestra iglesia, tomándose en el tiempo lo que faltare en los recursos. Espíritu en que se fundían el optimismo de Madinabeitia y el sentido de futuro de Galarraga, pues ni los crecimientos naturales de tres o cuatro siglos han bastado a plantear un problema de espacio en la amplitud de sus naves, ni los enriquecimientos consiguientes la necesidad de añadir nada a su decoro.

<sup>23</sup> En 1949 este segundo párrafo dice: “Pero esta tenía dos propietarios, a uno de los cuales pertenecían la planta baja y el primer piso y al otro los altos. Y no tardaron en intrigar con el de los altos –porque el de los bajos era inabordable a ese efecto– para desarticularnos la combinación”.

<sup>24</sup> En 1949 dice “...Ignacio Galarraga, a quien algunos le llamaban “Draguía” –freno– por el excesivo espíritu conservador que le atribuían...”

## Un experimentador

Este Ignacio Galarraga, responsable ahora de las proporciones y el decoro que nos proponíamos en la proyectada Casa del Pueblo, era, a despecho de su supuesto conservadurismo, un verdadero revolucionario, un auténtico innovador, o por lo menos un experimentador desinteresado como los que cultivan las ciencias puras por puro amor de la ciencia.

Y no revolucionario porque decorara su antiguo taller de Chirio-kale con los cromos de *El Motín* y tuviese allí de manifiesto las obras completas de Victor Hugo y la *Historia Natural* de Odón de Buen<sup>25</sup>, o porque fuera uno de los fundadores de la Agrupación Socialista, sino innovador porque en su vida había dos experiencias originales que nadie supo utilizar en aquel Eibar de su tiempo y que, sin embargo, podían haber sido de provecho. Acaso mi padre, su amigo, que gustaba de tales ocupaciones, de haberle acompañado la salud y haber durado más en la vida, hubiera continuado en ellas.

La primera se refería a la aclimatación y cultivo de una seta de que obtuvo hermosos ejemplares en el oscuro sótano de su historiado taller de Chirio-Kale, en que nosotros jugábamos al escondite siendo niños, mediante un pan de tierra que se procuró del extranjero; acontecimiento inaudito para quienes en su derredor no sospecharon jamás que pudiera darse ninguna especie comestible fuera de los bosques y los prados, en estrecha relación con las especies arbóreas, sus asociadas en una especie de misteriosa simbiosis, sabiendo los menos avisados las extrañas reacciones de estas criptogámicas en cuanto el hacha hiere a sus árboles amigos. Los especialistas más entendidos en “susas”<sup>26</sup>, una suerte de alta ciencia que solo estaba al alcance de unos pocos iniciados que la rodeaban de cierto misterio esotérico, fueron los más admirados del caso. Yo, que para entonces sabía algo de todo esto por haber sido el amigo de mi padre, identifiqué la cepa obtenida con una especie —la *Agaris pratense*<sup>27</sup>— que en estado natural abundaba a la sombra de los manzanos y no se cosechaba de costumbre en Eibar, enriqueciendo con esta noticia mi experiencia particular que algún día me valdría para algo.

Y este es el momento de decir entre paréntesis que, a cuenta de esta mi experiencia en este orden del discernimiento micológico, algunas desavenencias conyugales hube

<sup>25</sup> Odón de Buen y del Cos (1863-1945). Académico y naturalista, fue uno de los padres de la moderna oceanografía española. Su *Historia Natural*, publicada en 1896, que gozaría de un amplio reconocimiento en el mundo de habla hispana, fue uno de los primeros textos científicos que expusieron las teorías de Darwin en castellano y, por ello, se ganó la inquina de los círculos clericales, amén de terminar el libro en el *Índice de libros prohibidos* de la Iglesia. Esta inquina acabó cristalizando en su apartamiento de la cátedra que ocupaba, lo que causó una serie de disturbios estudiantiles poco conocidos hoy día, pero que fueron uno de los primeros indicios de que la Restauración estaba agotando su recorrido.

<sup>26</sup> Aunque en general se usa para referirse a toda seta que no sea un boletus, en euskera eibarrés *susa* es la seta de pradera, que se da en primavera.

<sup>27</sup> En 1949 identifica la seta como la *Agaris pratensis*. Existe una *Agaricus pratensis*.

de tener luego de casado y en ocasión de la Primera Guerra Mundial, cuando los que no participábamos de las vacas gordas de la coyuntura hubimos de apretar el cinturón, debido a que mi cara mitad más de una vez se creyó en el caso de echar mis cosechas al “oste”<sup>28</sup>, so pretexto de que no justificaban el aceite que llevaba su fritura, estando como estaban por las nubes todas las oleaginosas. En realidad no era el aceite, sino que, a pesar de lo bien que nos venía aquel recurso natural, no confiaba demasiado en mi técnica para admitir sin reparos mis audacias de descubridor de nuevas especies comestibles.

La otra experiencia de Galarraga, aunque la maduraba de tiempo atrás y no sin consultas con mi padre, no la pudo llevar a efecto hasta que, siendo obrero calificado de la Cooperativa Alfa, se instaló en una casa soleada y rodeada de un poco de huerta, en Legarre. Consistía la experiencia en ensayar la cría sistemática y en probar la posibilidad de llevarla a efecto en términos utilitarios o comerciales, del *Helix pomatia*, el famoso *marraskillo*, el caracol que no ha de faltar en la mesa de ningún eibarrés la noche del que llaman Día de Ánimas<sup>29</sup>, y menos el día de Navidad<sup>V</sup>, amén de los días de fiesta del entretanto. También en esta curiosa demostración tuvo igual éxito que en la anterior experiencia, si bien, como dije, no tuvo seguidores.

Pero nada en la vida le satisfizo tanto como el haber acertado en el emplazamiento del Sanatorio para tuberculosos en Amaña, que parece había sugerido él a las autoridades a título de ciudadano con derecho a opinar y tener iniciativas, defendiéndola con la insistencia que ponía en sus cosas. Y la verdad es que, si en efecto fue suya la sugerencia, podía estar orgulloso de su acierto.

### Una deuda pendiente

El proyecto de la Casa del Pueblo, con la condicional formulada por Galarraga, se encargó a don Ramón Cortázar<sup>30</sup>, arquitecto de San Sebastián, que había trabajado con gran entusiasmo en Eibar en colaboración con don Antonio Iturrioz a su paso por la Alcaldía, siendo autor, entre otras edificaciones, de la Casa Consistorial y el Hospital-Asilo y del Plano General de Alineaciones y Rasantes, que las grandes des-

---

<sup>V</sup>. Esta indefectible presencia de los caracoles en el menú de Navidad, procedía de que ese día, antiguamente, era de abstinencia de carne, y el caracol, aunque no pescado, no figuraba entre las especies prohibidas por los casuistas.

<sup>28</sup> En euskera el *oste* es la parte trasera de cualquier edificio. Figuradamente se refiere a la basura, por ser allí donde solían amontonarse los desperdicios antiguamente.

<sup>29</sup> La caracolada tradicional se celebra tradicionalmente el segundo lunes después del Día de Ánimas.

<sup>30</sup> Ramón Cortázar Uruzola (1868-??). Arquitecto de cierta nombradía en la Gipuzkoa de entresiglos, epígono del modernismo local aunque hábil postulante también del historicismo de aires franceses tan querido en el lugar y la época. Era hijo del arquitecto responsable del emblemático ensanche y Boulevard donostiarra.



trucciones de la guerra, los bombardeos ejecutados por los ítalo-alemanes sobre nuestra pobre villa para que pudieran entrar en ella los requetés, habrán dejado sin objeto, facilitando mejores soluciones, al eliminar obstáculos insuperables de interés privado.

A este don Ramón Cortázar, aparte el agradecimiento que le debemos como eibarreses viejos, los de la Casa del Pueblo le debemos también los honorarios del proyecto y la dirección de las obras ejecutadas, y aquí queda constancia de ello, certificado por quien administró los dineros de aquel empeño, porque a los socialistas de Eibar podía ocurrirnos el naufragar en las desgracias que aguardaban a la pobre España, pero olvidar una deuda, jamás.

El emplazamiento para nuestra proyectada Casa del Pueblo se eligió en la misma plaza de Unzaga que el señor Cortázar había reformado, a un lado de la Casa Consistorial; es decir, en el corazón mismo de toda la vida local, sin que reparáramos en las dificultades financieras y administrativas que representaba el hacernos con el solar en que habíamos pensado.

Las financieras, con ser ordinariamente las más graves, en este caso fueron aliviadas bastante por los términos liberales en que nos fue cedida la mayor parte del terreno indispensable por don José María Azpiri, uno de los espíritus más exquisitos de nuestro pueblo<sup>31</sup>. Abogado con una sólida cultura general además de su ciencia profesional, que era mucha, ejercía la profesión casi siempre en oficios de amigable componedor, sin que los clientes —todos *erri-batekos*<sup>32</sup>— se creyeran en el caso de preguntarle por sus honorarios<sup>33</sup>. Los más agradecidos se lo pagaban con un cordero o un par de pollos, cuando no con una canastilla de perrechicos. Tenía una buena biblioteca, y cuando a mis ambiciones de lector omnívoro no bastaron los fondos de la biblioteca del Centro Obrero y la del Ayuntamiento que se creó por iniciativa de los socialistas, no fueron pocos los libros que me prestó este señor, haciéndome la gracia de comentarlos cada vez que iba a devolvérselos. Algunos buenos consejos suyos me valieron mucho en la orientación de mis lecturas.

Por lo demás, sereno gozador de la vida, más que un epicúreo era un horaciano y solía recordar mucho las cosas que había recogido de Unamuno en sus visitas a Eibar. Sobre todo aquello, que debía haber hecho alguna mella en él, de que la idea de Dios no es una idea que viene y se toma o se deja a discreción, sino que agarra como un animal de presa y muerde e hinca las uñas en la carne del espíritu. Y lo que más le admiraba por lo mismo era que él, Unamuno, tenía domesticado a ese animal de presa y se permitía toda suerte de familiaridades con él. Afortunadamente para este nuestro amigo, murió antes de que estallaran en sangrienta guerra nuestras discordias

<sup>31</sup> La cantidad presupuestada para todas las atenciones de la Casa del Pueblo, según proclamó la prensa socialista de entonces, fue de 50.000 duros de la época.

<sup>32</sup> Del euskera, paisanos, literalmente “del mismo pueblo”. En 1949: “erribatekos”.

<sup>33</sup> José María Azpiri aparece por primera vez como abogado con despacho en Eibar, situado en la calle Isasi, en la matrícula correspondiente al ejercicio 1899-1900.

civiles, pues era de la clase de aquellos hombres a quienes rompió el alma la magnitud de la tragedia, sin necesidad del pesado tributo que pagaron a ella algunos de los suyos. Aparte esta grave razón personal, se hubiera considerado dichoso con cerrar los ojos al mundo antes de conocer tales horrores.

### **Caciquismo provincial fuerista**<sup>34</sup>

Dije, hablando de las dificultades que nos aguardaban en relación al solar escogido para el emplazamiento de la Casa del Pueblo, dificultades administrativas, no refiriéndome a números o al buen gobierno de dineros, sino a las que habíamos de tener con la Administración desde el momento que el Ayuntamiento, además de las licencias necesarias en relación al proyecto, había de cedernos una parcela sobrante de vía pública para completar el solar del proyectado edificio. La feliz circunstancia de tener que adjudicarse necesariamente aquella parcela o sobrante, según la ley, al solar edificable más inmediato, que era el nuestro, y el estar dispuestos a pagar el precio de tasación no terminaba la cuestión, existiendo el recurso de alzada ante la Excm. Diputación contra las resoluciones municipales, y una Diputación en Guipúzcoa enemiga nuestra, dispuesta a admitir aquellos recursos y a resolverlos en nuestra contra sistemáticamente a pesar de su tan asendereado fuerismo.

Y, en efecto, no hubo providencia en relación a nuestro proyecto que no fuese objeto de un recurso de alzada por parte del concejal representante de la derecha, ni recurso que no se resolviera en San Sebastián a favor del recurrente, con soberano desprecio, no ya de la autonomía municipal, sino de la ley y la justicia, estando constituida aquella Diputación por ultramontanos de “*el liberalismo es pecado*”, que se creían autorizados a atropellar un Ayuntamiento que no era de su devoción.

Pero, estando de nuestra parte la ley de una manera tan incuestionable, todos aquellos entorpecimientos administrativos provocados por los enemigos y que nos causaban tanta irritación, no consiguieron otra cosa que el obligarnos a unas demoras que, en el fondo, no nos venían mal para no dejarnos llevar por imprudentes impacencias y para proveernos de los estados de indignación que nos eran indispensables para mantener el ritmo y la continuidad de las contribuciones y donativos.

Y aquel propietario que provocó el problema de nuestro desalojamiento porque le molestaban nuestros cantos y nuestras actividades en una su distante pertenencia, nos tuvo que aguantar frente por frente desde que empezamos a utilizar el solar para nuestras actividades sociales, mucho antes de comenzar las obras.

Luego, cuando la guerra civil, habiéndose estabilizado durante varios meses el Frente del Norte de forma que nuestro pueblo se encontraba en la línea de fuego, los bombarderos fascistas se ensañaron no poco sobre el caserío de la villa y no perdonaron

---

<sup>34</sup> El autor creó este epígrafe en 1956, desdoblándolo el anterior.

ron, como era de suponer, a la Casa del Pueblo, convirtiéndola en ruinas. Pero el hecho de que nadie, ni el Ayuntamiento, ni los particulares de la situación, se hayan atrevido a utilizar el magnífico solar, en un punto tan interesante de la villa, resulta una tácita confesión de su íntima convicción de que un día volveremos sobre el lugar con nuestros derechos y nuestra justicia<sup>35</sup>.

### **El problema autonómico**

Aquellas arbitrariedades de la Diputación provincial reaccionaria, donde no las minorías, sino la parcialidad política y las influencias personales de determinados figuras encontraban amparo, había convertido en un problema vivo para los socialistas de Eibar, mayoritarios en el Ayuntamiento, la cuestión de la autonomía municipal, sintiéndola como una necesidad de la vida administrativa además de profesarla como principio.

De ahí que en cuanto al tradicional culto de los Fueros Vascongados, que todos los partidos trataban de explotar para llevar el agua del favor popular a su molino particular, los socialistas, por lógica consecuencia de sus principios de libertad —que siempre la concebían orgánicamente, esto es, como una realidad viva—, profesaban sin reservas la idea de la soberanía de los organismos locales de la Administración en aquellas materias específicas de su propia competencia. Y no fueron pocas las oportunidades en que, sin incurrir en los anacronismos que otros acostumbraban, atentos a la letra y no al espíritu, propusieron cosas como el restablecimiento de las antiguas Juntas Generales, constituidas por los procuradores directos de los municipios de la Hermandad, ahora Provincia, para sustituir a las diputaciones caciquiles, o cuando menos, si no era posible desconocer a ese punto la ley orgánica en vigor, para autorizar y sancionar su gestión económica, del mismo modo que la Junta Municipal de Vocales Asociados autorizaba y sancionaba la de los ayuntamientos. Indalecio Prieto en la Diputación de Vizcaya, según creo recordar, dio forma a esta aspiración en proposición concreta y circunstanciada que no sé qué suerte vino a tener.

Y cuando más tarde, al precipitarse el término de la guerra europea con la propuesta de los catorce puntos del presidente Wilson, cobró calor el principio de la au-

<sup>35</sup> La antigua Casa del Pueblo sufrió desperfectos durante los bombardeos. Una de las bombas de aviación con resultados más letales cayó a poca distancia, en la adyacente calle de O'Donnell, o Ego Gain como se le conoce ahora. Existen estudios sólidos que indican que esta no llegó a detonar, pero eso no evitó que causara la muerte de varias personas acogidas a un refugio antiaéreo que allí había.

Por otra parte, la afirmación de que los vencedores no se atrevieran a usar el solar era cierta en 1949, pero no en 1956, para cuando estos, que se habían incautado del solar, ya habían reconstruido el edificio, dando remate al proyecto socialista original de varias plantas, para dedicarlo a sus propias actividades sindicales y sociales. Sorprende que el autor, en contacto epistolar con varios eibarreses y por tanto al corriente del hecho, no quisiera modificarla en 1956, ni en 1968, para cuando él mismo había tenido oportunidad de visitar brevemente el pueblo.

todeterminación de los pueblos y se exacerbó, en la España empobrecida y venida a menos, el problema de los separatismos que surgieron al perder las últimas colonias de lo que fue nuestro vasto imperio, para los socialistas no hubo otra cuestión, sino la de probar que esa fuese la voluntad auténtica de las regiones que se decían descontentas.

Siendo doctrinarios de la unión de los pueblos en esferas cada vez más amplias para acabar por constituir una familia universal, sujeta a un estatuto jurídico que proscriba las guerras —como en el principio de las cosas el establecimiento de la autoridad civil puso fin a la violencia de los particulares—, no podíamos estimar aquellos separatismos sino como un error y un retroceso, cuando no como una aberración al apoyo de evidentes deformaciones de la Historia y la Antropología. E históricamente, una ingratitud, por cuanto los vascos, por ejemplo, en los grandes días de la España grande, llenaban la Corte y figuraban en los oficios más lucrativos de la Monarquía, ilustrando nombres de los que nos orgullecemos.

Pero, de la misma forma que en el orden de la familia, con considerarla los socialistas como la base fundamental de toda la fábrica social, somos partidarios del divorcio, es decir, de su disolución en aquellos casos en que la convivencia se haga imposible, así en la vida política de los pueblos, opinamos lo mismo.

Pero el pronunciarse uno por el divorcio, basándose en el hecho de las desavenencias irreductibles que se dan, no quiere decir que nos agraden esas desavenencias, ni prejuzgan cuál de las partes lleva la razón<sup>36</sup>.

## La primera piedra

Andaba por aquel tiempo muy en candelero Melquiades Álvarez<sup>37</sup>, entregado a ciertas veleidades revolucionarias, antes de rebajar su vino político con el agua del

---

<sup>36</sup> En el original de 1949, este párrafo terminaba con la siguiente nota al pie:  
*“En uno de los grandes baches por que hubo de pasar el socialismo eibarrés, me decía uno en el Ayuntamiento:*

*—Lo que es en esta, con lo que se os va en jirones, vais a quedar cuatro gatos.*

*Aceptando el pronóstico, hube de decirle:*

*—Que Dios te oiga y lo haga bueno.*

*No explicándose mi reacción, hube de declararle:*

*—Porque en ese caso seríamos cuatro a disponer de acervo común y podríamos considerarnos ricos. Alguna vez se me ha ocurrido pensar que Castilla podría discurrir de la misma manera, si por desdeñarlo nosotros, abandonamos a ella sola todo el acervo de las glorias de España”.*

<sup>37</sup> Melquiades Álvarez (1864–1936) fue un jurista y político español. Gran orador, aunque comenzó en el republicanismo, con Salmerón, y participaría en los sucesos de 1917, fue templando sus posturas hacia un lugar en el centro derecha del espectro político de la República. Álvarez llegó a defender que, siempre que el sistema político fuera democrático en su funcionamiento, su forma externa —República o Monarquía— era irrelevante. Esta deriva le llevaría a ser nombrado presidente del Congreso de los Diputados. Durante la Dictadura de Primo de Rivera trató de convencer al Rey de recuperar el parlamentarismo liberal y participó en algunos complots para derrocar al dictador.

reformismo. Habiendo pasado una vez más por el poder el equipo liberal de la Monarquía para evidenciar la imposibilidad de sacar adelante ninguna evolución sustancial, trabajaba en el propósito de cambiar de régimen.

Una simple Real Orden de los liberales, permitiendo, por ejemplo, la manifestación de signos exteriores en edificios religiosos no católicos podía levantar y levantaba tempestades políticas en el mar del fanatismo clerical intransigente capaces de hacer naufragar a cualquier gobierno. Con esta intransigencia cerril y agresiva se nos tenía regulada la vida espiritual a los españoles, y los beneficiarios de tan extraordinario privilegio político se mostraban dispuestos a afrontar la guerra civil antes de cejar un ápice en sus ventajas.

Estuvo en Eibar el tribuno asturiano, pronunciando un magistral discurso en la plaza de toros al que *El Liberal* de Bilbao hizo el honor de publicarlo íntegramente, dando ocasión a que yo pudiera comprobar lo que me parecía imposible: cómo aquella pieza tan bien lograda en su trazón lógica y gramatical y en su forma literaria, podía salir perfecta de la boca de un orador en un discurso de circunstancias<sup>VI</sup>.

Aprovechando su presencia y la de numerosas delegaciones democráticas de Vizcaya y de Guipúzcoa que acudieron aquel día a Eibar, se procedió a la ceremonia de la colocación de la primera piedra de nuestra proyectada Casa del Pueblo, sobre el solar de la plaza que un día había de llamarse de la República, y en la cual se nos entregaría el título de Ciudad Ejemplar. Indalecio Prieto, de la Agrupación Socialista de Bilbao, que aunque todavía no había desdoblado su recia personalidad de periodista en la de hombre público y estadista que vendría a ser, hacía notable figura de tribuno popular, actuó en la ceremonia por los obreros de Vizcaya. Melquiades Álvarez, en una notable improvisación, evocó la figura de Enrique IV de Francia, cuando el bernés arengaba a sus soldados ante los muros de París, mostrándoles como enseña el blanco penacho de su sombrero, cuya nivea albura señalaría a todos el lugar del peligro, del deber y el honor.

Madinabeitia, a raíz de aquel contacto, anduvo muy ocupado en organizar unos grupos de acción y en obtener algunas precisas colaboraciones para la eventualidad de una crisis revolucionaria que por aquel entonces no se dio.

Melquiades, que en aquella época encabezaba estas actividades subversivas que no cuajaron, adoptó una actitud reformista cuando las probabilidades para una revolución

---

<sup>VI</sup>. No tan de circunstancias, pues se me aclara que, en aquel discurso trazó las líneas generales programáticas de un nuevo partido político que iba a acaudillar<sup>38</sup>.

---

<sup>38</sup> El Partido Reformista, fundado en 1912 y que supuso el inicio de su aproximación a posturas más posibilistas. Este fue el momento álgido de su carrera política. En el partido militaron, o frecuentaron el trato personal de Álvarez, figuras destacadas de la cultura de la época como Galdós u Ortega y Gasset, y también de la política, como Azaña, del que se le suele considerar como mentor.

política fueron mayores. Lograda la República, fue como un astro apagado y su talento político no sirvió a levantarla ni a hundirla. Y cuando la rebelión militar de 1936, los hados usaron con él la crueldad de hacerle esperar en la cárcel, detenido por el antecedente dudoso de sus concomitancias con la Telefónica, una de aquellas ciegas acometidas del pueblo en que pereció sin gloria para él y con daño para la República, que hubo de responder de aquellas vidas.

Porque la República, aunque sin culpa en la sangre vertida en unas horas demenciales que no había provocado y que, al contrario, fueron una más de las muchas desgracias que los enemigos acumularon sobre ella, incluso con agentes provocadores, no ha padecido menos con el sangriento equívoco en que la envolvieron esta clase de sucesos ante el juicio del mundo, con la complicidad de unas propagandas infames a los que se prestaba la prensa reaccionaria de todos lados.

Y no sería ella ciertamente, la República, la que rehuyera una revisión general, si algún día pudiera someterse a un juicio universal lo ocurrido en las dos Españas trágicas, entonces delirantes, presas del mismo furor ambas; mas una defendiéndose de los que se alzaron para destruirla por la fuerza, traicionándola y pagándole con el crimen la generosidad con que abordó el problema militar, y la otra secundando aquella traición y aprovechando la circunstancia propicia para vengarse de todos los que habían pensado en liberal.

### **Indalecio Prieto**<sup>39</sup>

Hemos hecho mención de *El Liberal* de Bilbao, y es hora de decir algunas palabras acerca de este periódico, responsable mayormente del pensamiento general de los socialistas de Eibar por ser el papel con que se desayunaban a diario desde los bastante lejanos días de su fundación, como hijuela del de Madrid, al igual que el de Sevilla y el de Murcia, a los cuales comunicaba su gran prosapia literaria el diario metropolitano, dirigido entonces por don Miguel Moya<sup>40</sup>.

*El Liberal* de Bilbao, independizado luego del de Madrid, no era un periódico de partido sino de empresa, pero siempre estuvo hondamente impregnado de una emo-

<sup>39</sup> Indalecio Prieto Tuero (1883-1962) fue un político socialista español. De origen humilde y cultura autodidacta, siendo apenas niño llegó a Bilbao desde su Gijón natal. Trabajó desde muy joven en diferentes oficios de fortuna hasta terminar como periodista en *El Liberal* de Bilbao, donde iría ascendiendo hasta convertirse sucesivamente en su director y propietario.

Afiliado en Bilbao a las Juventudes con 16 años, Prieto es una de las grandes figuras del socialismo español del siglo XX, diputado casi vitalicio por Vizcaya, concejal en Bilbao, será cabeza visible de una de las grandes facciones socialistas, llegando a presidir el partido entre 1935 y 1948. Desempeñaría ministerios cruciales con la República, incluido el de Defensa durante la guerra.

<sup>40</sup> Miguel Moya Ojanguren (1856-1920) fue un abogado, periodista y político. Ligado a los ambientes progresistas, fue una de las figuras monumentales de la prensa española del XIX. Las diferentes franquicias de *El Liberal*, del que fue fundador, fueron uno de los primeros ejemplos de prensa de masas moderna en España capaces de sostenerse por su propio éxito comercial y no, como era costumbre hasta entonces, por aportaciones a fondo perdido de la corriente política de turno que quisiera emplear un periódico como tribuna particular.

ción liberal auténtica y lleno del eco y las palpitaciones del republicanismo y el socialismo militantes de una ciudad tan polémica y apasionada como era la capital de Vizcaya, que venía a ser una escuela política para los pueblos que a su rededor atendían las incidencias de sus luchas. Pues Eibar, con pertenecer geográficamente a Guipúzcoa, gravitaba en el orden del obrerismo y las cuestiones sociales, que eran lo que más pesaba allá, hacía Bilbao, insigne laboratorio social, de donde tomaban los nuestros la lección y el precedente, sin perjuicio de la originalidad de que no abdicaba, como no abdicaba de su vascuence.

Indalecio Prieto, que tenía desde muy atrás una participación personal tan importante como discreta en la confección de aquel diario bilbaíno, influyó así por este conducto acaso más que nadie en la formación socialista del Eibar que voy contando, pero no recuerdo que hubiese estado allá como mitineador ni conferenciante, ni siquiera como visitante, salvo alguna excepción como el acto de la colocación de la primera piedra de la Casa del Pueblo, con ser tan frecuentemente nuestros huéspedes sus mejores amigos de Bilbao.

Claro está que esto solo reza respecto del tiempo anterior a su servidumbre de los cargos políticos en Madrid, pues a partir de entonces fueron muchísimas las veces en que Prieto tuvo que intervenir a favor de Eibar en cuestiones que habían de resolverse en las esferas gubernamentales, teniendo que añadir a la labor que ello suponía el sacrificio de no pocas visitas personales a la villa. Mas, en cuanto a lo que estaba diciendo de los viejos días, yo sospecho que, aparte de la esclavitud del diario al que estaba entregado de cuerpo y alma, nuestro amigo guardaba la ingrata visión de algún desgraciado día de agua y frío en que debió caer por allí, sin que le quedaran ganas de volver por aquel clima inhóspito, con ser tan parecido al de Bilbao.

Por lo demás, nunca, o raras veces, los corresponsales de Eibar utilizaron *El Liberal* a la manera que lo hacían los de *El Pueblo Vasco* y *La Voz de Guipúzcoa*, como verterero de los chismes de vecindad, y solo despachaban a él las cosas realmente noticiables, con lo que el periódico mantuvo siempre su categoría ejemplar para los lectores de Eibar, en beneficio de su obra y efecto, que era el de transmitirles la experiencia política y social de un centro tan activo y de tanta actualidad nacional como era Bilbao.

### ***La Voz de Guipúzcoa***

Así como los socialistas desayunábamos en Eibar con *El Liberal* de Bilbao, los republicanos hacían lo mismo con *La Voz de Guipúzcoa*, y así como unos nos inspirábamos en Bilbao, donde las luchas sociales eran tan reñidas, los otros padecían la influencia de San Sebastián, donde el republicanismo tenía vieja raigambre y figuras ejemplares de tipo euskaldun<sup>41</sup>, patriarcas del fuerismo y doctrinarios de la autonomía y la federación.

<sup>41</sup> En 1949 dice "euskeriano".

Cierto que *La Voz de Guipúzcoa*, durante la temporada veraniega, cuando los reyes moraban en San Sebastián acompañados de la aristocracia de la sangre y el dinero, ponía sordina en su republicanismo; pero también los carlistas y los integristas, tan intransigentes en los pueblos, donde se dedicaban a perseguir el “agarrao” y a hacer obligatorio el rosario hasta en los lugares de trabajo —mejorando lo escaso de los jornales con la añadidura de las abundantes gracias de tan remuneradora devoción—, consentían por su parte, y hasta financiaban, en su casa de la capital las mundanidades de la ciudad veraniega y cosmopolita, con sus centros de vicio y disipación.

La de los republicanos en Eibar seguía siendo siempre una fuerza política importante, y desde que se estableció una colaboración republicano-socialista en la esfera nacional, nuestras relaciones con los veteranos de aquella bandera no hicieron sino mejorar. Pues, como dije, aunque Eibar no había sido una excepción en la táctica general de combatir a los republicanos con que se inauguró el socialismo en España, nuestras relaciones con ellos en la localidad nunca fueron demasiado tensas.

A pesar de la lucha de clases que implicaba a algunos patronos de aquel campo en los rudos encuentros societarios, la solidaridad política de los elementos liberales, en una provincia dominada por el clericalismo intransigente, seguía siendo siempre una necesidad que se imponía sobre los particularismos ideológicos de las izquierdas, sobre todo en momentos de crisis como aquellos a que alcanza ahora esta referencia, cuando toda España estaba agitada con los aspavientos que movían los clericales a cuenta de una efímera etapa liberal que no dejaría ninguna huella de su paso por el poder.

### **Donde se ve que tranquilidad no viene de tranca**

Fue por aquellos tiempos que tuvo lugar una concentración carlista en Eibar. Las circunstancias políticas del país en aquel momento, a punto de agotar otra etapa liberal que no habría de servir, una vez más, sino para demostrar la imposibilidad de reforma alguna frente a las protestas que levantaba en el campo clerical la más tímida iniciativa, la elección del lugar y, sobre todo, los imprudentes alardes que hacían en su prensa regional los que iban a visitarnos daban a la cosa un acusado aire de provocación que no podía dejar de irritar a los liberales de Eibar. Y digo liberales porque, ante una provocación de aquella clase por parte de los enemigos tradicionales e históricos del pueblo, que en dos guerras civiles los había padecido en la desgracia de su ocupación, automáticamente funcionó aquella solidaridad política que antes decía, no habiendo para el caso republicanos y socialistas, sino liberales simplemente, es decir, casi todo el vecindario.

No fue, en efecto, que vinieran con las manos vacías, ni sin que repitieran en nuestro solar los desplantes que venían haciendo con motivo de sus propagandas en otros lados, pues tiempo hacía que cada domingo andaban a tiros en Vizcaya, cuando no



con los nacionalistas vascos, con los republicanos, queriendo acreditar que estaban en forma para una tercera guerra civil.

Y allí donde nunca hubo un hecho de sangre, con todo y sus apasionamientos políticos, ocurrieron aquel día cosas lamentables y hubo muertos y heridos de ambos lados. Y luego siguieron agrias disputas en la prensa para arrojar la culpa de lo sucedido los unos sobre los otros.

Yo me acuerdo de haber estado en una excursión socialista en Estella, que era algo así como la capital del carlismo en el corazón de Navarra<sup>42</sup>, y si bien es cierto que no nos ocurrió ninguna cosa desagradable, dicho sea en su favor, no es menos cierto que fuimos allá como íbamos a todas partes, en son de paz y sin más armas que nuestro evangelio de la solidaridad de los trabajadores.

De todo el ruido de aquel funesto día de la invasión carlista en Eibar, que en efecto eso fue mejor que no una visita —a que todo el mundo tiene derecho—, no quedó vibrando en el aire más que el axioma político que venía repitiendo en sus propagandas quien vino a la cabeza de las huestes guipuzcoanas y que una vez más lo aireó en Eibar, antes de que el mundo hubiera oído hablar de Mussolini e Hitler: que tranquilidad viene de tranca.

Y como lo que se escupe al cielo llueve sobre uno mismo, así fue luego su desgracia cuando, andando el tiempo, el de la tranca, siendo parte de la conspiración que abrió la era de violencias de 1936, cayó en manos de unos violentos que profesaban la misma doctrina desde la acera de enfrente. Dicen los suyos que murió con la dignidad y la grandeza de un santo; con la misma grandeza y dignidad, digo yo, con que supieron morir otros muchos de nuestro lado, sacrificados al funesto rigor del axioma referido. Acaso para que nos demos cuenta así de la locura de nuestros enconos llevados a ese extremo, y para que se vea claro que los hay buenos y malos en todos lados. Pues si a sus mártires corresponden los nuestros, igualmente innumerables a través de toda la fruncida faz de España, a los incontrolados de nuestra zona corresponden los verdugos de la suya, no menos siniestros a la hora de matar sin causa justificada.

Solo se da una diferencia, que no la callaré cada vez que haya lugar a señalarla: no les ha dolido a ellos nuestra sangre, como la sangre vertida de nuestro lado ha dolido y pesado a la República, con ser tal contingencia una desgracia más de las infinitas desgracias que hicieron caer sobre ella los que, para destruirla, no vacilaron en provocar aquella desesperación al atacarla a sangre y fuego.

---

<sup>42</sup> De hecho, durante la Tercera Guerra Carlista, el carlismo había establecido allí la capital oficial del territorio controlado por sus fuerzas.

## Funcionario municipal

En estrecho entendimiento por aquella época los socialistas con los republicanos, había cambiado el signo político del Ayuntamiento. La mayoría correspondía ahora, después de una larga etapa de los antiguos “betarras”, luego conservadores de la Monarquía, a la conjunción republicano-socialista que, habiéndose formalizado en toda España, no había dejado de surtir efecto en Eibar mejor que en otros lados. Los alcaldes, sin embargo, siguieron siendo nombrados por real orden, con la acostumbrada protesta de los socialistas, que nunca perdían ocasión para salir por los fueros de la autonomía municipal<sup>43</sup>.

Con este nuevo clima en el Ayuntamiento, Amuátegui y Mendizábal, mi tocayo, concejales que colaboraban en la Comisión de Gobernación, tuvieron la mala ocurrencia de acordarse de mí, que tenía oficio y ocupación y ya estaba en vías de constituir familia, para una vacante de escribiente por horas que se produjo en la Secretaría municipal. Y me indujeron a presentar solicitud, a pesar de que mi letra no tenía nada de pendolista, ni mucho de tentador el puesto para otro que le hubiese importado algo el dinero<sup>44</sup>.

Pensaban que yo podría empaparme en el Alcobilla, el *Boletín Oficial* y la *Gaceta* y prestarles una útil ayuda desde dentro, como funcionario de confianza para las cosas que se proponían realizar en el municipio y para las cuales necesitaban un colaborador que sintiera el servicio. También don José María Azpiri, cuñado de mi tocayo el concejal, aquel de quien dije que me prestaba los libros de su biblioteca y más adelante nos había de ceder el terreno para la Casa del Pueblo, entró en la conjura para recomendarme al Ayuntamiento, pensando por su parte inducirme a estudiar por libre la carrera de Derecho.

Y es así como ingresé de escribiente al servicio municipal, si bien con una pobre letra de colegial que es la que pude adquirir con *el Fosforero*, con un sueldo que no le iba mucho más allá, de mil doscientas cincuenta pesetas anuales. Emolumento que, veinticuatro años más tarde, al estallar la sublevación militar, era justamente el doble, con todo y lo que se había desvalorizado la peseta, o con todo lo que habían subido las cosas, que viene a ser lo mismo.

Mi compensación consistió durante algún tiempo –unos tres o cuatro años– en que, habiendo entrado a sustituir a un escribiente que trabajaba solo medio día, yo

<sup>43</sup> En 1949 dice: “...inevitable protesta de los socialistas, que no faltaba nunca por razón de principios, aunque la persona designada fuese de su agrado”.

<sup>44</sup> Tras ser elegido por unanimidad como el más apto de entre los 13 candidatos presentados, el autor fue nombrado para el puesto en la sesión ordinaria del 13 de mayo de 1912. Su horario de trabajo se estableció entre las 2 y las 6 de la tarde. Horario “...el más conveniente y adecuado para el desempeño de ese cargo, porque las personas que forman la Corporación, estando sujetas a ocupaciones que no pueden abandonar, suelen reunirse las comisiones en las últimas horas de la tarde” según se argumentó a la hora de cubrir la vacante.

había de seguir haciendo lo mismo; régimen que me permitiría continuar trabajando en mi oficio para completar un haber indispensable<sup>45</sup>. Y esto era lo que los corresponsales de la oposición, en su sección de chismes de vecindad, reprochaban tanto a los socialistas, de haber impuesto un “empleado privilegiado”, por el privilegio que yo gozaba de completar lo necesario para mi subsistencia en otras ocupaciones a que tenía que atender.

Por suerte o por desgracia, nunca pude entrar por la literatura de los textos oficiales más de lo obligado por el servicio, defraudando así a los que pensaron que desde mi nueva situación podía estudiar, a hurtadillas del doctor Madinabeitia, la carrera de las leyes. Y si alguna satisfacción me resulta de haber entrado por tan equivocado sendero –aunque creo que en ningún momento hice mal mi servicio–, es la de haber sido a lo largo de aquellos laboriosos años, además de un entusiasta colaborador desde dentro de toda noble iniciativa municipal, el memorialista gratuito de infinidad de pobres que solían tener que recurrir al Ayuntamiento y el servidor desinteresado de todos en mi función, sin ceder –y lo digo sin modestia– un ápice a esa deshumanización que ocurre en el burócrata, aun en los pueblos más pequeños.

### **El susto de un aldeano<sup>46</sup>**

Me pesa dilatar me en estos detalles personales, pero como a veces se interponen en los caminos de este viaje por el país de los recuerdos, como piezas necesarias a caracterizar los paisajes morales que vamos recorriendo, no me queda más remedio que afrontarlos con perdón de los amigos.

A propósito de esta manera de entender el servicio en el ambiente de pequeñas socaliñas que suelen ser las secretarías de pueblo, solo diré una anécdota. No para darme lustre, de lo que no ha lugar<sup>47</sup>, sino para pintar un cuadro.

Un domingo por la mañana que llovía –porque en otro caso no me hubieran encontrado sino en el monte–, fui requerido por un aldeano en la Casa del Pueblo para que fuese con él al ayuntamiento y buscara en la secretaría el número y la clase de su cédula personal. Le era indispensable el dato para firmar una escritura notarial y había olvidado el documento en el caserío, a mucho camino monte arriba, aunque en la misma jurisdicción. Yo acudí benévolutamente a su requerimiento y le facilité el dato que le interesaba, que solamente fue cuestión de unos minutos.

El aldeano, ¿cómo no?, me preguntó lo que me había de dar por el servicio, acostumbrado a que nadie en las oficinas a las que tenía que recurrir hiciera negro sobre

<sup>45</sup> En 1949 dice: “*Mi compensación consistió durante algún tiempo en que, habiendo entrado a sustituir a un escribiente que trabajaba medio día, yo había de seguir haciendo lo mismo; régimen que me permitía seguir trabajando en mi oficio e hizo compatible luego mi gerencia en la Cooperativa Alfa*”.

<sup>46</sup> El autor creó este epígrafe en 1956, desdoblado el anterior.

<sup>47</sup> O, como dice en 1949, “*...no para alabarme como el burro que nadie alaba...*”

blanco por el amor de Dios. Yo, para decirle elegantemente que no me debía nada, usando de una figura retórica, le dije que mil pesetas. Pero el aldeano, que no entendía de figuras y veía en todos los que blandimos la pluma a aquel

*...escribano cuco  
terrateniente de Caco,  
llevando bajo el sobaco  
un pleito como un trabuco,*

del epigrama, para él tragedia, lo tomó al pie de la letra, y como para ellos corre la versión de que médicos, abogados y burócratas tienen la boca por medida y obligan a su albedrío, cuando a ellos les graduaban la leche y les tasaban al céntimo los huevos y los frutos de la tierra, le dio un síncope o poco menos... Con parecerle inaudito lo que acababa de oír, dudaba, por resultarle más inaudito todavía, de su sentido figurado, por la excepción excepcionalísima que en ese caso constituiría semejante desinterés. Y me costó Dios y ayuda tranquilizarle y hacerle comprender mi torpeza de andarme con elegancias y figuras retóricas con quien tenía tanta prisa y tan escamado andaba con lo que éramos capaces los plumíferos de las covachuelas...

### **La Escuela de Armería**

Una de las primeras iniciativas con que topé en el Ayuntamiento, y a cuya intención había yo de emborronar infinito papel, fue la creación de la Escuela de Armería. Si no recuerdo mal, la idea partió de don Pedro Goenaga, industrial inteligente y concejal republicano a quien correspondió ejercer largo tiempo funciones de alcalde, y su moción fue suscrita por Amuátegui y Erquiaga, y seguramente también por otros colegas<sup>48</sup>.

Se trataba de conseguir que se destinaran a la creación y sostenimiento de una escuela profesional de armería los productos fiscales de la expedición de guías y demás documentos de Intervención del Estado, indispensables para el tránsito de armas del lugar de producción al comercio y la clientela. En otros tiempos este ingreso constituía la renta particular de una familia, autorizada por el Estado para extender tales documentos, pero más tarde se encomendó el servicio a una oficina pública en la que representaban al Estado un coronel de Artillería, un maestro armero y otros subalternos, todos pertenecientes a la misma Arma.

Aquel ingreso, no desdeñable, aunque oficialmente del Estado —en el caso más favorable de que no se perdiera en el camino como las aguas del Guadiana—, era igual

<sup>48</sup> La moción, presentada en la sesión del 1 de julio de 1912, fue presentada por los concejales Mendizabal, Erquiaga, Goenaga, Muguerra, Astigarraga e Iriondo. Pedían en ella “*la implantación en esta villa de una Escuela de Armería, Dibujo, Artes y Oficios, exposición permanente de productos de la villa, museo de armería y sección de modelaje de armas de fabricación extranjera no explotadas*”, destinada a “*asegurar la prosperidad industrial de la villa, única base en la que puede asentar su bienestar moral y material, creando obreros aptos que perfeccionen la industria*”.

a una gota de agua en el mar del Presupuesto General. Destinado, en cambio, a aquella finalidad específica que se proponía el Ayuntamiento del pueblo en que se obtenía, podía representar una institución de gran utilidad para la mejora y el desarrollo de la industria que era base económica de aquel mismo pueblo.

Don Fermín Calbetón<sup>49</sup>, antiguo amigo de don Antonio Iturrioz, uno de los liberales históricos de Guipúzcoa, senador del Reino y creo que ministro de Fomento a la sazón, se mostró entusiasta de la idea y todo fue allanado por su mediación. El Ayuntamiento, conforme a sus deseos, tuvo para sí y con la finalidad especial referida el producto fiscal de aquel servicio de intervención en el comercio de las armas, y además una importante subvención con cargo al Presupuesto General del Estado para adelantar la ejecución de la idea.

Esta no tardó en empezar a ser realidad y, antes de que se construyera un edificio *ad hoc*, la Escuela estaba ya funcionando en un local provisional, entendiendo que nada tan acertado en las cosas como esperar andando. Y luego de don Fermín Calbetón, fallecido este personaje, cuando Indalecio Prieto fue a las Cortes tuvimos el mejor y más constante valedor de la Escuela en el diputado socialista por Bilbao, que cuidaba de que no se nos escamotearan las subvenciones en la rebatiña presupuestaria de las comisiones parlamentarias.

Porque, una vez la idea en marcha, no se trataba solo de completar el edificio y su mobiliario, sino de equipar también aquel centro con todos los elementos mecánicos de precisión indispensables para abordar técnicamente los mil problemas prácticos que se presentaban a diario a las industrias locales, tratándolos como en un laboratorio, ya que ninguno de los modestos industriales que eran en general en Eibar, podía como particular permitirse el lujo de tales elementos.

Y esto, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, cuando el pueblo entero había de trabajar para los Aliados, teniendo que ajustarse a exigencias técnicas a que no estaban acostumbrados, fue la salvación de todos.

### **Julián Echeverría**

El Ayuntamiento, llegado el momento de pensar en el personal docente que había de dar vida y alma a aquella institución, se acordó de Julián Echeverría, de quien ya hicimos mención. Quiero adelantarme a decir que este Echeverría Orbea nada tenía que ver con los Echevarría Irusta que eran nuestros padres. Nuestro bisabuelo fue un aldeano de Marquina-Echevarría, en Vizcaya, que vino del caserío a un oficio de la

---

<sup>49</sup> Fermín Calbetón y Blanchón (1853-1919) fue un abogado, académico y político español. Adscrito al Partido Liberal de Sagasta, desempeñaría diferentes cargos políticos y diplomáticos durante la Restauración, incluidos los ministerios de Fomento (en el Gabinete de Canalejas, entre febrero de 1910 y enero de 1911) y Hacienda. A partir de 1887 fue elegido repetidas veces como representante de Guipúzcoa en ambas cámaras y mostró una querencia o debilidad por Eibar, a la que favoreció desde sus cargos. Se le dedicó una calle que aún lleva su nombre.

armería, como tantos otros de su condición de segundones, mientras que los de Julián procedían de Alegría o de Tolosa, pues reales fábricas de armas blancas y de fuego hubo antiguamente en muchos otros pueblos de Guipúzcoa, además de las que quedaron subsistentes en Placencia y Eibar. Hecha esta aclaración, no parecerá interesado nada de lo mucho bueno que haya de decir de él.

La idea no fue del agrado de todos. El hombre tenía desde luego dotes y experiencia que nadie le discutía, y allí estaban para recomendarle sus antecedentes en las fábricas en que había servido de elemento técnico. Y no era precisamente un autodidacto, porque había sido buen discípulo de buenos maestros. Pero, con todo, no podía exhibir ningún diploma académico, y eso, para los que creen que esa ejecutoria autoriza a cualquier asno a matar sin responsabilidad, o a perder pleitos que promovieron aposta para añadir su minuta a las costas, era herejía por la que no se había de pasar. Y levantaron su voz, que se les oía desde el cielo.

¿Cómo iba a ser que enseñara quien tenía que empezar por aprender? Como si Pasteur no hubiera tenido que aprender entomología cuando las sederías francesas le plantearon sus dificultades a causa de la peste que se había declarado en el gusano de seda. Y como si la capacidad de aprender lo que exigen las circunstancias y el momento no fueran la mejor prueba y garantía de un hombre.

Afortunadamente, Unamuno, que tenía autoridad y pasaba bastante por Eibar, Madinabeitia, que no tenía prejuicios y sí un instinto certero en estas materias, y otras personas de experiencia y sano criterio habían recomendado a los socialistas del Ayuntamiento que no dejaran malograr aquel buen propósito con oficialidades y academismos, que lo esterilizarían todo, y cuidaran mucho de buscar en el mismo ambiente de las industrias locales las capacidades más adecuadas para el plantel de profesores entusiastas que necesitaban para llevar las cosas adelante con provecho.

Así, ni cortos ni perezosos, pasando por alto las protestas de los academicistas y los supersticiosos del sello oficial, se designó al profesorado entre los Echeverría, los Zulaicas y demás capacidades indígenas, de quienes el Ayuntamiento sabía la medida de su saber, y sabía además su voluntad de trabajo y el entusiasmo que pondrían en la obra. Y para los trabajos prácticos, buscó entre los buenos maestros de los oficios, y todo quedó completo y a satisfacción de los más.

Y ¡qué acierto fue aquello!. La Escuela, además de escuela, matriz de tantos buenos discípulos y excelentes capacidades técnicas, vino a ser un apéndice vivo de la industria local, en conexión directa con sus problemas, sirviendo de laboratorio a todos los industriales en sus dificultades técnicas, para cuya resolución carecían de elementos propios. Gracias a la Escuela, repetimos, nuestra industria armera, cuando poco después sobrevino la guerra europea, pudo aceptar las tablas de tolerancias y las exigencias técnicas que comportaba el trabajo para los Aliados.

Lo que de otra manera hubiera sido la Escuela se hizo evidente cuando, andando el tiempo, se logró otra vieja aspiración de las organizaciones obreras, preocupadas siempre del buen crédito de la industria local: la prueba obligatoria de toda clase de armas de fuego, y el histórico Banco de Prueba de Cañones de nuestros abuelos los cañonistas –otro orgullo local como la Escuela de Armería– se convirtió, si bien por culpa de la situación política del momento –la Dictadura de Primo de Rivera– pero más por culpa de aquella superstición de lo oficial y lo diplomado, en una vasta burocracia de militares con graduación, extraña al pueblo, siendo una pesada carga para la industria que la soportaba sin añadir apenas a su prestigio.

### **Los discípulos, la medida del maestro**

Ocioso será decir, con relación a este sonado pleito local de la designación del profesorado de la Escuela de Armería, que el interés de los socialistas por Julián Echeverría para la dirección no obedecía a ninguna razón de afinidad política. Toribio Zulaica, excelente dibujante en lo lineal y lo ornamental, con su bagaje de teoría correspondiente, era carlista acérrimo y fue designado subdirector sin necesidad de que hubiera ningún concejal representante de aquella tendencia política en el Ayuntamiento<sup>VII</sup>. Y es que los socialistas sabían situarse por encima de la política en cuestiones de justicia e interés general, como en el plano nacional sabían superar circunstancialmente el sentimiento de clase para cooperar con otras fuerzas burguesas en los grandes problemas nacionales.

La gloria de Julián Echeverría son sus discípulos, porque sin tal maestro no hubiera habido tales discípulos. No diré nombres, ya que no podrían caber en esta nota todos los que con igual justicia merecerían ser citados. Haré excepción, sin embargo, de los Galarraga y Mendiguren, solo por haber cooperado estrechamente con el que esto escribe en los comienzos difíciles de la Cooperativa Alfa, primera manufactura española de máquinas de coser, de la que habremos de decir algo más adelante. Pero, para no faltar a la justicia debida a los demás, consignaré aquí que igual importante papel técnico como el desempeñado por los citados en la mencionada empresa cooperativa, representaron otros muchos discípulos de Julián Echeverría en otras empresas industriales, no solo en la localidad sino en distintos puntos de España y aun en el extranjero.

Y es que la de estos alumnos de la Escuela de Armería formados por Julián era, antes de salir de ella, una técnica vivida en cien problemas prácticos de industrias que se desarrollaban en reñida lucha en el terreno de la competencia y se movían en un

---

<sup>VII</sup>. Este Zulaica, mi tocayo y antiguo profesor de dibujo, discurría *more geometrico* como Spinoza, a quien citaba, y hablando por ejemplo del jugo de la vid, sentaba como axioma que vinos solo los hay buenos y mejores.

afán de vida y superación. Porque esa era Eibar, con sus raíces artesanales. Y cuando llegaban a un destino eran hombres batallados, no solo con los libros y en la mesa de trabajo, sino también en aquellos problemas de taller y, sobre todo, hombres que donde quiera que se ocuparan no perdían contacto con su maestro ni con la Escuela, que seguía siendo para todos, aquel el mentor y esta el laboratorio y centro experimental, excelentemente equipado, mucho mejor que pudiera estarlo la sección del más poderoso en particular, abierto a todo el mundo y en servicio de las dificultades técnicas que pudieran presentarse a cualquiera.

Y no será excesivo repetir, para mostrarnos debidamente agradecidos, que los responsables directos de aquel excelente equipamiento de la Escuela fueron, primero, don Fermín Calbetón, y luego, Indalecio Prieto, a quien deliberadamente suprimimos el don, no por tratarse de un compañero, sino de un amigo que gusta ser tratado a lo llano. Y en tercer lugar el mismo Julián Echeverría, ambicioso de tener todo y lo mejor, seguro de que aquel dinero que se destinaba a la Escuela representaba, por obra de sus entusiasmos, una siembra de las más reproductivas en sentido social.

### **Mecánica y romanticismo**

Lo hermoso de Julián Echeverría es que siempre fue un obrero, un trabajador, un virtuoso del estar ocupado, un entusiasta del trabajo como creación, sin ambicionar lucros, y así se manifestó en todas las circunstancias. En la tertulia de la Casa del Pueblo, a la hora del café, y en los paseos dominicales que nos dábamos por los rústicos senderos de Eizaga, por Arrajola o por el camino de Izua<sup>50</sup>, él seguía trabajando con repetir a sus amigos las lecciones de la Escuela, como en la Escuela no evitaba el referirse a las conclusiones a que llegaba en sus conversaciones de las horas de descanso.

Mas todos aquellos misterios del temple, el secreto de las aleaciones, la técnica de las herramientas de corte y las ecuaciones que entraban en los engranajes y los rodamientos, etc., etc., de los que los Bascaran, los Amuátegui, los Erquiaga, los Mendiuren y demás compañeros del hierro podían sacar algún provecho, a mí me daban fatiga, viéndoles eternizarse de esa manera en la tarea de todos los días sobre el banco de trabajo. Y para poner remedio a esta incontinencia con otra, suscitaba yo el tema del romanticismo, dando pie a que el profesor de mecánica se explayara con la misma abundancia sobre Espronceda, Castelar o Lord Byron, del que era entusiasta.

Porque este obrero que llegó a tan alta calificación en los asuntos teóricos y prácticos de la técnica de las armas, era un obrero que sorprendía a Ramiro de Maeztu, de visita en Eibar, hablándole de Macaulay lo mismo que de Byron<sup>51</sup>. En Lord Byron le seducía, tanto como el poeta, el aventurero que había en aquel inglés tan especial, por aquello de que él se movía en la vida esclavo de sus virtudes burguesas y es con-

<sup>50</sup> En 1949 escribe Izúa.

<sup>51</sup> Y dándole a Maeztu, según el original de 1949, "*materia para más de un artículo*".



dición humana admirar los contrarios; y creo que llegó a conocer sus poemas como una circunstancia del hombre que había descubierto en un ensayo de Castelar.

Era también cervantista, en el sentido de que era muy dado a leernos y comentar algún capítulo del *Quijote*, sacando a relucir al ilustre manchego incluso en sus lecciones de mecánica racional. Estaba empapado de muchos estudios relativos al príncipe de las letras hispanas y también en este caso le interesaba el hombre tanto como su obra; propensión que se explica, además de por lo dicho, por la cantidad de humanidad que había en él, y que se manifestaba en una bondad fácil y alegre. En este aspecto era la figura perfecta del dador alegre de San Pablo, porque todo lo tenía para dar y lo daba con alegría y gozo del espíritu, prodigándose en todos los instantes de su vida en aquello que constituía su riqueza: sus conocimientos.

### Las tardes de Rousseau<sup>52</sup>

Yo también tenía mis santos y mis devociones y le había inducido a interesarse por el *Emilio* y *La Nueva Eloisa*, y las *Confesiones* del ciudadano de Ginebra vinieron a ser otro de los clásicos que traía con frecuencia a nuestros paseos para el gasto de la tarde. Su apasionado yo —de Rousseau— desde mis tempranas lecturas, había aprovechado la caída del franco que siguió de cerca a la victoria para unas vacaciones en Francia, que así comprobaba en su dinero el mal negocio de la guerra, aun siendo ganada, después de haberla padecido con mil desgarramientos en su carne<sup>53</sup>. Y con unas pesetas, de aquellas enfermas en tiempos de Villaverde<sup>54</sup>, hice un viaje por Lyon, Ginebra, Annecy, Chambéry y Turín, en peregrinación devota por los lugares sagrados de las frescas páginas de los primeros libros de *Las Confesiones*.

¡Cuánto no hubiera dado mi amigo Julián, que había cobrado igual devoción a la mía, por haber pasado los umbrales de las *Charmettes*, en uno de cuyos aposentos, perfumados por las primicias amorosas del filósofo cuando este no era aún más que un pobre vagabundo por los caminos de la Saboya acogido a las faldas de madame Warens, examiné un antiguo mapa de la Gascuña, en el que toda nuestra región apa-

<sup>52</sup> Este epígrafe aparece en 1956, por desdoblamiento del anterior.

<sup>53</sup> En 1949 sitúa el viaje “*en 1922 o 23*”.

<sup>54</sup> Una de las constantes de la España de la Restauración fueron los continuos problemas que una economía débil y excesivamente dependiente del exterior y una monstruosa deuda externa —complicada por la larga sucesión de guerras a cual más desafortunada— suponían para mantener la cotización de la peseta frente a otras divisas. Por eso los contemporáneos solían hablar, al menos desde principios del siglo XX, de “pesetas enfermas” cuando se referían al escaso poder adquisitivo que la moneda nacional tenía una vez que salían al extranjero. La referencia, sin embargo, resulta algo críptica en este caso, ya que Raimundo Fernández Villaverde (1848-1905), que fue ministro de Hacienda y Presidente del Gobierno conservador, hacía mucho que había desaparecido de la escena, así como sus políticas, por la época en que el autor sitúa el viaje. Además, Villaverde, que asumió la cartera de Hacienda por primera vez tras el desastre del 98, fue un decidido monetarista que se distinguió precisamente por una profunda reforma fiscal y hacendística, controlar el gasto, reducir la deuda pública y tratar de reforzar la peseta (quiso ligarla al patrón oro, sin éxito).

recía en blanco, excepción hecha de Placencia, nuestra hermana, seguramente por la fama de su Maestranza de Artillería, en la que él, Julián, había aprendido!

Pero su envidia por mi fortuna viajera llegaba al colmo cuando yo podía hablar del golfo de Corinto y de aquellas aguas en que se librara la batalla de Lepanto, la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y en la que cobró su manquedad nuestro Príncipe de los Ingenios; y de aquellas orillas adonde asoma la sosegada aldea de Misolonghi, en que fue a morir el autor de *Las peregrinaciones de Child Harold*.

Qué tiempos aquellos los de nuestras fiestas del espíritu a través de los campos, cuando, después de haber agotado algún tema de estos, caíamos al refugio de alguna venta como la de Eizaga, o de algún figón como el de Olarreaga, o alguna taberna como la de *Guiputza*, para cumplir con el obligado sacramento del atardecer: una de aquellas ruidosas meriendas o cenas en que desfilaban en procesión toda una serie de succulentos platos aldeanos que hacían reaparecer en cada uno de nosotros a aquella especie de vasco que fue el hijo de Grandgoussier, del maestro Rabelais.

Antes de morir hace poco este amigo, rendido a crueles desgracias familiares después de un largo exilio, me escribían de Eibar que estaba reuniendo algunos materiales anecdóticos de la historia del Eibar de su generación, a la intención de que yo las ordenara un día, para que no muriera del todo aquello tan hermoso que llegamos a amar tanto.

¡Cuánto más interesante sería todo esto si sus notas hubiesen llegado a mis manos o si hubiéramos podido corregir estas en aquellas sesiones de los buenos tiempos, en cualquiera de aquellos gratos lugares de costumbre, con la presencia real de los que siempre estuvimos juntos en lo bueno y lo malo, en vez de rumiar yo, solo en esta lejanía, el pálido recuerdo de tantos paisajes evanescentes!

Antes de poner punto a esta nota, se me permitirá decir para mi justificación que, así como aquellos apuntes de Julián debieron nacer de la correspondencia que yo mantenía con algunos amigos, cargada siempre del recuerdo de aquellos tiempos mejores, yo me determiné a pergeñar estos míos pecadores que van saliendo, por lo que me obligaban las intenciones del pobre Julián, que sentía que no iba a durar con los tragos que le reservó el destino al tiempo que merecía, y no poco, el premio de una plácida ancianidad.

### **Ambiente filarmónico**

Julián Echeverría tenía de común con el doctor Madinabeitia el privilegio de un fino gusto y una amplia cultura musical. Ahora que la radio ha hecho popular la buena música y cualquiera está familiarizado con los clásicos esto apenas cuenta, pero entonces era un bello adorno de la persona.

Amuátegui, como dijimos, era músico de la Banda y wagneriano, y poseía una buena voz que sumaba magistralmente a los conjuntos. Otro Echeverría —el bailarín<sup>55</sup>—, también de los tiempos heroicos, era asimismo apasionado de la buena música y solía llevar a los paseos su flauta mágica, oculta en un bolsillo, como otros traíamos un libro para dar un rato a los clásicos.

Mas era tal su discreción entre gentes, que rara vez lográbamos convencerle los circunstantes para que ejecutase algún trozo de su repertorio. Cuando se fundó el Círculo Socialista se le abrió el cielo, porque se organizó una orquesta en la que podía ejecutar sus solos sin temor a parecer impertinente. Mentar aquella orquesta es para mí recordar una fantasía de *Lisístrata*, que era la obra que mejor lucía en su repertorio.

Las que en Eibar llamábamos “cuadrillas”, nutridas piñas de amigos con sede en alguna taberna o café, estaban determinadas, tanto o más que por la afinidad de ideas políticas, por la combinación y armonía de las voces. Y como los equipos de fútbol se disputan ahora el *back* o el portero de otros equipos, así entonces se disputaban las cuadrillas un bajo, un barítono o un buen tenor, para arrastrarle a su grupo.

De estas cuadrillas filarmónicas, ninguna tan notable como la llamada *Escuadra zarra*<sup>56</sup>, viejos liberales todos, los más, veteranos de la carlistada, con voces como la de *Chantoya*, el fabricante de la Star<sup>57</sup>, y concursos como el de *Moskatela*.

El maestro concertador de este grupo de elementos vocales era don Segundo Mayora, paisano de Zumalakarregui, gran ejecutante al piano y maestro además de gramática en una de las escuelas nacionales, que había educado casi a tantos eibarreses como *el Fosforero*. El gran animador de la cuadrilla, *Chanchicu*, hojalatero de Oñate y no ojalatero de la guerra<sup>58</sup>, siempre el primero a las bromas y el *aurresku*, danza arcaica de saltos y retozos violentos, que podría decirse aprendida de los pobladores de la cueva de Altamira, en que aquellos veteranos eran maestros consumados. Su cronista, Tomas Echaluze, *Tomasito*, el famoso corresponsal a quien no obstaba confundir el adjetivo “inspirado” con “insípido” para ser periodista, ni el no saber

<sup>55</sup> Aunque en 1956 y 68 lo escriba así, pudiera ser un mote. En 1949 lo llama “Ballariña”, bailarín en euskera eibarrés.

<sup>56</sup> Que vendría a ser algo así como la vieja escuadra, donde el adjetivo se toma del euskera.

<sup>57</sup> Según esto, *Chantoya* solo puede ser José Cruz Echeverría, padre de Bonifacio, ya que este apenas contaba 12 años cuando comenzó la Tercera Guerra Carlista.

<sup>58</sup> El término ojalatero se originó en el campo carlista durante la Primera Guerra Carlista. Se suele atribuir su creación a Carlos O'Donnell, oficial carlista, que comenzó a llamar así con sorna a todos aquellos que cuando volvía de un combate desafortunado le aborbaban con las consabidas recriminaciones, que invariablemente comenzaban con un “*Ojalá hubieran hecho vds. esto o aquello...*”, de ahí el juego de palabras. La expresión hizo pronto fortuna entre las tropas, como sinónimo de emboscado de retaguardia y, en general, toda persona que apoyara a la causa pero sin compartir en primera persona los riesgos del combatiente. Más avanzada la guerra, el término acabó siendo usado para designar a la camarilla del Pretendiente, acusada por las tropas de darse una vida muy regalada en retaguardia y aconsejar deliberadamente mal a don Carlos, provocando con ello la derrota.

disimular su ingenua espontaneidad, que le hacía distinguir entre “mujeres” y “señoras”, para ser el cronista de nuestra villa en la prensa de San Sebastián.

En el orden de las generaciones, a la *Escuadra zarra*, que remontaba a los tiempos de Carlos VII<sup>VIII</sup>, seguía la cuadrilla de los socialistas filarmónicos de los tiempos heroicos, en que entraban los Amuátegui, los Pildaín, los Chastang, Máximo el *akabat-zalle*, *Chirloya et ceteris paribus* que hacían resonar los techos de la clásica taberna de Pantaleón, en Ibarrecruz.

Seguía a esta la de los Demetrio Sarasúa y sus *Innumerables compañeros*, que atronaban en los bajos del Café de *Noche*, al que cuadraba bien este nombre de su dueño, por ser el refugio de todos los noctívagos de la villa que terminaban allí, donde no mandaban las Ordenanzas Municipales. Cuadrilla la que digo que solo ella era todo un orfeón, y lo mismo cantaba profano y profanísimo que religioso y gregoriano; tanto de óperas como de zarzuela y género chico, lo mismo en vasco que en castellano y latín. Empresarios colectivamente de teatro muchas veces, y responsables de otras aventuras artísticas que emprendían por amor al arte y por necesidad de andar en tales salsas, gracias a ellos desfilaban por Eibar importantes compañías líricas, que la cuadrilla reforzaba con sus mejores voces.

A esta seguía en la escala de los años la de Abdón Machín, Eulogio Gárate, los *Belchi*, *Apochiano* y demás elementos amantes del canto que animaban el antiguo Café de Arrate, también en Ibarrecruz; cuadrilla de la que se podrían contar tantas aventuras artísticas y ocurrencias de reír y de pasmarse como de la otra de *Noche*. Ganaba esta del Café de Arrate a todas en su especialidad de animadora del Carnaval, con originales comparsas que, en competencia con otras cuadrillas, organizaba todos los años, trayendo para el consumo de las criadas música y letras que duraban en el cartel hasta el año siguiente.

El campo neutral donde podían encontrarse estos diversos elementos, con otros más dispares todavía, para una obra de conjunto era el Orfeón. El elemento aglutinante, la pasión común por la buena música. Y el sujeto capaz de concertar todas aquellas voluntades, Juan Guisasola, el director obligado cada vez que el Orfeón, luego de una crisis, volvía a reorganizarse.

---

<sup>VIII</sup>. *Escuadra zarra* perduró reponiendo sus bajas con los restos de otra gran cuadrilla filarmónica comprendida entre las promociones de *Chantoya* y *Tomasito*, que se diluyó en otras, con motivo de las polarizaciones que siguieron a la aparición de la cuestión social.

## El director del Orfeón

A Juan Guisasola, *Juanito* para todos los que coincidimos en el tiempo<sup>59</sup>, le venía de familia el ser músico. Su padre, como el de tantos otros que brillaron en ese divino arte del sonido, fue organista; el organista de la iglesia parroquial de San Andrés en nuestra villa, y para mantener el coro de ella y cantar en los entierros, había enseñado a leer en el pentagrama a casi todos los elementos que luego bullían en la Banda o el Orfeón.

Creo recordar que el Concilio de Trento, mirando porque en cada parroquia el cura de almas enseñara la gramática, formuló el correspondiente decreto, y supongo que de ello le vendría la vieja popularidad al Nebrija en España. No sé si se dispuso algo parecido sobre música, pero lo cierto es que el organista ha ejercido en cada uno de nuestros pueblos una influencia cultural no despreciable, sembrando cierta educación musical en los medios más rudos de nuestra tierra, que siempre ha servido a atenuar un poco esa rudeza, ya que bajo el barniz cristiano que recibimos de los evangelizadores que trajeron el bautismo a nuestros montes, podría decirse que yace directamente la Edad de Piedra, sin los estratos de cinco o seis civilizaciones que se interponen en otros pueblos.

Por eso en Eibar, con ser tan rústicos en otros aspectos, hubo siempre la posibilidad de una buena banda y un buen orfeón. En nuestros tiempos dirigía la primera, Ildfonso Irusta. El segundo, en sus diversos avatares, lo dirigió Juan Guisasola, que lo hacía por amor al arte.

Juan Guisasola tenía madera de artista y sentía la música como Madinabeitia sentía el socialismo: en función de pedagogía. Ha dejado, según se ha dicho con motivo de su reciente fallecimiento en Eibar, una obra musical importante, casi toda ella de motivos religiosos. Algunas composiciones que forman parte de esa obra entraban en el repertorio del Orfeón y estaban consagradas por el público, que, según me dicen, sigue aplaudiéndolas en el repertorio de otros coros forasteros. Los entendidos aseguran el mérito de lo inédito y es de esperar que algún día se le haga el honor de su publicación.

Pero, además de tan buen músico, era Juan Guisasola buena persona; tenía eso que en el hombre está por encima de las glorias artísticas e infinitamente más por encima de los éxitos crematísticos, porque no hay arte como el de la vida, ni lucimiento como el de vivirla bien; es decir, sin hacer padecer a la justicia, antes bien sirviéndola. En esa su bondad natural residía el secreto de hacer concurrir a sus sesiones corales a

<sup>59</sup> En 1949 dice que coincidieron en la escuela. Juan Bautista Guisasola (1885-1948) comenzó estudios como seminarista en Salamanca aunque, falto de vocación, volvería a Eibar en 1900. Su padre lo envió entonces a completar estudios de música en Bergara. Compositor precoz y dotado, es considerado uno de los mejores compositores vascos de su época. Católico ferviente, compaginó su labor musical al frente del Orfeón Eibarrés, el Orfeón Vasco-Fuerista y el Coro Parroquial de San Andrés, con un empleo en la gerencia de la empresa Aurrera.

tantos elementos dispares y políticamente heterogéneos, que le querían por igual, dicho lo cual hecho está su mejor elogio.

### **El director de la Banda**

El mago que en la Banda realizaba el milagro de juntar a tirios y troyanos para hacer lo que Napoleón dicen que llamaba ruido, era el maestro Ildefonso Irusta, que había hecho de ella su *modus vivendi*. Afortunadamente, digo, para todos, pues así quedaba asegurada la continuidad de la difícil república musical, a despecho de sus frecuentes crisis, que él se encargaba de solucionar por la cuenta que le tenía.

Este maestro Irusta, que era muy susceptible con los de su gremio, se mostró un día muy incomodado con *Moskatela*, porque este, pasando por Ipurua, mostró a sus amigos un chivo gentil ramoneando en los zarzales, del que dijo parecerse al maestro de música. Parecido que, fuese por sugestión o porque en efecto se daba, confirmaron los circunstantes. Y cuando, sabedor del cuento, el aludido fue a pedirle cuenta al colega de la ofensa que suponía para él la atribución de semejante parecido, *Moskatela* hubo de aclararle el error en que incurría, porque él no había dicho que el maestro de música se pareciera al chivo, sino el chivo al maestro de música; razón por la que entendía que, de haber ofensa, quien pudiera pedirle explicaciones era el chivo y no él.

Registrada esta anécdota en la que el retratista no quiso rebajar al retratado, por ser el animal de la comparación el más pulcro y gentil de la Creación, pasemos adelante. La Banda de Música, por ser al mismo tiempo que un solaz un medio de mejorarse el jornal, era una república más agitada que el Orfeón; más sujeta a debates interiores y a crisis periódicas. No podría hacerse, en efecto, la cuenta de las veces que hubo de reorganizarse, unas veces como entidad libre y otras como servicio municipal. Pero, en todos los casos y circunstancias, con el indispensable Irusta dirigiendo la batuta, pues sus subordinados, que le discutían tanto, no podían pasarse de él.

Esto hizo en él una especie de segunda naturaleza, él y la Banda acabaron por considerarse la misma cosa, al punto de desentenderse de su oficio de grabador. Y en realidad él era la Banda, como Luis XIV era el Estado. Así, una vez que la Comisión de Fomento del Ayuntamiento, a la que la dichosa Banda proporcionaba el noventa por ciento de sus problemas, le había encargado a Irusta un proyecto de Reglamento que viniera a terminar con tanto pleito, este presentó uno que empezaba diciendo: “*Artículo primero. El Director de la Banda será don Ildefonso Irusta*”.

Su producción musical —la de Irusta— no fue desdeñable por la cantidad, pero no cumplía más ambición, ni tenía otro objeto, que el de hurtar la caja común de la Banda a la inquisición y exigencias tributarias de un tal Berasaluce, alias *Dos Caminos*, probo empleado de Correos y celoso agente de la Sociedad de Autores, haciendo re-  
tozar a los jóvenes en los bailes ordinarios de la tarde con sus propias polcas y mazur-

cas, en vez de dar lugar a que trazaran airosos círculos flotando sobre el oleaje sonoro de los vals de Strauss, que pagaban derechos y se reservaban para los bailes mayores de la noche y otras solemnidades.

### ¿Y los deportes?<sup>60</sup>

Al dejar este tema de las expansiones filarmónicas que acostumbraban las cuadrillas de amigos en Eibar, considerando el lugar que han venido a ocupar los deportes en la vida de hoy en día, cabe preguntar cuánto significaba entonces esta pasión avasalladora.

Los deportes, con todo y aquella fermentación de inquietudes políticas, culturales y artísticas que hacían el ambiente de aquellos tiempos, tenían su lugar. Pero se entendían de otra manera. Los deportes interesaban en la medida en que uno mismo podía hacer el deporte. Y se era deportista como montañero, subiendo a los picos; como excursionista, recorriendo sobre dos ruedas todas las carreteras de la región; como pescador, entrando al agua y mojándose lo que reza el adagio; y perrechiculero, madrugando a los montes y recorriéndolos como una devanadera. Los aficionados a la pelota (la tribu de los jugadores no cuenta) sudaban sobre el enlosado del frontón en competencias que nunca eran definitivas.

No se concebía titularse deportista apasionándose en el cómodo asiento de un *stadium*, siendo uno entre cien mil espectadores, sin más papel que el de jalar a rojos o azules y fabricar ídolos con su aplauso, para ponerles sobre las nubes y rendirles culto y admiración, en la que entra como principal motivo la literatura que se hace de sus sueldos, sus ganancias, sus matrimonios ventajosos, los lujos a que ascienden y la publicidad de que son objeto.

Sería infantil pensar que esta idolatría y este entusiasmo a la pasiva, que reduce al “fanático” que dicen aquí a ser mero espectador, o lo que aún es menos que eso, simple lector de una sección especial de la prensa con desconocimiento de lo demás, hayan sido inventadas para llenar el vacío producido por la supresión de la crítica política y la abolición de todo espíritu público, habiéndose dado esta falla en el suelo de la historia contemporánea después del siglo de la crítica que fue el XVIII –con Voltaire y la Enciclopedia– y del de la hipercrítica que fue el XIX –contando desde la crítica a la Razón hasta la crítica de la Economía Política de Marx–, cuando, entrados en el siglo XX, ciertos magos de la política dijeron que el jefe nunca se equivoca y callaron todas las voces, se aplaudió de oficio a los dictadores y se aceptó todo con la pasividad de cadáveres.

No se inventó seguramente esta manera de sentir ahora los deportes para llenar el vacío que produjera semejante inversión, pero, ciertamente, allí donde esa inversión

---

<sup>60</sup> Este epígrafe fue añadido en 1956.

se produjo, sirvió admirablemente para ese oficio, como el estupefaciente de los juegos de circo sirvió para hacer aceptar su degradación al envilecido pueblo de Roma.

### La revelación de la “crisis”

Y así, entre bromas y veras, vino el verano de 1914. Allí terminó lo que, con arreglo a la filosofía que para su uso particular se había forjado Ignacio Galarraga, se podría decir nuestra época victoriana; es decir, lo que la época victoriana fue para Inglaterra y el mundo. Una época de crecimiento económico, de mejoras materiales y desarrollos culturales, de ampliación de horizontes bajo el signo de una fe ciega en el Progreso con mayúscula.

Las palabras “siglo XX”, que estaban constantemente en boca de los oradores del Centro Obrero para significar las superaciones irreversibles que se habían dado en todos los órdenes de la vida individual y social<sup>IX</sup>, eran para todos, en vascuence y en castellano, la confirmación de los pasos adelante que daba el mundo, la demostración del movimiento y el sentido de la Historia, la promesa cierta de los avances que seguirían en la misma dirección con la fatalidad de un sino.

Antes de aquella fecha había faltado a veces el trabajo en Eibar en algún ramo de nuestras industrias locales, pero, ordinariamente, la mayor actividad que en tales ocasiones coincidía en otras ramas servía de compensación y no existía en nuestro vocabulario la palabra “crisis” que tanto había de atormentarnos después, como en el castellano de nuestros padres no existía la frase “por supuesto”, hasta que vino un

---

<sup>IX</sup>. ¿Quién había de pensar entonces, navegando en aquel optimismo de la época, la ola de salvajismo que antes de mediar el siglo desencadenaría la moda reaccionaria de las dictaduras, el endiosamiento de los que se proclaman fuertes, el imperio de los violentos, sin más política que la exclusiva de ella?

¿Quién había de decir el desprecio de la vida humana, el desconocimiento de los derechos más sagrados del hombre, la ausencia de toda caridad cristiana que habíamos de conocer con la floración de los fascismos? ¿Quién podía haber imaginado entonces un sistema social en que la policía estaría presente en todos los momentos de la vida civil, interponiéndose entre este y el hombre, entre el padre y el hijo, el esposo y la esposa, asistida de un aparato de represión en que a las cárceles se añadirían los campos de concentración y las cámaras de gases? ¿Quién hubiera podido concebir un gobierno que trate a los pueblos como rebaños que pueden ser transferidos de una latitud a otra, que practica la supresión física de sus indeseados en masa, el trabajo forzado de millones de hombres y mantiene en una especie de clandestinidad y secuestro a todo un pueblo de doscientos millones de almas –la sexta parte de la superficie terrestre– como sustraídos al mundo, haciendo misterio de su vida y de sus problemas, como es el caso de Rusia, que para mayor escarnio se dice socialista? ¿Quién la política de asesinatos, persecuciones y monstruosidades jurídicas con que ha sido aherrojado el pueblo español, como es el caso con Franco?

¿Quién podía haber adivinado entonces semejantes aberraciones?



barbero aragonés que lo decía y por razón de la novedad le quedó por mote, en premio a haber enriquecido nuestro léxico con una expresión más.

Recuerdo que ese neologismo de “crisis”, que lo era para los eibarreses, se dejó oír por primera vez en el ámbito de la villa aquel verano trágico de 1914, y quedó impresa en las mentes, por las circunstancias del momento de la novedad, como sinónimo de hambres en perspectiva, de desasosiego y malestar general; como la manifestación de un grave trastorno social que haría padecer sobre todo a los pobres.

Y así como las mujeres de París cuando el debate constitucional del veto materializaron esta palabra en *Madame Veto*, o sea, en la figura orgullosa de la Reina; y como para un compañero de la Juventud Socialista que yo me sé la revolución social era una joven graciosamente envuelta en una bandera roja, mostrando una pierna y un amplio escote, de la que solía decir morosamente: “*¡si viniera ahí la revolución social!*”, señalando seis o siete metros adelante en el camino; así la palabra “crisis” se materializó para nuestras pobres gentes del vascuence y la armería en un ente siniestro que precipitó a más de uno al suicidio. Me acuerdo cómo uno de aquellos días de angustiosa conturbación en que rodaba de boca en boca con resonancia fúnebre esa palabra intrusa, dos hombres oscuros se dieron muerte en la calle Unzaga, el mismo día y casi a la misma hora, en dos casas que se miraban fronteras la una a la otra.

Era la crisis, aquello terrible de que se hablaba en todos lados, suscitando el temor de situaciones desconocidas. Y la crisis, en efecto, no fue nada menos que el cierre de fábricas y talleres. La guerra que la había provocado, a pesar de su vecindad y proporciones, no se interpretaba como una amenaza que pudiera envolvernos a los españoles, gracias a nuestra ausencia de más de un siglo del plano internacional y el drama de los pleitos de las naciones europeas.

Pero sí significaba la imposibilidad de los caminos comerciales de los que dependían nuestras actividades industriales. Y lo que fue peor, significaba la moratoria para los créditos dispersos por el mundo, que constituían el capital de nuestros modestos patronos. Los de Turquía, importantes en aquella época, se perdieron definitivamente, de la misma forma que habían de perder sus ahorros los tenedores franceses de los bonos de la deuda rusa.

Y es que los industriales de Eibar, dicho sea en su honor, solo ganaron cuando ganaban para equipar sus talleres con elementos nuevos y hacer crédito en los más remotos mercados, viviendo personalmente sin diferenciarse del común de los artesanos. Yo tuve ocasión de hacerlo observar muchas veces, presentando el ejemplo de nuestro *Apochiano*, que se daba mejor vida que su patrono.

Con tanto, llegado el momento de la crisis, ninguno tenía reservas para aguantar el impacto, y como los bancos eran tan generosos como siempre, que dejan a uno el paraguas durante que no llueve, el personal obrero se encontró de la noche a la mañana en mitad del arroyo. Y si los patronos no tenían recursos, menos los tenían los

obreros del montón, y el problema de subsistir se planteó al día siguiente con caracteres acuciadores.

### **La carretera a Marquina**

La economía liberal, llamada así en oposición a la intervenida, dirigida o socialista, tal como la concibieron los clásicos de la ciencia económica, es un sistema en que, igual que en la Naturaleza, todos los problemas encuentran por sí su solución. No hay sino dejarla obrar. Todo tiende naturalmente a corregirse mediante contenciones o aceleraciones, estímulos o refrenamientos, destrucciones o creaciones que obran automáticamente para restablecer el orden. Y todo al fin se remedia, es decir, vuelve a estar en equilibrio, sin más ayuda que la del tiempo.

¡Admirable si, en el caso de la economía, la masa en que se operan esas acciones y reacciones acomodaticias no fuesen los hombres con alma, con nervios y corazón! Esas soluciones confiadas así al tiempo, admitido que sean tales, resultan consideradas en perspectiva histórica, pero cuando hacen referencia al momento y a las personas representan no poca frustración e infinitos sufrimientos.

Y no hay espíritu delicado que hoy pueda admitirlos sin el correctivo socialista en más o menos grado, resignándose al hecho de que aquellos a quienes no alcanzó la gracia de Dios, por decirlo así, tengan que ser sacrificados al éxito de los afortunados llamados a continuar la existencia social. Ni aun los apologistas del estado totalitario, para los que en nombre de la Historia los individuos no cuentan, admiten este fatalismo y, al contrario, tratan la economía con fuertes dosis de socialismo.

Con arreglo a aquel principio liberal, la solución del grave problema que se presentó al pueblo de Eibar hubiera consistido sencillamente en la dispersión, por el libre juego de la oferta y la demanda, de toda aquella fuerza de trabajo vacante, de todas aquellas especializaciones que representaban un verdadero capital social de la colectividad histórica en que se habían formado, acudiendo a otros mercados de trabajo que habían entrado en mayor actividad justamente con motivo de la guerra. La Naturaleza, por su parte, hubiese completado la obra matando por hambre a los que no hubiesen sido capaces de ese desplazamiento por vieja querencia de su rincón aldeano.

Pero, en este caso, aparte de que en general no hubiesen podido trabajar los eibarreses, separados de su medio, en las calificaciones profesionales que les correspondieran, llegada la hora —que llegaría más tarde o más temprano— de reorganizar las industrias circunstancialmente paralizadas, ¿cómo improvisar el caudal de habilidad y experiencia que representaba aquel personal aventado a los cuatro puntos cardinales?

Este era el argumento del Ayuntamiento ante las autoridades superiores y esa la manera de discurrir principalmente de los socialistas, que dieron la pauta. Y, ni corto

ni perezoso, el Ayuntamiento, rompiendo las formalidades para las que no había tiempo y pasando por encima de trámites dilatorios que no se justificaban en tal urgencia, tomó sobre sí la carga del sostenimiento de aquella masa de parados.

¿Con qué medios? Con los que fueren. Ya se sacarían los recursos si menester fuere de bajo la tierra. Y sobrevinieron, en el proceso de esta asistencia, momentos en que se agotaron todos los disponibles a pesar de haber hurgado en los presupuestos ordinario y extraordinarios pendientes, sin que hubiera más allá. Pero, siendo la necesidad el mejor maestro, sin que ningún mago tuviese que venir con el clásico cuento de Mefistófeles al Emperador, el Ayuntamiento emitió su papel moneda a cargo de ese porvenir comprometido que se proponía salvar para que nos salváramos todos, y pudo seguir adelante.

¿Cómo fue esa asistencia del Ayuntamiento a los parados? Lo más distante posible de una beneficencia. Se desempolvó un proyecto de carretera de Eibar a Marquina por Izua y Barinaga que dormía en el archivo, y a trabajar se ha dicho. Se formaron compañías de trabajadores, y los clásicos armeros tiraron de pico y pala como los más acostumbrados, a cielo abierto, siguiendo el trazado por las faldas del Urko. Y todo el mundo tuvo así un jornal; mas un jornal que cada cual había sudado previamente en un trabajo de utilidad.

Así se abrió aquel camino, que algunos meses después, habiendo remitido la crisis, reintegrados los obreros a la armería y entregados todos a la fiebre de la producción para la guerra que se había revelado como un inmenso sumidero a que no bastaba el mundo, nos sería abandonado enteramente a dos o tres solitarios que nos permitíamos el lujo de pasear por él, al margen de aquella fiebre de ganar que abrasaba a todos, gozando de su encanto poético, sus paisajes y toda su paz de Dios, conformes con nuestra inveterada mediocridad.

¡Qué de paseos no hizo por entonces en aquella soledad augusta del camino nuevo, a que unas veces daban guardia las viejas hayas y otras los antiguos robles; qué de paseos, digo, no se dio por allí este peripatético que había tenido que despedirse de su oficio por la misma razón que los demás, prefiriendo en su caso apretarse un punto el cinturón y entregar sus horas libres al estudio de sus clásicos, en vez de sumirse en el *aura sacra fames*<sup>61</sup> que devoraba al resto de los mortales!

Y no porque su coyuntura no fuese tan tentadora como para otros, que eligieron el papel de nuevos ricos.

---

<sup>61</sup> Del latín, el maldito (o sagrado, según el contexto) anhelo de riquezas. Forma parte de un verso de Virgilio que condena la avaricia.

## La cocina popular

No pararon ahí los arbitrios del Ayuntamiento para hacer frente a la situación ocasionada por la crisis. Al mismo tiempo que organizaba las compañías de trabajadores, puso por obra una cocina popular que suministraba en masa raciones para las dos comidas del día a un precio mínimo; precio con el que se trataba nada más que cubrir los gastos y hacer que no desmereciera la gratuidad el valor del suministro, evitando al mismo tiempo degradarlo con la apariencia de una limosna, siendo un servicio. Todo el mundo podía así subsistir sin necesidad de mayores recursos que los que no habían de faltar a los más humildes y derrotados.

Esto de la cocina popular era una idea sobre la que Madinabeitia había venido insistiendo desde tiempo atrás, no como un recurso eventual para circunstancias extraordinarias, sino como régimen normal. Como una manera de emancipar a la mujer de la esclavitud del fogón, en un pueblo donde la comida —el cocido tradicional— le robaba prácticamente todas las horas del día, obligada a cuidar constantemente del puchero, que no se ponía al fuego más tarde de las siete de la mañana.

Puesta en servicio, la cocina popular fue utilizada por casi todo el vecindario. Unos por necesidad —que eran los más—, otros por comodidad y economía, y no pocos por dar ejemplo y no distinguirse de los demás. Y la experiencia, coronada por el éxito, sirvió de precedente para remediar otras ocasiones de generales dificultades que no habían de dejar de presentarse en el accidentado periodo de la postguerra.

En la circunstancia de esta crisis primera del estallido de la guerra europea, la Providencia, por su parte, estuvo de nuestro lado, ayudando a la obra de la cocina popular con una abundancia de pescado que venía a venderse a precios tirados. Los pescadores de Ondárroa hicieron liberales donaciones de camiones de sardinas a los armeros de Eibar en desgracia, en justa correspondencia a las muchas veces que éstos hicieron públicas cuestaciones en la villa cuando las galernas del Cantábrico que, antes de la motorización de las embarcaciones pesqueras y de haber algún servicio meteorológico, casi todos los años llenaban de luto los pueblos de nuestro litoral, añadiendo nuevos contingentes al número de viudas y huérfanos de la costa.

La Naturaleza, a su vez, estuvo pródiga en toda clase de frutos, y jamás se ha conocido una cosecha tal de setas y hongos como la que aquel verano nos regalaron nuestros montes, que no habían sufrido aún el rigor de las bárbaras talas que siguieron a la guerra por obra de los altos precios de la madera. El mismo otoño, tan vario e inconstante a veces en nuestra tierra, prolongó sus días claros y serenos, que son el encanto de la estación, con sus “ego-aizes”<sup>62</sup> que limpian la atmósfera, a beneficio de aquellos improvisados minadores que trabajaban a cielo abierto, habiéndose ocupado toda la vida en lóbregos lugares de trabajo, a la sombra de las estrechas rúas de nuestra villa.

<sup>62</sup> En euskera, viento del sur. En 1949 dice “*prolongó sus días claros y serenos que son el encanto de la estación, los “ifarlausos” y los “egoaishes”*”.

Y cuentan que la Sociedad de Socorros Mutuos de Artesanos de la Villa de Eibar jamás, en su larga historia, tuvo tan pocos enfermos a que ayudar como durante los meses de aquel régimen de trabajo al aire libre y aquella sana dieta de la cocina popular.

### **La tragedia de un hombre probo**

La tragedia fue para el depositario de Fondos Municipales, Justo Oregui; un hombre todo orden, todo método y todo escrupulosidad que aquel estado de necesidad hubo de llevarse por delante, atropellados por la fuerza de las circunstancias.

Llegado el sábado había que satisfacer los jornales de las compañías de trabajadores. ¿De dónde —se preguntaba consternado el tesorero— si esta obligación nacida de la noche a la mañana no se hallaba prevista en ningún presupuesto?

Se habían iniciado —claro está— los oportunos expedientes de transferencia de créditos, que algún día serían terminados, y aun el de un presupuesto extraordinario para la construcción de la carretera cuyos trabajos se habían emprendido contando con el 50 % que la Diputación provincial habría de contribuir en su día, formalizadas que fueran las cosas y determinado que fuese no ser la obra de exclusivo interés local. Mas aprobado y todo el presupuesto extraordinario, ¿de dónde iba a sacar el Ayuntamiento el otro 50 % que tenía que aportar por su parte, a la hora en que aun los ingresos ordinarios no rendían ni mucho menos lo presupuesto?

La situación de hecho creada audazmente por los socialistas del Ayuntamiento, sin embargo, era más fuerte que todos los escrúpulos legalistas. Los obreros debían cobrar cada ocho días y se les había de pagar por encima de todo, tomando el dinero del capítulo que fuera y de cualquiera de los presupuestos no liquidados todavía. Y cuando se agotaron todas las disponibilidades y no bastó con desconocer capítulos y artículos, confundiendo los presupuestos para alumbrar el dinero indispensable, se fabricó papel moneda, que eso venían a ser los pagarés con que el Ayuntamiento satisfizo a los acreedores del comercio local, obligados más que nadie a ese crédito de confianza, por ser los más interesados en posibilitar la reorganización de las industrias, objetivo principal del sacrificio que se estaba haciendo, para cuando cambiasen las circunstancias, que habían de cambiar y cambiaron en efecto y antes de lo que se había creído. Pagarés que en el entretanto circularon en la medida necesaria haciendo su papel de dinero.

Así fueron pasando, a trancas y a barrancas, los meses difíciles. Vino y pasó el invierno, con sus nieves y sus hielos y sus fiestas hogareñas, entonces un poco aguadas. Llegó la primavera con sus flores, con el canto de los pájaros y las tradicionales fechas de celebradas romerías del contorno, que encienden la sangre de la juventud y el recuerdo de los viejos. Y a mediados de 1915 empezaron a reorganizarse los talleres, habiéndose formalizado los primeros contratos de suministro para los Aliados.

Pero antes de esta solución, que venía a justificar el esfuerzo realizado y las licencias que se había permitido el Ayuntamiento para mantener los equipos de trabajo sin dar lugar a su dispersión, las cuentas del depositario de Fondos Municipales se habían enredado al infinito.

El hombre, entrado en años, sudando sobre sus números y los papelotes de que se había llenado, perdió la salud. Pero, pendiente de aquel embrollo lo que él consideraba su honor, su honestidad de funcionario, la integridad de su buen nombre, solía decir consternado que “*no tenía ni tiempo de morir*”. Y no se moría en efecto, a pesar de su grave achaque que hubiese matado a otro cualquiera, pendiente él de su enredo, hasta que un día, andando el tiempo, a fuerza de hacer números, le cuadraron las cuentas y... se murió.

### **Amuátegui, el bueno, y Chiclana, el malo**

Claro está que los espíritus audaces que procedían por estas vías de hecho para hacer frente a aquella situación de crisis, atropellando más de una formalidad buena para tiempos normales, no podían librarse de ser traídos en lenguas para bien y para mal. Y no es de extrañar que a las justas alabanzas de unos correspondiesen los dictorios gratuitos y hasta las calumnias de otros.

Una anécdota de aquel tiempo servirá de ilustración y ejemplo. Cuando los enemigos de los socialistas tenían que referirse a Aquilino Amuátegui, este seguía siendo *el Chiclana* de sus tiempos mozos toreriles y no le mentaban con otro nombre que ese alias con que figuró en los carteles. Para los que le apreciábamos, en cambio, *el Chiclana* –aunque no le ofendía el que le llamaran así– dejó de existir desde su camino de Damasco y no hablábamos sino de Amuátegui con entrañable respeto.

Pero he aquí una pobre mujeruca viuda, de Vergara, que casó en Eibar con un bebedor, que no estaba en antecedentes de esta dualidad. Establecida en Eibar, había tenido ocasión la pobre de recurrir a Amuátegui en alguna de sus desdichas familiares que había de remediar el Ayuntamiento con sus acostumbrados auxilios temporales en especie<sup>63</sup>, quedando agradecida de la diligencia del concejal.

Cierto sábado, en el corazón de aquel invierno difícil de la crisis, hete ahí al bebedor de su marido que volvía del tajo con las manos vacías, diciendo que no habían pagado a los obreros de su compañía, porque *el Chiclana* se había robado los dineros del Ayuntamiento. La infeliz mujer, que se figuraba algún asalto a mano armada, no tardó en correr con la queja a casa de Amuátegui, diciendo que por culpa de aquel *Chiclana* tan traído y llevado por todos, y que debía de ser algún ladrón acostumbrado a la impunidad, estaban en su casa que no tenían ni para las raciones de la cocina popular.

---

<sup>63</sup> “... que solían consistir en raciones de pan y carne...”, según el original de 1949.

Y como Amuátegui estuviera a punto de sentarse a la mesa con su familia para repartirse “el rancho” que acababan de traer de la cocina popular –que así decíamos de sus cocidos y sus guisados a la manera del cuartel– invitó a la denunciante a la mesa y, como aceptase por cortesía o por necesidad, cenó la pobre con Amuátegui y los suyos, no sin volver más de una vez sobre el desaguizado de aquel fementido ladrón a quien debieran ahorcar –decía– para contrastar su hazaña con el generoso proceder de su protector.

### El sueño de Enrique IV

En el verano de 1915 estaban reorganizados los trabajos de la armería después de casi un año de cierre, y la carretera de Eibar a Marquina quedó en lo alto de Izua, antes de alcanzar la raya de Vizcaya. En Francia, la guerra se había estabilizado después de la batalla del Marne. Los ejércitos se atrincheraron fuertemente uno frente al otro, desde el canal de la Mancha hasta la frontera suiza, y todo se reducía durante meses y meses a un gasto enorme de municiones, con una usura<sup>64</sup> acaso no menor que la de la guerra de movimientos en cuanto a sufrimiento humano. Los Aliados aprendieron de los alemanes la utilidad de las armas cortas para ciertos momentos de esta guerra de trincheras, y esto dio oportunidad de trabajar a las industrias de Eibar que habían cerrado al estallar las hostilidades.

Empezó entonces aquella fiebre de trabajar día y noche, los días de labor y los días de fiesta; los patronos con la ambición de la fortuna que veían venir, y los obreros con el apetito de ganar más que de ordinario, después del prolongado ayuno por que habían pasado. Apenas hubo cuestiones sindicales, no obstante la escandalosa subida que experimentaron los precios de los artículos de primera necesidad. Había margen para todo y no era cosa de perder el tiempo en vanas disputas, no fuera a sorprenderles “el estallido de la paz”. Y aún se podrían permitir unos y otros liberalidades como aquella donación colectiva que hicieran, de un día de jornal los obreros y un día de ganancias los patronos, a favor de los huérfanos de la guerra en Francia; noble gesto que organizó el eibarrés Ignacio Zuloaga, encabezando la suscripción con un cuadro salido de sus pinceles, que se rifó con un éxito extraordinario.

Solo algunos pobres, que dependíamos de un modesto sueldo fijo en la Administración, nos encontrábamos en aprietos con nuestro presupuesto familiar desnivelado. Pero aquí es de alabar el milagro de nuestra ministro de Hacienda. Por lo que respeta

<sup>64</sup> En francés se llama *guerre d'usure* –término popularizado en esa lengua durante la Primera Guerra Mundial– a lo que en castellano llamamos guerra de desgaste –que esa y no otra es la traducción de *usure*– y que consiste, como describe el autor, en un derroche de medios materiales y humanos con el objetivo de rendir al contrario por agotamiento y que, por imposibilidad de nada mejor, fue el método de guerra que dominaría la de 1914–18. Sin embargo, en castellano “usura” tiene un significado y connotaciones casi antónimas a ese despilfarro destructor y por eso aquí fiarse del término francés original le juega al autor una mala pasada por tratarse de un flagrante falso amigo.

a la de mi reino –porque cada cual es rey en su casa– difícilmente habría otra que lo pudiera hacer mejor. Verdad es que llevaba la ventaja del buen conformar del soberano a quien llaman pueblo, que lo era yo, además del rey.

Y dizque este pueblo soberano, con su buen conformar y bajo la sabia administración de su irremplazable Sully<sup>65</sup>, jamás fue tan dichoso como en aquella coyuntura, habiendo llegado incluso a realizar el sueño del buen Enrique, *la poule au pot*<sup>66</sup> que el bearnés quería para cada uno de sus súbditos. Porque en aquel desorden de los precios, aquella vanidad de los esnobismos improvisados y locas disipaciones de todos, la ecónoma había descubierto el secreto de que la carne de ave –no exportable– resultaba más barata que la del ganado vacuno, disputado en pie por los *profiteurs de guerre*<sup>67</sup> que hacían contrabando por los Pirineos improvisando verdaderas fortunas, repitiendo lo de “*agua, sol y guerra en Sebastopol*”<sup>68</sup>, que dijeron los de otra generación. Y los de las vacas gordas, por esnobismo, compraban lo más caro.

Y aquel rey de su casa que dije, a quien para colmo de felicidad le había nacido una princesa, se iba de paseo en sus mañanas libres de obligación por aquel camino de paz y soledad que los armeros de Eibar habían abierto por el flanco del Urko, podría decirse que exclusivamente para él, puesto que por aquel entonces, ocupado y apresurado para los demás, era él el único usuario de la obra realizada y se sentía, marchando sobre el pavimento virgen aún, como un emperador a quien montan óperas para él solo.

Y mientras allá, en el fondo del valle, sonaba el rumor de la colmena con su delirio de la producción acelerada para el sumidero de la guerra, él se hacía acompañar de los sabios que han sido, ajeno a aquella fiebre, tomando consejo de todos ellos y aprendiendo de maestros como el que solo pudo darse un Alejandro de Macedonia, de preceptores como Séneca, el cordobés, hecho a enseñar en imperiales palacios, de regios instructores como Descartes, mentores como Fenelón, consejeros aúlicos como

<sup>65</sup> Maximilien de Béthune, duque de Sully (1560-1641) fue un militar y político francés. Ministro de finanzas de Enrique IV, introdujo grandes reformas que modernizaron y sanearon la hacienda real.

<sup>66</sup> Hace referencia al que suele considerarse como el lema del reinado de Enrique IV de Francia (1553-1610) y según el cual su objetivo era que todos sus súbditos llegaran a tener los medios de poner una gallina en su olla –*la poule au pot*– cada día. Enrique IV es considerado popularmente, aunque no sin cierta idealización, como uno de los mejores monarcas de la historia francesa, precisamente por entenderse que trató de mejorar las condiciones generales de vida de sus súbditos.

<sup>67</sup> En francés, aquel que aprovecha la coyuntura de la guerra para enriquecerse, especialmente quien lo hace por medios poco lícitos, poco morales o de forma egoísta aprovechándose del sacrificio general del resto de la población.

<sup>68</sup> Este dicho pasó al habla popular durante la Guerra de Crimea (1853-56) en la que España vivió una gran prosperidad gracias a los elevados precios que su producción cerealera alcanzó al calor de las especulaciones en los diferentes países implicados en la misma. Prosperidad que dio lugar a excesos de lujo y despilfarro, tan escandalosos como pasajera fue la bonanza. Cuando terminó la guerra y la gigantesca producción cerealera rusa volvió al mercado en tromba, siguió el inevitable desplome de los precios. Aunque algunos especuladores perdieron sus fabulosas fortunas, para las clases populares el cambio significó el hambre más descarnada.



Goethe, ministros como Disraeli y profesores, entre los cuales, y para dejar la Historia, solo citaremos a Unamuno, su paisano, y a Ortega y Gasset, que empezaba a brillar en el horizonte para ser luego una de sus delicias<sup>69</sup>.

Y cuando, terminada la guerra, el más lerdo podía regalarse con el “agua de Bilbao” –así llamaban al champaña en los lugares de disipación, por la prodigalidad con que lo tomaban los nuevos ricos de Vizcaya–, este privilegiado, a quien habían rendido servicio tamañas capacidades, había de conformarse, “limpio” como dicen aquí de los *sans-le-sou*<sup>70</sup>, con la fortuna de haber aprendido algo en orden a los verdaderos valores de la vida. Y aunque su elección tampoco estuviera a salvo de vanidad, ya que todo es en el mundo formas de la vanidad, ¿qué duda cabe que los suyos eran valores más sólidos y más preñados de consuelos que aquellas locas ganancias de los otros?

### Como el dolor, la risa anda por barrios

Recuerdo, en la cabecera de aquel camino abierto en la montaña por nuestros armeros en crisis, un día de los claros que se dan en el otoño, cuando el viento barre el cielo y la atmósfera, más diáfana que de ordinario, reduce las distancias y hace aparecer más próximas las lejanas sierras.

Entre la peña de Amboto, en Vizcaya, y las sierras de Navarra, el Udalaitz, el Aitzgorri y la pirámide del Larrunarri, en el Aralar, destacaban nítidamente su perfil contra el azul del cielo. Y un abate francés, que había venido a visitar a sus siervas de dicha nacionalidad establecidas en Aldatze, en la casa-torre de Mallea, se sumó a mí para dar suelta a una serie de exclamaciones que se le escapaban del pecho en su lengua del otro lado del Pirineo:

–¡Qué serenidad la de la naturaleza aquel bello día! ¡Qué espectáculo el de aquel semicírculo de montañas! ¡Qué colores los que vestía el paisaje ante el anuncio del invierno que se echaba encima!

Pero sobre todo, ¡qué paz la de nuestras vidas! ¡Qué sosiego el de nuestras almas en aquel rincón al que no llegaba el estruendo de la guerra! Así lo veía el abate francés, transeúnte deslumbrado, sobre el paisaje que ofrecía aquel mirador de Izua, tibio aquel día y más claro con el viento solano que soplaba de la parte de Álava, puerta abierta sobre la estepa castellana, que a su vez se comunica con el África. Así lo veía desde su dolor al pecho de la Francia destrozada, teatro de la furia desatada de dos inmensos ejércitos que la locura humana había opuesto el uno al otro, para una destrucción sin precedentes.

<sup>69</sup> En 1949 dice que Ortega era para él “*el contemporáneo leído con más fruición*”.

<sup>70</sup> En francés, sin un céntimo.

Y, sin embargo, andando el tiempo, también habían de llover los obuses sobre aquel camino de paz y tranquilidad entonces, batido por los cañones de los facciosos en Arrate. ¿De quién ha sido la culpa?, me suelo preguntar a veces. Acaso nuestra, quizás por no haber accedido a aquello de las “vacaciones de la legalidad” que reclamaban los desconfiados, cuando advino tan limpia y serenamente la Segunda República. Cierto que algunos “jabalíes”<sup>71</sup> ahora sirven a Franco disfrazados de beatas, probando que no era su amor a la República lo que arrancaba sus aullidos. Pero, evidentemente, tampoco nuestra “juricidad” sirvió para otra cosa sino a dar aliento y facilitar su labor criminal a los que preparaban la destrucción de la República.

Algunas veces me acordé del abate francés del camino de Akondia cuando, a nuestra vez, clavado en el pecho el dolor de nuestra España destrozada, perdida para nosotros a manos de traidores, paseábamos nuestra tristeza de exiliados por el bosque de Fontainebleau, antiguo lugar de caza de los reyes de Francia, habiéndonos confinado la policía en Melun.

Como para el abate de aquel encuentro ocasional en Izuva, ¡qué serenidad la de la naturaleza bajo aquellas bóvedas de follaje! ¡Qué espectáculo el del histórico río con sus aguas mansas! ¡Qué verde nuevo no vestía el paisaje en aquel pedazo de la Isla de Francia con el renacer de la primavera que presidió nuestra derrota! Pero, sobre todo, ¡qué dicha la de aquellos franceses, maestros de bien vivir, que el domingo invadían con su alegría y sus risas el silencio de aquellas soledades con que me regalaba yo los días de labor!

Mas la guerra acechaba una vez más también sobre aquella paz y aquella dicha de vivir, que asimismo estaban destinadas a naufragar en la catástrofe que les aguardaba poco tiempo después. Y, después de haber bebido ellos también el cáliz de la derrota, franceses, españoles y desplazados de todo el mundo por la brutalidad de los acontecimientos, habíamos de aguardar de este lado del mar —yo en este país del trópico animado por la fiebre del petróleo— la hora de la justicia. Que ha sonado para todos, menos para nuestra pobre España peregrina, cargada con la tragedia de tener razón contra todos.

---

<sup>71</sup> Se refiere a un grupo de parlamentarios de la extrema izquierda burguesa que destacaron en las Cortes Constituyentes (1931-33) de la Segunda República por su vocinglera demagogia y su escasa consecuencia política. Aunque anticlericales, republicanos y federalistas, no tenían mucho de obreros y poco de demócratas. Su nombre se lo dio Ortega y Gasset en una intervención parlamentaria el 31 de julio de 1931, cuando dijo: “...*hay, sobre todo, tres cosas que no podemos venir a hacer aquí: ni el payaso, ni el tenor, ni el jabalí*”.

## Neutrales y beligerantes

Quizás en aquella ocasión de la guerra contra el Kaiser fuimos unos solemnes ojalateros y hoy nos lo están cobrando los dioses, exigentes. No se trata de discutir ahora si los frutos de la victoria, tal como hicieron o contribuyeron a que fueran nuestras inhibiciones, hubieran justificado el sacrificio. Se trata de que, en el fondo, nuestro neutralismo no procedía de las dudas que pudieran haber respecto a la justicia, que reclamaban los unos como los otros, sino de la falta de espíritu de sacrificio. Se trata del pecado de haberla vivido solamente como la ocasión y la oportunidad de provechosas especulaciones, negociando con la tragedia.

Digo “fuimos” en plural, sin excluirme, a pesar de que en vez de especular con la guerra padecí la especulación en mi economía, obligándome a correr un punto el cinturón, y a despecho de que, personalmente, estuve por nuestra beligerancia. No como el autor de *Neutralidades que matan*<sup>72</sup> que, muerta la fiera, se limitó a correr a París a rendir homenaje a los vencedores. Estuve por la beligerancia como partidario incondicional de tomar nuestra parte en el dolor y el sacrificio de los que hubieron de sufrir la agresión.

Y digo arriba “fuimos”, porque nunca acerté a contestar satisfactoriamente a los pacifistas ortodoxos que, en el café donde ocurrían nuestros debates, me argumentaban diciendo que estaba abierto el camino para los que quisieran marchar como voluntarios a las trincheras. No era verdad del todo esto último, ni era lo mismo afrontar individualmente un problema de naturaleza nacional o colectiva; mas lo cierto es que, en el entretanto discutíamos desde una posición u otra, todos aparecíamos a cierta distancia como unos ojalateros, a bien con aquella neutralidad oficial que nos permitía trabajar para la guerra y comerciar con los beligerantes sin entrar por las quiebras de ella.

Cierto que nos apasionaban las dramáticas incidencias de la lucha y a cuenta de ellas nos dividíamos en aliadófilos y germanófilos y a veces llegábamos a las manos... Pero todo esto ocurría como ocurren las broncas de los aficionados en el tendido. En el ruedo, allá donde los actores no morían de mentirijillas sino de veras, estábamos enteramente ausentes. Apenas algunas compañías de voluntarios catalanes respondieron al prestigio de la raza y dijeron “¡presente!” al llamamiento de la Historia.

---

<sup>72</sup> Título de un sonado artículo publicado en el *Diario Universal* el 19 de agosto de 1914, atribuido al Conde de Romanones, y que abogaba abiertamente por la beligerancia. Romanones sería Presidente del Gobierno varias veces bajo Alfonso XIII, pero entonces era cabeza de la oposición. El autor es bastante injusto con él ya que, cuando Romanones era presidente del gobierno en 1915, aprovechando varios incidentes en los que mercantes españoles fueron torpedeados por submarinos alemanes, quiso trasladar sus opiniones al terreno de lo práctico. La tremenda presión popular, y los ataques furibundos de la prensa conservadora –germanófila–, no solo le impidieron, afortunadamente, entrar en guerra, sino que forzaron la caída de su gobierno.

Recuerdo de un avieso contradictor, cuyo nombre no diré, que trataba siempre de retratarnos a los aliadófilos de este lado de la frontera sentados a su mesa en el café, con la figura de Joaquín, *el Alguacil*, en su asiento de honor y de derecho en el Frontón Astelena.

Cada vez que jugaban los de Azcoitia nuestro jefe de Policía Municipal, dominado por su patriotismo de la patria chica, ayudaba con la intención a sus paisanos, tensando todos los músculos de la cara, contrayendo ahora un hombro y luego el otro, levantándose y volviendo a sentarse y empujando o deteniendo con el gesto la pelota, según fuese la de ganar o de perder, completamente enajenado de todo su alrededor. Los espectadores que no habían apostado a rojos ni azules y no tenían otro interés que el espectáculo, no sabían si ver el partido en la persona de Joaquín o en el juego que los pelotaris desarrollaban en la cancha.

Pero cuando en las corridas de San Juan le tocaba estar de servicio en el callejón de la plaza para impedir el paso a los “espontáneos”, no tenía tiempo de ensimismarse, sino que todo él era ojos para evitar al toro a una legua de distancia. El hombre, a pesar de su uniforme no exento de algún arreo militar y con toda su buena voluntad y su deseo de cumplir todo lo que el deber significaba para él, sin poderlo remediar, demostraba ser mejor para ojalatero en el tendido, que no representante de la autoridad donde a veces asomaba el toro y uno podía dejar la vida en las afiladas astas del bruto.

### **La nueva Casa del Pueblo**

Aquel remanso sindical de la guerra, en que hubo buenos jornales sin necesidad de huelgas, fue aprovechado por nosotros para dar un empujón al proyecto de la Casa del Pueblo. En 1914, poco antes de que se produjera la conflagración, navegando aún en pleno optimismo, se había contratado con una compañía donostiarra la ejecución del proyecto, sin sospechar la inminencia de aquel accidente internacional que sorprendió a otros mejor enterados que nosotros. Y una vez cerradas las fábricas y metidos en las graves preocupaciones que siguieron para los socialistas, con la responsabilidad de tanta gente parada, fue obligado rescindir el contrato y esperar prudentemente tiempos mejores.

En 1915, luego de reorganizarse el trabajo en las industrias, tuvieron lugar unas muy reñidas elecciones municipales que, contra lo que esperaban los que nos suponían quebrantados por el bache que habíamos tenido que salvar, fue un triunfo para los socialistas. Aprovechando el entusiasmo de aquel triunfo se volvió sobre el asunto de las obras de la Casa del Pueblo y se decidió llevarlas a efecto por etapas, acometiendo primero la construcción de la primera planta, tocándome a mí el ser el ecónomo honorario de esta comprometida empresa.

No esperaban los enemigos, atentos a vernos naufragar en el empeño, que luego de haber atravesado tan honda crisis pudiéramos hacer frente a las obligaciones en que nos embarcábamos, sabiendo que no habíamos terminado aún de pagar el solar y conociendo las proporciones del proyecto. Sospechaban además cierto tropiezo de orden interior que teníamos y que era el secreto de dos o tres.

Grave tropiezo, al que, sin embargo, no cedimos en nuestro firme propósito de comenzar los trabajos y del que Amuátegui decía en la intimidad, agarrándose con las dos manos la cabeza, que preferiría una desgracia familiar a semejante evidencia si esta se producía. Su diligencia lo remedió, removiendo cielo y tierra a favor del amigo comprometido, que salió airoso del paso, sin dar gusto a los que conspiraban para dejar en mal lugar a aquel hombre, por lo demás bueno, por odio a los socialistas. Se hicieron oportunamente los depósitos bancarios que determinaba la licitación y comenzaron las obras.

Y una vez más defraudamos a los enemigos. Luego todos los obstáculos legales y administrativos con que venían oponiéndose al proyecto, con la complicidad de la Diputación reaccionaria, fueron vencidos, por la sencilla razón de que, siendo arbitrarios, no podían tener otro efecto que el dilatorio, que hasta cierto punto nos había convenido.

Por lo demás, la obra se realizó cubriendo toda la primera etapa que nos propusimos y todos los vencimientos fueron atendidos con normalidad. Y con este primer paso, la cosa estuvo en marcha, y aunque quedaba mucho para coronar el proyecto, ya se completaría el edificio, como fueron completándose, en fuerza de perseverar en la fe, las viejas catedrales. Allí estaba también la de Vitoria, tardando años y años en levantar del suelo, y eso que la sufragaban los millonarios de Bilbao para hacerse perdonar sus muchas explotaciones.

Aquella capacidad administrativa, forjada sobre el yunque de los dicterios y las calumnias de que habían sido objeto los socialistas de los tiempos heroicos, presentándose como unos vividores que se aprovechaban de las cuotas de los incautos, y que era la reacción natural a aquellos ataques injustos, acababa de presentar una prueba magnífica, que los mismos enemigos tuvieron que reconocer, viéndonos instalados en aquel hermoso nuevo local, sentado en el lugar más lucido y público de la villa.

¿Cómo extrañar que, cuando la guerra civil, las bombas fascistas no la perdonaran, sin convertirla con fruición en ruinas?

## La inauguración de la Casa del Pueblo

Indalecio Prieto, que había intervenido en el acto de colocación de la primera piedra de la Casa del Pueblo en 1911, intervino también en el de su inauguración, que debió ser hacia la primavera de 1917<sup>73</sup>, hablando entre Aquilino Amuátegui, nuestro tribuno más calificado, que lo hizo en vascuence, y Léon Jouhaux, Secretario de la Confederación General del Trabajo, de Francia, que se expresó en francés. La circunstancia de la guerra, que hacía furor en tierras de aquella nación hermana, y el carácter aliadófilo de nuestro pueblo, que lo era por amor de la libertad sin dejar de serlo por interés, dieron un especial relieve a aquel acto trilingüe, que ha quedado en histórico en los anales del movimiento social de Eibar.

El doctor Madinabeitia estaba entonces en el zénit de sus entusiasmos por Eibar y cuidaba de su obra entre nosotros –si se me perdona mi propensión a compararle con el Apóstol de los Gentiles– con el amor y el celo paternal que aquel debía poner en la más querida de sus iglesias del Asia.

No perdonaba su contribución a nadie en no sé cuántas leguas a la redonda, y según la especialidad de los talentos a que obligaba a pechar, nos traía de sus correrías por los estudios de sus amigos artistas de Vizcaya cuadros, libros, música, etc., para enriquecer nuestra Casa del Pueblo. Y no me cabe duda de que aquella combinación trilingüe del acto de la inauguración fue también obra de sus originalidades, que bastaba ocurrírselas para que fueran puestas por obra.

Por otra parte, no había prestigio alguno a su alcance que no rindiera a su propósito de hacerle pasar por nuestra tribuna, como si esta fuese una aduana levantada entre San Sebastián, Bilbao y Vitoria, donde les era obligado pagar tributo a los ingenios que transitaban por aquella zona. Sospecho que el único con quien fracasó nuestro admirable doctor, aunque no lo dijera porque tenía su amor propio, fue con Pío Baroja, su colega en Cestona, cuando él, Madinabeitia, ejercía la medicatura en Iciar, de Deva. Porque habiendo empezado a preparar el terreno haciéndonos releer a los jóvenes los libros de su amigo, novelista de tipos paradójicos y extravagantes, rebeldes e inadaptables, no recuerdo que estuviera nunca en Eibar el autor de *Las inquietudes de Shanti Andia*.

Seguramente, porque el ácido escritor, a quien podría suponérsele poseído de la fiebre de los medios anarquistas, no pasaba en verdad de ser un pacífico burgués de buenas costumbres, con el culto de su tranquilidad y comodidades, y aquella gabela que reclamaba nuestro doctor de sus paisanos con algún nombre le parecería, cuando no una impertinencia, porque Madinabeitia es uno de los pocos a quien Baroja menciona con cordialidad, sí acaso como una molestia a que no supo avenirse. Además, no simpatizaba con los socialistas, a causa sin duda de su experiencia de patrono como

<sup>73</sup> El acto de inauguración descrito se celebró el 29 de octubre de 1916. La licencia de construcción se había tramitado, a nombre de Marcelino Bascaran Larreategui, en mayo de 1912.

industrial panadero en Madrid cuando las pequeñas guerras sociales, y nuestros fervores, nuestras devociones y aquel apostolado mismo de Madinabeitia le parecían, creo yo, una beatería en que no podía comulgar.

Unamuno, en cambio, una vez más estuvo con nosotros y honró con su sabia palabra la tribuna de la Casa del Pueblo. Fue pretexto para ello la inauguración de la Biblioteca, continuación de aquella del Centro Obrero en que habíamos apagado los primeros ardores de nuestra sed de espíritu.

### **Inauguración de la Biblioteca**

En realidad la Biblioteca ya estaba, tiempo hacía, funcionando, pero entraba en los procedimientos de Madinabeitia hacer honor a ella con aquella especie de solemne bautismo, y brindar al mismo tiempo al maestro un motivo que a su vez le honraría, pues los sabios se honran sobre todo de la ganancia moral que les deparan los sedientos de aprender. Y no se apartaba mucho el rector de la Universidad de Salamanca en lo de creer, con el doctor Madinabeitia, que no eran los centros obreros y las casas del pueblo donde hubiese menos estudio que en muchas universidades; universidades a su manera, estos centros donde la verdad de la vida, la sociedad y los hombres, que es ciencia bastante más alta que muchas técnicas académicas, quizás se aprendía mejor que en ninguna otra facultad.

Pero el maestro, que siempre era singular, así como en la ocasión del *Quijote*, novela social, improvisó una notable conferencia a beneficio de media docena de circunstancias, ahora que se había llenado el amplio salón y los aledaños de la Casa del Pueblo para oírle, incluso con gentes que habían venido de otras localidades, nos salió con una charla familiar, si bien no menos notable que cualquier disertación académica con toda clase de requisitos.

Lo más de la charla fue recordar a Tomás Meabe en sus tiempos del *¡Adelante!* y *La lucha de clases*, donde él mismo había acostumbrado su pluma a los combates. La razón de este tema era que el soñador que fue Meabe, y había transitado soñando por el mundo, naufragó —con todo y sus estudios de la Escuela Náutica— en los escollos de la vida práctica, y como un pájaro herido se había ocultado de todos, para morir ignorado, sin cargar a nadie y donde no le vieran. Hasta que le descubrieron unos buenos amigos en un barrio extraviado de Madrid, a tiempo aún de recoger su último suspiro.

A pesar del contraste que parecía advertirse entre el temperamento religioso de Unamuno y la osadía ateística de Meabe, en el fondo no era tanto el contraste. Porque el deísmo especial de Unamuno se permitía con Dios libertades propias a que algunos le calificaran de ateo, y el ateísmo de Meabe denotaba una mística en que se traicionaba a sí mismo, descubriendo una intimidad eminentemente religiosa. Y ambos, además, tenían una cosa en común: su recia originalidad respectiva.

Pero una cosa les distanciaba. Lo que Unamuno tenía de genial, tenía de egoísta —él hubiera dicho egotista, aunque no le gustaba construir con ese sufijo— y su angustia, sus agonías, su sentimiento trágico de la vida centrábanse en la muerte, en la ingrata posibilidad de un no ser, en la frustración del anhelo de ser en la eternidad, que era el de su alma. Y en el de ser él, don Miguel, con su carne, sus pensamientos y sus contradicciones del espíritu<sup>74</sup>.

Para Meabe, en cambio, ni para su amigo Madinabeitia, no consistía el sentimiento trágico de la vida en la contradicción e inevitabilidad de la muerte, sea cual fuere el misterio a que ella nos abre la puerta, sino en la necesidad de justicia. Que siendo necesaria para su espíritu parece, sin embargo, ausente del gobierno que preside a la Creación. La muerte para ellos podía ser la Bienvenida, y eso que Meabe la había maltratado muchas veces con el epíteto de *la Abortadora* cuando se cebaba en sus amigos en flor, hiriéndole en aquella fibra sensible de la necesidad de justicia. Y no creo equivocarme pensando que, en aquella resignada agonía que quería pasar discretamente ignorada de todos, la esperó como a una santa hermana portadora de consuelo. A Madinabeitia creo serle fiel imaginándomelo en los días crepusculares de su vida rota, por traidora enfermedad en lo mejor de su carrera, cantando gozosamente aquello de<sup>75</sup>:

*Loado seas, Señor mío, por nuestra hermana  
la muerte corporal,  
de la cual hombre alguno  
podrá escapar...<sup>x</sup>*

Pero la justicia... ¡Ah, la justicia! Ese era el tormento. Tormento trágico, porque no se le advierte en la vida ni en la muerte. Porque si hay otro mundo, ¿quién nos garantiza que no ocurra en él lo mismo que en este de aquí, siendo obra los dos del mismo autor? Por lo pronto, la Escatología de los teólogos, con su Cielo y su Infierno, no entraña menos contradicción que la de este mundo con sus pobres y ricos, sus desgraciados y sus mimados de la fortuna, con la agravante de la infinitud de sus extremos y su eternidad, sin el remedio siquiera de la muerte.

---

<sup>x</sup>. También Indalecio Prieto, otro atormentado de la justicia, dijo una vez a los periodistas que, en ocasión de una crisis ministerial de la República, le preguntaban qué es lo que querría ser: —Querría ser... ¡cadáver!

<sup>74</sup> En 1949 dice de Unamuno: “*Pero en una cosa se distanciaban. Unamuno, lo que tenía de genio, tenía de egoísmo, y sentía la vida como su propiedad y consideraba a la muerte como un atentado a esa propiedad. Su religiosidad, su horror de la nada, la necesidad que sentía de sobrevivir en la inmortalidad del espíritu, puesto que no hay remedio para la muerte, era la consecuencia lógica de ese egoísmo*”.

<sup>75</sup> Duodécima estrofa del *Cántico de las criaturas*, compuesto por San Francisco de Asís en 1224 o 1225, poco antes de su propia muerte.



### Breve paréntesis<sup>76</sup>

Prieto, que tuvo conocimiento de estas notas cuando circularon por primera vez entre los amigos de Eibar, tuvo la delicadeza de mandar copia de los apuntes relativos a Tomás Meabe a su viuda, Julia Iruretagoyena, y a su hermano Santiago Meabe.

Julia Iruretagoyena, la santa mujer de aquel santo laico, vive como refugiada en México, habiendo perdido a su único hijo en el frente de Madrid a poco de comenzar la guerra civil. ¡Hasta ese punto hubo de probarla el destino!

Santiago Meabe, buen amigo nuestro en Eibar cuando su residencia en Ondárroa, a pesar de que algunos socialistas bilbaínos no le olvidaban fácilmente sus encuentros de cuando el furor bizcitarra en la capital de Vizcaya, apasionado él de su fe como su hermano de la suya, representó un buen papel en Octubre de 1934 y durante la guerra civil, luchando a favor de la República, que había saludado con entusiasmo. Desde su prisión flotante –uno de los *Mendis* de la bandera de Bilbao<sup>77</sup>– en 1934 mantuvo recia correspondencia con los presos eibarreses de la cárcel provincial de Pamplona, y a juzgar por esta correspondencia, no deja de tener un talento literario y una originalidad que recuerdan a su hermano. A raíz de la evacuación de Cataluña en febrero de 1939, se refugió en Francia y pasó toda o parte de la ocupación alemana en la región de Calvados. Más tarde, me dicen que ha vivido en Bayona.

Como cuando aquella fiebre en que ardió la nación judía, propensa a catastróficos levantamientos –los Judas galileo y los Theudas, citados en los Hechos, y la guerra de Vespasiano y Tito, referida por Flavio Josefo–, la novedad del cristianismo representaba la superación de aquel estrecho nacionalismo racista y exclusivista, borrando toda distinción, no ya con los samaritanos sino aun también con los gentiles, haciendo prevalecer en el lugar del israelita el concepto universal de hombre, en el que habían de darse todos los progresos morales de la Historia; así Xanti Meabe se había superado a sí mismo, y tiempo hacía que vivía los grandes problemas de la humanidad, en que no caben vascos y maketos, sino hijos de Dios, todos comprados al mismo precio para la ley de gracia.

Sin perjuicio, claro está, de que los vascos hablen vasco si así les place, pues el Espíritu Santo daba el don de lenguas justamente para que aquella verdad universal de la Buena Nueva fuera dada a entender en todos los idiomas. Y sin perjuicio de que

<sup>76</sup> Este epígrafe fue añadido en 1956.

<sup>77</sup> Se refiere a los barcos de la naviera bilbaína Sota y Aznar, una de las más importantes de la época, que tenía por costumbre bautizar sus buques con nombres de montes vascos, terminándolos con la palabra *mendi*, que significa monte en euskera. Aunque alguno se haría tristemente famoso durante la Guerra Civil como barco prisión, al menos uno de ellos, el *Arantzazu-Mendi*, anclado en el puerto de Santander, se empleó también para albergar presos políticos después de la revolución de octubre de 1934. Terminada la guerra la flota fue incautada a los Sota, destacados nacionalistas vascos, y los barcos supervivientes rebautizados con nombres apropiadamente castellanizados para seguir bregando bajo una nueva compañía dirigida por los leales Aznar.

un eibarrés universalista pueda recrearse recordando las cosas de su *txoko*<sup>78</sup>, de su rincón entre montañas, porque si uno ama al prójimo, a la Humanidad, de una manera especial a los padres y a la elegida de su corazón, respecto a los cuales no hay cosas pequeñas.

### **La cigarra, la hormiga y la sinagoga**<sup>79</sup>

Mas volvamos a la charla de Unamuno en la tribuna de la nueva Casa del Pueblo. Fue en aquella ocasión y circunstancia que el profesor de griego en Salamanca calificó de inmoral la fábula de la cigarra y la hormiga, y de muy hipócrita a esta. La hormiga –decía– hace que hace sin hacer nada. Es, por tanto, un perfecto simulador, un acabado Tartufo. La cigarra, en cambio, paga indudablemente lo suyo a la república con su canto, mejor que muchos que parece que trabajan mucho y en realidad no hacen nada. Esto lo dijo para significar que Meabe, con el canto de sus fantasías y sus sueños con que nos regalaba en nuestro *¡Adelante!*, no había trabajado menos que cualquier otro de aquella laboriosa colmena de Eibar, con trabajar allí todos de verdad. ¡Cuántas vueltas, dobleces, pliegues, entresijos y revueltas; cuántas puntas no le fue sacando, luego de aquella charla, a esto de la cigarra buena y la hormiga hipócrita, hasta agotar todos los ángulos posibles de la consideración de la idea, como hacía con todas ellas!

También nos refirió en aquella misma ocasión la anécdota de cierto viejo eibarrés del tiempo de nuestros padres que, queriendo pasar por radical y pretendiendo invocar algo más allá de todo lo existente, exclamaba: “*¡Sinagogia biarko genduke!*” ¡Necesitaríamos una sinagoga!

Pues bien –decía el conferenciante– aquello que habíamos hecho con el nombre de Casa del Pueblo, en realidad era una sinagoga. Y yo digo ahora, que mucho más de lo que creía el maestro Unamuno, con estar acostumbrado él a pisar los centros obreros y ver sus gentes, era aquello una sinagoga, con sus profetas mayores y menores y no pocas especulaciones mesiánicas.

Justamente por aquel entonces, o poco después, empezaba a levantarse en el horizonte de las almas que ardían en la cálida atmósfera de los centros obreros, sin exceptuar a nuestra Casa del Pueblo, la visión de la Santa Rusia, de la Rusia agónica que él diría, atormentada del hambre y sed de justicia con que nos la habían presentado los grandes autores de su literatura, que estaban allá en la biblioteca, y que, habiendo muerto a la guerra y despertado a la revolución, hacía soñar a todos en la realización de una Nueva Jerusalén sin más lágrimas ni más problemas sociales.

Nueva Jerusalén que al compañero *Zapata*, por ejemplo, llamado así por ser hijo de un remendón de portal, y que era el más ardiente de los apologistas de aquel paraíso

<sup>78</sup> En euskera, rincón. Por extensión se aplica familiarmente a los lugares más cercanos y queridos.

<sup>79</sup> Este epígrafe fue creado en 1956, empleando los últimos párrafos del titulado “Inauguración de la Biblioteca”.

del amor libre que prometía venir a ser el antiguo imperio de los zares, sin salariado, sin cadenas, sin código, sin policía ni cuarteles, donde cada cual haría lo que le permitieran sus fuerzas y recibiría según sus necesidades<sup>x1</sup>, puso, como el etíope del capítulo VIII de los Hechos de los Apóstoles, en devota peregrinación camino de aquella Santa Rusia que estaba en los sueños de todos los compañeros. Solo que este leucotío que digo no pasó más allá del Adour, al advertir en Bayona que no le quedaban más dineros que los justos para regresar al punto de partida<sup>80</sup>.

### Agosto de 1917

La huelga general revolucionaria de agosto de 1917, que a pesar de su fracaso sacudió fuertemente los cimientos del régimen, transcurrió en Eibar sin violencias mayores, no habiendo sido necesarias para que se paralizaran todas las actividades<sup>81</sup>. Por otra parte, ni la Guardia Civil, grandemente reforzada, osó meterse con los obreros, ni éstos creyeron convenientes hechos de fuerza para los que, sin embargo, se habían preparado.

Fueron los de la huelga ocho días de febril expectación en derredor de la Casa del Pueblo, si bien velando las armas, porque la batalla, tal como estaba planteada, había de ser ganada o perdida en la esfera nacional, con la ayuda de los obreros y las acciones que fueren necesarias por parte de éstos, mas alrededor de la cuestión política emprendida por los parlamentarios en rebeldía que iban a reunirse en Barcelona. Deliberadamente, los socialistas limitaban su ambición del momento a un resultado político –Cortes Constituyentes– para que el espectro de una guerra social no asustara a las fuerzas burguesas que se proponían realizar el cambio político que correspondía a su papel histórico; lo cual denotaba sentido de responsabilidad, control de fuerzas y disciplina.

---

<sup>x1</sup>. No se concebía la Revolución social para menos que el milagro de ese ideal, que se suponía realizable de la noche a la mañana, y toda la literatura que luego se fue haciendo para exaltar la Rusia bolchevique, a pesar de fabricarse con fines propagandísticos, no bastó a mantener el místico prestigio de la primera hora, que no podía ser expresado en gráficas, estadísticas y figuras de que podían hacer igual alarde otros países. Aquel sueño que se había soñado era cosa de justicia y no de números.

---

<sup>80</sup> En 1949 terminaba esta anécdota con la siguiente reflexión, que después decidiría eliminar: “Y esta aventura vino a ser símbolo de su carrera de socialista, pues también volvió de ella, de no mucho más lejos que Las Landas, con parecer al principio que le venía pequeño el ancho mundo”.

<sup>81</sup> La huelga general fue decretada conjuntamente por CNT y UGT aunque se acepta generalmente que fueron los socialistas los que cargaron con el mayor esfuerzo de organización. Convocada para el 13 de agosto, en Eibar fue general hasta el día 20 de ese mes. Fue el punto de Guipúzcoa donde el seguimiento fue mayor y más prolongado. Los obreros que la secundaron parcialmente en Beasain estaban de vuelta al trabajo ya el día 16, mismo día en que fracasaba en puntos mucho más significativos, como Barcelona.

Era, desde entonces, la misma generosidad política con que estuvimos presentes en diciembre de 1930, cuando lo de Jaca<sup>82</sup>; la misma que usamos después del glorioso 14 de abril al intento de sacar a fuerzas y a una plenitud propias al nuevo régimen, procurando su salud como la de un hijo, y la misma con que lo defendimos en 1934 y a lo largo de los treinta y dos meses de guerra a despecho de la veleidad maximalista de la que, al cabo, se nos contagiaron algunos elementos del partido.

Hay quienes reputan aquel romanticismo más que una tontería: una claudicación del espíritu de clase a que no debíamos habernos prestado los socialistas. Cabe esta crítica de buena fe, y a veces la han hecho elementos calificados de derecha entre los tildados de reformistas. Pero, ordinariamente, los detractores que condenan nuestros pecados de ingenuidad no censuran en esta palabra sino la honradez de pensamiento y obra que acreditamos en aquellas y todas las ocasiones. No valía, según ellos, aquel objetivo el sacrificio a que nos prestábamos, ni logrado que fue, el que lo defendiéramos tan a nuestra costa.

Ellos, los sedicentes verdaderos representantes del proletariado<sup>XII</sup>, no incurrían en semejante candor. Por su parte, instaurada la República, procuraron toda clase de excesos, en los que no pocas veces les ayudaron los más reaccionarios, con la intención de abrir un abismo de sangre entre la República y los obreros, para matar la ilusión política del nuevo régimen en las masas, con miras a su negocio político particular, dificultando el desenvolvimiento de aquella experiencia y propiciando de hecho la reacción, que ganaba fuerzas con la proyección propagandística de este desorden.

Pero cuando la reacción se hizo fuerte y la amenaza se convirtió en realidad pronta a las vías de hecho, pasada el agua y consumado el daño, los voceros de aquella nuestra antigua posición, predicaron una unión antifascista con la más amplia base liberal burguesa y limitando su finalidad a lo más preciso político e inmediato. Se me dirá que no son tontos y, una vez más, proceden con sus acostumbradas reservas mentales.

Peor que peor, tanto si se trata de justificar los excesos de ayer como si de coonestar el oportunismo de ahora. ¡Dolorosas lecciones de las que, sin embargo, no aprendemos unos ni otros!

---

<sup>XII</sup>. Los de la Tercera Internacional.

---

<sup>82</sup> El 12 de diciembre de 1930 la guarnición de Jaca se sublevó contra el gobierno del General Berenguer, que había tomado el relevo de Primo de Rivera. Se proclamó una alcaldía republicana en la plaza y partieron columnas hacia Huesca, pero el movimiento —de inspiración burguesa y formas típicamente militares— fue rápidamente sofocado. Sus cabezas visibles, los capitanes Galán y García Hernández, fueron arrestados y ejecutados. Su importancia radica en que manifestó la existencia de una importante corriente de descontento, dispuesta a una solución republicana, dentro de las Fuerzas Armadas, el principal, si no el único, sostén del régimen alfonsino a aquellas alturas. En conmemoración del hecho hubo en Eibar una calle con el nombre de ambos.

### Vencidos pero no humillados<sup>83</sup>

En aquella ocasión de 1917 el doctor Madinabeitia, que no comulgaba en el aventurado intento revolucionario, ironizaba en la intimidad frente a Amuátegui, que estaba de lleno en los preparativos y comprometido en misiones delicadas, burlándose de aquella “revolucioncita” a que se iba a base de pistolas de Eibar y consignas que se limitaban a atraerse las tropas gritando: “¡Viva los soldados!”

El Ejército, que había inspirado algunas ilusiones a pesar de que las Juntas de Defensa de los oficiales venían amenazando al régimen por su cuenta<sup>84</sup>, le defendió en aquella crisis, con excesos como los que se dieron en Bilbao, sin ir más lejos. Los parlamentarios, por otra parte, fueron vendidos por algunos aprovechados como Cambó, que pasan por hombres de talla y se conformaron con el precio de una cartera ministerial. Y los obreros, que fueron los que dieron el pecho en Vizcaya, en Asturias y en Madrid, hubieron de volver al trabajo, vencidos y, aunque no humillados, dejando en las cárceles las víctimas inevitables.

Los Madinabeitia, a pesar de su inconsecuencia en este caso, habiendo andado él en aquello mucho menos serio de 1911, resultó que tuvieron razón; los Amuátegui, con todo y su consecuencia, hubieron de salir huidos, y nuestro amigo en condiciones de perder la salud para siempre, sabiendo que le hubieran cazado a tiros, pues esta consigna que fue dada a las fuerzas en persecución de Indalecio Prieto, que andaba escondido por los montes, alcanzaba también a nuestro Amuátegui. Pero no quiero tardar en decir que la razón que los sucesos dieron al doctor Madinabeitia sobre la infantilidad de nuestras pistolas y el romántico candor de nuestras consignas para atraernos a los soldados, y aquel pecado, si lo hubo, a que alude Ortega y Gasset en su *España invertebrada*, de no haber querido contar los socialistas con los demás en nuestra condición de españoles que siempre creemos bastarnos solos, le dolió a él —a Madinabeitia— más que a nadie, y desde aquel momento quiso sumarse al error de los vencidos aceptando sus consecuencias, pues las hubo para todos.

<sup>83</sup> Este epígrafe se añadió en 1956, desdoblado el anterior, que solo conservó el primer párrafo del original de 1949.

<sup>84</sup> Las Juntas de Defensa fueron una organización corporativa de oficiales del Ejército. Aparecieron en 1916, en Barcelona, como una suerte de sindicatos de oficiales entre los destinados en la Península (motivo por el que algunos socialistas se hicieron ilusiones sobre su apoyo en caso de huelga o revolución). En principio su objetivo era satisfacer ciertas reivindicaciones de tipo profesional —principalmente los bajos salarios y los abusos en los ascensos por méritos de guerra—, por desgracia, cuando el Gobierno se negó a aceptar sus demandas y ordenó su disolución, las juntas, que se habían extendido por toda España, se negaron a acatar la orden.

Ante un acto de abierta rebeldía militar y rumores de golpe de estado, ambas partes se volvieron hacia el Rey, y este, sin el valor necesario para tomar una medida que perjudicara su imagen ante el Ejército, optó por respaldar a los junteros. El Gobierno cayó, reemplazado por uno conservador que accedería a todas sus demandas, y toda una generación de oficiales comprendió que tenían carta blanca para influir en la vida política del país. Las juntas fueron legalizadas en 1917 y seguirían activas hasta apenas 10 meses antes del golpe de Primo. El centro de poder de la Restauración había pasado de las Cortes liberales burguesas a los cuarteles.

Para los que ingresaron en las cárceles, para los que salieron huidos al exilio y para los que quedamos en el lugar de siempre en un ambiente de reacción, que, afortunadamente, no tardó en pasar a un signo contrario.

En aquella ocasión, al que esto escribe, el más pacífico de los ciudadanos como lo acreditaban sus habituales paseos de lector de clásicos por el monte y los caminos, le tocó ocultar en su casa un importante depósito de armas largas, alojar a dos guardias civiles y actuar en el Comité de Huelga. Y todo pasó para él sin consecuencias, con marcharse tranquilamente, terminado el movimiento, a disfrutar de una corta vacación en Ondárroa, donde recolectaba, con alarma de los vecinos, el *Lactarius deliciosus* y leía a Ruskin<sup>85</sup>.

Y poco después, en el reino de su casa, le nacía una infanta, siendo ofrendada a los dioses de la felicidad.

---

<sup>85</sup> John Ruskin (1819-1900) fue un autor británico de gran repercusión durante la segunda mitad del XIX. Cultivó numerosos estilos y escribió sobre todo tipo de disciplinas. Quizás sea más conocido por ser uno de los críticos de arte más influyentes de la época victoriana. La naturaleza, la sociedad y el arte, esferas interconectadas para Ruskin, forman el eje principal de su extensa obra.

# La postguerra



*Calle María Ángela*

Dibujo de Julen Zabaleta



## La neutralidad española

En tanto en España nos entretenía el problema político, siempre abierto y nunca resuelto, en Francia se sucedían las batallas. Estas consistían en gigantescos duelos de artillería, y la guerra parecía reducirse a una reñida competencia sobre cuál de los beligerantes podría arrojar en un tiempo dado mayor cantidad de proyectiles contra el enemigo. Bajo aquel infierno que vomitaban miles de bocas de fuego, los soldados se hundían más y más en la tierra húmeda, haciendo vida de topos.

En España, frente a la germanofilia confesada o vergonzante de los militares, de los palaciegos y el clero, que admiraban en aquella Alemania audaz y agresora su viejo ideal de un régimen de autoridad al que no obstaculizara ningún “pedazo de papel”<sup>1</sup>, el pueblo trabajador era francamente partidario de los Aliados, por instinto de libertad. La burguesía lo era, además, por razón de los contratos de suministros de guerra que la estaban enriqueciendo más. Los intelectuales, con todo y lo que pesaba la cultura alemana en la juventud española, por afinidad espiritual y por el mismo sentimiento liberal que inducía a los trabajadores a ser aliadófilos. Pero ni unos ni otros, con toda su pasión y ardimiento, hubieran podido mover el país a una actitud beligerante, por la ya inveterada ausencia de España de los pleitos internacionales, que le hacía mirarlos como disputas de vecinos en que ella nada tenía que hacer.

Desde la batalla de Trafalgar, que prácticamente fue el último acto en nuestra ca-  
lidad de potencia europea, España se acomodó al margen de las cuestiones de poder de Europa, en la triste condición de no poder mantener su autoridad en las colonias,

---

<sup>1</sup> La independencia de Bélgica venía dada por un tratado firmado por varias potencias europeas en Londres en 1839. Su artículo VII establecía además su neutralidad perpetua, bajo garantía de defensa por parte de todas las potencias signatarias. Cuando Alemania, que estaba obligada por el tratado, violó dicha neutralidad en agosto de 1914 por su conveniencia militar y Gran Bretaña amenazó con declararle la guerra en cumplimiento de sus obligaciones según el mismo, un sorprendido embajador alemán respondió que le parecía inaudito que el Reino Unido fuera a ir a la guerra por un “trozo de papel”. La frase hizo fortuna y se empleó a menudo en la propaganda aliada.

que se le habían ido una a una. Y, liquidados los últimos restos de lo que fue su Imperio con el desastre de 1898, la violenta reacción con que respondió el pueblo español, diez años después, a la tímida aventura del Rif, denotaba su firme voluntad de no abandonar su encierro, echando siete llaves al sepulcro del Cid, como aconsejara Joaquín Costa<sup>2</sup>.

Mas, por la misma razón histórica que no nos era posible una actitud beligerante, tampoco tuvieron eco ni mayor resonancia entre nosotros las equívocas Conferencias de Zimmerwald (1915) y Kiental (1916)<sup>3</sup>. En Eibar, el único acaso que se enteró de estos intentos, en que al pacifismo humanitario de algunos se mezclaba el derrotismo revolucionario de otros que había de desembocar en la entrega de Brest-Litovsk<sup>1</sup>, fue el compañero *Zapata*; el que había de intentar aquella peregrinación a la Santa Rusia de los soviets.

---

<sup>1</sup>. Digo entrega donde otros dirían traición. Pues, ¿qué hubiera sido de la Rusia de la revolución si los Aliados de Occidente no hubieran destrozado al Kaiser y a sus prusianos? La soviétización de una Alemania victoriosa, con cuya hipótesis suelen tratar de cohonestar aquel tratado catastrófico, hubiera sido una empresa infinitamente más absurda que la soviétización que intentaron en vano en las naciones de Occidente, con todo y las desilusiones y los amargos desengaños que encerraba la victoria. La intervención de una Alemania victoriosa provocada a ese punto, engrandecido el Kaiser, fortalecidos sus prusianos y confirmado el pueblo en el prejuicio racial de su superioridad, no se hubiese limitado a establecer un cordón sanitario y a subvencionar a unos cuantos aventureros que tenían que vengar agravios personales.

Y lo mismo cabe decir de cuando el alevoso pacto Molotov-von Ribbentrop, que sirvió a desencadenar la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué hubiera sido de la Rusia de Stalin si la Gran Bretaña llega a entregarse como la Francia de Petain, dejando las manos libres a Hitler?

---

<sup>2</sup> Joaquín Costa Martínez (1846-1910) fue un jurista y pensador español. Ligado al krausismo de la Institución Libre de Enseñanza y políticamente republicano, fue cabeza y líder del regeneracionismo, movimiento reformista que inspiró y coexistió con el noventayochismo.

<sup>3</sup> La Conferencia de Zimmerwald se celebró en diciembre de 1915 en Suiza. Convocada a instancias de socialistas italianos para tratar la cuestión de la postura que el socialismo debía adoptar ante la Guerra Mundial, se convirtió en la plataforma de lanzamiento de los bolcheviques rusos capitaneados por Lenin, que la presidió. Más que de la guerra y cómo acabar con ella se habló sobre el futuro de la Segunda Internacional, decidiendo Lenin que se requería una nueva Internacional, la Tercera, formada por aquellos que, en minoría entonces, se oponían frontalmente a la guerra y pedían aprovecharla para precipitar la revolución. La Conferencia de Kiental, también en Suiza, celebrada en abril del año siguiente, contó con la asistencia de delegados de más países, pero, aparte de una declaración condenando la guerra y pidiendo la abolición del sistema capitalista que la había engendrado –ignorada por todos–, no produjo mayor resultado.

Menciona también el tratado de Brest-Litovsk, firmado en esa ciudad en marzo de 1918 por el primer gobierno soviético. Lenin, que ya se enfrentaba a los primeros compases de la Guerra Civil Rusa y necesitaba consolidar su poder, aceptó enormes concesiones territoriales a las Potencias Centrales a cambio de la paz.

## España, anacronismo viviente

Mas es de advertir que este nuestro repliegue a los límites del viejo solar hispano no nos sirvió mucho para acelerar la solución de nuestros problemas nacionales. Cuando esto se escribe llevamos casi ciento cincuenta años de periodo constituyente, y esta es la hora en que la cuestión está como estaba antes de las Cortes de Cádiz, vigente el Santo Oficio de la Inquisición.

Y es que entre nosotros la libertad ha luchado, como en todas partes, con varia fortuna, ganando unas veces y perdiendo otras. Pero mientras en otros lados las fuerzas tradicionalistas, por instinto de conservación, han sabido aprovechar sus éxitos para pasar como realizaciones propias las exigencias liberales de la hora, contribuyendo así a moderar, pero al mismo tiempo a consagrar, los inevitables avances políticos y sociales, entre nosotros la cuestión siempre se planteó en términos absolutos por parte de los reaccionarios, y el resultado ha sido que, cuando ganaron los liberales, éstos entraban generosamente en composición con los vencidos para templar sus conquistas y posibilitar la convivencia, y cuantas veces ganaron los otros, han barrido despiadadamente con todo, no parando sino muchos años atrás del punto de partida.

Así hemos llegado a ser este anacronismo viviente que somos y, en la época a que se refieren estas notas, teníamos un clericalismo que seguía sosteniendo que el liberalismo es pecado; unos liberales que, en lugar de hacer política liberal, se obligaban a derogar los más tímidos pasos, dados acaso por gobiernos conservadores, hacia una secularización inexcusable en una sociedad escindida en materia de religión; unos republicanos históricos sin contenido o sin emoción de lo social; un anarquismo que apenas se usaba ya en ningún lado y un sindicalismo revolucionario que mientras daba caza a personajes como el Cardenal Soldevila<sup>4</sup>, de Zaragoza, le repugnaba hacer uso del derecho electoral, con no poco provecho de la reacción.

Y a todo esto, un socialismo ocupado a fondo en el problema político del régimen, que correspondía y debía haber estado resuelto por la burguesía desde cien años atrás.

## El Armisticio

En el crisol de nuestro pequeño mundo del valle del Ego hervían todos estos ingredientes políticos, cada uno con su extraña desorbitación, cuando en el bosque de Compiègne se firmó el Armisticio.

---

<sup>4</sup> Juan Soldevila Romero (1843-1923) fue un eclesiástico y político español. Arzobispo de Zaragoza, combatió con gran eficacia el sindicalismo de izquierdas mediante la obra social y el sindicalismo católico. Sus actividades sociales y sus obras de caridad le dieron una gran popularidad entre las clases populares aragonesas. A pesar de su convicción de la necesidad de mejorar las condiciones de vida de la clase obrera, Soldevilla era un conservador neto, que no dudó en movilizar a sus seguidores en favor de la Guerra de Marruecos. Fue asesinado por el grupo anarquista "Los Solidarios" el 4 de junio de 1923, suceso que se suele considerar uno de los detonantes del golpe de Primo de Rivera.

El Ayuntamiento, inmediatamente, dirigió un mensaje a los vencedores pidiendo una paz de justicia. Las campanas de nuestra torre octogonal, que yerguen al cielo un conato de cúpula a lo nórdico-oriental<sup>5</sup>, unieron su voz de bronce de las grandes ocasiones a la de las campanas de todo el mundo que celebraban en aquella hora (once de la mañana del día 11 de noviembre de 1918) tanto el triunfo de los Aliados que representaban la libertad de los pueblos<sup>II</sup>, como el fin de aquella trágica pesadilla que duraba más de cincuenta y un meses. La Banda de Música, al recibirse la fausta noticia y sonar las campanas, se echó espontáneamente a la calle, siguió la gente a la Banda y formóse una gran manifestación, y fue aquel día un gran día de fiesta. ¡Por fin la paz descendía sobre los hombres de buena voluntad, terminada la última de las guerras! ¡Así lo creíamos todos en aquella hora inefable!

Y fue entonces que don Remigio Guimón, antiguo republicano y acendrado aliadófilo, con un noble físico caballeresco que recordaba las figuras alargadas del Greco, cobrándose en aquella embriaguez del instante de todos los sinsabores que había vivido en cuatro años de espiritual beligerancia contra toda clase de follones germanófilos, siempre en encendido debate con ellos, dio suelta al paso de la improvisada manifestación a lo que, aparte sus hijos, más estimaba en su casa: su tordo flautista.

Pero aquello, ya de por sí tan simbólico por el color del ave libertada, resultó más simbólico todavía con el incidente que siguió a la regocijada escena. El pájaro, saliendo de las manos de su bienhechor, buscó refugio en el inmediato jardín de las monjas agustinas del Rabal que tenían su convento frente por frente a su casa, lo que para él, anticlerical de toda la vida, significaba una mayor esclavitud que la que padeciera en su dorada jaula.

Por eso le vio la gente que iba en la manifestación gritar como un loco, medio cuerpo fuera de los vidrios del mirador, exclamando desesperado: “¡Ahí no; ahí no!”. Mas el tordo de nuestro buen vecino, e igual la blanca paloma de la paz, a pesar del mensaje y los votos de los hombres de buena voluntad, se entretuvo en los aledaños equívocos de mil encontrados intereses en vez de ir directamente a la libertad que habían propiciado tantos muertos.

---

<sup>II</sup>. En los encuentros verbales que ocurrían en la calle, los lugares de trabajo o el café, cuando nosotros decíamos que los Aliados representaban la libertad de los pueblos, nuestros antagonistas nos enfrentaban con la dificultad que representaba el zar de Rusia formando parte de los Aliados. En los desarrollos de la vida real es difícil, si no imposible, que los hechos se plieguen rigurosamente al esquema de los conceptos lógicos con que actuamos tratando de hacer Historia. También ellos, los clericales de la germanofilia atroz, tenían que pasar por que el Kaiser fuera un luterano. Y así también los bizcarras que habían inventado aquello de “maketo”, habían de disimular el que don Ramón de la Sota, su figura de mayor relieve social, fuera un castellano de Castilla la Vieja.

<sup>5</sup> En 1949 dice “una especie de bulbo bizantino”.

## Aliadófilos y germanófilos

Si el país, como nación, profesó durante las hostilidades una neutralidad que no hubiera podido ser alterada por tirios ni troyanos, la guerra, como choque de dos políticas, no dejó de apasionar en todas las esferas y clases sociales, y no había español que no fuera beligerante de uno u otro bando.

Naturalmente, dada esta circunstancia, no podía faltar que en nuestro pueblo hubiera los consabidos centros de reunión en que se respiraba en francés y donde no, en alemán, y adonde acudían los que buscaban uno u otro ambiente, para rumiar en él las noticias del día con el aliño de sus eternas razones respectivas; mas sin que faltase en ninguno de los mentideros, bien de un bando u otro bando, el maniqueo indispensable para que no todo pasara sin agrias disputas.

Y así como en el Café Círculo Socialista, al que bajaba don Remigio Guimón, con su gran ardor polémico, dispuesto a romper lanzas como don Quijote a favor de las naciones agredidas, y tropezaba con el excepticismo irónico del concejal republicano, el monumental Toribio Mendizábal, que servía a descomponer al hombre de enteridad y devociones que era el otro, de la misma manera, tampoco todo el monte era orégano germanófilo en la comunión carlista de la taberna de *Azalguía* y demás sucursales del Círculo Tradicionalista, donde —como el mismo don Jaime<sup>6</sup>, el Pretendiente *arlote*<sup>III</sup>, y su secretario Francisco Melgar<sup>8</sup>— *Arichulueta*, el viejo, era por lo pronto aliadófilo, y aliadófilo era también el cura *Noche*, consecuencia de lo cual era la falta de unanimidad también en la levítica calle de María Ángela en la que yo vivía por entonces.

---

<sup>III</sup>. Hay una crónica de Maurice Paleologue, diplomático e historiador francés, de una visita a un histórico castillo cuyo nombre no recuerdo, en Austria, que vino a parar por herencia a don Jaime de Borbón, que justifica lo de *arlote*, por lo que refiere de sus moradores. Seguramente la parte que le tocaba de la partida que en el presupuesto general del Estado figuraba durante la Monarquía bajo el epígrafe de “para la obra pía de Jerusalén”, no bastaba para el tren que exigía aquel castillo<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Jaime de Borbón y Borbón-Parma (1870-1931) fue el Pretendiente carlista entre 1909 y 1931. En su caso, se podría decir, la aliadofilia era un deber, ya que en su juventud había combatido como oficial en el Ejército del zar, al que seguía perteneciendo sobre el papel, aunque este le hubiera concedido la licencia al heredar la dirección del carlismo.

<sup>7</sup> En euskera, *arlote* significa vagabundo, como debía ser un rey sin tierra. Pero también mendigo, de ahí la ironía.

<sup>8</sup> Francisco Martín Melgar (1849-1926) político, escritor y periodista carlista. Tras la Tercera Guerra Carlista, Melgar, que llegaría a ser una de las personas más próximas a don Carlos durante ese conflicto, se exilió en París. Esta circunstancia geográfica explicaría su aliadofilia, ya que nada más lejos de un republicano que Melgar. Se equivoca sin embargo el autor al decir que fue secretario de don Jaime. Aunque este, como su padre, le tuvo siempre en gran consideración, fue a don Carlos a quien Melgar sirvió como secretario personal durante 20 años entre 1880 y 1900. Para la época en que don Jaime se convirtió en el Pretendiente carlista, 1909, la importancia de Melgar se basaba en el prestigio de su trayectoria y en su proximidad personal innegable a la familia real carlista.

Al comienzo de las hostilidades, cuando los alemanes probaron con sus grandes morteros que no eran obstáculo bastante a su avance los fuertes de cemento de Lieja e iniciaron aquella marcha al parecer incontenible sobre la capital de Francia, los germanófilos de la tertulia del cura *Noche* le solían abrumar a diario con la cuenta de los kilómetros que adelantaban los soldados de Guillermo II y de los días que les faltaban, según aquella progresión, para llegar “a las puertas de París”, subrayando esto de las “puertas de París” que sonaba bonito y entraba en el estilo, que iba imponiéndose a todos, de los periodistas que se habían improvisado estrategas con un vistazo dado a última hora a von Bernhardt y Clausewitz<sup>9</sup>.

Pero un día fue el cura aliadófilo quien llegó a la tertulia con el alborozo que acostumbraban los otros y dijo a los germanófilos:

—¿Sabéis lo que pasa? Pasa que los alemanes han llegado “a las puertas de París”, pero resulta que habían olvidado las llaves, por lo que están de vuelta a por ellas.

Era que se acababa de recibir en Eibar la primera noticia de los resultados de la batalla del Marne; batalla en la que, en realidad, los germanos perdieron la guerra<sup>IV</sup>, pues todo lo demás luego de ella no fue sino prolongarla, habiéndoseles escapado la victoria que llegaron a tocar con la mano.

Y así anduvo luego la risa por barrios durante cincuenta meses, unas veces cantando fuerte los pregoneros de *El Liberal* y *La Voz de Guipúzcoa*, que defendían la causa de los Aliados, y otras los de *La Gaceta del Norte*, periódico de los jesuitas de Bilbao que, con ser vocero del catolicismo más intransigente, no consintió jamás en sus columnas que los luteranos del Kaiser perdieran una sola batalla a los franceses católicos. Porque era más su odio a Francia, a la Francia cuna de Voltaire, taller de la Enciclopedia y teatro de la Revolución, de donde nos habían venido las pestes que son el li-

---

<sup>IV</sup>. El General von Moltke, hijo del artífice de la victoria de 1871, que dirigió durante nueve años el Gran Estado Mayor alemán, escribía en carta fechada en 9 de septiembre 1914, al producirse la retirada del Marne: “*Esto va mal. La guerra, tan llena de promesas en su comienzo, se nos torna desgraciada. Seremos fatalmente asfixiados en la lucha, cogidos entre el Este y el Oeste. La amarga desilusión va a llegar*”.

Citado por Maximiliano Harden, el famoso publicista, en *Francia, Alemania e Inglaterra*. 1924<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> Karl von Clausewitz (1780-1831) y Friedrich von Bernhardt (1849-1930) fueron dos generales y escritores prusianos que compusieron sendos tratados sobre el arte de la guerra. Mientras el trabajo de Clausewitz, de cierta hondura filosófica y gran abstracción teórica, se considera un clásico del tema, el de Bernhardt, de mucha mayor siniestra actualidad, apenas es recordado a pesar ser un superventas en la Europa de la *Belle Époque*. Bernhardt, militarista acérrimo, defendía que la guerra era una necesidad biológica de los pueblos y propugnaba una guerra a ultranza, sin consideración alguna por convenciones o tratados. La guerra total que iba a engullir a Europa entre 1914 y 1945.

<sup>10</sup> El von Moltke de 1914 era en realidad sobrino del de 1871.

beralismo y el “agarrao”, y cuya tragedia del momento, bajo la pesada bota de los prusianos, había que explotar cerca de sus beatas, con barbas o sin barbas, como un ejemplo de los justos castigos de Dios.

Contaré otra anécdota para encerrar en dos el cuerpo de la guerra. Fue la cosa, según contaban sus propios correligionarios, que *Arichulueta*, el viejo, alpargatero que trabajaba como los de su oficio en el exterior de su pequeño negocio de granos e implementos agrícolas<sup>11</sup>, aliadófilo aunque carlista, llegado el día de la victoria de los Aliados, cuando todo ardía en regocijos en el pueblo, se fue a Mateo Basterra, antiguo corresponsal del Banco de España, su casero, su vecino y su jefe político, para preguntarle muy ladino lo siguiente, que necesariamente tenía que hacerle poca gracia al germanófilo ardiente que aquel era:

—¿Qué me dices, mi querido Mateo; qué me dices ahora de Dios, que estaba con el Kaiser según lo decían vuestros papeles?

A lo que el jefe local carlista, que lo era además de por sus derechos históricos por la prestancia de su persona, que tenía todo el aire de un cabecilla de la causa, y que, haciendo honor a esta condición, gastaba siempre bastante mal genio, y en la ocasión estaría con uno de mil demonios, contestó, con aquella su tremenda voz de bajo profundo con que hacía temblar las bóvedas de la iglesia, esto que es rigurosamente textual:

—¡Digo, y no lo olvides mi querido vecino<sup>12</sup>, que ha de acordarse Dios de lo que ha hecho!

### Los de la exclusiva de Dios

Aquella voz del jefe carlista era como un trueno salido de algún capítulo de uno de los libros del Pentateuco. Su Dios, un dios tribal como el que combatía contra los filisteos cuando los hijos de Sem (semitas) hubieron de quitar sus tierras a los hijos de Cam (cananeos). Un Dios que podía hacer y deshacer, determinarse a una cosa y arrepentirse luego de su propia obra. Pero, sobre todo, era *su* Dios, el Dios *de ellos*, el de su propiedad, de quien podían hacer lo que aquellos dueños que ponen frente a su casa un letrero que dice “prohibido estacionar en este lugar”.

Y es que así como, por obra de mil superaciones, aquel Dios celoso, lleno de rencores y vengativo del tiempo de los Jueces vino a ser el Padre nuestro de la oración dominical, todo entraña y providencia, lo más excelso que ha podido concebir el espíritu humano en su búsqueda por los cielos de los cielos, hay quienes, por obra de otras tantas regresiones, inciden en el punto de partida. Y en esas dos palabras que repiten maquinalmente “¡Padre nuestro!” ponen el acento de su propiedad, queriendo

<sup>11</sup> Situado en la calle María Ángela, según el original de 1949.

<sup>12</sup> En 1949 le asigna el nombre de Cristobal. Se trata efectivamente de Cristobal Larrañaga.

subrayar con eso de nuestro, que es de ellos, su aliado, y no de los demás, al servicio de sus pasiones<sup>13</sup>.

Y es así que llegan a indignarse cuando se cumple su voluntad –la de Dios– en contra de sus intereses, y no le consienten que así sea sin emplazarle para la hora en que tenga que arrepentirse. De ahí las blasfemias en que suelen abundar los creyentes de esta clase en España.

Cuando en 1931, después de siete años de Dictadura que no bastaron para matar el espíritu de libertad del pueblo español, desembocamos en la República, no eran pocos los Basterras que, viendo a lo que habían venido a parar las cosas, pensaban que ya a aquellas horas estaría palpando Dios la torpeza que había cometido cuando la pregunta del viejo *Arichulueta* al jefe carlista. Pues de haber dado entonces la victoria al Hohenzollern, todo se hubiera reducido a “*continuar tranquilamente la Historia de España*”.

Y por si con tanto no se acordaba, y para hacerle recordar lo mal que había hecho, se dedicaban a corregirle la plana conspirando contra aquella libertad de la República, que se había dado en España limpia y sin sangre, tomando pretexto de una demagogia que ellos fomentaban<sup>V</sup>, en un país donde nunca hubo más desorden que en la medida que convenía a su política. Y se pusieron a destruirla, no, por si acaso, con la celestial ayuda de Dios, sino con la de los fuertes de la tierra, con representar éstos a quienes se aliaron el Anticristo, pensando como el viejo del epigrama:

*Vinieron los sarracenos  
y nos molieron a palos,  
que Dios ayuda a los buenos  
cuando son más que los malos.*

Y cuando, madurados sus planes, echó a andar la maquinación de lo que los obispos convinieron en llamar la Cruzada para cubrir la negra traición de los traidores, tampoco apelaron a Santiago, que en la iglesia de Ermua aparece caballero, atropellando

---

<sup>V</sup>. Conocida es la historia de la licencia otorgada por el obispo de Vitoria a un diario católico de Bilbao para imprimir en sus talleres un periódico comunista. Eso antes de la República. Luego de su implantación, es sabido también cómo los elementos reaccionarios se sumaban jubilosamente, para añadir leña al fuego, a las huelgas generales que los extremistas de la izquierda promovían cada lunes y cada martes obedeciendo a oscuras influencias.

---

<sup>13</sup> Este párrafo tenía en 1949 una redacción muy diferente: “*El hábito de invocar a Dios “nuestro” (“Padre nuestro” que se dice en la oración dominical), no considerando que lo es de todos como está en la intención de ese plural, sino, al contrario, pensando en “nosotros” con exclusión de los otros; es decir, suponiéndole “nuestro” como una propiedad igual a la del frente de nuestra casa donde uno puede poner un cartel que diga: prohibido el estacionamiento; este hábito devoto, que nada más lejos de serlo, hace que a pesar del hágase tu voluntad que dicen los labios, no se le admita con el corazón nada que no venga conforme al propio interés*”.



y tajando moros de la morería, sino que llamaron a esos mismos moros que mordían el polvo en nuestros altares, los cuales, montando el caballo blanco del Apóstol, recorrieron España contra cristianos de la cristiandad hispánica, matando a no pocos con sus espadas de Toledo.

### La peste

Mas volvamos a los tiempos que siguieron inmediatamente a la guerra europea. La guerra es un pecado demasiado grande para que no arrastre consigo terribles consecuencias para todos. Deliberadamente digo para todos, porque todos participamos en esta clase de culpas, cuando no por acción, por omisión, y no hay ninguno encerrado en su torre de marfil que escape a la terrible responsabilidad. Aquel alivio del Armisticio, que todo el mundo saludó con regocijos como el que he referido por lo que respecta a nuestro pueblo, fue turbado por la visita del Ángel Exterminador que hizo de azote de Dios: la peste. La peste de los antiguos, la peste de las viejas crónicas, la peste de los dibujos de Alberto Durero, la misma que sigue siempre a las guerras, aunque la bautizáramos ahora con un nombre científico.

Para aquella plaga con que la Humanidad había de pagar todavía por su locura y el pecado de la guerra, no había señal —como la dada a los israelitas en Egipto— que la apartara del umbral de las casas, no había ricos ni pobres, jóvenes ni viejos, ni reciedumbre que bastara a resistirle cuando se daba con la temida complicación de su forma simple, que se daba en casi todos los casos.

En Eibar, si no recuerdo mal, porque es la dicha del hombre —si no es su desgracia— que hasta estas miserias tan grandes se olvidan y se borran, fue entre el otoño de 1918 y la primavera de 1919 que la peste causó mayores estragos. Apenas había casa de donde no hubiesen salido varios entierros ni familia que no llevase luto por alguno de sus miembros, cuando no por varios. El esposo seguía a la esposa en un intervalo de ocho días. El hijo al padre, el hermano a la hermana, y no se salvaba ninguna a quien tomara el mal en estado interesante<sup>14</sup>, como para subrayar su malicia y aumentar el daño del azote en su oficio de flagelar a la pobre Humanidad.

No valía huir, porque la enfermedad corría más; ni andarle con engaños de magias y de drogas, porque no se dejaba engañar de específicos ni oficinales. La ciencia confesaba su impotencia y ni la fe bastaba, porque, como he dicho, no había señal de Dios que la apartase de las casas por mucho que se recurriera a toda suerte de devociones.

Recuerdo que tuve tres enfermos a la vez en mi propia casa, siendo yo el único en pie que los pudiera atender. Perdí también un hermano mayor en lo mejor de su

---

<sup>14</sup> En 1949 dice “*encinta*”.

vida, siendo un buen maestro de uno de los oficios más calificados de la armería, el cual dejó viuda e hijos. No era ciertamente poco, pero a otros les tocó mucho más en la triste lotería de aquel flagelo. Y fue milagro que, con andar yo entre enfermos y representar a la familia en tantos velorios y entierros (luego se suprimieron unos y otros), y con visitar tantas casas apestadas en comisión de servicio por una Junta de Socorros de la que formaba parte, no tuviera un simple dolor de cabeza en todo el tiempo que duró la epidemia.

Luego me he solido acordar de que debía estar inmunizado a aquel mal por efecto de unas fiebres muy fuertes que pasé en el verano de 1914 en que hubo un brote tífico en la localidad, y de las cuales convalecía cuando estalló la guerra europea. Esta, en los cincuenta y un meses que duraron las hostilidades, ocasionó diez millones de muertos según las estadísticas oficiales; pero la peste que le siguió para castigo de tan enorme crimen, el cuarto jinete del Apocalipsis, mató mucha más gente en la vuelta triunfal que se dio por toda la redondez de la Tierra.

### **Los intereses y las ideas**

Aún duraba el eco de las fiestas y los regocijos con que el mundo acogió el Armisticio cuando el presidente Wilson, antiguo profesor de Derecho Constitucional, que había precipitado el término de las hostilidades con su histórico mensaje de los catorce puntos, desembarcó en Inglaterra y se dirigió como simple particular a la pequeña iglesia presbiteriana de una aldea escocesa, donde habían orado sus abuelos. Quería recogerse un momento, solo con sus pensamientos, antes de entrar en los duros trabajos de la Conferencia de la Paz, en París, de la que tanto se prometía el mundo, que abrigaba la ilusión de que fuese la última guerra esta que acababa de terminar. Y recuerdo que predicó a los humildes moradores de aquella aldea que representaba a sus mayores, diciéndoles antes que a nadie la sustancia de su sueño: que hasta entonces el mundo había sido gobernado por intereses, e iba siendo hora de que lo gobernarán los principios.

Y con parecer tan grande la distancia que media entre este hijo espiritual de los peregrinos del *Mayflower* y nuestros profetas del 48 (1848) tan imbuidos del materialismo filosófico de la época, hasta cierto punto venían a decir lo mismo. ¿Pues qué otra cosa significa aquello que anunciaban nuestros profetas, de la Humanidad saliendo del *estado de necesidad*, que es el del mundo dominado por las fuerzas económicas, para ingresar en el *estado de libertad*, que se prometían mediante una economía sometida a un orden moral y convertida en sierva de la idea?

El ideal del presidente Wilson era la paz universal mediante una sociedad de las naciones, un estatuto jurídico universal al que se remitieran todas las diferencias entre

estados, y con este pensamiento soñó un poder moral superior al de la misma Roma de San Pedro, que sentaría su cátedra en la ciudad de Calvino, a orillas del lago de Ginebra, para hacer justicia y declarar el derecho a todo el mundo, como la Jerusalén soñada por los profetas de la Biblia.

Los realistas de uno y otro lado del Atlántico mataron al soñador, haciéndole caer desde la altura de sus sueños sobre el duro empedrado de los intereses, y una vez más triunfaron los positivos, los que dicen pisar la tierra firme. Pero su triunfo, tan alabado por los prácticos, por los que dicen vivir en la realidad desdeñando el candor inútil de los soñadores, abrió el camino para otra guerra más terrible que la anterior.

Y es de notar que, cuando veinte años después hubo de afrontarse esa tremenda consecuencia de una segunda guerra mundial, cuyo teatro había de ser la tierra, el aire y la mar, sin distinguir entre el frente y la retaguardia, los más realistas convenían en que había que volver a soñar, para alumbrar de nuevo en los hombres las fuerzas espirituales que en el terrible trance resultaban ser tan necesarias o más que los cañones, porque son esas fuerzas las que en realidad y en definitiva deciden la victoria, incluso en las más brutales contiendas.

Pero luego de la victoria, otra vez los realistas, los malditos realistas que sacrifican lo ideal a lo material de los intereses, están dando ocasión con su realismo a una tercera catástrofe que, de seguir por donde van las cosas, no tardará en producirse.

¡Qué lejos ha quedado aquello de la paz sin anexiones ni indemnizaciones de 1917 de los unos, y la Carta del Atlántico de los otros, convertida en papel mojado, más que nada, por la sangrienta excepción de España, abandonada a los inicuos para que sigan aherrojándola, habiendo sido la primera en sucumbir resistiendo al bandolerismo internacional!

¡La única no liberada, y triste es decirlo, en gracia a esa hechura nazi-fascista que sigue allá de dictador, a la celestina de los buenos oficios para la entrega de Francia, al traficante de los sórdidos regateos que hubo de tener con Hitler y Mussolini sobre el precio de su entrada en la guerra, el cómplice activo del ataque a Rusia con su División Azul, el fanfarrón que decía tener un millón de hombres para guardar a Berlín! Criminal de guerra con más culpa que muchos que fueron reclamados como tales, no se le han ajustado cuentas por las reservas mentales y las conveniencias tácticas inconfesables con que han procedido unas y otras potencias a su respecto, que tal es a veces la fortuna de los peores. Porque si unos tenían resucitar una República nuevamente probable presa de los extremismos, los otros tenían interés en dejar subsistir el tumor de ese problema que envenenaría la conciencia moral de Occidente, pres-tándoles a ellos un tópico abrumador para sus propagandas, y permitiéndoles cerrar la boca a los demás cada vez que hablaran de elecciones libres, de democracia y libertad.

En cambio, ese mismo miserable, tan mimado por la fortuna, no tuvo empacho en entregar a su compadre Laval<sup>15</sup> para ser pasado por las armas al otro lado de la frontera<sup>16</sup>.

### La jornada de ocho horas

Una vez el presidente Wilson en París, el Conde de Romanones, que presidía el Gobierno de Madrid, se apresuró a rendir pleitesía y homenaje a los vencedores en la capital de Francia. De aquella corrida que se dio con su pata coja el viejo zorro de Guadalajara, para “*sentarse en la trasera de las carrozas triunfales*” que diría el olímpico don Antonio Maura, le vino la obligación moral de aceptar la Carta del Trabajo, anexa al Tratado de Paz, y le tocó, en consecuencia, decretar la jornada de ocho horas, único beneficio que cobramos los trabajadores de la victoria de los Aliados.

El día que entró en vigor el decreto, los obreros de Eibar, terminada la jornada, que por primera vez les pareció llevadera, improvisaron una manifestación. Los curas, de tertulia en el pórtico de la iglesia parroquial, preguntaban qué era lo que ocurría, a qué obedecía toda aquella gente que venía en formación como el Primero de Mayo. Y como se enteraran de que los obreros celebraban con aquel gozo ostensible que traían en sus caras la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas, don Antonio Azpiri, gran ironista –un aldeano de Arrate ordenado *in sacris*<sup>17</sup>–, dicen que comentó:

–Sin embargo, es mucho lo que les falta todavía para igualar a la nuestra y lograr “el trago” que nos damos en medio de ella.

A pesar del decreto no fue tarea sencilla ni de un día el incorporar a la costumbre esta mejora, como lo demuestran las actividades que el Sindicato Metalúrgico hubo de desplegar desde sus cuarteles de la Casa del Pueblo para hacer respetar la ley. Muchos patronos se resistían por espíritu de contradicción y no pocos obreros se creían menoscabados en su libertad, sacrificando el beneficio de las horas extraordinarias que no se podían trabajar a discreción.

Y es en aquella ocasión y circunstancia y con motivo de este pleito, que las organizaciones obreras se echaron encima nuevos enemigos, que se habían de distinguir

<sup>15</sup> Se refiere a Pierre Laval (1883-1945), figura destacada en el régimen colaboracionista de Vichy. Fue efectivamente uno de los pocos, sino el único, que Franco accedería a entregar de entre los muchos colaboracionistas y figuras del nazismo alemán y europeo –desde Rumanía a Bélgica– que hicieron de España un retiro dorado. Se da la circunstancia de que, en sus inicios, Laval fue socialista, aunque demasiado independiente en su criterio y acción para el gusto de la jerarquía del partido.

<sup>16</sup> Este último párrafo se añadió en 1956. En 1949 el epígrafe termina con un párrafo muy diferente, que dice así: “*Porque no es de creer que se dejen (las potencias vencedoras de 1945) convencer de las excusas y oficiosidades que Franco hacía llegar a los dueños de su destino en aquella hora, en sentido de que había hecho comedia para traicionar a los traidores que le ayudaron a destruir la República. Aunque probado tenía el ser capaz de tanto y más, con lo que ya había hecho con muchos de sus colaboradores domésticos*”.

<sup>17</sup> Aquel que ha recibido las órdenes sagradas de la Iglesia.

por su dureza e intransigencia en las luchas sociales que iban a seguir. Algunos de estos enemigos eran antiguos compañeros que habían mudado de condición con las vacas gordas de la guerra.

### Los del oficio de parados

Pero los más indignados con la reforma fueron los que nunca daban golpe y tenían su mentidero habitual bajo el toldo del café de *Noche*. Formaban una abigarrada sociedad de tipos raros, pues nada tan lejos del común en aquel Eibar febril y laborioso de stajanovistas que eran allí todos, como aquella especie de eternos “parados” que reputaban de locos a los que se obligaban a levantarse con las sirenas de las fábricas y a tener apetito a hora señalada, y consentían en encerrarse a la sombra de los tristes talleres de la armería durante las horas más hermosas del día, habiendo como hay una Providencia que no permitía que a ellos les fuera peor que a los que se mataban a trabajar. Al cabo de los años, unos y otros se encontrarían en los umbrales del Asilo de San Andrés: unos llenos de achaques de haber exigido tanto al cuerpo miserable; ellos, “los parados”, con su máquina corporal todavía como nueva, que les permitiría disfrutar de los mil obsequios que llovían al benéfico establecimiento, orgullo de la villa.

Uno de los principales de la escuela, con aires de filósofo y que en cierto modo lo era, solía decir que lo importante de la vida no es *vivir* sino *estar*, verbo que, así como en francés supone el ser y la existencia como principio activo, en el vascuence eólico de aquellos denotaba la pasividad beata de las cosas que permanecen como un Buda, sin que nada turbe su reposo. Claro está que los muertos son los que *están* mejor, pero es que –argüían– los muertos no se dan cuenta de que *están*, y lo delicioso es saberse *estando*.

Pues bien; aunque parezca extraño, estando la vida llena de paradojas, los miembros de este cenáculo fueron los más indignados con la reforma, y tenían ellos más argumentos en contra que los patronos y se sentían más alarmados que los fabricantes. Pero esto, como regla, tenía su excepción: Evaristo, *el Cojo*, a quien conocemos de otros tiempos. Aunque apenas había sudado más que los otros y era de los que se habían entusiasmado con aquello del derecho a la pereza, rompía lanzas a favor, por tratarse de uno de los primeros compañeros que llevaron la histórica cachava de los tres ochos.

Y una tarde ociosa, como todas, en que *el Cojo* discutía con *Noche*, el viejo, dueño del mentidero en que se reunían aquellos parados<sup>18</sup>, persona conocida de todos pero de la que solo algunos eruditos sabían que tuviera oficio, habiendo en su mocedad hecho el aprendizaje de “kashaguiñ”, casi llegaron a enfadarse de veras. Fue precisa la intervención de un tercero, circunstancialmente presente en la tertulia, quien

<sup>18</sup> En 1949 dice “Y una tarde ociosa que discutía el Cojo con Félix “Noche”, el Cafetero, dueño titular del mentidero...”

dictaminó que la ley, en efecto, debía haber previsto un *extra*, para que los obreros tuvieran el beneficio de las ocho horas y el *extra* sirviera a que pudiesen seguir *estando* los pobrecitos “parados”.

### Más de lo anecdótico<sup>19</sup>

A pesar de la gravedad de los temas al abordar esta relación de la postguerra, el hilo de la referencia me va trayendo a los puntos de la pluma livianas cosas de reír a las que no me resisto, pues así ocurre en la vida, que es un compuesto de tragedia y de comedia en que lo grotesco aparece entreverado con lo sublime y todo viene mezclado de lágrimas y risas. Y como cada cual puede cortar por donde quiera y cercenar a su albedrío, espero que no se me hará un cargo de que continúe diciendo que el circunstancial dictaminador sobre el tema sociológico que a la sazón se debatía bajo el toldo del Café de Noche, fue un tal Félix Uranga, conocido por *el Abogado* desde sus tiempos mozos de gran “errondalari”<sup>20</sup>.

Pero antes de decir nada de este Uranga, terminaré el retrato de *Noche*. Este clásico tenía, como dije, su oficio de la armería, si bien parece haber adoptado la filosofía de aquel personaje de comedia que se “aguantaba” las ganas de trabajar, con lo que le fue mejor siendo un parroquiano más para animar los negocios de su café. Era padre de numerosa familia, que se fue criando, para orgullo de sus progenitores, sin mayores desvelos para el retratado. El secreto de esta ventura eran las virtudes de su cara mitad, que a sus habilidades culinarias y don de gentes juntaba el mérito de su administración y vigilancia. Y bastó ello para el holgado decoro con que siempre fue vista la casa, honrada y de buena consideración.

Y una vez que los dichosos esposos departían sobre el número de los hijos con que Dios había bendecido su hogar, resultó que no estaban de acuerdo. El marido contaba diez o doce, no sé cuántos, y la esposa uno más. Volvía el esposo a la cuenta y repasaba la nómina de los suyos de arriba abajo y de abajo arriba, pero como el orden de los factores no altera el producto, siempre le resultaba lo mismo por más veces que repitiese la operación. Hasta que la santa y sufrida mujer hubo de interrumpir sus matemáticas, diciéndole como se dice a un pedazo de las entrañas:

—¿Y dónde te dejas a ti, hijo, el más grande de mi vida, tú que eres la criatura que más me ha costado y me cuestas, entre todas las que han sobado mis pechos?

A Uranga le llamaban *el Abogado*, de un día que un aldeano, llevando un soberbio cordero lechal, recorrió toda la villa preguntando por Uranga, “el abogado”. El tal

<sup>19</sup> Este epígrafe se añadió en 1956, desdoblando anécdotas contenidas en el anterior.

<sup>20</sup> En 1949 dudaba si el juez de oportunidad no fuera un tal “Umaisho”, pero describía así su dictamen: “...el cual Uranga, estando allí por accidente, hubo de sentenciar: que, en efecto, la ley debiera haber previsto que los obreros trabajasen diez horas por lo menos; ocho para ellos y dos para cubrir el déficit del honrado gremio de “parados” a que pertenecían los polemistas”.

Uranga era a la sazón un tabernario, radical de toda la vida, con un recio físico de buen vasco, una buena voz y un hablar pausado y sentencioso, que sentaba cátedra ante el vaso de vino y se hacía escuchar de los circunscritos. Oyéndole una vez dos aldeanos que se traían entre sí una vieja cuestión, le tomaron por un licenciado por Salamanca y, aunque era un armero de la armería, le sobraba buen juicio para entender el asunto que le plantearon. Y no le costó manifestarse, con tan buenas razones y tan sano consejo, que todo quedó arreglado allí mismo para los aldeanos.

También para Uranga allí murió el asunto, pero los aldeanos, aunque siempre un poco avaros, no podían dejar de agradecerse a aquel Salomón con alpargatas que les había hecho tan buen servicio, y de ahí a los ocho días la búsqueda y el título que le adjudicaban al tabernario. Este fue otro de los perdularios tocados por la prédica socialista cuando la aurora social sobre el Ego y puestos en camino de redención. Trabajó luego en el taller de Aquilino Amuátegui, que acabó por influir en su reforma definitiva.

Don José Antonio Lesarri, secretario del Ayuntamiento<sup>21</sup>, solía referir de este Uranga que ninguno de los trasnochadores de su época de “errondalari” había dado tanto que escribir en materia de multas municipales. Las Ordenanzas eran muy exigentes en cuanto al buen régimen de las noches, que fueron hechas para dormir, y aquel un noctívago impenitente, a quien nunca faltaban argumentos para explicar sus frecuentes encuentros con los serenos que solían andar a cerrar tabernas al filo de la media noche.

Pero como la demasiada reiteración de la misma falta fuera quitando fuerza a sus argumentos, don Pedro Mandiola<sup>22</sup>, *Aguñazpi*, alcalde a la sazón en mérito de su condición de “indiano”, mandó llamar a su despacho de la alcaldía al contumaz infractor con el propósito de reprenderle severamente y poner en efecto la exacción de las multas que se le habían impuesto. El requerido oyó al alcalde con aparente respeto y, terminado el chaparrón, pidió que se le hiciera una relación de todo lo que tenía pendiente con las autoridades municipales, con lo que aquel le juzgó contrito y con sinceros propósitos de enmienda.

El secretario, armado de paciencia, se la preparó en un pliego de oficio que quedó emborronado hasta el borde. Tómolala en sus manos el interesado, y luego de haberla examinado de cabo a rabo con la atención que un cuenta-correntista pone en el extracto que recibe del banco, se fue a la mesa del secretario e indicando con el índice al pie de la apretada relación, le dijo sentenciosamente:

—Hágame el favor, señor secretario, de añadir en este lugar: “Suma y sigue”.

<sup>21</sup> Lesarri, natural de Bergara y descendiente de una larga tradición de escribanos, había obtenido la plaza de Secretario en 1890, tras un disputado concurso con otros 7 aspirantes. Como Secretario, fue el jefe directo del autor en el Ayuntamiento.

<sup>22</sup> Pedro José Mendiola fue alcalde entre 1894 y el 1 de julio de 1897, en que dio paso a Iturrioz.

Y volviendo la espalda fuése, antes de que alcalde y secretario se cobraran de la sorpresa de tan inesperada salida.

### **La muerte de Amuátegui**

Volviendo ahora a lo que estábamos. Terminada la guerra y salvado el terrible trance de la epidemia, se agudizaron los problemas obreros, a pesar de la Carta del Trabajo proclamada por la Sociedad de las Naciones. La guerra había enriquecido a unos y desequilibrado la economía de los más, y la especulación, mal acostumbrados los especuladores con el clima de los años precedentes, continuaba su orgía desorbitando más que nunca los precios de las cosas indispensables. Y aunque no tardarían mucho en dar buena cuenta de no poco de aquellas turbias y locas ganancias la caída del marco, la bajada del franco y el hundimiento de las navieras —“¡marcos, francos, barcos!” que decíamos en Eibar— esto mismo servía para aumentar el estado de irri-tación que había en todas las clases sociales.

Al pistolero sindicalista practicado en Barcelona e imitado en otros lados había seguido con mayor éxito el pistolero patronal, ofreciendo éstos mejores primas a los alquilones del crimen; al sindicalismo de los obreros, el sindicalismo de los patronos, dirigidos por un tal Graupera<sup>23</sup>, creo que también de cuño catalán, agresivo como el otro y asimismo artículo de exportación a las demás regiones. A la desorbitación de los precios siguieron las huelgas, como a la herida sigue la sangre, y a las huelgas, que ahora tropezaban con la intransigencia patronal organizada, las tácticas obreras del sabotaje, la producción lenta y las huelgas de brazos caídos, toda una desmoralización del trabajo, en agudo contraste con el urgente proceso de racionalización de las industrias que tenía lugar en otros países, para volver a estar en forma y competir en los mercados.

Eibar, por lo que respecta a los obreros, se salvó bastante bien de todas estas nocivas influencias, entonces avasalladoras, para perseverar en su espíritu de continuidad, fiel a un socialismo de tipo constructivo que allí se había aclimatado bien; pero los patronos, más débiles mentales, más inconscientes o menos experimentados que los obreros en el campo social, se dejaron llevar a ese sindicalismo patronal agresivo, réplica del otro, provocando conflictos que de otra manera, seguramente, no hubieran tenido lugar.

---

<sup>23</sup> Félix Graupera i Lleó (1873-1936) fue un empresario y organizador político español. Empresario de la construcción, se convirtió en la cabeza visible de la patronal barcelonesa, organizando a los patronos en su propio sindicato, al que dotaría de un aparato paralegal de represión. Comenzó con sindicatos amarillos y esquiroleros, pasando más adelante a dar cobertura a grupos armados enzarzados en una implacable guerra de réplica y contrarréplica con los anarquistas que ensangrentaría la Barcelona de la época. Sus métodos contundentes harían que su fama trascendiera el marco catalán, llegando a presidente de la patronal española. Víctima de sus propias creaciones, sufriría un atentado en 1920 y moriría asesinado al poco de estallar la Guerra Civil.



Y fue en este difícil momento y en esta peligrosa coyuntura de la postguerra, cuando iban a hacer crisis estos enconos y el horizonte se presentaba erizado de agudos problemas, entre los cuales era el principal la escasez de trabajo, que debía hacerse endémico, que se nos fue de entre los vivos nuestro querido Aquilino Amuátegui. Después del fracaso de la huelga revolucionaria de agosto de 1917 el Gobierno había pretendido deshonorar el movimiento inventando ridículas historias para cubrir de lodo a los vencidos. Pero el pueblo sabía a qué atenerse y el Comité de Huelga, seis meses después de la frustrada revolución, fue llevado triunfalmente de las sombras de la cárcel a los escaños del Parlamento.

Los exiliados volvieron entonces de Francia, y Amuátegui pudo ser atendido en su propia casa bajo los cuidados de Madinabeitia y otros especialistas. Pero ya estaba malherido, y aquella *grippe*<sup>24</sup> traidora de la peste, que buscaba el punto débil de cada una de sus víctimas, llamó a *la Abortadora* para que pasara también por la casa de nuestro amigo para otra frustración, y no de las menores. Murió así, joven todavía, teniendo mucho mundo por delante.

Fácil es suponer lo que había de alegrar a muchos la desaparición de este elemento de oposición y gobierno con que contábamos en la villa de nuestros afanes. Pero yo creo, prescindiendo de nuestro afecto especial y partidismo, que su muerte fue una gran desgracia para todos, aun para los que le aborrecían; porque sobre todo era un servidor, otro de los que entendían la vida como servicio, que servía con todas sus fuerzas al pueblo en que todos somos parte, con una capacidad de trabajo y un espíritu de sacrificio difíciles de igualar.

Aquella atrevida política del Ayuntamiento cuando la crisis de 1914, de la que fue el principal animador y que no era más que una muestra de su estilo, ¿no fue un esfuerzo en servicio de todos, incluso de sus enemigos? ¿Qué hubiera sido de los industriales que la armería enriqueció durante la guerra si en aquella ocasión se hubiese dejado aventar las fuerzas obreras especialistas de aquella rama manufacturera?

### **Tres en compañía**

Es notable, y cosa que toca en los misterios del destino, la desaparición sucesiva, en el espacio de un tiempo relativamente corto, de estos tres grandes amigos que, siendo tan distintos entre sí, hicieron iguales méritos sociales y se amaron tanto; forjadores los tres del socialismo eibarrés y padres de lo que ha podido haber en él de bueno y de malo. Ocurrieron las cosas como si el uno obedeciera a la llamada del otro con la preocupación de no hacerse esperar demasiado, como si hubieran concertado de antemano reunirse los tres para seguir en compañía el gran viaje al legendario valle de Josafat.

---

<sup>24</sup> En francés –lengua de la que procede– en el original.

Meabe y Amuátegui, dos tipos de luchadores, el uno con su pluma y el otro con la palabra y la acción, sucumbieron a viejas heridas cobradas en el combate; Madinabeitia, que hacía un tercer tipo con una tercera mística, no dejándose intervenir en el proceso de una enfermedad que debía ser mortal de necesidad. Meabe fue a morir en Madrid, después de haberse unido en matrimonio a una santa mujer que le dio un hijo en el que el soñador cifraba su orgullo y sus esperanzas, el cual murió también, llegando a ser mozo, en la aventura o la desventura de nuestra guerra civil, vestido de miliciano. Meabe, que sabía tanto de las criaturas de la Naturaleza, buscó como ellas ocultar a todos su acabamiento físico. Prieto suele contar las circunstancias en que le descubrieron agonizante en un barrio perdido de la gran ciudad, solo con su dolor y su miseria.

Amuátegui, vuelto de la expatriación, cuidó en Eibar su garganta que, siempre propensa a inflamarse, se le infectó en ocasión de su dramática huida a Francia, en 1917, a través de los montes, en la oscuridad de la noche y bajo unas lluvias torrenciales; infección que le quedó agarrada como un ácaris y le dificultó en adelante la voz y la respiración, acabando con su fortaleza de hierro y poniéndole en las últimas en la primavera de 1919, en su casa del paseo de San Andrés.

Madinabeitia murió, según creo, en su retiro de Larrondo<sup>25</sup>. Muerto Amuátegui, sus visitas a Eibar se hicieron cada vez más raras hasta que le perdimos de vista enteramente. La última vez que pasó por allá y le vimos fue vestido de franciscano, hábito que le estaba divinamente y con el que fue a dormir para siempre en su pueblo natal de Oñate<sup>26</sup>.

No diré aquí, como habiendo andado a buscar citas de sabor clásico para su elogio fúnebre, aquello tan repetido de que los héroes mueren temprano por ser amados de los dioses. Estos tres héroes de nuestra historia local socialista, con haber madurado bastante a la vida, y mucho más a la prueba, para considerárseles cumplidamente como veteranos de la idea, sin embargo, murieron temprano para lo que podían haber dado a nuestra esperanza; para lo que habrían podido servir a España en los días que habían de seguir algún tiempo después, cuando el partido se hizo cargo de responsabilidades para las cuales todos sus cuadros y todas sus capacidades, con no ser escasas, resultaron pocas. Pero su haber de trabajos y obra a la hora de su harto temprana partida era ya como para que la fatiga que representaba pudiera hacer sucumbir a cualquiera, aun en el caso de tomarse mayor presupuesto en el tiempo para diluir la carga en un número más crecido de años.

---

<sup>25</sup> En 1968 dice Ibarrodo.

<sup>26</sup> La redacción de 1949 da a entender más claramente que la visita fue de cuerpo presente, camino a su entierro: “...y la última vez que pasó por allí, fue vestido con el hábito de San Francisco, que le sentaba divinamente, para ser enterrado en su pueblo de Oñate”. Efectivamente, el tren que transportaba los restos mortales de Madinabeitia hizo, el 5 de enero de 1923, una parada en Eibar, donde fue homenajeado por una muchedumbre considerable, liderada por las organizaciones obreras, pero que incluía personas de toda tendencia y condición, sumándose no pocas que podrían contarse como sus adversarios políticos.

Quiero decir, y en honor de ellos, que lo que ocurrió a estos tres sublimes “echekaltes”, viene a ser igual a lo que suele acontecer a quienes, excediéndose de generosos, no cuidan de medir el gasto diario. Que vivieron con una prisa desinteresada, como tomados de una loca impaciencia por liquidar el capital de energías a que llamamos vida. No tomaron en cuenta el latín prudente que reza el reloj de la torre de Urruñe, que Meabe debía conocer bien, el cual avisa a los mortales a fines de una sabia economía y previsión: *Vulnerant omnes; ultima necat*. Todas (las horas) hieren; la última mata.

### Filosofía del tiempo huidero

También en Eibar había otro latín parecido, con no menos filosofía, y del que tampoco aprendieron nuestros tres malogrados amigos. En uno de los contrafuertes de la iglesia parroquial<sup>27</sup> había un cuadrante solar para el servicio civil del vecindario, que databa de tiempos anteriores al reloj de pesas que suena las horas en la torre, y del que hubo de cuidar Evaristo, *el Cojo*, contradictor de *Noche*, el cafetero, en lo de la jornada de ocho horas, cuando los socialistas fueron mayoría en el Ayuntamiento, asignándole el sueldo de veinticinco o no sé si treinta pesetas mensuales.

En no sé qué época de nuestra historia, construyeron enfrente el Concejo y la casa del organista, que vinieron a hacer sombra al reloj, y hubieron de disponer una réplica a mayor altura. Debajo de este cuadrante solíamos leer cuando íbamos a la escuela, este latín que todavía recuerdo y supongo que aún estará legible bajo la pátina: *Om-nibus dubia, ultima multis*. El cual epígrafe advierte lo precario de nuestra existencia sobre la tierra, donde cada hora que apunta el reloj es dudosa para todos y la última para muchos. Nuestra sentencia de Eibar, como la de Urruñe, subraya la preciosidad del tiempo irreversible, en el que cada minuto es único y, por tanto, ocasión única también, que se pierde si es que no la ganamos viviéndola para la cuenta de las cosas eternas.

Así, en los tiempos de aquel reloj de sol, en nuestro pueblo que había de cobrar luego fama de anticlerical, un pensamiento religioso presidía todas las horas del día. Eran los tiempos de unanimidad espiritual, destruida por el error que dije al principio, de mezclar lo eterno con las cosas entregadas a la disputa de los hombres. Error que, habiéndose repetido a todo lo largo del siglo XIX, ha culminado en el XX en ocasión de la sublevación militar de julio de 1936, y del que son de temer mayores daños.

Principalmente para ellos, para los obispos que secundaron aquella sublevación alentándola con sus bendiciones y para los clérigos trabucaires que anduvieron en ella matando gente, hechos unos caínes. Pues si de los anteriores errores resultaron odios, pecado que lo era igualmente de quienes estaban obligados a hacerse amar, de este último tropiezo habrán de resultar aborrecimientos mayores. ¡Ojala que no se dé la

<sup>27</sup> “...mirando naturalmente al sur...” según el original de 1949.

ocasión de que se lo digan los hechos, aun cuando no fueran a pagar, como suele ocurrir, justos por pecadores!

Y ya que estamos de epigramas y discurriendo sobre la filosofía que se desprende de las que hemos referido, antes de cerrar esta nota se me permitirá señalar que, en este mismo orden de pensamientos, nada tan bello como el dístico que, sobre el dintel de la entrada del camposanto de Zaldívar, nuestra vecina al otro lado de la raya de Vizcaya, dice así:

*Atzo jayo ´ta gaur ill,  
Demboria arin dabill.*

Que significa: “Nacer ayer, hoy morir ¡Qué ligero vuela el tiempo!”. Lo que viene a ser el mismo suspiro que alienta en la exclamación del salmista, cuando dice: *¡Ecce, mensurabilis posuisti dies meos!*<sup>28</sup> (Sal 38,6) ¡Cuatro dedos de tiempo!, que dice una variante antigua, menos poética pero más próximamente sin duda al texto hebreo que la Vulgata.

### La plaza de la Constitución

Y sin entrar ahora en averiguaciones sobre si el tal dístico puede atribuirse a Pedro Pablo Astarloa, autor de la *Apología de la lengua bascongada* con sus atrevidas hipótesis y colaborador de Guillermo Humboldt en lo relativo al vascuence<sup>29</sup>, el cual tengo entendido que nació en aquella anteiglesia de Zaldívar –nuestra parte contraria en no pocos viejos pleitos de lindes y mojones–, me apresuraré a volver sobre el empedrado de la plaza Nueva de Eibar, que es donde se leía el latín de referencia con su sabio aviso.

¿Qué era la plaza Nueva? La plaza Nueva consistía sencillamente en un pequeño espacio ganado para el recinto, en fuerza de mampostería y obra, a una profunda cárcava a la entrada del camino de cabras que debía de ser, a juzgar por su nombre, lo que vino luego a llamarse la calle Unzaga, al pasar por ella el camino de Francia. Pequeño espacio que a nuestros abuelos debió parecerles mucho y despejado, con vistas

<sup>28</sup> En latín, “tú has puesto medida a mis días”.

<sup>29</sup> Pedro Pablo Astarloa (1752-1806) fue un clérigo, lingüista y lexicógrafo de origen vasco. Políglota, participó en las polémicas que rodearon al euskera a finales del XVIII. Su *Apología de la lengua vascongada...*, publicada en Madrid en 1803, pretendía ser una respuesta al *Diccionario Histórico-Geográfico*, obra monumental, que el autor cita en otras partes de este libro, apadrinada por el gobierno del momento como armazón “científico” del modelo de estado centralista ilustrado. Astarloa sostenía las tesis vascoiberistas, según las cuales el euskera era la lengua primitiva de toda la península. Sabino Arana se inspiraría en su trabajo a la hora de desarrollar su propias teorías. Sus trabajos sobre el euskera eran, sin embargo, anteriores, considerándosele ya antes de publicar la *Apología...* una autoridad en la materia. Siendo cura en Durango a principios del siglo XIX, trabó conocimiento con Wilhem von Humboldt (1767-1835), el gigante intelectual prusiano, que se alojó en su casa durante unos días. El alemán, euskerista también por derecho propio, tomaría mucho de las tesis y el trabajo de Astarloa.

al Urko y al *Kumbo*<sup>30</sup>, y por eso lo apellidaron plaza, habituados a la estrechez de las empinadas cuestas de Barrenkale, Pikarkale, Elgetakale y Chirio-kale que, con la escarpa del río, encerraban el perímetro de la villa en tiempos del reloj de sol.

Y no hubiera traído a estas notas el recuerdo de esta ilusión óptica de nuestros mayores, de llamar plaza lo que ningún extraño no habituado a morar en aquello tan accidentado hubiera podido considerar como tal, si no fuera porque luego, cuando las pugnas constitucionales del siglo XIX, se les ocurrió a nuestros padres, procediendo con el mismo subjetivismo, bautizarla con el pomposo nombre de plaza de la Constitución. Que vino a ser todo un símbolo, en el que vale la pena de parar la atención.

Porque si la plaza, en realidad, no era tal, sino una ilusión de nuestros abuelos con que se gratificaban del trabajo que les había costado la obra, ¿acaso era más verdad y se prestaba a mayores amplitudes en la realidad de la vida aquella Constitución honrada en el nombre de aquel mito de plaza, con haber costado tanta sangre y miserias a nuestros padres? Las ficciones a que dio lugar a la hora de informar la vida política del país no valían mucho más que las vistas al Urko y al *Kumbo*, y su plataforma tampoco tenía menos limitaciones que la famosa plaza.

Los bombarderos ítalo-alemanes, cuando la guerra, cuidando de no tocar a la iglesia, que es lo único que quedó en pie en medio de las ruinas de lo que fue la antigua Villanueva de San Andrés de Eybar, no dañaron tampoco la plaza, por estar ceñida a aquella. Pero la Constitución, lo que a pesar de sus ficciones y sus limitaciones había en ella de libertad y derechos humanos, ¿dónde fue a parar, qué se hizo de ella?

Se fue donde toda la demás legalidad, arrumbada como un trasto viejo para unas vacaciones indefinidas, volviendo a los tiempos de horca y cuchillo, de arbitrariedad, violencia y despojo, triunfantes los monopolistas de las armas que se dejaban sentir fuertes contra el pueblo inerme. Tiempos en cierto modo semejantes a aquellos que hicieron obligada la formación de villas y hermandades, cuando no había más ley que la de los que ejercían la violencia. Los cuales suelen tener el cinismo de llamar orden al suyo, y paz a la quietud impuesta por el terror<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> En euskera local *kumbua* es cualquier lugar donde natural o artificialmente se acumulen las aguas de una corriente viva, una poza lo mismo que una represa. El *Kumbo*, con mayúscula, se refiere al paraje situado entre el promontorio sobre el que se asienta la iglesia y la antigua orilla del río que pasaba a sus pies, rodeándolo. Actualmente, con el río soterrado, equivaldría en parte al final de la calle Toribio Etxeberría y los jardines donde se ubica el busto dedicado al autor.

<sup>31</sup> En 1949 este último párrafo decía: “*Se fue donde toda la demás legalidad, que fue arrumbada como un trasto viejo, para volver a los tiempos que hicieron obligada la fundación de villas y hermandades, cuando no había más ley por aquellas tierras que la de los que ejercían el bandidaje, que eran los estraperlistas de entonces o como los falangistas de hoy*”.

## La teoría de la relatividad

Después de haber referido esta experiencia histórica, que podríamos decir de la relatividad del espacio, no quisiera dejar sin mencionar a los precursores de la relatividad del tiempo, porque la verdad es que entre los clásicos de nuestro vecindario, con ser tan reducido, no faltan antecedentes de todos los grandes adelantos de los que se enorgullece la ciencia moderna.

Yo vine en ello una vez que *Pedrocho*, uno de esos hombrachones de nuestra tierra a quien quedó de por vida el diminutivo cariñoso de la infancia, cortador él y concejal del Ayuntamiento, preguntaba a Amuátegui en la Comisión de Gobernación sobre una cuestión de abastos, que era lo que les traía siempre más ocupados:

—¿Quién crees tú que ha inventado la telegrafía sin hilos? —Todavía no se había llegado a la telefonía.

A lo que el concejal socialista, sin necesidad de recurrir al Espasa, que aún no había llegado a esa letra, le contestó:

—Según mis noticias, ha sido un físico italiano de nuestro tiempo llamado Marconi.

—Te equivocas —le dijo el cortador—. El auténtico inventor de la telegrafía sin hilos es nuestro baserritarra, el aldeano de nuestros ásperos montes. Porque tú puedes cerrar trato al respecto de una res en Anguiozar, y antes de ponerse el sol lo saben en Barinaga, con el detalle de los *raldes*<sup>32</sup> que calculaste para tu coeto y los duros fuertes que diste por ella, salvando la noticia el pico de los montes y lo profundo de los valles, sin que haya podido mediar sino el éter<sup>VI</sup>.

De la misma forma, el verdadero autor de la relatividad del tiempo, antes de que el mundo hubiera oído hablar de Alberto Einstein, fue un tal *Pope*, aunque homónimo del poeta inglés, castizo de Soraluze, armero de la armería, que solía sentar cátedra en la taberna de Badet, en Elgetakale, donde cocinaba su costilla y le salvaba el gasto. Se entregaba este a reflexiones que, puestas por escrito, hubieran servido para hacer un libro. Entre otras cosas, aquello que a él le ocurría de toda la vida: que los años se le iban volando, al mismo tiempo que le tardaba un siglo en completarse cada

---

<sup>VI</sup>. Tanto así y de igual manera corre la mentira, según el refrán: “*Guzurra esan neban mendixan; nai baño len zan errixan*”<sup>33</sup>.

<sup>32</sup> En euskera *erralde* es una unidad de medida usada en el cálculo del peso de los animales para carne, especialmente el ganado vacuno. Equivalente a 10 libras, o unos 5 kilos suponiendo libras guipuzcoanas (492 gr) o vizcaínas (488 gr). El propio autor recoge en su *Lexicón* la forma dialectal *erraldia*, siendo un misterio el uso de esta grafía en este caso.

<sup>33</sup> En euskera: “Dije una mentira en el monte y llegó al pueblo antes que yo”. Equivalente al castellano antes se coje al mentiroso que al cojo.

*quincena*. Era la relatividad del tiempo, de que cada uno de los que cobraban por quincenas, es decir, todo el mundo en el Eibar de aquel entonces, hacía la experiencia. Solo faltaba la formulación matemática del principio, cuya gloria estaba reservada al gran judío alemán, refugiado primero en Suiza y luego en los Estados Unidos.

Tampoco es de pasar por alto, con referencia a este mismo tema, la observación de *Chantoya*, cuando entraba triunfalmente en sus *primeros ochenta años*, con una salud y un optimismo que parecían brindarle otro tanto en la vida. El fabricante de la Star, arma que se había hecho famosa en los anales del crimen político, industrial inteligente y pacífico burgués, epicúreo de toda la vida y cultivador del *bel canto* con gusto y una hermosa voz de tenor, decía en aquella ocasión a los amigos:

–Yo no sé lo que ocurre al mundo de un tiempo a esta parte, pero lo cierto es que ahora cualquier *kakaume*<sup>34</sup> tiene ¡sesenta años!

### La huelga de metalúrgicos de 1920

Mas dejemos estas para mí gratas amenidades en que no acabaría para volver a la tristeza de los enconos sociales que siguieron inmediatamente después de morir Amuátegui, aunque esto se me hará mucho más cuesta arriba que el referir anécdotas con el sabor de los hombres y las cosas de la tierra.

Las antiguas sociedades de oficio del ramo de las escopetas, que habían animado los Erquiaga, los Barojas, los Lascuráin y otros veteranos, y la antigua Sociedad de Obreros Pistoleros, que así se llamaba por decirse así de los honrados maestros y oficiales de aquel gremio antes del encanallamiento gramatical sobrevenido a la palabra, en la cual bullieron los *Sampedro*, los Ganuza, los Benco y los Felipe *Posporúa*<sup>35</sup>, motejado así a causa de lo poco que era menester para encenderle en ira; las primitivas uniones gremiales todas, tiempo ha que se habían integrado en un solo sindicato, llamado metalúrgico, que abarcaba a todos los trabajadores del hierro.

Los patronos, por su parte, se dejaron llevar a un sindicato único bajo la disciplina de la Confederación Nacional, organizada por el Graupera de marras, con el propósito de hacer frente a la obrera del mismo nombre con sus mismas tácticas y procedimientos de acción directa, sin perjuicio de combatir también a la Unión General de Trabajadores, que no era más de su agrado, aunque esta no practicara el pistoleroismo, el sabotaje, ni la huelga general a todo pasto, porque, por lo mismo, cuidaba más de organizar su resistencia y no cejar en sus objetivos.

Y como el desequilibrio de la vida iba creciendo por culpa de los especuladores con quienes no querían o no se atrevían a meterse los gobiernos monárquicos, las re-

<sup>34</sup> En euskera, mocosos

<sup>35</sup> En euskera eibarres *posporua* significa cerilla.

clamaciones obreras se hacían inevitables<sup>VII</sup>. Y lo que era peor, después de logradadas en ruda pugna, apenas servían a remediar nada, por cuanto al día siguiente de una mejora de salarios las cosas venían a valer más.

Presidía el Sindicato Metalúrgico Valentín Vallejo, obrero del taller de Amuátegui, que tenía condiciones pero a quien no sobraban cualidades con haber tenido a tan buen maestro. Los patronos, por su parte, estaban bajo la maléfica influencia del exalcalde conservador Mario Orbea<sup>37</sup>, caracterizado por su intransigencia e interesado además en sacarse la espina de su vencimiento político y de una derrota sufrida como patrono, con motivo de reciente *lock-out*<sup>38</sup> preventivo del que su firma tuvo que desistir tarde y con daño; es decir, teniendo que pagar una importante indemnización al personal y a la organización obrera.

---

<sup>VII</sup>. Suele contar Indalecio Prieto, recordando su época de concejal, de una comisión del Ayuntamiento de Bilbao que estuvo en Madrid a consecuencia de una propuesta suya, en sentido de gestionar que el Gobierno autorizara a aquel Municipio a utilizar los barcos alemanes inmovilizados desde el comienzo de la guerra en la dársena de Axpe, para ir con ellos a la Argentina en busca del trigo que sobraba en aquel país y faltaba en España, en una época en que los fletes de un viaje redondo pagaban el valor del barco, y el precio del pan, en consecuencia, había subido por encima de las nubes.

En Madrid los recibió el Conde de Romanones, a la sazón ministro de la Gobernación. Y a pesar de ser el conde triguero, harinero y latifundista, y no obstante haberle interrumpido en una de sus conferencias con los tiburones de la molienda, que se hinchaban de ganar con la, para ellos, providencial carestía, en oyendo el proyecto de los munícipes bilbaínos, se manifestó en mil exageradas ponderaciones, exclamando:

—¡Otros cuarenta y ocho municipios como el de la capital de Vizcaya necesitaba yo para dormir tranquilo, viendo a España en orden y satisfecha!

El Subsecretario era don Práxedes Zancada, autor de un libro muy leído en los centros obreros a favor de la jornada de ocho horas, cuando esta aspiración obrera se presentaba en las lindes de la utopía. Implantada la República alguna docena de años después, siendo Prieto ministro de Hacienda, el señor Zancada, su subordinado entonces, se creyó en el caso de revelar el contenido de la carta que le llevaran en su propia mano los comisionados bilbaínos. La carta simplemente decía así: “*Vea Ud. don Práxedes la manera de sacudirme estos pelmas*”<sup>36</sup>.

---

<sup>36</sup> Nota añadida en 1956.

<sup>37</sup> En la primera edición de 1968 dice Mario Orbe, pero dado que en los originales de 1956 y 49 dice Orbea, nos inclinamos a suponer que se trate de un error tipográfico. Por las fechas, solo puede referirse a Miguel María de Orbea, que fue alcalde en 1904-1908. Hubo otro Orbea alcalde, Mateo de Orbea, pero lo fue en 1882-83.

<sup>38</sup> *Lock-out* es un término inglés para referirse a lo que aquí conocemos como cierre patronal. Cuando los dueños de una fábrica deciden detener su actividad para presionar a sus trabajadores, que no perciben el jornal de los días que permanece cerrada. Es decir, la antítesis de una huelga obrera.



Y frente a frente los dos sindicatos, se produjo el conflicto, a pesar de que los obreros, sin abandonar su prudencia, habían limitado sus justificadas reclamaciones a aquella sección de la armería en situación de prosperidad y en condiciones de acceder sin quebranto. Pero como para los patronos, ensoberbecidos con las ganancias extraordinarias de la guerra y regimentados de ayer en su flamante organización por el Graupera, no era cuestión de si podían o no acceder a lo reclamado, sino de probar fuerzas con los obreros, no vacilaron en provocar la huelga. Y como el verano de 1914, paró medio pueblo y el 50 % de las familias dejaron de tener jornal.

Pasó el verano todo, holgando miles de hombres, y vino el otoño, y cayeron las primeras nieves, y continuaba la huelga con su cortejo de sacrificios y estados de irritación, aunque es de consignar que no se produjo ninguna violencia con durar tanto el conflicto. Y duró tanto, porque a la intransigencia de los patronos, sostenidos por el resentimiento innoble del influyente que hemos dicho, correspondía la tenacidad de los obreros, al punto que todo seguía igual cuando se aproximaban las Pascuas de Navidad, en que no podía subsistir aquel encono en un pueblo en el que, al fin y al cabo, había algo de familia por encima de todo, que obraba en los espíritus.

### **La Cooperativa Alfa**

¿Cómo resistieron los obreros en los largos meses que duró la contienda? Ya hemos dicho que fue medio pueblo el que paró afectado por el conflicto. Pues bien, el otro medio trabajó prácticamente para ambas mitades, por la estrecha solidaridad que unía a todos en el común empeño. El Ayuntamiento, por su parte, arguyendo que nada tenía que ver en el fondo de la cuestión pero que no podía abandonar en su necesidad a tantas familias sin jornal, reorganizó la cocina popular, pese a las denuncias y escándalo que metieron en la prensa regional los enemigos para que les oyeran las autoridades superiores, protestando de lo que calificaban una intervención a favor de una de las partes litigantes a costa del erario municipal.

Las inspecciones administrativas que, atendiendo a aquellas denuncias, se ordenaron sobre el lugar solo sirvieron para confundir a los inspectores con el espectáculo de la ayuda mutua que había sido puesta en práctica con ejemplar generosidad. Por lo demás, no les era difícil a los denunciados demostrar que el servicio de la cocina no pesaba en lo más mínimo sobre el erario, puesto que las raciones que servía por miles se pagaban a precio de costo, y las distribuidas como gracia las satisfacía el sindicato, limitándose el Municipio a prestar la instalación, los equipos y la experiencia de seis años atrás.

Mientras se dilataba así el conflicto, durando no semanas sino meses, con la vana esperanza los patronos de reducir por hambre a los obreros, éstos, aparte de los arbitrios ordinarios y extraordinarios de la solidaridad que pusieron en marcha, alumbraron una iniciativa transcendental. Con objeto de evidenciar la sinrazón de la actitud

patronal y su injustificable intransigencia, los obreros se propusieron montar una fábrica para manufacturar justamente aquel mismo producto sobre el que versaba la disputa, trabajando en las condiciones objeto de la reclamación, produciendo calidad y realizando utilidades normales, según se prometían de lo que les venían a decir los números.

Ya que los fabricantes se habían metido a sindicalistas, el sindicato obrero se metería a fabricante, y no pararían las cosas hasta que la idea estuviese convertida en realidad y manifiesta aquella evidencia.

Claro está que el proceso de la puesta en marcha de esta iniciativa tenía que durar y duró bastante más que la huelga. Esta terminó mediante una transacción llegando a Navidad, por la presión moral de esa fecha. La transacción comprendía, entre otras cosas, el adelanto a cuenta de unos jornales para que pudiera haber algún calor durante las Pascuas en el hogar de las familias sacrificadas a la dura prueba del conflicto.

Pero no por haber terminado la huelga remitió el entusiasmo obrero por la realización de la empresa cooperativa que se había propuesto el Sindicato Metalúrgico. Los trabajadores que las tenían volcaron las economías que les quedaban de sus años buenos de la guerra, y también la caja social del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya, muy próspero entonces y siempre atento a las vicisitudes y modos de nuestra acción en Eibar, ayudó financieramente a la iniciativa, haciendo una fuerte aportación.

Se reunieron de esta manera unas 300.000 pesetas, que entonces y con relación a nuestro medio representaban un capital de bastante consideración, se adquirieron los equipos mecánicos de un industrial deseoso de retirarse y poco después de seis meses de preparativos –porque el equipo adquirido no correspondía enteramente a la especialidad que nos proponíamos–, estuvo organizada la producción.

Y con tanto, como se dice en el Génesis, fue otro día, y la Cooperativa Alfa, llamada a tantos desarrollos, una creación que echó a andar por el camino de la vida.

### **Ciclismo y montañismo**

Yo descansaba de la parte que me correspondía en estas preocupaciones y responsabilidades entregándome los días de fiesta a los únicos deportes que han llegado a interesarme: la bicicleta y el montañismo. Aficiones que en realidad eran una sola.

Yo no comprendo los deportes como espectador pasivo que se acalora por rojos o azules sino como un signo de decadencia. Tampoco me convencen como profesión, y nunca pude admirar las habilidades que son el resultado de sacrificar la vida al inútil empeño de alguna especialidad absurda. Comulgábamos en el mismo gusto y formábamos trío para nuestras andanzas el famoso *Apochiano*, mi ilustre cuñado, cuyo apellido es el segundo de mis hijas, y *Joshé Ondarru*, mi vecino de la calle de María Ángela, pues el reino de mi casa, como dije, radicaba en aquella levítica calle de curas,

carlistas y beatas<sup>VIII</sup>, frente por frente del Convento de Agustinas, donde mi cara mitad no dejaba de tener algunas conocidas entre las enclaustradas.

*Apochiano*, Cándido Arrizabalaga por su propio nombre, era como un monolito, lo mismo en lo físico que en lo moral, a quien muchos, fuera del pueblo, confundían con un alemán del Elba. Un ario puro por el color de sus ojos, el pelo rubio y su espaciosa cara de dolicocefalo, si es que se puede hablar así después de la protesta de Max Müller<sup>40</sup>, muy severo en lo de confundir lo lingüístico con lo racial<sup>IX</sup>. Joshé *On-darru*, José Lascurain, otro ario con ojos de color de mar, era la tenacidad misma al servicio de los más sanos propósitos. Ambos hacían contraste con mi modesta estampa de mediterráneo y la levadura semítica que debe haber, sino en mi sangre, en mi espíritu, que me ha servido para gustar mejor las bellezas de la Biblia.

Era nuestro orgullo pisar sobre la cima de todas las montañas de la región y transitar por todas las carreteras del mapa de las Vascongadas. No como devoradores de kilómetros, de quienes solía decir Unamuno que van, bebiendo los vientos, de un lugar donde nada tienen que hacer a otro en que tienen que hacer menos. Nosotros tres caminábamos, con nuestro burriquito mecánico, saboreando el paisaje, echando pie a tierra de vez en cuando y subiendo a los montes, internándonos en las arboledas, bajando a los ríos, parando en las fuentes y deteniéndonos en todos los lugares donde hubiese algo que curiosear. Y rara será la cosa arqueológica o natural digna de mención que no supiéramos de memoria en no sé cuántas leguas a la redonda.

Juan Jacobo Rousseau, que tuvo el propósito de venir a nuestra tierra con el deseo de conocerla por las cosas que le contara de ella su amigo Ignacio Manuel Altuna<sup>41</sup>,

---

<sup>VIII</sup>. Por una ironía de las cosas, la levítica calle de María Ángela se llamaba así en memoria de una mujer valiente y liberal del tiempo de los Voluntarios de la Libertad<sup>39</sup>.

<sup>IX</sup>. “*Para mí –dice Max Müller– un etnólogo que hable de raza aria, de sangre aria y de ojos azules y pelo rubio, resulta tan disparatado como un lingüista que hablase de un diccionario dolicocefalo o de una gramática braquicefalica*”. Citado por Julián Huxley, tomándolo de *Biographies of Words and the home of the Aryas, of Man and the Modern World*.

---

<sup>39</sup> María Ángela Aguirregomezcorta, fallecida en 1883 y viuda de un destacado conservador.

<sup>40</sup> Friedrich Max Müller (1823-1900) fue un filólogo y orientalista de origen alemán pero que desarrolló la práctica totalidad de su trabajo y vida en Gran Bretaña. Su contribución más importante es, quizás, su traducción de los Rig-Vedas obra literario-religiosa fundamental de la cultura hindú.

<sup>41</sup> Manuel Ignacio de Altuna y Portu (1722-1762) fue uno de los más sólidos pilares del movimiento ilustrado en el País Vasco. De buena familia, ocupó cargos en la administración, fue alcalde de Azcoitia, su pueblo natal, y diputado general de Guipúzcoa. Miembro destacado de los Caballeritos de Azcoitia, fue uno de los impulsores de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País aunque murió antes de verla en marcha.

Altuna conoció a Rousseau en Venecia a través de amigos comunes hacia 1743, mudándose por consejo de este a París para ampliar sus horizontes intelectuales. Llegaron a compartir casa durante los meses de su estancia. El ginebrino dedicó párrafos elogiosos en sus memorias al vasco, que le sacó de algunos baches económicos y con el que mantuvo una sustanciosa correspondencia.

de Azcoitia, de haber coincidido en tiempo y lugar, hubiese sido gustosamente nuestro amigo, y no hubiera amado menos la Naturaleza en nuestra compañía.

Habría querido a *Apochiano* como a un trozo de naturaleza, viéndole hombre del siglo XX con una ingenuidad prehistórica, a quien cuadra admirablemente su nombre en el sentido de un alma exenta de sombras y complicaciones. Habría tropezado en él con el ejemplar humano, entre todos los que yo he conocido, en que la civilización y los convencionalismos sociales pudieron alterar menos al hombre natural, a la criatura de la naturaleza. Y le hubiese servido de evidencia cabal de su tesis de que el hombre naturalmente es bueno en tanto no le alteren las ciencias, las artes y las servidumbres de la civilización.

A Joshé *Ondarru* le cuadraba lo mejor del retrato que hacía el ginebrino de su amigo, el azcoitiano. Después de todo lo sano y bueno que podía decirse de su espíritu, bastaba añadir que su cuerpo estaba hecho para alojar aquella alma sin daño.

Y seguro estoy que, de haber entrado como cuarto con nosotros el soñador de los primeros libros de *Las Confesiones*, nuestras frecuentaciones y programas no le hubieran disgustado, ni la manera de nuestra economía, que obligadamente tenía que ser prudente y bien medida, y acaso alguna devota de la vecindad le habría sido más constante que madame Warens.

### **Paz en la guerra**<sup>42</sup>

Cuando el itinerario de nuestras salidas era menos de cien kilómetros lo realizábamos en medio día, pagando así a nuestro gusto personal sin faltar al rito de la tertulia del café y las sesiones –valga la palabra– peripatéticas de la tarde. Cuando pasaba de cien, le dedicábamos todo el día, madrugando para aprovechar la delicia de las primeras horas de la mañana. Algunas veces que el calendario nos favorecía salíamos con programas de dos y tres días de pedaleo.

Así acabamos por sabernos todos los rincones del país, cuánta es la variedad de sus paisajes a la luz de la primavera, bajo el ardiente sol de la canícula, vestidos con las galas crepusculares del otoño o presididos por el silencio solemne de las nevadas.

De los pueblos sabíamos su cara alegre de los días de feria, la triste de los días de penitencia como en Semana Santa y la grave de todos los días, con el afán que traen para la gente de trabajo, que es la mayoría en todas partes. Y de los caminos sabíamos, no solo la euforia de las frescas mañanas con todo el hermoso día por delante, sino también la impaciencia de los fatigosos retornos, cuando se suspira por la casita y los suyos que le esperan, el accidente de los aguaceros, la mortificación de las averías junto a la cuneta, el alivio de los obligados cobijos de emergencia, la satisfacción inefable de sentarse a la mesa puesta de las ventas para matar el hambre y la sed, contenidos como un lobo en la cadena, y reponerse del fuerte desgaste de la jornada.

---

<sup>42</sup> Este epígrafe fue añadido en 1956, por desdoblamiento del anterior.

Así, un día que regresábamos por Marquina en la época más reñida de nuestros enconos sociales, sucedió que yo reparé en un veraneante, sin duda un castellano viejo, de buena posición en Burgos o en Valladolid, que había venido a los baños de Urberuaga tomando por pretexto las aguas para disfrutar de la buena mesa que allí acostumbramos en todas las termas y que es la que cura más achaques que todas las aguas minerales juntas que se derivan de la mancha ofítica del Elosu. Castellano viejo que estabase echado blandamente en un diván y se parecía extraordinariamente al presidente de la Patronal de Eibar.

Y dije yo a los compañeros del trío que venían detrás, en nuestro vascuence esotérico:

–Llegad acá a ver qué repantingado está nuestro presidente de la Patronal.

Mas el castellano viejo que se parecía tanto al presidente de la Patronal de Eibar con que estábamos en aquel entonces en encendida guerra en el terreno sindical, era el mismo presidente en persona, bastante cambiado por su indumentaria de agüista<sup>43</sup> y el ambiente burgués de que estaba rodeado y que en nuestro pueblo no se daba.

Él no se dio cuenta de mi engaño, sino que pensó que, estando ambos en aquel momento en terreno neutral, no tenían allí jurisdicción las pasiones locales y estaba autorizado el dialogo en calidad de buenos vecinos, que al fin y al cabo no dejábamos de ser.

Y recobrados por nuestra parte de la sorpresa también pensamos lo mismo; y, aparte las obligadas cortesías, hablamos de otros tópicos como viejos conocidos, sin rencilla, si bien sin aludir a nuestra guerra social que ardía en el pueblo, al otro lado de los montes, y en la que tan directas responsabilidades nos cabían a todos.

Ya sé que alguien dirá a este punto: “Tonterías intrascendentes como tantas que van alojándose en estas notas”. Mas yo digo: “Datos para la Historia”, pues en aquella misma hora de nuestro cordial diálogo, en otras partes en que seguramente no se mantenían con tanto tesón como en Eibar los principios y las respectivas posiciones, patronos y obreros se daban caza con pistolas.

## Un armisticio

Otra vez no fuimos los del trío los que tropezamos con la Patronal sino “la procesión”, a la que nos agregábamos cuando el tiempo, la estación o las circunstancias no eran propicias para las excursiones ciclistas o las empresas montaÑeras. Y ello fue un par de meses después de la reñida batalla social de la que nació la Cooperativa Alfa.

Habíamos aterrizado en la venta de Eizaga, meca de la tornillería mecanizada con sus molinos movidos por el arroyo del mismo nombre, en jurisdicción de Zaldívar,

<sup>43</sup> El principal aderezo de la cual, según el original de 1949, era un sombrero de paja, “...que no era de uso en el pueblo”.

a cuyas rentas municipales contribuye la venta con sus sisas y su arriendo. Estábamos sentados a la mesa, en la sala enjalbegada del piso, presentando un cuadro semejante al de *La Cena* de Leonardo en el refectorio de Santa Maria delle Grazie. Claro está que no nos embargaban en aquel momento tristes presentimientos como a los trece del famoso mural, sino que, al contrario, había en nosotros una alegría sana y ruidosa, como correspondía a la fecha y la ocasión, pues era el último día de Carnaval. Y estando en lo mejor de la fiesta, allí cayeron también los del estado mayor de la Patronal.

No era agradable la coincidencia ni para unos ni para otros. Aquellos cuatro meses de huelga habían agriado los espíritus. Pero no era cosa de cambiar de programa ni de aguar la fiesta por semejante incidente. Ellos, por su parte, debieron pensar lo mismo, y se sentaron en el otro lado de la estancia. Y así se desenvolvía el ágape, trinchanto cada grupo por su lado de lo mejor de la cocina, sin ninguna molesta interferencia, aunque al principio con cierta violencia moral para todos a causa de la obligada vecindad de los contrarios. Mas esto mismo, sin que hiciera remitir el buen humor de nadie y sin que dejaran de ir en aumento las risas regocijadas que inspiran la comida y el buen vino.

Y como el hombre, igual que las fieras, después de haber comido es mejor, apenas habíamos terminado con los postres para entrar en el café y los licores, cuando los de la Patronal solicitaron, en forma, un armisticio y juntamos las mesas para continuar la fiesta en común, olvidando por lo que durara el resto de aquel día, no los rencores, que en realidad no existían, sino la hostilidad política y social que nos dividía en la vida ordinaria.

Y esto de que los patronos y los obreros coincidiéramos en el mismo lugar de esparcimiento, ¿no es también otro dato para la Historia?

Se dirá que en Eibar no había capitalistas a la manera de otros lados, con fuertes disponibilidades en los bancos, aunque cualquier industrial tenía allí créditos a dos mil leguas de distancia que suponían importantes capitales. Aparte de esto, entonces, antes de consumarse toda la desgracia de los marcos, los francos y los barcos que se llevaron buena parte de los dineros del sacristán de cuando las vacas gordas de la guerra, y aun entre los que juntaron la mesa con nosotros, sí los había, y de consideración.

Pero, además, ¿no es sabido que la caza a tiros entre patronos y obreros ocurría, principalmente, no con los más opulentos, sino entre modestos industriales y sus resentidos inmediatos allá donde se daba este método de lucha?

### Tremedal y sumidero

Los patronos, puestos a ser buenos, nos dieron buenos consejos. Aquello de la Cooperativa Alfa iba a arrastrarnos a la ruina. No sabíamos mucho en lo que nos habíamos metido al querer aparecer como industriales. Aquello sería el tremedal. Tal empresa comprometería todas nuestras demás cosas, que no dejaban en verdad de tener su mérito. Nos habíamos dejado llevar por un espejismo, desconociendo las dificultades que nos aguardaban en el camino.

Y no aludían ellos, por supuesto, sino a las dificultades materiales. A la falta de pedidos, sujeta la industria a un régimen irregular de la demanda; a la angustia de los créditos aventurados en lejanos mercados asentados sobre un suelo volcánico; a las mil contingencias que amenazaban a cada instante la tranquilidad del industrial eibarés, pendiente siempre de un telegrama que le trajera el respiro o la catástrofe.

El doctor Madinabeitia —que ya apenas nos visitaba, porque Eibar, sin su Amuategui, aunque nos quería a todos, lejos de divertirle, se le hacía triste e intolerable—, una vez que estuvo con nosotros, quizás la última, él, tan emprendedor y optimista siempre, opinó poco más o menos como opinaron los patronos en aquella ocasión de nuestro encuentro en la venta de Eizaga. La palabra con la que quiso caracterizar nuestra nueva empresa fue que sería un sumidero, por donde se nos iría todo lo demás en que él había tomado tanta parte y había puesto tanto amor. Al *tremedal* de los patronos correspondía, pues, el *sumidero* de nuestro más querido maestro.

Otro buen amigo nuestro, Pedro María Sarraua, *Chisperúa*, industrial, hombre práctico si los hubo, liberal con nosotros y siempre atento, que nos había sacado de más de un apuro económico, cierto día que hubimos de recurrir una vez más a sus buenos servicios, me dijo, en el terreno de la confianza, como hombre que nos apreciaba y se interesaba por nuestras cosas, estas palabras:

—Yo sé de vuestra honradez que no me metéis en ninguna aventura y me responderéis siempre; pero te aseguro, de amigo a amigo, que esto que os firmo ahora, multiplicado por un imposible de veces y mucho más, no bastará para sacar adelante vuestro empeño.

Mas lo cierto fue que ni los patronos, ni Madinabeitia, ni *Chisperúa*, con toda su experiencia y espíritu práctico, no llegaban a concebir ni la décima parte de todo aquello que la realidad iba a exigir de nosotros. Las dificultades fueron siendo inmensamente mayores y de diversa índole.

### Abandonados en la estacada

La mayor de las dificultades que nos aguardaban era el régimen irregular de la demanda en la industria armera, que dependía principalmente de lejanos mercados sujetos a mil contingencias, sobre todo en aquel accidentado periodo de la postguerra. Para los problemas técnicos de la puesta en marcha y la producción teníamos sobrados

elementos adictos; y bien que probaron su capacidad y entusiasmo, preparando todos los dispositivos suplementarios indispensables para la mecanización de cada una de las numerosas piezas de que constan las armas que íbamos a fabricar en menos de cinco meses.

Para las especialidades profesionales pudimos seleccionar a los mejores. La disciplina y el rendimiento tampoco representaban mayor problema, por el inveterado sistema de trabajo a piezas que rige sin contradicción en la industria armera y que constituye una especie de segunda naturaleza en el armero eibarrés. La responsabilidad de una buena administración tampoco nos asustaba. Incluso el capital fijo de instalación y el de movimiento eran factores previsibles y aunque representaran un volumen harto crecido con relación a nuestras disponibilidades inmediatas, era posible a su respecto establecer de antemano los sacrificios que serían indispensables, para que supiera a qué atenerse cada uno de los que se sumaran a la aventurada empresa.

Pero que una mera disposición administrativa de las autoridades aduanales de los Estados Unidos, una revolucioncita en Centroamérica, una quiebra en el Brasil o una mala cosecha en la Argentina pudieran echar por tierra todas nuestras previsiones, haciendo imposible ningún ejercicio normal, era como enfrentarnos con lo imposible.

Porque al menor accidente de esta clase se seguían para Eibar las letras devueltas, las restricciones de los bancos, la necesidad de reducir la producción con sustancial alteración de los costos previstos, la congestión de los almacenes con un producto que nadie quería por prenda y para nosotros, junto con todo eso, aquello tan penoso con todo y tenerlo descontado: la imposibilidad de atender a los jornales de un personal agotado con los sacrificios que había realizado para sostener la huelga y constituir el capital inicial de la empresa; con la necesidad de inventar arbitrios, que, por muy ingeniosos que fuesen, no bastaban a cubrir la etapa adversa.

Esto no tenía otra solución práctica, desde antes de echar a andar, que la de un comprador a pie de fábrica que pudiera financiar las intermitencias inevitables, y el espejismo, el verdadero espejismo que nos engañó y nos hizo afrontar la aventura, fue el habernos hecho creer el compañero Vallejo, presidente del Sindicato Metalúrgico, que él contaba con ese elemento que compraría toda nuestra producción en almacén.

La misión específica que nos habíamos propuesto al crear la empresa cooperativa con que habíamos desafiado a los patronos terminaba, en efecto, con la producción. Una producción en calidad y costos ventajosos a los de las empresas patronales, sin sacrificar para ello las condiciones de trabajo, al contrario, manteniendo al personal obrero en un nivel bastante superior al general. Eso era lo fundamental para nosotros como socialistas, como cooperativistas y como trabajadores sindicados que rompíamos lanzas todos los días a favor de la empresa de interés social frente a la empresa de interés privado.



Lo turbio del comercio, sobre todo del comercio de las armas, la gitanería con que había de moverse en lejanos mercados, las inmoralidades a que a veces había que descender para arreglárselas, no podían interesarnos, ni nos convenía saber nada de todo ello. Eso no era lo cooperativo, y caía fuera de nuestra misión.

Pero, fuese que el compañero Vallejo nos hubiese engañado adrede en el particular del supuesto comprador, o que este se hubiese echado atrás de sus promesas al vernos como realidad viva en el terreno de los hechos, lo cierto es que luego de organizada la producción en serie –y en una escala hartamente importante– en el espacio límite de unos breves meses, lo que representaba un récord, nos encontramos abandonados en la estacada.

### **Los comienzos de la Cooperativa Alfa**

Se comprenderán las dificultades con que hubimos de tropezar para desenvolvemos con tan comprometido comienzo, pero no es fácil imaginar su número y su magnitud. Aun los que afrontamos al pie del cañón todo aquel desesperado trance hemos perdido la cuenta de aquellos días abrumadores, con ser tantos a la vez e insistir con su carga intermitentemente durante años, luego de pasajeros alivios. Sin embargo, en ningún momento nos dejamos llevar por la desesperación y, bien que mal, todo se anduvo poco a poco. La demostración con que emplazamos a los patronos intransigentes, provocadores de la prolongada huelga de la que nació la idea cooperativa, tuvo pleno efecto y este era un triunfo que contribuía a mantener nuestro valor.

Dimos ejemplo, en primer término, en cuanto a la calidad del producto, pues, indiscutiblemente, no lo hubo mejor en la competencia. El personal de la cooperativa era también el mejor retribuido de la localidad, aunque tuviera que prestarse a veces a sacrificios extraordinarios. Incluso, a pesar de tantas dificultades, se realizaron beneficios con que fue mejorando la planta y aumentando el capital de movimiento.

Y un día, la fábrica se dio a una metamorfosis profunda, sin dar lugar a ninguna interrupción en su régimen activo, para producir, en vez de la cosa ingrata y comprometedor de las armas, tan poco en consonancia con un ensayo cooperativo como el que estábamos realizando –aunque aquella industria representara la tradición y en ella atesorásemos nuestra experiencia–, una novedad como las máquinas de coser, que son adorno y buen servicio en el hogar, la cosa más socialista que existe. Novedad, además, que abría un nuevo horizonte y serviría de ejemplo a las industrias locales, necesitadas de entregarse a iniciativas semejantes, dada la declinación inevitable de algunas ramas de la armería.

Al producirse la guerra civil en 1936, la Cooperativa Alfa, primera manufactura española de máquinas de coser, habiendo salvado todas aquellas críticas circunstancias de los primeros tiempos difíciles y sorteando no pocos escollos, llevaba dieciséis años de actividad y crecimiento, y había capitalizado cinco o seis millones de pesetas, de

las saneadas por Villaverde, y entre productores y distribuidores representaba una economía de más de mil familias.

Y aun a riesgo de que esto pueda parecer interés de cobrar en alabanza lo que no hiciéramos de otro modo, no dejaré de consignar, por ser verdad y elemento de juicio para el caso, que fueron factor, y más que todo moral, para aquel resultado, austeridades administrativas de quienes cargamos con la mayor responsabilidad<sup>x</sup>. Y, sobre todo, fue factor aquel espíritu social que animaba a todos y permitió acrecer a la empresa, capitalizando sin objeciones la totalidad de los beneficios durante los quince ejercicios de nuestra gestión.

Claro está que con esta política nuestras participaciones nominativas en la empresa no dejaron de ir valiendo contablemente cada vez más, aunque no había manera de especular con ellas, pero yo no soy el único que, con el colapso de la guerra y el accidente de la emigración, ha resultado despojado del todo, de forma que podemos decir, sin vanidad o con ella, que no aprovechamos un céntimo de aquellas ganancias sociales y evidente prosperidad, en contraste con las dilapidaciones que se han permitido después no pocos advenedizos.

### **Cuando lo más difícil es retroceder**

Todo se anduvo poco a poco, es cierto, pero es que hay situaciones en la vida en que lo más difícil es retroceder. Como para la figura del hombre sobre un estrecho puente tendido sobre el abismo, de Nietzsche, para quien es terrible avanzar, terrible quedarse en medio, pero más terrible aún mirar atrás y retroceder.

Recuerdo que una vez subimos los del trío a la cota del Alluitz, desde Abadiano, como solíamos hacer a otros picos: a cuerpo gentil, mal calzados y con las manos vacías. Nada más lejos de mí que el alpinismo acrobático, con haberme criado en la cuesta de Chirio-kale. Me toma fácilmente el vértigo si me siento abandonado a mí mismo al borde del abismo, y eso que me gusta viajar en avión. Era nuestro propósito aquel día recorrer toda la Peña de Amboto, de oeste a este, avanzando sobre la arista encimera de ella. Esto parecía sencillo, considerada la cosa desde el alto de Aretio o desde el monte Oiz, de donde tantas veces habíamos contemplado el perfil de aquella pétreo masa destacándose contra el cielo.

Pero sobre el terreno, si terreno se puede llamar el agudo filo de la peña que con razón llaman Cuchillo, filo, por lo demás, bastante mellado para mayor apuro del bi-

---

<sup>x</sup>. De mí sé decir y dígolo, no por tratarse de mi persona sino porque da la tónica general, que durante mucho tiempo ejercí la gerencia mediante la gratificación de cincuenta pesetas mensuales, que es lo que yo ganaba, al crearse la cooperativa, llevando la correspondencia en francés a un modesto industrial, para complementar mi modestísimo sueldo del Ayuntamiento. Y al cabo de quince años de gestión hacía las mismas funciones en Alfa por doscientas pesetas mensuales.

soño en lo más dificultoso de su recorrido, la cosa se vuelve seria para cualquiera que no sea un profesional o un inconsciente como Tartarín en los Alpes.

Pero tampoco allí mismo, sobre la cota del Alluitz, se da uno cuenta al principio de todo lo que va a exigirle la aventura del recorrido propuesto. Y solamente cuando se ha avanzado lo bastante, y empezamos a hacer equilibrios entre las dos vertientes que descienden al abismo en un plano inclinado próximo a la vertical, descubrimos que nos hemos embarcado en un empeño superior a nuestras fuerzas. Pero entonces es ya tarde para volver sobre los pasos. Si miramos atrás, vemos que es más difícil retroceder. Y como tampoco es cosa de eternizarse suspenso en medio como una estatua de sal, no hay más remedio que sacar fuerzas de flaqueza, sobreponerse al vértigo y llegar hasta el fin.

Así llegamos nosotros también aquel memorable día, yo el más amedrentado, después de indecibles fatigas, sobre el firme de unas bordas a que vinimos a parar, y he aquí que ahora lo podemos contar, no obstante haber pensado más de una vez, por mi parte a lo menos, que habrían de recoger nuestros despojos al fondo de la hoz de Urquiola o en las pedreras que descienden formando cono hacia el valle de Apatamusturixo<sup>XI</sup>.

### **Juan de los Toyos**

En el caso de las dificultades de la Cooperativa Alfa, no menos dramáticas que las de la travesía de la cresta del Alluitz, no todos tuvieron el valor de seguir hasta el fin. Valentín Vallejo, presidente del Sindicato Metalúrgico, y como tal, quien principalmente había embarcado a la gente en la difícil empresa, pronto se sintió fatigado. Alguna vez me insinuó en privado, sin que yo se lo tomara a mala parte, porque no se me ocultaba lo que en ello había de verdad, la locura de aquel derroche de energías, en lo mejor de la vida, en una obra que no había de ser agradecida.

---

<sup>XI</sup>. Los ciclistas llamábamos a un pequeño repecho que hay o había a la salida de Laupago, en el camino de Elgoibar, la cuesta de don Plácido, por haberla hecho famosa el padre del pintor Zuloaga, refiriendo a sus contertulios la “vertiginosa velocidad” que la máquina adquiriría en aquel trayecto, poniendo en peligro la vida del atrevido que se aventurase distraídamente por él, cuando el velocípedo era una novedad en el mundo que nuestro gran orfebre fue el primero en traer y montar en Eibar, y acaso en España. El más excelente de sus maestros en el hierro, Carlos Elgueta, cuidaba amorosamente del aparato y, disponiendo furtivamente un día de él, remaneció en... Barcelona, habiendo salvado sin dificultad cien cuestas y mil repechos más serios que el que don Plácido había dramatizado con tan fuertes rasgos a sus amigos, profanos aún en aquel deporte inédito.

Temo que a los “mendigoizales” de ahora, curados del vértigo, bien equipados y acostumbrados a empresas mucho más audaces teniendo los Pirineos a su alcance, les parezca mi referencia del Alluitz y su arista, algo así como las dramatizaciones de don Plácido a cuenta del repecho de Laupago.

Pero a mí, que no ambicionaba ninguna situación, no me cogía esto de susto, habiendo escrito muchas veces, con plena conciencia de la cosa, que sin ingratitud no hay sacrificio. Y más aún. Discurriendo sobre lo que sienta Montesquieu, de que el fundamento de las repúblicas es la virtud, como el honor lo es de las monarquías y el temor el de los despotismos, tenía yo dicho y repetido, que la ingratitud es lo fundamental de las virtudes republicanas. Por eso la virtud republicana de Casio y de Bruto, al herir a César en el Senado, aparecía como obra de la más negra ingratitud. Y por ser la gratitud un inconveniente para las repúblicas es por lo que solía decir Unamuno que el peor cacique es el bueno, porque hace agradecidos.

Mas dejémonos de filosofías y volvamos a lo que íbamos. Cuando, puesta en marcha la producción de nuestra cooperativa nos falló el comprador en plaza que Vallejo aseguraba tener, y bajo cuyo supuesto la gente había aceptado el sacrificio, se planteó la necesidad de acudir directamente a los mercados, sin que cupiera de momento otra opción.

De esta suerte, Vallejo hizo un viaje de exploración a México y volvió demostrando que no le faltaban condiciones para desenvolverse como vendedor, aunque no nos trajo la solución. Nuevamente embarcó para los Estados Unidos y, una vez allí, dándose cuenta de la coyuntura del momento y las circunstancias de aquel mercado en plena bonanza, en lo más álgido del *boom*, trató de relacionarse, tanto allí como en Eibar, al margen de las conveniencias de nuestra empresa con miras a crearse una situación personal, que muy bien podía ser su derecho, pero no nuestro servicio. Y fue hasta allí que hicimos juntos el camino.

Entonces vino a la Cooperativa Alfa Juan de los Toyos, que no era un desconocido en Eibar<sup>44</sup>. Muchas veces había ocupado la tribuna de la Casa del Pueblo siendo secretario del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya que, como dijimos, había aportado una importante suma al capital inicial de la cooperativa. Asimismo, siendo después secretario del Sindicato Papelero de Tolosa, participó en muchos actos públicos entre nosotros, caracterizándose por el fuego que ponía en sus discursos.

Había caído en simpatía en nuestro medio obrero y, a partir de su incorporación a la Cooperativa Alfa, fue un eibarrés más, tanto de su parte como de la nuestra, unido a nuestro destino para los años más azarosos de la Historia, que tanto bueno y malo nos tenía reservado en los tiempos que habían de seguir.

---

<sup>44</sup> Juan de los Toyos (1890-1965) fue un sindicalista y político socialista. Nacido en Barakaldo, militó en el PSOE y en la UGT, donde alcanzaría puestos de la máxima responsabilidad, llegando a la Comisión Ejecutiva Nacional entre 1920 y 1922. En 1930 recaló en Eibar, como relata el autor, donde desempeñaría varias veces el cargo de concejal hasta el advenimiento de la República, en el que, como veremos más adelante, jugó un papel destacado. Con la formación del primer Gobierno Vasco fue designado Consejero de Trabajo, Previsión y Comunicaciones, tres áreas de gran importancia para el esfuerzo bélico y el bienestar de la población que desempeñó en condiciones especialmente complejas. Continuó su labor política en el exilio, muriendo en México.

## Eusebio Gorrochategui<sup>45</sup>

El amigo Juan de los Toyos, de quien puede decirse sin contradicción que es un grande hombre pequeño o un pequeño grande hombre, quiero decir, todo un palo de hombre que dicen aquí, una mucha persona, y muy verdadera, en el breve término de una estatura que no debe exceder en mucho del mínimo que determinaba la Ley de Reclutamiento para que los españoles cargáramos el fusil, solía contar que una de las grandes satisfacciones de su vida de hombre menudo fue cuando, entrando por primera vez en las oficinas de Alfa, se encontró allí a nuestro gran Eusebio Gorrochategui, que era aún más diminuto que él.

De Eusebio Gorrochategui, que es en efecto otro gran pequeño, solo diré que, trasladado de la sección de máquinas en que trabajaba como obrero manual a las oficinas para aprovechar su disposición y entusiasmo como obrero intelectual –por méritos que no era difícil descubrir en él–, fue el alma administrativa de la cooperativa en los tiempos difíciles en que todavía no podíamos darnos el lujo de profesionales de la contabilidad.

Y lo hizo admirablemente, con discreción y buen consejo, porque lo tenía, y para todo; y a despecho de su edad y su estatura, se hacía oír. Había heredado del padre la integridad, un carlista que fue de los “buenos societarios” cuando la aurora social sobre el Ego, y de su madre, mujer de lecturas en aquel Eibar un poco rústico de nuestros padres, la inteligencia.

Cuando estoy corrigiendo estas notas, después que las han conocido los amigos en su primera mano, llega a mí el *Informe* del director de *El Socialista* –que se edita en París– al IV Congreso del P.S.O.E. en el exilio, que se ha de celebrar el próximo mes de junio en Toulouse<sup>46</sup>. Y dice Andrés Saborit<sup>47</sup> en dicho informe: “*Hemos hecho cuanto hemos podido en este sentido* (en el de estimular las colaboraciones) *y a este respecto debo rendir un tributo de reconocimiento a la labor de un hombre de extraordinaria modestia y abnegación: Eusebio Gorrochategui, que desde el primer*

<sup>45</sup> Eusebio Gorrochategui Bastarrica (1900–1962) fue un obrero, periodista, político y sindicalista eibarrés. Fresador de profesión, militó en el socialismo desde los 14 años. Desempeñó funciones administrativas y directivas en las cooperativas socialistas locales, Alfa y también la Cooperativa de Consumo, compaginánolas con sus labores periodísticas. Comenzó como corresponsal en Eibar de *El Liberal* de Bilbao, llegando a ser su administrador. Posteriormente sería redactor jefe de *El Socialista* 14 años. Durante la guerra formó parte del equipo de Juan de los Toyos, pasando al exilio en Francia, donde trabajó en diversas organizaciones dedicadas a ayudar a los refugiados de ambas guerras. Fue delegado en varios de los congresos del PSOE en el exilio.

<sup>46</sup> El IV Congreso en el exilio, decimoséptimo en la cronología completa, se celebró en Toulouse entre el 22 y el 25 de junio de 1950. Presidido por Indalecio Prieto, contó con la asistencia de 157 delegados, una de las más bajas de entre los celebrados en el exilio.

<sup>47</sup> Andrés Saborit (1889–1980) fue un tipógrafo, periodista y político socialista. Compañero de Tomás Meabe en la expansión territorial de las Juventudes Socialistas, organización de la que sería director de su órgano de prensa y finalmente presidente, sería quien proclamaría la República en Madrid desde el balcón del Ayuntamiento. Besteirista acérrimo –este sería testigo de su boda– ocupó diversos cargos durante la República y en el PSOE del exilio.

*momento trabaja en nuestro periódico a nuestra entera satisfacción*". Y añade que, en justicia, el partido puede estar satisfecho de este camarada.

Eso mismo, y con la misma sinceridad y llaneza, podría decir de él la Cooperativa Alfa. Y, ¿no es hermoso que coincidan en el juicio laudable personas distintas y disidentes y a los dos extremos de un tiempo que cubre una etapa tan difícil, tan larga y tan comprometida, en la que tantos han naufragado, como es la que ha transcurrido entre aquellos comienzos difíciles de Alfa<sup>48</sup> y éstos no menos difíciles del exilio? Etapa –dicho sea además a su favor– en la que si todos hemos sido rudamente probados, él lo ha sido con adversidades que se añadieron a la carga común de los demás.

### **El demonio de la discordia**

En procesión con la guerra, la peste y los enconos sociales que se siguieron unos a otros antes de cubrirse el primer cuarto del siglo XX, no dejó de visitarnos también el demonio de la discordia familiar. Me refiero a aquel desdichado pleito de las Veintiún Condiciones de Moscú y la Tercera Internacional, que sirvió para dividir a las fuerzas obreras en todo el mundo<sup>49</sup> y resultado del cual fue propiciar el fascismo y posibilitar su triunfo en media Europa, sin que aquellas minorías escisionistas realizaran su objetivo en ningún lado.

Estuvieron en Eibar, despachados a la Juventud Socialista, dos de esos elementos adiestrados en alguna escuela de las organizadas, ¡quién lo diría!, según los métodos de San Ignacio. Hechos a todas las docilidades, entre ellas la de abdicar de toda ética y moral bajo el principio de que el fin justifica los medios; especialistas de la técnica del golpe de estado –en escala doméstica, naturalmente– venidos de no sé dónde, que se llamaban no sé cómo, con objeto de darlo en nuestras organizaciones de la Casa del Pueblo y adueñarse de ella sin reparar en procedimientos.

Aunque acostumbrados a actuar sin ambiente, supliendo a todo con su audacia o su amoralidad, no encontraron los puntos de apoyo mínimos indispensables para producir la sorpresa y consumir los hechos que se proponían. Y fuéronse por donde vinieron, dejando tras de sí tal prevención y desconfianza respecto a sus métodos, que no cabe dudar ahora que perjudicaron para su causa la cuenta de las posibilidades que le correspondían por vía natural al hecho nuevo de la revolución rusa, en un ambiente

<sup>48</sup> En 1949, 1956 y 1968 en esta, y en otras instancias que también hemos corregido a lo largo del texto, el autor dice "del Alfa", sin que podamos aventurar porqué usa el masculino. ¿Quizás por caer en la deformación, común en Eibar, de referirse como "taller" a todo espacio de trabajo industrial?

<sup>49</sup> Las Veintiún Condiciones era como se conocía en el mundillo obrero a la lista de condiciones, aprobada en el II Congreso de la Internacional Comunista celebrado en Moscú en 1920, que debía cumplir cualquier partido que deseara adherirse a la misma. En medio de un clima de enfrentamiento –muchos partidos comunistas nacionales se crearon por escisión de otros socialistas preexistentes–, esencialmente, venían a pedir una actitud militante no sólo contra los enemigos de clase, sino también contra otras organizaciones obreras que no se plegaran a la disciplina de Moscú.

en el que no asustaban las novedades y donde la literatura de aquel país, con sus locos, sus soñadores, sus atormentados, sus dados al sacrificio, su angustia, su conciencia del pecado, sus anticipaciones y sus esperanzas, era el mayor acontecimiento intelectual de la juventud.

La torpeza de las Veintiún Condiciones *sine qua non* para no caer en el anatema de los nuevos pontífices de la Internacional, aquel vano intento de separar las masas de sus maestros y guías inmediatos, a los que históricamente debían tanto, arrojando desde su Olimpo en la Scitia hiperbórea el rayo de su excomunión, sus condenaciones y dicerios, no era más que la misma torpeza, el mismo crimen, que no tardó en incubarse en su propio seno la necesidad de las terribles purgas intermitentes, que podrían compararse con el procedimiento curativo de nuestro famoso doctor Sangredo<sup>50</sup> del Gil Blas<sup>51</sup>.

Por lo que respecta a nuestra Casa del Pueblo, elementos como Eladio Artamendi, veterano socialista de Asturias que se encontraba entre nosotros desde agosto de 1917 en razón de su ascendencia eibarresa de cuando los nuestros emigraban a Trubia y a Oviedo huyendo de las francesadas y los carlistas, apasionado, intransigente, con una devoción fanática por la Santa Rusia, sin más envidia en su vida que la de los bienaventurados que habían nacido en aquel dichoso país del socialismo, no pudieron, sin embargo, llegado el momento de la decisión, entrar por el servil sometimiento que suponían aquellas condiciones y renunciar a sus viejos maestros, aunque les negaran los sacramentos desde aquel cielo de sus ilusiones<sup>xii</sup>. Apenas dos o tres inéditos, que entonces empezaban su historia, se sumaron a la Iglesia de Moscú<sup>52</sup>.

---

<sup>xii</sup>. Esa reacción es característica y lo han confirmado las concurrencias de treinta años. Los comunistas, fieles a aquella política deshumanizada, se han hecho indeseables a infinidad de gentes que aceptan y propugnan el comunismo como fórmula social, al mismo tiempo que muchos que lo detestan como sistema, son sus amigos y se entienden perfectamente para muchas políticas de turbiedad y revuelta.

---

<sup>50</sup> *La historia de Gil Blas de Santillana* es una novela picaresca francesa en varios tomos, escritos por Alain-René Le Sage entre 1715 y 1735. Sangredo es uno de los varios amos a los que sirve el protagonista, parodia de los médicos de la época. Es el médico más famoso y admirado de Valladolid, a pesar de que todos sus pacientes suelen acabar muertos gracias a su método médico, según el cual, “...para curar todo género de males no es menester más que sangrar y beber agua caliente”.

<sup>51</sup> La redacción de 1949 es algo diferente y hace hincapie en un episodio histórico, la ruptura Moscú-Belgrado, de gran actualidad en aquel momento: “*La torpeza de las Veintiún Condiciones sine qua non, que no era más que la torpeza en que perseveraron después, la misma que incubó en su propio seno la necesidad de las terribles purgas intermitentes que podrían compararse con el procedimiento curativo de nuestro clásico doctor Sangredo, y la misma también que ahora ha provocado el cisma de Yugoslavia, tan ortodoxa en todo menos en negarse a tener una personalidad que le viene de la Historia y la Geografía, y les hizo perder en aquella coyuntura la ocasión histórica, sin lograr más efecto que el debilitar el movimiento obrero internacional, a cambio de consagrar algunos fieles para su iglesia de Moscú*”.

<sup>52</sup> “...y no con excesivo entusiasmo” según el original de 1949.

Hemos dicho adrede la Iglesia de Moscú. De la misma forma que para la de Roma lo más importante no es el Evangelio sino la obediencia incondicional al Pontífice del Vaticano, para la de Moscú tampoco lo más importante es el socialismo sino el acatamiento incondicional al Papa rojo del Kremlin. Y la misma distancia que se advierte entre el Evangelio y las sumas teológicas, entre aquel librito matinal y los enormes infolios crepusculares de los doctores de la Iglesia, las dulces e ingenuas enseñanzas del Nazareno y las complicadas políticas del Vaticano, se da también entre el *Manifiesto Comunista* de hace un siglo, con su floración universal de rosadas esperanzas como en aquella primavera que conocimos en Eibar, y el stalinismo oficial, monolítico, gigantesco, con sus informes de cinco y seis horas, pragmático y brutalmente oportunista del Moscú de hoy.

### **Deshumanización de la política**

Aquello de las Veintiún Condiciones era parte de una concepción asiática de la política, que consiste en una entera deshumanización de ella. Y con esta política deshumanizada, tan distinta y tan distante de la que habíamos aprendido en nuestros clásicos, procedió Moscú a dividir al proletariado, atrayendo veinte años de fascismo sobre Europa. Veinte años que, por otra parte, han resultado sobrado espacio de tiempo para que se volatizaran en el entretanto, en el crisol de la experiencia rusa, todas las esencias humanistas y liberales de la gran tradición revolucionaria de las que cobró vida aquel acontecimiento, y para que no quedaran en el fondo más que los materiales de un totalitarismo intercambiable con cualquiera de los que han sido destruidos o subsisten todavía como un anacronismo. A saber: la omnipotencia del Estado.

La identificación del Estado omnipotente con un partido único de privilegiados políticos. La concentración de toda la autoridad y fuerza de ese partido único en una figura clave convertida en una especie de Dios. La sociedad, entidad desconocida. El hombre, invención cristiana y prejuicio occidental<sup>XIII</sup>. Los valores espirituales, metafísica burguesa. Método de gobierno, el terror. Técnica, la destrucción de la personalidad en los individuos, con lo que quedan invalidadas aquellas viejas potencias sociales que se llamaban la opinión pública, la conciencia universal<sup>XIV</sup> y el sentido de

<sup>XIII</sup>. Cuando el totalitarismo es occidental, este tópico de “*el hombre invención cristiana*”, se sustituye por aquello otro de “*el estúpido siglo XIX*”, de Leon Daudet, que, en boca de los totalitarios de España, es otra manera de actualizar y repetir aquello de “*el liberalismo es pecado*”.

<sup>XIV</sup>. La medida del desprecio a que han llegado, en Rusia por ejemplo, por aquellas viejas potencias de la opinión pública y la conciencia universal, lo da el hecho de que a Vyshinski, por méritos de haber materializado jurídicamente las ficciones en que se basaban los monstruosos procesos de Moscú urdidos para suprimir a todos los que pudieran hacer sombra a Stalin, le dieran la representación de la U.R.S.S. en las Naciones Unidas, para, en aquella tribuna, continuar su técnica de cínicas transposiciones, deformaciones y mentiras respecto a la guerra fría entre Oriente y Occidente, ante la congregación de todo el mundo.



la Historia. Soluciones, todas ellas catastróficas: como la destrucción física de las minorías, la eliminación sistemática de determinadas clases sociales declaradas no gratas—como los judíos en la Alemania de Hitler y los llamados *kulaks*<sup>53</sup> en Rusia—sometiéndolas a un régimen de aniquilamiento fisiológico, las transplantaciones en masa, los campos de concentración, el trabajo forzado, etc... Finalidad, una sola: el mantenerse los que mandan en el poder.

Todo lo que además se pone en juego en tales sistemas políticos, como el derivar al exterior las inevitables tensiones internas creando el mito de la amenaza internacional, el levantar cortinas de hierro para que nadie pueda escapar del paraíso que ellas limitan y la clandestinidad en que se mantiene a pueblos que cuentan por centenares los millones de habitantes, son exigencias de aquella finalidad fundamental.

Se arguye que esta no obedece a un egoísmo personal de los que mandan, sino que éstos se creen investidos de una misión transcendental, pero lo cierto es que esos hombres acaban por hacer todo lo que hacen para conservar el mando. Prueba de ello es cómo subsisten poniendo en práctica las políticas que condenaron en aquellos mismos que supliciaron, como es el caso de Stalin. Ciertamente, no sería poca la indulgencia que pudiera concedérseles, con todo lo condenables que seguirían siendo, si se pudiera admitir que son hombres que se creen en posesión de la verdad absoluta y en comisión de un designio de Dios o de la Historia; pero lo cierto es que no hay ninguno de ellos que tarde en convertirse en un monstruo de cinismo, disipada toda mística y espiritualidad, porque nada tan verdad como aquello de que el poder corrompe y el poder absoluto de una manera absoluta.

Y, ¿cómo fue que aquella política de Moscú atrajo veinte años de fascismo sobre Europa? Sencillamente, por la misma ley que en medicina rige la teoría de las vacunas. Alarmando al mundo con el espantajo del caos y suscitando con ello las defensas orgánicas que laten en el instinto de conservación de todas las sociedades, y poniendo en acción por consiguiente a todos los intereses inveterados y reaccionarios sobre los que obraba la amenaza, al mismo tiempo que debilitaba al agente posible de aquella revolución, dividiendo al proletariado y restando fuerzas al socialismo internacional y a las reservas democráticas del mundo.

Al atacar sistemáticamente y con un propósito disolvente al socialismo democrático de cada país, las masas que lograron arrancar a la influencia de aquella disciplina, en vez de acudir al campo comunista, como entraba en sus cálculos ingenieriles de la política, concebida esta como un sistema de fuerzas puramente mecánicas respecto a las cuales se puede especular como sobre el tablero de ajedrez, derivaron por oscuras motivaciones al molino fascista, dándoles el triunfo. Así ocurrió en Italia, así en Alemania y así en todas partes donde germinó aquella planta maldita.

---

<sup>53</sup> Campesinos ricos que habían conseguido prosperar durante los primeros años de la URSS y, por extensión, todos aquellos que se resistieron a la colectivización total de la tierra. Especialmente los originarios de Ucrania fueron objeto a principios de la década de los 30 de una purga sistemática, que bordeó el genocidio.

Y para cuando, en 1935, confesaron su error propugnando los frentes populares, todo el daño estaba hecho, y el remedio —si lo era, que es muy de dudar a causa de las reservas mentales con que una vez más procedían—, llegaba demasiado tarde.

### **Revalorización de lo reaccionario**

El fascismo vino a ser así una especie de inmunización del cuerpo social contra el virus del comunismo. Ya sé que se me argüirá aludiendo a la fuerza del comunismo en Italia al día siguiente de su liberación por los Aliados. Aparte de que las inmunizaciones no son eternas, las masas comunistas de Italia, como las masas comunistas de España cuando ocurra la desgracia de Franco que algún día tiene que ocurrir, son, en su mayor parte, los mismos gritadores del antiguo régimen. Los que llenaban la plaza de Venecia con sus aclamaciones cuando el Duce, los “jabalíes” de la etapa anterior cuando la ocupación de fábricas. La misma masa que gritaría y atronaría en la plaza Roja de Moscú si llevaran un día a Stalin para ser colgado de una de las almenas del Kremlin<sup>XV</sup>.

Sin necesidad de ser un anónimo de la masa, ¿no se advierte, por ejemplo, una trayectoria semejante en el sinvergüenza que por Radio España habla para los países de la América Latina por cuenta de Franco y que yo tengo el buen gusto de no oír? Como no oí durante la guerra al ordinario de Queipo de Llano, con no haberme asustado nunca el aprender de los contrarios. Pero una cosa es el contrario, y aun el enemigo, y otra los tráfugas y traidores que se esmeran en una comedia que a lo mejor representan como ensayo de otra que le vaya a suceder.

Los comunistas, en función de quintas columnas de Moscú, no son necesariamente una fuerza del comunismo como etapa de la Historia; quiero decir del socialismo en construcción. Me explicaré. En las democracias representativas, con su política de sabotaje y dificultación del recupero económico de sus respectivos países convalecientes de la guerra que no quisieron, no consiguen sino la revalorización de todo lo reaccionario —como los carlistas en España— en detrimento de las posibilidades de transformación social que representan otras fuerzas progresivas en aquellos países atacados.

Es decir, consideradas las cosas en perspectiva histórica, aparecen siendo, en lugar de un sumando, un sustrayendo a los efectos del socialismo en proceso de encarnar en realidades sociales cada vez más ciertas y generales, como derivativo a que obligan las dificultades internas con que tropieza el sistema capitalista, sin llegar a su descomposición catastrófica que tienen decretada en Moscú. Proceso que ha hecho que en

---

<sup>XV</sup>. Cromwell, *leader* de las fuerzas del Parlamento después de la ejecución de Carlos I, regresando en triunfo de sus campañas militares de Irlanda y Escocia, fue aclamado en Londres por la muchedumbre. Como se lo hiciera notar un adúlador, aquel le cortó diciendo: “La muchedumbre sería mayor y más ruidosa la bulla, si me llevaran al cadalso”.

cualquier país de los llamados aún capitalistas haya más socialismo que el que soñáramos los más ilusos en los tiempos heroicos del movimiento, y más aún que en la misma Rusia, considerado el socialismo como servicio del hombre.

Se me dirá que este es un punto de vista reformista, pero la cuestión del reformismo está ventilada, desde el momento que no queda opción. No queda opción, porque no puede admitirse como socialismo el subproducto de los procesos revolucionarios provocados por el Ejército Rojo en los países de tras la Cortina de Hierro. No lo es la mera estatización de los medios de producción y cambio, porque la economía, y menos una categoría de ella, no es todo el hombre, y el socialismo, fundamentalmente, se refiere al hombre.

Pero mucho menos es aquella estatización el socialismo si el Estado, con ello, en vez de desaparecer como instrumento político de dominación —cual lo preveían los clásicos de la doctrina en su representación del futuro—, y lejos de convertirse en un mero organismo administrativo de las cosas en una sociedad con autentico poder social, se vuelve una ingente máquina para oprimir a los hombres, en un aparato tenebroso de explotación de las masas laboriosas, en una fuente de terror para los más y en patente de privilegio y fuero para los menos.

De privilegio y fuero, sí, porque el Estado, en fin de cuentas, son los individuos que lo integran en función de autoridad y en disfrute de una posición que se levanta sobre el común.

### **Sobre la descomposición catastrófica del capitalismo**

Estos tópicos de propaganda, como el concepto de la descomposición catastrófica del sistema capitalista, que ha sido decretada de necesidad desde el Kremlin a sus adeptos de todo el mundo, cuando se convierten en dogma a fuerza de repetirlos o porque hayan teorizado sobre ellos los jefes en luminosos informes que acostumbra a durar cuatro y cinco horas, son verdaderamente fatales. Conducen, no a un callejón sin salida, sino a un callejón a cuyo término está el abismo.

Un error semejante llevó a Hitler a la catástrofe. Sabido es que el antisemitismo hitleriano empezó siendo un tópico de mitin, un recurso de la propaganda, un resorte para las agitaciones callejeras de que estaba encargado el futuro Führer. El concepto de la raza de que se servía era anticientífico; el índice de sus acusaciones y agravios, antihistórico; la pasión a que servía, una verdadera enfermedad social.

Pues bien, este engendro, a fuerza de usar de él, se convirtió en dogma del partido, como cuando el mentiroso acaba por convertirse a sus propias mentiras, y luego de la victoria política del movimiento vino a ser el eje de la monstruosa política interior del nazismo, con funestas repercusiones en la exterior que hubo de desarrollar, acabando por ser pieza importante de la mecánica de causas y efectos que llevaron al ré-

gimen a la locura de la guerra. Y una vez en guerra, sirvió para que Hitler la perdiera, pues para nadie es hoy un secreto que si las capacidades judías que trabajaron en Washington en los estudios de la desintegración del átomo las hubiesen guardado en Alemania para sí, ella hubiese tenido primero la bomba atómica.

De la misma suerte, ese tópico de la descomposición catastrófica del sistema capitalista, convertido en dogma a causa de lo mucho que han especulado sobre ello los profetas de Moscú, comprometiendo su crédito de tales en esa aventurada baraja, puede ser igualmente fatal al mundo, por la desviación que determina hacia el sabotaje en una masa de tan inmensas proporciones como son Rusia y sus creyentes.

Teóricamente, la previsión del término del sistema capitalista a causa de sus contradicciones internas no es menos de necesidad que la pareja deducción marxista de la creciente miseria del asalariado, por efecto de lo que, en terminología de la escuela, se dice la ley del creciente grado de la explotación capitalista, a medida que mejoran los procedimientos técnicos y aumenta el capital fijo en relación al variable en el proceso de la producción.

Pero en economía, por mucho que se trate de cosas materiales, entra también el factor hombre y, concedido aun que ese hombre sea el *homo oeconomicus*, la verdad es que sus procesos no pueden reducirse a pura mecánica racional.

La prueba de que Marx lo entendía así está en el hecho de haber sido él, más que nadie, el apóstol de la acción meliorista de los trabajadores mediante su organización en uniones que ha invalidado con sus conquistas —para mayor gloria del pensador— aquellas deducciones teóricas racionales que podían ser presentadas como fatalidades históricas en el terreno de la especulación. Y la clase de los asalariados, en general, lejos de caminar a la desesperación por efecto de una miseria creciente, ha ido mejorando de situación, de día en día, al punto de superar en muchos países todavía bajo el signo del capitalismo a los obreros de Rusia que se consideran fuera del alcance de aquella ley del sistema capitalista.

Por otra parte, nada tan absurdo como el creer que las contradicciones del sistema capitalista suponen su descomposición necesaria. La economía liberal que le informa consiste en mecanismos automáticos de recuperación tan seguros como el mejor, aceptables si no fuera por el gravísimo inconveniente de los sufrimientos que suponen.

Y por la misma razón práctica que en el otro caso de la supuesta miseria creciente del proletariado, en esta de las demás contradicciones internas del sistema capitalista, la labor de los socialistas, sin dejar de trabajar por el cambio del sistema, ha consistido durante más de medio siglo en atenuar los efectos de aquellas contradicciones (sobrepducción, caída de precios, paro, tensiones internacionales, etc.), ayudando en todos los casos la acción y el efecto de los mecanismos preventivos y reguladores, por lo que pudieran valer como soluciones adventicias, en tanto no puedan ser suprimidas

en su raíz y causa mediante la aplicación integral de su fórmula específica: la producción y distribución sociales.

Y como en el caso de la creciente miseria del proletariado, previsión teórica que se ha logrado invalidar, también en este otro se ha conseguido que en tales crisis los sufrimientos de la clase trabajadora sean ahorrados en una gran medida, pudiendo afirmarse hoy, por ejemplo, que el obrero activo de otros tiempos no sufre la comparación con el parado de hoy, cuyo accidente ampara el Estado benéfico y lo diluye en la sociedad mediante el impuesto.

### **El horror a fracasar como profetas**

Pues bien; hémos aquí ahora ante el caso inaudito de que una de las grandes potencias militares que ha venido a ser Rusia subordine su política exterior al prestigio doctrinal de esa profecía de la descomposición catastrófica del sistema capitalista, y actúe como si no buscara más que salvar aquel prestigio teórico, procurando la revolución mundial por el caos. Y como el cumplimiento de la profecía se hace esperar demasiado por vía natural, y es de temer que no se realice por ahora de la manera catastrófica en que predijeron los profetas del Kremlin, hélos ahí dictando a sus quintas columnas de todo el mundo la consigna de que impidan por todos los medios el restablecimiento de sus respectivos países de su delicada convalecencia de la guerra.

He ahí por qué los agentes de aquella potencia saboteadora, en obediencia a tales consignas, están promoviendo olas de huelgas, desórdenes, agitaciones y sabotajes. Y, llegado el caso, después de prohibírselo a sus satélites, manda a sus secciones de la *Cominform* para que se opongan al Plan de Ayuda Marshall<sup>54</sup>, temerosa de que los pueblos se restablezcan y vuelvan a su salud y enteridad, sin haber dado lugar a la anunciada catástrofe.

He ahí también por qué, mediante sus profesionales de la agitación y el desorden, se entiende y pacta con los resentidos de todas las dependencias territoriales de la vieja Europa en África y en Asia, sin importarles en el fondo la suerte de aquellas poblaciones sino como carne de cañón, por el solo interés de crear dificultades y problemas a las metrópolis, sin parar mientes en el deterioro del clima favorable que las justas aspiraciones de aquellas dependencias encuentran en las democracias europeas para propiciar su libertad.

He ahí, en resumen, por qué hace todo lo posible para que el malestar y las ruinas consiguientes a la guerra en que le cabe tan directa y tremenda responsabilidad no se remedien, sino para que, al contrario, se agudicen y se enconen en la esperanza de que obren como explosivo social y contribuyan a la anhelada catástrofe.

---

<sup>54</sup> “...la obra mejor entendida de solidaridad internacional...” según el original de 1949.

Y es por lo mismo que los soviets se niegan a colaborar honradamente y en términos de sinceridad en el plano internacional y proceden con tantas reservas mentales en la ONU, neutralizando sus posibilidades de progreso y organización supranacional, como inevitable etapa que ha de alcanzar el mundo<sup>55</sup>.

## La Dictadura de Primo de Rivera

En aquellos turbios días de la postguerra, presididos por tantas preocupaciones y problemas, desatadas las pasiones y extendida la práctica del pistolero incluso a los escisionistas de nuestro partido, ocurrió la Dictadura de Primo de Rivera.

Aunque los autores del golpe de estado nada se propusieron más allá de una maniobra política para hacer desaparecer el expediente de responsabilidades por el desastre de Annual<sup>56</sup>, no pudieron sustraerse a querer tomar prestada de la actualidad del fascismo italiano ciertas apariencias de revolución política, de las que, sin embargo, no se había de seguir otro resultado que el suicidio de algún pobre secretario de ayuntamiento de pueblo.

Santiago Alba<sup>57</sup>, ministro de Estado del gobierno dimitido, del que los complotadores querían hacer la víctima propiciatoria, estando de jornada en San Sebastián fue avisado a tiempo por alguno de los mejor enterados de la conspiración para que se pusiera al abrigo de la frontera, como así lo hizo sin novedad. Por lo demás, el “cadáver” del Marqués de Alhucemas<sup>58</sup> que presidía el Gobierno cuando el golpe de estado y sobre el cual habría de pasar con su espadón y las espuelas de montar el generalote sublevado, según aseguró solemnemente a la nación el representante del

---

<sup>55</sup> En 1949 termina diciendo “...y por qué sigue cultivando la guerra fría que un día cualquiera puede convertirse en guerra caliente”.

<sup>56</sup> Se conoce como desastre de Annual a una serie de combates sostenidos el 22 de julio de 1922 por las tropas españolas de Melilla contra los rebeldes rifeños liderados por Abd-el-Krim. Con unos 10.000 soldados españoles muertos (y varios miles más de indígenas leales) fue la mas humillante derrota militar de la historia española y la peor sufrida por un ejército occidental a manos de un enemigo indígena carente de armamento moderno. Causado por una monumental colusión de incompetencia, corrupción y temeridad, sus repercusiones políticas fueron el golpe de gracia a la Restauración. Después de Annual la única manera de mantenerse en el trono para Alfonso XIII fue recurrir al Ejército, también totalmente desacreditado. Annual es la causa primera de la Dictadura de Primo de Ribera.

<sup>57</sup> Santiago Alba Bonifaz (1872-1949) fue un abogado, periodista y político español. Adscribible a la izquierda dinástica durante la Restauración, ocuparía diversos ministerios con Canalejas y Romanones.

<sup>58</sup> Alfonso XIII había creado el título de Marqués de Alhucemas en 1911 para recompensar los servicios de Manuel García Prieto (1859-1938) en la negociación del tratado que dio a España un Protectorado sobre una parte de Marruecos. Miembro del Partido Liberal desde muy joven, García Prieto fue escalando puestos en la estructura clientelar de la Restauración de la mano de su suegro, Eugenio Montero Ríos. Lideró una de las escisiones del Partido Liberal y ocuparía la Presidencia del Gobierno en varias ocasiones. Presidía el gobierno cuando Primo de Rivera dio su golpe, sin que su acción destacara ni por su eficacia, ni por su vehemencia.

poder civil, siguió gozando indefinidamente de la más perfecta salud, habiéndose hecho a un lado con la debida oportunidad.

El fascismo italiano se presentaba entonces al mundo con la pretensión de una nueva experiencia política original, inédita, que sería válida para todo el continente europeo, como lo declaraba aquella profecía con que se ufanó en cierta ocasión el Duce, repitiendo *urbi et orbi* que, dentro de diez años, Europa será fascista o fascitizada. Profecía en la que se complacían nuestros carlistas y otros reaccionarios por el estilo, y lo digo por habérselo oído repetir a uno de los más conspicuos de la comunión.

Y claro está, fue obligado un viajecito a Roma para que Mussolini diera el espaldarazo al Jaque de Jerez<sup>59</sup>, mientras el Borbón, que había arrumbado al rincón de los trastos viejos la Constitución que jurara y que había costado la sangre de dos generaciones de españoles, saludaba al pequeño Saboya que, por su parte, había sancionado la farsa de aquella marcha sobre Roma, entregando el poder a los fascistas.

Pero fuera de aquella cortesía de neófitos, no fue mucho el espíritu que infundiera el valentón de feria que gesticulaba en el antiguo foro de los césares al señorito andaluz encargado aquí del papel de cirujano de hierro, que se conformaba con reservar el pesebre político a los generales y demás hambrientos de la milicia, y a seguir, por lo demás, con los acostumbrados emplastos al objeto de ir tirando...

### **Balance de la experiencia fascista<sup>60</sup>**

Jamás un ensayo político pudo llevarse a efecto en condiciones de laboratorio tan enteramente controladas por los interesados en él como fue el caso del fascismo italiano para que sus resultados –buenos o malos– no puedan sino admitirse como consecuencia necesaria o resultado inevitable del sistema ensayado.

Veinticinco años de sometimiento del pueblo, sin una huelga, sin un motín, sin otros atentados que los de los fascistas, a los cuales pagamos el tributo de un joven eibarrés muerto a tiros en Brescia al triunfar el movimiento<sup>XVI</sup>. Sin trabas constitucionales, sin el embarazo del parlamento libre, sin el incomodo de una prensa de oposición; en una palabra: con las manos completamente libres para todo lo que se

---

<sup>XVI</sup>. Rufino Aranzabal, conocido por *Erregue-chikisha*, era de tendencias sindicalistas, discípulo de *Jesu-Vittor*, que murió anarquista integral. Rufino Aranzabal se había establecido en aquella ciudad armera del norte de Italia, terminada la guerra europea, por las relaciones que había adquirido en ella.

---

<sup>59</sup> Uno de los apodos aplicados a Primo de Rivera, ya que era de esa ciudad andaluza.

<sup>60</sup> Este epígrafe se añadió en 1956, por desdoblamiento del anterior, del que el balance histórico del fascismo acometido en él formaba la mayor parte.

propusiera hacer el dictador. De esta forma, su balance, necesariamente tiene que ser el de sus propios méritos o el de sus propias negaciones y vicios de naturaleza, sin que haya vuelta de hoja contra esta legitimidad.

Y aunque nos urge volver a España, un tanto desconcertada con el golpe de estado, no es cosa de dejar por un poco inconcluso el argumento en que estábamos. El balance, al cabo de un cuarto de siglo de fascismo, lo tenemos hoy a la vista. Frente a un activo de obras y realizaciones materiales que corresponden poco más o menos a las que en igual periodo de tiempo han tenido lugar en cualquier país, sin necesidad de ningún secuestro de la ley, por efecto de un clima general histórico, en el que obra la necesidad biológica de los capitales en busca de su incremento, tenemos el siguiente pasivo:

En la base, es decir en el comienzo de la aventura, un periodo de crímenes y atropellos, sin otra contrapartida que el memorial de agravios de cada cual, de que se cobrará a la hora fatal de la liquidación de cuentas con otro tanto de venganzas, que a su vez dejarán latentes otros enconos para más adelante, para que así sea más difícil la normalización de las cosas.

En el cuerpo de la experiencia, veinticinco años de racionamiento y privaciones, de trabajo extra, de “contribuciones voluntarias”, de esclavitud e indignidad, para acumular unos armamentos que no podían conducir sino a la guerra y que, llegada esta, como tenía que llegar por aquel camino, a la hora de hacer uso de ellos resultaron anticuados, según las razones con que se han querido explicar sus reiteradas derrotas.

Crímenes internacionales como el de Etiopía, para “coleccionar desiertos”, en cuyas cálidas arenas habían de blanquear los huesos de los pobres italianos sacrificados a la voluntad de imperio del Duce. Aventuras como la de España, para corridas como la de Guadalajara, que hicieron volver al Duce, con el rabo entre las piernas, del teatro que se había preparado sobre el acorazado *Pola* en aguas de la Cirenaica, pensando asombrar al mundo anunciando su victoria sobre Madrid y extendiendo su poderoso brazo protector sobre el mundo árabe. Triunfos diplomáticos como el del Eje Roma-Berlin y el Pacto de Acero, que les convirtió en brillantes segundones de un loco que los había de arrastrar al abismo al hacer crisis su locura.

Y al cabo de la triste experiencia, el desenlace inevitable a tanto desafío y desplantes con que hizo comedia aquel histrión en otros tiempos socialista, el resultado fatal de tanta fanfarronería y tanto proclamar la dicha de vivir la vida de peligro: la guerra.

La guerra para tener que andarse luego con regateos cobardes como el de la no-beligerancia, a manera de una tortilla sin huevos; para hazañas como la de “la puñalada por la espalda” a su hermana latina, Francia, aprovechando que estaba tendida en tierra. Para derrotas como la de Libia, donde toda la inmensidad del desierto no bastó a sus espantadas, humillaciones como la que le impuso la pequeña Grecia, premios como el de acabar atrayendo el fuego de los combates sobre su propio territorio,



donde los alemanes hicieron su guerra, supliendo a la incapacidad militar de los sustituidos, sin importarles las ruinas que iban acumulando desde Sicilia hasta los Alpes. Para ejemplos como la vergonzosa huida del Duce acompañado de su coima y arrastrando consigo el botín logrado en su carrera, del que formaban parte los anillos de oro de que se despojaron las esposas italianas para ayudar a la patria en peligro...

Y luego de toda esa sangre y lodo, para volver a padecer el mismo radicalismo social de cuando la ocupación de fábricas<sup>61</sup>.

### **Contrición indispensable<sup>62</sup>**

Acaso algún amigo juzgue un tanto apasionada esta última nota y crea que en ella se transparenta el republicano español agraviado, siendo yo, aunque el último, uno de los miles de compatriotas que, en la hora más triste de nuestra desgracia de la guerra, hubimos de tragar aquel fanfarrón anuncio de Mussolini a sus huestes convocadas en la plaza Venezia, diciendo: “*En este momento el enemigo muere el polvo de la derrota*”. El enemigo éramos nosotros, los republicanos españoles que no habíamos tenido nada que ver con él, y la derrota era que por fin dejábamos abiertas las puertas de Madrid en interés de ahorrar un último sacrificio, confiados en que pudiera haber alguna caballerosidad en el enemigo que fue testigo de veintinueve meses de heroica resistencia.

Quizás tenga razón el amigo, pero yo digo que quisiera ser italiano para poner un acento más airado todavía sobre el pecado de aquel pueblo y su locura de veinticinco años de alardes y provocaciones, entre los cuales figuraba aquel polvo que decía nos hizo morder en beneficio de unos traidores.

Ya sé que en política, como en física, la reacción es igual y contraria a la acción, y el hecho de una dictadura y la fuerza que ha de hacer para mantenerse denotan y dan la medida de la tensión contraria subyacente y, por lo tanto, no se puede culpar a los italianos como pueblo de los pecados del régimen. Pero los pueblos, como tales, tienen sus responsabilidades en el bien y el mal que hacen, y es obligado para su rehabilitación que confiesen sus culpas y se muestren contritos, aunque sea por boca de los que no hubieron hecho nada malo. Y si en lugar de arrepentimiento lo que se produce son torpes justificaciones que se quieren hacer valer para aquietar a la propia conciencia o al ofendido, aunque no resulte castigo por no estar nadie libre de culpa, tampoco hay remisión, lo que históricamente es mucho peor que cualquier penitencia que sinceramente hubiérase tenido que hacer.

Por eso, a mí, que nunca he dejado de creer en una Alemania eterna, me duele siempre que los alemanes, que ahora se interesan tanto en sustraerse a la culpa de las atrocidades del nazismo, no tengan un Muro de las Lamentaciones donde lloren el

<sup>61</sup> Este último párrafo fue añadido en 1956.

<sup>62</sup> Este epígrafe fue añadido en 1956.

pecado y la vergüenza de la nación, aunque ese pecado y esa vergüenza los hayan inferido una minoría monstruosamente deformada en mente y corazón, que nada tiene que ver con aquella Alemania eterna. Y nada aterra tanto en la condición humana como el pensar que si hubiera triunfado Hitler, esas mismas monstruosidades, de las que no hay ejemplo en la Historia, hubiesen sido exhibidas como títulos de su genio político, cuan hacen hoy los rusos con los que están allí en candelero, al respecto de crímenes parecidos.

Algunas veces creo en la superioridad moral del pueblo español, con todo y sus debilidades y extravíos, pensando en la que fue la generación del 98. ¿Qué significa la generación del 98? Siempre que no la limitemos a la docena de escritores que alumbraron a la fama alrededor de aquella fecha, significa un pueblo en trance de arrepentimiento por un crimen. El de haber resistido a la justicia al precio de una guerra, desgraciada como tenía que ser. Crimen que deploró y del que se confesó públicamente e hizo penitencia, pagando sin regateos a la humillación que le trajo.

¿Hay algún otro pueblo que hiciera igual con ser tantos los crímenes en la Historia? Tampoco la República, que conoció el sonrojo de las horas turbias en que sus incontrolados vertieron sangre inocente, ha disimulado nunca el horror de aquellos excesos. Y los republicanos no hemos demandado ni admitido jamás la amnistía; lo que seguimos pidiendo es que un tribunal superior a todos juzgue lo acontecido en una y otra zona, y hagan penitencia todos los que necesiten hacerla para ser perdonados y entrar en la gracia del olvido.

## **Dictadura al dictado**

Pero, como decíamos, nos urge volver a España, bajo la bota de un general, y, a poder ser, a nuestro pueblo, donde, como en todos los demás, tuvimos un Delegado Gubernativo, para que no dejáramos de tener presente en los actos administrativos más insignificantes que estábamos en Dictadura, que mandaban los generales. Militar él también —el Delegado—, porque el Gobierno central con todos sus momios y los de provincias con sus flecos no bastaban a dar el hartazgo que se prometían a toda la gente hambrienta del gremio asaltante y había que inventar acomodos y sinecuras hasta en los pueblos.

Indudablemente, así como la democracia es un sistema político que tiene sus inconvenientes, la dictadura es un régimen que no carece de ventajas. Y como el país, en 1923, estaba harto fatigado de aquel pistolerismo estúpido que se había generalizado a todas las clases y del imperio de los especuladores, más florecientes entonces que nunca, problemas que exigían un cirujano de hierro como el que demandaba Joaquín Costa desde su retiro de Graus, donde murió desesperado de no hacerse oír; la gente, cuando se enteró del golpe, le concedió de momento un crédito de confianza, esperando que obrara eficazmente sobre las partes llagadas del cuerpo social.

Entre esa gente no se contaban los socialistas, pero tampoco éstos se creyeron en el caso de oponerse con la revolución. Un manifiesto y un anuncio de huelga que no pudo llevarse a efecto bastaron para tranquilizar su conciencia en aquel ambiente, en el que se hacía necesario esperar y confiar en algo providencial dado el grado en el que parecía fracasar toda justicia ordinaria.

Pero no tardó en verse claro que aquella novedad, tan gesticulante al principio, no era más que una “dictadura al dictado”, frase acuñada por Unamuno y que le atrajo la persecución, que le honró mucho más que los halagos de que le hicieron objeto otrora, con peligro de hacerle rodar al suelo. Dictadura que no pretendía sino escamotear a un régimen de crítica y publicidad el asunto de las responsabilidades personales que le cabían a Alfonso XIII en el desastre de Annual, que costó la vida a 20.000 soldados españoles que quedaron insepultos en los arenales de África.

Indalecio Prieto conoce mejor que nadie la intimidad de este episodio nacional y es de esperar que algún día lo contará con la copia de anécdotas sustanciosas que él sabe referir con tanta gracia y talento. Y todo lo demás que en este trozo dramático de la Historia de España, que va desde aquel trágico episodio de la guerra de Marruecos hasta nuestros días, él ha vivido tan intensamente, siendo muchas veces actor de los principales en el centro mismo de los acontecimientos, y siempre testigo de excepción.

Algunas veces los amigos le hemos señalado esta conveniencia, y más que conveniencia este deber para con la Historia. Y sé que en cierta ocasión, hablando de este particular, confesaba haber sido tentado con halagüeñas proposiciones por importantes casas editoriales, incluso de los Estados Unidos, pero que se reservaba este recurso literario para cuando hubiera de rehacer *El Liberal*, de Bilbao, único patrimonio —hoy aventado, máquinas y edificio, por haber entrado a saco en él los falangistas para repartíselo— que podía dejar a sus hijos.

### **Buenas impresiones**

Lo que se llamó, parodiando otra frase histórica, los siete años ominosos de la Dictadura, se me representan en la pantalla del recuerdo como un desierto poblado todo él del áspero abrojo de las crisis recurrentes que padecía la industria armera eibarresa, las cuales se sucedían cada seis meses para agravar la herencia de la anterior flojera, con sus parados, los talleres a media jornada cuando no cerrados, los apuros económicos de todo el mundo y las comisiones que se despachaban a Madrid, cada vez con un arbitrio diferente a título de posible solución.

Unas veces estas comisiones gestionaban la supresión de las medidas de rigor y policía que regían para el comercio de las armas, las cuales se habían acentuado con motivo de la agravación del pistolero como problema de orden público; supresión imposible como era fácil de ver, aunque se argumentara, y fuera verdad, que en la

práctica las trabas objeto de la queja solo rezaban para las gentes honradas, pero que no representaba ninguna solución verdadera, ni aun en el caso de poder volver a ser libre el negocio de las armas, puesto que el mercado interior no representaba apenas la décima parte del comercio normal de la armería.

Otras veces, lo que se gestionaba eran propuestas de fabricación de material de guerra para el Estado; viejo cuento electoral del tiempo de los “goitarras” y los “betarras”, que se resucitaba en todas las ocasiones críticas para alimentar la esperanza, entre que se formulaban, se tramitaban y se resolvía sobre ellas. Las comisiones, de alguna de las cuales formé parte, lo pasaban bastante bien en Madrid; mas no obstante sus actividades y todos los buenos oficios que se procuraban de muchas gentes adictas, no lograban comunicar a Eibar sino “buenas impresiones”.

Y había en aquel nuestro pueblo una de esas santas patronas que albergaba en su casa a media docena o más de desgraciados que sin ella hubieran muerto en el arroyo, y en la que, a pesar de la estrechez del sórdido albergue, nunca faltaba acomodo para uno más a quien derrotara traidora suerte, por lo que propios y extraños la llamaban “la Casa de Goma”. Cuando el trabajo abundaba, todo allá iba bien, como en el mejor de los mundos posibles de Leibniz, pues no faltaba entendimiento; pero cuando asomaban aquellas crisis periódicas, entonces eran los apuros de la república, por lo demás admirable. La patrona –santa mujer, vuelvo a decir– hacía milagros que ni sospecha la ciencia económica que anda en libros<sup>63</sup>, y todo solía caminar, aún en lo peor, con la ayuda de Dios y los pocos dineros que reunían entre todos los huéspedes, parados unos, otros a medio parar y todos en dificultades de cobrar, habiéndose vuelto endémico este mal respecto a la mayoría de los patronos.

Un sábado, el honorable senado de aquella república estaba en sesión para ver lo que traía cada cual. Llegaba uno y ponía tres duros en el halda de la patrona que presidía el acto, otros dos, otro acaso nada más que uno y así sucesivamente, cada uno según la fortuna de la semana. Hasta que llegó el último y le preguntaron todos, no sin cierta ansiedad:

–Y tú, querido *Ashula* –*Ashula* porque, en efecto, el pobre era un homúnculo–, ¿qué es lo que traes este sábado de hoy?

Y el interpelado, abriendo el bolsillo de las esperanzas, dijo:

–Pues yo, amigos, os traigo... “buenas impresiones”.

Eran las “buenas impresiones” que solíamos comunicar las comisiones desde Madrid, de cuya gestión estaban pendientes tantos desgraciados que esperaban el milagro; buenas impresiones que parece que no eran nada pero servían a entretener la angustia de aquellos penosos baches, a los que un día ponía remedio algún cable, llegado, no de Madrid, sino de América, con la orden de revalidar los pedidos suspendidos seis meses antes.

---

<sup>63</sup> “...igual que otras mujeres de obreros en la suya respectiva...” según añade en 1949.

## Los pedidos de América

¡Los pedidos! Mágica palabra que electrizaba los corazones en todo Eibar, porque, aunque fueran un secreto comercial de cada cual, no había manera de que su presencia o su ausencia no trascendiera al pueblo.

Se especulaba sobre la materia como se especula sobre el buen o el mal tiempo en la aldea o entre los pescadores de la costa, especulaban patronos y obreros, los hombres y las mujeres, los casados y las casaderas; en el taller, en casa, en los corrillos, en el café... Aquellos pliegos verdes de los cables, que hacían más de la mitad de nuestra correspondencia con el exterior y traían la alegría o la desolación en el misterio de su lacónica prosa en clave, los descubrían mil ojos inquisidores antes de llegar al destinatario en manos del ordenanza o el repartidor y empezaban las conjeturas. Y de conjetura en conjetura se llegaba a intuir la verdad, que no tardaba en ser confirmada por la cara larga o la euforia que no sabría disimular el destinatario.

Así, una vez que las cosas estaban bastante mal, y tanto los grupos obreros en la Casa del Pueblo como los industriales en las tertulias de la Patronal<sup>64</sup>, instalada en la antigua casa de Kontaderukua donde nació el pintor Ignacio Zuloaga, rumiaban el mismo tema de la crisis de trabajo, un día y otro también, apareció por allí uno de los contertulios, conocido por *Norbertochoa*, con una euforia que se le translucía a distancia. Pero como nadie le pidiera una explicación, sabiendo que influía en él la luna, traicionándole el demonio de la vanidad y sobreponiéndose al diablo de la obligada discreción comercial, acabó por decir a sus colegas de la Patronal, mirándoles por encima:

—¡Tanto que se habla aquí de pedidos sin tenerlos! ¡Aquí estoy yo que acabo de recibir unos muy importantes y estoy callado!

También los obreros de Alfa, cuando nuestros talleres funcionaban en lo alto de Vista-Alegre, por frente y mirando de igual a igual al campanario de la iglesia, en ocasión que andaban desesperados, afectados de lleno por una de aquellas crisis recurrentes que hacían intermitente el trabajo y problemática la “quincena”, cada vez que sonaba la campana de los agonizantes para anunciar al piadoso vecindario que un alma iba a comparecer ante Dios, y cuando luego doblaban a muerto, más o menos historiadamente según el arancel con que los curas habían de subirle a Urki, solían exclamar sin poder reprimir su irritación:

—¡Los curas! ¡Esos sí que tienen pedidos todos los días!

Pero luego, cuando mejoró meteorológica y económicamente el tiempo, habiendo pasado el invierno y los suspirados pedidos de América habían traído el anhelado remedio, viendo los curas la cantidad de cajas que bajábamos hacia la estación, consignadas al otro mundo... descubierto por Colón, teniendo que hacerlo por anderos<sup>65</sup> por lo áspero de la bajada de Vista Alegre a Bidebarrieta, me consta que don Antonio,

<sup>64</sup> “...por otro nombre el Fomento...” según el original de 1949.

<sup>65</sup> De la palabra que, en euskera, designa al que portaba el feretro. Los había también de ese oficio.

el cura Arrate<sup>xvii</sup> —llamado así por ser hijo de uno de los caseríos de aquel valle—, solía comentar en el pórtico con sus colegas de la sotana, entre irónico y malicioso:

—¡Los socialistas! ¡Esos sí que se traen ahora una buena temporada de entierros!

### **El paro endémico en la armería<sup>66</sup>**

El problema de los parados que, con intermitencias semejantes a las de una fiebre recurrente, duró todo el periodo comprendido entre las dos guerras, fue uno de los grandes tormentos de aquella época de mi vida. En un pueblo en que las gentes vivían en una especie de colmena, sin secretos ni disimulos entre sí, como si las paredes fuesen de cristal, porque todas las puertas estaban abiertas y la práctica más común era la de la buena vecindad, al punto que apenas tenían jurisdicción del zaguán para adentro las pasiones políticas, una angustia como aquella no podía limitarse, y no se limitaba, a aquellos a quienes la mala suerte castigaba en sus personas. Transcendía a todos y no había ninguno, por buena estrella que le alumbrara a él, que no pagara su tributo a esta preocupación general que pesaba como una losa de plomo en todos los ánimos.

Habiendo hecho yo voto de atenerme a la *aurea mediocritas*<sup>67</sup> del Ayuntamiento que me permitía alternar con mis clásicos a condición de no dejarme ir a necesidades que no fueran las imprescindibles a una vida modesta, nunca me faltó el sueldo base del que subsistía, excepción hecha de las veces que hube de hurtarle a la casa para la

---

<sup>xvii</sup>. Me informan, con motivo de esta nota y otra anterior en que se alude a este don Antonio, que este sacerdote figura entre las víctimas del asalto a las cárceles en Bilbao, a continuación de uno de los bárbaros bombardeos aéreos de que fue objeto aquella capital y que el General Queipo de Llano, entre chistes y bromas tabernarias, solía anunciar a título de conminación a los pueblos de la resistencia.

Siempre ocurre en estas reacciones demenciales que pagan justos por pecadores, pero creo que nunca se habrá dicho esto con más razón que en el caso de nuestro pobre vecino con sotana. Pero, ¿cómo fue que el desgraciado se hallaba en la cárcel? Debió ser, por lo que me cuentan, que apareció su nombre en el registro de afiliados del Círculo Carlista; partido cuyas convivencias con la conspiración de los militares traidores se hicieron evidentes por lo que fue sucediendo desde el momento de la sublevación en Navarra, determinando la preventiva detención de aquellos elementos, que para mayor garantía de sus personas fueron depositados en la cárcel de Larrínaga, en Bilbao.

Por lo que respecta a las tres o cuatro semanas en que yo permanecí en Eibar al comienzo de la rebelión militar, puedo asegurar que los socialistas no recibimos ni cursamos ninguna orden de detención, entre otras cosas, porque suponíamos que la traición sería aplastada en breve en las capitales por la fuerza del derecho.

---

<sup>66</sup> Este epígrafe fue añadido íntegro en 1956.

<sup>67</sup> Del latín, “el dorado término medio”. Hace referencia a una frase de Horacio, aunque está relacionada con el principio griego del hedonismo epicúreo. Esto es, mantener la justa medida y saber conformarse con lo que se tiene como fórmula para la felicidad.

quincena de algún desesperado de Alfa. Pero esto no evitaba el que, por las razones generales que he dicho, me angustiara como el que más por los que no tenían jornal. A estas razones generales se añadía, en cuanto a mí, la responsabilidad que yo había contraído con aquella aventura de la Cooperativa Alfa, que era parte de aquel problema con un contingente de varios cientos de familias. Y a todo esto se agregaba aún algo especial: el genio apurado que tengo para estas cosas, aunque para otras he solido ser el último en apurarme.

Recuerdo una preocupación que me apenó profundamente antes de estar en edad de ir a la escuela. Estábamos, a lo que colijo, en los preliminares del monopolio fiscal de cerillas y, como el Chirio-kale artesanal en que yo me criaba era un verdadero parlamento que recogía todas las protestas del ambiente, oía decir a los mayores que aquello equivaldría a que los pobres no pudieran encender el fuego. Esto de que los pobres no tendrían lumbre, que es lo que me imaginaba oyendo aquellas cosas, me acongojaba de tal manera, pensando en los inviernos tan largos y fríos de aquel clima, que no exagero con decir que mi angustia de aquella hora no era distinta ni menos intensa que la que me atormentó luego en los penosos años de la primera postguerra con motivo de los parados.

### **La intentada trustificación de la armería**

En una de aquellas ocasiones en que las repetidas crisis de la armería volvían sobre el tapete el problema de nuestra industria tradicional, nosotros sostuvimos, contra los cortos de vista y los ciegos que no querían ver, que era inútil y absurdo andar solicitando de los gobiernos la derogación de las leyes de policía sobre el comercio de armas, por mucho que ellas perjudicasen nuestro mercado nacional, dadas las circunstancias sociales a las que obedecían tales disposiciones. Si el Estado, por razones de interés público, había sacrificado otros legítimos de carácter particular como pretendían los industriales armeros, lo que procedía razonar era una compensación. Y, aunque a algunos pueda parecer paradoja, era la buena doctrina socialista<sup>xviii</sup>.

---

<sup>xviii</sup>. Cuando las cuestiones teóricas eran objeto de discusiones académicas en los buenos tiempos del Centro Obrero, un punto muy debatido solía ser el de la expropiación, con indemnización o sin indemnización. Los más radicales consentían en que podrían ser con indemnización, porque con la supresión del derecho a heredar y el impuesto podía acelerarse el proceso igualitario sin riesgo de provocar la guerra civil.

Hubo de ocurrir la que militares, clérigos y señoritos declararon a la República a pretexto de su carácter socializante, para que llegáramos a ver aplicar luego de su triunfo la expropiación sin indemnización como política oficial y jurisprudente, si bien limitada en su aplicación a los republicanos que habían cometido el delito de defender una legalidad investida de todos los sacramentos de la legitimidad, frente a los que la atacaban con la fuerza y el apoyo del extranjero.

“*Después de mí, el diluvio*” es el refrán de los gananciosos pero, con todo, ¿habrán calculado el peligro del precedente que han establecido para cuando las cosas estén de vuelta?

Esta compensación podía consistir en una ayuda económica del Estado para transformar la industria perjudicada. Para administrar esa ayuda, si el Estado la acordaba, que no podría ser nominal por lo diluido el perjuicio, y para el mejor aprovechamiento de las posibilidades que aún le quedaban a la industria armera en los mercados exteriores, que no eran de poca entidad, se proponía la creación de una empresa común, capaz de realizar aquella transformación manufacturera y beneficiar el comercio exterior de las armas con mayor ventaja para todos.

La idea tuvo excelente acogida en las esferas oficiales y se llevaron a efecto arduos trabajos de estudio y organización e infinitas negociaciones. Pero lo más arduo y difícil de todo esto estaba en el distrito armero, con los mismos llamados a beneficiarse. No en Madrid, donde el ambiente gubernamental era propicio a esta clase de iniciativas, porque si una dictadura no se luce en este aspecto de las realizaciones audaces en economía, estando fuera del alcance de las furias del interés privado, que decía Marx, no puede lucirse en nada.

Las dificultades, al fin insuperables, radicaron en el espíritu de incompreensión, en la falta de generosidad y en el estrecho individualismo anárquico de los mismos industriales que habían de salir ganando, muchos de los cuales preferían vegetar en la angustia económica de su estrechez a una solución salvadora, pero que exigía organización y disciplina y un poco de inteligencia y otro poco de corazón.

Y después de no pocos esfuerzos de unos cuantos entusiastas, entre los que cabe citar a don Félix Zalbide, de Bilbao, y luego de haber adelantado bastante en los arduos trabajos de entendimiento y puesta en marcha, vencieron por fin los espíritus negativos, alentados por las turbias maniobras de algunos intermediarios destinados a desaparecer de prosperar la reforma. Y como a la ocasión la pintan calva y no se supo aprovechar la que nos deparaban las circunstancias de aquel meteoro político, todo siguió luego como antes, con la agravación consiguiente al tiempo perdido y al desengaño que entibió a los fúridos, enfrió a los tibios y mató a los fríos.

La razón de nuestra iniciativa e intervención en este asunto no consistía solamente en que la Cooperativa Alfa podía mostrarse parte en él como una de las más importantes manufacturas de la armería, sino también en el interés que en la cuestión podía mostrar la Casa del Pueblo, siempre celosa defensora del patrimonio común de las industrias tradicionales, y de las capacidades profesionales que se valorizaban en derredor a ellas.

### **La fabricación de máquinas de coser**

Nosotros, en la Cooperativa Alfa, teniendo presente el ejemplo del ciclista que solía usar el doctor Madinabeitia, el cual debe mirar adelante sin perder de vista las cosas inmediatas, estábamos atentos a lo inmediato de la armería y, mirando más adelante, pensábamos cambiar nuestras actividades a la fabricación de máquinas de coser.



Un producto técnicamente similar o asimilable a nuestra habitual producción en cuanto al posible aprovechamiento de nuestros equipos mecánicos y las especializaciones profesionales del personal, pero que representaba un abismo entre el turbio prestigio de las armas, que nos producía tantos sinsabores con el terrible compromiso que representaba su tenencia en las circunstancias políticas y sociales que iban sucediendo, y la cosa amable y de buen lucimiento que son las máquinas de coser.

Atentos también al refrán que dice “fate de la Virgen y no corras”, con trabajar con el mayor entusiasmo en la trustificación de la armería, a los fines de la transformación y el mejor aprovechamiento que dijimos, y también para ahorrarnos aquellos sinsabores, no aguardamos a que cristalizara o fracasase aquella solución para echar a andar hacia nuestros propios objetivos.

Y como a quien madruga Dios le ayuda, antes de que nadie se diera cuenta, nuestro excelente colaborador Benito Galarraga, hijo de Ignacio, uno de los discípulos más calificados de Julián Echeverría, que había estado trabajando en privado privadísimo por nuestra cuenta, nos entregó los cuadernos técnicos de fabricación de la máquina de coser que nos proponíamos poner por obra.

Y no tardamos en obtener en Madrid el privilegio de introducción de la nueva industria y, antes de cumplirse el plazo legal, pudimos certificar cumplidamente la puesta en práctica y la producción regular de máquinas en la nueva planta que acabábamos de construir en el paseo de San Andrés, que otros llamaban de Pablo Iglesias. Y de esta suerte se cobró la Cooperativa la ventaja inicial decisiva de aquel privilegio legal, de forma que antes de su vencimiento a los cinco años, la empresa fuera económicamente tan fuerte como para considerarse a salvo de competencias desleales, al generalizarse, como era de suponer, la nueva industria. Y conforme a lo previsto, así sucedió en una medida más que satisfactoria, asegurando el porvenir progresivo de la empresa.

### **Enrique de Francisco**

Por aquel tiempo, terminadas sus tareas en Tolosa, cabeza de la industria papelera, Enrique de Francisco se trasladó con su familia a Eibar. Tolosa, la antigua capital foral de la Hermanad de Guipúzcoa, no estaba tan lejos para que, teniendo él familiares en Eibar por parte de su esposa y tantos buenos amigos, no fuera frecuentemente nuestro huésped, aparte las muchas veces que le requeríamos para mítines, conferencias, celebraciones y demás circunstancias. Ya dije que Amuátegui le apreciaba mucho y le quería de verdad, que es lo mismo que decir el buen ambiente que tenía entre nosotros, pues en estas cosas no veíamos sino por los ojos de aquel veterano, que sabía conocer a los hombres.

La labor de Enrique de Francisco en Tolosa tampoco era para que un distanciamiento espacial tan relativo, como el que representaba su traslado a Eibar, pusiera en

ella una solución de continuidad. De modo que si nosotros no le ganamos en absoluto para nuestro equipo con haberle considerado desde hacía mucho tiempo como parte efectiva de él, tampoco le perdieron del todo los compañeros de Tolosa, a quienes siguió sirviendo subsidiariamente como antes nos había servido a nosotros.

La Cooperativa Alfa, teniendo en cuenta sus condiciones personales y don de gentes que le caracteriza, le confirió la misión de organizar las agencias de distribución de la máquina de coser que estaba a punto de ser lanzada al mercado después de lograda su producción en serie, y ejerció la gerencia comercial hasta que la República, teniendo que echar mano de todas las capacidades disponibles que pudieran valerle, le requirió para presidir el Consejo de las Minas de Almadén, propiedad del Estado, función en que precedió a otras no menos importantes al servicio de la República, para luego ser diputado a Cortes en las Constituyentes. Pero ya, para cuando hubo de darse a estas faenas mayores, había organizado la mayor parte de las representaciones de la máquina en el país.

## Dictablanda

La Dictadura, o Dictablanda como se le llamó después porque, aunque hubiera algunos perseguidos que se dedicaban a editar unas *Hojas Libres*<sup>68</sup> en París, en realidad no practicaba el terror<sup>XIX</sup>, no impidió el funcionamiento de la Casa del Pueblo, cuyo

---

<sup>XIX</sup>. Los sucesos de Vera del Bidasoa fueron una tragedia policíaca de la camarilla del funesto Martínez Anido, acostumbrado a esas prácticas en Barcelona, que condujo a unos cuantos alucinados, entre los que no faltaba el eibarrés inevitable, a entrar en son de guerra por los Pirineos, para que les diera caza la Guardia Civil al acecho. A pesar de los cuatro o cinco ahorcados en la cárcel de Pamplona a consecuencia de esta maniobra, el caso no denotaba un sistema de terror, sino el epílogo de una turbia política que la policía de Anido había practicado en la Ciudad Condal y que Primo de Rivera cuidó de que no siguiera adelante<sup>69</sup>.

---

<sup>68</sup> Publicación crítica con la Dictadura de Primo de Rivera y la Monarquía de Alfonso XIII editada en Francia entre 1927 y 1929 por Eduardo Ortega y Gasset (hermano mayor del filósofo). La revista, que se introducía clandestinamente en España, contó con la activa colaboración de Unamuno.

<sup>69</sup> Severiano Martínez Anido (1862-1938) fue un militar español. Ganó reputación de implacable por sus métodos para reprimir el pistolero en la Barcelona de los años 20. Este currículum le valió los más altos puestos con Primo de Ribera, del que era considerado en la época mano derecha. Los Sucesos de Vera de Bidasoa tuvieron lugar la noche del 6 al 7 de noviembre de 1924. Un grupo de 42 exiliados, armados, cruzaron la frontera con la intención de iniciar un levantamiento que, se les había dicho, era inminente. Al llegar a Vera cerrada la noche, una pareja de la Guardia Civil, confundiéndolos con contrabandistas, les dio el alto. Siguió un tiroteo en el que murieron ambos agentes. Dada la alarma general, y sin rastro del prometido levantamiento, el grupo inició la retirada. Perseguidos a gran escala, la mitad de ellos resultaron muertos, heridos o capturados. Cuatro serían juzgados y tres condenados a muerte.

La Dictadura, a través de su prensa afín, quiso señalar como cerebros del asunto a Blasco Ibañez, Unamuno y otros intelectuales exiliados que gozaban en ese momento de gran popularidad internacional.

café seguía poblado de animadas tertulias en las que ni siquiera había necesidad de poner sordina para hablar lo que se quisiese.

Allí seguía “el Senado”, con sus veteranos supervivientes de los tiempos heroicos; allí “el Congreso” con sus jóvenes inquietos, propensos a la herejía; allí los de la Confederación con sus radicalismos y excesos verbales, y allí, en su sitio respectivo, todos los demás de las filas o la simpatía, según sus afinidades y gustos, bullendo como siempre y entregados a animados debates.

El interés que no dejaron de tomar las organizaciones obreras en los Comités Paritarios decretados por la Dictadura<sup>70</sup>, les sirvió para seguir reuniéndose, claro está que con las limitaciones e incomodos que regían para el ejercicio de este derecho, y sirviéoles hasta para poder celebrar algunos actos públicos, específicamente sindicales, sin perjuicio de que los oradores se deslizaran luego a otros temas vedados.

Pero, destituidos los ayuntamientos de elección popular y sustituidos por otros de designación gubernativa, la política local –sabroso plato cotidiano en otras circunstancias– carecía de incidentes que merecieran la atención del vecindario. Y como la nacional también estaba reducida a las notas oficiales de reproducción obligatoria en toda la prensa, que no tenían otro aliciente que la chispita de sal que no faltaba en el estilo literario del Marqués de Estella<sup>71</sup>, la gente se recluía en los temas abstractos.

Los somatenistas de la Unión Patriótica, ilustres vejestorios las más de las veces, salían al campo a lucir su carabina de Ambrosio, la gente los evitaba discretamente para no comprometerse con alguna risa inevitable, y todo seguía en paz. En esa paz que en realidad no es paz sino el vacío. El vacío de la libertad, que es peor que la guerra misma, por cuanto no hay preso que no iría voluntario a la guerra por dejar las cuatro paredes de la cárcel y respirar el aire libre, aunque sea en el peligro y afrontando la muerte.

---

En 1949 añadía a esta nota: “*En cuanto a los desterrados, Unamuno, que lo fue a la isla de Fuerteventura, confesaba en privado que su mayor tormento consistía en tener que convivir con Rodrigo Soriano, que se había desacreditado con su impúdica venta de España Nueva a los alemanes, cuando la guerra europea y estaba también confinado en la misma isla.*

*Unamuno fue rescatado en una goleta por elementos de la Liga de los Derechos del Hombre, de Francia, que lo llevaron a Cherburgo”.*

<sup>70</sup> Los Comités Paritarios fueron una idea copiada de la Italia fascista. Eran organismos oficiales compuestos por representantes de patronos y obreros, bajo la teórica moderación de un representante del gobierno, encargados de resolver conflictos laborales de forma consensuada. Los socialistas de la UGT se prestaron a participar en ellos –la otra representación obrera corría a cargo de los sindicatos organizados por la patronal– para adelantar una política reformista (viviendas obreras, mejoras asistenciales, etc...), siendo muy criticados por comunistas y anarquistas, duramente perseguidos por el régimen.

<sup>71</sup> Otro nombre para el general Primo de Rivera en referencia al título de nobleza que ostentaba la familia. En 1923 Alfonso XIII añadió al título que su padre diera al padre del dictador en 1877 en recompensa por sus méritos en la Tercera Guerra Carlista que le había valido el trono, la grandeza de España, para recompensar los méritos del hijo en apuntalar el suyo.

## Los dictatoristas<sup>72</sup>

Yo no he visto todavía partidario alguno de la dictadura que mentalmente no se situó en posición de mandar o, cuando menos, que no se considere haciendo cuerpo con los que mandan. Nadie quiere prestar un palo a quien hace de amo si ha de obedecer. Puede que tranquilidad venga efectivamente de tranca, mas para los que la blanden; no para los que, con motivo o sin él, han de aguantar los trancazos. Porque es indefectible esto último, dado el gusto que suelen cobrar los que llevan el palo.

Los partidarios de la fuerza suelen serlo en tanto se consideran los más fuertes o pueden ser los exclusivistas de ella. Por eso, don Ángel Ossorio y Gallardo<sup>73</sup>, cristiano de verdad y verdadero hombre de ley, orgullo de la toga española, oponiéndose cuando la República a los “jabalíes” que reclamaban “unas vacaciones de la legalidad”, decía que algún día habríamos de añorar los republicanos la “juricidad”, concepto por él inventado, del que no pocos impacientes hacían burla.

Si Mussolini no hubiera terminado siendo dictador hubiera sido siempre el protestante ruidoso que fue toda la vida anterior, lo mismo que Stalin, que no hubiese cesado de conspirar de no haberse instalado como amo y señor de todos en el Kremlin. Los que puestos hoy en alto, donde quiera que sea, exigen la sumisión incondicional de los demás y levantan horcas para los insumisos son los que, cuando estaban abajo en necesidad de obedecer, solían repetir contumaces, con el primer rebelde, *non serviam*<sup>74</sup> y no había quien los sujetase.

Mil veces comentaba yo por entonces en el seno de la confianza, viendo en el Ayuntamiento primorriverista la entereza de cierto concejal, fanático de la situación, que siempre estaba por las soluciones radicales, que si no hubiera sido por el millón de su padre habría profesado el sindicalismo catalán de acción directa; como un sindicalista que yo me sabía, de haberle tocado un millón en la lotería como al progenitor del otro, hubiera sido primorriverista tan cerrado como el aludido.

---

<sup>72</sup> Este epígrafe se añadió en 1949, por desdoblamiento del anterior.

<sup>73</sup> Ángel Ossorio y Gallardo (1873-1943) fue un jurista y político español. Católico y conservador, su evolución política lo llevaría desde el maurismo a la democracia cristiana. Era gobernador civil de Barcelona cuando estalló la Semana Trágica, prefiriendo dimitir a declarar el estado de guerra y permitir que el Ejército aplastara la insurrección popular. Se mostró crítico con la Dictadura de Primo, que llegó a encarcelarlo, y tras su caída —a pesar de considerarse monárquico— pidió la abdicación del rey.

Fue diputado con la República aunque criticara duramente su política religiosa. Acabaría formando parte del gabinete en el exilio de Giral, convertido en abanderado de una derecha republicana opuesta a todos los totalitarismos, tanto de izquierda como de derecha.

<sup>74</sup> En latín, “no serviré”. Frase tomada de la Vulgata, donde, según Jeremías, el pueblo judío la usa para proclamar su rebeldía ante Dios. A nivel más popular, como en este caso, se solía atribuir a Lucifer al renegar de la autoridad divina.

## Historia de una multa gubernativa

El único incidente local digno de mención en aquel vacío político de siete años es el que promovió mi ilustre cuñado, Cándido Arrizabalaga, concejal de elección popular, que no perdonaba su destitución a la Dictadura, habiéndose esmerado en la fiscalización de abastos, madrugando en la fuente de Urkuzua para graduar las leches que iban para el mercado, repesando el pan en el Concejo Viejo y, sobre todo, vigilando el precio del cordero en vivo –su debilidad– en el mercado de la villa, con evidente beneficio del comprador común, si no de los intermediarios.

Méritos edilicios a los que se añadía el haber logrado él, con sus buenos oficios en la Comisión de Hacienda, eximir las especies “pimientos y tomates en conserva” – otra debilidad suya– del odioso impuesto de consumos, argumentando ser aquellos ricos productos de la abundante Rioja de las riberas del Ebro el aditamento indispensable con que se aumentan, mejoran y se hacen más sabrosas las cosas sustantivas que entran de necesidad en el cocido tradicional de las familias eibarresas, las cuales, servidas en plato aparte, constituyen el momento más grato de la grata sentada de mediodía.

Este mi ilustre pariente era uno de los pocos vecinos que seguían vigilantes los actos administrativos de aquel Ayuntamiento de postizos, escandalizándose cada vez que observaba algún desliz. Mas, de todas las herejías que iba registrando, nada le pareció tan escandaloso –antiguo miembro que era de la Liga Antitaurina fundada a raíz de una de las visitas de Eugenio Noel a Eibar– como la subvención que una vez acordaron los munícipes para las corridas de San Juan.

Y allá se fue el Catón, con sus acres censuras, a *La Voz de Guipúzcoa*, sin acordarse de que en tiempos de dictadura nunca yerran los que mandan, sino que, al contrario, en tal sazón todo en ellos son aciertos y obligada ocasión de aplauso.

El Gobernador, o no sé si el Delegado Gubernativo, le impuso una multa de quinientas pesetas, de las sanas todavía, por aquella falta de memoria y a la intención de que otra vez la tuviera mejor. Mas el multado, como era de suponer conociendo su temperamento, no estaba dispuesto a pagarlas aunque le ahorcaran, prefiriendo desde luego purgar la pena en la cárcel de Vergara, en la antigua celda de Angiolillo, con la que ya tenía conocimiento a causa de otro incidente parecido con un tenientillo imberbe cuando la huelga de 1920.

Y como esto hubiera sido demasiado ruido en un pueblo donde todo resonaba como en una concha acústica y los que le conocían –¿y quién no conocía a *Apu-chiano?*– sabían que sus resoluciones eran irrevocables, arriaron velas los de arriba y le condonaron prudentemente la multa. Aunque en plena dictadura, no era cosa de *sostenella*. Con lo que la opinión, excitada al punto de abrir una suscripción pública que podría resultar un plebiscito so pretexto de pagarle la multa, se aquietó al dejar la superioridad con su censura a los censurados.

Yo, como empleado de la Secretaría, fui el encargado de ponerle el oficio de traslado de la resolución condonatoria y me encargué de llevarle la comunicación en propias manos. Pero por el conducto ordinario del ordenanza, antes le fue otro oficio contrahecho del que yo era responsable único, con encargo de entregárselo a la hora del café, cuando estuviese reunido todo el Senado; oficio en el que se le condonaba la multa consabida a condición de permanecer confinado durante la próxima gran semana de agosto, a pan y agua, en el Concejo Viejo, bajo la custodia de Joaquín, el alguacil.

Los que fuimos testigos de la entrega de la amañada comunicación le vimos palidecer de rabia a la lectura del contenido, bien lejos de sospechar él la artimaña, cosa que hubiera desmentido su paradisíaca ingenuidad. Y una vez en lo de “*Dios guarde a usted muchos años*”, se volvió a nosotros y, casi a punto de estallarle los vasos, exclamó:

—¡Cómo la tiranía sabe de nuestras debilidades! ¡Nada podía haber hallado mejor para mortificarme!

Mas, luego de un momento de reflexión, aliviándose como quien halló una salida para su aprieto, añadió:

—De todos modos, no está lejos del Concejo Viejo la casa de Badet, ni Joaquín tiene el corazón de hierro.

## Eugenio Noel

Este nombre debía haber tenido antes su lugar en estas notas, por ser también de los que sembraron en el alma abierta a todas las inquietudes de aquella generación eibarresa que pasó por el Centro Obrero y respiró en los entusiasmos por la República. Y aunque tarde o un tanto fuera del orden cronológico, vaya esta a título de reparación<sup>75</sup>.

Había emprendido Eugenio Noel una cruzada contra los toros, el torerismo y lo flamenco con que se suele confundir ordinariamente a España, sobre todo en el extranjero; cosas las tres que él consideraba una calamidad nacional. Sus campañas tuvieron por efecto en Eibar la fundación de una Liga Antitaurina, nutrida por elementos de todos los partidos de izquierda, que se creía en el deber de publicar un manifiesto cada vez que se celebraba una corrida de toros en la destartalada plaza de la subida de Tutulukua. Además, organizaba una romería para restar público al bárbaro

<sup>75</sup> Seudónimo de Eugenio Muñoz Díaz (1885-1936), escritor y ensayista español. De origen humilde, accedió a una educación formal mediante becas en diferentes seminarios. Abandonó pronto una vocación que no sentía para llevar una vida aventurera y bohemia. Voluntario para ir a pelear a Marruecos en 1909, compartió tertulia con Valle-Inclán. Aunque influido por Costa y el regeneracionismo, fue crítico amargo del 98 y los noventayochistas, y de algunas de las ideas de España que subyacían en aquella corriente, rechazo del que su encendida crítica a la tauromaquia y el flamenquismo fueron lo más visible.

espectáculo y protestaba de oficio ante el Ayuntamiento si este prestaba la Banda de Música o votaba alguna subvención para ayuda de gastos a la empresa taurina.

Y a pesar de que habíamos dado al arte de *Cúchares*, en los tiempos que voy diciendo, los *Iluminado* e *Iluminadito*, al *Plantillero*, a *Acha Achita* y *Armerito*, aparte *Pedrochu* que se decía de Eibar y llegó a matador<sup>76</sup>, fue la de las campañas de Noel, entre nosotros, una remoción de los espíritus como la que produjo Belén de Sárraga entre los republicanos cuando *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, proporcionándonos un pretexto más para nuestra propensión a las competencias y encuentros verbales, que en este caso eran entre los taurómacos, que naturalmente también los había y muy apasionados, y los encendidos por las prédicas ardientes del autor de *España, nervio a nervio*.

*El Chispero*<sup>77</sup>, en que el apóstol de aquella cruzada nacional vertía sus diatribas contra toreros y flamencos, tenía muchos lectores en Eibar, y valía la pena, porque recuerdo que era una revista de fina literatura a pesar del rudo combate que reñía en sus páginas, tratando de orientar al pueblo hacia un verdadero españolismo que, desde luego, no son los toros, ni el cante jondo, ni la Andalucía de pandereta que se exhibe por ahí. Era Noel, indudablemente, un valor positivo, pero algo debía haber en él que no funcionaba bien, para que con aquel talento literario y aquella su erudición no hiciera mayor figura en el retablo nacional.

Recuerdo su novela titulada *Las siete Cucas*. Prescindiendo del exceso de erudición y adornos superpuestos que convierten al libro en un retablo churrigueresco, la novela, según la impresión que conservo de ella, es de la categoría de las de Dostoievski. Un viaje a las profundidades psicológicas de la raza, donde reside el misterio dramático de su ternura y su crueldad al mismo tiempo; doble fondo desconcertante que la guerra civil ha puesto al descubierto con tantos hechos, sublimes unos y otros nefandos, dando motivo a todos de gloriarnos unas veces y de morir otras de vergüenza.

### **José Sánchez Rojas, traductor de Papini, y el Boticario**

La ocasión de otra sanción pecuniaria, a las que era tan aficionada la Dictadura, fue el paso meteórico por Eibar de José Sánchez Rojas, con su estudiantina de tunantes salmantinos, sus coplas de aguda intención y sus dedicatorias subversivas. El profesor de italiano en la Universidad de Salamanca, que emulara a Fray Luis de León

<sup>76</sup> Aquí se insertaba, en 1949, la siguiente nota: “No cito a Luis Mazzantini, que estuvo en la cúspide del arte y llegó a ser Gobernador de Madrid, porque la gloria de ser su cuna pertenece a nuestra vecina villa de Elgoibar”.

<sup>77</sup> Noel había comenzado su cruzada en una revista titulada *El Flamenco* que solo vio tres números. En mayo de 1914 le siguió *El Chispero*, también de corta vida. Editado en Madrid, hacía un uso innovador de elementos gráficos y un estilo directo, características que esbozan ya técnicas de la prensa de masas. La Biblioteca Digital Hispánica permite consultar online los 4 primeros números.

componiendo su tratado de *La perfecta novia* –libro con que obsequió a todas las muchachas de la Casa del Pueblo–, había hecho de su estudiantina una manifestación política contra la Dictadura, que paseó por media España, cobrando el mismo éxito en todas partes<sup>78</sup>.

Vino a Eibar consignado a José Ignacio Echeverría, *el Boticario*, quien después de haber tomado parte en todas las algaradas estudiantiles de su tiempo de universitario, y luego de afeitarse las barbas apostólicas<sup>79</sup> que había lucido en Madrid, se dedicaba a despachar emolientes y calomelano en su farmacia de nuestra flamante plaza de la Constitución, y a sentar cátedra de historias escabrosas en el Café de la Casa del Pueblo.

Nuestro *Apochiano*, que miraba bien con quién se asociaba para sus cuchipandas, alternaba mucho con él, porque *el Boticario*, como le llamábamos comúnmente, era hombre que a todo decía que sí, y a cualquier hora y en cualquier circunstancia se le encontraba dispuesto a sumarse a todo lo que fuera comer, beber y divertirse. Y decía mi cuñado que era un excelente compañero para todo, sin más inconveniente que el de que, sentados a la mesa, comía *casi* tanto como él.

Difícil me parece establecer la cuenta de las mentiras que mezclaba a sus verdades hablando de su pasado estudiantil, aunque seguro estoy de que muchas cosas que parecían mentiras eran verdades a su respecto. Pero de todas las muy grandes que pudo contarnos, y que eran de agradecerle entonces por la nota alegre que ponían sus exageraciones en nuestras sesiones durante el aburrimiento de la Dictablanda, y de todas las debilidades que pudo tener en su daño, propias de esta humanidad de carne y hueso que todos vestimos, se redimió con largueza con su muerte, siendo uno de los eibarreses que no fueron ahorrados por el enemigo, cuando en la guerra que vino después cayeron en manos de los fascistas en Santander.

¡Quiera el Dios de las misericordias que los que mancharon sus manos con aquella sangre no vengan a ser ocasión de que otros, a su vez, cobren el agravio haciéndose pagar el mismo precio, añadiendo un eslabón en la cadena de desgracias que se cierne sobre el futuro de España como en una tragedia griega!

---

<sup>78</sup> José Sánchez Rojas, seudónimo de José Jorge Sánchez Domingo (1885–1931), fue un abogado, escritor y periodista. Discípulo y amigo de Unamuno, ideológicamente se consideró republicano y socialista. Estas ideas, y su defensa de Unamuno en 1926, le valieron el destierro a Huesca. Bohemio recalcitrante, “el último cigarrón de los caminos” como lo llamó Ramón Gómez de la Serna, aunque su obra periodística fue ingente, sólo publicaría 5 libros en vida. Como Noel, fue una figura de la cultura de su tiempo, sobre todo por su personalidad y carácter, razón por la que la posteridad parece haber relegado a ambos a un relativo olvido.

<sup>79</sup> Barbas que, según el original de 1949: “...en Eibar no habíamos visto más que a Isidoro Acevedo, de *La Lucha de Clases*...”.



## La caída del Marqués de Estella

Y como todo ha de acabar en este mundo donde nada es eterno, le llegó a la estrella del Marqués de Estella el momento difícil de las dictaduras que señalaba Cambó en un libro dedicado a comentar este tema en relación al caso de España: el de su liquidación. “*El fin de estas dictaduras –dice el ambicioso político catalán– suele ir acompañado de la violencia que preside a su nacimiento*”.

El General Primo de Rivera, después de saludar desde el balcón de la Capitanía General de Cataluña aquella histórica mañana del 13 de septiembre de 1923 al sol naciente que le sonreía como a Napoleón en Austerlitz, no tuvo necesidad de pasar más que sobre el “cadáver” del Marqués de Alhucemas, que presidía el Gobierno constitucional y prometió dejarse matar en su puesto en aras de la dignidad del poder civil, para proclamarse dictador en Madrid, donde todo le había sido preparado a la perfección. Y como el señor García Prieto, el único “muerto” que hubo de haber en la jornada, siguió gozando de perfecta salud, tampoco para liquidarle a él, cuando los que realmente movían los hilos del guiñol creyeron que había venido a ser un estorbo, tuvieron necesidad de más que aplicarle la punta de su bota charolada donde es excusado decir. Así terminó, dando un traspie y besando la tierra, el dictador al dictado, la Dictablanda, el Jaque de Jerez que fuera presentado al de Saboya, cuando el viaje eufórico a Roma, diciendo: “*Este es mi Mussolini*”.

Pero los que pensaban en todo aquello representar una comedia y suponían haber salvado el obstáculo del títere en papel de dictador sin más gasto que el de un ejemplo más de su real ingratitud, no se dieron cuenta del abismo que habían abierto a sus pies con aquellos siete años de arbitrariedad, si bien no de terror. Pero la arbitrariedad, ofendiendo al sentido de la justicia que reside en todas las almas y que hace lo que se dice la conciencia social, es más disolvente incluso que el terror, porque el terror hace dudar a veces al más seguro de si no tendrá detrás alguna justificación trascendente cuando se produce tan así como un acto de Dios. La arbitrariedad, en cambio, subleva sin ninguna contrapartida.

Salido al destierro, no tardó el exdictador en morir en París, en la vecindad de otros españoles exiliados por su culpa, en el rincón adonde fue a ocultar su soledad y el abandono que al día siguiente de su desgracia rodea a los ídolos caídos, herido seguramente por el acero de aquella ingratitud borbónica de que era un ejemplo más, y que debía punzarle en la víscera más sensible de su pobre humanidad. Pobre humanidad, porque bien se vió al bajar el telón que el brillante Marqués, bajo su uniforme de Capitán General y todos sus entorchados y cruces, y con todo su garbo de señorito andaluz lleno de gracias, en fin de cuentas no resultaba ser más que eso: un pobre hombre como los demás, asequible a las lágrimas y a la tristeza que parecía ignorar cuando encabezaba el cortejo de los triunfadores.

Era un domingo de invierno, al anochecer, cuando corrió por Eibar la noticia de su fallecimiento. Los de “la procesión”, después de nuestra jornada peripatética de la tarde, estábamos sentados a la mesa en Tokieder. Torrijos, de San Sebastián, estaba con nosotros como otras muchas veces. Los sibaritas se aplicaban a su ración de angulas de Sasiola aderezadas en una cazoleta de barro. Los omnívoros, que éramos los más, habíamos dejado al arbitrio de la patrona la elección del menú, seguros de que nos había de dar por el gusto, conociendo el de cada cual.

Alguien hizo la reflexión obligada: *Sic transit gloria mundis*. Así pasa la gloria del mundo. La gloria y la humillación, porque tampoco hay mal que cien años dure. Y hasta aquella dicha horaciana de nuestros domingos de aquel Eibar singular, que merecían haber sido eternos, era fugitiva, porque también aquellos días estaban contados; destinados no pocos de los que participábamos de aquella dicha a ser dispersados a los cuatro vientos, cuando no muertos, para que los recordáramos con tristeza desde estos lejanos lugares de la tierra...

### **El metro de sangre**

A una Dictadura que sus enemigos hubieron de llamar por burla la Dictablanda; y a una revolución de palacio de trapo y virutas como fue la realizada para su liquidación, tampoco podía corresponder más que aquel 14 de abril del 31, alegre, perdonador y verbenero, de cohetes y percalinas, que tuvo, sin embargo, el mérito de alumbrar sin sangre y sin mancha alguna aquella República gentil que había de ser asesinada por Franco y aventada a sangre y fuego, con el concurso del extranjero.

Por eso el caso de Franco es distinto. Habiendo presidido al nacimiento de su dictadura *el metro de sangre* de que hablaron los anarquistas intelectuales a lo Ramiro de Maeztu, y habiendo sido necesario, luego del asesinato en masa de los trágicos comienzos de la guerra, el crimen diario y la venganza sistemática para afianzarse en el poder y hacer figura de hombre fuerte que tiene al pueblo en propiedad y metido en un puño ante sus favorecedores, su tragedia y la de sus cómplices y colaboradores es la de tener que aguantarse, y aguantarle, con todo el cuerpo social corrompido y la inmoralidad instalada en todos sus órganos, sabiéndose el obstáculo de la rehabilitación de España y la vergüenza de las naciones.

Tener que aguantarse y aguantarle, solidarizados en el delito que pesa sobre todos, con el espanto que pone el pensar en los horrores que podría desatar su caída.

Horrores, si Dios no lo remedia de otra manera por misericordia de todos, que guardarían proporción con los que presidieron su alumbramiento, según la ley histórica a que alude el libro de Cambó.

# La República



*Fachada principal del ayuntamiento*

Dibujo de Julen Zabaleta

## Las elecciones municipales

Habían sonado las cuatro de la tarde en el reloj de *Pichiño*<sup>1</sup>, que así llamaban los vecinos al del ayuntamiento, un domingo que era el 12 de abril de 1931, después de un día verdaderamente primaveral.

La Monarquía, tratando de volver a la normalidad constitucional suspendida durante siete años por secuestro, *manu militari*, de la ley fundamental, había convocado cautelosamente unas elecciones municipales que le sirvieran de tanteo, para proceder luego, a la vista de los resultados, a dar marcha atrás o adelante, con el propósito de reanudar la historia de España después de aquel paréntesis culpable con el aparato de ficciones a que estaba acostumbrado el régimen. Pero el sano instinto del pueblo aprovechó la ocasión y se valió de la circunstancia para dar a aquellas elecciones, otras veces de importancia política secundaria, el carácter de un plebiscito nacional. Y toda la masa se volcó a las urnas aquel día. Los más ancianos, aunque anduvieran al remo, no dejaron de acudir a los colegios electorales para depositar su papeleta, y los enfermos y los impedidos se hicieron llevar en andas. Incluso la masa sindicalista desatendió aquella vez a los doctrinarios de la abstención electoral, que no dejaron de repetir el cliché de todas las ocasiones aconsejando el boicot.

En aquella hora que dije comenzaban los escrutinios en las secciones y Claudio *Motricu*, autor de muchos dichos que andaban en proverbio, dirigiéndose a unos cuantos ciudadanos que estábamos en expectación de los resultados en uno de los bancos de la plaza, entonces llamada de Alfonso XIII, nos dijo:

—¿Sabéis lo que en este momento se ventila ahí dentro? —señalando la Casa Consistorial. Pues se ventila —añadió— nada menos ni más, sino el saber desde ahora si en la procesión de Viernes Santo siguiente ha de haber “más gente que nunca” para que aquella vez lo puedan repetir con entera verdad las beatas que todos los años dicen lo mismo, o si el próximo Primero de Mayo habremos de dejar el sitio los habituales a los nuevos que no cabrán en la Casa del Pueblo.

---

<sup>1</sup> Diminutivo infantil cariñoso que le quedó de por vida al alcalde a cuya gestión se debía el reloj de la Casa Consistorial<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> La misma nota en 1949: “*Diminutivo infantil cariñoso que le duró siendo mayor al Alcalde que puso el reloj en el Ayuntamiento, que así mismo era obra suya*”. Es decir, Iturriz.

Y así era, en verdad. El pronóstico de Claudio *Motricu* se cumplió en una medida mucho mayor de lo que pudo sospechar el ocurrente profeta. No porque el Primero de Mayo, que siguió a aquellas elecciones con el intervalo de unos días, la gente no cupiera en la Casa del Pueblo y sus inmediaciones de la plaza, que desde entonces se llamó de la República, sino porque el Viernes Santo siguiente al profético emplazamiento, habiendo coincidido con la fecha del 14 de abril, primer aniversario de la proclamación de la República, nadie fue a la procesión, sencillamente, porque ni la celebraron, estando presente en las calles el natural regocijo del día del nuevo régimen, que todavía estaba en su luna de miel a despecho de lo que maniobraban algunos extremistas de la izquierda para que hubiese sangre en su camino, con agrado de los de la derecha que ya estaban armando sus conjuras.

Unos tres meses antes de esta ocurrencia de las elecciones municipales, cuando la sublevación abortada en Jaca y la segunda huelga general revolucionaria, tras el fracaso inevitable de un movimiento intentado bajo unas lluvias torrenciales y en pleno diciembre, todo parecía perdido. Entre aquella inclemencia del tiempo, que acabó en grandes nevadas, y las patrullas de la Guardia Civil que discurrían en las inmediaciones de la Casa del Pueblo todo el tiempo que duró el estado de sitio, solo algunos valientes, que debíamos serlo por lo visto, acudíamos al café de dicho centro para mantener el fuego sagrado de la fe y dar testimonio a los tímidos de que no todo se había malogrado en aquel fracaso, debido a la impaciencia de los comprometidos de Jaca y a la contra del mal tiempo, que nunca fue peor.

Y, en efecto, los tibios efluvios de la primavera, allá por el mes de marzo, lo mismo que despertaban a la Naturaleza de su letargo invernal, fueron reanimando también los espíritus, y ya por Pascuas de Resurrección todo era de nuevo rosadas esperanzas, como si los cánticos celestiales de aquel luminoso día que una vez devolvieron a la vida al doctor Fausto redimiéndole de una noche de la desesperación, hubiesen obrado igual milagro en todas las almas que vivíamos en expectación de tiempos nuevos.

### **La noche del 12 de abril**

¡Qué noche aquella del domingo 12 de abril en que tuvieron lugar las elecciones! La profecía de *Motricu* empezaba a cumplirse sin esperar al Primero de Mayo. No cabía la gente en la Casa del Pueblo. Los habituales de ella salíamos a la plaza para dejar el sitio a los espontáneos que acudían en busca de noticias, que iban llegando a cada momento por el hilo del teléfono y se trasladaban a las lunas del café para conocimiento de los que estaban dentro, y a un pizarrón en obsequio a los que nos habíamos echado fuera para que cupieran los nuevos que no cesaban de llegar.

En Eibar el triunfo había sido completo para los partidarios de la República. Creo recordar que solo sacaron un puesto los monárquicos para un Concejo que había de

componerse de diecisiete ediles<sup>2</sup>. Lo mismo, poco más o menos, sucedió en San Sebastián, en Bilbao y en Madrid, donde las mayorías republicanas resultaron abrumadoras. Iban llegando los datos de las demás capitales y el triunfo republicano se agrandaba. A cada despacho que completaba los resultados pendientes la victoria se ensanchaba más y más, y antes de media noche el mundo sabía que España había votado por la República.

¿Cómo describir el entusiasmo que se apoderó de la gente en la Casa del Pueblo? Las familias, contagiadas por la emoción, acudían en tropel y los vecinos se abrazaban al encontrarse en la calle. En la Casa del Pueblo todo eran cánticos y vítores. Los acordes de *La Marsellesa* se confundían con los de *La Internacional*. Los viejos que habían vitoreado a Prim y conocido la primera República —que los había—, salidos de su retiro, derramaban lágrimas que debían ser como las del viejo Simeón tomando en sus brazos al que había nacido el Mesías y exclamando el *nunc dimitis*<sup>3</sup>.

Los que no éramos viejos todavía nos embriagábamos respirando el aire de aquellas horas inefables, que presentíamos iban a pertenecer a la Historia. Los jóvenes no se cansaban de retozar y armar bailes en la plaza, y el bullicio era mayor que en una noche de San Juan. Y, a pesar de aquellos siete años ominosos que entraban en la cuenta de agravios de la inmensa mayoría, a nadie se le ocurrió humillar a los vencidos, satisfecho cada cual con la alegría que le subía del corazón.

¿Cuándo terminó aquella verbena? No lo sé. Recuerdo que el día siguiente no se hizo nada de provecho en los talleres. ¿Cómo aplazar el comentario aun dentro de la disciplina que la regulación de la jornada había traído al régimen del trabajo? ¿Y cómo acabar de decirse todas las cosas que acudían al magín, una vez abierta la espita del comentario, con la emoción incontenible que había en todos y cada uno? Hubo de consentirse todo aquel día, llevándolo desde luego a pérdidas y ganancias.

No había, sin embargo, ninguna noticia precisa de las consecuencias inmediatas de la victoria republicana en las esferas del Gobierno, pero todo el mundo presentía y tenía la corazonada de que no tardarían en concretarse en acontecimientos políticos de importancia. Con todo, no ocurrió nada de particular aquel lunes, fuera de aquel gasto de emoción y entusiasmo que se exteriorizaba en todos. Como era inevitable,

<sup>2</sup> Los socialistas obtuvieron 10 concejales, incluido el nuevo alcalde, Alejandro Tellería, así como Juan de los Toyos, Martín Erquiaga, Cándido Arrizabalaga, José Lizarburu, Félix Arregui, Florentino Bueno, Marcelino Bascaran, Jacinto Galarraga y Miguel Gorrochategui. Otros 8 fueron para los republicanos, incluido el primer teniente de alcalde, Domingo Cortazar, más Eulogio Gárate, José María Ojanguren, Mateo Careaga, Gregorio Bustinduy, Florentino Carral, Jacinto Alberdi y Esteban Rementería. Los monarquicos no presentaron candidatura alguna, pero los conservadores del pueblo ejercieron el voto útil optando por el PNV, que obtuvo con la suma de estos y sus propios apoyos, un único concejal: Joaquín Elorza.

<sup>3</sup> Que en latín significa “ahora despides”. El Espíritu Santo había prometido a Simeón, sacerdote del Templo, que no moriría hasta no ver al Mesías. “*Ahora despides, Señor, a tu siervo, conforme a tu palabra, en paz*” es el primer verso del Cántico de Simeón que este entonó cuando José y María llevaron a su primogénito al Templo para consagrarlo.

los lugares de comer y beber, que siempre abundaron en nuestro pueblo, estuvieron concurrendos al atardecer, pagando al cuerpo su legítima parte en aquella satisfacción de los espíritus.

Estábamos así sentados a la mesa unos cuantos amigos en casa de Barrena<sup>4</sup>, bien servidos, pues no faltaba más en aquel día, y el comandante de la Guardia Civil vino a nosotros a informarse en particular sobre si era cierto que se iba a proceder a una manifestación durante la noche. Nosotros no teníamos ninguna noticia de ello, y creo que tampoco la tuvieron los demás. Y, en efecto, todo el mundo se fue directamente a descansar, acaso más temprano que de ordinario, para recuperar las horas robadas al sueño la noche de vigilia del día anterior. Y la paz, compañera del silencio de la noche en los pueblos laboriosos, tendió sus alas sobre el blando sueño de los eibarreses, que dormían con la tranquilidad de las almas que han cumplido con su deber.

### **La madrugada del 14 de abril**

En la madrugada del martes, 14 de abril, los camioneros del pescado fresco del Cantábrico salieron de San Sebastián para Madrid, Barcelona y Bilbao, como todos los días, devorando kilómetros y poniendo pánico a los vehículos que se cruzaban con ellos en las carreteras. Los que hacían ruta por Eibar llamaron en una casa que les cogía de paso y en la que vivían Juan de los Toyos, Enrique de Francisco y otros caracterizados republicanos, y dice que dijeron, según los que les oyeron decir, que avisaban de San Sebastián que la República sería proclamada aquella madrugada en toda España. Añadieron, según la misma referencia, que había orden de que se despacharan dos representantes para constituir la nueva Diputación republicana en la capital de la provincia.

¿Dijeron aquellos extraordinarios correos lo que les habían mandado decir no se sabe quién o lo inventaron *ex nihilo*?<sup>5</sup> Nadie se paró a pensarlo. ¿O bien les traicionó la expresión y dijeron, sin darse cuenta a lo mejor, en lugar de lo que debieran decir, algo distinto informado por su deseo? ¿O serían los mismos a quienes habían interrumpido el tranquilo sueño los que, engañados por sus entendederas, oyeron decir a los correos lo que hubieran deseado oír? No es fácil averiguar lo que pudo ser el caso en aquella exaltación de los espíritus.

Lo mismo pudo ser una cosa que otra. Acaso todo se redujo a un ardid del genio de la Historia, que a veces necesita de estos pequeños incidentes para determinar los grandes acontecimientos, porque no cabe duda de que aquella gota de agua de Eibar contribuyó a precipitar las cosas en Madrid, como cuando el leve temblor de unas pisadas desata el alud en la montaña.

---

<sup>4</sup> “...que llamaban también de Vergara...” según el original de 1949.

<sup>5</sup> Locución latina que significa “de la nada”.



El caso es que, sin parar a reflexionar un momento, por la fuerza de la propensión y el deseo, los avisados de aquella casa se dedicaron a avisar a otras y estas a otras, y así sucesivamente, al punto de que poco tiempo después todo el vecindario estaba en pie y en la calle. Y antes de las seis de la mañana habíase congregado el pueblo en la plaza que se iba a llamar de la República, y los concejales electos del domingo, por su parte, habiéndose presentado en la Casa Consistorial con la intención de hacer valer su investidura desde aquel instante, se constituyeron en sesión solemne, acordando por unanimidad proclamar la República. Acto seguido fue izada la bandera tricolor en el balcón central del ayuntamiento y Juan de los Toyos dio cuenta desde él al pueblo congregado de que, a partir de aquella hora, los españoles estábamos viendo en República.

E inmediatamente salieron para San Sebastián, la capital, como delegados representantes del pueblo de Eibar para constituir la nueva Diputación provincial republicana, tal como se nos había avisado o lo entendieron los que fueron avisados, dos elementos, uno de los cuales recuerdo que era Enrique de Francisco.

Y salió el sol por entre los montes del valle del Deva; un sol de oro para un claro día de alegre primavera que prometía ser el que venía, y todo en aquel instante nos parecía sonreír sobre la tierra. Y aquella sonrisa de la Naturaleza obraba en los espíritus como una invitación a los hombres para que fuesen mejores en adelante. Y el pueblo de Eibar tuvo la sensación de empezar a vivir una vida nueva, en un mundo que iba a ser mejor, sin acordarse siquiera de que hubiese enemigos. Y si se hubiera acordado, habría sido para perdonarlos, por la gracia que llenaba todas las almas en aquel mágico concierto de la Naturaleza y la Historia, que parecían confundirse ambas en un mismo amable paisaje, hecho de luz y contento de espíritu, en el aura matinal de un hermoso día de primavera abriéndose como una ventana a la visión de las cosas eternas<sup>6</sup>.

### **Las primeras horas de la República**

A las siete de la mañana solían cruzar en Eibar los primeros trenes salidos de Bilbao y San Sebastián, los dos extremos de la línea de Ferrocarriles Vascongados, y, contra lo que nadie iba a suponer, los cotidianos convoyes llegaron como de ordinario, denotando que nada anormal ocurría en las dos cabezas de línea ni en el trayecto, cuando todos nos figurábamos que igual que en Eibar había ocurrido en toda España. Esta decepción, naturalmente, arrojó un jarro de agua fría sobre la alegría de la gente que estuvo en la plaza a la proclamación de la República, pero, con todo, no bastó para apagar los entusiasmos y nadie acudió al trabajo.

---

<sup>6</sup> Jesús Gutiérrez Arosa, en su libro *Insurrección de Octubre del 34 y la II República en Eibar* (Eibarko Udala-Ego Ibarra, 2001) pp. 23-29, ofrece un relato menos nebuloso de los acontecimientos que llevaron a la proclamación. Interesante, también, para profundizar en los episodios que están por venir en el presente capítulo.

Lo primero que se nos ocurrió pensar al ver aquello tan imprevisto fue que, de todos modos, nada se había perdido, pues interesaba seguramente crear una situación de hecho en provincias para precipitar las cosas en Madrid, y no cabía dudar que, horas más o menos, tendríamos imitadores. Se concentraron nuestros esfuerzos entonces en comunicarnos por delegaciones con elementos de Bilbao y San Sebastián para que secundaran el movimiento al objeto de ampliar la situación de hecho que nos había tocado iniciar, temiendo, a pesar de nuestra interpretación optimista de las cosas, no fuéramos, por una cuestión de horas acaso, a aparecer comprometidos en la estacada.

Llegaron los periódicos a las ocho, y tampoco aparecían los titulares grandes que esperábamos anunciando las noticias sensacionales que aquella madrugada nos habían movido hacia el ayuntamiento, si bien, en fuerza de quererlo ver, parecía notarse un aire de inminencias graves en los despachos no muy concretos de Madrid.

No obstante la versión que habíamos hecho correr de la conveniencia de los hechos consumados en provincias y el optimismo que pretendíamos leer en la prensa, la gente que había dejado de acudir al trabajo estuvo temiendo durante toda la mañana, viendo que nada se movía en otros lados, la posibilidad de que por tercera vez en este laborioso proceso del cambio de régimen que arrancaba de 1917, después de haber sido dueños de la situación, tuviéramos que anunciar el fracaso y volver al trabajo, no humillados sino vencidos, porque a eso no nos resignábamos nunca.

Mas, en este caso, ¿qué ocurriría cuando la Guardia Civil fuera al ayuntamiento a arriar la bandera republicana y a entronizar nuevamente el retrato del rey que había sido retirado discretamente al desván?

En lo más crítico de esta angustia, cuando ya entrábamos por las horas de la tarde, se supo que también en Barcelona habían optado por los hechos, proclamando la República desde el mediodía en la histórica Plaza de San Jaime. Fortalecieron con esto los ánimos y, a medida que avanzaba la tarde, fueron teniéndose mejores noticias, hasta que, ya a las cinco o las seis, se supo con certidumbre lo que estaba ocurriendo en Madrid, desatándose entonces todos los entusiasmos a la manera de la noche del domingo anterior.

Al caer la tarde había sido proclamada la República en la capital de la nación, habiéndose hecho el anuncio desde el balcón del Ministerio de la Gobernación, en cuyo edificio se instaló como Gobierno provisional al comité revolucionario presidido por don Niceto Alcalá Zamora<sup>7</sup>, que había dejado la Cárcel Modelo, donde purgaba el

---

<sup>7</sup> Niceto Alcalá Zamora (1877-1949). De origen burgués, ocupó varios cargos de gobierno durante la Restauración, habiendo entrado en política con el Partido Liberal de Sagasta. No fue hasta la Dictadura de Primo que se volvió enemigo de la monarquía. Presente en el Pacto de San Sebastián en el que todas las fuerzas de oposición se unieron para traer la República, fue nombrado presidente del Comité Ejecutivo formado para dirigir las acciones conducentes a ese fin, con lo que es lógico que se le nombrara primer presidente del gobierno provisional.

fracaso de diciembre, cuando las lluvias y los truenos y las impacencias de los de Jaca. Con tanto, había nacido la Segunda República Española.

### **Verbena nacional**

Entonces empezó también en Eibar aquella verbena nacional que duró varios días, en que el pueblo español, olvidando antiguos y recientes agravios —toda una montaña de agravios de que pudo cobrarse en aquella hora— dio muestras de la más alta generosidad. Esta generosidad, que estuvo presente en todos lados sin que nadie lo ordenara expresamente, culminó en Madrid, donde el pueblo de republicanos y socialistas dio respetuosa guardia y protección a la familia del rey vencido, el cual viajaba sin ningún cortejo hacia Cartagena, camino del exilio.

Familia a la que, en vergonzoso contraste, había abandonado en su hora triste, en la soledad de aquel enorme Palacio de Oriente, teatro de sus vanas exhibiciones otrora y entonces vacío, aquella Grandeza de España de duques, condes y marqueses que, poco antes, lanzaba manifiestos insultantes calificando al pueblo de “chusma encanallada”. Chusma encanallada aquel pueblo de Madrid y de toda España que se mostraba capaz de dar una lección de nobleza auténtica a todos aquellos figurones de levita, tan pequeños en la ocasión, probándose que la verdadera nobleza no reside en vanos títulos, mal llevados las más de las veces, pero que, aun bien llevados, tampoco por sí dicen nada a falta de méritos propios.

¿Fue aquella una candidez de las que se pagan caro en política? Hay quienes en la amargura del destierro atribuyen su desgracia a no haber arrancado entonces de raíz algunos males inveterados mediante una valiente intervención quirúrgica, aunque hubiese costado sangre, en lugar de entretenerse en nobles actitudes y gestos elegantes que luego nadie tendría en cuenta.

Acaso tengan razón. ¡Quién lo sabe! Mas tampoco la sangre parece que sirve de mejor remedio, como lo demuestra el doble ejemplo de 1936, cuando, también sin que nadie lo ordenara expresamente, se dieron los mismos hechos tremendos hasta en los últimos rincones de las dos Españas en que quedó escindido el país con la traición de los generales.

Porque si la que se derramó en nuestra zona no salvó a la República, tampoco la que los otros prodigaron a ríos en la suya les ha valido mucho, no habiendo ayudado a resolver ningún problema ni servido para ninguna ganancia histórica.

Pues el botín cobrado por cínicos arribistas y los sinvergüenzas del estraperlo que han improvisado fortunas, desde luego, no cuenta, teniendo además ese botín una

---

Con estos antecedentes, tras la llegada de la República, Alcalá-Zamora fue nombrado primer Presidente de la misma, en un hábil intento de tranquilizar a la burguesía a la que pertenecía. Ocupó el cargo desde 1931 hasta el estallido de la Guerra Civil en que fue sustituido por un mucho más comprometido Manuel Azaña.

terrible contrapartida: el hambre y las privaciones de la inmensa mayoría de los españoles. Tampoco cuenta mucho la espuma sobre la que se ve levantada la Iglesia al precio de una complicidad culpable que ha de pesarle. Y menos cuentan los galones que hayan podido ganar los traidores para sus bocamangas, aunque los hayan traducido en materialidades de las que hacen ostentación insultante.

Y de todos modos, error o acierto, preferible es, a lo que yo creo, desde un punto de vista personal y también histórico, pagar aquella limpia ingenuidad con la derrota; una derrota que no mengua nuestro derecho, que algún día ha de valer, que no cobrar una engañosa victoria al precio de la traición y el crimen; victoria engañosa como la de nuestros enemigos, que había de servir a evidenciar su incapacidad, la pobreza de sus arbitrios, la universalidad de su corrupción y lo absoluto de su impotencia para el bien, para forjar una España asentada en la justicia.

Volviendo al 14 de abril. Por lo que respecta a nuestro pueblo, toda la crueldad que pudo desatar la victoria y el dominio de la situación por los tantas veces humillados se limitó a la de los que fueron ex-profeso a ver qué cara ponían los dos o tres guardias civiles tildados de fascistas cuando hubieron de prestar público homenaje a la bandera de la República, en solemne aunque sencillo acto celebrado frente al cuartel.

Y el galardón con que Eibar se consideró harto satisfecho de aquella jornada dramática de sobresalto y esperanzas en que nació la República, fue el pergamino que Indalecio Prieto y Miguel de Unamuno, ilustres embajadores del nuevo régimen, trajeron en propias manos, en nombre del Gobierno provisional, dando a la Muy Noble y Leal Villa de Eibar, el título de Ciudad Ejemplar.

### **La ilusión republicana del pueblo**

Yo no soy historiador de nada, sino un viajero ideal por el país de los recuerdos, que temiendo morir *in terra aliena* por cosas que le pueden ocurrir a cualquiera sin necesidad de cargar los años que ya pesan sobre uno, vuelve con el pensamiento a los lugares amados por las dichas y los dolores que le proporcionaron otro día.

Dichas y dolores como los que están en la vida de todos, que nacemos para reír y para llorar, si bien las risas presto se disipan, suceden las lágrimas, menos huideras pero que también pasan, y no tardamos en venir a este invierno de la vida en que, según frase de Luis XIV al Mariscal de Villars, “*no se tienen buenas noticias*”. Y como los desterrados del Salmo CXXXVII, que bajo los sauces de las riberas del Éufrates recordaban las cosas de su tierra, así alivio yo la distancia y la separación, convidando a los amigos al banquete de estas recordaciones, para gratas veladas como las que en otro tiempo nos proporcionábamos en Eizaga, en Olarreaga, donde *Buru* y en otros cien lugares de grata memoria, no contando anécdotas, sino viviéndolas.

No me corresponde, pues, hacer la historia de la República, con haber llegado en mi viaje ideal a este punto culminante. Solo diré la ilusión que hacía al pueblo el

nuevo régimen y cómo se engañaban los demagogos de uno y otro extremo tratando de destruir esa ilusión, como si fuese la de un juguete infantil e inservible, sin reparar cuánto había en ella de espíritu y de sentido de la Historia, de fe en un destino que no pudo truncar sino el crimen.

Los enemigos de la derecha cultivaban el desorden moviendo sus agentes provocadores entre los demagogos de la izquierda —algunos de los cuales gritan ahora con los fascistas—, y no se recataban de sumarse públicamente a todas las alharacas que los tales movían cada lunes y cada martes para crear dificultades al nuevo régimen. Ambos extremos coincidían hasta en el argumento capital que esgrimían con los obreros:

—¿Pan? Que te lo dé la República— decían los unos tratando de crear un paro artificial, sobre todo en el campo; al mismo tiempo que los otros le soplaban al oído esta cantinela:

—¿Qué ha salido ganando con la República lo que cuece vuestro puchero? ¿No es el mismo condumio de siempre, ahora acaso más difícil que nunca?

Los comunistas obedecían además a consignas exteriores que tendían al mismo fin de deteriorar la situación y trabajaban deliberadamente con los demás saboteadores para que, a fuerza de incidentes, se dieran entre la República, obligada a guardar el orden, y el proletariado unos cuantos charcos de sangre. Charcos de sangre para ser explotados por sus agitadores de oficio, con el propósito de llevar el agua de los entusiasmos populares alumbrados por el cambio de régimen al molino de su turbio negocio político, que nada tenía que ver con los problemas específicos de España.

Muchos de los mismos republicanos históricos, que en razón de su inveterado apellido político consideraban la República como una cosa exclusiva de ellos, molestos del cielo con que los socialistas participaban en la nueva situación, echábanse a la calle, sin cuidado ninguno de lo que decían ser tan suyo, haciendo coro con todos aquellos interesados en el desorden.

Pero el pueblo, cuando sobrevino la guerra, el verdadero pueblo, no los pícaros de los comités de incautación y los vagos de la retaguardia, el pueblo generoso del 14 de abril, que era la inmensa mayoría, bien demostró en tres años de sufrida y heroica resistencia contra moros, extranjeros y traidores, los sacrificios de que era capaz en defensa de aquella ilusionada República, que no era el capricho de ningún juguete, sino el terreno adecuado para las grandes posibilidades sociales que estaban en los espíritus.

### **Los socialistas y la República**

No dejaba de extrañar a los que no nos conocían de cerca, o profesaban otra moral, aquella generosidad política del Partido Socialista Obrero Español. Recuerdo que el director de la Oficina Comercial Soviética de París, que poco después de la implantación de la República tomó contacto con Indalecio Prieto, ministro de Hacienda,

para reanudar los suministros de petróleo ruso a la Campsa, me hablaba de aquella, para él inconcebible, disipación política del socialismo español que, empeñado a fondo en una empresa que no le correspondía específicamente, se dejaba gastar en el áspero roce del régimen con aquellas dificultades primeras de carácter social que se le planteaban en la calle, en lugar de esperar cautelosamente a que los republicanos burgueses hicieran por su cuenta todo aquel gasto para luego hacerse dueños de la situación, habiendo conservado intacto el aceite de sus lámparas con solo aguardar al margen el tiempo necesario.

Yo nunca he tenido mucho instinto político, pero habiendo abrazado la que seguimos, como todos los de nuestro ambiente, como una religión o, por lo menos, como una línea de conducta moral, nunca supuse que la política pudiera consistir en semejantes cálculos y regateos al margen de toda ética, y, defendiéndome como podía de aquel desnudo realismo que no dejaba de impresionar por su lógica positivista, recuerdo que le decía que un partido no es un fin, sino una herramienta, una cosa instrumental para trabajos que reclame la exigencia de la hora histórica, y que la preocupación fundamental del militante debe consistir en la realización de ese trabajo, sin cuidarse demasiado de que el instrumento pueda mellarse en la comisión de la obra.

A esta distancia de las cosas, me confirmé más en la creencia de que aquella despreocupación del partido socialista por todo cálculo proselitista que asombraba a mi interlocutor no era disparatada como debía parecerle a él, formado en otra moral. La generosidad en la vida, casi siempre representa una siembra que paga liberal cosecha, y sigo creyendo que se equivocan grandemente los que toman ejemplo de las excepciones en que se pierde el esfuerzo y el grano confiado a la tierra.

Por lo que respecta al punto concreto de esta generosidad política del partido socialista en aquel momento crítico de la República —y todos los momentos de la República fueron, desgraciadamente, críticos— no negaré que la herramienta pudo resultar mellada. En los grandes escándalos de prensa que los enemigos de la derecha y la izquierda movieron contra el Gobierno republicano del que formaba parte un equipo de ministros socialistas, con una violencia verbal jamás conocida, no se hacían distinciones si no era para cargar sobre éstos precisamente la mayor parte y lo peor de aquella montaña de calumnias y de lodo que vertían en común.

Pero el hecho es que la Naturaleza, o el genio de la Historia, debió proveer al instrumental socialista de la propiedad que gozan ciertas especies zoológicas de reponer por vía natural o biológica la eficiencia de su herramienta en constante uso, porque los efectivos socialistas, a pesar de todas aquellas campañas de desprestigio, crecieron notablemente durante aquella etapa, lo mismo cuando sus representantes estuvieron dentro del Gobierno como cuando estuvieron al margen de él, sin haber tenido tiempo de haberse ocupado de ninguna labor proselitista.

Espero que se me conceda, para que pueda completar este punto, que no estoy haciendo aquí una apología partidista y sí que trato de registrar un hecho de interés sociológico. Porque, en cambio, jamás en la historia de ningún partido creo yo que se ha lanzado tanta literatura, tanto papel impreso y puesto en juego tantos elementos de atracción y propaganda, como los que prodigara el Partido Comunista en España en el curso de aquella febril etapa.

Y, sin embargo, con todos sus cálculos, su estrategia, sus planes, sus ingenieros políticos de importación y los recursos extraordinarios de que se valieron desde la implantación de la República hasta la fecha en que, rectificando en 180 grados su posición, propugnaron el Frente Popular, sus efectivos, lejos de aumentar, disminuyeron, según me confesaba en 1935, en la cárcel de Pamplona, quien podía decirlo con conocimiento de causa.

### Otra excepción

Ahora, una vez más, me toca señalar a favor de nuestro pueblo otra excepción, y temo que esta reiteración de lo digno de alabanza parezca interesado afán de singularizarlo, como si tratara de cobrarme la parte que en el beneficio de tantas bondades me corresponda, por el mérito de ser un viejo eibarrés que sigo siendo a pesar de los años y la distancia<sup>8</sup>. Acaso intervenga en esto mi propensión a ver las cosas de aquel nuestro pueblo bajo una luz favorable, como ocurre a las madres con los niños feos, o a los niños con las madres feas, que para ellos son, siendo como son, lo más hermoso del mundo.

Solía decir Tomás Meabe de los moralistas del cristianismo que han hecho más del noventa por ciento de su gasto en condenar la carne y hacer ascos de la naturaleza en el hombre y la mujer, que son como el huésped que, entrando en una casa, tiene la obsesión de no ver sino el excusado y disgustarse de sus malos olores. Acaso yo tenga la obsesión contraria de no aludir a los malos olores, que naturalmente no faltan en nuestra casa entrando por la intimidad del retrete, y presentar un cuadro ideal apenas sin lunares. Pero, por temor a que se pueda decir que me engaña el cariño, ¿callaré lo que evidentemente sea de justicia?

Pues bien, es de justicia señalar que entre todos aquellos desordenes y excesos que cultivaban contra la República los extremistas de la derecha y la izquierda a lo largo y a lo ancho de todo el país, un día sí y otro también, no hubo en la Ejemplar Ciudad de Eibar ni quema de conventos, en interés de presentar a la República ante los ojos del mundo que quería ignorarnos con un aire de persecución religiosa que no tenía, ni ocasión de charcos de sangre para ser explotados por la demagogia en campañas

<sup>8</sup> En 1949 escribe “viejo eibarrés que sigo siendo, a pesar de la larga ausencia obligada y de haber creado a este lado del Océano lazos de sangre y de amistad que también obligan”.

como aquella tristísima de Casas Viejas, uno de cuyo promotores, desde aquel turbio periódico que se tituló *La Tierra*<sup>9</sup>, acaba de morir en la fría soledad de un hospital, en Caracas<sup>11</sup>.

Después de las alegrías del triunfo de la República, terminada aquella luna de miel que no duró mucho por la prisa que se dieron sus enemigos en obstaculizar su desenvolvimiento, Eibar, en su rincón de montañas, recogido a sus talleres, siguió trabajando y luchando con las inveteradas dificultades inherentes a sus industrias de exportación, para colmo afectadas entonces gravemente por la depresión económica mundial, sin exorbitar por eso sus problemas y sacarlos a la calle, cumpliendo con sus deberes de ciudadanía, honrando al régimen con su disciplina, prestando hombres para las responsabilidades que los partidos de gobierno habían contraído en el orden nacional y respondiendo a todos los llamamientos del deber, por ingratos que hubieran de ser, como aquella ocasión bien ingrata de 1934...

### **La Sanjurjada**

Decíamos aquella luna de miel que no duró mucho. Apenas habían pasado unos meses, y un día de alboroque de unos cuantos en Vergara, un notorio carlista de aquella vecindad, a la hora de las confidencias que siguen a las libaciones con que se suele rociar una buena comida, descargó del peso de un secreto del que estaba como encinta, revelando a un viejo republicano eibarrés que, aparte los roedores que la minaban a diario con huelgas, con gritos y locuras por cuenta del diablo, estaba en marcha un procedimiento mayor contra la República, con lo que no nos iban a durar las mieles del triunfo mucho más allá del verano.

Seguramente eran, a distancia y de boca en boca, las inevitables filtraciones de la Sanjurjada que ya se estaría maquinando y que, cuando reventó la madrugada del 10 de agosto de 1932, en Madrid, la República cometió la ingenuidad de rematar el asunto en media hora, en interés de dar una sensación de dominio y seguridad, desdeñando la ocasión que se le ofrecía de haber barrido a sus enemigos de una vez y en el terreno en que ellos mismos habían elegido.

---

<sup>11</sup>. Como todos tenemos algo y muchos algo que perdonárenos, perdonado le sea lo suyo a este compatriota y descanse en paz el pobre exiliado en la tierra extraña que nos prestó acogimiento en la hora de nuestra desgracia, junto a tantos que duermen en ella, lejos de la España perdida a manos de moros y extranjeros.

---

<sup>9</sup> Se refiere a Salvador Cánovas Cervantes (1880-1949) periodista y político español. En 1927 fundó en Madrid *La Tierra*, un periódico de corte moderno, gran formato y cuidado aparato gráfico, cuya línea editorial solo puede caracterizarse como demagógica. Hasta su cierre –por motivos económicos– en 1935 *La Tierra* atacó a Berenguer, a la Monarquía, a la República, a Azaña y, en general, a cualquiera en el poder en ese momento. *La Tierra* se ganó la inquina del republicanismo moderado de izquierdas por su cobertura de los sucesos de Casas Viejas, donde atacó con saña al gobierno.



Y el viejo republicano eibarrés, como no podía faltar, tomando a broma la indiscreción del carlista, sin remitirse de la euforia que aún duraba en los espíritus, le dijo:

—¡Treinta años hemos vivido nosotros con la ilusión de que “la Niña” estaba llegando de un día para otro como si la hubiésemos tenido en Málzaga! Ahora os corresponde a vosotros esperar otros treinta, con la vana esperanza de que “la Vuelta” está llegando, como si la tuviéseis en San Prudencio, para sorprendernos en el campamento dormidos sobre los laureles<sup>10</sup>.

Eso habría sido lo equitativo si el cielo entendiera de justicia, pero los hados no cuidan de lo que los hombres decimos la justicia. Los dioses tenían dispuestas las cosas de otra manera a como las entendía el republicano eibarrés. “La Vuelta”, hablando en el estilo figurado de nuestro paisano, bien contra lo que nos hacía suponer la confianza, no andaba lejos de San Prudencio y aun del mismo Campo del Abrazo de Vergara. Hecho histórico del que no aprendimos que el enemigo no sabe perder, como ellos no aprendieron, ni aprenderán, que el no saber perder es a la larga tener que perder mucho más.

### **Nuestra contribución de hombres**

Dije en honor de nuestro pueblo, sin vanidad pero sin callar sus merecimientos, “prestando hombres” para las responsabilidades de la nueva situación. Y para que no parezca falsa modestia, siendo esta contribución parte obligada del recorrido que nos hemos impuesto en estas notas de viaje por el país de los recuerdos, pasarla por alto, por modesta que fuese ella a lo menos en cuanto se refiere al que esto escribe, solo citaré a los hombres que dio nuestra Cooperativa Alfa para la urgencia de aquella circunstancia nacional.

Juan de los Toyos fue gestor destacado de la Diputación provincial de Guipúzcoa durante todo el periodo de la República y luego, cuando sobrevino la guerra, entró a formar parte del Gobierno Vasco, correspondiéndole un importante papel en este organismo autonómico, que, a su vez, representó uno bien singular en el proceso de aquella crisis no cerrada todavía.

Enrique de Francisco, nuestro gerente comercial, antes de ser Diputado a Cortes en la tercera legislatura de la República, fue llamado a Madrid a dirigir el Consejo de las Minas de Almadén, propiedad del Estado, que dan a España el primer puesto en la producción de mercurio.

Y este vuestro seguro servidor que aquí habla, fue designado para la Delegación del Gobierno en el Monopolio de Petróleos. La Cooperativa Alfa que hacía aquellas prestaciones, fuerte entonces con años de experiencia y crecimiento, ya había creado

<sup>10</sup> Málzaga y San Prudencio son dos parajes uno a las puertas de Eibar y el otro de Vergara. En sentido figurado, como a veces se usan en Eibar, equivalen a decir “aquí al lado” o “a las puertas”.

las capacidades subsidiarias indispensables para que no sufriera su salud con aquella sustracción de nosotros tres, aparte de que de Francisco ni yo la perdimos de vista para servirla en lo que se ofreciera, y Juan de los Toyos, por ejercer su cargo en San Sebastián, pudo seguir al frente de la empresa cooperativa, con la ventaja que le presentaba su nueva situación.

Y todo fue para beneficio de ella, en la que todos teníamos puestos principalmente nuestros amores.

### **El Delegado del Gobierno en la Campsa<sup>11</sup>**

Apenas había hablado yo cuatro veces con Indalecio Prieto, que era de los socialistas bilbaínos que menos frecuentaron Eibar<sup>12</sup>, cuando, siendo ministro de Hacienda en el primer Gobierno de la República, me reclamó para aquel cargo. En oficios del mismo tuve luego ocasión de darme cuenta de las muchas y diversas gentes que presentaron la factura de sus servicios a la causa de la República y reclamaban el premio de aquel puesto, y me expliqué por qué el ministro pudo pensar en un hombre inédito como yo, con solo constarle que tenía alguna discreción y desinterés bastante, unidos a un sincero fervor por la República como ensayo político y social.

Una vez en Madrid, me limité a cumplir con mi deber, creo que con la eficacia que permiten, a cualquiera que no sea un lerdo, la propia organización del servicio y los asesoramientos técnicos con que puede contar, sin salirme de mi sencillez provinciana y un poco rústica de Eibar, en un cargo que los ambiciosos del viejo régimen reputaban como el momio número uno del Estado y le traían en proverbio para significar la coyuntura mejor posible para crearse una situación.

Recuerdo que un día de mis obligados de Madrid se me ocurrió acudir a un estreno teatral, no me acuerdo en qué teatrillo. Las entradas se habían agotado y no quedaban sino unas malísimas de galería, que mi anonimato pueblerino me permitía aceptar sin hacer sufrir en aquella hora y circunstancia a la dignidad del cargo. La obra era una infame, como tantas que entonces se llevaron a escena para denigrar al nuevo régimen a fuerza de mal gusto y peor intención.

Una diputado a Cortes tenía un entretenido a quien prodigaba toda clase de mimos y caricias. Y en una de las tiernas escenas en que la mujer diputado trataba de encarecer al zángano las delicias en que por su amor le traía, se insertaba una frase en la que el autor creyó extremar todo lo superlativo posible de imaginar en materia de comodidad y regalo, diciéndole:

—Pero, ¿es que no estás, mi amor, mejor que el mismo Delegado del Gobierno en la Campsa?

<sup>11</sup> Este epígrafe fue creado en 1956, por desdoblamiento del anterior.

<sup>12</sup> “*Seguramente* –aventuraba en 1949– *por parecerle nuestro pueblo mas feo de lo que es en realidad*”.

El Delegado del Gobierno en la Campsa, que lo escuchaba, estaba en aquel momento en la galería, bastante molesto por cierto; más que por la incomodidad de su asiento de tabla, que le importaba poco, por lo canalla de la pieza, que era de lo peor en todos sentidos.

### **Manuel Cordero y los “enchufes”**

La alusión, sin embargo, no iba a mí, una especie de paleta que nadie conocía y a nadie importaba, lo que denota hasta qué punto había acertado Prieto al designarme para tan codiciado puesto, hurtando un blanco a la maledicencia por lo oscuro de mi figura. Como para el autor de la pieza, que a lo mejor los de ahora le han hecho de la Academia como a otros de su altura y merecimientos, daba lo mismo catetos que hipotenusa, la alusión iba intencionalmente a Manuel Cordero<sup>13</sup> y así lo entendió el público.

Este, junto con otros cinco o seis designados por el ministro de Hacienda con tantos pero no más méritos que él, formaba parte del Consejo de Administración de la Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos (Campsa), sin dejar de ser un digno servidor del proletariado madrileño. Pero que un trabajador resultase retribuido con lo que parecía natural en los demás, no haciéndolo mejor, sacaba de quicio a los envidiosos.

Manuel Cordero, por lo pronto, era un magnífico administrador, como tantos viejos socialistas formados en los centros obreros y en las casas del pueblo, entre las que la de Madrid excedía a todas por las figuras que sacó adelante. Lo había demostrado en la Mutualidad Obrera y en el Municipio de la Villa y Corte.

Para ser Consejero de la Campsa le sobraba talento y no le faltaba siquiera la prestancia física de un gallego en que a floraba la espléndida estampa de un celta puro. Y comparado a muchos de aquellos tiburones de la banca y las finanzas que integraban como capitalistas la mesa del Consejo y gastaban tanto nombre y no pocos títulos, ganaba más en no pocos sentidos de la comparación.

Pero el resentimiento de los ambiciosos, desplazados de sus momios y sinecuras por el advenimiento de la República; el de los hijos de sus papás que se creían los únicos herederos legítimos de aquellos oficios, lucrativos para ellos, a los que habíamos ido, llevados por las circunstancias, los inéditos de la calle y los pueblos, con nuestra austeridad republicana, a cumplir un deber y ejercer una función efectiva; el despecho

---

<sup>13</sup> Manuel Cordero Pérez (1885-1941) fue un político y sindicalista socialista. Llegó a Madrid con 17 años y poco más que las primeras letras y las cuatro reglas. Tras desempeñar trabajos diversos, se inició como panadero en el obrador propiedad de Pio Baroja, con el que sus obreros sostuvieron un enconado conflicto. Socialista desde 1905, compaginó sus labores en la Agrupación Socialista madrileña con la adquisición de una amplia cultura autodidacta.

Tesorero de la Mutualidad Obrera de la Casa del Pueblo de Madrid en los años 30, concejal y diputado del PSOE por Madrid en varias ocasiones, también ocupó distintos cargos en la UGT.

de los sabios oficiales a quienes molestaba aquel remozamiento público y aquella sana inyección de sangre popular; los advenedizos de la política tenidos prudentemente en cuarentena, y la malicia, en fin, de todos los que no lograron cotizarse en la nueva situación en la medida de sus ambiciones, inventó una palabra que hizo singular fortuna entre todas aquellas gentes resentidas y que fue a personalizarse en el pobre Manuel Cordero, que luego anduvo en coplas y fue diversión del lápiz de todos los caricaturistas de la oposición.

Pues bien, este máximo exponente del “enchufe” a costa del cual se hizo tanto chiste y tanta literatura innoble, era un hombre inteligente y estudioso, de quien mentían a sabiendas todos los que trataban de ofenderle, que nunca salió de su modestia de obrero y de su consecuencia de socialista.

Ha muerto en la Argentina, a donde fue a parar como refugiado político, seguramente solo y sin recursos, en tanto que muchos de aquella dorada canalla que le calumniaban al intento de ofender en él a la República, estarán ahora engordando como cerdos con el estraperlo, a costa del hambre y la miseria del pueblo, en el paraíso de Franco, bendecido por los obispos y logrado al precio de un millón de muertos.

### Las pequeñas miserias de los grandes hombres

Don Antonio Flores de Lemus, uno de los megaterios de la ciencia económica que teníamos en España para andar por casa, padre de muchas altas técnicas administrativas del Ministerio de Hacienda, tan sabio como persona de aviesa intención, asistía a la Delegación del Gobierno en la Campsa, calle de la Torrija<sup>III</sup>, junto con los demás

---

<sup>III</sup>. La Delegación del Gobierno tenía sus oficinas en el antiguo domicilio de don Joaquín Sánchez de Toca, hombre de vastas lecturas y, aunque de estilo farragoso, de gran visión en asuntos económicos y financieros; visión y lecturas que, sin embargo, como a otros de su talento, le debieron servir para disipar su patrimonio e ir dejando jirones de su hacienda en manos de otros más torpes que él. En lo que fue su biblioteca, una de las más nutridas de particulares en Madrid, estaba el despacho del Delegado.

Recuerdo el nombre y la persona de este político, que pasaba por vergarés, no de las caricaturas que le hacían siendo ministro de la Monarquía, por aquello que le recitaban, de: “*Erase un hombre a una nariz pegado*”, de Quevedo, sino de una pita que le dimos en Eibar, organizada por Iturrioz, cuando los “goitarras” y los “betarras”, siendo yo chico de la escuela, en ocasión de una contienda electoral, al mismo tiempo que entonábamos el siguiente estribillo:

*¡Bat, bat, bat,  
bi, bi, bi,  
Sanchez Toca, Sanchez Toca  
sur aundi!*

*¡Iru, iru, iru,  
lau, lau, lau.  
don Altuve, don Altuve  
diputau!<sup>14</sup>*

consejeros representantes del Estado, para un cambio de impresiones que precedía a las reuniones de la Compañía.

Hacía siempre casi todo el gasto de la conversación, conversador ameno como era –casi todas las lenguas viperinas suelen serlo–, y en su conversación nunca dejaba de entrar su rumiar el cuento inacabable de las miserias del claustro de profesores de la Universidad Central de que formaba parte, como encargado de cátedra, creo que de Hacienda Pública<sup>15</sup>.

Y una vez que, siguiendo prácticas establecidas de la Compañía, tuvimos que viajar juntos los representantes del Estado para una reunión del Consejo en Palma de Mallorca, el bueno de don Antonio mató las horas de la travesía tomando desde el principio el eterno tema de la Universidad<sup>16</sup>, con el detalle de las intrigas, las envidias, las incompatibilidades y toda la mala voluntad que allí se gastaban los unos para con los otros, revelando en fin el cúmulo de pequeñas miserias humanas que también se daban en la aureolada clase académica, que a los profanos se nos antojaba como una humanidad aparte por lo que la cultura necesariamente tiene que influir en el espíritu.

Después de varias horas de no dejar títere con cabeza, yo, aunque profano y justamente por serlo y aturdirme aquellas pequeñeces de los grandes hombres, hube de interrumpirle diciendo:

–A creerle a usted, don Antonio, podría decirse que ustedes, los sabios, son como las pelanduscas de la calle.

–Sí, señor –me replicó vivamente–, como las pelanduscas de la calle, pero sin la dignidad profesional de las cofrades de aquel gremio.

### **Los que fuimos a Madrid sin saber entrar por las puertas vidrieras<sup>17</sup>**

He referido esta anécdota como antecedente de la que sigue, que es de lo que propiamente viene a cuento en estas notas, para saltar cuanto antes sobre este episodio de Madrid y volver a mi vieja querencia de Eibar.

Tentaba un día el señor Flores de Lemus a Manuel Cordero, Consejero de la Campsa como queda dicho, quien, aunque hombre de la ciudad y con un haber de treinta años de lucha en la capital, seguía siendo tan dueño de su apellido como cuando, un rapaciño, debió dejar algún lugar de Galicia para venir a la Villa y Corte

<sup>14</sup> En 1949 aclara que la contienda era por el distrito de Vergara. La traducción de la coplilla sería: “¡Uno, uno, uno,/dos, dos, dos/Sánchez Toca narizón!/¡Tres, tres, tres,/ cuatro, cuatro, cuatro/don Altuve diputado!”. Sánchez Toca (1852-1942), fue un político conservador.

<sup>15</sup> Antonio Flores de Lemus (1876-1941) fue un economista de reconocido prestigio en la España de la época. De la escuela positivista en Economía, y de conocidas tendencias antiliberales en lo político, había desempeñado cargos con la Dictadura de Primo de Rivera.

<sup>16</sup> Según el original de 1949 “...mató las horas del barco, refiriéndonos en el bar la circunstancia de todas las intrigas...”

<sup>17</sup> Epígrafe creado en 1956 por desdoblamiento del anterior.

de Madrid. Y verdadero Mefistófeles el otro, presentábale el cuadro político del momento, y dramatizando las diferencias de los grupos republicanos, consideraba la posibilidad, en un futuro próximo, de un Gobierno exclusivamente socialista, que tropezaría con el problema *hombres* para cubrir las carteras.

Trataba el malicioso profesor de descubrir la intimidad de nuestro Consejero y de observar las reacciones que provocara este falaz espejismo lisonjero en el socialista gallego, él que había soñado siempre con la cartera de Hacienda en calidad de técnico y sabía lo que es esperar en vano toda la vida, para tener luego de esta observación materia para una anécdota que contar en otros medios.

Cordero contestaba discretamente, como hombre natural en toda circunstancia, sin necesidad de cuidarse de medir y de pesar sus palabras antes de darlas al diente roedor del sabio hacendista, lejos de suponer que, de todos modos, no dejaría de hacer chiste de ellas en otras esferas en que las reirían con regocijo.

Y luego, bajando en la escala de las dignidades añadió:

—Y ¿de dónde sacarán ustedes, en el caso de esa eventualidad, todos los elementos preparados que necesitarán en numerosos consejos y organismos como el nuestro?

—Por lo que respecta a esta casa —intervine yo— en las secretarías de los sindicatos de nuestras casas del pueblo, aun en apartados lugares, tenemos gentes que sufrirían con ventaja la comparación con no pocos que, por proceder de sus papás, se consideran aptos por derecho propio. Porque en los cargos —añadí— a falta de algunas exterioridades y cierto barniz que ustedes llaman “preparación”, no es poco tener sentido común y una experiencia directa de la vida y de las cosas de la vida, y no dormirse en las reuniones, como es el caso de algunos que para ustedes tienen categoría de ilustres, sin duda por ser dueños de dinero.

Movido acaso por un exceso de susceptibilidad, eran los títulos que yo reivindicaba para mí y los de mi caso; para los que habíamos venido a Madrid con la República “*sin saber entrar por las puertas vidrieras de los centros oficiales*” como dijo un periódico, no sé si con buena o mala intención. Pero si esto último, se engañaba, como el periódico, porque no se podía decir nada mejor en nuestro elogio, en contraste con los que en el otro régimen se pasaban la vida en la antesala de los ministros para mendigar un premio en la lotería de los cargos y se les iba en ello los años y la vida.

Con todo y mi natural modestia, simple obrero como me consideraba, no me creía, ante una impertinencia, inferior a la función que desempeñaba, con ser tan importante; ni concedía que lo hiciera peor que cualquiera de aquellos “preparados” que hubieron de precederme.

## Las cuevas del Drach, en Mallorca

En cuanto a grados de delicadeza espiritual, cosa que yo no sé si entraba o no en consideración en aquello de la “preparación” indispensable para pisar ciertos salones, baste una anécdota correspondiente a aquella misma ocasión de una reunión del Consejo de la Campsa en Mallorca, la cual denota la medida que ordinariamente calzan los más autorizados.

Don Manuel Salas, gran accionista de la compañía, que en aquel paraíso insular dividido en dos bandos era el antagonista de Juan March, se esmeró en obsequiar y hacer grata la estancia en la isla a toda aquella tribu de consejeros, secretarios y auxiliares de la que yo formaba parte de necesidad. Y uno de los números obligados del programa fue la visita a las cuevas del Drach.

Avanzábamos con nuestras luces de bengala por el interior de la nave maravillosa de la cueva, poblada de miles de estalactitas rutilantes, que en muchos casos se encontraban a mitad de camino con las estalagmitas que se levantaban del suelo con la misma cantidad de reflejos, para dar lugar a esbeltas columnas que prestaban al encantado recinto la traza de un palacio oriental o de una mansión de cuento de hadas. El cual palacio o mansión, unas veces parecía decorado con profusión de complicados arabescos y otras con abigarradas fantasías como en las construcciones góticas, hasta que se desemboca en las gradas naturales de una especie de vasto anfiteatro, cuyo fondo está ocupado por un lago de aguas azules y verdes que se comunican con el mar no se ve por dónde. Del misterio de las tinieblas, en un extremo del fondo, surgió un bajel mitológico donde sonaba una música de cuerdas, y la música desarrollaba trozos de los cuentos de Hoffman. El efecto era fantástico y hubiera transportado al más cerdo de la piara de Epicuro a las regiones de lo sublime.

Un consejero del Banco de Bilbao, católico sincero, sin beatería, iba conmigo y hablaba de la grandeza de las obras de Dios, como podía haber hablado en la ocasión Fray Luis de Granada cuando, al referir la maravilla del mundo, recuerda a San Pablo donde este apóstol nos enseña que *“las cosas que no vemos de Dios se conocen por las que vemos obradas por Él en este mundo”*. Yo también estaba ganado a una especie de transporte místico, y pensaba para mí que si se ha dicho con verdad que toda obra de arte es una oración, con mayor razón puede decirse que lo es lo que nos hacen sentir y decir estas obras que son superiores a las creaciones del hombre.

Seguía a nosotros el grupo de Cordero, a quien don Antonio, mefistofélicamente como siempre, tomando pie de los discursos del bilbaíno, provocaba a hablar para ver cómo se despachaba el socialista ante el tema metafísico. Cordero, sin encontrar ninguna dificultad en ello, decía poco más o menos lo que decía el otro, con solo sustituir a Dios por la Naturaleza; palabra que le salía no sin cierto énfasis, como para dar a entender que lo decía con mayúscula y personificaba en ella lo inefable que el otro expresaba en aquella voz primigenia y común a la Humanidad que es la palabra Dios.

Detrás de todos venía el grupo de banqueros y podía oírse que Gómez de Acebo, hijo, decía a Garnica, padre:

–Pues esto, verdaderamente, es lo que se llama un magnífico negocio. Fíjese usted que vamos más de cincuenta visitantes a dos pesetas cada uno y apenas dura treinta minutos la sesión. De donde se deduce que estas pueden ser tantas al día, mientras no se habiliten las horas de la noche...

Y así, de deducción en deducción, no paró hasta hallar la cifra aproximada de su capitalización y compararla con el valor que el dueño le tendrá asignado en el catastro. Porque aquella maravilla de Dios tenía dueño y los banqueros sentían no estar en su lugar<sup>18</sup>.

### **Formas degradadas de religión**

Este bilbaíno de mi compañía contaba muchas anécdotas relativas a la baja beatería, o mejor dicho, a las formas degradadas de religión que se daban en el pequeño mundo de los magnates de la banca y los grandes negocios de Vizcaya. Beatería vulgar y aldeana por una parte y mistificación farisaica por otra que, sirviendo de ejemplo a sus clientelas, servía para impregnar el ambiente en amplias esferas de aquella rica provincia de una mojigatería tan escasa de emoción espiritual como de buen gusto. Era, en el fondo, el mismo fariseísmo que flagelara Pascal en *Las Provinciales* y que tenía la misma procedencia.

No recuerdo ahora el nombre del potentado que, habiendo reñido con el cura de San Antón, antes su amigo, cuidaba de ponerse en misa de forma que no pudiera dejar de verle el oficiante, con la santa intención de que en el momento de la consagración, al decir la fórmula sacramental para la transustanciación de las especies, aquel no pudiera eludir los malos pensamientos. Con lo que se creía vengado.

Tampoco recuerdo el del hombre de negocios que vio crecer como la espuma sus capitales, con haber abierto una cuenta de participación a no sé cuál de las tres personas de la Santísima Trinidad, con lo que pudo “dirigir la intención” eficazmente, conforme a las técnicas de los jesuitas en el siglo XVII. Y mediante ciertas reservas mentales, de las más sencillas, prestaba con usura, defraudaba al fisco, retenía lo mal habido y aprovechábase de mil ventajas materiales sin cargo de conciencia<sup>19</sup>.

Pero lo más gracioso era lo de la pugna de los del Banco de Vizcaya con los del Banco de Bilbao.

<sup>18</sup> Párrafo añadido en 1956.

<sup>19</sup> En 1949 aquí iba la siguiente nota, después eliminada: “*También aquí en Venezuela, he observado que los libros de Contabilidad se empiezan con palabras como ‘Con Dios’ y ‘Con Dios y las tres divinas personas’, sin duda para que todo lo turbio con que se han de llenar no traiga malos pleitos a los interesados*”.



Los banqueros vizcaínos, cortos en palabras pero en obras largos, como sus ascendientes en la Corte Imperial a que aludía el proverbio, tenían acaparados los mejores puestos en cien consejos de otros tantos grandes negocios del país, a los que habían extendido su imperialismo financiero, y cuya sede invariablemente era Madrid. Y una especie de acuerdo tácito de todos permitía combinar las fechas de las reuniones reglamentarias de forma que los bilbaínos pudieran acreditar su presencia personal en los consejos con solo un desplazamiento.

A este efecto, un expreso semanal salía de noche de Bilbao para llegar en la mañana temprano a Madrid; tren al que llamaban “de los consejeros”, por ocuparlo casi exclusivamente los banqueros bilbaínos, camino de sus lucrativos oficios en la villa del oso y el madroño.

Y alguna vez que los viajeros se desvelaban, no faltaba algún santo varón, como don Enrique de Ocharan, que proponía a los circunstantes rezar el rosario en común para aliviar las horas del viaje. No era la devoción de la Virgen en aquella hora y circunstancia lo que rondaba en el magín de los más, atentos a hilvanar el programa de las noches paganas que se habían de dar en la metrópoli; pero como no hubiera sido político mostrar desagrado y era fuerza disimular los pensamientos pecaminosos, todos se sumaban a la proposición, aparentando gran fervor.

Y decía el narrador en llegando a este punto de su referencia:

—Y ¿queréis creer que cada vez que habíamos de persignarnos, al pronunciar las palabras rituales de “líbranos, Señor, de nuestros enemigos”, los del Banco de Vizcaya ponían los ojos en nosotros, los del Banco de Bilbao, con la peor intención del mundo?

### **El Monopolio de Petróleos**

¿Por qué la República no deshizo, como esperaban algunos tiburones de las finanzas, el Monopolio de Petróleos, obra de Primo de Rivera?

Sencillamente, porque no era la suya una política de sectarios. Lo único bueno que pudo hacer la Dictadura, que fue salvar el obstáculo casi insuperable que para los regímenes parlamentarios representan los intereses de esas potencias que son las grandes compañías petroleras, con un poder económico casi paralelo al de un estado y una moral que confía para todo en la corruptibilidad de todos los políticos, no iba a ser sacrificado a la estúpida satisfacción de deshacer lo que otros habían hecho por la sola razón de que lo habían hecho otros, aun cuando esos otros fuesen los de la Dictadura.

En esa insensatez incurrieron, respecto a la obra de Largo Caballero en el Ministerio de Trabajo, los lerrouxistas y los de la Ceda, al iniciarse el bienio negro, dando

pábulo para que un importante sector de la masa socialista desesperara del procedimiento evolutivo y las reformas<sup>20</sup>.

Algunos técnicos intentaron más de una vez la demostración de que el Estado perdía, en la renta de Aduanas y otras fuentes de imposición que cegara al licenciar las compañías particulares, tanto como lo que producía de beneficios el Monopolio de Petróleos, con sumar tantos millones; consideración que se prestaba a concluir que desde el punto de vista fiscal y hacendístico era inútil e innecesario el aparato del Monopolio, y desde el político, que se podría ahorrar con su liquidación la hostilidad que el mismo provocaba contra la República en el exterior —en los medios petroleros internacionales, se entiende— y que se traducía en una dura ofensiva contra la peseta, que tantos dolores de cabeza le costaba a Prieto en el Ministerio de Hacienda.

El caso de Francia, donde naufragaron en el escollo del Parlamento cuantos intentos se hicieron, con vistas a la defensa nacional, para pasar a manos del Estado el negocio petrolero, era la mejor demostración del acierto que suponía el no dejarse seducir por aquellos cantos de sirena.

Tenía Prieto en su mesa del despacho del Ministerio, con amable dedicatoria, un grueso volumen en el que se habían reunido todos los documentos parlamentarios relativos al debatido asunto de la nacionalización del petróleo en Francia. Seguía a la colección un estudio de las piezas que lo constituían, con un *partie prise*<sup>21</sup> manifiesto a favor de las compañías de interés privado, y barajando la cifra del volumen de capitales que sería necesario expropiar para el establecimiento de la *Régie*, y trayendo a cuenta lo que había que hacerle producir como renta para compensar, además del servicio de intereses y amortización, el ingreso de Aduanas y demás tributaciones directas e indirectas que dejarían de existir al desaparecer las compañías, se venía a concluir con aire triunfal: “*La Régie, c’est l’essence chère*”<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> El lerrouxismo es el difuso movimiento político y social creado alrededor de la figura de Alejandro Lerroux. Político difícil de clasificar, republicano siempre, empezó en la izquierda del espectro político, como adalid del proletariado barcelonés, especialmente el recién inmigrado. Su retórica, radical y demagógica, anticlerical, antimonárquica, anti casi todo, le granjeó a principios del siglo XX una sólida base política en Barcelona, articulada alrededor del periódico *La Publicidad* y del Partido Radical, fundado por él en 1908, y dirigidos ambos, prácticamente como un órgano personal. Alcanzó el cénit de su carrera cuando su partido fue el segundo más votado en las elecciones de noviembre de 1933. Apoyándose en los escaños de la CEDA, la opción más votada, se convirtió en presidente del Gobierno. El republicanismo de izquierda nunca le perdonó que dejara entrar a la derecha en el gobierno. Esta no perdió un momento en comenzar a deshacer todas las reformas conseguidas en el primer gobierno republicano, hecho que se suele mencionar como una de las causas de la insurrección de Octubre de 1934.

Su carrera terminó al destaparse un sonado escándalo de corrupción, el famoso estraperlo, en octubre de 1935. Abandonado por la CEDA, sin amigos en la izquierda y sin suficiente peso propio tras el escándalo para ser una opción en sí mismo, Lerroux se vio condenado a la insignificancia.

<sup>21</sup> En francés, tomar parte.

<sup>22</sup> En Francia se denomina *régie* a toda institución constituida para la administración de un servicio público. Sería el equivalente a nuestros monopolios del estado, salvando algunas diferencias. La frase podría traducirse como: “el monopolio significa gasolina cara”.

Todo en aquel estudio estaba muy bien, y la demostración parecía perfecta; mas quedaba en la sombra un dato fundamental, que era como el secreto que guardaran bajo llave los informantes, a saber: el coeficiente de los costos que representaba el servicio empresario de importación, almacenamiento, manipulación y distribución del producto. Dato que, conociéndolo nosotros por la experiencia directa de la Campsa, nos colocaba en disposición de juzgar con seguridad y de una manera integral aquel estudio, dado que las características de explotación y mercado eran comparables en los dos países.

Pues bien; teniendo en cuenta este dato que se hacía ignorar y las circunstancias respectivas, y concediendo como buenos los demás supuestos, la pretendida demostración caía por su base. El monopolio era factible también en Francia con las mismas ventajas que se daban en España a favor del consumidor y del Estado.

Charles Baron, diputado socialista, ingeniero de minas y presidente de la Comisión de Hidrocarburos de la cámara francesa, habiendo ido a Madrid en oficios de información y estudio otra vez que cobró nueva actualidad el enconado tema de la nacionalización del negocio petrolero, estuvo con Prieto en el Ministerio de Hacienda, y este le mostró lo que se había podido deducir del estudio crítico del volumen de referencia, en contra de lo que en él se concluía alegre y gratuitamente.

El diputado socialista francés volvió encantado con los datos que le proporcionara su compañero, el ministro de Hacienda español, pero la verdad es que cuando el desastre de la Segunda Guerra Mundial, la aviación inglesa tuvo que ocuparse pacientemente en bombardear las instalaciones petroleras de Francia detrás de las líneas del avance alemán, porque las compañías, más atentas a salvar sus intereses que a obedecer el imperativo patriótico, entregaban intactas sus instalaciones y depósitos al enemigo.

### **Nuestro tío Afrais**

Andaba yo en estos trotes, en los que lo más pesado me resultaba el sombrero, indispensable en la vida oficial, habiéndome tocado siempre con la boina vasca, cuando murió en Eibar nuestro tío Afrais, llamado así del caserío de su procedencia; Pedro Cruz Iriondo por su nombre.

El haber criado como un padre bondadoso y tierno a la sobrinita huérfana que vino a ser la madre de mis criaturas bastaría y sobraría para justificar su presencia en la procesión de los recuerdos por los que se me va deslizando la pluma; pero no le traería a cuento, para no recargar lo personal, si no fuese porque era, además del artesano cabal de la armería con sus dichos y sus hechos, un magnífico ejemplar de la raza, un tipo de hombre, toda una categoría en el cuadro de nuestras variedades étnicas: alto, rubio, ojos azules, facciones regulares; todo ello enmarcado en una bella arquitectura humana; y, por lo demás, sano, bueno, inteligente, sin complicaciones psicológicas de ninguna clase.

Siendo mozo en su caserío de Elgoibar, una partida de los facciosos se lo llevó para su campo e hizo la guerra carlista al mando del cura Santa Cruz, personaje de leyenda por el rigor de su ley y su fanatismo, cuyo nombre se pronunciaba con espanto por nuestras tierras<sup>23</sup>. Terminada la guerra, acostumbrado como estaba a la disciplina militar, sustituyó en quintas a su hermano del caserío, por ser esta novedad cosa que amedrentaba a nuestros aldeanos del vascuence que no habían ido al cuartel al amparo de los Fueros Vascongados.

Pasado su aprendizaje en uno de los oficios de la armería, en Eibar, con un maestro de quien contaba muchas explotaciones de las que los aprendices se cobraban con ingenios por el estilo de los del Lazarillo de Tormes, y después de trabajar largos años con *Charriduna*, no menos singular como patrono por sus socaliñas y su gramática parda, acabó reconstruyendo fusiles y tercerolas de bala, por su cuenta, en el ático de la casa de seis pisos que habitábamos nutrida república de trabajadores de todas clases en la calle de María Ángela; ático abierto al frío y al calor de las estaciones por mil rendijas que daban directamente al cielo, indiferente él a tales contingencias, sin más elementos que un tornillo de banco, un taladro horizontal, media docena de limas y cuatro cinceles, amén del martillo y la sierra de cortar metales. Lo que no obstaba para que correspondiera en papel timbrado y tuviese clientela en toda España, donde le supondrían, como a otros de su clase, un importante industrial.

Sospechaba su sobrina que no conocía las letras, pero él no lo confesó jamás, tomando pretexto de los anteojos para disimular su ignorancia y hacerse leer los periódicos de los que no podía prescindir, sobre todo en lo tocante a guerras y política internacional en que estaba muy versado; y de lo gastado de su vista y sus años, para que sus nietecitas de mi sangre le tuvieran que separar en el casillero, por sus números, los elementos de las armas que montaba haciendo de las partes unidad.

Su esposa, nuestra tía Juli, que era mujer de excelentes virtudes pero entre las cuales no brillaba demasiado la de la discreción, cuando venía a palabras con su marido no dejaba de echarle en cara su pasado carlista con el cura de Hernialde, ella que era de abolengo liberal. Mas, con todo, le guardó fielmente el secreto de su analfabetismo, pues tampoco sabíamos por ella esta limitación del buen hombre, que era tabú en la familia.

## San Salvador

¿Por qué ese complejo de nuestro tío en su mundo, que apenas era más que el de media docena de amigos de su promoción que, en el mejor de los casos, no calzarían

---

<sup>23</sup> Manuel Ignacio Santa Cruz Loidi (1842-1926) fue un guerrillero carlista, activo durante la Tercera Guerra Carlista librada entre 1872 y 1876, famoso tanto por su pericia como guerrillero, como por la crueldad que demostró con enemigos, civiles e incluso con sus propios hombres. Este exceso de celo haría que fuera repudiado hasta por sus propios correligionarios, viéndose obligado a huir a Francia en 1874. Terminaría en Sudamérica como misionero.

muchos más puntos que él en cuanto a letras, dejándoles atrás en todo lo demás de conocimiento y noticia del mundo?

Debía ser el dolor o la vergüenza que seguramente le provocaba, dándose cuenta de lo que perdía para su ávida curiosidad, aquella infancia descuidada del caserío. Era hombre de muchas anécdotas, sobre todo cuando volvía un tanto locuaz de casa de Pedro Elgueta, donde hacía sus devociones ante el vaso del tinto; tabernero el nombrado de quien corría fama de escoger los mejores caldos de la Alhóndiga.

Contaba de su antiguo patrono *Charriduna*, cómo alternaba este sus costumbres patriarcales con agudas ocurrencias de pícaro para explotarlos mejor. Todas las fracciones en céntimos, a la hora de pagar cuentas, las reputaba en su aritmética especial como *quantités négligeables*<sup>24</sup> de que no había que hablar. Yo mismo, que le conocía bien de cuando hacía los mandados de los artesanos de Chirio-kale, una vez que le cobraba una factura hube de devolverle un billete que, por milagro o extraña obra del diablo, me daba de más. Recuperó al instante los dineros todos, hizo nueva contaduría y aprovechó la ocasión para despacharme con la fracción de peseta de menos, diciéndome, al mismo tiempo que daba gracias a Dios, que ahora estaba bien.

Convidaba a café a los obreros de su confianza, entre los que siempre se hallaba nuestro tío Afrais, y cada vez que usaba de esta liberalidad, aprovechaba el rato, mientras se despachaban el licor, para abrir la correspondencia comercial del día, y daba siempre la casualidad en estas ocasiones de que las noticias solían ser invariablemente malas: pedidos suspendidos, letras devueltas, firmas que dejaban de ser firmes, etc.

Calculaba que estas informaciones, dejadas caer en la intimidad de los privados, no dejarían de trascender al resto del personal y les templarí a todos el espíritu de reclamación, que desgraciadamente no se daba todavía, no habiendo alumbrado aún la aurora social sobre el Ego. Pero, por si acaso...

Otras veces, los domingos, eso sí, después de misa, pues este santurrón pensaba con los de su clase, que no la fe sino las prácticas formales que llaman obras son las que salvan<sup>IV</sup>, iba con los de confianza a Elgueta, que son dos horas de camino monte

---

<sup>IV</sup>. Las dos actitudes que eternamente se dan en lo religioso aparecen claras en un pequeño incidente ocurrido en la capilla de una de las zonas residenciales de esta ciudad. Esta solo se abre para la misa los domingos y fiestas de guardar. Una mujer acude con su criatura de pecho. La criatura llora. Los fieles se indignan y también el cura. La segunda vez que ocurre lo mismo, el cura interrumpe el oficio y se va a la mujer y le reprende, diciéndole airado:

—¡Ya le tengo dicho, señora, que no es obligado estar a misa teniendo un niño de pecho! Y responde la reprendida:

—Es que yo no vengo aquí porque sea o deje de ser obligado. Vengo porque siento una necesidad suprema en el alma... y se dio a llorar<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> Del francés, cantidades desdeñables.

<sup>25</sup> Nota añadida en 1956.

arriba. Al pasar por San Salvador procedentes de Chonta, en Kiñarraballe, el patrono, devoto de todos los santos, se humillaba un rato en la ermita. Terminada la oración, decía a cualquiera de los circunstantes:

—Mira si tienes un suelto para poner una limosna en el cepillo.

Pero una vez, viendo que aquello se repetía denotando cuánto en ello había de fe y de obra, a continuación del patrono se reclinó el estafado, que no era otro que nuestro buen tío Afrais, y cuentan los que lo vieron, que su oración, dicha con una potente voz de tenor, fue así:

—¡San Salvador! ¡San Salvador! ¡No te dejes engañar de lo que te haya dicho por lo bajo este fariseo! ¡Hasta la perra gorda<sup>26</sup> con que te ha querido sobornar nos la ha sacado a nosotros, sus pobres!

### Los arbitristas<sup>27</sup>

También solía contar nuestro buen tío Afrais, que Dios le tenga en su paz, de un tal *Pachikilletas*, contemporáneo suyo que hacía “cachorrillos” en otro desván de Arragüeta y correspondía con Turquía, que era el bazar para las caravanas del Oriente Medio. Le llamaban con el alias que he dicho, más que por lamentarse humanamente de las contingencias de la vida, que a todos prueba, porque su eterna queja era una manera de no agradecer a Dios sus beneficios, pareciéndole todo poco, con llevar el cuerpo de buen año y tomar al mundo lo mejor. Y pasó a proverbio de una vez que clamaba y se desesperaba porque no le habían tocado en la lotería más que dieciocho mil reales. Que entonces representaban una fortuna que hubiera hecho feliz a cualquier otro agradecido.

Asimismo era sujeto frecuente de sus historias un gran tacaño que en sus tiempos de asalariado le tenía al lado en el taller, de cuyo alias, muy significativo, no me acuerdo ahora. El cual practicaba la solidaridad con los alcanzados de su rededor a un crecido interés sin tener en cuenta el Evangelio. Hasta que un pícaro, de cuyo nombre me acuerdo demasiado pero no diré, más inteligente que el mismo doctor Schaft de la Reichsbank<sup>28</sup>, a quien había precedido en la invención del sistema, armóle una

<sup>26</sup> Moneda de 10 céntimos de peseta.

<sup>27</sup> Epígrafe creado en 1956 a partir del anterior.

<sup>28</sup> Hjalmar Schaft (1877-1970) fue un economista alemán. Desempeñó cargos de máxima responsabilidad en la política económica de la República de Weimar, siendo nombrado director del Reichsbank en 1923. Consiguió apuntalar el marco y combatir la hiperinflación, pero su golpe maestro fue, sin duda, el Plan Young que él negociaría por Alemania. Lanzado en 1929 para facilitar el pago de las gigantescas reparaciones de guerra, consistía, esencialmente, en una reducción del monto total de la deuda a cambio de un compromiso firme de satisfacer el restante en pagos anuales divididos en tres partes. Una debía ser pagada por Alemania con sus recursos y puntualmente. Las otras dos podían aplazarse y ser satisfechas mediante créditos concedidos por bancos norteamericanos. Aunque no de forma deliberada, el plan resultó increíblemente beneficioso para Alemania ya que apenas puesto en marcha, la Crisis del 29 hizo que esta se declarase incapaz de seguir pagando. Se aceptó concederle una moratoria, pero apenas 3 años más tarde Hitler subió al poder y repudió todas las deudas de guerra, incluidos los créditos suscritos bajo el plan.

contabilidad por la que le pagaba religiosamente todos los intereses, con parte del principal de los nuevos préstamos que sucesivamente le iba tomando, hasta que fue el mismo capitalista quien hubo de solicitar la “moratoria”, pues el deudor hubiera continuado aceptando y cumpliendo sus obligaciones hasta el fin de los siglos.

Y como este experto arbitrista, otro que inventó lo de la *congelación de fondos*<sup>29</sup>, mucho antes de que los gobiernos en apuros lo pusieran en práctica al entrar por las dificultades de la primera postguerra cuando iban teniendo lugar las “consecuencias económicas de la paz”. Jugador impenitente, aunque de medio pelo, siempre se mantuvo a flote con ser fiel a su divisa. Su divisa, que también vino a ser proverbial —y con razón, por la sabiduría que encierra—, venía a decir que es principio de buena administración y prudente disposición de gobierno el hacer honor a los contratos y cumplir las obligaciones, pero que, sin embargo, “*no se debe pagar a nadie con los últimos dineros*”. Los últimos dineros deben servir a remediar a uno mismo.

Y no faltaba en sus cuentos anecdóticos otro antecesor del ya citado doctor Schaft entre nuestros paisanos. El cual, según nuestro tío, proclamaba la doctrina de que no hay por qué pagar las cuentas viejas, ni por qué las nuevas no se han de dejar envejecer. Y como en prácticas de esta teoría demorara indefinidamente el pago de los alquileres de la casa que habitaba, ya que en este caso, además de sus razones teóricas para no pagar concurría, a mayor abundamiento, la circunstancia de ser su amigo el casero, este hubo de retirarle la amistad y decretar el desalojo por medio del juzgado.

A lo que el despedido, muy sentido de la drástica determinación de su amigo, fué con muchos encarecimientos a decirle y proponerle como solución:

—¡No esperaba de tu vieja amistad semejante extremo! ¿Por qué no me subes el alquiler y me dejas en paz?

Todo lo cual, en vascuence y en su salsa de nombres, alias y apellidos, tenía una gracia especial.

## La Conferencia Económica de Londres

Si estos clásicos de nuestra “sasi-economía”<sup>30</sup>, con algunos más de la misma escuela que había en Eibar con pragmáticas no menos originales, hubiesen estado en la Conferencia Económica de Londres<sup>31</sup>, a la que yo asistí como observador con la delegación española presidida por Nicolau d’Olwer, profesor de griego y Gobernador del Banco

<sup>29</sup> Y que, según el original de 1949 llamaban “Vendabala”.

<sup>30</sup> Mezclando euskera y castellano, pseudo-economía.

<sup>31</sup> La *London Economic Conference* fue una reunión de representantes de la práctica totalidad de los estados soberanos en aquel entonces, celebrada en el verano de 1933 para tratar de encontrar una solución consensuada a la Gran Depresión, reactivar el comercio, atajar la deflación y estabilizar las monedas mundiales. El principal escollo de la cuestión estaba en la elefantiásicas deudas contraídas durante la guerra mundial, y fracasó porque los EE.UU., principal acreedor, prefirió retirarse antes que acceder a una estabilización monetaria que le perjudicaría domésticamente y, mucho menos, a condonar las deudas.

de España<sup>32</sup>, seguramente no hubiera fracasado la reunión como fracasó a pesar de la presencia de los Keynes, los Cassel, los Rist, los George Bonnet, los Aftalion y nuestro imponderable don Antonio Flores de Lemus, que asistían a ella en unión en otras cien lumbreras más de la ciencia económica.

Habrían hallado ellos algún arbitrio mejor que los mil allí propuestos por aquella caterva de sabios para salir del tremedal en que estaba metido el mundo, dado que el nudo de la dificultad no era cuestión de libros, de erudición y filosofías, sino simplemente de sentido común y un sincero deseo de entenderse. Toda aquella sabiduría tan caudalosa, y todas aquellas primeras figuras políticas del mundo no servían más que para dar aire de realidad y fundamento cuasi-científico, apariencias de alta política, a la absurda desconfianza en que respiraban todos y que de hecho era la causa de todo el daño.

Había madurado una economía mundial en la que nada podía ocurrir en adelante, donde quiera que fuese la ocurrencia, sin que afectara de alguna manera a los demás, y los pueblos en tal sazón, obligados a una estrecha solidaridad, habían dado en el loco empeño de levantar compartimientos estancos, tratando de encerrarse en el más estrecho nacionalismo en fuerza de barreras proteccionistas, contingentaciones y trabas al comercio internacional, creyendo preservarse mejor de la universal conspiración de que se creía víctima cada cual.

El mercado mundial, consecuencia de esta locura, había sufrido grave deterioro, e Inglaterra, en la fecha en que convocó la Conferencia en un esfuerzo de buena voluntad, no se había descargado de las decenas de cientos de miles de obreros sin ocupación que la agobiaban. En Londres, la capital de las finanzas internacionales, no se veía por doquiera que uno fuese sino el triste *To be let*<sup>33</sup>, con referencia a pisos, cuartos, lonjas y toda clase de locales comerciales, como si la inmensa metrópoli estuviera muriéndose a pedazos, destinada a ser como las legendarias capitales de otras civilizaciones que fueron: un montón de ruinas entregadas a la vegetación salvaje y los lartagos, cuando no a las arenas del desierto. Los sobrantes mundiales de trigo, azúcar, café, vinos, carbón, algodón y otras materias primas alcanzaban cifras astronómicas sin que se supiera qué hacer de ellos.

Al mismo tiempo, y en sangriento contraste con este mal de la superabundancia de todas las cosas, había hambre, desnudez, privaciones y necesidad en todas partes del mundo. El hombre, que ha pesado los astros que discurren en la inmensidad del cielo y determinado los componentes del átomo en las profundidades de lo infinita-

<sup>32</sup> Luis Nicolau d'Olwer (1888-1961) fue un escritor y político catalanista. Fundador de Acció Catalana, y líder de su aparato paramilitar, d'Olwer fue concejal en Barcelona por la Lliga en el inicio de su carrera pero su labor siempre estuvo más ligada al mundo intelectual y académico que al político. Represaliado por Primo de Rivera, fue Azaña quien le nombró presidente de la delegación española en Londres. No lo haría gobernador del Banco de España, sin embargo, hasta el segundo gobierno republicano de izquierdas en febrero de 1936.

<sup>33</sup> Del inglés, se alquila.



mente pequeño, que ha dominado el rayo y los elementos, y construye esas maravillas ingenieriles con que ha vencido tantos imposibles, se confesó en aquella Conferencia incapaz de establecer la ecuación entre aquellos dos términos sencillos de abundancia y necesidad en trágica oposición.

Todo el mundo se explayó hablando sabiamente, unos de los mecanismos que hacían falta y otros de los que estaban de más para la rebuscada solución. Pero, en el fondo, para un observador profano como yo, no era cuestión de mecanismos de más o de menos, ni de inventar técnicas o de aplicar fórmulas de laboratorio. Fundamentalmente, el caso era, llevado a la escala mundial, lo que *Maltiempo* solía decir de Azcoitia, su pueblo, donde todos los males se reducían a uno, a saber: que todos en aquel devotísimo vecindario tenían muy buena vista, y, sin embargo, no se podían ver los unos a los otros<sup>V</sup>.

### **Deformación profesional funesta**

Sesenta y cuatro naciones estuvieron presentes en la Conferencia y, a pesar de los buenos augurios de los discursos de apertura y las ilusiones que se hicieron muchos hombres de buena voluntad, todas las delegaciones, con la deformación profesional de sus asesores, en cuanto se pusieron a la obra, se encontraron envueltas en aquella atmósfera de desconfianza irracional que traían consigo, y que necesariamente tenía que llevarles al fracaso. Dudaban todos y cada uno de las intenciones de los demás, temiendo siempre mil imaginarias asechanzas del vecino, debiendo precaverse a cada paso del hipotético perjuicio que se les pudiera seguir de las actitudes que se iban aventurando por los más decididos, reduciéndose así toda la labor de tantos galenos de lo político, lo económico y social, a una mutua vigilancia e inquisición, como si el objeto que les había reunido en tan calificada asamblea, lejos de ser el interés de lograr un terreno común de cooperación, hubiera sido el de deparar una ocasión más para conspirar los unos contra los otros y cada cual poner piedras de tropiezo en el camino de los demás.

Era la deformación profesional que arrastran consigo a todas las negociaciones de este tipo los especialistas de asuntos internacionales, que se creen obligados a moverse partiendo del supuesto de la guerra de todos contra todos, y del prejuicio de que pensar mal de todo y de todos es la manera más segura de acertar y acreditarse de fino diplomático. Para ellos, no hay más talento que el saber desentrañar las aviesas intenciones que es obligado atribuir en todos los casos a los caballeros de enfrente, ni se da en política nada que no sea una charada a descifrar descubriendo a pícaros, o

<sup>V</sup>. En Azpeitia, en cambio, según el mismo *Maltiempo*, ocurría distinto. Nadie allí levantaba la vista del suelo como buenos hijos de San Ignacio, su paisano del siglo XVI, y, sin embargo, todos estaban a ver por el rabillo lo escondido de las vidas ajenas, para una guerra no menos enconada que la que se traían los azcoitianos.

algo de qué precaverse cuidadosamente por mor de asechanzas envueltas en flores, ni detalle que no tenga su misterio. De ahí aquello de tan alta diplomacia de preguntarse uno de sus émulos, en sabiendo el fallecimiento de Talleyrand:

—¿Y cuáles habrán sido sus razones?

Porque incluso en el hecho de morir se podría haber algún ardid diplomático en tan consumado maestro.

Y ocupados todos así en esta evitación de hipotéticos peligros y en escapar a supuestas asechanzas, todo el cúmulo de talentos, de capacidad, de paciencia y esfuerzos que se prodigan en cada una de estas grandes ocasiones, tiende, en fin de cuentas, a lograr que no se haga nada, a que nada salga adelante, estimando que es la forma de salir mejor parados de tales encrucijadas.

Así había fracasado la Conferencia del Desarme, en Ginebra, y los planes de seguridad colectiva que hubieran podido proporcionar cierta tranquilidad al mundo. Y es que en este terreno de las competencias y los intereses internacionales se sobreponen automáticamente lo instintivo a lo racional por muy disfrazados de hombres civilizados que se presenten los actores del drama, llevando impecablemente el frac y la nítida pechera que diría Azorín, y hablando de aquella sutil manera en que “el lenguaje sirva al hombre para ocultar su pensamiento”.

Se habla mucho de latinos y germanos, de arios y semitas, de Oriente y Occidente, de Europa y Asia y de otros conceptos por el estilo más o menos justificados por la Historia para explicar este conflicto. En el fondo, el problema es siempre lo animal que nos queda a los hombres. Lo material y lo espiritual. La medida en que podamos oponer las inhibiciones que nos dictan las ideas a lo material de los intereses y su torpe exigencia. En conclusión: aquel noble pensamiento que animaba al presidente Wilson, según había predicado a unos aldeanos de Escocia, al desembarcar en Europa, en 1918, para negociar la paz.

### **Las dos facetas del hombre<sup>34</sup>**

Y no es que la paz sea una utopía. No era Wilson el utópico, sino torpes los que le derrotaron. Lo animal de los hombres, el egoísmo irreductible de la criatura que se siente en guerra contra todos en medio de la Creación inmensa, aun luego de las sociedades y el baño de civilización del que nos ufamamos, persiste bajo la forma del interés particular y la manera de reaccionar a su respecto como una fuerza elemental. Pero la vida social crea a su vez hábitos, fuerzas de inhibición y solidaridades que vienen a constituir una segunda naturaleza, y lo que comúnmente decimos cultura no es más que esa segunda naturaleza en función, sujetando y trayendo a mandamiento a la primera en dramático forcejeo.

---

<sup>34</sup> Epígrafe creado en 1956 a partir del anterior. El primer párrafo fue añadido ese año.

Porque la verdad es que cualquiera de aquellos renuentes de la Conferencia, sustraído a la influencia irracional de aquel campo de fuerzas de los nacionalismos que desataba la ocasión contra lo que supusieran los iniciadores, era capaz de las acciones más generosas. Un terremoto, unas inundaciones, una epidemia, cualquier desventura en escala nacional lo demostraba a cada momento, sin importar dónde ni quién. Cuando el hambre de 1923 en Rusia, la solidaridad internacional salvó millones de vidas. Recuerdo que en Eibar la Banda de Música hizo una cuestación en las calles respondiendo a un llamamiento de Nansen, el explorador noruego, en misión en Rusia por la Sociedad de las Naciones.

En pleno desarrollo los debates en la sala del New Geological Gardens, de Kensington, terciando los más calificados hombres de estado del mundo, me acordaba yo, en mi asiento de observador, de las reuniones de los gremios en el ayuntamiento de Eibar, que había presidido tantas veces como funcionario municipal, cuando se les convocaba para repartirse sus respectivos cupos de la Contribución de Industria y Comercio, que era una de las partidas del Concierto Económico de las Provincias Vascongadas con el Estado. Pues así como las provincias sustituían al estado en la cobranza de este tributo, los ayuntamientos suplían a la provincia en lo que respecta a su cupo, y los reglamentos locales confiaban a su vez a los gremios interesados la repartición equitativa de las cuotas entre sus componentes, pues nadie era sabedor mejor que ellos quien podía más y quien debía menos.

Pues bien, los carniceros o los panaderos, por ejemplo, traídos a este terreno vidrioso de la competencia y los intereses profesionales, que era igual al resbaladero en que patinaba la Conferencia, consumían toda la tarde en ásperos debates llenos de encono e irritación, que justificaban aquello de *homo homini lupus*<sup>35</sup> por la intención que gastaban los unos para con los otros, cuando toda la cuestión se reducía a ver quiénes cargarían con unas pocas pesetas más, que aliviarían a otros en la misma medida para hacer honor a la equidad. Y con ser tan modesta la materia de la diferencia, transcurrían las horas sin ponerse nunca de acuerdo. Y como no era cosa de estarse también la noche en lo mismo que estaban toda la tarde, para terminar de alguna manera, dejaban invariablemente la solución al prudente arbitrio de nosotros, los funcionarios municipales, que lo haríamos poco más o menos en justicia.

Pero, terminada la reunión, reaparecía en ellos el buen vecino, y lo más frecuente solía ser que entraran juntos a celebrar el encuentro con una buena cena en alguno de los acreditados lugares de bien comer próximos al ayuntamiento, haciéndose acompañar del amigable componedor que los había aguantado toda la tarde. Y hecho honor a la buena mesa, y luego de no poco gasto de buen humor, era de verles disputar a la hora del café y los licores, tratando de adelantarse los unos a los otros para tomar

<sup>35</sup> Locución latina, atribuida a Plauto, que significa “el hombre es como un lobo para el hombre”. Fue popularizada por el filósofo Thomas Hobbes, para significar el egoísmo irreductible de la naturaleza humana.

sobre sí el gasto de la noche, que suponía diez, veinte o muchas veces más de lo que tan agriamente se habían regateado en la sala del ayuntamiento, tocante a los intereses de su profesión.

Así, aquellas sesenta y cuatro naciones, capaces de los más extraordinarios rasgos de solidaridad en otros terrenos, en aquel de las susceptibilidades y competencias internacionales se mostraban incapaces de todo desprendimiento, y lo que es peor, incapaces de lógica y sentido común, aun para las cosas más sencillas. Y lo penoso era que no acabarían como los gremios de Eibar, mostrándose buenos vecinos y tomando el camino de la buena voluntad, a pesar de las numerosas fiestas y agasajos de que fueron objeto las delegaciones antes de evidenciarse el fracaso de la Conferencia.

### ***Garden Party en Windsor***

Nos sigue tan de cerca el animal que fuimos, y tan fácilmente incurrimos en lo instintivo, que todo aquello que obligaba a tan considerable gasto en la Conferencia —nacionalismos estrechos, prevenciones raciales, temor y desconfianza como los del bruto en la selva— se explica por esta debilidad atávica que nos pone en evidencia a cada paso. Y no vale que vistamos de frac...

Durante las breves semanas que respiró la Conferencia nos faltó tiempo para acudir a tantas fiestas como se organizaron en honor de las delegaciones. Y yo, humilde representante del proletariado español —iba en representación de la U.G.T.— estuve, al igual que el más calificado de otras clases, en el banquete que el Lord Mayor de Londres ofreció en el Guild Hall, donde presidían Gog y Magog, legendarios gigantes de la raza de Jafet que debieron abordar al Támesis por la misma época en que Túbal, nieto de Noé, apareció por Bermeo cantando coplas en vascuence. Lengua que, a creer a ciertos historiadores, debió ser la que hablaron Adán y Eva en el Paraíso Terrenal.

Y estuve en el Palacio de Buckingham y sus jardines, y en suntuosas mansiones isabelinas rodeadas de soberbios parques, propiedad de duques y lores, en fiestas que constituían un acontecimiento incluso para los más acostumbrados a estas magnificencias. Y sobre todo en el *Garden Party* ofrecido por los reyes de Inglaterra en el Castillo de Windsor, que estuvo por encima de todo.

Allí vimos en persona a los hombres de estado de casi todo el mundo que encabezaban las delegaciones, los Cordell Hull, los Daladier, los von Neurath, los Litvinof, los Graziani, los Coolyn, etc., etc., con los sabios de su cortejo de asesores cada cual. Allá los duques y los lores y toda la grandeza de Inglaterra, y los magnates de la industria y las finanzas. Allá los rajás de la India, entre ellos el de Kapurtala, que se llevó a una española<sup>36</sup> para su colección de esposas cuando las bodas de Alfonso XIII, y los

<sup>36</sup> Ana María Delgado Briones (1890-1962). Malagueña de origen humilde, trabajaba como cupletista en Madrid cuando el marajá, prendado tras verla actuar, le propuso matrimonio. Se casaron en la India en 1908, tuvieron un hijo y se divorciaron en 1925, volviendo ella a España.

príncipes indígenas de las remotas dependencias coloniales con sus atavíos exóticos. Allí estrechamos la mano a Mayski y a Litvinof, que los soviets no habían retirado todavía de la circulación como sinceros partidarios de la colaboración con Occidente. Allí estuvimos en conversación amable con los Duques de York, llamados a ocupar poco después el trono, que iban acompañados de sus dos pequeñas hijas.

Allí, con los circunstantes que hacían círculo de respeto a prudente distancia, vimos departir en animada conversación, que debía estar salpicada de buen humor a juzgar por las risas que la esmaltaban, a Lloyd George, el interesante zorro galés, a Baldwin, jefe de los conservadores, a Chamberlain, a quien poco tenemos que agradecer los españoles, a Winston Churchill, el héroe de los días críticos que esperaban a la Gran Bretaña, y a otras eminencias de la vida pública de aquel país.

Inmenso gentío, formado en gran parte por figuras de aquella categoría, ocupaba el espacioso parque, donde ejecutaban varias bandas de música militares. En un distante espacio de la explanada estaban instalados, a modo de suntuosas tiendas de campaña, los pabellones donde, llegada la hora protocolaria del yantar, había de *echarnos* de comer y de beber a toda esta muchedumbre distinguida un ejército de servidores con librea.

Y luego de las presentaciones al Rey de los que figuraban en el protocolo, y de los animados grupos de conversación, y el ir y venir de muchos para no perder nada del espectáculo de aquella grandeza en medio de aquel escenario histórico, bajo la luz de un hermoso día de verano con que Dios quiso contribuir a la magnificencia de la ocasión, luego, digo, de todo esto, se produjo, de repente, una corrida a los pabellones que he dicho, bastante semejante a la de mis gallinas cada vez que yo, que les doy de comer, asomo por la puerta del corral. Era que había sonado la señal de la manduca y las libaciones. No era la primera vez que observaba esta repentina aparición de la masa y el instinto en otros medios también de primera clase, aunque jamás en uno tan distinguido como aquel<sup>VI</sup>.

---

<sup>VI</sup>. Marion Crawford, refiriendo en su libro sobre la educación de las dos pequeñas de los Duques de York las mudanzas que ocurrieron en la familia a consecuencia de la abdicación de Eduardo VIII, dice como eran los *garden parties* a que empezaban a concurrir las tiernas princesas.

*“I remember –dice– being very amused once, hearing Lilibeth instruct Margaret before they went down to one of theses parties as to how she must behave.*

*‘And if you do see someone with a funny hat, Margaret, you must not point at it and laugh,’ she told her sister solemnly, “and you must not be in to much hurry to get through the crowds to the tea table. That’s not polite either’ ”*<sup>37</sup>.

---

<sup>37</sup> El texto en inglés podría traducirse como sigue: “Recuerdo divertirme mucho en una ocasión, al escuchar a Lilibeth explicar a Margaret antes de bajar a una de estas fiestas cual era la forma adecuada de comportarse... ‘Y si ves a alguien con un sombrero raro, Margaret, no debes señalarlo y ponerle a reír’, le decía con mucha solemnidad a su hermana, ‘y no te des demasiada prisa por atravesar el gentío para llegar a la mesa. Eso tampoco es de buena educación’ ”.

Y los que, por andar allí un poco como el vergonzoso en palacio, nos resistimos a correr, apenas alcanzamos los restos. Y observamos que no faltaban, como siempre, censuras de los que más habían consumido de todo, en sentido de que aquello no había estado a mayor altura que la de cualquier medianía burguesa servido por los Lyon's, cuya enorme impedimenta, con la insignia de los comedores más populares de Londres, se disimulaba mal en un bosque próximo.

### Octubre de 1934

Ahora cambia la escena y venimos al nudo difícil de octubre de 1934, producto del entreveramiento de tres equivocaciones que se interpusieron en el destino de la joven República para labrar su desgracia: Alcalá Zamora, Lerroux y Largo Caballero<sup>38</sup>.

Alcalá Zamora, empeñado desde la Presidencia en lo que se decía el ensanchamiento de la base de la República, y que en realidad no era, como bien lo advertía Prieto, sino el entregar las llaves de la fortaleza republicana a un enemigo mal disimulado y peor intencionado, admitiéndole con honores dentro de ella.

Lerroux, profesional de la política en el peor sentido, demagogo al uso de los tribunos de esos turbios centros de negocios y aventura como Barcelona, donde se había formado, y que, en el fondo, no había cambiado de lo que era cuando sus “jóvenes bárbaros” andaban a palos y a tiros en las calles de la Ciudad Condal. Aupado al poder por las derechas para permitirle realizar su viejo sueño de la Presidencia del Consejo, colaboraron con él en el Gobierno dejándole las manos libres con la esperanza culpable de que las manchase y pringase con ellas el prestigio de la República, que blasonaba de haber inaugurado un estilo de gobernación pulcro y elegante.

Largo Caballero, cuya radicalización repentina se explicaba por la bárbara destrucción de su obra reformista en el Ministerio del Trabajo a que se entregaran los lerrouxistas al día siguiente del cambio ministerial, significaba en esta nueva actitud la división del partido socialista, principal fuerza política organizada que colaboraba en la República en atención a que esta carecía aún de partidos republicanos con masa bastante, con tradición y disciplina, que no se improvisan.

Y significaba, además de este debilitamiento orgánico de tan importante elemento de apoyo, la retirada de los socialistas a nuestras antiguas tiendas, rehabilitando la vieja intransigencia de clase con desconocimiento del carácter democrático de los republi-

---

<sup>38</sup> Francisco Largo Caballero (1869-1946) fue un obrero, sindicalista y político español. De orígenes humildes y somera educación, consiguió compaginar su trabajo como estucador con su acción sindical y política. Perteneció al sector pablista del PSOE hasta que, andando el tiempo, se convirtió en cabeza de su propia facción, enfrentada a la dirigida por Prieto. Desempeñaría diferentes cargos públicos y en la organización de PSOE y UGT. Fue ministro de Trabajo con el primer gobierno republicano y presidente del Gobierno desde septiembre de 1936 hasta que los sucesos de mayo del 37 y su negativa a plegarse a los deseos de Moscú, le llevaron a la dimisión.

canos, nuestros aliados políticos de la víspera. Intransigencia que, casi coincidiendo con la hora de los Frentes Populares en Europa, nos llevó a una actitud aislacionista, que fue responsable directa del desgraciado resultado electoral que trajo el bienio negro con haber sumado las izquierdas más sufragios que las derechas. Y significó más adelante, en 1936, en la hora más crítica de toda la Historia de España, la imposibilidad moral de un Gobierno presidido por Indalecio Prieto, cual demandaba la opinión a la vista de sus insistentes denuncias del peligro, que acaso hubiese salvado la República y evitado la guerra civil, si aún era tiempo, que yo creo que sí.

Los tres han muertos pobres y derrotados, habiendo tenido que sufrir mucho en el exilio. Alcalá Zamora, en la Argentina, Lerroux, aunque claudicante y a despecho de sus golpes de incensario al Caudillo, en Portugal<sup>VII</sup>, y Largo Caballero en Francia, habiéndole tocado conocer los campos de concentración de la Alemania nazi. Y aunque no es cosa de hurgar en las heridas del pasado, tampoco sirve no decir lo que se siente cuando viene al caso y no resulta una impertinencia.

De la entreveración de las tres equivocaciones que eran estos tres hombres, resultó el nudo difícil de 1934, “*el callejón sin salida de las soluciones revolucionarias*” al que fuimos abocados los socialistas, habiendo sido, como queda dicho, el principal partido gubernamental de la República, que le era indispensable a esta si había de cumplir su obra política y salvarse.

### **Sarampión maximalista**

Dicen los enemigos, con referencia a este episodio de octubre de 1934, que los socialistas no supimos perder. Puede haber en ello algo de verdad, pues ese es antiguo achaque español y, al fin y al cabo, éramos españoles todos los actores del drama. Pero sea cual fuere el cargo que pudiera hacérsenos a este respecto, va en honor y crédito de los socialistas el habernos preparado a no dejarnos arrebatrar la República con guante blanco. Bien sé que argüirán a esto los otros que tomábamos base de esta reivindicación de la República para intentar una revolución maximalista; pero, de ser exacto, ello no hubiera dejado de ser lógico, pues si se nos colocaba en el trance de tener que recurrir a la fuerza, habría sido estúpido usarla en beneficio de soluciones que específicamente no fueran las nuestras.

Mas la cuestión, en este caso, era bastarnos sin el concurso de los demás republicanos, pues tampoco los otros iban a ser tan insensatos como para posibilitar con su esfuerzo soluciones que fueran más allá de las suyas. Los jóvenes socialistas, los socialistas de las Juventudes, que eran los paladines de aquella radicalización del Partido, deslumbrados por la teoría de que bastaba aplicar la técnica del golpe de estado, que

---

<sup>VII</sup>. Digo que Lerroux murió en Portugal porque, a pesar de sus halagos a Franco, no pudo entrar en España sino *in articulo mortis* para ser enterrado en suelo hispano.

andaba en una especie de manual al alcance de todos, para triunfar en cualquier circunstancia, no solo desdeñaban la posibilidad de otros concursos, sino que deliberadamente ponían al margen, cuando no trataban de inutilizarlos, a valiosos elementos del mismo partido que calificaban de “centristas” o de “reformistas”, al intento de ser los exclusivos ejecutores del movimiento y los solos beneficiarios de sus resultados, conduciéndolo con arreglo a los dictados del sarampión maximalista que les había entrado de repente.

Los de su izquierda, a quienes trataban de emular en el vocabulario y el estilo, atentos como siempre a su negocio político, les dejaban con su alegría infantil para que procedieran con arreglo a ella, sin comprometerse ellos en realidad, con la esperanza de recoger los restos del naufragio.

Pero el dispositivo que prepararon y la guardia que montaron el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, a pesar de estas graves interferencias y el particularismo ingenuo a que tendían las Juventudes, apuntaba fundamentalmente a la recuperación de la República en trance de ser entregada a los enemigos. Y la verdadera tragedia para los que tal se proponían era que los enemigos de la República, que ya habían ganado mucho con nuestra división interna y esperaban justificar su asalto en los excesos verbales a que nos condujo aquella repentina radicalización, se encontraban servidos en la medida de sus deseos con las manifestaciones externas de aquel sarampión, y lo mismo los calculadores de la vecindad al otro lado, que por su parte esperaban recoger la herencia del desastre.

Con todo, la República fue salvada por aquella vez, provocando con el generoso sacrificio de octubre de 1934 la sanción electoral que pronunció el país en febrero de 1936, y lo hubiera sido definitivamente, si los obcecados no hubieran persistido en el error.

### **Una comisión desagradable**

En Eibar no nos hubiese importado aquel sarampión de los jóvenes si aquella técnica del procedimiento violento con que habían descubierto el Mediterráneo —pues antes de familiarizarse ellos con aquella novedad ya la sabían de memoria y la ponían por obra los fascistas que empezábamos a tener— no hubiese entrañado la práctica del terror, con riesgo de que esa peligrosa doctrina fuese tomada al pie de la letra por elementos irreflexivos e irresponsables, sin atender a circunstancias de tiempo y lugar.

Ciertos veteranos de la Casa del Pueblo nos creímos así en el caso de requerir a los que hacían de cabeza en la Juventud Socialista local, que también había sufrido el contagio y estaba en plena erupción con las consignas especiales que recibían de sus directivos, qué era lo que se proponían al respecto de ciertos extremos de aquellas consignas que eran de nuestro conocimiento por vía indirecta.



Fuimos a ellos con esta desagradable comisión Alejandro Tellería, alcalde socialista que no había de sobrevivir a las adversidades de la guerra<sup>VIII</sup>, Juan de Los Toyos, ahora en México, y yo. No nos asustaban a ninguno de los tres la lucha y los radicalismos sociales, pero no podíamos admitir que se nos responsabilizase a los demás, porque ello sería inevitable aun cuando las cosas ocurrieran contra nuestra voluntad, en ningún acto contrario a la humanidad, en un lugar donde no solo eran innecesarios, sino que resultarían enormemente contraproducentes.

No bastaba que ellos prescindieran de los elementos en cuyo nombre hablábamos tachándolos de “centristas y reformistas”, epítetos que tenían el sentido de tibios cuando no de traidores, ni a nosotros el lavarnos las manos como Pilatos en el Pretorio. Ni a propios ni a extraños podríamos ir, si las cosas tenían lugar, con explicaciones y distingos; ante la gente, no obligada a saber de nuestras interioridades, seríamos todos igualmente culpables y, en último término, dirían que éramos responsables, los que no por acción, por omisión. No nos bastaba, pues, quedar al margen marcando una posición para aquietar nuestra conciencia; nuestro deber sería oponernos desde luego a cualquier exceso, si a ello se iba.

Los requeridos trataron de tranquilizarnos al respecto del extremo de nuestra requisitoria, pero yo sé —y para nadie es allí desconocido— que, a consecuencia de aquella gestión, los comisionados de ella pasamos a figurar a la cabeza de su lista de personas peligrosas que había que poner a buen recaudo en el momento de la revolución.

Claro está que, el día del movimiento, como las cosas se presentaron bastante duras desde el primer momento, los más radicales se templaron y no pocos de los “jabalíes” escurrieron el bulto, y fuimos los elementos tachados de estar fuera de la línea general, que los jóvenes radicalizados habían contado con dejar al margen, los que tuvimos que estar al pie del cañón, para perder con decoro, si estaba de los dioses el que tuviéramos que perder.

### **El enemigo, en el Ministerio de la Guerra**

Dio la casualidad de que el 4 de octubre, que resultó ser la víspera del movimiento, tuviera yo que trasladarme a San Sebastián a declarar en un juicio oral, como testigo de la defensa. Esta circunstancia hizo que pasara aquel día en compañía de algunos socialistas de aquella ciudad, entre ellos Guillermo Torrijos, los cuales habían acudido como público al juicio de referencia. En este se trataba de una vulgar intriga policíaca

---

<sup>VIII</sup>. Al caer Santander, suceso del que la prensa de Roma hizo una gran victoria italiana, nuestro alcalde hubo de ocultarse para no sufrir la suerte de otros eibarreses que fueron pasados por las armas en aquella ocasión. Fue cazado cerca de la frontera de Francia cuando trataba de ampararse en aquella tierra libre y murió en el penal de Burgos. De su estada en la cárcel de Pamplona, a consecuencia de los sucesos de octubre de 1934, ya traía quebrantada su salud.

en la que unos agentes provocadores habían envuelto a un hermano mío, excesivamente servicial, para acusarle de infracción de los reglamentos del comercio de armas<sup>IX</sup>; y habiendo sido probada la provocación y la intención deshonestas de ella, fue absuelto y puesto en libertad aquel mismo día del juicio. En total, no había cometido sino una pequeña imprudencia creyendo servir a una amistad, inducido maliciosamente por unos confidentes de la policía.

Los compañeros de San Sebastián, poco antes de que yo tomase el tren para regresar a Eibar, habían recibido por un propio venido de Madrid, la consigna y el santo y seña para el movimiento que, según las instrucciones, había de producirse el día siguiente, de madrugada, y me confiaron a mí la misión de llevar el aviso al comité local de nuestro pueblo.

No hice ninguna dificultad en prestarme a ese servicio. Es más, a tal altura las cosas, una vez en Eibar, creí mi deber estar presente en el lugar de mayor responsabilidad sin hacer misterio de mi determinación a la familia; actitud en que coincidieron, entre otros, el alcalde socialista y Juan de los Toyos. Pero en tanto nosotros acudíamos al lugar de las responsabilidades y el peligro, atentos a la cita de un deber moral, se producían allí extrañas ausencias y dilaciones por parte de otros, que eran los que más se habían movido en montar el aparato revolucionario que debía de entrar en juego la madrugada que iba a seguir.

El movimiento coincidía con una solución antirrepublicana de la crisis política que se había estado tramitando aquellos días en Madrid, y cumplía la conminación formulada por el Partido Socialista para el caso de entregar el ministerio clave de la situación —el de la Guerra— a enemigos ciertos del régimen, de quienes se sabía sus afinidades con la conspiración que se traían los militares.

Y es así como el alcalde, Alejandro Tellería, Juan de los Toyos, el que esto escribe y otros, igualmente tachados por los radicalizados de la noche a la mañana, en su afán de emular un estilo ajeno, de “centristas” y “reformistas”, neologismos extraños hasta entonces en la familia socialista de España; tachados así, digo, a la hora de los fáciles alardes, en aquel momento de prueba tuvimos que dar ejemplo de firmeza y serenidad, no eludiendo las responsabilidades de la carta que se iba a jugar, no obstante no haber estado en la preparación material de esa carta, a lo menos en lo que respecta a la localidad<sup>X</sup>.

---

<sup>IX</sup>. Ciertos individuos que se hicieron pasar por compañeros fueron puestos en relación con un industrial de Ermua, que les vendió tres o cuatro pistolas. El industrial, creo que carlista, sufrió la misma suerte que mi hermano y le benefició la misma sentencia.

<sup>X</sup>. En efecto, cumplí algunas misiones en Francia que me fueron encomendadas en Madrid. Una de ellas servía a disipar las ilusiones que se hacían algunos sobre apoyos que podría merecer en el exterior el carácter maximalista que se proponían dar al movimiento.

A mí, particularmente, recuerdo que me imputaban el crimen de haber inventado una supuesta diversión estratégica –porque habían venido a estar de moda los términos castrenses– con la operación iniciada por la Cooperativa Alfa, en coincidencia con esta exorbitación revolucionaria de la Juventud y sus preparativos bélicos, para recoger las obligaciones hipotecarias de la Casa del Pueblo y tratar de llevar a efecto las obras del completo del edificio, con la ayuda financiera de la próspera cooperativa que manufacturaba las máquinas de coser Alfa.

### **La jornada del 5 de octubre**

Los tiros empezaron a las cinco de la mañana, hora 0 de la consigna, y terminaron hacia las cuatro de la tarde. Fracasó en aquella primera hora el asalto al cuartel de la Guardia Civil, que fue atacado con bombas de mano<sup>39</sup>, por no haberse dado la sorpresa que figuraba en el plan; pero tampoco la Guardia Civil pudo aventurarse por las calles, a causa de la hostilidad con que era recibida desde las casas. Los Guardias de Asalto que acudieron desde Bilbao con órdenes rigurosas, fueron tenidos a raya desde el edificio de la Escuela de Armería que domina la carretera de Vizcaya, causándoles algunas bajas e impidiéndoles llegar al pueblo. En esta situación las cosas, algunas fuerzas se desplegaron por las laderas de los montes que circundan la villa, y estuvieron hostilizando durante todo el día sin atreverse a entrar en lo poblado.

Pero las noticias que nos procurábamos de otros lados eran desconsoladoras. Todo indicaba que, a pesar de la energía con que habían respondido muchos pueblos, se había fracasado en las capitales. Y ya estaban en camino para Eibar, desde Vitoria, fuerzas regulares del Ejército, con morteros y elementos de combate para reducir el ayuntamiento y la Escuela de Armería, donde especialmente se habían hecho fuertes los nuestros, abriéndose camino a la fuerza hasta el lugar, si ello se hacía necesario.

Así nos avisaban de Mondragón, que también había hecho armas y se encontraba en el mismo trance que nosotros, en el camino de Vitoria a Eibar.

Los que llevábamos la responsabilidad de lo que estaba ocurriendo deliberamos a media tarde. Se tenía la impresión de que estábamos realizando, ya a aquellas horas, un sacrificio que iba a resultar inútil. Y así era en efecto, como se vio después. No se produjo el estallido simultáneo y general que pudiera dar lugar a una nueva situación. Solo ardían focos que eran fáciles de dominar.

De Asturias, que escribió una página heroica en aquella ocasión, no se supo nada hasta algunos días después. El gesto de Companys en la Generalidad de Cataluña se produjo en la noche que siguió al día de nuestras fatigas. La revolución, evidentemente, quedaría limitada a una huelga general, con violencias inarticuladas en diversos puntos demasiado distantes entre sí. Se acordó, bajo esta impresión, proponer el cese

---

<sup>39</sup> “...e incendiarias...” según el original de 1949.

del fuego y dar tiempo así a que pudieran huir los comprometidos que quisieran probar fortuna por los montes.

Pero, ¿quién se acercaría con el recado al cuartel de la Guardia Civil que unas horas antes había sido atacado con bombas? Por mi parte, yo estaba dispuesto a hacerlo, con no ser el autor de la proposición. Creo que me venía aquella serenidad de no sentirme mayormente culpable de aquel incendio que tenía que ocurrir y ocurrió. Pero, sobre todo, me venía de no darme cuenta bastante de que aquellas razones íntimas que me servían de tranquilidad, no podían ser vistas y apreciadas desde fuera, y menos en el lugar al que íbamos, donde las familias de los guardias seguían presas de una conmoción histórica. Otro apellidado como yo, comunista él, se prestó también a ir al cuartel. Y fuimos los dos Echevarrías desplegando la bandera blanca por las calles desiertas de la villa.

En el cuartel no nos hostilizaron, aunque había bastante irritación por lo de la mañana, pero nos dijeron que era demasiado tarde para hablar de paz. Los refuerzos estaban llegando, añadieron; y así era, en efecto, pues las tropas de Vitoria estaban a la vista y los jefes, habiéndose adelantado un poco al contingente, coincidieron con nosotros entrando al cuartel. Iban, pues, a sobrar elementos para reducir por la fuerza los edificios en que nos habíamos hecho fuertes. Así nos lo hicieron saber, señalando a los soldados que venían en formación.

Creo que fue nuestra suerte esta coincidencia con los jefes del Ejército, que imponían respeto a los guardias y estaban mejor dispuestos a escucharnos. Insistimos, a pesar de aquella primera reacción de los del cuartel, en que comunicaran a las autoridades superiores nuestro interés en ahorrar aquella prueba inútil. Así lo hicieron, al parecer, desde una pieza inmediata, y tengo razones para suponer que la consulta llegó hasta Madrid, y algo les debieron ordenar allí que les hizo cambiar de actitud.

### **La rendición**<sup>40</sup>

Después de la conferencia telefónica con los superiores, nos pidieron repetir las seguridades de que las fuerzas llegarían al ayuntamiento sin ser hostilizadas en el camino. Hecho esto, esperaron a que las del Ejército que estaban llegando estuviesen frente al cuartel, y luego de conferenciar nuevamente los de la Comandancia de la Guardia Civil con los del Ejército, procedieron a formar a la cabeza de la tropa los contingentes de guardias concentrados en previsión de los sucesos y nos pusimos en marcha hacia la plaza de la República. Nos llevaban delante de todos a los dos que servimos de heraldos, para que nuestra presencia al frente les evitara el ser hostilizados desde las casas del trayecto, como les ocurrió durante las horas del día.

Advertida de lo que se dispuso en el Comité y de la diligencia en curso en el cuartel, la gente había huido para tomar cada cual sus providencias, dejando el ayunta-

---

<sup>40</sup> Epígrafe añadido en 1956, por desdoblamiento del anterior.

miento y sus inmediaciones completamente solitarias. Pero los defensores de la Escuela de Armería, que no habían sido avisados de estas novedades, seguramente por la desbandada que se produjo en los del Comité, seguían disparando a este y oeste, y las balas silbaban sobre nosotros cuando subíamos por la calle Isasi arriba. Las fuerzas hicieron alto en seguro y nosotros hubimos de sacar el cuerpo adelante y llegar hasta donde nos pudieran oír los tiradores, para darles a entender que habían de cesar en aquella inútil defensa.

Pero ellos se encontraban entre los Guardias de Asalto de Vizcaya y estas fuerzas venidas de Vitoria, como en una ratonera, y no fue cosa sencilla traerles a buen entendimiento. Con todo y esta mala ventura, bastantes escaparon por la tangente aprovechando este momento crítico. Los demás consintieron al fin en entregar las armas y fueron hechos prisioneros. Los de Asalto, que habían sido tenidos a raya durante todo el día y hubieron de lamentar algunas bajas, se entregaron a algunas violencias contra los que salieron de la Escuela de Armería, pero la presencia de los del Ejército —que no habiendo sido hostilizados no tenían resentimiento alguno contra los vencidos—, y no nuestras protestas, les valió el que aquellos no pudieran pasar a mayores.

Volvimos todos a la plaza de la República y el ayuntamiento, y nosotros fuimos notificados que estábamos detenidos junto con los demás prisioneros. Pero mi compañero de comisión, en no sé qué momento de estas incidencias, logró escaparse y creo que pasó la frontera. Yo, con aquello de no haber dormido la víspera y la agitación de aquel día tan movido, hube de admirar a no pocos que fueron a ver los prisioneros habidos, viendo cómo roncaba, de cúbito supino, al que suponían el jefe del movimiento sobre el duro suelo de aquel lugar que me era tan familiar, por ser el de mi obligación de todos los días.

### **Examen de conciencia a hacer**

¿Fue un error aquel movimiento insurreccional? Es la pregunta que muchos nos hacemos todavía y aún está en el aire, porque realmente han faltado tiempo y oportunidad para ventilar seriamente la cuestión con el atropellarse los acontecimientos que vino después, dando lugar a infinitas complicaciones y urgencias mayores. Acontecimientos, complicaciones y urgencias que le han restado volumen con la magnitud del drama que había de seguirse, mas no su importancia.

En todo caso, una cosa es cierta. El pueblo español, dieciocho meses después de los sucesos, cuando tuvo ocasión de materializar su sentir en las urnas, se pronunció francamente por la amnistía, que en aquel caso y circunstancias no significaba olvido o perdón conforme a la etimología de la palabra, sino sencillamente aprobación. Aprobación del sacrificio realizado a la intención de la República. Y eligió unas Cortes que destituyeron al Presidente, contumaz en su actitud de comprometer el régimen en manos de enemigos que ni siquiera se habían tomado la molestia de disimular su

condición, y contra cuya determinación suicida se había producido la protesta de octubre.

Mas también es verdad, y fuerza es reconocerlo, que por nuestra parte, y pese a la intransigencia que siguió manteniendo la fracción que se había constituido en izquierda del partido, los socialistas tuvimos que rectificar nuestra prematura y desdichada actitud aislacionista, sin la cual no hubiera tenido lugar el Bienio Negro, ni hubiéramos tenido que lamentar sus consecuencias. Y la recuperación de la República, que eso fue en realidad el triunfo electoral de febrero de 1936, fue obra de la cooperación entonces con todas las fuerzas democráticas del país, evidenciándose así nuestra anterior equivocación.

Pero, fuese o no un error aquella prueba de octubre —que algún día se aclarará en sereno examen de conciencia—, en el peor de los casos, dado que fuese un error, fuimos juzgados y pagamos su exigencia a la ley.

Por lo que respecta al pueblo de Eibar, ciento cuarenta y cuatro vecinos estuvimos en la cárcel provincial de Pamplona, respondiendo a un proceso que se nos siguió por rebelión militar.

### **Entredicho de la Cooperativa Alfa**

Durante las primeras diligencias del proceso, cuando el juez instructor de la causa trataba de hallar en mi persona la figura indispensable del cabecilla de lo sucedido en Eibar, porque sin un jefe no había técnicamente rebelión militar, y sin rebelión militar no había razón para que actuara la jurisdicción de guerra a que habíamos sido sometidos, una sola cosa en verdad me preocupaba: la Cooperativa Alfa.

Obreros de la misma estaban comprometidos directamente en la preparación del aparato bélico que, bien o mal, había funcionado el día del movimiento. Obreros de la misma eran los que se habían distinguido en los hechos de aquel día, abundando en actos de valor y audacia. Sus almacenes, en los que había todavía importantes stocks de armas y municiones, remanentes de una etapa anterior a la manufactura de máquinas de coser, fueron saqueados a primera hora el 5 de octubre, si no con la complicidad, con la pasividad de los guardianes. Juan de los Toyos y el que esto escribe, ambos de la gerencia de la Cooperativa, habíamos estado personalmente, aunque como espontáneos, en el lugar de donde habían partido las órdenes para el movimiento, y en el proceso de aquel día compartimos con los del Comité la responsabilidad de los sucesos.

Todas estas circunstancias conspiraban para que la entidad cooperativa a la que servíamos apareciera como si estuviese complicada directamente en lo acaecido. Y desde luego, las autoridades, poniendo en entredicho a la Cooperativa, procedieron a cerrar y sellar las puertas de los talleres y oficinas sin esperar a ninguna aclaración. Sin embargo, la entidad, como tal, no tuvo que ver en lo ocurrido más de lo que tu-

vieron que ver otras empresas, cuyo personal actuó también en la preparación y ejecución del movimiento y que padecieron asimismo abusos y sustracciones que, cediendo a la exaltación de los momentos que atravesábamos, hubieron de disimular dándose por no enterados.

Pero, ¿serían las autoridades lo suficientemente discretas para distinguir entre la entidad y los que perteneciendo a ella habíamos incurrido en responsabilidades, graves si se quiere, pero de carácter estrictamente personal? ¿Serían capaces de medir el peso de las razones de partido, disciplina y humanidad que nos habían aconsejado a muchos no optar por una cómoda inhibición, para aprovechar la ocasión que se les ofrecía de descargar un certero golpe contra una entidad que, con todo su mérito de ensayo social interesante, era nido de tanta rebeldía política?

El caso es que el juez instructor, don Julio... un militar que se portó caballero en todas sus actuaciones y habrá de perdonarme el haber olvidado su apellido<sup>41</sup>, no se explicaba la aceptación de grado de las responsabilidades personales que me correspondieran en todo lo ocurrido, con el no saber y no acordarme nada de todo lo demás en que me encerré desde el principio hasta el fin. Insistíame en que ello perjudicaba mi situación en vez de ayudar a justificarme. No suponía la explicación sencilla que he dado. Tenían además las autoridades el prejuicio de que tras mi mutismo se escondía algún secreto político de importancia al que podía haber tenido acceso, porque acaso no fueran un secreto para la policía, no habiendo hecho misterio de ello, unos viajes que hice a Madrid y a París antes del movimiento, que aunque guardaban alguna relación con él, no escondían nada sensacional ni inmediato al proceso.

Alguna vez me dijo el juez que, cuando terminara el asunto –porque todos estábamos desde el principio bajo la impresión de que a pesar de la gravedad de las penas que pudieran correspondernos, todo se arreglaría al fin, vista la reacción favorable que se había producido hacia los actores de octubre–, le gustaría saber en el terreno particular las reservadas razones de mi actitud en autos.

Si por casualidad llegara a leer estas notas, si es que vive, pues es lo que tenemos que preguntarnos los unos a los otros después de las cosas tremendas que sobrevinieron casi a continuación de aquel episodio para dejarlo reducido a categoría de un juego de niños, en ellas encontrará la explicación bien simple de la actitud que, acertada o desacertadamente, me impuse, tratando de subrayar el carácter personal de nuestras responsabilidades, fueran las que fuesen, para descartar de ellas a la entidad a que seríamos, que, ciertamente, nada tenía que ver como tal en lo ocurrido.

---

<sup>41</sup> El nombre del Juez Instructor del Consejo de Guerra era Julio Oslé Carbonell (??-1966), tenía el grado de capitán por entonces y participaría desde el primer momento en la sublevación de julio, combatiendo en Guipúzcoa. Alcanzaría el generalato antes de su pase a la reserva.

## El tiempo que no cuenta

Los diecisiete meses de nuestra vida en la cárcel provincial de Pamplona apenas cuentan en el recuerdo, figurando, por obra del acusado escorzo en que aparecen, casi como un tiempo que no hubiera sido. Una vida sin incidentes, regida siempre por los mismos cotidianos detalles, a saber: la chillona esquila de la mañana que ordenaba levantarnos y recoger el petate, el barrido del suelo, el fregado del mismo a continuación, la comida, las horas de patio, la vuelta de cada mochuelo a su olivo, la cena, el “¡manos afuera!” del anochecer para confirmar la presencia material del recluso en su celda y el silencio al fin de la queda, que era como la cita para la gran fiesta que a partir de ese momento se daban los ratones paseándose de celda en celda en busca de los desperdicios.

Todo ello, siempre igual, multiplicado por el número de los días de cautiverio, apenas logra hacer volumen alguno en la memoria, como comprimido en un bloque por efecto de su uniformidad. Aquella vida, digo, paréceme así como fuera del tiempo toda ella.

El tiempo es obra de lo qué ocurre en él. Sin ocurrencias no hay tiempo, y su dimensión moral o psicológica depende de la cantidad de aconteceres distintos que se alojan en él. No recuerdo en este momento las circunstancias de la áurea leyenda de unos graves teólogos que, de vuelta de uno de los concilios ecuménicos de la Iglesia, discurrían sobre la eternidad con el temor de aquel gran hastío que debía pesar sobre las almas durante la Edad Media, los cuales, entrando por una deliciosa floresta, Dios los entretuvo treinta años con los trinos de un ruiseñor. El tiempo, sin otros incidentes que el encanto de aquella música, había acabado por no existir para los maravillados teólogos, que al reanudar la marcha no creían haber dado más que alguna hora breve a aquel leve pasatiempo.

En cambio Caín, el primer rebelde sobre la tierra recién salida de manos del Creador, cuando en el drama de Byron accede a dejar a su dulce Adah para asistir con Luzbel al espectáculo de los mundos y lo infinito, creía haber vivido siglos inclinado sobre el abismo en que discurre lo que ha sido, lo que es y lo que será, cuando unas horas después volvía repleto de imágenes y lleno de la visión de las cosas infinitas al lado de su tierno Enoch, que dormía sobre el regazo de su madre.

Así los días de la cárcel de Pamplona que, por su uniformidad y monotonía, a esta distancia de las cosas, apenas cuentan en el tiempo, con haberlos vivido, al desgranar sus propias horas, muy intensamente. Recuerdo que apenas tuve tiempo para aburrirme y que, no obstante los numerosos días grises y aun amargos que necesariamente habían de interponerse en una penitencia que no dejaba de ser aquella reclusión, muchos resultaban de una suavidad y un descanso semejantes a la suavidad y al descanso que deben gozar los acogidos a una religión, lejos del mundanal ruido, en la soledad de su desnuda celda, por severa que sea la regla que tengan que obedecer.



## Los tres votos

Y aunque presos contra nuestra voluntad, guardados por unos hierros que los vigilantes hacían sonar reglamentariamente para ver si trabajábamos en ellos a hurto por las noches, y aunque atados por la culpa y no acogidos por amor de Dios, lo cierto es que nos complacía imaginarnos en aquel lugar en ejercicios espirituales de pobreza, obediencia y castidad, poniendo muchas lecturas por medio. Con lo que las horas transcurrían dulcemente, sin prisa y sin hastío, y ricos entonces de lo que hoy avaros —el tiempo— teníamos los aprovechados la sensación de aquella abundancia disponible en que debe consistir la dicha del hombre liberal y de fortuna.

Yo leía en gruesos volúmenes manuales de letra menuda —principalmente la Biblia en una edición latina del siglo XVI salida de las prensas del Vaticano, la *Macaulay's History of England* y el Quijote—, y algunos compañeros que no tenían la costumbre de leer me preguntaban alarmados si esperaba terminar todo aquello antes de recobrar la libertad. Cierto que en las peticiones que el fiscal había formulado había para sumar respetable número de decenas de siglos de hierros y cautiverio con tantas cadenas perpetuas que solicitaba, además de una pena de muerte, para los 144 procesados, pero todos vivíamos en la confianza de que un poco más tarde o más temprano nos valdría alguna amnistía política, de las que se prodigan en países de conciencia conturbada, en que no se sabe si la culpa es de los que están dentro o fuera de las cárceles. Mas no obstante esta confianza y nuestro voto de pobreza, nos sentíamos tan ricos de tiempo, del tiempo precioso que nos había faltado siempre, que contestábamos a aquellos impacientes solicitando más libros de casa y los amigos.

A lo de la pobreza, a pesar de la sinceridad de nuestros votos, se oponía la abundancia casi, y sin casi, viciosa en que nos mantenía la ejemplar solidaridad de nuestro pueblo, que tuvo a honra, sin distinción de ideas, el ayudar a los presos de Pamplona. Yo, que he tenido la fortuna, que me ha valido tanto para los más y los menos que se suelen dar en la vida, de no haber tropezado jamás con nada de comer que no me pareciera sabroso, solía indignarme contra los que escribían quejas de la comida que nos daban de oficio. Pero aun si hubiera sido más delicado, me hubiera indignado lo mismo, porque, a decir verdad, era francamente bien cómo nos alimentaban en aquella cárcel los navarros.

¡Cuántas veces, pensando en los días que podrían seguir, en un periodo de la Historia tan preñado de acontecimientos como era el que vivíamos a ojos vistas, no dije, a los que por dramatizar solían quejarse a sus casas, que habíamos de acordarnos de aquel cocido de la cárcel! ¡Y cuántas veces, en efecto, cuando el Hambre nos visitó a todos durante la guerra en la figura del caballero que con la balanza simbólica de la carestía y el mercado negro irrumpe de las páginas del Apocalipsis, no he recordado aquel tocino fresco redundante con que hacíamos lumbre para otros guisos de nuestra fantasía, aquella carne sabrosa del cocido, aquellas alubias y aquel garbanzo que desdénábamos entonces por lo que nos venía de fuera como regalo!

A esta distancia de aquellos días y después de la experiencia de dos guerras que hemos tenido que padecer, me parece un pecado grave lo que entonces hacíamos con aquellas cosas de comer que hubieran hecho de otros con menos culpa que nosotros unos perfectos agradecidos. Pero, a buen seguro que otros de la camada también se habrán acordado lo mismo que yo de aquellas cosas menospreciadas que tantas veces iban a los desperdicios, en los tiempos difíciles que siguieron para todos. ¡Y algunos habrá habido que les vendría a la memoria lo que yo tanto solía repetir en la cárcel de Pamplona!

La réplica a mis sermones no se solía hacer esperar, ofrendándome los reprendidos, a la hora de la comida, en el altar de mi escudilla de estaño, lo que desdeñaban del rancho ordinario al tiempo que decían con sorna: *onek jangojok au*<sup>42</sup>. Y aunque las raciones solían ser como para que sobrara al más ambicioso, algunas veces hice honor al obsequio para que aprendieran.

Y la cosa fue que con aquello de *onek jangojok au* que decían de todos los “txarri-jatekos”<sup>43</sup>, que así llamaban a cuanto culinariamente era nuevo para ellos y que todos los días había alguno en la sala que los recibiera como obsequio especial, yo, a pesar de mi voto de pobreza, estuve en lo corporal de los gustos de la boca tan bien servido como en lo espiritual con aquellos gruesos volúmenes de letra menuda que alarmaban a mis paisanos.

## Obediencia

En cuanto a obediencia, con todo y la sinceridad de mis votos, y no obstante haber abdicado de buen grado al imperio de los reglamentos, que es como si dijéramos la regla de aquel lugar, dos veces estuve en celda de castigo, que son las más sombrías de la prisión. Sin autorización de extras, sin velas, sin lectura y con una cobija menos que la reglamentaria, para que le muerda a uno el frío que encierran las cuatro paredes y que, por lo visto, no mata pero sirve bien a la penitencia que deben hacer los rebeldes.

Sin embargo, insisto en que no era yo un rebelde, no habiéndome costado el adaptarme a todo y encontrarlo natural, pues me familiaricé hasta con las arañas, que yo había estudiado bastante en su representación de las especies campestres.

Una vez fue por culpa de la impertinencia agresiva con que nos distinguía a los eibarreses uno de los oficiales que llamábamos *doña Emilia*, carlista él, según decían, lo que no tenía nada en particular en Pamplona, donde lo eran todos<sup>44</sup>. Pero su car-

<sup>42</sup> En euskera eibarrés, “este ya se comerá esto”.

<sup>43</sup> Traducido literalmente sería “comida para cerdos”. El autor, en su Lexicón, lo traduce como “bazofia”, pero, aunque se usa con ese sentido, de comida de mala calidad o poco gusto, también puede entenderse, como en este caso, como golosina o aderezo tan poco saludable como sabroso.

<sup>44</sup> Dice en 1949: “...carlista él, según allí se decía, y que nada habría tenido de particular, aun donde no fuera Pamplona, si no lo hubiese sido en el peor sentido”.

lismo o lo que fuera se manifestaba a nuestro respecto en forma de un desafecto que no solía disimular, de un afán de subrayar impertinentemente su autoridad y unos modales de beata que escondían siempre una mala intención, en contraste con *el Japonés*, que llamábamos así a otro por recordarlos su fisonomía, el cual era la discreción en persona en un oficio desagradable y difícil de llevar bien.

Fue en diciembre, y no me bastaban todos los trapos que tenía en la celda para conservar el calor animal del cuerpo. Solo en otras dos ocasiones de mi vida recuerdo haber experimentado un frío semejante: una vez que el trío de las excursiones ciclistas acordamos hacer noche, sin reparar que estábamos aún en invierno e íbamos casi sin ropa, en la desnuda ermita encimera de Aizgorri, al objeto de contemplar el amanecer desde aquella cumbre guipuzcoana; y otra, un día también de diciembre que fuimos a alta mar con los pescadores de Ondárroa para sacar el besugo a la madrugada.

Nos mareamos con la intensa marejada que sobrevino en la noche antes de comenzar la tarea, y el cuerpo destemplado resistía mal aquel clima del Golfo de Vizcaya. El espectáculo del mar agitado a la luz de un turbio amanecer, las embarcaciones bailando sobre el lomo de las encrespadas olas, los pescados que subían coleteando sobre la cubierta traídos por el hilo de las artes que manejaban como en un diestro juego aquellos vikingos, todo aquel cuadro vivo de lucha y agitación de la flotilla, lo teníamos que admirar resistiendo a mil puñaladas que nos penetraban la carne con el frío acerado que traía el viento de las regiones del Bóreas.

Me acuerdo que cuando me sacaron de la celda de la penitencia con la barba de diez días, no podía forzar la voz y hablaba como deben hacerlo los aparecidos de las regiones inferiores de la muerte<sup>45</sup>.

### **La moral de un fiscal<sup>46</sup>**

La otra vez que, a despecho de mis buenos propósitos, estuve en celda de castigo fue una historia desagradable que no sé si no valdría mejor pasarla por alto, como triste caso que es de miserias humanas. Pero como constituye una pieza del proceso y estamos en ello, fuerza es vencer la natural repugnancia para pasar como sobre ascuas por el asunto.

Cierto elemento de la Juventud Socialista local, que estuvo como principal o principalísimo en los preparativos de lo ocurrido el 5 de octubre en Eibar, el cual era al mismo tiempo de los que más celosamente trataron de monopolizar la gloria revolucionaria que se prometían, parece que a la hora de la verdad se rajó por dentro, y después de haber hurtado el cuerpo en lo posible el día de la función, anduvo después huido de la Ceca a la Meca, con un pánico que no hacía honor a sus antecedentes

<sup>45</sup> Párrafo añadido en 1956.

<sup>46</sup> Epígrafe añadido en 1956, por desdoblamiento del anterior.

inmediatos pero que tampoco se le imputaba como delito, porque el miedo es libre y más teniendo mujer e hijos. Nadie, en efecto, está obligado a ser héroe, y aunque esto se entienda siempre a condición de no haber antes alardeado de valiente, la persecución y la desgracia nos había justificado a todos, perdonando lo más y lo menos de la actuación de cada uno.

Cuando, al cabo de algún tiempo de su vagar incierto, fue detenido y le trajeron a la cárcel de Pamplona, los que ya nos considerábamos veteranos en ella, a pesar de la incomunicación en que fue puesto, gracias a un ordenanza que simpatizaba con nosotros, logramos hacerle llegar para su gobierno una nota orientadora, pues los otros íbamos bastante adelantados en autos. Y el muy indigno que resultó ser, se la presentó al juez instructor, creyendo con esta oficiosidad y con las confesiones que de *motu proprio* adelantó por escrito implicando nominalmente a muchos de los procesados, ganar la benevolencia de los jueces.

El juez instructor, naturalmente, se quejó al director de la cárcel del hecho de que sus incomunicados pudieran recibir tales notas, y este se vio en el caso de descargar el rigor del Reglamento contra el ordenanza que nos servía tan bien y contra el que supuso era, sin entrar en averiguaciones, el autor de la nota denunciada, en la que no me acuerdo qué parte pude tener yo, si es que tuve alguna.

No adelantó mucho el felón con su denuncia ni con sus confesiones, pues el juez, aparte el interés profesional de mantener su jurisdicción, no mostraba deseos de agravar la situación de nadie; y el fiscal, cuando hubo de informar en el sumario, tampoco se las debió tener muy en cuenta. Es más, en el acto de la vista de la causa, al referirse a este incidente, manifestó que el haber traicionado a los suyos (sic), no atenuaba, si es que no añadía, a las responsabilidades del traidor (sic) en los hechos acaecidos<sup>XI</sup>. Y si no hubiera sido porque el día de la prueba, quiero decir el 5 de octubre, se sustrajo a la materialidad de muchas cosas, hurtándose vergonzosamente como anduvo, le hubiese tocado como al que más.

Con todo, tampoco quedó con los que menos, si bien todo hacía esperar que era lo mismo una cosa que otra. A lo menos para los que no habíamos perdido la fe. Las mismas derechas prometían al cuerpo electoral olvidar con una gracia general aquel triste episodio de nuestra Historia, en el que todo no fue sublime desde luego, pero a cuyo respecto tampoco nadie, a derecha e izquierda, había que no tuviese su parte de culpa que hacerse olvidar.

---

<sup>XI</sup>. A la luz de lo que ocurrió seis o siete meses después, se ve que el fiscal, figura destacada de la sublevación militar, que indudablemente era de los comprometidos en la gran conjura, quería sentar ante los componentes del Consejo de Guerra de Oficiales de la Plaza de Pamplona, seguramente no menos comprometidos que él, una moral que era aplicable a los Eguías que luego pudieran darse entre ellos.

## La castidad

La castidad en la cárcel padece de las visiones fantásticas que perseguían a los anacoretas en el desierto, con su cortejo de íncubos y subcubos y la fauna alucinante que puebla los cuadros de Jerónimo del Bosco, porque nada hay que despierte tanto la sed como el saber que no hay agua en el lugar. Mas si la tentación visita la celda de los presos, igual que penetra en la de los hombres de Dios con todo y tener el Libro de Horas a la mano y el mágico recurso del signo de la cruz para ahuyentar al diablo, también en la cárcel, como seguramente en el claustro, se cumple el viejo aforismo, que no sé si pertenece a Hipócrates o a Avicena, y dice: Deja la lujuria un mes y ella te dejará tres.

La castidad se reducía para los antiguos a no cometer adulterio, por lo que ello tiene de desorden social. *Non moechaberis*<sup>47</sup>, que Dios escribió en las tablas de la Ley. La historia de Tamar (Genesis, 38.) nos enseña que no hay fornicación donde no se dé ese desorden. El acto de Judá en la Encrucijada de las Aguas camino de sus rebaños, con una mujer sin marido al precio de un cabrito, nada tiene que ver con la moral, según se deja ver en la conciencia tranquila del Patriarca, de cuya simiente y de la gracia de la misma aventura había de nacer la raza de la que saldría el Salvador.

Tampoco su nuera, que era aquella mujer disfrazada de lo que no era, hubiese pecado con salirle al camino para esa obra; y ni aun hubiese pecado en el caso de que él hubiese sido un extraño y no un obligado a darle de su simiente, si no fuera por haberse quitado los vestidos de su viudez para que el suegro galanteador creyera que las había con una meretriz.

Pero entiéndase como se quiera esta virtud cristiana de la castidad continente e impoluta que los cristianos de los primeros siglos exaltaron tanto, por oposición al materialismo desordenado de la sociedad romana que los había arrojado a las fieras, el espejo mágico que en casa de la bruja embelesara al doctor Fausto al sentir hervirle la sangre de su nueva juventud, existe también para el preso en aquella casa de la bruja que es la cárcel y, como al doctor de la tragedia de Goethe, le sume en la visión encantadora de lo más preclaro de las obras de Dios, según lo proclamaba nuestro amigo Paulo, de Ermua: el divino cuerpo de la mujer. Y como Paulo, el “chispagña”<sup>48</sup> de Ermua, así lo proclamaba también el lápiz carcelario en todas las paredes, con figuras y conceptos que siempre apuntan a lo mismo, en un sueño moroso que no descansa el día ni la noche.

Por eso, hablando un día como hablábamos de todo lo divino y lo humano, ya que el tiempo de la cárcel da para todo, hablando, digo, sobre el tema de que ya nada

<sup>47</sup> Del latín, “no cometerás adulterio”.

<sup>48</sup> El obrero especializado en la manufactura del mecanismo de disparo. El nombre proviene del tiempo en el que las armas empleaban llaves de chispa.

queda por inventar por haberse inventado todo, protestó airado un buen vecino de Eibar, recién casado él, que había dejado en el pueblo a su mujercita que la echaba de menos en sus tristes noches de la prisión, habiéndosele interpuesto este accidente de octubre en plena luna de miel. Y su protesta fue para hacer constar que aún quedaba algo muy importante que inventar: el poder pagar por teléfono, es decir, a distancia y al través de todo lo interpuesto, lo que los canonistas llaman el débito conyugal.

### Consejo de Guerra

El Consejo de Guerra de Oficiales de la Plaza Fuerte de Pamplona que nos juzgó, a pesar de la solemnidad con que se constituyó durante varios días en una de las espaciosas salas de la prisión, no alcanzó a cobrar ninguna intensidad dramática, con todo y lo enorme de las penas que solicitaba el fiscal<sup>49</sup>.

Estaban próximas las elecciones generales y todos los partidos, incluso las derechas, habían prometido borrar con una amnistía el episodio de octubre de 1934. Por otra parte, el Gobierno había abdicado ya del rigor con que emprendió la represión inmediatamente después de los sucesos; represión que fue bárbara por demás, sobre todo en Asturias, donde se prodigaron los malos tratos que escandalizaron al país. Y al no atreverse a ejecutar la sentencia capital que había recaído contra Ramón González Peña<sup>50</sup>, presidente del Sindicato de Mineros de Asturias, en quien concentraron la máxima responsabilidad de la insurrección de aquella región, se prejugaba que las sentencias en nuestro caso serían una formalidad en el papel. De este suerte, la elocuencia que derrocharon la acusación y las defensas –en mi caso don Salvador Goñi, del Colegio de Pamplona– apenas emocionaba más que en la medida que pudiera haberlo hecho un torneo literario en la sala de una academia.

Presidía el Consejo el general Solchaga, personaje que apenas cinco meses después habría de ejecutar, en calidad de jefe rebelde, el ataque de las fuerzas de Pamplona contra Guipúzcoa, donde la población civil supo reducir a la autoridad legítima de la República a los cuarteles alzados de la guarnición militar de San Sebastián.

<sup>49</sup> El Consejo de Guerra inició sus sesiones el 20 enero de 1936, a las 11 de la mañana, retirándose a deliberar el día 24. Antes de iniciarse el Consejo 22 eibarreses detenidos ya habían visto sobreesida su causa, y el fiscal se la retiraría a otros 43 acusados. En total, fueron juzgados 105 eibarreses.

<sup>50</sup> Ramón González Peña (1888-1952) fue un minero, sindicalista y político español. Hijo de mineros, trabajó desde pequeño en la mina, lo que no le impidió completar estudios de capataz. Entró joven también en la lucha obrera, contribuyendo desde la UGT a la organización sindical de varias cuencas mineras. Sería el alma de la sublevación asturiana de octubre. Ligado políticamente a Negrín, fue presidente del PSOE, del Grupo Parlamentario Socialista y de la UGT durante la mayor parte de la guerra. La defenestración de su patrón político en el exilio le llevó a ser expulsado del PSOE en 1946, aunque sería readmitido póstumamente en 2008.

Esta era su segunda condena de muerte por rebelión. Había liderado en 1930 una huelga general revolucionaria en apoyo a la sublevación de Jaca por la que se le había pedido la misma pena.

Actuaba de fiscal, en representación de la Capitanía General de Burgos, un tal Dávila, de no sé qué graduación entonces, que seguramente es el general del mismo nombre que luego representó destacado papel con los sublevados de julio; el cual, al morir trágicamente por justo castigo de Dios el general Mola, le sustituyó en las operaciones de la región del Norte contra la República, en cuyo nombre, durante las actuaciones del Consejo que nos juzgó en Pamplona, solicitó cuatro penas de muerte y un crecidísimo número de cadenas perpetuas por el delito de “rebelión militar”<sup>51</sup>.

Muchos de los oficiales que componían el Consejo, por no decir todos, estarían por su parte comprometidos formalmente en el complot militar que se venía gestando desde mucho antes de nuestra conspiración y protesta. Y eran estos oficiales, moralmente incursores en las responsabilidades que iban a juzgar en nuestras personas de ciudadanos –que pudimos errar, pero en todo caso por un exceso de celo republicano–, los que, atendiendo a las consideraciones del fiscal y desoyendo a las defensas, convirtieron en sentencias casi al pie de la letra las peticiones de aquel ministerio<sup>52</sup>.

El fiscal, en su informe, aunque no recuerdo ahora sus palabras, dejaba entrever esta dramática situación moral de los jueces y exhortó al Tribunal a que, en todo caso, no procedieran alegremente a satisfacer al rigor de la ley que él había tenido que invocar y al prestigio de la severidad castrense, pensando que una amnistía vendría poco después a remediarlo todo y tranquilizar sus conciencias. Porque en política –advertía, refiriéndose a la situación explosiva del momento y circunstancias y evidenciándose el conspirador que había en él– nada había seguro, ni nadie podía acertar lo que pudiera ocurrir al día siguiente.

Uno de los eibarreses condenados en aquella ocasión a cadena perpetua fue juzgado bajo la misma acusación de rebelión militar durante la guerra civil, al ser hecho prisionero por los facciosos en Santander. Y hubo de advertir lo paradójico de su situación al Tribunal, en el que no sería extraño que figurara de nuevo alguno de los oficiales del Consejo de Guerra de Pamplona, preguntando en cuál de los dos casos erraban los jueces. Porque necesariamente había de ser en alguno, si es que no erraban las dos veces, incurriendo en la misma injusticia entonces y después.

<sup>51</sup> Confunde al general Fidel Dávila (1878-1962), que ocuparía destacados puestos en el primer franquismo y durante la Guerra Civil, pero que no tuvo relación directa con su Consejo de Guerra, con el fiscal del mismo, el capitán José María Dávila, que también combatiría en Guipúzcoa desde los primeros compases de la sublevación.

<sup>52</sup> De entre los eibarreses, los condenados a muerte fueron Juan Ibarra Aranceta, Francisco Inchaurreaga Múgica y Julián Prieto Basurto. El autor fue uno de los 19 condenados a 25 años de reclusión mayor, la segunda pena más dura de las impuestas.

## La amnistía

A las elecciones siguió el decreto de amnistía sin tiempo a que fuéramos trasladados a penales para empezar a cumplir nuestras condenas<sup>53</sup>. El triunfo electoral de las izquierdas, que representaba la recuperación de la República, estaba descontado desde el momento que esta vez aquellas fuerzas se presentaban en un frente unido; pero, evidentemente, lo que contribuyó a acentuar y magnificar el triunfo más allá de lo imaginado, fueron los presos que poblaban las prisiones y los huidos de octubre que aguardaban en el extranjero.

Y así terminó aquel episodio. ¡Adiós, pues, Pamplona, plaza fuerte al pie de cuyos muros luchó y cayó herido un soldado de la unificación nacional de España que había de llamarse San Ignacio! ¡Adiós, ciudad de los San Fermín con las piedras bermejas y las rejas oscuras de tu cárcel! ¡Suerte que no nos cogieran allí, dentro de cuatro paredes, las cosas terribles que habían de suceder y no tardaron en producirse, y en las que la capital de Navarra no quedó a la zaga!

Mas ¿cuántos de los que entonces recobramos la libertad no fueron a morir luego en las vicisitudes de la guerra que siguió poco después? Ciertamente, no pocos. Ya dije lo de Alejandro Tellería, que recaló en el penal de Burgos, donde sucumbió a la enfermedad que contrajo en la prisión de Pamplona. También dije la suerte de José Ignacio Echeverría, el boticario, fusilado en Santander con otros conocidos eibarreses por el delito de haber salido a la defensa de las instituciones legítimas. Los Martín *Querido*, los *Upay*, los Inchaurreaga, los Marcanos, los Ibarra y otros cuya lista completarán en Eibar sus propios que los estén llorando, salieron de la cárcel para caer en los frentes de combate, señalados por el rigor de un destino implacable.

Y ¿cuántos no volvieron a estar tras las rejas en todas las prisiones de España, con la “recomendación” que representaba para sus verdugos el ser del número de los procesados por lo de octubre? ¿Y cuántos no nos hemos encontrado en los ásperos caminos del exilio, verdadero salto en lo desconocido, comiendo el pan amargo de la emigración?

De éstos, que también somos legión, con más y menos suerte, no callaré, aunque no pueda mencionar a todos, a Eusebio Gorrochategui. Fuimos de los más íntimos en la cárcel y luego tuvimos ocasión de cultivar esa misma intimidad y afecto en Toulouse. No nos entendíamos tan bien y tan cabalmente por ser ambos veteranos de todas las vicisitudes de la Cooperativa Alfa, en Eibar, sino más bien por afinidad en los gustos y por una feliz coincidencia en muchos temas que cultivábamos.

---

<sup>53</sup> Aunque el decreto de amnistía fue firmado por Azaña el 20 de febrero de 1936, debido al retraso en llegar la noticia a Pamplona, los eibarreses no fueron liberados hasta la mañana siguiente. Tras una visita a las sedes de la Alianza Pro-Presos, el Centro Obrero y la de Izquierda Republicana para expresar su agradecimiento por el interés y las atenciones que estas organizaciones habían tenido con ellos durante su prisión, y tras una comida en un restaurante local, partieron en varios autobuses camino a Eibar, para un recibimiento multitudinario.



Nos separamos en 1941, en el puerto trasatlántico de Marsella, sobre el muelle, cuando las autoridades de Vichy, atentas a las sugerencias de Falange y la Gestapo, impidieron embarcar en el *Paul Lemerle* que nos trajo a este lado del mar<sup>54</sup> a unas cuarenta familias de españoles –entre ellas la de Eusebio– por estar comprendidos los varones en edad militar, sin consideración a que habían dejado la casa, los acomodos de trabajo y habían realizado todas las cosas para reunir el dinero del pasaje que tenían en la mano.

No creo que de los ciento cuarenta y cuatro eibarreses procesados por lo de octubre se librara ninguno, cuando la resaca de la guerra, de la adversidad de la muerte, la cárcel o el exilio. Y si alguno quedó olvidado en los entresijos del inmenso drama que se representó sobre la piel de toro ibérica, ¿acaso España toda no es una cárcel inmensa para el que piensa y trabaja, para el que depende de un salario y tiene que aguantar a todos los inmorales del estraperlo y el mercado negro instalados en el poder?

### Agradecimiento

No quiero dejar estos paisajes de la cárcel sin consignar, en nombre de los ciento cuarenta y cuatro vecinos de la Ejemplar Ciudad que estuvimos alojados en la de Pamplona, la justicia que es decir hasta qué punto Eibar confirmó este título que le adjudicó la República, con el servicio de solidaridad que practicó con los presos y sus familias en los diecisiete meses que duró el cautiverio.

Pocas veces, en efecto, se habrá visto igual solicitud por unos que habían perdido y fueron sellados por la derrota. No había distinción de ideas en la obra de aquella ayuda en la que intervenía todo el vecindario. Verdad que contribuyeron a ello el escándalo y la vergüenza de las inhumanas palizas que la Guardia Civil y los de Asalto, en medio de la consternación del vecindario que oía los gritos de dolor de los maltratados, prodigaron, a tono con el bienio negro que le tocó padecer a la República, en la persona de los que iban deteniendo luego de los sucesos, antes de trasladarlos a Pamplona en sucesivas remesas.

Por una ventura que he de agradecer a los dioses fui exceptuado de esos malos tratos, por ser de los prisioneros de la primera redada hechos por el Ejército, que no tuvo ocasión de ningún resentimiento con nosotros. Y ya que estamos en esto, también quiero hacer constar, por ser de justicia, que no hubo la menor coacción para nadie en la cárcel de Pamplona una vez bajo la jurisdicción del juez instructor.

<sup>54</sup> El *Paul Lemerle* fue un mercante francés fletado a instancias del periodista norteamericano Varian Fry para permitir la huida desde la Europa ocupada de cientos de personas. Además de judíos y otros perseguidos de línea, como nuestro protagonista, el *Lemerle* salvó de una muerte cierta a un número significativo de personajes de alta significación en la cultura del siglo XX, desde el filósofo Lévi-Strauss hasta el poeta surrealista André Bretón. Jon Juaristi ha reconstruido en su libro *Los árboles portátiles* todo lo que rodeó a aquella extraordinaria singladura, mencionando en concreto la peripecia de nuestro protagonista.

Pero entre tantos rasgos hermosos a que dio lugar nuestra prueba de la cárcel, tan grave entonces y que, sin embargo, había de quedar reducida a poco más de nada en comparación con las que cualquiera hubo de soportar después con la guerra, ninguno tan admirable como el de la familia Berraondo. Esta familia eibarresa estaba afincada en Pamplona cuando una caravana de autobuses, escoltada por gran aparato de guardias, nos trasladó a la cárcel provincial de aquella ciudad a los prisioneros del 5 de octubre.

Además de cuidar de la ropa y los extras de varios de sus parientes que figuraban entre los presos –uno de ellos el alcalde Tellería– se tomaban el trabajo de pasarnos diariamente, así lloviera o nevara, haciendo a pie el trayecto a la cárcel, dos o tres termos de café, amén de otros frecuentes obsequios, de una manera absolutamente graciosa. Aposentaban además en su casa a no pocas personas que iban de Eibar a visitar sus deudos en la prisión, habiéndose convertido la capital de Navarra en una especie de lugar de peregrinación para nuestros paisanos, y encima recibían toda clase de encargos y comisiones consignadas a nosotros, como si se tratara de un consulado.

Con ser igualmente deudores a todos los miembros de aquella familia que actuaba toda ella con noble emulación, fuerza es consignar que era doña Martina Ojanguren, la madre y esposa, la que movilizaba a padre e hijos para el desempeño de aquella buena obra, más admirable por el desinterés político que suponía, pues si esta familia tenía alguna política, no era la nuestra. Aunque yo creo –dicho sea en el seno de la confianza– que ella, doña Martina, se cobraba a satisfacción y aun con ventaja de todo aquel sacrificio, a la hora de la comunicación con los presos los días de visita, con podernos gritar en el locutorio como a unos chicos traviesos, en su vascuence de Eibar, reproches como este:

–¡Esto sí que está bueno! ¡Si hubiérais ganado, me habríais quitado mis casas de Eibar, empezando por no pagar las rentas; y ahora que habiendo perdido estáis tras esos hierros, soy yo la que os tengo que hacer todo esto, que no sé si me lo agradeceréis!

Tanto como agradecer, puede estar segura la buena paisana que se lo agradecíamos y le agradecemos al infinito los que aún alentamos, y yo sobre todo, que no tomaba de su café, si bien mi familia estuvo hospedada muchas veces en su casa cuando venía a visitarme. Y para que se vea los extremos de inhumanidad que suscitó el trauma jurídico provocado por la rebelión de los generales en los fanatismos latentes de la raza, baste decir que aquella obra de misericordia, que era de admirar por todo buen cristiano, le costó caro y bien caro a la buena señora cuando sobrevino la guerra, pues la pelaron al cero y la sacaron a la vergüenza pública.

Mucho más caro aún les costó a otros vecinos de Pamplona que también nos visitaban en la cárcel por afinidad de ideas y obedeciendo a un sentimiento que nosotros decimos de solidaridad y ellos debían haber reputado de caridad cristiana; los

cuales, como muchos otros culpables de hechos por el estilo, fueron muertos espectacularmente como en un regreso a la Edad Media. Y allí había autoridades controlando todos los resortes del mando, y había un obispo, y había magistrados y había, sobre todo, un pueblo que blasonaba de católico, y muchos templos que se llenaban de gente y adonde todos los días Dios descendía sobre el altar.



# La guerra



*Iglesia de San Andrés, vista desde una Bidebarrieta devastada*

Dibujo de Julen Zabaleta

## La verbena que nos prometíamos

Cuando Indalecio Prieto, durante la primavera de 1936, luego del triunfo electoral de febrero, como hombre el más informado que ha sido siempre, advertía a la opinión y al Gobierno, en artículos y discursos, del peligro que entrañaba el golpe militar que estaba preparado, había quienes, por pasión política, cerrando los ojos a la evidencia, calificaban aquella insistencia del diputado socialista de “cuentos de miedo”. Y como la radicalización de ciertos elementos del partido no consistía sino en tomar de prestado lo malo de aquellos a quienes trataban de emular, no ya la diatriba, sino los supuestos calumniosos estuvieron a la orden del día.

No faltaron quienes achacaban “*aquel interés de Prieto en alarmar a la opinión*” a un apetito inmoderado de volver a gobernar y avanzar en su carrera política, propiciando la oportunidad de presidir un ministerio, pero el calumniado llevó su delicadeza moral al extremo de faltar acaso a un deber histórico en interés de desmentirles, pues de haber formado gobierno Prieto cuando insistía en sus desesperadas advertencias y la opinión sensata del país se lo reclamaba y el Presidente de la República le ofreció la oportunidad, seguramente la faz política española hubiera sido hoy muy distinta.

Pero no me cabe duda, que lo peor que nos ocurría a todos, y lo que hacía hablar tan ligeramente a los enemigos de Prieto en el partido, es que en realidad no nos dábamos cuenta de la magnitud y la gravedad del peligro denunciado, aunque nadie dudara de su existencia. Y no pocos se prometían otra verbena nacional como la del 14 de abril, después de un 10 de agosto en el que al pueblo habría cabido alguna participación que le diera gusto contra los traidores.

Y cuando el 18 de julio reventó, por fin, el postema, todos creíamos todavía en una especie de nube de verano que pasaría sin consecuencias mayores, y a la que se podría hacer frente, cuando no con palos, con las pistolas y revólveres y las escopetas de caza que fabricaba Eibar y estaban en el comercio y en los particulares. Pero la gestación del movimiento había sido tan larga, y los conspiradores habían trabajado tan a cubierto desde los mismos ministerios de la República, con aquellos gobiernos epícoros del bienio negro mediatizados por el enemigo que, a la hora de defenderse

y obrar contra los alzados, todos los resortes del poder aparecieron minados a lo largo y lo ancho del cuerpo de la nación, sin más amparo la República y sus autoridades legítimas que el de la población civil, el pueblo.

Y la situación fue gravísima desde el primer momento.

### **¡No sabéis mucho lo que os viene encima!**<sup>1</sup>

Con todo y esta gravedad que se acusaba desde el primer momento, aún nos costaba en general convencernos de ello. Los angustiosos requerimientos de las autoridades civiles, los gobernadores en provincias conminados por los sublevados desde los cuarteles con ir por ellos para una justicia sumarísima, como el pobre Artola en San Sebastián<sup>2</sup>, parecían a primera vista a la gente de la calle como una invitación a un partido con ventaja, como tenía que ser una lucha en favor de la legalidad constituida por derecho, en la que tenía que ser parte toda persona honrada.

Y aquellos otros que, en antecedentes del complot y las asistencias con que contaban los complotadores, se atrevían a insinuar en nuestros oídos, viendo comprometernos a fondo en la obra de suscitar las defensas de la legitimidad y el derecho, volcando todo lo que había a nuestro alcance sin reparar en ningún sacrificio; que se atrevían, digo, a insinuarnos: “*¡no sabéis mucho lo que os viene encima!*”, tampoco en realidad sabían mucho más que nosotros lo que ciertamente le venía encima con aquel alzamiento militar a la pobre España de nuestros pecados.

Y cuando Prieto, en interés de prevenir el loco consumo orgiástico de los primeros días del movimiento, habló por la radio a la nación, de “*la guerra larga que tendríamos que afrontar*”, seguro estoy que, con toda su clarividencia política, se refería a algo de bastante menos entidad que los tres largos años de sangre y disipaciones que en realidad vino a durar la terrible contienda.

¡No sabíamos, no, lo que nos venía encima! La cosa, en efecto, resultó infinitamente mayor de lo que podíamos suponer unos y otros, los ignorantes y los que sabían del complot. Y por lo mismo se planteó en términos tales que no podía haber gananciosos de ninguna manera.

Porque, aunque se hayan dado vencidos y vencedores, locos habrían de ser los que creyeran que la rápida carrera que han podido hacer unos cuantos militares im-

---

<sup>1</sup> Epígrafe creado en 1956, por desdoblamiento del anterior.

<sup>2</sup> Jesús Artola Goicoechea (1886-1970) fue un político republicano de derechas de origen navarro. Era gobernador civil de Guipúzcoa cuando se produce la sublevación militar. Su papel, rápidamente superado por los acontecimientos, fue muy secundario. A los pocos días de iniciada la guerra, decidió evacuar San Sebastián bajo pretexto de los bombardeos rebeldes. Su huida, que así se entendió por muchos, solo sirvió para que las organizaciones izquierdistas, especialmente los anarquistas, se hicieran con el control que ya ejercían de facto sobre la ciudad. Refugiado en Eibar, hizo desde allí algunos tímidos intentos de recuperar sus funciones, pero estaba ya claramente superado por la situación. Se exilió tempranamente.



pacientes o ambiciosos; las mejoras materiales que hayan logrado algunos cuerpos especiales por guardadores de la injusticia del régimen; las fortunas que hayan podido improvisar unos cuantos desaprensivos —hambreadores del país—, y la satisfacción de una docena de obispos —encantados con la destrucción de la prensa liberal y la supresión de los derechos del hombre a los que no vivieran sometidos a ellos—, sirve para compensar el millón de españoles muertos, la disipación financiera que representa la guerra hecha en ambos lados a expensas del capital histórico de la nación, la necesidad que ha seguido para los vencedores de una política de crímenes y venganzas vigente aun después de diez años de la llamada victoria, los abismos de sangre que se han abierto en la familia española y las tormentas que se han acumulado en potencia para un futuro que no se podrá eludir.

Eso sin contar el hambre crónica del pueblo, el secuestro en que a este le tienen que tener con un aparato de fuerza que representa más de la mitad del presupuesto de la nación, las explotaciones inícuas de los estraperlistas enquistados en todas las dependencias de la Administración, la general inmoralidad de la que no se salva ninguna clase social, la vergüenza del repudio universal, la perduración de todos los problemas que fueron invocados para justificar la sublevación, ahora más agravados que nunca, y el planteamiento de otros nuevos de no fácil solución que los reservan como pesada herencia a quienes se atrevieran a suplantarlos en la ocasión de cualquier mal tropiezo.

A la vista de este balance, que no puede ser más verdadero, ¿habrá quien hable aún de gananciosos desde un punto de vista nacional o histórico?

### **La pequeña guerra que ellos se prometían**

Había en mis tiempos de grabador un tipo en el gremio, excelente maestro del oficio, con un instinto artístico como el de los oscuros colegas que hicieron naturalismo en las piedras góticas, pero que no leía nada. Y cuando se le ocurría comprar un periódico solicitaba el más grande, porque lo adquiriría pensando cambiar los papeles de la cómoda, porque, eso sí, era un buen padre de familia. Este, de oír a los amigos, solía citar a Victor Huevo, creyendo nombrar al autor de *Los miserables*.

Y cuando las energías no le cabían en el cuerpo por efecto de algunas copas que a veces ponía entre pecho y espalda<sup>3</sup>, pedía a Dios que el despertar a las seis de la mañana del día siguiente fuese para enterarse de que “había guerra en la plaza de Unzaga”. Claro está, una guerra a su medida, no como aquella que entonces ocurría en la vecina Francia y cuya actualidad le sacaba afuera el atavismo; una que cupiera en aquella plaza pueblerina y se ventilase como las que alguna vez se dieron en ella en días de elecciones: a puñetazos o a lo sumo a paraguazos, y nada más.

---

<sup>3</sup> En 1949 dice “por efecto de los hidrocarburos que algunas veces ponía en él”.

Así también se lo habían pedido a Dios, y con una mente semejante a la de nuestro paisano, muchos de los que participaron en el complot de los militares: una pequeña guerra a la que bastaran los dineros reunidos entre aristócratas roñosos y miserables banqueros, y que, poco más o menos, no tuviera que pasar sino sobre unos cuantos “cadáveres” como el del Marqués de Alhucemas cuando aquello divertido del Marqués de Estella, y, en todo caso, que no exigiera sino sangre plebeya, de la que bastaría la de algunos atolondrados cabecillas.

Pero los capitostes que habían estado en Roma y Berlín en busca de complicidades, más que apoyos de buena voluntad<sup>4</sup>, temiendo que la destrucción de la República, con lo que hacía ilusión al pueblo, fuera cosa de mayor envergadura, dieron ocasión a que Hitler y Mussolini –zorros astutos y realistas brutales– pensaran ensayar sobre la península ibérica, como *in anima vili*<sup>5</sup>, las armas, las tácticas y los procedimientos de guerra que habían de seguir en la que fraguaban a gran escala contra las democracias podridas.

Y, aparte otras circunstancias, fueron principalmente estas dos calamidades internacionales tan envidiadas por nuestras derechas, los que hicieron que nuestra guerra fuese en realidad, no solo un ensayo general, sino el prólogo y aun el acto primero de la mundial número 2 que no había de tardar en producirse.

De ahí los Guernicas, en que los nazis aprendieron a “coventrizar”<sup>6</sup>, los procedimientos de terror que precedieron a Lídice<sup>7</sup>, el Nuevo Orden con trabajo forzado, las cárceles abarrotadas y en secuestro político el pueblo, solo bueno para ser conducido en rebaño, de que España, esta España nuestra, fue el primer sujeto de experimentación en la Europa que se prometían rehacer a su antojo; circunstancias que desde el primer momento prestaron a nuestra guerra un carácter enteramente internacional.

Carácter internacional que luego determinaría la ayuda interesada de Rusia en el lado republicano. Y como esta ayuda, con la inhibición culpable de las democracias, no bastaba para vencer, viniendo dosificada en forma que sirviera solo a prolongar la

<sup>4</sup> En 1949 dice, en nota al pie luego eliminada: “...en Roma ya para marzo de 1934”.

<sup>5</sup> Locución latina que significa literalmente en ánima vil. Tiene su origen en el habla médica del Renacimiento, donde se empleaba para decir que las experiencias se realizaba sobre cuerpos sin valor o de personas de baja condición. Actualmente expresa que un experimento ha sido realizado en animales.

<sup>6</sup> La ciudad inglesa de Coventry sufrió un devastador bombardeo estratégico la noche del 14 al 15 de noviembre de 1940. Ante el terrible éxito del ataque, la propaganda alemana –algunas fuentes atribuyen al mismo Goebbels el término– empezó a usar una forma verbalizada del nombre de la ciudad, *coventrisieren*, como eufemismo en sus amenazas. El término hizo fortuna, pasando a otras lenguas en el sentido general de destruir una ciudad desde el aire, aunque perdiera el matiz alemán original, por el que se entendía que se esperaba ser el sujeto activo en la cuestión.

<sup>7</sup> Pequeño pueblo, en la actual República Checa, que fue arrasado y masacrada la práctica totalidad de sus habitantes en 1942 como represalia por el asesinato en Praga del jerarca nazi Reinhard Heydrich.

resistencia en interés de mantener un foco de perturbación general en el mundo capitalista, de ahí los tres años que duró el incendio a beneficio de tres dictadores moralmente intercambiables y la magnitud de las ruinas que cubrieron nuestro solar.

### La ayuda del pueblo

Cuando, iniciada la tormenta, las autoridades civiles, privadas por la traición de sus principales resortes, no se bastaban contra los sublevados, que eran los depositarios de la fuerza pública, como fue el caso en casi todas las provincias y sobre todo en la capital, ¿hicieron bien en recurrir al pueblo, esa potencia peligrosa por los inveterados agravios que duermen en ella y pueden despertarse, buscando su ayuda?

La pregunta, aunque la contestación no ofrezca duda, en realidad debía decir si hicieron bien las autoridades *en consentir* la ayuda del pueblo, porque el pueblo en todas partes se lanzó a la calle por espontáneo impulso de ciudadanía, sin aguardar a que las autoridades legítimas se vieran asfixiadas bajo la presión de los sublevados.

La pregunta, aunque la contestación no ofrezca duda aun en su primera forma, por tratarse más que de un derecho de un deber cumplido, se justifica por ser ese el crimen capital que los rebeldes —que siguen siéndolo a pesar de su fortuna militar y su instalación de hecho en el poder— imputan al Gobierno republicano y a las autoridades subalternas que se creyeron en la obligación de resistir aquel golpe de fuerza descargado a traición y con alevosía.

Según ellos, el Gobierno republicano debía haberse dejado sacrificar dócilmente sobre el lugar, como el cordero de la figura profética de Isaías que, en manos de los degolladores, no abrió la boca ni tuvo una queja. Es como si el asesino acusara a la víctima de haberse defendido y de haber pedido auxilio; porque aquella resistencia y aquel auxilio pusieron luego al criminal en el trance de cometer mayores desaguisados, habiendo tenido que atropellar a muchos más para salirse con la suya.

Y con ser esto tan absurdo como alegato y tan monstruoso como doctrina, ha habido tribunales, magistrados y hombres que se dicen de derecho, doctores *in utroque jure*<sup>8</sup> y profesionales de la justicia, que han aceptado el alegato y aplicado esa doctrina en infinitos procesos de que resultaron infinitas condenas, muchas de muerte, seguidas de ejecución, cuando esa justicia cruenta no fue dejada hacer sin formas de proceso, como fue la realidad en muchísimos casos, a la vista de autoridades en posesión de todos los resortes del mando y control de su territorio. Para que se vea a qué extremos de abyección y miseria puede descender el hombre, con toga y todo, abdicando de su dignidad al servicio de la tiranía.

En Eibar, ni autoridades ni pueblo tuvieron tiempo de dudar un momento sobre cuál era su deber: defender la República en todos los terrenos y con todos los sacri-

<sup>8</sup> En latín, “en ambos derechos”. Se refiere a doctores que lo son en Derecho Canónico y Civil.

ficios que fuere menester, cerrando los ojos a las consecuencias. Hasta el capitán de la Guardia Civil que comandaba el puesto, un tal Bañarán, con ser muy devoto él, coincidió en esta apreciación. Ciertamente que la pagó cara sin esperar mucho, en Beasáin, donde fue hecho prisionero en el primer choque que los sublevados que venían de Pamplona tuvieron con los contingentes heteróclitos que salieron de Eibar a su encuentro. Fue fusilado en el acto, mas no sin que reclamara ante Dios por aquella justicia de hombres malos, pues él se había limitado a ser fiel a su deber. Otros números de su mando corrieron igual suerte, siendo también pasados por las armas sobre el lugar, a pesar de que imploraban por sus mujeres y sus hijos.

Aparte los horrores y las escenas lamentables que ya se estaban dando desde el primer momento de la sublevación en la capital de Navarra y en los pueblos de aquella provincia con los indefensos liberales a quienes se hacía pagar con la vida el haber votado por la República, el leer la prensa de Madrid y otros delitos semejantes, yo creo que fueron aquellas ejecuciones sumarísimas de Beasáin con las que se inició el triste capítulo de sangres que se había de escribir aún en nuestra pacífica y noble Guipúzcoa, entre hechos y represalias, habiendo asistido a tan trágico debut los curas selváticos que venían capitaneando los requetés navarros que precedían a las fuerzas regulares de Pamplona.

### **Requisición militar**

Los primeros días del movimiento en Eibar, fueron un jubileo de gentes enardecidas que llegaban de las tres provincias, y de Santander, y aun de Asturias, en busca de armas y municiones. Y a pesar de tanto enardecimiento de propios y extraños y el clima de venganzas que soplaba desde Navarra, de donde llegaban gentes que huían alocadas de alevosa muerte, no hubo confusión ni excesos en la localidad.

Desgraciadamente, Eibar no podía librar sino armas comerciales de escaso valor militar. Mas en aquellos momentos todo era precioso, sobre todo desde un doble punto de vista psicológico, pues lo que confortaba a unos servía a imponer a los otros a través de las informaciones que, sin necesidad de ser exageradas, les tenían que llegar y les llegaban sobre la medida en que las gentes civiles habían aceptado el desafío de la guerra. Decenas y decenas de miles de artefactos, con más o menos poder ofensivo, salieron aquellos días de nuestro pueblo sin exigir ningún precio a nadie.

En muchos casos, las existencias de que se echaban mano a este efecto, requisándolas a los particulares, era todo el capital de modestos industriales que no preguntaron quién se lo había de pagar. Les bastaba el recibo de las autoridades municipales, que lo extendían en forma con arreglo a las leyes de requisición militar, considerándonos en efectiva guerra, vista la actitud de los cuarteles y las conminaciones que dirigían a las autoridades civiles.

No sé si les habrá sido satisfecho lo proveído que acreditaban aquellos recibos con que se hizo frente a aquel estado de necesidad. Espero que sí, pues la República, ni en los extremos de su desgracia, tres años después, dejó de pagar a todo el mundo con un decoro religioso. De esto soy testigo de excepción. Sin embargo, la Monarquía nunca pagó al Municipio de Eibar, a pesar de sus reclamaciones, que reiteraba cada vez que le apretaba la necesidad, sus suministros de guerra de cuando las francesadas, que representaban un considerable capital con relación a su economía, como consta en expediente que obra en el Archivo Municipal y muchas veces he tenido en las manos.

Sea cual fuera el poder efectivo de nuestros suministros, lo cierto es que bastaron por entonces para reducir a los sublevados de los cuarteles de San Sebastián, donde no todo era unanimidad y heroísmo, a pesar de la rotundidad de las fulminaciones con que amenazaban al gobernador civil y sus auxiliares.

Pero, sobre todo, sirvieron para crear una confianza entre los civiles que hubieron de combatir. Cuando en algunos lados se dedicaban a incautarse de los automóviles de lujo y darse importancia con unos impactos hechos adrede en la carrocería, en Eibar agarramos los camiones que había y nos pusimos a blindarlos. No teníamos chapas bastantes que resistieran las balas del Mauser, pero aquellos vehículos que a distancia daban la sensación de tanques sin dejar de prestar alguna protección a los ocupantes, infundieron confianza a los nuestros e imponían al enemigo que, habiéndose encontrado con aquel espíritu bélico imprevisto, también tuvo que vencer sus primeros miedos, perdiendo no poco del tiempo tan precioso de los primeros momentos, como lo demuestra lo que demoraron las fuerzas de Pamplona en que confiaban los cuarteles a que se puso sitio en San Sebastián.

La cual confianza, si no correspondía a la realidad con que habríamos de vérnoslas, porque resultó, como ya nos lo insinuaban los enterados del complot, que habíamos de bregar, además de con los traidores de casa, con los moros de las tribus rifeñas y los alemanes y los italianos de la prestación fascista a la obra de destrucción de la República, sí servía a dar tiempo a que en medio del natural desbarajuste de la emergencia, también en nuestro lado se articularan las cosas y se pudiera poner en pie un esbozo de organización militar en las fuerzas de resistencia del pueblo que se habían improvisado.

Hablo, naturalmente, de la región inmediata al núcleo de nuestro pueblo, pero lo sucedido allí representa poco más o menos lo que ocurrió en muchos otros lados, por no decir en todas partes. Y cuando fuimos vencidos, porque así lo dispusieron los dioses, acaso para demostrar a los triunfadores la sangrienta inutilidad de su victoria, nos cupo el honor de serlo después de haber cumplido con nuestro deber y habiendo dado un ejemplo a Europa.

## La sangre de Abel

El caso de los cuarteles de San Sebastián, asediados por la ciudadanía valiente de aquella ciudad y los pueblos, sirvió para evidenciar las circunstancias verdaderamente monstruosas y todo el horror moral de aquella felonía de los militares profesionales. Se alzaron contra la República, a la que se habían obligado voluntariamente a servir con lealtad, pues la República, excediéndose en generosidad y elegancia, había dado oportunidad a todos ellos de resolver su caso profesional con arreglo a su conciencia, sin perjuicio económico para los que dejaran el servicio activo y aun la carrera, fueran sus razones las que fuesen.

Luego de tal traición, con la que demostraron que aquel gesto delicado de la República había sido como echar margaritas a puercos, ellos, que habían arrojado por la borda toda obligación y disciplina, retenían por la fuerza a la tropa y se negaron a atender las representaciones humanitarias de los padres de los soldados bajo su mando —el de los rebeldes— para que dejaran en libertad de abandonar los cuarteles asediados a los de fila que no quisieran sumarse voluntariamente a la actitud de los jefes, para que no se diera el caso infernal de matarse ciegamente padres e hijos.

Pero no, ellos, mediante el rigor de sus códigos, que no tenían vigencia sino para los sin graduación, desoyendo aquella apelación humanitaria, obligaban a los hijos a estar en guerra con los padres, que formaban parte de aquella ciudadanía que se creyó en el deber de defender al poder civil, y que, en aquel caso de San Sebastián, les había de hacer morder el polvo antes de que les valieran los apoyos de Pamplona.

Pues bien; este dramático caso de los cuarteles de San Sebastián, puesto de relieve por repetidas instancias que se hicieron llegar a los jefes y oficiales sublevados de una manera solemne, formal y pública, representaba los términos criminales en que se había planteado el problema en toda España, al no allanarse los padres, el pueblo, a la traición y la violencia. Y como el crimen requiere más crímenes, y estos otros muchos más y así sucesivamente, se encontraron en la triste necesidad de marchar sobre ríos de sangre hasta el final, por no decir hasta hoy, cuando todavía caminan sobre charcos sanguinolentos.

¿Qué vale que los curas de Navarra se sumaran como soldados a la nefanda empresa? ¿Qué importan las bendiciones de los obispos pretendiendo santificar los asesinatos? ¿Qué el sacrilegio de bautizar la guerra criminal y fratricida con el nombre de Santa Cruzada? ¿Qué hace que el Vaticano, tan activo ahora en condenar las persecuciones religiosas tras la Cortina de Hierro, enmudeciera entonces ante aquella barbarie anticristiana a la que se sumaban los suyos en España? ¿No comprendía que callar era tanto como otorgar, si es que en realidad callaba?

¡Santa Cruzada! Una vez más encubriendo con la Cruz una política miserable; una política de traición, de egoísmos, de materialidades que se resistían al sacrificio que exigía la paz social y preferían desencadenar aquella tragedia de la guerra civil antes

de rendirse a la justicia, a un poco más de justicia, que es lo que demandaba el pueblo agraviado durante siglos con aquellas tímidas reformas de la República que les provocaba a desgarrarse los vestidos...

Aquella sangre de Abel, con todo y aquellas santificaciones nefandas y con todo y aquel silencio cómplice, no es menos crimen que el de Caín, del que tendrán que responder ante la Historia.

### **La invención de la frase “quinta columna”**

Ya sé que se me dirá, sin reparar que lo uno no justifica en lo más mínimo lo otro: —¿Y los incontrolados del lado de la República que se dedicaron a tomar la justicia por su mano?

No nos defenderemos nosotros de la sangre ofrendada a los sedientos dioses de la venganza en las zonas republicanas, haciendo como hacen primero todos los que se asoman a nuestro problema sin participar en nuestros apasionamientos, esto es, buscando a las clases históricamente responsables<sup>1</sup> de ese desamor y esa barbarie que surgió a la superficie cuando el trauma jurídico de la sublevación.

Demasiado sabe todo el mundo que, habiendo roto los más obligados de conservarlo el vínculo que unía a todos en un cuerpo solidario regido por normas, fueron ellos los que hicieron creer a los desalmados que no faltan en todas partes en una especie de vacaciones generales de la legalidad que autorizaban a hacer justicia por uno mismo. No nos defenderemos de aquellos crímenes inquiriendo la raíz de los agravios que hallaron triste ocasión de ser vengados en la locura que ellos mismos —los que suelen acusarnos— desataron lanzándose por los caminos de la fuerza bruta. No nos defenderemos de ese cargo que nos reclama la sangre vertida en el lado republicano trayendo a la balanza el número y la magnitud de los asesinatos a mansalva que se prodigaron de norte a sur en toda la zona facciosa, donde ciertamente no podía haber incontrolados, teniendo a los institutos armados de su parte, sino en todo caso sicarios

---

<sup>1</sup> E. Heiman, profesor de la New School for Social Research, New York City, en su ensayo titulado *A Christian look at Communism*, escribe: “*We must bear in mind the historical causal relationship between our system and that of our adversaries, who, however bad they may be, are what they are, as manifestation, objetivation and nemesis of our sin. It is hard to despise our adversaries if we remember that they are our products*”<sup>9</sup>.

¡Cuánto más obligada no sería esta confesión para nuestros eternos intolerantes de tan negra historia, si fueran capaces de examen de conciencia!

---

<sup>9</sup> En inglés: “Debemos tener presente la relación causal histórica entre nuestro sistema y el de nuestros adversarios, los cuales, por muy perversos que puedan ser, son lo que son como manifestación, objetivización y némesis de nuestro pecado. Resulta difícil despreciar a nuestros adversarios si recordamos que son producto nuestro”.

y ejecutores de quienes se habían erigido en autoridad sin serlo. Asesinatos públicos en muchos casos, sin necesidad de ampararse en la oscuridad de la noche, y en no pocos con solemnidades de auto de fe y asistencia escandalosa de gentes que se dicen bien y confiesan o dicen confesar la fe cristiana.

No nos detendremos, para considerar más cerca la cuestión, como sería posible, en referir lo ocurrido en Navarra, las vergonzosas escenas de sangre y muerte de que fue teatro la misma capital de aquella provincia antes de que en las provincias hermanas de Guipúzcoa y Vizcaya, adictas a la República, se hubiese registrado ningún acto de venganza. No tenemos por qué referirnos a los nobles esfuerzos que hizo desde el primer momento el Gobierno de la República para recuperar los resortes materiales de la autoridad, destruidos por la traición, con la intención de evitar aquella sangre, ni recordar cómo, tan pronto restablecidos algunos de esos resortes, cesaron las muertes violentas en el territorio de su mando.

Tampoco nos tomaremos la molestia de recordar aquel alarde criminal del general faccioso que Dios se apresuró en castigar por su mano, cuando anunciaba cínicamente por la radio la existencia de una quinta columna dentro del mismo Madrid, la cual entraría en acción, atacando por la espalda a los defensores de la República, en el momento crítico en que les darían el asalto otras cuatro columnas por otros tantos flancos; frase que hizo gran fortuna y no pocas desgracias; fortuna, quedando incorporada al léxico universal, y desgracias, dando pábulo y visos de justificación a aquello que reclamaban los milicianos al salir para el frente: limpiar primero la retaguardia.

A cualquiera que haya defendido la República cumpliendo con un deber, sean cuales fueran las responsabilidades que haya tenido que afrontar en la terrible prueba a la que fuimos sometidos los que queríamos seguir siendo libres, le basta dejar sentado lo siguiente: aquellas víctimas de la justicia expeditiva del pueblo en su desesperación, que la República no pudo evitar, aun en el caso de las más evidentes culpabilidades, a nadie dolieron y perjudicaron tanto como a ella debido a la leyenda de la que, con la complicidad del púlpito y de los infames de la prensa internacional fascista, lograron rodearnos. Mientras ellos –los causantes de todo– han explotado aquellas víctimas con secreta satisfacción y no poco provecho político

## **El deber**

Suele decirse, creo que con harto fundamento<sup>10</sup>, que difícilmente se es héroe dos veces. Y, sinceramente, yo no sé lo que haría nuestro pueblo que se portó tan serena, tan valiente y desinteresadamente en esta circunstancia de la guerra y los azarosos comienzos de ella, si otra vez, por el rigor de los dioses exigentes, hubiera de afrontar la misma prueba. Yo no sé si se volvería a entregarse tan de cuerpo y alma a las responsabilidades como lo hizo entonces, sin preguntarse las probabilidades del éxito,

<sup>10</sup> En 1949 decía “...no sé con qué fundamento...”



aceptando de grado y, desde luego, con liberal y espontánea voluntad de sacrificio, todo el trabajo, todas las fatigas y todas las penalidades que supuso para él el camino emprendido. A esta distancia de las cosas, y visto todo lo que habíamos de ver, me estremece el valor de todo el mundo en aquellos momentos.

No era ciertamente la primera vez que Eibar abrazaba el sacrificio. Igual le ocurrió en la opción que nuestros padres y abuelos hubieron de resolver cuando las guerras carlistas. Y el mismo sino heroico le tocó padecer cuando, en 1794 –constituyendo una excepción en medio de la provincia contemporizadora–, hizo una resistencia suicida a las tropas de la Convención francesa.

Con todo y esta noble tradición, yo no sé lo que otra vez que ocurrieran las mismas circunstancias haría nuestro pueblo. Pero lo que sí sé es que, diez veces que volviera a plantearse el problema en términos semejantes, el DEBER sería siempre el mismo.

Por eso, en espera de que la Historia juzgue aciertos y desaciertos que siguieron en nuestra guerra defensiva de la República, podemos dejar sentado la satisfacción más honrosa que cabe a los individuos y los pueblos: la satisfacción de haber cumplido con todo el deber<sup>11</sup>.

## Final

Hacia mediados de agosto de 1936 me fue ordenado por radio desde Madrid personarme en la Embajada de España en París. Se trataba de procurar la reanudación de los suministros de petróleo por Rusia, que el Gobierno del bienio negro había suspendido en su afán de deshacer todas las obras del primer Gobierno de la República, pues sin esta fuente abierta para nuestras necesidades civiles y de la guerra, no sería difícil al enemigo dejarnos en seco.

La razón del requerimiento era que yo había intervenido personalmente en el contrato, que estuvo vigente durante los tres primeros años de la República, entre los soviets y la Campsa y era conocido de los directores de la representación comercial soviética de París. Poco después fui requerido a Madrid para ejercer la Dirección del Monopolio de Petróleos, función en la que, con otras atenciones como la de Consejero del Banco de España, estuve hasta el fin de la guerra.

Me es obligado decir, no en alabanza de mi gestión sino en honor de la solidez empresarial del Monopolio y su organización de servicios, que, a pesar del bache demoralizador de la sublevación militar, gracias a la fuerza de inercia, de la que aún le quedaban reservas al terminar la guerra, en ningún momento de los treinta y tres meses de hostilidades faltaron ni la gasolina ni los aceites, con ser tan complicado el asunto de la compra y fletamentos, sobre todo en unas circunstancias en que cada cargamento era un objetivo para el enemigo.

---

<sup>11</sup> Aquí termina el original de 1949 manejado.

Con aquella salida a París dejé el país de los recuerdos al que se contraen las notas de este viaje sentimental para entrar en otro capítulo de la vida, en extraños caminos que nos tenía deparados el destino. Lo bueno y lo malo de la guerra, lo triste y lo sublime de ella, queda a cargo de la Historia. Hasta aquí, pues, los paisajes en que he tratado de encerrar la experiencia de un pueblo que no dejó de tener cierta originalidad en la febril atmósfera en que tuvo lugar el despertar de lo social en España.

# Apéndices



# Bibliografía

La documentación y bibliografía empleada en la preparación de este documento es la que señalamos a continuación.

## Fuentes primarias

Archivo Municipal de Eibar

Fondo Familia Iraolagoytia-Iraola.

- Original *Viaje por el país de los recuerdos*, 1949.

Fondo Santiago Arizmendiarieta.

- Correspondencia con Toribio Etxeberria.

- Original *Viaje por el país de los recuerdos*, 1956.

Koldo Mitxelena Kulturunea

Colección *La Voz de Guipúzcoa*.

## Libros y artículos

AA.VV. (1995): *Eibarko hiri-toponimia*. Bilbao, Euskaltzaindia y Eibarko Udala – Ego Ibarra.

Arrieta, Leyre, et al. (1998): *El movimiento cooperativo en Euskadi, 1884-1936*. Bilbao, Fundación Sabino Arana.

Carrión Arregui, Ignacio. Los antiguos pesos y medidas guipuzcoanos. *Vasconia*, n.º. 24, 1996, pp. 59-79.

Castells, Luis (1987): *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración 1876-1915*. Madrid, Siglo XXI.

Celaya, Pedro (1970 ): *Eibar. Síntesis de Monografía Histórica*. San Sebastián, Ed. Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián.

Celaya, Pedro (1987): *Aita Romualdo Galdos, S.J. (1885-1985)*. Vitoria, Editorial ESET.

Comín, Francisco. Raimundo Fernández Villaverde un ministro de Hacienda ejemplar. *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, n.º 79, 2002, pp. 637-675.

Echevarria, Toribio (1986): *Flexiones verbales y lexicón del euskera dialectal de Eibar*. Bilbao, Euskaltzaindia.

Echevarria, Toribio (1968): *Viaje por el país de los recuerdos*. México D.F., Imprenta Moderna.

Echevarria, Toribio (1990): *Viaje por el país de los recuerdos*. San Sebastián, Caja de Ahorros Municipal.

- Echevarría, Toribio (2005): *Viaje por el país de los recuerdos*. Eibar, Eibarko Udala – Ego Ibarra.
- Gutiérrez Arosa, Jesús (2001): *La insurrección de Octubre de 1934 y la II República en Eibar*. Eibar, Eibarko Udala – Ego Ibarra.
- Iparraquirre, Gotzon (2008): *Debarroko oasi liberala. Aintzindarien bila*. Eibar, 1766-1876. Bilbao, Udako Euskal Unibertsitatea.
- Larrañaga, Ramiro de (1971): *Síntesis histórica de la armería vasca*. San Sebastián, Caja de Ahorros Provincial.
- Montagut, Eduardo. El mitin de Eibar de agosto de 1897. *El Obrero*. Publicado online el 31-8-2017.  
<https://elobrero.es/cultura/item/2894-el-mitin-de-eibar-de-agosto-de-1897.html>
- Montagut, Eduardo. Los progresos del socialismo de Eibar en la segunda década del siglo XX. *El Obrero*. Publicado online el 6-10-2017.  
<https://elobrero.es/cultura/item/4521-los-progresos-del-socialismo-de-eibar-en-la-segunda-decada-del-siglo-xx.html>
- Música, Gregorio de (1912): *Monografía Histórica de la Villa de Eibar*. Irún, Tipografía-litografía de la viuda de B. Valverde.
- Narbaiza, Antxón (1999): *Toribio Etxebarria Ibarbia (1887-1968)*. Vitoria, Eusko Jaularitzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia.
- Paul Arzac, Juan Ignacio (1976): *Evolución de la industria armera eibarresa*. San Sebastián, Ed. Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Guipúzcoa.
- Ruiz Urbón, Yolanda. La Guardería Infantil Nuestra Señora de Arrate. *Revista Eibar*, n.º 141, verano 2018. pp. 6-8.
- Sarasqueta, Pedro (2000): *Eibar. Monografía descriptiva de esta noble y leal villa guipuzcoana*. Eibar, Eibarko Udala – Ego Ibarra.

### **Materiales online**

- Diccionario Biográfico del Socialismo Español*, Fundación Pablo Iglesias  
<http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico>
- Auñamendi Eusko Entziklopedia*  
<http://aunamendi.eusko-ikaskuntza.eus/eu/>
- Orotariko Euskal Hiztegia*  
<https://www.euskaltzaindia.eus/>

# Índice toponomástico de Eibar

- A**
- Abontza (caserío) 161
- Acedo, José 84
- , — [*Acha Achita*] 407
- Acha, Cipriano 195
- Acha, Vicente 254-255
- Agarre (familia) 146
- Agrupación Socialista 82, 87, 88, 179, 226, 228, 248, 295
- Aguinaga 158, 195, 258, 260
- Aguirre, Evaristo [*el Cojo*] 84-85, 112, 357, 363
- Akondia 271
- Amigo (casa) 82, 85
- Amuátegui, Aquilino [*el Chiclana*] 83, 88, 90-95, 97, 99, 103, 110-111, 122, 148, 171, 172, 185, 188, 204, 231, 235, 251, 257, 258, 260, 265, 266-67, 281, 284-285, 288-289 306, 308, 312, 315, 316, 326-327, 333, 334, 341, 359, 361-363, 366, 368
- , — [*Anchuelo*] 212
- , — [*Antón Arotza*] 113
- , — [*Antón Cuernos*] 143
- , Antonio [cura Arrate] 398
- Aldatze (casa torre) 82, 329
- Aldazábal, Melchor 204-205
- Alfa 119, 252, 311, 381, 382, 397, 399, 400, 402, 425, 451, 454, 464
- Álvarez, Melquiades 300-302
- Amaña 296
- Arambeltz 113, 146
- Aranzabal, Rufino [*Errege-chikisha*] 391
- Araquistain Quevedo, Luis 181
- Ardanza (calle) 143
- , — [*Armerito*] 407
- Aresti (salto de) 83
- Ariatza 110
- Arichulueta [“Barón” de] 258
- Arizmendi, Santiago 209, 290 (Arizmendiarieta)
- Arosa, Juan [*Juan Palabras*] 88
- Arragüeta 438
- Arraindi-kale 110
- Arrajola 312
- Arrate 200
- Arrate (Café de) 316
- Arrillaga, Eusebio [*Cortazo*] 114-115
- Arrizabalaga, Cándido [*Apoch* y *Apochiano*] 164, 168, 185, 198, 215, 251, 287, 316, 321, 370-372, 405, 408
- Arrizabalaga, Claudia (esposa) 164, 296, 435
- Arrizabalaga, Francisco [tio Pachico, *Ertzill*] 164, 196-197
- Artamendi, Eladio 383
- Artamendi, José Felipe 157
- Artola, Jesús 472
- Ashula 396
- , — [*Astuko*] 250
- , — [*Aulesti-txiki*] 73
- Asilo de San Andrés 357
- Astigárraga, José Antonio [*Moskatela*] 117, 284-285, 315, 318
- Astigarraga, Santiago [*Ibar-gaiñ*] 132-133, 134, 261
- Astigarraga, Victoriano 140
- Asolarza 146
- Astelena 124, 273
- , José Manuel [*Auntza*] 157
- Ayuntamiento (corporación) 84, 88, 94, 96, 97, 99, 111, 159, 179, 180, 201, 227, 233, 262, 282, 283, 284, 288, 298, 299, 306, 308, 309, 310, 311, 318, 322, 324, 325, 326, 348, 359, 366, 369, 398, 404, 405, 407, 444
- Ayuntamiento (edificio) 307, 413, 417, 418, 443, 451, 452, 453
- Azalguia* (taberna) 142, 349
- Azitain, basílica de 240
- Azpiri*, los (ver Sarasqueta)
- Azpiri, Antonio 356
- Azpiri, José María 297, 306

**B**

\_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Bababaltzan-kokua*] 142  
 Badet (taberna) 205, 366, 406  
 Banaka (casa) 82  
 Banco de Prueba de Cañones 124, 138, 311  
 Banda de Música *La Marcial* 287-289, 318-319, 348, 407, 443  
 Bandrés, Anthón 202-203  
 Bañarán, \_\_\_\_ 476  
 Barinaga 323  
 Baroja, Carlos 79, 213, 367  
 Baroja, Pio 334-335  
 Barrena (taberna) 416  
 Barrenkale 112, 200, 293, 365  
 Barrutia, Esteban 83, 88, 97, 102  
 Basauri, Pedro [*Pedrochu*] 407  
 Bascaran, Marcelino [*Sumendixa*] 99-100, 312  
 “Baserritarras” 86, 87, 100, 112, 135, 141, 233, 366  
 Basterra, Mateo 351  
 Beascoechea, José 126-127 (taberna de) 263  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Belchi*] 316  
 Benco, Gregorio 226, 367  
 Berasaluce, \_\_\_\_ [*Dos Caminos*] 318  
 Berdabio 73  
 Bernedo, Víctor 84, 88, 114, 205  
 Berraondo (familia) 466  
 “Betarras” 86, 87, 97, 306,

396, 428

Betolaza, Canuto [*Mascuelo*] 144, 217-218, 262  
 Biblioteca del Centro Obrero 158, 165, 167, 169, 171, 208, 219, 223, 265-266, 268  
 Bidebarrieta 158, 397  
 Bozas, Evaristo 248  
 Bueno, Ramón 84, 110  
*Buru* (taberna de) 147, 420  
 Bustinduy (familia) 116  
 Bustinduy, Nicolasa 116

**C**

\_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Cacho*] 282  
 Calbetón, Fermín 309, 312  
 Calzada, Jesús 191  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Caray*] 144  
 Careaga, Cayetano [*Gaitano*] 264  
 Carretera de Eibar a Marquina 322-323, 327, 328-329  
 Carretera de Vizcaya 451  
 Casa consistorial 85, 161, 296, 413, 417  
 Casa del Pueblo 190, 202, 203, 249, 293-294, 297, 301, 307, 312, 332-335, 338, 339, 356, 380, 382, 383, 397, 400, 402, 413, 414, 415, 448, 451  
 Casa del Pueblo (Biblioteca) 335-337  
 Casa del Pueblo (Café de la) 113, 198, 217, 264, 408  
 Casa del Pueblo (inauguración) 334-335  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Cashildo*] 213

Casino de la Amistad 88, 158  
 Centro Obrero 102, 111, 167, 169, 173, 174, 175, 176, 177, 179, 180, 185, 190, 191, 193, 226, 229, 249, 264, 266, 275, 279, 286, 293, 320, 406  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Chachin*] 147  
 Chachín (caserío) 161, 272  
 Chancha-zelay 144  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Chanchicu*] 315  
 Chantoya 315, 316, 367  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Charriduna*] 436  
 Chastang (familia) 200, 316  
 Chastang, Pedro 83, 88, 97, 122, 186  
 Chávarri, Victor 128  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Chimiñúa*] 177-178  
 Chirio-kale 67, 74, 82, 106, 107, 109, 115, 116, 135, 137, 140, 144, 151, 159, 162, 163, 224, 230, 234, 295, 365, 399, 437  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Chirloya*] 316  
*Chirrist* (taberna) 137-138  
 Chonta 438  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Chopa*] 213  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Churrerúa*] 214  
 Círculo Socialista 264, 293, 315  
 Círculo Socialista (Café del) 262, 349  
 Círculo Tradicionalista 349  
 Ciorraga, Calixto 195, 275  
 \_\_\_\_, Claudio [*Motricu*] 287, 413, 414  
 Cobos, José 171

- Cocina popular 324-325, 327, 369
- Concejo Viejo 208, 405, 406
- Conde de Romanones 242, 356, 368
- Confederación Nacional 367
- Contaderukua (casa) 122
- Convento de Agustinas Recoletas del Rabal 186, 239, 348, 371
- Convento de Isasi en Eibar 188
- Cooperativa Alfa 119, 296, 369-370, 373, 374-377
- Cordero, Manuel 427-428, 429, 431
- Cossío, Bartolomé 181
- Cuadrillas 315
- Cuartel de la Guardia Civil 420, 451, 452
- D**
- Dávila, José María 463
- De la Torre, Antonio 208
- De los Ríos, Fernando 181
- De los Toyos, Juan 379-380, 416, 425, 449, 450, 454
- Diputación de Guipúzcoa 112, 217, 298-299, 425
- E**
- \_\_\_\_, \_\_\_\_ [don Cleto] 264
- Echaluce, Tomás [*Tomasito*] 281, 283, 315, 316
- Echevarría, Aurelio (hermano) 88, 121, 140
- Echevarría, Francisco 115
- Echevarría, Isabel (hija) 218
- Echevarría, Nicanor (padre) 78, 137-138, 152, 158, 161-162, 164, 217, 295, 296
- Echevarría, Mateo (tío) 162
- Echevarría, Rafael (hermano) 139
- Echeverría, \_\_\_\_ [el bailarín, *Ballariña*] 315
- Echeverría, Guillermo 223-224
- Echeverría, José Ignacio [el *Boticario*] 408, 464
- Echeverría, Julián 84, 191, 309-310, 311-312, 314, 401
- Echeverría, Martín [*Querido*] 213, 464
- Echeverría y Usatorre, Francisco 116
- Ego 210, 216
- Eguren, Florencio 105, 173
- Eizaga 312
- Eizaga (venta) 314, 373, 420
- \_\_\_\_, \_\_\_\_ [el *Aseao*] 122
- \_\_\_\_, Macario [el *Nerón*] 275
- Elgetakale 87, 262, 365, 366
- Elgueta, Pedro (casa) 437
- Embeita, Ricardo [*Chapel*] el viejo] 133
- Eperra* (tertulia) 213
- Ereña 106
- Erquiaga, Martín 88, 98-99, 107, 308, 312, 367
- Erregetxe (casa) 85 / Erregetxia 75
- Errotape, baños de 200
- Ertzill* (taller, casa de los) 156, 165, 213, 225
- Ertzill (caserío) 196
- Erquiaga (taberna) 266
- Escuadra zarra* 315-316
- Escuela de Armería 84, 180, 308-312, 451, 453
- Estación (calle) 110
- Estisha (sendero de) 187
- F**
- \_\_\_\_, \_\_\_\_ [Felipe *Posporúa*] 367
- Fernández, Joaquín 215
- Flores de Lemus, Antonio 428-429, 431, 440
- \_\_\_\_, José [*Fotero*] 110, 252
- \_\_\_\_, Pedro [*Fotero*] 275
- Francia, camino de 266, 364
- Francisco, Enrique de 250-253, 401-402, 416, 417, 425
- Frontón Astelena 285, 332
- Frontón Viejo 131
- Fuente de Urkuzua 405
- G**
- Galarraga, Benito 311, 401
- Galarraga, Ignacio 84, 106-109, 186, 191, 234, 280, 294-295, 320, 401
- Galdós, Romualdo [*Galdós-Chiki*] 142, 197
- Gallástegui (familia) 146
- Gallástegui, Pablo 146
- Ganuzza, Juan 111-112, 367
- Gárate, Eulogio 316
- Gárate, Jerónimo [*Jerónimo-Txikixa*] 101-102
- \_\_\_\_, Gaspar 213



- Goenaga, Pedro 308  
 Godoyenekua (casa) 82  
 “Goitarras” 86, 87, 97, 396, 428  
 Goñi, Salvador 462  
 Gorosta 271  
 Gorrochategui, Eusebio 381-382, 464  
 Grabadores (calle) 201  
 Gremio Armero Eibarrés 119, 141  
 Guardias de Asalto 451, 453, 465  
 Güenengua 117  
 Guimón, Remigio 348, 349  
*Guiputza* (taberna) 213, 314  
 Guisasola, José 83, 88, 103-105, 106, 152, 171, 173, 191, 213, 267, 268  
 Guisasola, Juan [*Juanito*] 317  
 Guisasola, Tomás 156  
 Guisasola (Café de) 107, 281
- H**  
 Hernández Aldecoa, Valentín 127-129  
 Hijar, Manuel 83, 179  
 Hospital-Asilo de San Andrés 161, 180, 261, 296  
 Huelga de Metalúrgicos de 1920 367-369  
 Huelga de Quintana Hermanos 80-84
- I**  
 Ibarbia, Esteban 137  
 Ibarbia y Cincunegui, Isabel 137, 159, 160, 163, 223, 246  
 Ibarra, \_\_\_\_ 464  
 Ibarrecruz 266, 316  
 Iglesia parroquial de San Andrés 82, 84, 154, 193, 212, 317, 356, 363, 365, 397  
 Illordo 267  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Iluminado*] 407  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Iluminadito*] 407  
 Inchaurreaga, \_\_\_\_ 464  
 Indianukua (casa) 256  
*Innumerables compañeros* 316  
 Ipurua 318  
 Iriondo, Pedro Cruz [tío Afraís] 435-437, 438  
 Iriondo, Vicente [*Manchón*] 156  
 Iruretagoyena, Julia 190, 337  
 Irusta (casa de los) 116, 137  
 Irusta, Ildefonso 317, 318  
 Isasi (calle) 453  
 Iturribide 161, 177  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Iturricho*] 136  
 Iturrioz, Antonio [*Pichiño*] 85, 86, 87, 108, 125, 161, 164, 166, 296, 309, 413, 428  
 Izua 312, 323
- J**  
 Jardín para Convalecientes 194-196  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Juana Sisí*] 140  
 Junta de Beneficencia 261  
 Junta Local de Reformas Sociales 98, 125  
 Juventudes Socialistas 223, 229, 234, 321, 382, 448,
- 459
- K**  
 “Kaletarras” 86  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Karakote*] 143  
 Kiñarraballe 147, 161, 438  
 Kontaderukua (casa) 397  
 Kumbo 365
- L**  
 Lachelin, Héctor 167  
 Láriz, Domingo 226  
 Larrañaga, Cristobal [*Arichulueta*] 349, 351  
 Larrañaga, Melitón [*Ferruel*] 215-216  
 Larraza, Agustín María [*Guardia*] 141  
 Larrínaga (carcel) 173, 192  
 Lascuráin, \_\_\_\_ 367  
 Lascurain, José [*Joshé Ondarru*] 370, 371, 372  
 Lausagarreta, Avelino 262  
 Legarre 296  
 Lesarri, José Antonio 359  
 Liga Antitaurina 405, 406  
 Lope de Vega y Chaperó, \_\_\_\_ 153  
 López de Guereñu, Gumersinda 225
- M**  
 Macharia 275  
 Machín, Abdón 316  
 Madinabeitia, José 94, 111, 123, 130, 173, 183, 184-186, 187, 190-192, 194, 196, 198, 199, 200, 201-202, 203, 204, 216, 224, 246, 249, 251, 264, 265, 269, 294, 301, 314, 317, 324, 334, 336, 341, 361-

- 363, 375  
 Madinabeita, Juan 123  
 Maeztu, Gustavo de 190  
 Maeztu, Ramiro de 122, 123, 181, 312, 410  
 Mallea (casa de) 82  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Malt tiempo*] 441  
 Mandiola, Pedro [*Aguinazpi*] 359  
 Mañaria 272  
 Marcano, \_\_\_\_ 464  
 María Ángela (calle) 156, 164, 349, 370, 436  
 María (taberna de) 109  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Marruko*] 72  
 Marrukokua (casa) 72  
 \_\_\_\_, Máximo [el *akabatza-lle*] 274, 316  
 Mayora, Segundo 315  
 Meabe, Juan 123  
 Meabe, Santiago 190, 337  
 Meabe, Tomás 88, 111, 123, 127, 130, 163, 183, 186-190, 199, 202, 229, 241, 247, 248, 264, 268, 335, 337-338, 361-363, 423  
 Mendiguren, \_\_\_\_ 311, 312  
 Mendizábal, Fausto 156  
 Mendizábal, Toribio 306, 349  
 “Montadores” 75-76, 78, 79-80, 120  
 Muguruza, Niceto 194  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Municola*] 275
- N**  
 Nafarranekua (casa) 143  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Narru*] 134
- \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Noche*, el cura de Arrate] 273, 285, 349  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Noche*, el viejo, el cafetero] 357, 358, 363  
*Noche* (Café de) 316, 357, 358
- O**  
 Ocharan, Enrique de 433  
 O'Donnell (calle) 75  
 Odriozola, Agustín [*Apoc-hín*] 170-172, 177, 207  
 Oizete, Josefá 157  
 Ojanguren, Esteban [*Takurra*] 177-178  
 Ojanguren, Martina 466  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Okel'erre*] 213  
 Olarreaga (canteras) 219  
 Olarreaga (venta) 225, 232, 314, 420  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Olaso*] 136  
 Orbe (caserío) 195  
 Orbea (casa de) 86  
 Orbea, Joaquín [el *Alguacil*] 281, 282-284, 332, 406  
 Orbea, Mario 368  
 Oregui, Justo 325-326  
 Orfeón 201, 288, 316-318  
 Orúe, Pedro 88, 97  
 Oslé, Julio 455  
 Ossorio y Gallardo, Ángel 404  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*¡Otro cuartillo!*] 143  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Otua*] 148
- P**  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Pachikilletas*] 438  
 Pabellón-Cine 215  
 Pagnon (familia) 83  
 Pagey (caserío) 195  
 Pagey (talleres de) 148  
 Paguey 186, 275  
 Pamplona (carcel) 169, 337, 423, 454-458, 460, 465  
 Pantaleón (taberna de) 266  
 Palacio de los condes de Oñate 82, 85, 123  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Pasieguito*] 131  
 \_\_\_\_, Paulo, [el “chispagiña” de Ermua] 461  
 Peralta, Pedro 275  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Pedrocho*] 366  
 Pikarkale 147, 365  
 Pildaín, León 88, 266-268, 316  
 Piparkale 293  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Plantillero*] 407  
 Plaza de la Constitución (ver plaza Nueva) 364-365, 408  
 Plaza de la subida de Tutulukua 406  
 Plaza de Unzaga 82, 85, 111, 122, 161, 215, 232, 297, 473  
 También:  
 de la República 414, 452, 453  
 de Alfonso XIII 413  
 Plaza Nueva 98, 109, 364-365  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Pope*] 366  
 \_\_\_\_, \_\_\_\_ [*Pola*] 213  
 Portal de Elgueta 137, 140  
 Portal de Elgueta (casa torre) 139  
 Prieto, Indalecio 127, 241,

- 299, 301, 302-303, 309, 312, 334, 337, 341, 362, 368, 395, 420, 421, 426, 427, 434, 435, 447, 471
- Q**  
 —, Clemente [*Quelle*] 144  
 Quintana Hermanos 80-84, 95, 143
- R**  
 Ramos, Zacarías [*el Fosforero*] 152-154, 166, 177, 185, 225, 273, 306, 315
- S**  
 Salas, Manuel 431  
 Salón Cruceta 252, 254  
 Salón de Pochicha 110  
 Salón Teatro 76, 123, 279  
 San Andrés (paseo) 362, 401  
 San Antonio (casas) 126, 127  
 San Lorenzo (venta de) 139  
 San Lorenzo de Urki (ermita) 161, 239  
 San Salvador (ermita) 438-439  
 Sanatorio para tuberculosos 296  
 Santa Cruz, Marqués de 146  
 Sarasqueta (familia) 148  
 Sarasqueta, Indalecio [*Chiquito de Eibar*] 131  
 Sarasqueta, Juan José 148  
 Sarasqueta, Víctor 148, 215, 281  
 Sarasúa, Demetrio 198, 316
- Sarasúa, Donato 156  
 Sarasua, Esteban 195  
 Sarasua, José 198  
 Sárraga, Belén de 76, 105, 407  
 Sarraua, Pedro María [*Chisperúa*] 375  
 “Satisfechos” 214, 229, 286, 288  
 —, — [*Satur*] 195  
 Sereno 284  
 Sindicato Metalúrgico 356, 367-368, 370  
 Sociedad de Obreros Pistoleros 367  
 Sociedad de Socorros Mutuos 88, 194, 288, 325
- T**  
 —, — [*Tarrankan*] 157  
 Teatro Cruceta 197, 279  
 Tellería, Alejandro 449, 450, 464, 466  
 Tellería, José [*Sampedro*] 102-103, 274-276, 367  
 Tía Juana [*Juana Aire*] 138-139  
 Tía Juli (ver tío Afraís) 436  
 Tía Malen 137  
 Tío Felipe 116, 138-139  
 Tokieder 410  
 Trabacúa (venta de) 212  
 —, Joshe-Mari [*Tutuluka*] 147
- U**  
 Ubichako-chabola 219  
 Ugalde, Benito [*Sumendisha*] 135  
 Unamuno, Miguel de 122, 127, 130, 181, 188, 190, 228, 238, 265, 297, 310, 335-337, 338-339, 371, 380, 395, 420  
 Unzaga (calle) 141, 321, 364  
 —, — [*Upaisha*] 286  
 —, — [*Upay*] 464  
 Uranga, Félix [*el Abogado*] 358-360  
 Urbicha (familia) 117  
 Urcola, Millán [*Villabona*] 169  
 Uribe (venta) 212  
 Urki (cementerio) 262, 397  
 Urki (campa de) 219  
 Urko 365  
 Urrebaso (venta) 213  
 Urréjola, Eulogio 200, 251
- V**  
 Valenciaga, Ambrosio 174  
 Vallejo, Valentín 368, 376-377, 379  
 —, — [*Venanshio*] 263  
 Vergara (carcel) 121, 405  
 Vidaurre, Julián 197  
 Vista-Alegre 397  
 Vives y Shilling 113
- Y**  
 Yarza, — [el gordo] 266  
 Yarza, Wenceslao 223, 225
- Z**  
 Zalbide, Félix 400  
 Zaldua 83, 140  
 —, — [*Zapata*] 338, 346  
 Zarra, Romualdo 213  
 —, — [*Zezeill*] 167  
 Zuazo, Juan 229, 254

Zulaica, Toribio 157, 311	157, 327, 397
Zuloaga (familia) 102, 122, 156, 165	Zuloaga, Plácido 102, 122, 156-157, 379
Zuloaga, Eusebio 102	“Zutegui” 67, 115-116, 117, 139, 140
Zuloaga, Ignacio 95, 102, 122,	

Liburu hau 2018ko abenduan inprimatu zen  
Samper Impresores inprimategian eta Eibarko Bazar-aretoan aurkeztu  
2018ko abenduaren 19an, egilearen heriotzaren (1968ko apirilak 18)  
eta lehenengo edizioaren (1968ko urria) 50. urteurrenean.

Bembo letra mota erabili da. 500 ale eman dira argitara.

Lehenengo edizioa Mexikon argiratu zen, 1968ko urriaren 23an,  
Impresiones Modernas inprimategian; orduko hartan 500 ale kaleratu ziren.

Bigarren edizio faksimila (1968ko liburuarena) Donostian argitaratu zen Sociedad  
Guipuzoana de Ediciones y Publicaciones inprimategian, 1990ean; 1000 ale kaleratu ziren.

Hirugarren edizio faksimila (1968ko liburuarena) Michelena  
inprimategian kaleratu zen 2005eko apirilaren 27an; 1000 ale kaleratu ziren.



Este libro terminó de imprimirse en diciembre de 2018  
en Samper Impresores y fue presentado en el Salón de Plenos del Ayuntamiento de Eibar  
el 19 de diciembre de 2018, año en el que se cumple el 50 aniversario de la muerte  
del autor (18 de abril de 1968) y la publicación de la primera edición (octubre de 1968).

Se ha utilizado letra tipo Bembo y la tirada es de 500 ejemplares.

La primera edición se publicó en México en 1968 el 23 de octubre de 1968 en los  
talleres gráficos de Impresiones Modernas con una tirada de 500 ejemplares.

La segunda edición facsimil del libro de 1968 se publicó en Donostia-San Sebastián por la Sociedad  
Guipuzoana de Ediciones y Publicaciones en 1990 con una tirada de 1000 ejemplares.

La tercera edición facsimil del libro de 1968 se publicó en Michelena artes  
gráficas el 27 de abril de 2005 con una tirada de 1000 ejemplares.



ISBN: 978-84-89696-59-4



9 788489 696594